THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

LOS MARTIRES

DE BUENOS AIRES

ó

EL VERDUGO DE SU REPÚBLICA.

LOS
MÁRTIRES
DE BUENOS AIRES
ó
EL VERDUGO DE SU REPÚBLICA.

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL MARIA NIEVES.

EDICION DE LUJO.

MADRID:
EN LA LIBRERÍA ESPAÑOLA,
calle de Relatores, núm. 14.

BARCELONA:
ADMINISTRACION DE EL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro, núm. 15.

1857.

PQ6549
.N3M3

Es propiedad del Editor D. L. Tasso.

423702
16 Mu 44

Barcelona: Imp. de L. TASSO, calle de Guardia, núm. 15—1867.

LOS EDITORES.

Si alguna obra podíamos ofrecer al público de inmenso interés é inapreciable trascendencia, es sin duda alguna la presente.

Además de una completa historia del país, hábitos, costumbres, tradiciones, de los grandes centros de produccion y riqueza, es ella un drama sangriento, cuyas horrorosas escenas forman el cruel episodio de la dictadura de Rosas en la república de Buenos Aires.

Aunque otra cosa no fuera, bastaria á encarecer la necesidad de su adquisicion, la utilidad, el grande porvenir que puede reportar el comercio de España del conocimiento de estos sucesos, de su historia contemporánea, tan preciso para reanudar las íntimas y estrechas relaciones con nuestras colonias antiguas, perdidas casi por completo desde su emancipacion de la metrópoli; con tanta mas razon, cuanto en el dia el sistema destructor y anarquista de Rosas acaba de ser reemplazado por el fecundo y protector del progreso que abre las puertas á los brazos y á las inteligencias europeas.

Allí, al otro lado del Océano, en las riberas del Plata y del Pacífico, en las auríferas faldas de los Andes, desde el estrecho de Magallanes hasta el golfo mejicano, desde el Uruguay hasta las márgenes de San Lorenzo, se encuentran

los flúidos vivificantes que han de restaurar la enflaquecida y estenuada España.

Allí, en aquella inmensa planicie, yerma por falta de brazos, fértil y vigorosa, cabe con holgura esa exhuberancia de inteligencia que se nota ya en muchas de nuestras capitales; y aquel vasto campo, casi desierto, es un gran todo fecundo en producciones brutas, un mercado inmenso, un manantial perenne de riqueza, abierto hoy á la esposicion universal, habiendo desaparecido las trabas que le imponian los peligros de la guerra, de la arbitrariedad, del despotismo, en fin, del inhumano Rosas.

En una palabra, para la emigracion y el comercio de España, únicos y eficacísimos medios de asegurar su porvenir é influencia en aquellos países, es sumamente trascendental, preciso, indespensable, conocer su historia y su estado actual; y todo ello se encuentra hábil y perfectamente conbinado en la presente obra.

Es imposible en un sencillo prólogo apuntar siquiera los infinitos cuadros, la diversidad de sucesos, de crímenes, de horrores, de vicios, de sentimientos, en medio de los cuales brilla siempre con las reglas del buen gusto y resplandece la virtud, que los combate, los confunde, los realza, los deprime.

Baste por último decir, que el penoso estudio empleado por el autor para reunir y completar la historia de los *veinte años*,—tan desconocida aquí de la generalidad,—seria la recomendacion mas poderosa que pudiera tener; hay, empero, además que agregar la riqueza de colorido y poesía, las galas del lenguaje con que ha sabido retratar los sostenidos caracteres que la representan.

Ni una palabra mas.

La lectura de la novela convencerá á nuestros suscritores de la veracidad de lo espuesto.

INTRODUCCION.

BUE NOS AIRES DESDE 1810.

En una de las repúblicas de América, de esa jóven perla de la historia que estiende orgullosa á través del mundo sus dos grandes penínsulas, tan necesarias antes de Cristóbal Colon, que parecian faltar para el equilibrio de la tierra, presenció el mundo una de esas luchas terribles, formidables, espantosas, en que la sangre de todo un pueblo se agota como podria agotarse la de una sola familia.

Imposible parece, que despues de haber triunfado de la naturaleza en el Océano el navío europeo, de vencido y dominado el Atlántico, de la admirable conquista sobre la barbarie por las cristianas y filantrópicas misiones de los jesuitas; despues de haber derramado la religion su delicado y evangélico perfume por aquellas vastas é incultas soledades, por aquellos grandes oasis, que nuestro intrépido piloto Juan Diaz de Solis descubrió y pisó el primero en 1512; parece imposible, decimos, despues de tan horribles combates del hombre contra la naturaleza y contra el hombre mismo, que la Europa haya mirado impasible los millares de víctimas que amontonó como un afrentoso sacrificio la perversidad de un mónstruo, erigido por sí mismo,—con escarnio de la humanidad, de la civilizacion y de las leyes,—en señor absoluto de vidas y haciendas.

Bastante conocidos son los desastres de la república de Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810, en que terminó en esta parte de América la dominacion española.

La caida en esta fecha de nuestro último virey D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, que dió lugar á la emancipacion de estos vastos dominios, inauguró al mismo tiempo una época funesta de cruenta y fratricida guerra que habia de devastar el país, por carecer enteramente de Gefes, ó bien de hombres, capaces de regir con acierto el gobierno de la república. La mayor parte de las provincias que durante nuestra dominacion prestaban obediencia á la capital, emancipáronse tambien formando gobiernos ó repúblicas separadas, como sucedió con el alto Perú, que hoy es la república de Bolivia, el Paraguay y la Banda Oriental, —ó sea el Uruguay. —Sucediéronse los desórdenes y las revoluciones sangrientas en el mismo centro de la Union, ó mas bien Buenos Aires, y de destruccion en destruccion, de caos en caos, llegaron hasta 1827 en que, dada una constitucion, empezaron á entenderse, y formó la república Argentina una confederacion semejante á la de los Estados Unidos de la América del Norte.

Pero la paz duró poco tiempo.

Apoderóse de aquellos guerrilleros la ambicion de riquezas y de mando, y como por esta fatal pendiente se cae con rapidez en la insensibilidad del alma y en la debilidad del sentimiento cristiano, de aquí el que, representando cada uno una fraccion, un partido, se emprendiese otra nueva lucha de sangre y horrores, cuyo tributo debian pagar los hijos todos de un mismo país; cuyo resultado debia ser su esterminio mismo, su devastacion, su muerte.

Así fué en efecto: llegó el 8 de diciembre de 1829, y llegó la hora fatal para los habitantes todos de esta república.

D. Juan Manuel Rosas, el comandante general de las milicias,—llamadas de campaña,—el que tanto se habia distinguido por su crueldad, el que acababa de arruinar completamente los pueblos del interior sembrando el luto y el terror por todas partes, fué nombrado en este dia gobernador de Buenos Aires y presidente de su república.

Entonces, con el nuevo gobierno que mató su libertad y su independencia, comenzó para estos estados esa horrible lucha que tantos millones de víctimas cuesta á la humanidad.

Lucha implacable, que representa dos opuestos é incompatibles principios,—el de la tiranía y el de la libertad;—pero lucha vana, como la de la tempestad para destruir la creacion, la de las tinieblas para eclipsar la luz. La creacion es perfecta: la mano del supremo Artífice está siempre sobre ella, y al omnipotente é irrevocable decreto de *fiat lux*, ciéganse los precipicios, deságuanse los torrentes, vuelven á sus ántros los destructores elementos, y aparece de nuevo radiante el luminoso faro, que conduce, que guia la humanidad á su providencial destino.

He aquí el desenlace de esta lucha; como si dijéramos, he aquí el triunfo de la justicia, de la razon, ó de la ciencia.

—¿Qué importa que sean sordas ó ciegas las naciones? ¿Qué importa que la humildad haga altos de un siglo en su nueva senda para mirar el espacio recorrido? ¿Qué importa que bajo el error de sus coetáneos insensatos hayan caido como culpables los elegidos por Dios; esos seres predestinados, desde Sócrates que bebió la cicuta hasta el Redentor del género humano?

La ciencia es la luz que disipa las tinieblas.

Una vez lanzadas las ideas, germinan: viven en el aire como los átomos; pero vienen muy luego otros que las aspiran, las absorven, las renuevan; y espelidas mas tarde desde un rincon cualquiera del universo, dominan y conmueven repentinamente al mundo: á ese mismo mundo, un siglo ya paralizado, admirando silencioso sus anteriores conquistas.

La humanidad, entonces, disipadas las tinieblas con la reaparicion de la luz de la ciencia, echa una retrospectiva mirada, complácese del espacio recorrido y avanza nuevamente hácia su término; hácia ese punto marcado en el horizonte por el dedo de Dios, donde tiene fija su vista, pero que no puede divisar aun, porque le oculta un ligero vapor, una pequeña nube.

—Del mismo modo, pues, se rompió la tiránica opresion del inhumano Rosas. Brilló la luz en la opinion pública, y fuerte y compacta la razon se sobrepuso á la fuerza y al terror: triunfó; porque el triunfo entre la civilizacion y la barbarie, entre la razon y la fuerza, entre la ciencia y el error, es tan inevitable y seguro, como segura é inevitable es la pugna para los que emprendiendo su defensa quieren alumbrar el sendero de la perfeccion.

—Sin embargo, la figura de este dictador, de este Rajah argentino, se destaca por cima de todos los demás que han ensangrentado la historia de la vida de las naciones.

El período de su dominacion puede muy bien considerarse como una reproduccion continua de aquella horrible noche, en que Cárlos IX, ese rey que en vez de corona ceñia su cabeza una aureola de sangre, decretó el esterminio de los protestantes que militaban á las órdenes del valiente Coligny; noche funesta, que ha quedado grabada en la memoria de la humanidad con el espantoso nombre de *noche de San Bartolomé.*

Acostumbrado á las sangrientas y degradantes escenas de la campaña, inauguró su entrada en el poder con el retumbante *sistema americano*, que él llamó, y que se reducia á dominar por medio del terror á las poblaciones agrestes é incultas de la campaña: *sistema* original y monstruoso,—como dice un distinguido escritor,—por el cual estableció en las ciudades principales y pueblos de consideracion clubs numerosos, llamados por él *sociedades populares*, que han sido el azote y esterminio de los pueblos, como luego se verá, bajo el execrable y odioso nombre de *maz-horcas.*

Dividida la confederacion en dos encarnizados partidos — *federales* y *unitarios*, — sediento de venganza, pobló las cárceles de estos últimos, á pesar de ser honrados ciudadanos, contrarios por lo tanto á su despótico bando.

Sin ideas, sin instruccion, sin la mas pequeña nocion de gobierno, — á pesar del talento que algunos le han querido suponer, equivocadamente, en nuestro concepto, — poseia en grande escala la ferocidad de Sila, la hipocresía de Cromwel, la impudencia y audacia de Catilina y la sanguinaria intolerancia de Mahoma; así que, con tales dotes, allí donde interponia su fatal influjo, los pueblos se alzaban en armas, corria la sangre á torrentes, y la anarquía, el odio, las venganzas, estallaban con mas violencia que nunca.

Cerró los asilos de beneficencia, la universidad y los colegios, solo por creer á sus miembros desafectos; y al mismo tiempo que perseguia y encarcelaba á los sacerdotes mas virtuosos é instruidos, introducia por sí mismo en la religion prácticas supersticiosas y erróneas, promoviendo la ordenacion de todos aquellos que le juraban adhesion y fidelidad.

Suprimió la imprenta en términos, que hasta las adulaciones que se hacia tributar por sus asalariados debian antes solicitarse para obtener el imprímase, sin cuyo requisito ¡desgraciado el que se atreviese á hacerlo!

En corroboracion de lo espuesto y para mayor ilustracion, nuestros lectores verán con gusto algunos párrafos de un artículo titulado *Rosas y su sistema*, que ha publicado la *Ilustracion* de Madrid en su número correspondiente al 5 de julio de 1851.

«Tantos y tan increibles son los atentados, las aberraciones y los crímenes de este hombre funesto, que en nuestros dias ha alcanzado una triste celebridad: porque dotado del genio del mal y favorecido por circunstancias especiales, representando una farsa horrible, ha sabido imperar despóticamente por espacio de veinte años en el Rio de la Plata, y hace diez—desde la famosa cuestion con la Francia,—ocupar vivamente la atencion del mundo civilizado.

»Rosas no es un hombre vulgar; al contrario, su voluntad de hierro, su enerjía y perseverancia, encaminadas al bien, hubieran labrado la felicidad de su patria; pero con resabios de *gaucho malo* (1), con su poca ó ninguna instruccion, con su ferocidad inaudita, no es otra cosa que la encarnacion viva del principio retrógado, estacionario y estéril del régimen colonial en pugna con el progresista, regenerador y fecundo, proclamado por la revolucion de 1810: es la personificacion mas alta del caudillaje, de esos cacicazgos que han surgido de la anarquía y que mantienen á la América en lucha eterna y en un estado comparable solo con el de los mas atrasados pueblos del Asia: es, en suma, la síntesis mas completa de los odios de raza, de los instintos ciegos, feroces, estúpidos, del salvaje contra todo lo que sale de la esfera de sus hábitos y preocupaciones; del predominio de la fuerza bruta sobre la inteligencia; del desbordamiento de todas las malas pasiones que han despertado y embravecido, en la mitad del continente americano, los abusos y malos inherentes á los gobiernos coloniales, las ambiciones de los caudillos, la profunda ignorancia de las masas, los estravíos de los partidos, los

(1) Los *gauchos* son los habitantes de la campaña, y los *malos* los que se han distinguido por sus delitos.

intereses encontrados de cada localidad, y la relajacion de los vínculos sociales por la guerra civil.

»No hay un solo hecho de la vida pública y privada de Rosas que no tenga su esplicacion satisfactoria en alguno de esos antecedentes.

»Concretándonos por ahora al Rio de la Plata, ¿nada dice, nada enseña la desesperada cuanto gloriosa resistencia de Montevideo, que en ocho años de asedio ha resistido heróicamente á la fatiga, al hambre, á la miseria, prefiriendo undirse entre ruinas como Sagunto y Numancia, antes que doblar la rodilla al opresor de los argentinos? ¿Nada dice, nada enseña el armamento voluntario de esos millares de estrangeros, españoles, franceses, italianos, ingleses; comerciantes, artistas, ó artesanos, honrados y laboriosos que abdican hasta su nacionalidad y prefieren la muerte en las murallas de Montevideo, al roposo, al bienestar y quizá la fortuna de Buenos Aires? ¿Nada dicen, nada enseñan las perdurables guerras de Rosas con la confederacion y los estados vecinos? Con Entrerios lo mismo que con Corrientes, Banda Oriental, Paraguay, Bolivia y el Brasil?

»Ante la lógica inflexible de los hechos callan los sofismas de la impudencia y la calumnia: ó todos esos pueblos y hombres se engañan y son unos perversos, ó Rosas es un déspota ambicioso, sanguinario y feroz con el cual no pueden entenderse ni propios ni estraños.»

Y no se crea que es solo este periódico el que se espresa tan amargamente sobre los actos y administracion de Rosas: otros hay tan acreditados, como la *Revista de Ambos Mundos*, que se publica en Paris, que hablan con mas acritud aun acerca de su sistema.

En un artículo firmado por el Señor Lefébre de Becour correspondiente á la *Revista* de 1.° de febrero de 1841, se leen los siguientes párrafos:

«Todos los establecimientos de instruccion pública están en decadencia; la universidad no existe ya sino sobre el papel; el colegio de instruccion ha sido cerrado recientemente: no es ya honrada la cultura del espíritu, y el gobierno, personificado en su jefe, se muestra enemigo sistemático de la inteligencia, de la educacion, de todas las tendencias y de todas las ideas liberales. Hay allí efectivamente una cámara de representantes, pero la existencia de esta pobre

Asamblea no es mas que una amarga irrision. Ella no es, no hace, ni puede nada. Anulado de hecho y de derecho por la permanencia del general Rosas en el poder, con las *facultades ilimitadas* que exigió se le invistiese, la cámara de representantes, conservada sin duda para alucinar á la Europa, le suplica cada seis meses que no se retire.....

»En lugar de recomponer la sociedad por la fusion de los partidos, ha dado por objeto á su política el esterminio de los que él llama unitarios, y ha hecho bastante para probar que esto no era de su parte una vana amenaza.

»La poblacion de la ciudad de Buenos Aires y de la confederacion en general ha disminuido en el curso de estos últimos años.

»Los asesinatos, las proscripciones, las emigraciones, la guerra civil han diezmado todas las clases, y los estrangeros no han llenado el vacío.

»Seria imposible calcular el numeroso decrecimiento de la poblacion; sin embargo no deja de ser considerable, y lo seria mucho mas, si fuese fácil salir del pais.

»En el campo la falta de brazos tiene suspendidos todos los trabajos, y esta falta se hace sentir tambien en la ciudad por carestía de los artefactos.

»Al recorrer Buenos Aires se nota la desproporcion enorme de los sexos. Las mujeres son mucho mas numerosas que los hombres, porque estos están en el ejército, han muerto ó se han fugado.

»Ya no hay confianza, no hay libertad, no hay franqueza en la conversacion, no hay union en las familias, ni valor en las almas; por todas partes no hay mas que encono y deseo de vengarse; por todas partes no hay mas que horribles sospechas; el justo orgullo de la independencia y de la libertad ha sido reemplazado por el penoso sentimiento de la humillacion nacional. Todas las ilusiones generosas han sido destruidas por el desaliento, la desconfianza y el temor.

»Nadie se atreve á quejarse ni á compadecer á los otros. El terror bajo el cual todos gimen, enjendra la hipocresía, la bajeza y la timidez. Así es que la sociedad está pobre y vacía. . . . . .»

Y por último el malogrado Rivera Indarte, en su obra *Rosas y sus Opositores* se espresa en estos términos:

«Rosas degüella á cuchillo ó con sierras desafiladas, para que los

tormentos sean mas acerbos y bárbaros, á todos los prisioneros que en la guerra toman sus soldados y que por la ley de gentes debia respetar: así que no tiene derecho á que en ningun caso le compadezca, ni dé cuartel, la misma sociedad á que hace la guerra.

»No es exagerado llamarle parricida.

»Ha acusado calumniosamente á su respetable madre ante todo el pueblo de Buenos Aires.

»Ha pretendido quitar á su hermano el apellido paterno, señalándole falsamente un orígen infame.

»Ha ido hasta el lecho en que yacia su moribundo padre para insultarle por el modo con que habia dispuesto sus voluntades últimas, y el postrer adios que dió al viejo autor de su existencia, próximo ya al sepulcro, fueron los mas horribles dicterios.»

—He aquí una ligera indicacion de la perversidad de este déspota, que tantos crímenes cometió durante los *veinte años* de su inaudita tiranía; indicacion que hemos creido indispensable antes de dar principio á nuestro libro, ya para legalizar hasta cierto punto la esposicion de los hechos con la irrecusable autoridad de los autores citados, ya tambien para que puedan apreciarlos debidamente y formar juicio exacto desde el principio los que no conozcan muy á fondo la historia del Nuevo Mundo.

—¡Qué padron de ignominia arrojado sobre la Europa!

—¡¡*Cinco mil quinientos ciudadanos asesinados cruelmente*!!

—¡¡¡*Veintidos mil cuatrocientos habitantes víctimas de un mónstruo*!!!

LOS MÁRTIRES

DE BUENOS AIRES

ó

EL VERDUGO DE SU REPÚBLICA.

CAPITULO PRIMERO.

LA EMIGRACION.

Si en algun punto del globo ostenta la naturaleza las portentosas galas de sus maravillas inmensas, es indudablemente en la vasta estension del Nuevo Mundo.

Allí, en aquel espacioso campo abierto á la civilizacion europea, en medio de los grandes lagos, mares inmensos perdidos en el espacio, desde los helados desiertos del Norte hasta los áridos campos de los trópicos, desde los hermosos é impenetrables bosques que forman la alameda de los grandes rios, hasta las herbosas é interminables *sábanas* que alimentan millones de cuadrúpedos, todo está allí tan sábia y perfectamente distribuido, organizado, dispuesto, que vive, se agita y resplandece, en todo su conjunto, la admirable armonía de la creacion.

Costas escarpadas, márgenes fangosas, ya estériles, ya fértiles, montañas inaccesibles, rocas gigantescas, vegas deliciosísimas, florestas, estepas, arenales, grandes superficies de gramíneas y pastos, bos-

ques impenetrables, soledades sin límites, valles poblados, profundos, elevados; vastos continentes, océanos inmensos, mónstruos, fieras, antropófagos, hombres, vientos, tempestades, abismos, volcanes, cataratas, precipicios: todo cuanto en la naturaleza existe, en sus múltiples y variadas formas, hállase allí en constante y pasmoso equilibrio.

Asombro, verdaderamente asombro, causa, sin embargo, la admirable conquista del hombre sobre la naturaleza en estos paises, los dolorosos combates, las horribles luchas que debió sostener, desde Américo Vespucio que siguió á Colon hasta Magallanes, desde Juan Diaz de Solis, hasta los actuales moradores.

Y refiriéndonos en particular á nuestras antiguas posesiones del rio de la Plata, posesiones que desde 1827 forman una confederacion, son innumerables las víctimas amontonadas en esa doble lucha á la vez del hombre contra la naturaleza y contra el hombre mismo.

Sí: las infinitas tribus esparcidas por las famosas Pampas de Buenos Aires y el gran Chaco, diseminadas por llanuras sin límites, bosques y montañas, han dado lugar mas de una vez á esta lucha del hombre contra el hombre; del hombre cristiano contra el salvaje, — en la que mas de una vez tambien ha triunfado éste.

De aquí las varias relaciones con que nuestros primitivos conquistadores han enriquecido la historia natural de estos paises habitados solo por pueblos salvajes, que rodean los conquistados por la civilizacion europea y que se interponen entre ellos cual brazos de mar proceloso, de muy difícil travesía, donde naufragan ó quedan cautivos los arrojados esploradores.

De aquí, indudablemente tambien, las naciones topográficas, tradiciones, costumbres y demás, que han servido de guia á escritores antiguos y modernos.

El mismo P. Guevara, D. Luis de la Cruz, Falkner, Azara y otros se refieren en sus narraciones á datos suministrados por los Caziques, ó por españoles que han estado cautivos.

Pero, volviendo á la fértil vejetacion con que la naturaleza ha enriquecido las provincias de Buenos Aires, nada tan encantador como aquellos deliciosos valles y praderas, aquellas selvas vírgenes y alegres campiñas, surcadas por todas partes de verdosos senderos cubiertos de un césped fino, que cual estiradas telas de riquísimo terciopelo, ora

rectas, ora semicurvas, van á perderse en los lagos, en los bosques, ó en los rios. Y como si el supremo Artífice hubiese elegido este espacio para sus inescrutables designios, como si hubiese atendido solícito á su variedad y hermosura; esta admirable perspectiva de la creacion, estas superficies inmensas regadas en todas direcciones por cien rios gigantescos, alimento diurno de espesos y dilatados bosques, están ceñidas casi enteramente de serranías y cordilleras disformes, que ni los Pirineos, ni los Alpes, ni el hospitalario asilo del Gran San Bernardo en Europa, pueden ciertamente competirles. Todo es superior en ellas: estension, altura, riqueza, lujo, esplendor, magnificencia, nada puede igualarles.

Era uno de los primeros dias de agosto de 1829.

Un grupo compuesto de ocho personas cabalgaba por la orilla del rio Colorado, en la provincia de Mendoza, en direccion de la famosa cordillera de los Andes.

Era una familia española con sus criados que, á consecuencia de las horrorosas escenas de la ciudad, emigraban á la república de Chile, armados todos y equipados completamente.—Esto es: el coronel Mendez, que desde la muerte de su esposa en el año 23 se habia retirado de Buenos Aires con su hija, la señorita Amalia, y el hermano de esta que acababa de llegar de la guerra del Brasil, en la que habia ascendido á capitan. Los cinco restantes eran criados que tenia el coronel, para cuidar las grandes posesiones rurales, adquiridas en los seis años de su permanencia en Mendoza.

Aunque el veterano rayaba en los sesenta, conservábase con todo bastante fuerte, reuniendo á su elevada estatura y robustez una fisonomía agradable, rejuvenecida aun con la mirada penetrante de sus negros ojos. El capitan Enrique era un vivo retrato de su padre: por manera, que, esceptuando la edad y robustez, era un arrogante y verdadero tipo español; demasiado fornido, sin embargo, para los treinta años que iba á cumplir.

Nada de particular ofrecian sus trages. Con decir que se habian provisto de grandes chaquetones de paño y pantalon de abrigo con gorras á usanza de los marinos, como si fueran á pasar una de las nevadas sierras de nuestras provincias del norte, queda dicho todo: pues, entre los horribles desfiladeros de los Andes, hay muchísimas honda-

nadas y alturas que conservan la nieve cuatro y cinco años; y si desaparece al cabo de este tiempo, es solo por pocos dias.—Tan frecuentes son allí los cambios de temperatura, que á veces, en el rigor del estío se siente un frio intenso, y vice-versa, en el invierno; fenómeno que se observa hasta en las ciudades de los llanos.

Seis horas llevaban ya de camino nuestros viageros, y no habian llegado aun al *Tacayo*, una de las gargantas que abren paso á la interminable cadena de montañas; pero el criado que franqueaba el camino, práctico en aquellos desiertos, acababa de anunciar su proximidad.

El sol iba á perderse en el horizonte, cuando divisaron á la luz de sus últimos rayos dos hombres que, aunque en direccion opuesta, seguian el camino de nuestros viandantes, cuya repentina aparicion impresionó sobremanera á la jóven hija del coronel.

—¡Tengo miedo, papá!—dijo esta bastante asustada:—dos hombres á estas horas, no pueden ser otra cosa que ladrones de la cordillera.—¿No ves, que mal aspecto tiene el de alante?

—Mala lógica posees, hija mia.—Segun tus deducciones, nosotros formaríamos una partida completa de salteadores, y sin embargo, ya ves que te equivocas.....

—Calla!—Ese es Martin?—El coronel ladeó un paso su caballo para reconocerle.

—No les digas nada; déjalos...—añadió, saliendo al encuentro de su padre.

—¡Estraña coincidencia!—esclamó el recien llegado al ver al coronel Mendez.

—¿Hay algo en Mendoza?

—Ya puedes calcular por la direccion y por la comitiva, que solo sucesos estraordinarios podian obligarme á.....

—Efectivamente.—Y no solo lo siento por tí, sino por haber viajado en valde.—Supongo, que ireis á pernoctar en mi estancia (1)?

—Lo mismo da; pero habia avisado al capataz de la mia, que nos tuviese camas para esta noche. Sin embargo, es demasiado tarde y

(1) *Grangerías, ó posesiones rurales con una ó mas leguas de terreno para la cria y matanza de los ganados.*

Amalia no podria resistir hora y media mas por estas breñas. — Con que se habia asustado ya de tu criado!

—Nada, nada; os acompaño.—Dí á los muchachos que nos sigan.

Era Martin—á pesar de su descuidado trage de campesino, ó *estanciero*, como les llaman en el pais,—uno de esos tipos, cuya figura imponente y noble presencia anuncian al personage elevado. Hallábase en su mejor edad; en la edad consistente, que en las personas de buena conducta empieza á los cuarenta.—Sus facciones respiraban inteligencia y dulzura y su frente bastante despejada revelaba el hombre amante del estudio y circunspecto; cualidades ambas, que, en efecto, sobresalian en él notablemente.

Sus relaciones de íntima amistad con el coronel eran muy antiguas; así que, en cuanto llegaron á la *estancia*, mandó disponer el cuartito de Amalia, y se retiraron á otro separado para conversar acerca de los sucesos; pero no sin suplicar antes á Enrique que acompañase á su hermana para que no tuviera miedo, ó estuviese triste.

—Vamos, hombre; cuéntame, cuéntame esos graves sucesos que te obligan nada menos que á emigrar con toda la familia:—dijo este al coronel alargándole una silla.

—Amigo mio: en estos dos meses que faltas de Mendoza, la guerra se ha hecho cruel, encarnizada, terrorífica. Toda la provincia está devastada. Invadida por tropas enemigas de la Rioja y san Juan, á las órdenes de Aldao, Quiroga y Villafané, dispuso el general Alvarado que Moyano mandase las fuerzas de operaciones. Encontráronse cerca de Mendoza, y ya el valiente Zoloaga les habia batido y dispersado, cuando un ardid del pérfido Aldao vino á darles la victoria. Envió este un parlamento con su hermano Francisco para una tregua, y cuando se conferenciaba acerca de ella, dió una carga desesperada despues de arrojar sobre nuestras fuerzas una andanada de metralla, y entró victorioso en la ciudad.

Los horrores que hemos presenciado son inauditos. No contento con despedazar personalmente á los prisioneros, rendidos bajo el sagrado de una capitulacion, ordenó á sus soldados que asesinasen sin escepcion á cuantos dispersos pudiesen haber.

Mandó traer á la plaza unos cuantos jóvenes prisioneros del batallon del Orden é hizo ejecutarlos á su presencia con los mayores tor-

mentos. El valiente y malogrado capitan Villanueva, traido á su presencia, fué mandado degollar, haciendo las veces de ejecutor el mismo hermano de Aldao D. Tomas. Hasta el bizarro D. Luis Infante que con catorce sargentos habia escapado de los parciales asesinatos de la tropa, fueron fusilados por él en el campo del Pilar, manchado aun con la sangre de doscientos ciudadanos sacrificados con la crueldad mas inaudita, la mas negra perfidia.

Pero no cesó aquí. Despues de asesinar al distinguido D. Narciso Laprida, presidente del Congreso Constituyente instalado en Tucuman, entregó la ciudad al saqueo de la soldadesca. Entonces los crímenes crecieron, se cruzaron, multiplicáronse, y terminaron á mi salida con el fusilamiento de Moyano, cuya vida estaba garantida tambien por la convencion del 11.

Alvarado y yo, que estábamos ocultos á media legua de la ciudad, nos preparamos para la emigracion; porque ya habia dicho á sus secuaces que nos fusilaran donde quiera que se nos cojiese, á cuyo fin habia destinado innumerables partidas y hecho registrar una porcion de casas, las mas principales de la ciudad.

No habia otro medio pues.--El general se dirigió á Tucuman donde tiene sus amigos é intereses, y nosotros,—como ves,—hemos emprendido este para nuestra amiga y hospitalaria Chile.

—Y bien: estas son mis profecías,—contestó Martin recordando antiguas predicciones.—Esa sangre preciosa, tan inicuamente derramada, tan deplorable, era consecuencia inevitable del tenebroso caos en que forzosamente debia sumirles la emancipacion de nuestra metrópoli.—Pero no creas que este hermoso y privilegiado pais, todo lo que comprende nuestro antiguo virreinato, ha cerrado con estos desastres la puerta á las revoluciones, no. La muerte del presidente Dorrego, único hombre capaz, despues de Rivadavia, de plantear un gobierno progresivo, tolerante, conciliador, ha abierto un vasto campo á la guerra, á la destruccion, á la anarquía.

Es una codiciada presa el poder, que arrebatará, no el mas fuerte, ni el mas honrado, ni el mas digno; sino el mas astuto.—Uno hay, cuyos pasos y acciones voy siguiendo de cerca hace mucho tiempo; y no tardarás mucho en verle en el poder.....

—¿Quién es?

—Rosas.

—Bah!—Eso será una aprension: una hipótesis mas ó menos fundada; pero ni siquiera es verosimil.

—Bien: dejemos al tiempo el encargo de decidirlo; pero desde ahora te aseguro que su eleccion si no se ha verificado ya, está cuando menos preparada. De todos modos, es preciso prevenirnos, porque la subida de este ambicioso va á ser la muerte de la república y la ruina de los que no le sigan.—Solo podrá contener la ambicion de sus rivales y el poder de sus amigos, los Caciques, á quienes tanto halaga hoy mismo, por medio de un sistema represivo de terror; y él no reparará en los medios para lograr el fin. Por consiguiente, tenemos hijos y debemos poner en salvo lo que á costa de tantos sacrificios y en tantos años hemos podido adquirir.

Mañana mismo continuareis vuestra marcha para Chile. Yo permaneceré dos dias en Tucuman y de allí partiré para Buenos Aires. Desde este punto te escribiré lo que ocurra, ó el plan que debamos seguir; y toda vez que Enrique es discreto y valiente, acostumbrado ya á las fatigas de la guerra, nos servirá perfectamente para la ejecucion.—Iníciale; y sobre todo procura persuadirle del vivo interés que me inspirará siempre su suerte, sean cuales fueren los sucesos y mi posicion, á fin de que tenga en mí ilimitada confianza; pero no le reveles nunca mi nombre, ni condicion, porque es jóven y la juventud es hija de la inesperiencia.

—¡Siempre el mismo!—esclamó el coronel, al admirar su modestia y la constancia de sus ideas.

Efectivamente: este hombre, que á primera vista cualquiera hubiera tomado por un campesino, ó cuando mas por un administrador, ó capataz,—como llaman allí,—de una *estancia*; este hombre, decimos, no era un hombre vulgar. De un talento poco comun, de erudicion vasta y profunda, era Martin uno de esos genios raros que la Providencia destina para el bien. Uno de esos corazones nobles, grandes, capaces de todos los riesgos, de todas las empresas, cuando estas se dirigen á un fin santo, sublime, al bien de la humanidad.

—¡Me ocurre una idea, Lorenzo!—observó este repentinamente, despues de un momento de silencio.

—Y es?—contestó el coronel.

—Lo siento; pero es preciso que Enrique se venga conmigo:—indispensable. Necesito tener en Buenos Aires una persona de confianza, y nadie mejor que él.....

—Eres cruel Martin. Ahora que cifraba todo mi placer en gozar de la emigracion en compañía de mis dos hijos, ¿quiéres privarme de Enrique que despues de cuatro años, aun no hace un mes que le veo?

CAPITULO II.

LA SORPRESA.

EL argentino sonido de uno de los relojes que habia en la sala principal, vino á interrumpir la conversacion. Acababan de dar las nueve, al mismo tiempo que Enrique entraba á manifestar á su padre el cansancio de Amalia y sus deseos de retirarse.

Martin dió órdenes para que sirviesen la cena, y el coronel Mendez enteró á su hijo, despues que estuvieron solos, de la conversacion que habian tenido, así como de la conveniencia de acompañar á aquel en su partida. Enrique, que no podia dudar del entrañable cariño de su padre, aceptó gustoso: si bien con el natural sentimiento de separarse de ellos y dejarlos solos en aquellos imponentes desfiladeros: sentimiento que el padre procuró dulcificar, recordándole el número de hombres que les acompañaban, bastante suficiente para salir de cualquier apuro y hasta para imponer á cualquier agresor; pues todos eran jóvenes, fuertes y acostumbrados á las armas.

Al dia siguiente, apenas el primer rayo del sol comenzaba á trazar una línea de rojo fuego en el estremo del horizonte, ejecutando puntualmente los criados las órdenes que habian recibido, ensillaron los caballos y dieron aviso de hallarse todo dispuesto.

Aun no habia transcurrido media hora, cuando nuestros viajeros iban á continuar su marcha.

Tal era el disgusto del veterano coronel al separarse de su Enrique, que pronunció bastante afectado las siguientes palabras:

—Adios, Martin. Tu presencia me ha sido siempre grata; tan grata como tu amistad; pero lo seria doble hoy, si no me priváras del placer de hallarme con mi querido Enrique.—No sé, me parece que nunca he sentido como hoy separarme de Enrique.—Tal vez sea el cariño, sentimiento natural tal vez; de todos modos, me aflige, me duele, me entristece.

—Casi estoy por dudar de tu antiguo valor:—cualquiera diria que se trata de convertirte en un *Guzman*:—contestó Martin medio de broma:—sabes que no escaseo los recursos para evitar los peligros, y que en todas mis empresas cuento siempre con grandes elementos.—Tranquilízate, pues; y procura solo distraer á Amalia.

Por fin, se abrazaron, se estrecharon, despidiéronse, y á los cinco minutos quedaban separados los dos grupos por una montaña disforme.

Sigamos á nuestros primitivos viageros por aquel admirable laberinto de montañas.

Aunque en América todo es mas grandioso, mas espléndido, mas pintoresco que en Europa, naturaleza, vejetacion, topografía; bastaria no obstante para dar una elocuente idea de ello, la fabulosa estension de casi dos mil leguas que desde el cabo de Hornos, su última cima, hasta Santa Marta en la Nueva Granada (1) mide la gran cordillera de los Andes.

Lo primero que se presenta allí á la vista del viagero, apenas el primer rayo del sol comenzó á perfilar en el mar las sombras de las plantas y las flores, es la lluvia de diamantes con que las ha humedecido el rocio de la aurora y cuyos deslumbrantes reflejos obligan á fijar la vista en las múltiples y numerosas cimas que tiene delante.

(1) Guevara. *Historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman.*

Entonces la imaginacion es conducida alternativa é insensiblemente de la poesía á la estrañeza, de la estrañeza á la admiracion, de la admiracion al espanto.

Tan pronto se ven promontorios cubiertos de eternas nieves, que se pierden en las nubes, ostentando el lujo de sus altísimos y robustos árboles, diferentes todos de los de Europa; como mirarse al espejo de los lagos y rios que á sus piés corren, bosques primitivos sin término ni límites, cortados á cada paso por esas maravillas inesperadas que la soledad ofrece. Aquí, trozos de hielo fundido por los rayos del sol improvisando caprichosas cascadas que interceptan el sendero: allí rocas socavadas por la filtracion de las aguas, que en su terrible choque con los árboles al desprenderse de lo alto, árboles y rocas rodando al precipicio, producen en su caida tal estremecimiento, que podria tomarse por un temblor de tierra: mas allá, el rujido de los tigres y las fieras que responde al estrépito de los truenos entre los que brilla, se prolonga y desaparece la electricidad cual una serpiente de fuego. En fin, por do quiera vase rodeado de peligros, pero peligros que espantan; peligros todos que el ánimo estasiado no tiene lugar de contemplarlos.

A veces dura horas enteras esta perspectiva estraña, pasando de colina en colina, de valle en valle, cual un verdadero mar con su bonanza y sus tempestades, subiendo, costeando, descendiendo; pero sin hallar nunca un camino trazado de antemano, porque la última huella del indio, del tigre, ó del jaguar, ha sido ya borrada por las nieves derretidas, por el torbellino, ó por la lava del próximo volcan, que ha cubierto toda la superficie en su última erupcion.

A veces, tambien, el terreno cambia, y con solo subir una pequeña cumbre recobra el paisage su primitiva y grandiosa magnificencia.

Preséntanse, entonces, de repente grupos infinitos de montañas, enhiestas, truncadas, piramidales, sembradas por do quiera de bosques alegres, rientes, deliciosos, que embalsaman el aire con el aroma de sus plantas; por do quiera surcadas por los contínuos arroyuelos que de borboton en borboton van á precipitarse en el fondo, formando en su consorcio un pequeño rio; pero que si bien aquí con el cadencioso ruido de las aguas parece haber renacido la vida en el paisaje, con la vida tambien ha vuelto á renacer el peligro; porque no es ya la tempestad, ni el abismo, ni las fieras, á quienes hay que temer, sino á las in-

numerables bandadas de indios errantes, que solo se mantienen de la caza, de la pesca y del robo, cuando la ocasion se les presenta, y que son en la lucha tan tenaces, que, ó mueren ó, se llevan la presa.

Mas de cuatro horas llevaban ya por este penoso desfiladero nuestros viandantes sin haber ocurrido el menor accidente.

Al llegar á un recodo formado por una encrucijada divisábase por entre las quebraduras de las montañas una cima muy alta, que cual inespugnable muralla, parecia cerrar el paso á la pequeña llanura que iban á atravesar.

—Falta mucho, papá?—preguntó Amalia que estaba fatigada y miedosa de aquella soledad.

—Aun no hemos andado la mitad, hija mia.

—Y hemos de subir tambien á ese cerro tan alto?

—Sí:—y en llegando á él, es la mitad de la cordillera.—De ahí solo hay cuatro horas al llano de Chile.

—Ay, papá:—¿pero como hemos de subir á ese monte tan escarpado?

—No tengas miedo.

—No; pero no veo ningun camino que conduzca á su cima.

—No importa.—El camino no es recto. Tampoco hemos de llegar á su cúspide: primero iremos faldeando, despues tendremos una subida de media hora, y luego bajaremos por la misma falda á un valle muy precioso, lleno de bosques y de caza.—Verás que pajaritos tan hermosos.—Hay uno en particular, que no has visto nunca cosa mas estraordinaria y maravillosa que su pequeñez, su inquietud, su azogada viveza, su alimento, su color y su generacion.—Los indios quichues le llaman «Quenti», otros, los guaranis, «Mainimbií» y nosotros le conocemos por picaflor.—Es del tamaño de una cáscara de nuez. Su pico largo y delicado tiene un tubito ó aguijon en la punta para chupar el jugo de las flores, su único alimento. El color es un agradable esmaltado de verde, azul-turquí y sobre dorado, tan brillante, que herido por los rayos del sol ofende la vista con su reflejo.—En otros es un naranjado vivísimo que con los rayos solares imita las llamaradas del fuego.

Pero lo mas raro de todo es su nacimiento, las metamórfosis de sus hijuelos. Primero salen del huevo en figura de gusano: despues que desenvuelve y desata sus miembros conviértese en mariposa, y con los

azogados movimientos de sus alas empieza á alimentarse de las flores: de este estado pasa al de pájaro, y aun hay quien asegura que en esta transformacion se le ha visto participar de una y otro; entonces empieza á vestirse, primero, de plumas negras, despues cenicientas y por último de su color natural.—Tambien le llaman «tuminejo» porque apenas pesa un tomin.

Aunque parezca demasiado pueril este relato, el coronel sin embargo lo hacia con toda intencion; porque sabiendo la grande aficion de Amalia á los pajaritos y la esmerada solicitud con que los cuidaba, ninguna cosa era mas á propósito para distraerla de la tristeza de aquella soledad.

—¿Y por qué no me has mandado cojer uno?—Ese animalito es otra maravilla de la creacion!—dijo Amalia al recordar las singularidades que habia oido.

—Tu has dicho la razon, hija mia.—Siendo efectivamente maravilla,—como todo lo de este pais,—otra de sus especialidades es su vuelo velocísimo, en un instante desaparece: y sin poderle seguir la vista, lo halla ya á una gran distancia. Si alguna vez se posa en los árboles, es solo para atisbar la flor de mas rico perfume y asaltarla.—Y ademas, ¿cómo habia de vivir?—El elemento principal de su existencia, de su vida, es la libertad de poder ejercer ese continuo movimiento que tanto le distingue.—Quítale esta libertad, el movimiento; encarcélalo, y muere.

—De todos modos, me gustaria mucho verle; y toda vez que vamos á pasar por ese bosque donde dices que se crian, podríamos detenernos en él un rato.

—No hay inconveniente: ves esa pequeña colina, detras de esos enormes pinos? pues en ella hay una especie de meseta que nos servirá de posada: allí almorzaremos y será fácil que se divise alguno en el bosquecillo que tiene debajo.

Empezaron entonces á costear un precipicio por una tortuosa senda y el coronel dió órden á dos criados para que se adelantáran á elegir allí un sitio para almorzar.

La falta de prevision suele reportar de contínuo funestas consecuencias en todas las empresas humanas; y el veterano coronel olvidóse en esta ocasion que todo aquel territorio estaba habitado por la tri-

bu de los *Peguenches*, indios ágiles, belicosos y avezados al robo y al despojo.

Apenas hacia media hora que gozaban de la grata impresion de aquel delicioso panorama, que la vista recorria de sorpresa en sorpresa, cuando se levantaron ya para continuar á pié toda la orilla del bosque, regada por un pequeño rio que caía en torrente de una de aquellas alturas, y alfombrada con infinitas y caprichosas flores.

Al hallarse á la mitad del bosque, oyóse repentinamente el ruido como de unos treinta y cuatro indios á caballo, que al salir de su emboscada se dividieron en dos alas como dos líneas divergentes á fin de cojerlos en el medio y cercarlos.

—Fuego, muchachos!—gritó el coronel impetuosamente, disparando el primero su carabina.

—*Chúgarn*! *Chúgarn*!—Herir, Herir!—contestaban ellos con voces atronadoras.

El coronel, que observó la decision de los salvajes, subió con su hija á un peñasco que habia en la falda de la montaña para defenderla de aquellos bárbaros, y morir antes de que cayera en sus manos.

No se intimidaron tampoco los cinco criados, que no era la primera vez que luchaban con aquella familia. Dividiéronse en dos grupos y haciendo un fuego mortífero lograron rechazar al enemigo que los atacaba á vanguardia y retaguardia. El veterano militar desde el peñasco les hacia tambien bastante daño, no solo con sus certeros tiros, sino con la direccion que daba á las operaciones. Mas de ocho jinetes yacian en el suelo moribundos, y otros habian perdido los caballos, sin que los atacados hubieran sufrido la menor lesion; pues, aunque los bandidos se hallaban á veinte pasos de ellos, como quiera que sus armas se redujeran á una especie de chuzos largos ó lanzas, y los *laques* ó balas, que llevaban atadas á la cintura, no habian podido tocarles.

Conociendo el coronel que debian aprovechar la primera ocasion para evitar una segunda carga, esforzábase en animar á los muchachos para romper la línea de frente y huir, porque los indios son muy astutos y previsores, y nunca dan un ataque que no estén seguros del triunfo; esto es, ó á traicion, ó muchos contra uno.

Avanzaron, pues, los criados de frente, pero tuvieron que detenerse porque los de atrás se les echaban encima.

¡Fuego muchachos! — gritó el coronel impetuosamente.

—Adelante! —gritó el coronel.—Adelante! que yo detendré á estos.

Y bajando del peñasco, derribó otro ginete de un disparo.

Tal fué la enerjía con que dieron este segundo ataque, que conociéndose impotentes los agresores, no adelantaron ni un solo paso; pero al momento partió uno á todo escape hácia el bosque, con objeto sin duda de pedir refuerzo.—Cuatro indios mas sucumbieron en esta descarga, y solo quedaban montados seis á retaguardia, que haciendo una conversion fueron á unirse á los ocho que cerraban completamente el paso por la parte opuesta.

El coronel entonces trató de hacer un esfuerzo mas y batirlos.—Fué en busca de Amalia, que estaba medio desmayada, para que le siguiese á caballo por la estrecha y tortuosa senda; mandó que dos flanqueasen por la falda del monte sin disparar, y él con los tres restantes avanzó unos pasos mas.—Los bandidos no se movieron, á pesar de hallarse próximos á sucumbir; pero era sin duda porque contaban con el ausilio de sus compañeros.

En este momento volvióse otra vez á oir el galopeo de caballos en mucho mayor número que los anteriores. Grave era la situacion; pero no se arredraron, sin embargo, acostumbrados todos á las acciones de guerra y á triunfar siempre de los salvajes por superior que fuese su número, atendida la ventaja de las armas de fuego.

Con este motivo, mandó el coronel estenderse, formar un semicírculo, apuntar bien, disparar á un tiempo, y avanzar al galope saltando sobre los caballos ó ginetes que cayeren.

Amalia iba detrás de todos á dos pasos de su padre, que á cada momento la animaba, diciendo, que no tuviese miedo, que se agarrase bien, que iba á dar un escape, y que asegurándose en el estribo siguiese siempre sin mirar á ningun lado, porque habia de aprovecharse el momento.

No tenia otro objeto la anterior órden que establecer un semicírculo de fuego por el cual debia quedar fusilado sobre el campo casi todo el grupo, y así sucedió en efecto.

Pero al estruendo de los seis disparos que hicieron una sola detonacion, espantóse el brioso corcel de Amalia, y en vez de seguir á los suyos que pasaron á escape por cima de cinco cadáveres mas, partió

dando botes en direccion opuesta, yendo á caer en manos de los indios que estaban ya á diez pasos.

—A escape, muchachos!—repitió el coronel apenas hicieron la descarga.—A escape!

—Firme, Amalia! Agárrate bien!—repetia á cada instante sin detener el galope, ni mirar atrás.—No tengas miedo: ya estamos salvados.

Convencido el coronel de que Amalia podia resistir la carrera, porque montaba bastante bien, no le ocurrió siquiera volver la cabeza en los cinco minutos que emplearon para evadirse de la segunda carga; bien que el humo naturalmente producido por toda esplosion se lo hubiera impedido al principio.

—Señor, señor!—esclamó uno de los criados que se detuvo para ver la accion de los bandidos.—La señorita Amalia.....

—¡Cielos!—contestó el coronel con espanto viendo que no estaba su hija.

—Nada, nada:—á rescatarla, á rescatarla,—dijeron unos.

—Sí, sí!—contestaron otros: ó morimos todos, ó la señorita no queda cautiva.

El coronel permaneció algunos momentos en el mas completo abatimiento.—Era la suya una situacion especial, indefinible. Es preciso haber tenido hijos, y haber sufrido tambien la pérdida de alguno, para comprenderla; pues para él la desaparicion de su hija era como su muerte: al menos produjo el mismo efecto.—Mil ideas vagas, confusas, incoherentes á la vez, bullian, cruzaban y desaparecian á un mismo tiempo de su turbada mente. Mudo, inmóvil, cual si homicida acero hubiese atravesado parte de su corazon, cuyo dolor profundo contrajera momentáneamente su álito para detener el elemento vital, que cual otro fluido erumpente iba á salir de su seno, así permanecia, sin atreverse á respirar siquiera, al recordar la pérdida de su hija.

—Sí: la habrán muerto!—decia despues.—Ellos son vengativos, y cuando hayan visto los cadáveres que han sucumbido á nuestro mortífero plomo, no habrán podido contenerse.—La habrán arrojado al fondo del precipicio!....¡La habrán lanceado!....¡despedazado!....¡asesinado!.... ¡Dios mio!.... ¡que horror!....—Y se tapaba la cara con las manos: se arrancaba los cabellos: rechinaba los dientes: apretaba los

puños; y como si una fuerte convulsion se hubiese apoderado de sus miembros, trasmudábanse sus facciones y cubríase su semblante de una palidez mortal.—Era la sangre que refluia, se agolpaba, precipitábase súbitamente en su corazon herido, pero que comprimidos los vasos con su peso volvian á arrojarla otra vez por las mismas venas. Entonces, concentrada de nuevo en su mente, su rostro encendido con la rubicundez que produce su fuerza, chispeantes los ojos, la mirada siniestra y vacilante, conjuraba los elementos, provocaba á los salvajes y desafiaba á sus criados porque habian huido.—¡Es la lucha terrible del afligido padre, que disputa á la aterradora guadaña el último golpe que dascarga sobre el moribundo hijo!—¡Es el postrer esfuerzo del dolor que arrebata de las manos del sepulturero el yerto cadáver que va á depositar en la huesa!—Es, en fin, la reaccion que sucede siempre al sentimiento, que solo un padre puede tener cuando pierde el objeto que ha vivificado, que es su vida, su existencia, la válvula de su corazon, sin cuyo movimiento se hace difícil respirar, sin cuyo resorte deja de latir!....

—Amalia!—¡Pobre Amalia! ¡Tan hermosa, tan buena como ha sido siempre..... venir aquí, á estas soledades, á servir de alimento á alguna fiera..... á algun ambriento tigre..... devorada por algun antropófago..... despedazada por los salvajes..... llorada por los cocodrilos!!!.. Bah! No, no puede ser: yo deliro... no hay nadie, ni las fieras, ni los salvajes, ni el mismo tigre hambriento han podido atreverse.... Su hermosura les ha fascinado; su bondad, su pureza, su inocencia, la dulzura de su voz han detenido el mortífero golpe, el monstruo devorador.—Habrá invocado en su último trance al Dios de las misericordias, y él, la bondad suma, ha enviado en su ausilio un ejército de ángeles, la ha rodeado de legiones de celestes espíritus, de alados querubes, que han alejado y confundido á los malvados, que la han arrebatado de sus manos para devolvérmela; para no separarla mas de mí, para que pueda exhalar el último suspiro entre sus brazos y reflejar mi última mirada en el trasparente cristal de sus humedecidos ojos.

—Sí, sí: ¡corramos muchachos!—á escape, aun es tiempo!—Está allí: en el suelo... desmayada... ha caido del caballo... pide nuestro ausilio... me mira, se sonrie, me espera, me desea!....

Las violentas sensaciones, que sufria el coronel con la pérdida de su

hija, habíanle colocado en este lamentable estado, que pasando del abatimiento á la escitacion febril, trastornaron completamente su razon postrándole en un profundo delirio.

Los criados estaban tambien afectados al ver las rápidas y contínuas mutaciones de su semblante.—Tan pronto una palidez mortal parecia que iba á sumirle en el sueño de la muerte, como un encendido color devolvia á sus facciones el vigor de la juventud.

Ninguno de ellos se habia atrevido á dirigirle la palabra y todos estaban atontados al ver á su amo, á quien querian mucho, en tan triste estado.

Por fin, uno de ellos, el de mas confianza, que siempre acompañaba al coronel en sus espediciones y cacerías, determinóse á proponerle ir en busca de Amalia, dando una batida por aquellas montañas y hacerle algunas reflexiones que pudiesen tranquilizarle.

—Señor,—le dijo Remigio, que así se llamaba este;—me parece que no debeis desconfiar del todo de rescatar á vuestra hija. Los indios que acometen á los viajeros; esto es, los indios *guazos* ó ladrones, generalmente no matan. Lo que á ellos les interesa es los cuarenta ó cincuenta duros que exigen por el rescate de las personas cautivas, porque ya sabeis, mejor que yo, que todos ellos son muy interesados y si matasen los prisioneros no les valdrian nada.—Recordad, en prueba de ello, los muchos españoles que han vivido con ellos, tres, cuatro y mas años, y las muchas señoras que tambien han permanecido entre los salvajes, sin haber sufrido el mas leve daño: al contrario, los cautivos son tratados con toda consideracion. Lo único que suelen hacer es darles alguna ocupacion ó destino, como el de pastores de los ganados que roban, pero nunca, ó al menos en muy raros casos, han sufrido el menor daño. Por consiguiente, creo que seria conveniente dar una batida; observar la direccion de los indios desde alguna de estas montañas, y pedir ausilio á Chile para rescatar por dinero, ó por la fuerza, á la señorita Amalia.

—Tienes razon, Remigio: contestó el coronel, que escuchó con la mayor atencion las anteriores reflexiones y que le sacaron de su fatal letargo. Tienes razon.

Tan acertado razonamiento produjo efectivamente una saludable reaccion en el afligido ánimo del veterano militar, y sirvió hasta cierto

punto para recordarle las grandes nociones que tenia de la historia y costumbres de todo el país indiano. Reconoció desde luego la exactitud de cuanto habia espuesto y aceptó el partido, aunque con alguna variacion.

—Bien, Remigio: añadió despues de un momento de silencio, como haciendo un esfuerzo para reconcentrar sus facultades. Esta accion te ha colocado en el mas alto grado de mi predileccion y aprecio. De hoy mas, eres otro de los individuos de mi familia y te corresponde el tercer lugar en mi casa y en mi mesa: esto es; despues de mis dos hijos. Pero, ya que me has prestado tan imponderable y eficaz ausilio con tus ideas, quiero exigir de tu fidelidad que te encargues de realizarlas. Tú te quedarás con dos de los muchachos, á quienes encargo desde ahora que te obedezcan y respeten como á mí mismo; ofreces cuanto dinero quieran por mi hija; y si esta misma noche no podeis descubrir el paradero de ella, yo gestionaré en Santiago de Chile para que el gobernador, en cuya casa me hospedaré, me facilite ausilio para rescatarla mañana. De todos modos te espero esta misma noche para que me des cuenta de tus indagaciones, aunque sea reventando los caballos.

—Agradezco infinito la escesiva consideracion con que me tratais y la singular distincion con que acabais de honrarme, señor; contestó Remigio como avergonzado; pero podeis confiar en mi lealtad y el cariño que siempre he profesado á toda la familia que haré cuanto me sea posible para que la señorita Amalia vuelva hoy mismo á vuestra compañía. Hasta entonces no creo haber hecho mas que cumplir con mi deber y solo me basta vuestro agradecimiento.

—Pues justamente, por esa misma fidelidad nunca desmentida y ese cariño constante que ha reflejado ahora mas en tu solícito interés por mí y por mi hija, me he persuadido que desempeñarás como yo mismo la comision. Podeis, pues, partir; todo lo que me detuviese yo ahora seria tal vez perjudicial y haria falta mañana. Los indios son muy astutos, y acostumbrados á esta clase de raptos habrán procurado ocultar su presa para evitar nuestras pesquisas. El gobernador de Chile es amigo: conoce el territorio donde tienen sus guaridas y me prestará todo el ausilio que esté de su parte.

En vano esperó aquella noche noticias de su hija. El demasiado ce-

lo de Remigio por descubrir su paradero le hizo internarse tanto por aquella triple línea de montañas, que no le fué posible recorrer la distancia de mas de doce leguas que le separaba de Santiago de Chile.

Llegó por fin el dia siguiente con los dos criados, pero sin poder añadir una palabra mas á lo que ya sabemos respecto de la cautiva.

Ni las batidas y esploraciones que se practicaron en toda la cordillera, tanto por órden del gobernador, como por cuenta del coronel, ni las ofertas pecuniarias hechas á los mismos indios en sus tolderias, fueron suficientes. Nada bastó: nada pudo conseguirse.

Mas de quince dias duró esta angustiosa y terrible situacion, que habia puesto en peligro la vida del coronel.

Una mañana con motivo de haber recibido carta de Enrique y Martin desde Buenos Aires, en que le comunicaban el estado de las cosas y ciertos planes, se vió en la precision de mandar á Remigio para que les noticiase verbalmente todo lo ocurrido, sin perjuicio de manifestárselo además por escrito.

CAPITULO III.

INCENDIO DE LAS NAVES.

Seria como á últimos de diciembre.

Hallábase sumida la ciudad de Buenos Aires en la mas espantosa alarma.

Era uno de esos dias en que la naturaleza anuncia con su tristeza algun suceso funesto, ó inaugura una nueva época de terror y de sangre. Las nubes se amontonaban paulatinamente unas sobre otras como penachos de espeso humo. El cielo brillaba en el horizonte con fuegos pálidos y contínuos. Una oscuridad siniestra dominaba la ciudad. La luz apenas podia abrirse poco á través de aquella densa capa de vapores que parecian formar á su encuentro negras y puntiagudas montañas.

Con efecto: la noticia de que las naves de la escuadra nacional eran presa de las llamas y los gritos de una turba de bandidos que recorrian las calles cometiendo robos, asesinatos y todo género de tropelías, habian puesto en movimiento á la mayor parte de sus habitantes, que precipitadamente y en desórden cruzaban en todas direcciones.

Al principio veíase solo gente del pueblo, mujeres y niños, cuyos grupos iban cada vez en aumento; empero, mas tarde, tal era el número de crímenes y robos que habian perpetrado los malhechores, y el terror producido por las llamas que se divisaban en lontananza á través de la empalizada de los buques, que niños y mujeres huian asombrados, alborotando las calles y dispertando á los mas acomodados ó perezosos que no se habian aun apercibido.

—¡Socorro á las naves! ¡Socorro á las naves! gritaban por todas partes.

Era un verdadero caos.

Unos se detenian mutuamente á interrogarse la causa de la alarma: otros en pequeños grupos formados al acaso, marchaban á toda prisa, quien á su almacen ó establecimiento, quien á su despacho: aquellos tropezaban con un afligido que lamentaba la pérdida de alguno de la familia, ó que reclamaba la proteccion de su propiedad y de sus bienes.

En una palabra: lágrimas, gritos, confusion espanto, he ahí todo, todo lo que hallaba el espectador por cualquier punto á donde acudiese la vista.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! gritaban desde la ventana de una de las principales casas de la calle de Representantes.

—¡Favor! ¡Ausilio! volvian á repetir, pero todo en vano. Habíanse esparcido los ladrones por toda la ciudad y con la alarma producida por el incendio de la escuadra la mayor parte del vecindario habia abandonado las calles para ir *allbajo* (1) á ver el incendio. Además, que apenas abrian una ventana para pedir ausilio ú observar á los bandidos, los hacian retirar bien pronto apuntando los mosquetes y amenazándoles de muerte.

Sin embargo, gracias á la aproximacion de un caballero, que por su trage y aspecto debia ser militar, y que les amenazó con ir á buscar una escolta y fusilarlos, si acto continuo no se retiraban, no pudieron derribar por entonces la puerta y saquear la casa.

Tres personas doblaban al mismo tiempo una de las esquinas de esta calle. Aunque caminaban con velocidad, deteníanse de tanto en tanto; como si una conversacion animada ó muy interesante les obligase á pa-

(1) Designase con este nombre una grande alameda ó paseo á orillas de la rivera.

¡Socorro á las naves! ¡Socorro á las naves!

rarse súbitamente para discutir algun plan ó alguna medida de gobierno.

Era una realidad.

El presidente de la República iba á la Asamblea acompañado de dos ministros.

—Es preciso indagar inmediatamente la causa del siniestro y el motor de la alarma:—dijo el presidente que era de unos 56 años, no muy alto, pero algo grueso.—Además, añadió; conviene desplegar mucha sutileza y un tacto esquisito, para si algun enemigo de nuestra independencia hubiese intentado por medio tan infame producir un conflicto, sea juzgado hoy mismo en la Sala de Representantes, cual quiera que sea su clase y condicion.

—Me parece que no será tan fácil descubrir esto:—objetó uno de los compañeros:—para mí, es mas grave y complicado de lo que á primera vista parece.

—Puedo saber, señores, si se hallará en la Asamblea el señor Viamont?—preguntó misteriosamente un desconocido.

—Bien podia hablar con mas respeto al preguntar por el presidente de la Asamblea aunque solo fuera por su categoría:—contestó uno de los ministros.

—No he preguntado por el presidente, caballero; creo haber nombrado simplemente el señor Viamont, y no hay derecho por lo tanto á increparme.

Al observar el presidente que el desconocido guardaba completa reserva en su mision, comprendió al momento que debia evitar toda contestacion y que por el contrario, debia manifestarle que estaba delante de la persona, á quien sin duda debia hablar reservadamente; pero resentido el ministro por la respuesta estaba discurriendo un medio de vindicarse; y aprovechando el silencio producido por las últimas palabras del viagero, con ánimo mas bien de escrutar su misiva, le objetó, diciendo.

—Estraño mucho que ignore, como dice, la categoría del señor Viamont, habiendo interrogado al principio, si se hallaria en la Asamblea su escelencia; no obstante, como el que tiene este nombre es un general antiguo, cuando menos debia haber comenzado por darle el tratamiento de su clase: además, ¿quién podria hallarse en la Asamblea con ese nombre sino el general?

—Pues no es tan difícil como á primera vista parece. Inquiriendo al salir de la posada las señas de su habitacion, sin espresar su categoría, me contestaron que le hallaria en la Asamblea. No estaba seguro; y para cerciorarme he reiterado la pregunta. Ignoro, pues, hasta ahora los honores y consideraciones que se le deberán sin duda; pero que respetaré siempre, sean cuales fueren.

—Satisfechos, contestó el presidente: si aguardais un momento podreis ahora mismo despachar vuestro encargo.

El desconocido se retiró cuatro pasos, para no enterarse de lo demás; pero dirijió al mismo tiempo una mirada de inquietud al presidente, que reconoció en el momento, significándole la urgencia de su entrevista. Comprendiólo este así y dijo en voz alta á los ministros.

—García, á la Asamblea:

—Escalada: en ella aguardo el resultado de las investigaciones.

Retiráronse los ministros y se aproximó el desconocido, que replicó al mismo tiempo.

—Mi general, aquí las tengo.

—¡Como!

—Es preciso que salgamos de este sitio para poder hablar con toda seguridad..... Estais amenazado de muerte: y si no tomais pronto una resolucion para cortar el vuelo á ese tirano, la poblacion de Buenos Aires se verá convertida en un vasto cementerio.

—¡Esto es muy grave!

—Mas aun de lo que creeis.

—Pero, ¿que hay?

—Mi general, os suplico segunda vez que elijamos otro sitio. Conozco perfectamente las maquinaciones de Rosas. Tiene minada la ciudad con agentes suyos y asalariados. Los hay hasta en la Asamblea misma. No se puede creer á nadie, ni hablar en confianza sino en el seno familiar.

—Pero, puedo fiarme.....

—Soy el capitan Mendez; he servido á las órdenes de.....

—Basta. El nombre de los Mendez es para mí la mayor garantía. Sus servicios en favor de la independencia son bastante conocidos para que sin otras pruebas, puedas desde luego venir á mi casa, como si fuera á la de tu padre, mi antiguo amigo y compañero. Afortunada-

mente estamos cerca de ella y podremos conversar con seguridad. Vamos.—Ya he sabido las hazañas del dicho vástago de los Mendez, continuó; pero como tu padre se retiró á Mendoza hace tiempo desde donde saliste, segun tengo entendido, para la guerra del Brasil, no te habia conocido.

—Yo os doy gracias por la grata memoria que conservais de mi querido padre, el cual, podeis creer, os corresponde fielmente. Solo á él debeis mi venida á esta, solo á él tambien el servicio que acabo de prestar á nuestra escuadra.

—Bien, Mendez. Continúa de este modo, que aun cuando es deber sagrado sacrificar la vida en defensa de la patria, esta tambien agradecida sabe recompensar el mérito de sus dignos hijos.

En esto el criado facilitaba la entrada al despacho.

—Ahora que estamos en casa, mandaré que nos preparen un té, á menos que prefieras otra cosa, mientras me esplicas los motivos de este incendio. Siéntate.

Y despues de dar la órden á su criado Andrés se colocó enfrente del capitan.

—Ya sabeis, mi general, que la escuadra nacional que acaba de arribar victoriosa de la guerra del Brasil, que ha servido siempre con valor á la causa de la independencia nacional llegando á sembrar el terror entre los enemigos de la República Argentina, no puede de ningun modo ser favorable á la tiranía y despotismo de Rosas, ni á sus bandálicos actos.—Bastante conocidos son en la campaña.—Ha resuelto, pues, destruirla, y destruir con ella todos los buques mercantes pertenecientes á los que llama él enemigos que son los amigos de nuestra prosperidad. Aprovechando la ocasion de la escuadra que está al frente de nuestras aguas, al mando del Vizconde de Vercourt, á quien ha procurado seducir, le ha dirijido esta carta que la casualidad ha puesto en mis manos, y que dice así:

«Mi querido Vizconde: ayer convenimos en que avisaria yo la oportunidad para la destruccion de las naves; pero ignoraba entonces que en una de ellas yacian moribundos algunos prisioneros de mi ejército; que todas están llenas de *franceses* sumidos en la mayor miseria y que no tienen patente, por lo tanto pueden considerarse como *cascos piratas*. Además, esas embarcaciones pertenecen á un usurpador. Con

estos datos, y deseando recuperar cuanto antes mis soldados, espero que esta noche se llevará á cabo nuestro proyecto..... Con esta ocasion se repite de nuevo... etc. *Juan M. Rosas.*»

Y aquí teneis la causa de la catástrofe, que gracias á los esfuerzos de los buenos patricios no ha tomado las proporciones que su infame autor se habia propuesto.

Pero hay mas: los sufrimientos de la poblacion con la guerra de depredacion, de asesinato, y de despojo, que está haciendo ese tirano, hacen necesaria la paz en el interior, que él se empeña en romper porque sin el terror no puede dominar. Faltábale pretesto; y como efectivamente hay á bordo de uno de los buques cincuenta y tantos prisioneros hechos por el coronel Olavarría á las fuerzas de los suyos, ha bastado esto para que el Vizconde creyera todo lo demás.

No obstante este vez no pudo conseguir del todo su intento.

Desde que hizo el famoso regalo á Lopez de los inmensos rebaños secuestrados á los propietarios del Norte, á quienes undió en la miseria, se le cojió el hilo de su infernal trama para ser nombrado presidente del gobierno; y esto nos movió á redoblar la vigilancia para salirle el encuentro en todos sus pasos. Por fin; habiendo tenido noticia que la escuadra francesa habia hecho movimiento, aunque sin rumbo fijo, determinamos ayer ponernos de observacion á bordo de un buque mercante, cuando la señal de fuego y alarma repetida por toda la escuadra, vino á ponernos en movimiento sobre las once de la noche.

—Es decir, que se ha prestado ausilio y se ha salvado la escuadra? interpuso vivamente el general.

—No solo se ha prestado ausilio,—prosiguió Mendez,—sino que gracias á la ventaja que nos llevaba la escuadra francesa y á la escasez de nuestros proyectiles, pudo salir impune de su alevosía, dirijiéndose hácia el puerto de la Ensenada.

—Y que pérdida hemos sufrido?

—La de un buque que estaba á tiro de cañon y que conducia los prisioneros cojidos á Ramirez, que á estas horas habrá entregado á Rosas en el referido puerto.

Hé aquí, mi general, el orígen de la alarma, que puede darse por terminada; pero que es preciso conjurar otra que no tardará en reproducirse y cuyo teatro será la sala de Representantes. En ella ju-

gais el principal papel, segun las instrucciones de Rosas á sus agentes y de las cuales he podido ver un ejemplar.—Preveniros, pues.

—¿Y ese horroroso incendio que se veia entre los buques y que ha conmovido toda la poblacion?

—Está estinguido. Como el buque se hallaba un poco distante de la rada, no se le podia ausiliar con la prontitud que su estado exigia: fué, pues, preciso remolcarle hasta dentro; y, como estaba entre los otros buques que le ausiliaban, el fuego y el humo que despedia de tanto en tanto parecia desde el *bajo* mucho mayor del que en realidad era. Por eso se creia al principio, y circuló la noticia, que ardian todos los buques. Cuando yo le dejé, habia ya muy poco fuego; pero si bien hemos logrado estinguir las llamas, no por eso hemos podido impedir que quede inutilizado completamente.

—Señor, el té está en la mesa, y.....

—Que lo lleven al gabinete,—contestó el presidente sin dejar concluir la frase.

—Hay además.....

—A Emilio que venga.—El general comprendió que deseaban verle.

Al instante se presentó su secretario privado, hijo tambien de un antiguo compañero, á quien queria muchísimo.

—Mira quien hay, Emilio; escepto á los ministros, no recibo á nadie.

Y en el acto de levantarse para ir á tomar el té, apareció de nuevo Andrés anunciando el ministro García.

—Alguna novedad hay,—dijo á Mendez que aguardaba de piés,—para venir aquí García debiéndome esperar en la Asamblea; con que hasta luego.

Y dió órden á Emilio que le presentase á la familia, mientras despachaba con el ministro.

—Qué sucede?

—Que en la plaza hay varias turbas sublevadas dando mueras y voces subversivas, y la sala de sesiones está llena de diputados que piden la abolicion del «Consejo de Notables» á pretesto del horroroso incendio, que por negligencia, segun dicen, del ministerio ha devorado casi todas las naves de nuestra escuadra y comercio.

—Pues no creo yo que el incendio haya tenido tales proporciones.

—No ha venido aun nuestro compañero Escalada; pero al menos en toda la ciudad así ha circulado la noticia;—añadió el recien llegado.

—Sí: ya sé. A veces la intriga se vale de muchas armas.

—De todos modos creo seria conveniente celebrar consejo al momento para deliberar, á menos que tengais ya la solucion del problema.

—Por resuelto. Pero es preciso que vayais ahora mismo á la Asamblea,—si es que las turbas no lo impiden;—disponer que se reunan los *Notables,* y avisarme tan luego como vuelva Escalada. Si la reunion no puede tener lugar en la Asamblea, echad mano de otro local cualquiera: yo aguardaré aquí en el interin, para poner en juego las demás medidas.

¡Bien me dijo Mendez que estaba amenazado de muerte!—dijo para sí el presidente, despues que salió el ministro.

Nada, el capitan Mendez es fiel, instruido y valiente; y toda vez que salen ciertas sus predicciones, le manifestaré mi resolucion de seguir en un todo sus consejos, de adoptar su plan de defensa y de hacerle quedar á mi lado para tener de quien fiarme, porque indudablemente esto es producido por Rosas que ambiciona el poder.

Así era en efecto: la batalla del puente de Marquez, que habia puesto en dispersion las fuerzas del general Lavalle, gobernador de la provincia desde la revolucion del año 28, motivó su caida y el nombramiento del general Viamont para presidente del gobierno provisional. Retirado Lavalle al interior, devastado por la guerra de tantos años, propuso una convencion de paz, que fué aprobada por el gobierno, en cuyos artículos se disponia; terminar la guerra por negociaciones pacíficas, dar la constitucion á la república y crear un consejo de Estado ó de Notables, compuesto de las personas mas respetables de la provincia, para que ilustráran al gobierno en su marcha.

Hallábase resuelto este á cumplir fielmente tan sagrado pacto; pero como Rosas no podia escalar el poder con la paz sino con el terror; árbitro de la campaña y aun de la ciudad, se opuso indirectamente, dando la señal con el «incendio de las naves», haciendo que sus agentes promoviesen un disturbio, y pidiendo la abolicion del nuevo «Consejo de Notables,» cuyos diputados acababan de ser nombrados segun

los artículos de la convencion. Como la «Sala Vieja,» que ellos llamaban, era precisamente el congreso que existia en la época de la revolucion de diciembre, y por lo tanto de reaccion, mandó Rosas que reclamasen la «Sala Vieja,» porque tenia ganada la mayor parte de los diputados que le habian de nombrar presidente.

No se habia equivocado: el motin creció, los agentes se agitaron y multiplicaron, y, comentando á su modo el incendio y haciéndole recaer sobre el descuido del gobierno, previnieron en contra la opinion pública. Reuniéronse por último los diputados de la anterior legislatura; constituyóse la «Sala Vieja,» y procediendo al nombramiento de gobernador de la provincia, vacante por la muerte de Dorrego y renuncia de Lavalle, que lo era de hecho, quedó elegido D. Juan Manuel Rosas.

Mientras esto sucedia, la turba de bandidos recorria las calles en busca de los ministros para asesinarlos. Rosas estaba oculto en una casa de campo, á un cuarto de hora de la ciudad; y habia distribuido sus capataces en puntos fijos para poder trasmitir sus órdenes con toda rapidez y estar al corriente de todos los sucesos, sin que pudiera sospecharse que él era cómplice. La confusion y la alarma cundian por todas partes. Los ministros no habian podido reunirse porque en cuanto llegaban á la plaza eran insultados groseramente.

—La casa del general *Viamont* iba á ser allanada.

CAPITULO VI.

LOS HOMICIDAS.

En cuanto salió el ministro García de casa del presidente, halló á los otros dos compañeros de gabinete que conversaban á la entrada de la plaza, sin haber podido penetrar en la sala de Representantes: preguntaron á los diputados por el presidente y no habiendo obtenido ninguna noticia de su paradero, estrañaban la coincidencia de su falta con el súbito cambio de la alarma, hasta que la llegada de García vino á sacarles de dudas. Les esplicó la conferencia con el general y su resolucion, y entonces determinaron celebrar el consejo en casa del hacendado Alvarez.

El general Viamont, resuelto á confiar en los planes del capitan Mendez, pasó al gabinete para tratar con detenimiento la cuestion; pero, cual fué su asombro al observar que no estaba allí.

—Emilio! Emilio!

—Donde está Emilio?

—Andrés se presentó al instante.

—Y Emilio?

—Ha salido señor.

El general se puso furioso.

—Pero donde demonios han ido esos majaderos, sin decirme nada?

—¡Salvadnos, señor! ¡Salvadnos!—gritó en este momento una jóven, que atravesando precipitadamente el corredor habia penetrado en el despacho, postrándose á los piés del presidente.—¡Oh, señor!.....

—¡Por Dios, hija!—Levantaos!...—¿Qué os sucede?... ¿En qué puedo serviros?...

—¡Mi padre!... ¡Mi querido padre!..... que acaban de arrebatarnos.....—Tal era el dolor que se habia apoderado de la jóven, que sus palabras quedaban entrecortadas por el llanto.

—Bien, tranquilizaos: es preciso que reflexioneis: por grande que vuestro dolor sea, no hay afliccion que no tenga su lenitivo, como el veneno tiene su antídoto.—Calmaos.

—¡Ah! imposible.—Ya no existirá.....—Ningun daño les ha hecho mi querido padre, cuya bondad es notoria; pero tampoco aquellos desgraciados habian cometido la mas leve falta, ni les habian inferido el menor agravio, y... ¡Dios mio! han sido asesinados cruelmente... han sucumbido despues de los mas horribles tormentos..... y la misma suerte le.....

—Pero ¿han allanado vuestra casa? os han robado?...

—Eso no seria nada: peor aun.

—¿Ha muerto vuestro padre?...

—¡Sí! ¡sí!... Tal vez no existirá ya; pero la crueldad de aquellos impíos no se habrá satisfecho con la muerte, porque en este caso no se le hubieran llevado atado amenazándole é hiriéndole, con los puñales..... ¿quién sabe?... le harán morir cruelmente... ¡por piedad, señor, salvadle!!

El general estaba tan conmovido por la afliccion de la jóven, que se habia olvidado completamente de la repentina salida de Mendez y Emilio; y solo se ocupaba en consolarla; así que despues de haber conseguido una relacion mas detallada de aquel trágico suceso, la dijo con la mayor dulzura.

—Nada, id tranquila: ahora mismo voy á mandar una compañía en persecucion de esos homicidas y os devolverán á vuestro padre; porque indudablemente le tendrán en rehenes para exigir por su rescate una cantidad.....

—¡Ah!.....

—Sí: no lo dudeis.—Vuestro padre es uno de los primeros capitalistas de Buenos Aires, y como los que han ejecutado tal atentado son indudablemente ladrones ó bandidos, no pueden tener otro objeto al llevársele atado, que exigir por él una gruesa suma. Sin embargo, yo tomo á mi cargo este asunto y nada temais.—Podeis decir á vuestra familia que os he empeñado mi palabra de velar por su vida y su persona.....

No:—añadió, despues de un momento de pausa;—no lo habrán muerto; ¿á qué llevarle atado? ¿quién ha dado esa órden?—¡A no ser que Rosas!.....

—De todos modos, interpuso la jóven,—confiamos en vuestra rectitud y esperamos que mandareis recoger aquellos cadáveres, cuyo horroroso espectáculo ha infundido el espanto en todos los vecinos.

Despues que se despidió la jóven, volvió á recordar el general la sospechosa salida de Mendez y su secretario, cuya causa no podia comprender; pero Andrés que habia oido la conversacion de estos, viendo la inquietud del presidente, atrevióse á reproducirla, aunque en ello recibiera algun reproche tal vez demasiado insinuante; pues su objeto era tranquilizarle algun tanto.

—Señor,—le dijo, con timidez,—mientras su escelencia estaba con el señor ministro, vino un hombre del campo que habló con ese forastero, y luego este dijo al señor Emilio, «es preciso que me acompañeis «diez minutos;» si permaneciese mas en esta casa... ya no habria remedio.»—El criado procuró recargar bien los «diez minutos» para indicar al general que la ausencia no podia ser muy larga.

—Ni diez segundos, ni un instante,—contestó este arrancándose los pelos del bigote, efecto de la inquietud en que se hallaba;—de ningun modo debian haberse separado sin mi permiso; particularmente el señor Emilio que.....

—¡Calla!—¿Que voces son esas?

—¡Papá! ¡Papá!—repetia al mismo tiempo el eco de una voz femenil, que cada vez se oia mas cerca;—la calle está llena de hombres que dan gritos descompasados; ¡Ay!—¡Van á entrar en el patio!...

—¡Mueran los incendiarios de las naves!

—¡Mueran los unitarios!—gritaron de nuevo los homicidas.

—¡Mueran! contestaron otros, entre los cuales estaba Emilio á quien conoció la jóven.

—Papá! Emilio está con ellos! ¡Dios mio!—Van á subir aquí!.....

—Esto es incomprensible:—se decia el general á sí mismo: bien que nada mas sencillo:—ese traidor se ha finjido hijo de mi antiguo compañero Mendez, á quien conoce, y como Emilio ha presenciado la consideracion que le guardaba, le ha costado poco engañarle y seducirle para que tomára parte en sus planes...! Bah!—Estoy delirando... Emilio no puede serme infiel...—Y de todos modos...la familia de Alvarez... esos asesinatos!... su vida que he prometido salvar!... ¡esto es terrible!—Vamos; voy á salir ahora mismo en busca de un piquete y voy á fusilar esos anarquistas, sus cómplices, y cuantos pueda haber á las manos.—Lo exige mi honor, lo exige la vindicta pública y lo exigen sobre todo la ley y la justicia, que los sucesos de este dia acaban de escarnecer... ¡Ah! ¡Infame!—Ya te conozco: ¡si llegas á caer en mis manos, hoy mismo responderás ante Dios de todas tus maldades!

Sumido en este cúmulo de reflexiones, luchaba el general por descubrir aquel inescrutable misterio, sin cuidarse siquiera del gran peligro que le amenazaba: así que paseaba por una de las salas con aquella sangre fria del hombre avezado á los peligros ó del aguerrido militar que ha espuesto su vida en cien combates.

Aurelia,—que así se llamaba la hija del general,—por el contrario: jóven aun, en la primavera de la vida, querida y adorada de su padre, estaba dotada de ese grado de sensibilidad que solo es peculiar á las que nacen bajo el sol abrasador de la América, ó en los paises meridionales: estaba asustada.

Cuando vió desde la ventana que los agresores habian penetrado ya en el patio; que apoyados por aquellos mismos que ella creia amigos, iban á atentar contra la vida de su padre,—pues contra una jóven hermosa no hay corazon humano que pueda atentar nunca;—que blandian en fin, al aire las armas en signo amenazador, estuvo próxima á desfallecer. Mas, al observar el repentino cambio de la escena, deteniéndose, envainando los sables y cuchillos de monte, formando corros y marchándose silenciosamente hácia la plaza, fuese tranquilizando tambien gradualmente y corrió al despacho para comunicar á su padre la noticia.

—Pero estás segura que no ha quedado nadie, ni un centinela siquiera?...

—No, papá.

—Y Emilio iba con ellos?

—Sí.

—Y el capitan Mendez?

—Aquel jóven de esta mañana?

—Sí, hija.

—Tambien, tambien;—pero he observado que este se quedó el último con otros dos.

En este momento se oyó un ruido en la antesala.

—Quién hay, Andrés?

—Nadie, señor... es decir, ninguna persona notable.

—Pues quien era ese que hablaba contigo hace poco?

—Ah! es Remigio, el criado...

—Acaba de una vez, majadero!—que entre.

¡Cada vez lo entiendo menos!—¿si me habrán tendido un lazo estos tunos?—Pero el capitalista!... esa pobre familia!...—Presentóse Remigio.—El general comenzaba á impacientarse considerablemente. —Estaba furioso.—Oye, canalla: vas á morir ahora mismo, si no me dices quien eres y quien es ese que se titula tu amo, que anda por las calles robando y asesinando con una turba de ladrones, que voy á mandar colgar para escarmiento en la plaza pública...

—¡Callas, miserable!—Pues si no formais parte de esa desenfrenada cuadrilla de alanos ¿qué pacto teneis con ellos para cooperar á sus profanaciones é insultos, como acaba de hacer tu amo ahora mismo?

—Señor,—dijo el criado aturdido,—mi amo es incapaz de ser lo que vuestra merced sospecha, y si tiene la paciencia de aguardar un momento... conocerá...

—¿Y como se presentará ante mi vista?—Tendrá acaso...

—Aqui están, señor,—dijo el criado suspirando como si hubiese sacudido de su cuerpo un peso enorme.

Emilio, Mendez y los ministros entraron en el despacho.

—No comprendo vuestra conducta, señor Emilio;—dijo el general con dureza.

—No es muy fácil, mi general,—contestó Mendez, conociendo su

inquietud y la turbacion de Emilio;—como tampoco lo es, sacar deducciones útiles y provechosas de los efectos cuando se ignoran las causas.

Aunque el general estaba alterado por el grosero insulto que acababa de sufrir y por los desagradables sucesos que hemos referido, conoció sin embargo en la sencillez del criado y la vuelta de Mendez, que tales podian ser las circunstancias, que habrian sido forzosamente obligados á obrar así; por cuya razon, repuesto algun tanto de su natural impetuosidad,—dijo:

—Bien, bien: los sucesos han sido tan raros, que solo podian inducirme á dudas y sospechas; pero hay cosas mas graves y urgentes en que debemos fijar todos nuestra atencion, y en las cuales estoy vivamente interesado.

La vida del hacendado Alvarez está en grave riesgo—y la de su familia quizás—si no conseguimos pronto salvarle.—Su inconsolable y bondadosa hija ha estado aquí hace poco, consternada, anegada en amargo llanto, refiriéndome un horroroso suceso, que no puede quedar impune.—Hallábase su padre á la puerta para salir á sus negocios, conversando con dos amigos, cuando de improviso fueron acometidos por una turba de bandidos. Asesinaron del modo mas cruel á los dos y se llevaron á Alvarez maniatado y prodigándole los mas groseros insultos.—Me parece que el no haberle muerto tambien en el acto habrá sido para conservarle en rehenes y exigir de su familia alguna gruesa suma. Al ver la natural afliccion de su hija, implorando de rodillas mi proteccion, empeñé mi palabra de honor de salvarle, y es preciso que un gefe activo é intelijente salga inmediatamente en persecucion de esos infames, hasta que la cuchilla de la ley caiga inflexible sobre sus cabezas y vuelva el honrado Alvarez al seno de sus queridos hijos.

—Si no imposible, es al menos muy difícil poder disponer de un soldado:—dijo uno de los ministros.

—¡Como!—repuso el general.

—Todo está minado por Rosas,—añadió otro.

—Pues yo me empeño en rescatar á Alvarez, si se me permite.—objetó Emilio.

—Concedido.

El general no conocia la situacion como los demás, é ignoraba que en aquel momento acababan de ser depuestos todos los ministros y Rosas nombrado presidente y gobernador.

Mendez, mas iniciado que ninguno en los secretos de la conspiracion de Rosas, sabia el grave peligro que amenazaba en aquel momento la vida del general y de los que se hallaban en la casa, si bien tenia grande confianza en su valor y en su ingenio; pero necesitaba rehabilitarse á los ojos de este para destruir del todo sus dudas y obrar con entera libertad. Esto dió lugar á que mediase una esplicacion de su conducta en el partido aparente que habia tomado con los anarquistas; y despues de encarecer al presidente que sólo autorizase la ausencia de Emilio por media hora, dijo:

—Comprendo desde luego las naturales sospechas que los sucesos han hecho concebir; pero tampoco debia ocultarse á vuestra pericia y prevision, como antiguo militar, que en casos estremos han de adoptarse tambien medidas raras y estremas, siempre que sean conducentes á lograr el propuesto fin. No era mi objeto unirme á los revoltosos cuando supliqué á Emilio me acompañase solo por diez minutos. No me salió el proyecto como yo esperaba. A los pocos pasos tropezamos con esos bandidos, cuya siniestra intencion ó mas bien órden, traslucí; y tuve que fingir una farsa para conseguir mi objeto. Pero ya veis que nuestra ausencia se ha prolongado lo menos posible, porque creidos ellos que éramos agentes de Rosas, no era tan fácil evadirnos sin arrostrar el título de traidores, ó unitarios, en cuyo caso comprendereis fácilmente cuales serian las consecuencias.—Creo que esto bastará para que en lo sucesivo no volvais nunca á...

—Confieso que he sido asaz injusto con vosotros; pero el capitan Mendez debia tambien saber, que ningun oficial pundonoroso, acostumbrado á esponer su vida en defensa de los legítimos derechos, puede permanecer con la espada envainada, y arrojar un borron de ignominia sobre cuarenta años de acrisolados servicios, cuando es retado por la faccion é insultado torpemente: y mi conducta en esta ocasion no es muy justificable á los ojos de la crítica ignorante, que me llamará cobarde; pero.....—los ojos del general habian tomado tal exaltacion que parecia que iban á salirse de sus órbitas;—pero no será así repito; porque ahora mismo sabrá ese infame Rosas, que

aun tiene hijos nobles la república Argentina que saben morir por su prosperidad y por su independencia: ahora mismo verán...

—Todo es inútil:—contestaron á una todos.—Entonces tomó la palabra el ministro general Guido para enterar al presidente de la resolucion que convenia adoptar, y dijo:

—Señores: elegidos legal y espontáneamente por los representantes de la república, nos hemos propuesto regir el país con instituciones libres, que devolvieran al ciudadano sus hollados derechos, que cicatrizáran las heridas de la guerra civil, que fomentáran la riqueza de nuestro devastado país, que acabáran de una vez con la dictadura de los déspotas.—Por eso firmó el gobierno esa convencion de paz, que habia de dar vida al comercio; por eso firmó tambien esa constitucion qne reconciliaba todos los partidos, que reemplazaba el campo de batalla con el de la discusion, que suavizaba los enconos políticos, que cortaba para siempre el derramamiento de sangre. Abríanse ya las cegadas fuentes de la prosperidad, los retraidos capitales iban á circular: la paz renacia.

Pero la paz está reñida siempre con la perversidad y con la infamia: la paz fomenta y resucita el trabajo, ese deseado huésped de virtud, de apacible sonrisa, que jamás deja verter lágrimas á los que le reciben: la paz estermina los bandidos que se alimentan con tesoros ajenos: la paz mata las desmedidas ambiciones: la paz es la vida de los pueblos.

El liberticida Rosas no podia medrar con la paz. Ha minado pues, ha conspirado tenebrosamente contra ella, que era su coloso enemigo; y como la legalidad no maneja las mismas armas que la perfidia, la perfidia ha triunfado, siquiera momentáneamente, de la legalidad.

Hemos subido al poder por el voto público; y este mismo voto acaba de deponernos. Nuestro deber es respetarle: el oponer resistencia, seria oponerla á la razon. Nuestra conciencia está tranquila. Si mañana provocásemos la lucha, la sangre humana mancharia nuestra frente, que, limpia hoy, podemos mostrar con orgullo á la faz del mundo.

Esta es mi opinion, señores: cualquiera que sea la vuestra, permitidme al menos pasar de aquí á la vida privada.

Este discurso, tan razonable y tan lógico, habia afectado á todos profundamente y en particular al capitan Mendez, cuyas ideas aca-

baban de reflejarse en él. Los ministros cruzaron algunas palabras en secreto, un tanto retirados con el presidente.—Emilio y Mendez se encaminaban á la antesala, cuando abriéndose la puerta con violencia tropiezan con un hombre cuya entrecortada respiracion no le permitia articular palabra.—Era el mismo que estaba en los secretos de la trama.

—¡Estais perdidos!—dijo—despues de haber reconocido á Mendez.

—¡Martin!—¡Es posible! ¿Que hay Martin? Vamos: hablad ¿qué sucede?

—Mis predicaciones han salido ciertas. Los agentes de Rosas recorren frenéticos las calles para entrar al saqueo en casa de los *unitarios*. Han cogido cuatro oficiales de la division de Lavalle y los han asesinado con los tormentos mas atroces.—Ahora mismo se ha organizado una partida al mando de un tal Cuitiño, que decia á las turbas, «el que quiera seguirme para degollar á los ministros, que están escondidos por haber incendiado las naves, que salga.»

—Ya tenia reunidos como una docena, que marchaban por la calle del Perú. Entonces eché á correr para tomarles la delantera y podernos preparar para la defensa.

—Sí: no hay otro remedio; el choque es inevitable:—añadió Mendez dirigiéndose al despacho.

—Aguardaros y observad, les dijo;—y casi al mismo tiempo se oyó una descarga.

—Señor! Hay tiros en la calle:—entró corriendo Andrés armado de su mosquete con el que se preparaba á hacer fuego.

—Papá! ¡Papá!—Volvió gritando Aurelia que no se habia separado de la ventana.

—Mi general:—dijo Mendez:—pronto, vengan armas: todas las que haya disponibles.

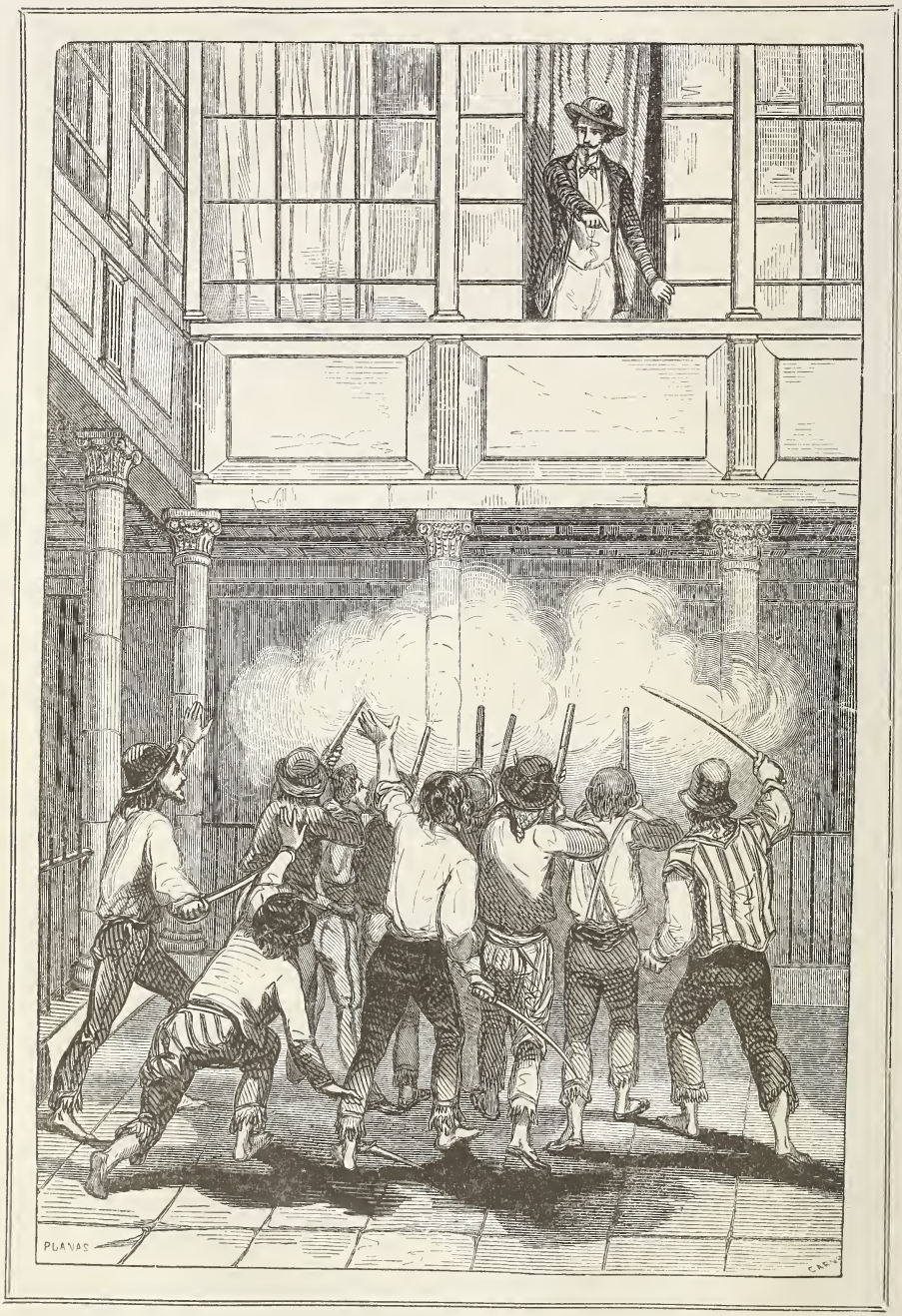
—Que cierren la puerta.

—No! se llamaria la atencion demasiado! dejarlos entrar en el patio.

—Martin!—Remigio!—Tomad armas y hasta que yo mande no se haga el menor movimiento.

—Andrés; inmediatamente; las armas y municiones al corredor.

Mendez salió para suplicar á Aurelia que se retirase al interior y que



El que no quiera morir, que salga inmediatamente.....

no tuviera el menor cuidado, ni por ella, ni por la vida de su padre.

Al mismo tiempo tambien salia el general para ponerse al frente de la maniobra, ó para acometer á los agresores con su espada.

—Mi general: podeis confiar ciegamente en el capitan Mendez.—Un general no puede, no debe cruzar su espada en las refriegas de asesinos: esto corresponde al soldado que empuña las armas para defender la propiedad y la inviolabilidad del hogar doméstico.—Os suplico pues, que os retireis á vuestro despacho con los ministros, sin que os inquiete siquiera el desenlace.

—Es que mi honor vuelve á estar comprometido.

—Y el capitan Mendez espondrá su vida para vindicarlo.—Hacedme el obsequio de tranquilizaros y de tranquilizar á los ministros.—Retiraos.

—Sí: no me he engañado: es el legítimo sucesor del coronel Mendez: arrogante como él; de un corazon de ángel y el mas bravo de los guerreros argentinos!...

Pues bien: acepto:—dijo el presidente alargándole la mano:—Tú eres el general; yo el capitan Mendez.—Y volvió á su despacho.

—Señores: hay al parecer una turba de revoltosos que dan mueras al ministerio. No tengais el menor cuidado. He dispuesto que Andrés salga á recibirlos y que les dé una leccion. No estrañeis por lo tanto que se oiga algun disparo.

—¡Mueran los unitarios!—volvian á gritar.....

—¡Atrás!—contestó Andrés preparando el mosquete.

—¡Aquí están los destructores de nuestra escuadra! ¡A dentro muchachos!

Al mismo tiempo hicieron una descarga, que rompió los vidrios de uno de los balcones del patio.

—Estais, Martin?—No errar golpe.

—¿Andrés?—Tú á la ventana de enfrente.

—¿Remigio? á la otra.

—Ninguno me dispare sin que yo diga.

—Apuntar bien.

Mendez abrió un balcon y presentando su cuerpo á los amotinados, les dijo: «el que no quiera morir, que salga inmediatamente y sin detenerse hasta la plaza de armas.»

—¡*Fuego muchachos*! dijo el que hacia de gefe.

—¡Todos á una! ¡Fuego! gritó Mendez.

Los tres tiros no hicieron mas que una sola detonacion, y tres bandidos cayeron en tierra.

Entonces comenzaron á sucederse los disparos sin regularidad, pero con certera puntería. Mendez mandó hacer otra descarga que sacó de combate otros dos y viendo que habia ya tendidos, siete muertos y tres heridos, mitad de la partida, procuró la otra mitad ponerse en salvo, siguiendo el consejo de Mendez.

CAPITULO V.

EL HERIDO.

La escena sangrienta que acabamos de describir apenas habia durado veinte minutos. Mendez dejó á Andrés de centinela con encargo especial de que vigilase cuidadosamente, y para que sin moverse del sitio avisase de cualquier novedad por conducto de Remigio; y mientras Martin fué á adquirir noticias á la plaza durante un cuarto de hora, pasó al despacho á dar cuenta de los sucesos.

—Señores:—dijo con la mayor dulzura,—los provocadores han huido escarmentados; es fácil que contando su pérdida á los homicidas que han asesinado esos oficiales del valiente Lavalle, se rehagan y vuelvan á probar fortuna; pero tambien es fácil,—y será lo mas probable,—que teman y descarguen su ira con otros que no hayan oido las balas de la guerra del Brasil. En cualquiera de ambos casos, seria de opinion que los señores ministros se retirasen, ahora que no hay inconveniente, refugiándose en otra casa menos conocida.

—Bien, Mendez, bien. En todo aciertas: el general, en nombre de sus compañeros, en nombre de la República de Buenos Aires, te da-

las gracias.—Todos habian observado su bizarría desde una vidriera del interior.

Tal era el gozo, la emocion que sentia el venerable presidente al recordar la serenidad con que habia combatido el capitan, esperando á cuerpo descubierto las balas de los bandidos, que se le saltaban las lágrimas y no habia visto la sangre que habia teñido su blanco chaleco de piqué; pero, al repararlo los demás dieron un grito de indignacion que resonó en toda la casa y atrajo al despacho á toda la familia.

—Herido!!

—¡Como!—replicó uno que no habia reparado.

—Sí; y del pecho.

—¿Qué decís?—repuso el presidente con vehemencia.

—Es verdad,—contestaron á un tiempo.

—¿Estás herido, hijo mio?—dijo el presidente, mirándole azorado y sin fijar la vista en ningun punto.

—Sí, sí,—volvieron á repetir todos: y la herida es grave.

—Ha penetrado en la cavidad torácica,—interpuso el general Guido.

—Vamos, pronto, pronto: es preciso buscar un médico... el mas próximo.—Mendez bajó entonces la vista y reparó efectivamente que toda la pechera derecha del chaleco estaba manchada de sangre.

—Pues, señores, confieso ingenuamente que no habia sentido nada: —dijo riéndose, como si realmente nada le sucediese. ¡Bah! No hay que apurarse: esto no es nada.

—Andrés, Andrés,—gritó el presidente sacudiendo el cordon de la campanilla.

—Le tengo ocupado, mi general, contestó el herido, y desearia que no se le distragese.

—Pues ven á mi cuarto, que Aurelia nos buscará hilas y procurarémos ver si atajamos la sangre.

El general le presentó el brazo para que se apoyára,—aunque Mendez al principio intentó evadir tan señalada distincion.

Los ministros se ofrecieron á permanecer allí y no abandonarle hasta que estuviese fuera de todo peligro; pero él les suplicó que adoptáran el plan que les habia propuesto; que no tenia nada que

fuese de cuidado, y que de todos modos su padre conservaba un específico eficaz para las heridas, que al momento tendria en su poder, y que desapareceria aquel arañazo.

En este momento se habian ya presentado Remigio, á quien Andrés mandaba en su lugar, Emilio, que traia del brazo á un niño del presidente, y Martin que tambien llegaba de fuera de evacuar la comision. Mendez, apoyado en el brazo del general Viamont habia entrado en su cuarto, á donde compareció la anterior comitiva.

Martin fué el primero que supo la noticia por Emilio y corria á prestarle todos los auxilios que fuesen posibles.

—Estás herido, y no me habias dicho nada?—le dijo Martin asustado.

—No hagais caso, Martin; no es nada.

—¿Pues cómo no lo hemos visto nosotros?—añadió Remigio.

—Por salvarme, ¿no es verdad, hijo mio?—le dijo el presidente.

—Aurelia: trae pronto aquellas hilas finas que me guardabas.

—Dios mio! cuanta sangre! ¡Ay!—y cayó desmayada en el sofá.

El Capitan Mendez se habia desabrochado para reconocer la herida, y efectivamente habia entrado la bala por encima de la tetilla derecha saliendo por entre la clavícula y el hombro.—Era de algun cuidado.

—Mira, lo mejor es que me vaya á Chile á la posta, y pida el balsamito aquel á tu padre—le dijo Martin.

—Os guardareis mucho.—Quereis ahora darle un sentimiento.

—Le diré que es para un amigo.

—Vamos: le hariais creer á él..... Además esto no es nada: traedme las hilas y bálsamo de cualquier botica y no hablemos mas del asunto.

—Mi general,—añadió en seguida mirándole,—seria mejor que mientras tanto nos ocupásemos tambien de nuestras cosas.

—Déjate de eso: ¿qué me importa de lo demás?

—De todos modos quiero saber dos cosas.

—Cuales?

—Hay municiones?

—Sí, hombre, sí; déjame de municiones.

—Y la casa tiene salida por la parte de atrás.

—Que nos importa, le repitió Martin.

—Mucho para un militar versado en la estrategia,—dijo el general; para un profano nada.

—Es decir, qne no puedo hablar?—dijo Mendez, chanceándose.

—Sí, hombre; hay lo que deseas.—Tenemos la retirada segura.

—Bien: me alegro.

—¿Habeis avisado al médico?

—Me parece que tendrémos á las doce el de casa,—dijo Emilio.

—¿Por qué?

—Porque ayer se despidió hasta esa hora.

El general, despues de haber inspeccionado bien la herida se ocupó de su hija, á la cual la doncella habia dado un elixir que reservaba siempre para estos casos.

—Estás mejor, Aurelia? le dijo el padre poniéndose á su lado.

—Sí, papá.

—¿Te duele la cabeza?

—No.

—Quieres tomar algo?

—Si lo mandas, bien; pero no tengo gana.

—Como quieras.

—Lo que siento es ese pobre capitan.

—Tambien yo, hija, como si fueses tú, á quien quiero entrañablemente.

—Lo siento mas, porque ha sido por salvarnos; Ah! Dios mio! le debemos la vida!—¿Como está?

—Ahora, naturalmente se pondrá peor.

—Dejémosle descansar un rato; añadió el general mandando que se retiráran.

Mendez estaba acostado en la misma cama del general, quien acostumbrado á las heridas, habíale hecho una cura provisional para atajar la sangre; pero el médico que trajo Remigio volvió á inspeccionarla y la concluyó en regla, manifestando que con el bálsamo aquel, cuando menos se evitaria la putrefaccion y disminuiria la gravedad: que lo mas importante era el descanso; pero observándole siempre, porque el sitio era delicado.

Durante la primera media hora que siguió á la cura, á pesar de ha-

berse quedado Aurelia de observacion, no se pronunció una palabra: cada cual parecia absorto en sus pensamientos.

Aurelia si bien acababa de salir de la infancia, nacida bajo el sol abrasador de la América Oriental, hallábase en todo el esplendor y desarrollo de su belleza y estaba dotada de un gran talento.

Imposible seria dibujar una cara mas deliciosa, y virginal que la suya. Sus grandes y rasgados ojos de un azul oscuro, aterciopelados, contrastaban de la manera mas feliz con su abundante y fina cabellera negra, de un brillo poco comun: su boca, delineada con perfeccion, presentaba una movilidad que se unia como por encanto con la viva espresion de su mirada algo inquieta. Sus labios, mas bien gruesos, coloreados del mas vivo encarnado, anunciaban robustez y resolucion: Su tez, de una blancura nívea, estaba sonrosada con el carmin del pudor.

En cuanto á su talle, esbelto, flexible como un junco, casto y atrevido á la vez, recordaba las obras del cincel de Phidias.

La ligera indisposicion de Aurelia al ver la sangre, y la importancia de los sucesos habian impedido á Mendez hasta entonces el reparar su belleza; así que, al recobrar momentáneamente su tranquilidad, esparció la vista en derredor y tropezó por casualidad con la hermosa jóven, que, triste y pensativa, yacia á su lado en un gran sillon dirigiéndole de tanto en tanto tímidas y compasivas miradas. El herido hizo un pequeño movimiento y aproximóse la jóven para facilitarle lo que pidiese.

Al deslizarse entonces sus ojos en los admirables contornos que presentaba el cuerpo de Aurelia, sintió una profunda conmocion. Nunca en los placenteros sueños de la edad de los amores habia entrevisto imágen mas bella ni mas perfecta. Nuevos horizontes se presentaron en su imaginacion, ya funestos, ya halagüeños; pero la idea de nuevos triunfos en la guerra para adquirirse una posicion digna y la esperanza de poseer con ella tan singular belleza, habian sobrescitado de tal modo su sistema nervioso, que cayó en una postracion peligrosa.

Apenas habia transcurrido media hora cuando el herido volvió otra vez en sí y halló al abrir los ojos la misma imágen que se habia reflejado en su delirante fantasía.

—¡Siempre la misma!—balbuceó este con una voz débil.

Aurelia, que era la vez primera que sentia su corazon dominado por una impresion estraña, quiso guardar silencio; pero temiendo molestar tal vez al que habia sacrificado su vida por salvar la de su padre, y aun la de ella misma, le dijo con la mayor dulzura é inocencia.

—Siento infinito, caballero, causaros la menor molestia; pero tened seguro que vuestra dolorosa postracion me aflige, y que solo permanezco á vuestro lado con la única idea de prestaros algun auxilio y de ejecutar puntualmente las prescripciones del facultativo.

—Y, gracias á vuestra presencia, señorita, me siento tan animado, que muy en breve dejarémos esta casa para coronar el éxito de nuestro triunfo.

—No penseis en ello por ahora: vuestra salud es demasiado interesante para nosotros, que os debemos la vida, para consentir en un viage.

—No creo, señorita, haber hecho nada que merezca tal interés...

Al pronunciar las últimas palabras la voz se iba debilitando otra vez por la emocion y por la fiebre.

—¡Ay, Dios mio!—Me dais miedo. ¡Que teneis!

—Nada: no es nada.

Aurelia le hizo tomar una dosis de calmante que habia ordenado el médico.—Reanimóse un poco y volvió á preguntarle:

—Estais mejor?

—Sí, ángel mio;—contestó Mendez, acompañando una lánguida y amorosa mirada.

—Si quereis algo, avisad, que no me moveré de este sillon.

—Pero á quien debo tan angelical solicitud... puedo saber...

—¡Ah! No hableis, por Dios, que estais muy fatigado y os haria daño.

Si me decís vuestro nombre, podré yo interrogaros para qne os sirvan segun vuestras indicaciones.

—Enrique Mendez, señorita.

—Pues bien, Enrique, haced por descansar, que luego vendrá nuestro médico y le encargaré muy particularmente vuestro cuidado.

Enrique no contestó: volvió á caer en fatal postracion.

Un poco despues entró el padre de Aurelia para enterarse del estado del capitan Mendez.

—Tú aquí, Aurelia?

—Sí, papá.

—Está durmiendo?

—No: está como soñando: de cuando en cuando pronuncia palabras incoherentes.

—Sí:—el delirio producido por la fiebre.

—Estarás cansada: ¿por qué no dices á María que tenga cuidado y das unos pasos por la galería del jardin, ó por la sala?—Tú te has asustado y el ver padecer á ese infeliz te hará daño.

—Prefiero estar yo, porque María no tendrá tanto cuidado. ¡Ay papá! Le debemos tanto!

—Sí, hija; se ha portado como un valiente: á pesar de haber recibido una herida tan peligrosa, á la primera descarga de esos asesinos, ha permanecido impasible en su puesto, sin quejarse, sin hacer sospechar siquiera un leve indicio de sus grandes sufrimientos: y se hubiera desangrado indudablemente á no haberlo reparado los ministros cuando le hice abrazarme.

En este momento llegó Martin, que viendo la inutilidad de Mendez habia salido á vigilar y adquirir noticias segun instrucciones reservadas, de cuyo secreto era el principal depositario. Preguntó pues, por el general al criado Andrés, que permanecia aun de centinela, y le encaminó hácia su cuarto.

—Mi general,—le dijo, en cuanto llegó á la habitacion:—es necesario que salgamos de aquí inmediatamente, porque, si bien no hay ahora peligro, podrá sin embargo amenazar de noche, y en este caso no seria fácil salvar al hijo de mi mayor amigo, cuya custodia me pertenece.

—¿Y quién sois vos, para venir ahora á disputarme, ni la primacia, ni el interés que pueda yo tener por la salud de mi querido Enrique?—Además, suceda lo que quiera; ¿no sabeis, majadero, que antes de penetrar nadie en este cuarto habia de probar primero mi brazo y recibir hasta el último cartucho de mi fiel Andrés, logrando solo conseguirlo pasando por encima de nuestros cadáveres?

—No es estraño que os espreseis así,—contestó Martin algo resentido por la dureza del general.—Debo no obstante advertiros, que aun cuando en el dia solo se rinde homenaje á la farsa, á las apa-

riencias, como los ricos anillos, el elegante frac; y ni mis modales ni mi lenguaje, pero sobre todo mi vestido, no me distinguen del bagamundo que de casa en casa arrastra su vergonzosa ociosidad, no me aventaja ninguno de esos ficticios entes de la naturaleza en nobles sentimientos, que es la mas elevada gerarquía de la sociedad humana, el único blason, que solo puede ostentar con orgullo un corazon noble.

Sabed, pues, que me honro hace muchos años con la amistad de vuestro antiguo compañero D. Lorenzo Mendez, y que su hijo está siempre en su ausencia obligado á obedecerme.

En fin, ya que esta ocasion no es la mas oportuna para revelaciones, permitidme al menos suplicaros, en nombre de la amistad de ese antiguo compañero y por la salud de su honrado y valiente hijo, que acepteis, siquiera por hoy, un lugar en mi *estancia*; y que, no dudando ni por un momento que me intereso tambien vivamente por vuestra suerte, sigais mis saludables consejos, aunque sea sacrificando algun tanto el amor propio de general.

Pasmado dejó á este semejante relato, que mas bien parecia de un diplomático, que de un modesto labrador, cuyo trage vestia el tal Martin. Al principio estuvo tentado por despreciarlo con una carcajada; pero acordándose luego del misterio que envolvia la operacion de Mendez, misterio que dió lugar á conjeturas gratuitas y temerarias de las cuales se arrepentia aun, resolvió dejarse gobernar por todos aquellos que le hablára en nombre de su antiguo y constante amigo.

—Bien, acepto;—contestó el general en tono mas amable:—pero no habeis reparado en un inconveniente.

—Ya está previsto y salvado;—replicó Martin, como satisfecho de haber adivinado el pensamiento del general.

—¿Cual es?—preguntó este como dudándolo.

—El modo de trasportar á Enrique. Antes de un cuarto de hora habrá dos carruajes á la puerta secreta, uno para Enrique con los correspondientes cojines de aire para que no le moleste el movimiento y otro para vuestra familia.

—Tambien conoceis la puerta secreta?—repuso el general admirarado de lo que acababa de oir.

—General; no os fieis nunca de las apariencias. Antes de juz-

gar, observar.—Los juicios ligeros conducen casi siempre al error; muy rara vez á la realidad.

—Con que hemos de partir pronto?

—Si no hay otro obstáculo que lo impida, dentro de media hora; pero no digais nada á Enrique, ya se lo advertiré yo.

CAPITULO VI.

LA ESTANCIA DEL BOSQUE.

No se atrevia el general á separarse un ápice de cuantas indicaciones le hiciera aquel hombre singular: al contrario hallábase dispuesto á tomar por órdenes sus palabras. Tal era la sorpresa que le habia causado, tanto el lógico relato que habia oido anteriormente, como la inesperada noticia de que aquel desconocido estuviese enterado de lo que él tenia por secreto,—como era la puerta falsa. Efectivamente, construida la casa en vida del general, nadie mas que él conocia una puerta subterránea que en un rincon del jardin habia, y que, oculta dentro del palomar, comunicaba á un pasadizo oscuro con salida á otra calle, paralelamenteopuesta á la de la entrada.

Pero, cuando su asombro rayó mas alto, fué al observar los mágicos efectos del licor de un frasquito octógano, que sacó este de su bolsillo,—y que cualquiera hubiera comparado con el sorprendente elixir del conde de Cagliostro.

Enrique, como sabemos, efecto de la gravedad de su herida, estaba sumamente postrado por la intensidad de la fiebre. Los carruajes se ha-

llaban en el sitio convenido y todo estaba dispuesto. Solo faltaba empezar por trasportar el enfermo para lo cual se esperaba que el incógnito personage indicase el medio. Aproximóse en efecto á la cama, echó en un vaso medio lleno de tisana unas gotas y aplicándolo á los labios del capitan le dijo: «Toma Enrique; que nos marchamos.» ¡Efecto prodigioso! Los amortiguados y hundidos ojos brillaron de nuevo; sus párpados se dilataban por momentos, el temblor nervioso de sus manos fué cediendo poco á poco, afirmóse su voz y sus rodillas recobraron el vigor y la firmeza primitiva.

Levantóse, pues, y cogiéndose del brazo de su amigo bajó tranquilamente la escalera y se colocó en el sitio destinado en el carruaje al lado de su compañero.

Ocupó el otro coche el general con sus hijos y la doncella, y los criados quedaron guardando la casa á las órdenes de Emilio.

Ni una sola palabra se oyó durante esta breve operacion.—Tal era la sorpresa, ó bien el asombro, causado por los virtuosos efectos del mágico elixir;—y que sirvieron de tema á la conversacion del camino.

Apenas habian transcurrido dos horas, y nuestros viajeros entraban en la «estancia del bosque.»

Es imposible describir los poéticos encantos de este pintoresco sitio.

Próximo á uno de esos bosques de América de rara y ardiente vejetacion, nada tan delicioso como aquel rico verjel de plantas y de flores, surcado en todas direcciones por mil arroyos cristalinos, que regaban otros tántos senderos, cuya finísima y retallada yerba brillaba como el mas fino terciopelo.

Bastaba tender la vista á cualquier punto para aparecerse subitamente, aquí y allí diseminadas, estrañas y caprichosas flores, que mezclaban el brillo de sus múltiples y vivos colores con los mas delicados perfumes; anchas y tortuosas calles de naranjos silvestres, mostrando entre la espléndida verdura de sus hojas sus alegres y dorados frutos; preciosos y variados pajarillos columpiándose coquetones en los numerosos bejucos enredados con gracioso desórden y despidiendo de sus plumájes frecuentes y vivos reflejos de esmeralda y de rubí; mares, en fin, de crecida yerba mecida por la embalsamada brisa, ondulando vacilante á impulso de su caprichoso choque.

Pero, cuando el encanto crece, cuando la imaginacion queda agra-

dablemente sorprendida, es al iluminarse el horizonte con los primeros rayos del sol.—El himno mas especial y armonioso tiene lugar entonces.

Cantos melancólicos y alegres á la vez de singulares y desconocidos pájaros, roces misteriosos de temibles y venenosos reptiles se oyen por todas partes; estrépitos indefinibles producidos por el frecuente crujido del ramaje, que, despues de recobrar su propia elasticidad con la humedad de la noche, vuélvense á enroscar otra vez bajo las ardientes caricias del sol; rápidas y continuas carreras de tigres y ciervos, ruidos estraños, murmullos lejanos, ya lastimeros, ya voluptuosos, que como si fueran dirigidos por un maestro iuvisible, forman una orquesta inimitable.

Tal fué el espectáculo que se presentó á la vista del general al siguiente dia de su llegada: espectáculo grato ciertamente, que contribuia á embellecer la perspectiva de este verdadero palacio rural, semicubierto por el frondoso y verde ramaje de corpulentos y aromáticos árboles, cuyas frescas y espesas hojas pobladas de gotas de rocío, cual engastadas puntas de diamantes, formaban una fulgurosa y cristalina bóveda, al penetrar por entre sus resquicios los fulgentes y luminosos rayos del sol.

Tiempo hacia que el general contemplaba este bello panorama, levantado desde muy temprano segun costumbre, y solo aguardaba paseándose por una espaciosa sala, alguno que le enterára sobre el estado del herido, si es que no podia conducirle á su habitacion.

Tampoco Aurelia, á quien tanto interés inspiraba el penoso estado de Enrique, habia dormido en toda la noche; pero no se atrevió á llamar por no alarmar á su padre.

Martin habia recibido ya noticias de la ciudad por sus agentes y por Remigio, que tampoco habia podido entregarle aun la carta del coronel Lorenzo, ni referir el desgraciado suceso de Amalia, é iba á entrar en la habitacion del general al mismo tiempo que este, impaciente, abria la puerta.

.—Buenos dias, general:—le dijo retirándose un paso para no tropezar con él.—¡Como se conocen los militares!—al toque de diana, eh? —como si dijéramos, al rayar el alba.

—Sí, hace bastante tiempo: pero lo que deseo es ver al capitan Mendez, amigo mio.

—Hasta las ocho no debo dispertarle. Mas, como seria muy fácil que hubiera de ausentarme, he preparado su habitacion al lado de la vuestra para que podais ausiliarle, porque en esta casa no encontrareis mas que grandes cazadores; quiero decir que no hay mujeres, y como los hombres no somos tan á propósito para aguardar con paciencia, una tras otra, las horas que han de trascurrir al lado de un enfermo, he creido mas acertado colocarlo cerca de vuestro aposento para que la señorita Aurelia pueda dar sus órdenes á mis domésticos cuando lo crea necesario.

—Es decir, que á las ocho podremos verle?

—Sin falta.

—Y el médico! que nos hemos olvidado de...

—Precisamente os he indicado la hora que visitará á Enrique.

—¡Habrá prevision igual!

—Nada temais: procurad solo distraer la vista por esa deliciosa campiña. Todo cuanto pueda contribuir al pronto restablecimiento de Enrique y á vuestra seguridad, queda á mi cargo: así, confiad.

—Me declaro derrotado ante vuestra perspicacia. Desde ahora, sí, que diré siempre, que las apariencias engañan. En vano guardais el incógnito: si en todas partes procedeis con tanta finura y tan esquisita prevision, adivinando hasta los mayores secretos, os conocerán al momento.

—Esto será demasiado favor...

—¡Cáspita!—Si esto es favor; que hable mi puerta secreta, el coche para Enrique y el médico ahora.

—Bien; pero todo ello no vale la pena: son casualidades.

Un lijero golpe que sonó en la puerta del recibidor distrajo á los interlocutores: era un criado de la misma casa que traia pliegos reservados para Martin. Despues de una hora volvió este á la habitacion del general y le entregó el mando en jefe de la casa, presentándole á sus criados para que ejecutasen sus órdenes como si emanáran de él mismo: advirtióle de paso que guardára el mas severo incógnito para que nadie conociese su categoría, y que si su ausencia pasaba de ocho dias abriese todas sus cartas ó pliegos, para que pudiera obrar en consecuencia, segun ellas y las circunstancias lo exigiesen.

Llegó el médico, y despues de haber propinado otra tisana que ha-

bia de tomar interpolada con el calmante cada dos horas, pronosticó que se advertiria en el enfermo un grande alivio; pero que se le dejase descansar hasta otro par de horas.

Con tan agradable noticia se despidió Martin mucho mas animado.

En cuanto á Aurelia, que apenas conocia el mas pequeño detalle de la casa-refugio, disponíase, despues de haber tomado chocolate y haberla su padre enterado de todo; disponíase decimos, á recorrer pieza por pieza todas cuantas tenia la casa; que sin ser sorprendendentes, sin revelar ese lujo de los grandes señores, no por eso dejaban de adquirir valor á sus ojos, por la sencillez y elegancia al mismo tiempo con que estaba adornada.

Es cierto que no reunia todas aquellas preciosidades antiguas que tanto seducian á las cortesanas de Luis XIV, aquellos muebles de ébano tan ricamente esculpidos, aquellas mamparas bordadas de figuras chinescas, aquellas sobre-puertas, en fin, tan admirablemente pintadas como si quisiesen remendar las obras maestras del cincel de Phidias.

Construida recientemente, aunque sin el gusto arquitectónico del siglo XVI en su esterior, reunia en su interior bastantes comodidades.

En el piso bajo, entarimado todo él y representando diferentes paisages sus paredes, habia sala de baño, cocina, comedor y dos grandes salones. La distribucion del otro piso era mas regularizada. Se entraba por un espacioso recibidor cuadrado con puertas en cada una de sus caras. Las de los lados comunicaban á dos salas bastante capaces que daban á los gabinetes principales, y la del frente á un paralelógramo adornado con varios estantes de palo de rosa guarnecidos de arabescos de oro, que contenian una magnífica librería, capaz de satisfacer desde el mas raro filósofo á la coqueta mas novelera. Habia además otro gabinetito destinado para Aurelia durante su permanencia, que podria servir á la vez de tocador y de gabinete de trabajo.

El mueblaje de estas habitaciones era á pesar de todo bastante lujoso y agradable, tanto por su variedad, por los magníficos cuadros de Murillo y otros artistas de gran nombre, como por los caprichos de la preciosa joyería del Brasil con que estaba enriquecido. De modo, que al pasar de un aposento á otro podria decirse muy bien que se iba de sorpresa en sorpresa.

Despues de haber examinado los huéspedes tanta preciosidad, no

sabian esplicarse el notable contraste que ofrecia con el trage descuidado de aquel hombre, que cualquiera hubiera tomado por un pobreton, ó cuando mas por un labrador medianamente acomodado,—como le consideró el general,—pero de ningun modo por un personaje de alta sociedad y rico.

En fin, mil ideas vagas sobre el incomprensible misterio de aquel dramático contraste habian sumido al padre de Aurelia en un profundo silencio, cuando vino á advertirles uno de los criados, que el enfermo les suplicaba tuviesen la bondad de pasar á su cuarto.

Efectivamente esta minuciosa y detenida inspeccion habia robado á los refugiados mas de dos horas y Enrique deseaba con ansia ver á la familia del general.

—Tiene razon, papá: no debemos abandonarle ni un instante.

—Es verdad; pero el médico habia encargado sobre todo que se le dejase descansar.

—¡Ah! como le pagarémos?...

—Si vuelvo á ser presidente,—lo que sucederá,—yo sabré recompensar...

—¡No lo quiera Dios!

—¿Por qué?

—Para que te maten, como ahora hubiesen hecho, sin el arrojo de ese infeliz?

—Bien, hija; dejemos eso: vamos á verle.

El general encargó á su hija, que, á fin de no fatigarle, se le hablase poco; pero esta, que sentia una inclinacion secreta hácia Enrique, efécto sin duda de su noble comportamiento, y del grande riesgo en que estuvo su vida por salvarlos; accion doblemente meritoria para ella que nunca le habia visto; impulsada por ese buen fondo de gratitud que posee siempre un corazon puro y virtuoso, habia decidido tambien hacer algun sacrificio para demostrarle, que no podia ser insensible á tanto bien como acababa de dispensarles, y que ya sola, ya en compañía de su doncella, no le abandonaria un solo instante en todo el tiempo que durase su enfermedad penosa.

El pronóstico del médico salió cierto.—Enrique se hallaba enteramente despejado, y hasta anheloso de tener un rato de distraccion.

—¿Estais mejor?—le dijo el general con la mayor amabilidad,—si es que un general pueda tenerla...

—Sí:—contestó medio sonriendo:—ya os dije que esto no ofrecia cuidado.

—Sin embargo; la herida está en un sitio delicado:—repuso el general.

—¡Bah! Ya estamos acostumbrados...

—No importa: á la muerte nadie ha podido aun acostumbrarse.

—Pues qué ¿he muerto yo alguna vez?—objetó Enrique en tono de broma.

—Aunque no ha sucedido afortunadamente, las heridas en el pecho son mortales casi siempre.

Aurelia permanecia inmóvil contemplando silenciosamente la macilenta fisonomía de Enrique.

—Y bien ¿qué os ha parecido de vuestro nuevo aposento?—la dijo Enrique reparando su tristeza.

—Muy bien:—contestó la jóven maquinalmente.

—Echareis de menos vuestro tocador: estais triste.

—No.

—¿Habeis visto la campiña?

—Sí: es deliciosa.

—Siento no poderos servir hoy de guia; pero mañana podré hacerlo. Esto es muy pintoresco.

—Señor capitan Mendez,—interpuso el general en tono reprensivo,—el subalterno está estrictamente subordinado á sus jefes, como el enfermo debe estarlo al facultativo.

—Pero entre ambos hay tambien una coartada.

—Cual?

—La ordenanza y la ciencia.—El general es á la primera lo que el médico á la segunda.

—De todos modos, los saludables efectos de una y otra serian ineficaces sin esa ciega obediencia que imperiosamente exige.—El médico ha ordenado solo que esteis sosegado; que no se os fatigue; y creo yo que hemos contravenido ya sus mandatos con tanta conversacion.—Con que hasta luego.

El general le indicó que allí quedaba Aurelia con su doncella

para lo que se le ofreciese, mientras él iba á distraerse un rato en la biblioteca.

Una escena amorosa tuvo lugar durante la ausencia del general.

La doncella habia ido á concluir sus quehaceres y preparar labor. Aurelia, que se habia enterado minuciosamente de las prescripciones del médico aprovechó la ocasion para servir al enfermo por su propia mano la tisana, dando con ello principio á esa demostracion de justo reconocimiento, á que se creia obligada.

Pero Enrique, á la par de galante, era un cumplido caballero, y no podia aceptar sin resentirse su amor propio recompensas de aquella especie, puesto que no era ella la causa de los sacrificios que habia hecho, sino la antigua amistad de sus padres y la identidad de causa que defendian.

Resistióse, pues, como era natural, á que la jóven hiciese las veces de un criado cualquiera, cuando tantos habia en la casa; y á pesar que podria interpretarse hasta cierto punto por un desaire, insistió aquella manifestándole que tenia en ello un placer como lo tendria en proporcionarle un alivio; que si sus dolencias ú otra causa hacian que su presencia le disgustase, se retiraria al momento, pero solo por esta circunstancia.

—Señorita,—la dijo;—por lo mismo que no soy merecedor á la distincion con que acabais de honrarme, se resiente mi delicadeza al aceptar solicitud tan tierna.—Habeis venido á distraeros de vuestro natural disgusto; pero de ningun modo á participar de la tristeza é incomodidades de un enfermo.—Bastante siento no poderos acompañar hoy en alguna excursion por tan deliciosa campiña; pero vuestro padre puede hacerlo en mi lugar.—No es vuestra presencia la que me disgusta,—¿puede acaso disgustar tan incomparable belleza? es, sí, la molestia que os tomais y el sacrificio de privaros por mí de vuestras habituales distracciones, á lo cual no tengo ningun derecho.

—Enrique, no hableis así...¿No veis que vuestra modestia hace mayor mi reconocimiento?

—Pues bien, no deseo que os vayais, Aurelia; vuestra presencia ha disminuido mucho mi malestar, me ha dado vida: ha alimentado mi mente en sus delirantes insomnios, y hasta sentia que desapareciesen porque desaparecia tambien con ellos la viva imágen de vuestra her-

mosura, que me vivificaba con sus encantadores hechizos.—No os vayais, no: ante vos huye la agitacion, esa febril convulsion que postra y aniquila mi espíritu, como huyen las sombras y desaparecen instantáneamente ante el fulgente esplendor del sol.—Pero no puedo admitir vuestro sacrificio por la mayor ó menor parte que haya tomado yo en vuestra defensa: aquello no debeis agradecérmelo: es una justa correspondencia á la antigua amistad de vuestro padre: en ello solo he cumplido fielmente obedeciendo sus órdenes: á él, pues, debeis darle las gracias: no lo he hecho por vos, toda vez que no tenia la dicha de haberos visto nunca, de haber sido feliz como lo soy ahora hallándome á vuestro lado.

—De todos modos, Enrique, nos habeis salvado: habeis puesto por ello en peligro vuestra vida; estais sufriendo horriblemente por nuestra causa, y aunque no fuese mas que haberos tomado tanto interés por la vida de mi querido padre, seria bastante á tener derecho siempre á mi cariño.

—¡Siempre!

—Eternamente.

—Pero, no, Aurelia: no aspiro á ese cariño forzado por la gratitud: ese no me satisface: aspiro á ese amor espontáneo que nace de las simpatías del corazon, que en vano se busca, que se presenta por sí mismo por un poder irresistible, como si fuera esa influencia magnética que ejerce el iman sobre los metales, como esa causa invisible llamada atraccion que hace girar á los planetas alrededor del sol.

—¿Y quién os ha dicho que no existe esa simpatía, que no hay esa espontaneidad?—No habiéndome obligado nadie á permanecer á vuestro lado, esa misma simpatía, que solo vuestro valor es capaz de inspirar, ha fomentado indudablemente el interés; y ese interés ha crecido con vuestro padecimiento, con vuestra hidalguía en calmar mi desesperacion al ver amenazada la vida de mi padre, prometiendo salvarme, á costa de vuestra existencia. ¿No merece esto recompensa?—¿Podria ser insensible mi corazon á tan noble comportamiento? —Pero, dejemos esto. No es la ocasion bastante oportuna para terminar ahora esta cuestion. Lo que importa es vuestro restablecimiento que cada vez deseo con mas ansia.—La conversacion debe fatigaros: yo permaneceré á vuestro lado para ejecutar por mí misma las ór-

denes del facultativo; y si deseais mi tranquilidad y el turbado reposo de mi bienestar, dejadme permanecer aquí á vuestro lado, cuidando de vuestra salud como si fuera la de mi querido padre.

—¡Ah! Gracias, Aurelia.—No sé como recompensaros tanto bien como acabais de hacerme.—Solo mi gratitud eterna, mi corazon, que os pertenece desde este instante, puedo ofreceros.—Aceptadle y realizais mi dicha, la única ambicion que podia halagarme, el único bien á que podia aspirar.

CAPITULO VII.

LA CARTA.

Impaciente Remigio por no haberle permitido los sucesos cumplir la órden de su amo, habíase puesto en camino antes de rayar el alba, y antes tambien de que Martin hubiese abandonado los plácidos dominios de Morfeo, habia tomado el criado su desayuno en la *estancia* del bosque.

Levantóse aquel y este cumplió al fin su encargo.

—¿Una carta?—le dijo Martin.

—Sí señor,—contestó el honrado fámulo.

—Espero que en lo sucesivo—repuso Martin rompiendo el sobreescrito,—no vuelvas á retener tanto tiempo las cartas que á mí se dirijan; porque esto, además de ser reprensible, puede causar perjuicios tal vez irreparables.

—Es cierto; pero como ignorais las especiales y tristes circunstancias que han causado, no solo mi viaje, sino hasta la retencion, ó mas bien mi reserva, no podeis tampoco juzgar con mucho acierto mi omision.

—No te creia tan diplomático, Remigio.

—Os suplico que leais la carta, señor Martin: tal vez despues aprobareis mi proceder.

—Sin embargo es una carta, y una carta no debe retenerse nunca; y mucho menos en este caso. ¿No comprendes que su importancia debe ser grande, cuando para que llegára á su destino ó surtiera sus efectos has tenido que hacer un viaje de mas de trescientas leguas?—Si efectivamente las circunstancias, como dices, te impedian entregármela en presencia del capitan Mendez; si no era conveniente que por la carta dedujese el motivo de tu venida, que es lo que se infiere de tu reserva, debias al menos habérmelo indicado silenciosamente ó haberte valido de mil medios para que lo supiese yo.

—Me convenceis, señor; pero, aunque os parezca molesto, debo haceros una advertencia, que robustece del todo mi natural defensa. Indudablemente vuestra gran prevision, vuestro talento os impide juzgar á los hombres por su instruccion: hay no obstante una diferencia muy notable entre un criado, cuyo nombre indica rudeza, ó falta de instruccion, y una persona instruida y además perspicaz; y esta distancia, que media precisamente entre vos y yo, es la que me ha impedido obrar con tanto acierto, como vos hubierais obrado.—De todos modos me basta que reconozcais en mi silencio un celo exagerado si quereis, pero de ninguna manera una falta.

—Bien hombre; dispensado: basta ese ingenioso paralelo que tan habilmente has sabido trazar, para que en lo sucesivo aproveche tus grandes dotes; soy partidario acérrimo de los hombres espertos; y si bien la palabra criado es sinónima segun tu opinion de rudeza, no se advierte esta mucho en tí, en cuyo caso ya ves que hasta tu mismo paralelo tiene escepciones, como las tiene toda ley.—No te seria muy favorable la consecuencia que de tus mismas premisas dedujéramos; pero debes retener en la memoria esta máxima: «el hombre debe aprovecharse siempre de la maravillosa facultad de discurrir con que le dotó la providencia y solo debe obedecer á los impulsos de su corazon, cuando los ha aprobado la cabeza.» Obrar de otro modo, aunque á veces sale bien es obrar con incertitud.

—Me doy por vencido, señor, y observaré religiosamente vuestras máximas, en las que reconozco, como en cuanto he tenido ocasion de oiros, un gran fondo de verdad.

—Bien: solo interesa ahora que cumplas fielmente cuanto voy á prescribirte.—Supongo que Enrique debe ignorar el objeto de tu venida y tu verdadero encargo.

—Exactamente: y lo comprendereis mejor despues de haber leido la.....

—Ya sé;—le interrumpió vivamente, como si necesitase el tiempo: —te quedarás en observacion de tu amo: si se agravase; si el médico anunciára algun *temor*, ¿entiendes? solo algun *temor*; te pondrás inmediatamente en camino para Buenos Aires y por Emilio sabrás donde hallarme.—Si por el contrario, fuese mejor, como espero; le dirás que he dispuesto te halles á su cuidado hasta mi regreso, para poderte confiar cualquier asunto de importancia que pueda ofrecérsenos. Todo lo demás corre á mi cargo.

—Lo cumpliré fielmente.

Martin entonces se retiró á su habitacion, bastante satisfecho de la destreza de Remigio, porque en aquella ocasion mas que nunca necesitaba de personas hábiles y de confianza para llevar á cabo sus ocultos planes. Sin embargo, á pesar de sus indicaciones acerca de la carta, estaba muy lejos de sospechar siquiera las causas que habian producido el viaje de Remigio; esto es, el cautiverio de Amalia. Figúrese, pues, el lector cual seria su sorpresa, al enterarse de tan desagradable ocurrencia, escrita con el natural sentimiento del afligido padre, que creia haber perdido para siempre al ídolo de su corazon.

Hé aquí la carta:

«¡Qué ciertos, que seguros son á veces, mi querido Martin, los tristes presagios del corazon! Un fatal presentimiento me dominaba al separarme de mi Enrique. Bien lo sabes. Acuérdate que me despedí con estas ó parecidas palabras. «No sé; pero nunca he sentido como hoy separarme de mi Enrique.»

»No me habia equivocado: apenas habia trascurrido media hora, desde nuestra separacion, cuando fuimos atacados temerariamente por los Peguenches y despues de haber sucumbido en la refriega mas de doce, cuando nos creíamos libres de los salvajes, me encuentro sin mi querida Amalia, y como ves sin el alma de mi alma.

»¡Ah! Martin! Al que se le ha muerto un padre, una madre ó un

hijo, ha perdido para siempre los tranquilos y espansivos goces de la vida: ha muerto moralmente tambien. Las letras que se emplean para pronunciar su nombre resuenan continuamente en el corazon, como el lúgubre tañido de la campanilla en el atribulado oido del que van á ajusticiar!

»¡Amalia! ¡Pobre Amalia! Hé aquí dos palabras que, como la «gota de agua,» hieren perpendicularmente mi corazon aflijido!

»La perdí, Martin: la perdí para siempre, y su pérdida va desojando el árbol de mi vida, como las primeras tempestades del otoño arrebatan al árbol del estío, una á una, todas las que le quedan.—¿Qué importa que el frondoso árbol no tema al principio? Al perder las primeras dirá: ¡Bah! Tengo tantas!... ¡Vana ilusion de la esperanza!—Las tempestades van sucediéndose unas á otras: á medida que el invierno se aproxima, son estas reemplazadas por los hielos; y entonces, con los insoportables rigores del invierno, el árbol pierde del todo sus hojas, y tras las hojas van secándose las ramas, hasta que, en esqueleto ya, penetra el crudo hielo en el corazon, en su tronco, y solo aguarda la cortante segur del leñador que va á derribarle para convertile en cenizas!!!

»Pero no me quejo de mi angustia: mi vida nada es en comparacion del objeto de mi vida. Mil veces he aguardado impasible la muerte en los combates, y sabes tambien que no me ha faltado resignacion para sufrirla. Ahora, no la aguardo, la provoco, la insto.—Trátase solo de salvar á mi Amalia y para ello no puedo contar mas que con tu ausilio.

»Inútiles han sido cuantas investigaciones se han practicado, cuantas batidas se han llevado á cabo por la Cordillera toda. ¡Amalia no parece: Amalia ha muerto para su inconsolable padre!

»No puedo continuar: la fiebre del dolor me ahoga. Obra con esa precaucion y reserva, que te es propia; y sea por Remigio, sea por tí mismo, pon en planta un medio enérgico y rápido á la vez para que antes de sucumbir pueda dar el último abrazo á la mas buena de las hijas, tu ya moribundo amigo

LORENZO.

Santiago de Chile, noviembre de 1829.»

Atónito quedó Martin despues de haber concluido tan triste lectura. Parecíale un sueño lo que habia sucedido, y hasta era incomprensible para él como su antiguo amigo se habia retirado del campo sin su querida Amalia.

Resolvióse, al fin, despues de un momento de incertidumbre, á partir para Buenos Aires; y al cuarto de hora habia emprendido su camino; sin decir palabra á los huéspedes, de quienes se despidió antes, como ya hemos visto.

Aurelia, que por una de esas causas indefinibles, propia sola de la edad de los amores, estaba cada vez mas melancólica, fué obligada por su padre á dar un paseo por el inmediato bosque de que habia sin duda tomado el nombre la *estancia*, ó quinta de Martin.

Ni una palabra se cruzó entre el padre y la hija en la primera media hora.

—¿Qué tienes, Aurelia?—la preguntó el ex-presidente, interrumpiendo el silencio.

—Nada, papá.

—¿Quieres retirarte ya? ¿estás mala?

—No.

—Algo debe inquietarte, porque, aunque otra cosa no fuera, bastaria esta animacion selvática, esta suave brisa que se aspira en tan pintoresco sitio, perfumada con los aromas de esa vejetacion lozana y vírgen, para disipar tu intranquilidad, ó dar espansion á esa especie de abatimiento que te domina.

—¿No te alegran estas preciosas flores, reclinando á orillas del cristalino arroyuelo sus delicados pétalos ocultos, como ruborizadas violetas, entre la verde y frondosa yerba que los circunda? Y si conservas aun el sobresalto por los tristes sucesos de ayer, ¿por qué no lo has manifestado al médico cuando ha visitado á Enrique?

—Sí; estoy un poco asustada aun, papá; pero no estoy peor: al contrario, ya ves que nos hemos librado de aquellos furiosos: me afecta, como te he dicho, lo mucho que sufre el pobre Enrique; y naturalmente esto me entristece.

—Es verdad; pero ya está mejor y confio en que desaparecerá muy pronto la fiebre, porque la herida va cicatrizándose.

—¡Dios lo quiera!

Esta opinion reanimó bastante á Aurelia, que desde entonces se mostró mas alegre.

A su regreso á la estancia hallaron ya al herido, que tambien se hallaba un poco mas aliviado, preguntando á su criado Remigio por los huéspedes; pero este no pudo satisfacer sus deseos, porque ni los habia visto salir, ni pudo darle noticia alguna.

—¿Es posible que nadie sepa donde está el general y su hija?—volvió á preguntar segunda vez á su criado.

—Señor, como he llegado esta mañana muy temprano, no he podido verlos, porque naturalmente estarian aun en cama.

—¿Y Martin?

—Acaba de salir ahora mismo.

—Pero te habrá dado instrucciones.

—Me ha encargado mucho que no me mueva de vuestro lado y que si os hallaseis peor, partiera inmediatamente para Buenos Aires.

—Bien: no se trata de eso:—repuso vivamente el herido;—lo que necesito ahora es, que indagues por los criados, ó por los que habiten la estancia, el paradero de Aurelia y su padre: en la inteligencia, que no quiero que vuelvas hasta que hayas adquirido noticias ciertas del punto donde se hallen.

El criado puso inmediatamente en ejecucion las órdenes del Capitan, pero no bien habia salido del gabinete cuando vió por el pasadizo al padre y la hija que se dirigian á la misma habitacion.

—Aquí están la señorita Aurelia, y su padre, señor.

—¿Los has visto tú?

El criado se retiró en este momento pora abrirles paso.

—¿Estás mejor, Enrique?—le preguntó el general con dulzura.

—Sí; pero con bastante cuidado, porque nadie ha sabido decirme donde estabais; al menos ese majadero de Remigio.

—Agradezco infinito ese grande interés que por nosotros tomas; pero lo siento al mismo tiempo, porque ahora solo debes procurar tu alivio.

—No es interés, General: es un deber; porque en ausencia del dueño me pertenece el cuidado de vuestra seguridad y reposo.

—Ahora me pertenece á mí tambien saber, si vuestros criados han cumplido las prescripciones del médico:—añadió Aurelia con cierta jovialidad.

—Sí: todas se han cumplido y observado,—contestó Enrique.

—Vamos,—interpuso el general,—estais mejor, que es lo que sobre todo importa.

—Dispensadme, general: habeis reconocido mis derechos de jefe; pero no habeis cumplido vuestro deber dándome cuenta de vuestra ausencia.—Supongo que habeis dado un paseo por la deliciosa selva que está á la espalda de la estancia, en cuyo caso Aurelia se habrá distraido algo, ¿no es verdad?

—Sí, sí; nos ha gustado mucho,—contestó esta al mismo tiempo que su padre.

—Sin embargo, no habreis podido recorrer todo el bosque, porque es bastante estenso, y siento no haber podido ser vuestro guia.

—Pero lo serás en breve si continúas tan animado como hoy;—replicó el ex-presidente.

Remigio permanecia de piés aguardando las órdenes de su amo, que impresionado con la presencia de Amalia no se habia apercibido; pero al advertirlo mandó que se retirase hasta nuevas órdenes.

El general se retiró tambien á su habitacion favorita,—la biblioteca,—y Aurelia volvió á ocupar el lugar de costumbre.

Poco tiempo pudo disfrutar Enrique de su grata presencia: los criados habian avisado para el almuerzo.

—Es verdad; id á almorzar Aurelia, que el paseo os habrá escitado el apetito.

—No tengo gana, Enrique: vuestras dolencias me afligen demasiado para poder estar tranquila hasta vuestro completo restablecimiento.

—Ese es un tormento para mí Aurelia: si quereis que me restablezca pronto hacedme el singular obsequio de abandonar esa profunda tristeza que me daña mas aun que la misma fiebre.—Comprendo muy bien que exijo demasiado: que no soy digno tal vez de ese sacrificio, que no soy el que debe calmar las poderosas causas que motiven vuestra intranquilidad; que no puedo, en fin, devolver el sosiego á vuestro turbado espíritu; pero vuestra bondad es inmensa, vuestro corazon no es insensible, y no desconozco que ese grande interés que os habeis tomado siempre por mí, os inclinará tambien á concederme este segundo favor.

Procurad, pues, reanimaros, divertiros; haced lo mismo que en vuestra propia casa: teneis criados fieles y obedientes á vuestras órdenes; teneis á vuestro querido padre; teneis á vuestro lado al que solo vive aspirando vuestro hálito; teneis, en fin.....

—Callad, Enrique, por piedad, no despedaceis mas mi agitado espíritu, no.....

Aurelia tuvo que suspender su apasionada réplica, porque su padre entró en este momento para acompañarla al comedor.

CAPITULO VIII.

EL NUEVO PRESIDENTE.

Desde la salida del general Viamont para la quinta de Martin, los ministros se retiraron á sus casas y empezó á funcionar el nuevo presidente.

Muchos años hacia que la República Argentina estaba desolada por las facciones; que la discordia civil habia empapado mas de una vez el suelo en sangre humana; pero lo que jamás habia sucedido, lo que nunca se habia visto, era aquella tiranía infame que dejó huellas eternas, que atormentaba y deshonraba á sus habitantes. No habia ejemplar en la historia de las familias antiguas, que uno de sus miembros hubiese estado en la cárcel; pero desde esta época raro es el argentino que no ha vivido en ella años y arrastrado cadenas. La cárcel, mansion del crímen, fué durante los *veinte años* de la dominacion de Rosas la mansion de la virtud.

El espionage y la proscripcion fueron las medidas salvadoras de su administracion.

Inmediatamente de haberse hecho cargo del gobierno, su primera obra fué la destruccion de la convencion de paz del ministerio Viamont

para acabar á sangre y fuego con el poder y prestigio del general Paz, gobernador de la nueva provincia de Córdova y reconocido al mismo tiempo como gobernador de la república de Buenos Aires.

Esta guerra empezó por violar el sagrado de las inmunidades diplomáticas de los representantes de la provincia gobernada por este general, é hizo asaltar sus casas por una de las turbas de asesinos que habia organizado; pero como no pudieron haberlos, concluyeron por matar á dos paisanos que habian hallado por el camino, apostrofándolos con los mas asquerosos dicterios.

Creó un ministerio de «Gracia y Justicia,» verdadero anacronismo en una república en que no hay monarcas absolutos que concedan gracias, y dió un golpe de muerte á la prosperidad comercial con la órden de someter á los estrangeros al servicio militar; órden que produjo la emigracion y el retraimiento de los grandes capitales que habia puesto en circulacion el comercio estrangero y la privacion completa de sus relaciones mercantiles.

Pero lo que atraerá especialmente sobre la primera administracion de este tirano las maldiciones de la posteridad, es que en ella tuvo orígen una division profunda de la sociedad argentina en dos partidos, que se han despedazado sangrientamente, y que han dado el salvo conducto á los millares de asesinatos que despues tuvieron lugar, y á los infinitos robos y saqueos que los aleves homicidas cometieron impunemente.

No contento Rosas con que se enconáran los odios civiles, los simbolizó en los trages de sus seides. Les obligó á todos á usar un distintivo, que consistia en una cinta escarlata con un lema que decia: «viva la federacion, mueran los unitarios.» Inútil es decir, que el ciudadano que carecia de esta insignia podia ser degollado en medio de la calle, proscrito, ó robados sus bienes por la primera turba que le acometiese, no solo segura de su impunidad, sino hasta acreedora á recompensa. En tanto es así, que este lema pasó despues á formar el timbre de los periódicos oficiales, de los documentos, de los avisos comerciales, de las muestras de las tiendas, de los billetes de teatros y hasta de las íntimas cartas de familia (1). De modo que con esto con-

(1) En prueba de la exactitud de esto, debemos manifestar á nuestros lectores, que además de las muchas guias y otros documentos que llegaban á esta capital en aquella

seguia el objeto de su triunfo: mantener desde que el sol iluminaba los colores una mitad de la poblacion insultando á la otra mitad é invocando contra ella la muerte.

Desde esta época comenzó la emigracion espantosa, que durante trece años estuvo insultando á la civilizacion y despedazando con sus miserias y sus dolores la sensibilidad de los pueblos Orientales, Brasileños, Chilenos, y Bovilianos, concluyendo por la horrible matanza de millares de infelices, la destruccion de propiedades inmensas y por la completa ruina de la industria y del comercio.

Pero la sociedad reprobaba estas violencias. Necesitaba ejercer mas á mansalva su tiranía; y fingiendo grandes peligros con aquel cinismo, con aquella torpe audacia que caracteriza solo á los infames; pidió á los diputados de su faccion que reclamasen á la Cámara, «se le invistiese con facultades estraordinarias para obrar segun las circunstancias y su ciencia le aconsejasen.»—Esto era lo mismo que autorizarle, declararle irresponsable para disponer á su antojo de las vidas y haciendas de todos los habitantes de sus dominios.

Y no fué esto solo, tenia sed de sangre: su espíritu malévolo y colérico no quedó satisfecho con haber sepultado mas tarde lo mas honrado, lo mas digno de la sociedad Argentina, en las infinitas cárceles que instaló de nuevo: y cuando no habia ya locales donde encerrar tantas víctimas, los cascos de la victoriosa escuadra de la guerra del Brasil, librados, gracias á los denodados esfuerzos de Mendez y Martin, de la incendiaria tea de Venancourt, quedaron convertidos en otros tantos pontones fétidos é insalubres donde amontonó centenares de argentinos.

Pero esto, decimos, sucedió mas tarde. Investido provisionalmente de las *facultades estraordinarias*, que usurpó con audacia, dió un golpe de muerte al poder judicial. Pidió al presidente de la cámara de justicia una lista de los presos que merecian pena de muerte; pero como no habia, le remitió solo una nómina de diez y ocho individuos presos por delitos poco graves; y el Neron argentino los mandó fusilar en San José de Flores, sin otra formalidad que una simple órden firmada por él.

época con este lema,—y que se conservan aun en algunas casas de comercio,—hemos visto una partida de bautismo, que en vez del signo cristiano, tiene un timbre encarnado que dice lo siguiente: *¡Viva la federacion! ¡Mueran los salvages unitarios!* (N. del A.)

En vano hizo renuncia de su destino para no autorizar con su firma tan espantoso asesinato el digno ministro de relaciones esteriores don Vicente Lopez; en vano se separó del consejo de ministros para no suscribir resolucion tan inhumana: Rosas se abocó despues otras causas criminales, resolviólas por sí, y al paso que aplicó penas arbitrarias é injustas á unos, dió completa libertad á otros que eran famosos y conocidos criminales (1).

No es difícil adivinar tal proceder: todo ello estaba subordinado á un plan. Como los déspotas solo pueden gobernar por el terror y toda la confederacion Argentina reprobaba la tiranía con que habia inaugurado su gobierno, dedúcese lógicamente, que ningun ciudadano honrado podia secundar sus infames medidas; veríase por lo tanto aislado, escarnecido y obligado á abandonar el imperio del sable; y he aquí porque qnedaba reducido á buscarse secuaces en la hez de la sociedad, en las cárceles públicas, aunque para ello tuviese que absolver al criminal mas odioso.

Estableció por último el contra-principio de dar efecto retroactivo á las leyes; espide un decreto sobre estampas y libros prohibidos y manda despedazar y quemar en la plaza pública cuadros y obras, como el grupo que representaba las Gracias y las ruinas de Palmira. Todo esto estaba enlazado con arbitrarias y feroces disposiciones para fomentar en las provincias las intentinas divisiones de los caudillos; medio ingenioso para deshacerse de los que le eran desafectos, para poder mediar é intervenir en sus contiendas y dominar victorioso sobre la desunion y el malestar de todos.

He aquí las causas que destruyeron los poderosos esfuerzos de Emilio para rescatar al propietario Alvarez, que como sabemos ya, fué conducido maniatado por aquella turba de asesinos, y encerrado despues por órden de Rosas en la cárcel, por creerle adicto al partido contrario de los unitarios y ser hombre de muchísima influencia por sus grandes riquezas.

Tampoco pudieron sacarle de su inícuo encarcelamiento los grandes recursos de Martin, que estaba mas interesado en ello, porque sus relaciones con toda la familia eran mas íntimas y databan de mas tiempo que las de Emilio.

(1) Rivera Indarte: *Rosas y sus opositores*, Cap. 15. pag. 189.

Este, sin embargo, tenia un vivo interés, porque amaba ocultamente á la hija del propietario; así que, al momento de llegar Martin de su quinta, le suplicó encarecidamente, que hiciese cuanto estuviera de su parte por devolver al seno de su desconsolada familia á su amigo Alvarez, cuya sensible ausencia habia esparcido el llanto y la tristeza en toda la casa.

Mas de cuatro meses habian trascurrido en este fatal estado.

Las arbitrariedades, las violencias, los amaños, se reproducian cada vez en mayor escala. Martin de tanto en tanto hacia sus escursiones á la quinta, que eran menos frecuentes á medida que se iba restableciendo el herido.

Pero no era ya el capitan Mendez, ni el general, ni la prision de Alvarez, lo que le ocupaba preferentemente. La carta del coronel Lorenzo, su antigua amistad, el grande cariño que le tenia y el doloroso cautiverio de su hija habíanle afectado de tal modo, que no le era posible atender á los sucesos políticos, ni complacer á los demás amigos; solo deseaba que su fecunda imaginacion le indicára un medio para descubrir el paradero de Amalia y rescatarla. Todo lo que no fuese esto era secundario para él: era supérfluo.

Emilio, al contrario: no tenia mas que un pensamiento, una idea, un plan; conseguir la libertad de Alvarez, para escitar la gratitud de su familia, y hacer con ello méritos suficientes para obtener de su agradecida hija una justa correspondencia.

Ya habia agotado todos sus recursos, todas sus relaciones, todos los empeños. Rosas no tenia amigos que se atreviesen á pedirle gracias, porque el que lo intentaba sufria la misma pena que el castigado por quien intercedia; ni habia tampoco nadie que tuviera bastante influencia con él para poder lograr por su amistad ó por la consideracion que le mereciese gracia alguna. Rosas no queria amistad, ni consideraciones: no queria mas que sumision, servilismo, obediencia ciega.—Esto le habia colocado en un estado tan triste que su salud decaia visiblemente. Con todo, no desistia nunca. Cada dia amaba mas ardientemente á Matilde,—que así se llamaba la hija de Alvarez,—y este amor intenso, concentrado y oculto, porque jamás le habia revelado, le hacia poner en planta nuevas combinaciones, é idear planes nuevos.

Él gozaba de bastante prestigio entre los amigos de Martin, á quie-

nes este le habia presentado, como secretario privado del general Viamont, y se le guardaban altas consideraciones como hijo de uno de los mas ilustres generales de la confederacion. Asistia puntualmente á la reunion diaria que se celebraba en casa del hacendado D. Santiago Costa, y tomaba parte siempre en todas las resoluciones que se acordaban en aquella especie de junta, ofreciéndose espontáneamente á llevarlas á cabo, cuando tenian por objeto poner en ejecucion medios violentos para derribar á Rosas.

Pero la disolucion de esta junta, la dispersion de esta reunion, vino á descargar el último golpe sobre su ya debilitada esperanza.

Enteróse Rosas de que se reunian diariamente en dicha casa ciertas personas que no le eran adictas, y como no conocia ó no le supieron decir sus nombres, mandó prender al hacendado Costa, y le hizo trasportar á uno de los buques que estaban ya destinados á servir de cárceles.

Martin fué el primero que le dió la noticia, al advertirle que no volviera mas á la reunion, porque Rosas tenia conocimiento de ello; pero encolerizado Emilio por lo que esto le contrariaba, dijo:

—¿Y es posible, amigo Martin, que no tengamos valor suficiente para derribar ese intruso? ¿Qué hace la Asamblea, que no observan sus individuos la continua emigracion que cada dia se aumenta? ¿No ven esas prisiones injustas, que están insultando torpemente la razon y la justicia? ¿Hemos de degradarnos hasta el punto de prestar homenaje á un *estanciero*, á un miserable *cacique*, á un *gancho*?

—Es verdad,—contestó Martin,—pero seria muy reprensible en nosotros que podemos valer algo, que podemos prestar grandes servicios á los demás y que podemos evitar grandes males, que nos colocásemos en el anzuelo para servir de cebo á sus tiburones.—Rosas no puede asegurar su poder sino con sangre y cadenas; así lo ha comprendido y así lo realiza. Sin embargo, no durará mucho, porque hay una grande agitacion en los ánimos, y toda agitacion sorda es precursora de la tempestad.—Mañana iremos á ver á nuestros dos amigos, porque segun he podido averiguar puede ser fácil una transaccion con Rosas, aunque exige demasiado.

—¿Es decir, que será fácil librarle por dinero?—replicó Emilio con entusiasmo;—pues podeis comprometeros, Martin; y si no bastasen sus

riquezas podeis añadir mi patrimonio y cuanto pueda yo adquirir. Ya os he dicho, que me interesaba sobremanera la libertad de Alvarez: ahora os confieso ingenuamente que de ello pende el restablecimiento de mi salud y la tranquilidad de mi espíritu.—No me abandoneis pues en esta ocasion, es un favor singular, que os suplico, y que solo podré recompensar con una eterna gratitud.

No dejó de causar impresion á Martin esta súplica, que en boca de un jóven instruido como Emilio, y sobre todo de un caballero, no podia interpretarse por una mera galantería, por un compromiso pueril, de esos á que se llama comunmente, «palabra empeñada:» habia una causa formal, poderosa, que le obligaba á obrar así, á tener un interés grande, positivo, real; y esta causa no podia adivinarla Martin, á pesar de su grande talento, porque la familia de Alvarez no le habia hablado nunca de Emilio, ni este frecuentaba la casa. Esto llamó mas particularmente su atencion, y trató de aplazar las preguntas para otra ocasion, á fin de sacar mejor partido. Solo pensó en tranquilizarle por el momento y le dijo:

—Bien, Emilio: me complazco tambien en que las personas que aprecio tengan interés por mis íntimos amigos: esto robustece mas mi cariño y hasta me impele á redoblar mis esfuerzos, que, secundados por jóvenes que valen tanto como vos y que reunen cualidades tan bellas, no dejará de producir lisongeros resultados. Pero no debeis tomar mis palabras en su sentido material: si bien he dicho que es fácil que Rosas ceda, aunque con grandes exigencias, no he querido significar que la cuestion quedase resuelta al momento: quizás se tardará en realizar mas de lo que deseamos; no obstante, he puesto en juego medios que tal vez sean eficaces y esto me ha movido á usar de aquel lenguaje, viendo vuestra abnegacion, que solo puede emanar de causas ocultas y poderosas, que respetaré siempre.

De todos modos mañana iremos á ver, como os he dicho, á nuestros amigos; pero esto tampoco podemos hacerlo muy visiblemente, porque Rosas tendrá espías de acecho y no seria difícil que nos encarcelasen tambien. Para evitarlo, para burlar su vigilancia, he resuelto ir muy temprano, al romper el dia, que es la hora en que duermen los ignominiosos esbirros, que cual asquerosas y nictalopes aves de rapiña, solo ven en la oscuridad para atrapar su presa, para asesinar

al débil ó encarcelar al inocente; dignas y recomendables hazañas, que son premiadas al siguiente dia, méritos los mas eficaces para arrancar una sonrisa al cruel tirano, al feroz antropófago, que solo goza cuando ha bebido sangre humana.—A la tarde partiré para mi quinta y vos mismo os encargareis de despachar cualquier asunto de urgencia, porque no regresaré hasta dentro de tres dias.—He aquí el plazo mas breve en que podrá terminarse la negociacion.

—¿Y es indispensable que dure tres dias vuestra ausencia?—preguntó Emilio.

—Indispensable.

—Si yo pudiese reemplazaros, podriais quedar para abreviarlo lo posible.

—Son asuntos propios, que á pesar de la ilimitada confianza que me mereceis, no pueden despacharse sin mi presencia.—Os doy las gracias y estad seguro que en lo sucesivo me tomaré la libertad de utilizar vuestro talento.

CAPITULO IX.

ENRIQUE Y AURELIA.

No habeis leido alguna vez al admirable autor de los viajes, al ilustre Chateaubriand, cuando despliega su entusiasmo en aquellas inmortales páginas, en que pinta con incomparable maestría las gigantescas selvas y las soledades de América?

Oidle, pues.

«¿Quién espresará el sentimiento que se esperimenta al entrar en esas primitivas selvas tan antiguas como el mundo, y que bastan por sí solas para darnos una idea de la creacion, tal como salió de las manos de Dios?—Cayendo la luz perpendicularmente, al través de un denso ramaje, derrama por las profundidades del bosque una luz opaca y trémula, que da á los objetos una magnitud fantástica.

»A cada paso se encuentran árboles caidos sobre los cuales se levantan, vigorosas y lozanas, nuevas generaciones de otros árboles. En vano busco una salida en medio de esas soledades; engañado por el resplandor de una luz mas viva, me adelanto á través de los zarzales, de los espinos, de los musgos, y de la capa formada por los restos de los vegetales, y solo llego á un claro que han abierto unos cuantos pinos

derribados. En breve la selva aparecerá mas sombría; en breve la vista no percibirá mas que troncos de encinas y nogales que unos á otros se suceden y que parecen estrecharse mas y mas, á medida que se hacen mas distantes; tal es la idea del infinito.....

»Los árboles tambien formaban armonía en sus figuras: desarrollábanse algunos como inmensos abanicos, otros erguian sus copas en forma de conos, aquellos las presentaban redondeadas, como para convidar al fatigado viajero con su plácida y aromática sombra, los mas lejanos eran piramidales... en fin, el viajero podrá gozar de este grandioso espectáculo, pero jamás podrá describirle.....»

¡Jamás podrá describirle, es verdad! Jamás podrá el humano entendimiento, limitado y pequeño, pintar con sus vivos colores la obra inmensa, las grandes maravillas de la creacion Divina, infinitas, ilimitadas, incomprensibles!

¡La idea del infinito, sí: la idea de Dios es la contemplacion de la naturaleza: es el producto visible de su Omnipotencia: es el resultado físico de su amor al hombre!

Allí, en aquellas soledades sin límites, dó la vista se pierde y se confunde, como el tiempo en la eternidad, como el lejano eco que se va estinguiendo en las montañas, como la espiracion de un momento que nace, crece y muere. ¡Ah! Allí parece que se respira el mismo aire de Dios, el alma se eleva, el corazon rebosa de júbilo, la cabeza quiere saltar del tronco y agita su luenga cabellera, habla con el mismo Creador, se pierde en los cielos de Milton, del Tasso, de Miguel Ángel, de Rafael, de Rubens, de Murillo, en la mansion de las almas de esplendor y de los corazones de fuego!—Aquella naturaleza desdeña los corazones pequeños, necesita almas grandes, genios sublimes: se hizo para un mundo de poetas, para un grupo de pintores, para un cáliz de bellezas, para un jardin de amores!

Habian transcurrido cuatro meses desde la herida de Enrique: este, casi restablecido, aunque algo débil, paseaba muy á menudo por el bosque, é iba reforzándose con las continuas correrías y las partidas de caza: blanco de las mas esquisitas atenciones, su vida era tan plácida como un eden: además, ¿podia dejar de ser feliz, teniendo á su lado un ángel como Aurelia?—Enrique hubiera querido hacer mas larga su enfermedad: ¡es tan dulce tener á la cabecera del lecho una belleza

que razone de amores con misterio! Solo puede decirlo quien lo ha sentido. Enrique tenia enferma el alma; Aurelia era el específico que la curaba.

Cierto dia salió Enrique á pasear por el bosque: hacia una tarde deliciosa. Evitarémos describir el aspecto de aquel; porque la imaginacion del lector podrá ya figurárselo por lo que ha leido.

Aurelia era tambien víctima, pero gustosa, de un amor, que habia con el trascurso de la enfermedad aumentádose considerablemente.

Hacia tiempo que Aurelia y Enrique sin pensarlo, buscaban una ocasion propicia para poder dar completa espansion á sus sentimientos, harto tiempo ocultos.

La tarde les convidaba.—El general Viamont tenia una ilimitada confianza en el hijo de Mendez.—Este tambien le guardaba por su parte todo género de consideraciones como si fuese su mismo padre.

El ex-presidente de los notables pasaba muchos ratos en la biblioteca de la quinta de Martin, que contenia todo género de obras, como ya hemos dicho, porque el bueno de Martin era un completo filósofo, un verdadero amante de las bellas letras, un consejero que hubiera hecho honor á la confianza de un monarca.

Las cinco daban en el reloj del comedor, cuando el general empezaba á leer un volúmen titulado: «las Conquistas de Alejandro el Grande.» En esta misma hora paseaba Enrique por el bosque, y cansado ya, sentóse en un banco á la rústica que habia debajo de un árbol centenario, y desde el que podia ver perfectamente la escalera de la casa que conducia al jardin contiguo al bosque. Cualquiera conocerá que el haberse sentado en semejante sitio era efecto de una premeditacion. Pronto quedó esta satisfecha, pues vióse deslizar por la escalera una sombra blanca y aérea: era Aurelia, que siguiendo su amoroso impulso iba á pasear por el bosque, ávida de recordar las correrías que hacia casi todos los dias con su padre y Enrique, á quien habia visto un poco antes dirigirse hácia aquel, si bien ignoraba el punto donde se hallaba.

Enrique la habia visto tambien y su corazon latia fuertemente: llamóla: ¡Ah! la voz de Enrique era muy conocida de Aurelia. Un momento despues se sentaba esta al lado de nuestro jóven.

—¡Enrique!

—¡Aurelia!

Estos fueron sus saludos; palabras cortas; pero que encierran una pasion.

—Siempre bella, Aurelia! siempre bella.

—Enrique, acordaos, que habeis jurado decirme siempre la verdad.

—¿Creeis que os lisongeo?

—Perdonadme, si os he ofendido.

—¡Perdon! vos pedirme perdon?

—¿Por qué no, Enrique?

—Los ángeles, como vos, solo deben pedirlo á Dios; pero nunca á los hombres.

—Se conoce que teneis un corazon muy hidalgo.

—Lo tengo mas elevado desde que participa del vuestro. ¡Ah! digo mal; desde que lo tiene por modelo.

—Enrique, me haceis daño. Estraño ese lenguaje.

—No sabeis que debe serse respetuoso con las damas.

—Para ciertas personas es preciso tener siempre la etiqueta en los labios; pero para mí, Enrique, debeis tener otro lenguaje mas franco, mas animado.

—¡Franco y animado! ¿y aun no lo he sido bastante?—Me acuerdo que cierto dia que os hablé de amores, me interrumpisteis, diciendo, que aplazásemos aquella cuestion para mas adelante: entendí que queriais decir para cuando estuviese restablecido; y como lo estoy ya, creo poder reanudarla con vuestro permiso.

Aurelia sintió el rubor en sus mejillas, miró con timidez á su amante; pero no pudo contestarle.

—¡Ah! comprendo; os molestará la conversacion y.....

—No, no, Enrique;—esclamó de repente Aurelia.—Sois muy cruel y me hareis llorar.

—¡Haceros llorar! no Aurelia: dejad; dejad, que se desahogue mi henchido pecho:—Me habeis dicho que queriais el lenguaje del corazon; pues lo hablaré, porque quiero que comprendais que os tengo una pasion, cual pocas veces se siente; una pasion que nace y muere con el hombre; que os hace amar lo bello, lo grande, lo divino; que os agosta todas las flores del alma y que hasta se hace sentir cuando la vejez viene á blanquear vuestra cabeza: ¡Pobre Aurelia! guardaos de sentirla, como os la describo!

—¿Y por qué, Enrique?

—Porque sufririais..... y os amo demasiado para haceros sufrir.

—Pero hay sufrimientos que tienen un fondo de placer. En vuestra enfermedad, sufria mucho: vuestros ayes, aunque escasos, me llegaban al alma, y sin embargo gozaba cuando podia aliviar vuestras dolencias.

¿No es verdad, Enrique, que cuando los pesares se comunican se hacen mas llevaderos?

—¿Y en donde habeis aprendido esto?

—En vos mismo, Enrique.

—Estoy orgulloso de haber sido vuestro maestro.

—Yo lo estoy á mi vez de haber recibido una leccion tan agradable.

—Aurelia, atendedme un momento.

—Hace mucho tiempo que os amo y os he dicho, que mi pasion nada tiene de vulgar. Mi vida ha sido, como la de muchos hombres que se dedican á la carrera de las armas, muy trabajosa: la he seguido por conviccion, por inclinacion naciente en mí desde niño. Me entusiasmé desde muy jóven con la lectura de las grandes hazañas; buscaba con anhelo los hechos de armas mas gloriosos, que hacian dispertar en mi entendimiento elevados proyectos de empresas colosales, esperanzas de gloria para el porvenir, ricas ilusiones, sueños preñados de ardor y fantasía. Si os dijera que no he tenido episodios de amor, os engañaria; pues los he tenido y algunos de ellos bastante gloriosos.—Enrique se sonrió: Aurelia se puso pálida;—pero francamente, han ocupado en mi corazon un lugar muy secundario; como todo lo que se llaman calaveradas. Nos reuníamos siempre cinco ó seis amigos de buen temple, nuestras cabezas algo destornilladas iban en pos de placeres, nos gustaba la variedad, el bullicio, la charla; en una palabra éramos unos completos petardistas. Tenia un amigo íntimo, llamado Antonio Velazquez, bizarro muchacho, valiente, buen amigo, chico el mas chistoso que fué conocido. Le vino á las mientes un cierto dia, de declararse á tres ó cuatro *viejas* que asistian á una tertulia, á la que tambien concurríamos los dias que no estábamos de servicio. Dicho y hecho: se declaró. El dios Cupido, que es muy caprichoso picó con su dardo á dos de ellas. Me acuerdo

tan bien como si estuviera pasando. La una tenia celos de la otra; mi amigo sacaba buen partido de su ingenio y era de ver como contentaba á las dos. Velazquez era tambien algo poeta, hombre de chispa; nos leia las redondillas que las dirigia contestándole ellas en mala prosa y peor letra. Pudo la farsa durar algun tiempo pero la chismografía empezó á cundir, y aquí ardió Troya. Mi amigo recibió esquelitas llenas de reconvenciones, luego despues se convirtieron en picantes, al fin rayaron en insolentes. Mi camarada se ingenió y descartóse de ellas borrándolas del registro de sus ridículas conquistas. Os confieso sinceramente que nos proporcionó algunos dias de broma, y de seguro que vos no hubieseis estado nunca triste á su lado. Las horas de duracion de esa amistad no fueron por cierto muy largas; mis amigos fueron destinados á distintos cuerpos, y desde entonces solo de vez en cuando he recibido algunas cartas. He sabido últimamente que Velazquez se habia enamorado locamente de una hermosa brasileña, y estoy seguro que si bien es algo travieso, cuando ama, ama tan de veras como yo. Los hombres que hemos visto algo el mundo parecemos tener el corazon de bronce, pero si encontramos un ángel en nuestro camino, nos rendimos, le adoramos. El resto de mi historia poco interés ofrece y además casi la sabeis.—Veo que la narracion de mis fechorías os ha puesto entre triste y alegre. Aurelia, hermosa Aurelia, ¿no me quereis ya? Pedidme el sacrificio que querais, dadme el castigo que bien os parezca; pero hacedme justicia, pues os he hablado el lenguaje de la franqueza, lenguaje aprendido en los campamentos y entre mis compañeros de armas.

—Enrique, vuestra espontaneidad me place, y vuestra llaneza me admira. Creia que los hombres, que se llaman de mundo, eran unos monstruos que nunca se saciaban de cometer tropelías, que nunca sacaban su alma limpia del fango de los vicios.

—De todo hay: hombres que nacieron con el vicio, que continúan en él y que por fin murieron en el crímen.

—Parece imposible que existan seres tan degradados.

—Sin embargo hay almas que en un principio fueron mas puras, que creen en la perfeccion del mundo; pero, ¡ah! se engañan, y al despertar del dulce letargo que las seducia, ven y palpan la realidad: entonces se enojan contra sí mismas, se burlan de su inocencia, atro-

pellan sin pensar la honra y la virtud, y las que, poco ha, eran criaturas privilegiadas, se convierten en otros tantos entes corruptores, viviendo tan solo para la degradacion y la vileza.

—Me asustais con esa pintura.

—Y es la pura verdad,—Aurelia; pero, sin pensarlo, me habeis distraido de mi primer pensamiento, aunque el corazon me está avisando que siempre late por un solo objeto. Decidme, pues al fin llegó la hora en que me atreva á exigiros una contestacion:—decidme, ¿este fuego que en mí arde, esta pasion que me cautiva, habia de quedar sin recompensa?

—¡Enrique! ¡Enrique!

—¿Me amais, Aurelia, me amais?

—Escuso contestaros: ¿no lo habeis comprendido ya, Enrique? ¿no lo sabeis?

—Por Dios habladme de este amor, habladme; si me amais, seré tan feliz, tan feliz...

—Pues sí, Enrique del alma, os amo, os amo.

—Ah! gracias ¡Aurelia! gracias: soy feliz.—Enrique cogió con frenesí la mano de la jóven y estampó en ella un ardiente beso.

—¡Enrique! no sé desconfiar de vos.

—¡Aurelia! quiero que me hableis ese lenguage fraternal, sencillo, que siempre respira amor.

—Sea.

—¡Angel mio!

—Enrique de mi vida.

—Repite, repite que me amas, Aurelia; porque quisiera oirlo siempre.

—Sí, Enrique; te amo; te amo con toda mi alma, oyes, con toda mi alma.

—Ah! gracias, bien mio; gracias: eres el ídolo de mi corazon.

—Enrique, no me mires así, que me haces daño.

—Sí: siempre, Aurelia: siempre: no podria vivir sin mirarte, sin verte, hermosa; soy tu esclavo. Manda: insinúame tus deseos, aunque sea mi mayor sacrificio...

—Quiero tu corazon de fuego: quiero tu fidelidad.

—Te lo juro Aurelia, te lo juro por las cenizas de mi madre.

—Yo tambien te juro amor eterno por las cenizas de la mia.

—Hasta en esto nos parecemos.

—Dios ha formado nuestros corazones el uno para el otro.

—Ah! Dios es muy grande.

—¡Ojalá reciba con misericordia la santidad de nuestros juramentos!

—¡No llores, Aurelia! no llores.

—¡Ah! Sí, me place: lloro porque soy muy feliz; lloro, porque te amo.

—Nunca, nunca he sentido tanto como ahora.

—¡Ah! Enrique ¿por qué no te he conocido antes?

—Porque no plugo al destino.

—Las almas que nacieron para amarse, debieran unirse ya en la cuna.

—¡Aurelia! Quiero que cuanto antes unamos nuestros corazones con el indisoluble lazo: ¿Lo apruebas? ¿quieres ser mia?

—Sí: Enrique, sí; tuya para siempre.

—Ya lo eres ante Dios; solo falta que lo seas ante el mundo.—Lo pediré á tu padre.

—No lo juzgo ahora conveniente: mas adelante, Enrique mio; ya sabes que soy tuya: ya no puedo ser de otro que de mi salvador, del salvador de mi padre, del hombre único que llena toda mi alma.

—Como te plazca: tu voluntad es la mia, Aurelia:

Así se comunicaban esas dos almas, cuando la voz del general Viamont se dejó oir.

Habia transcurrido mas de una hora: habíase cansado de leer, y llamó á su hija en el momento que esta derramaba todo el bálsamo amoroso en el corazon de Enrique.

Enrique se levantó al momento, dió el brazo á su amada: ambos subieron á la quinta y saludaron al general. En aquel momento este nada sabia de lo que acababa de pasar; pero lo sospechaba, porque hacia tiempo que veia á Aurelia muy solícita, y el ojo de un padre es mas penetrante que el del lince, cuando quiere sondear el corazon de sus hijos. Sin embargo, el ex-presidente hubiera visto con orgullo y placer el amor que ya era una realidad.

Pocos instantes despues, se oyó el ruido que producen las puer-

tas al cerrarse, algunas luces pasaban por detrás de las celosías. El general y Enrique se preparaban á jugar una partida de asalto. Aurelia estaba bordando unas flores junto á los objetos mas queridos de su corazon. Los criados charlaban y reian en los cuartos bajos; ni el mas lijero soplo de aire se percibia; el sol acababa de traspasar sus lejanos dominios del ocaso: oscurecíase: la naturaleza dormitaba.

CAPITULO X.

LA CITA FATAL.

EMILIO no podia resignarse á sufrir la ausencia de Martin sin dar algun paso, que tal vez pudiera adelantar el escarcelamiento de Alvarez. La idea de conseguir por dinero una transaccion no se habia separado un momento de su memoria; y en toda aquella noche estuvo germinando mas y mas, dando lugar á mil combinaciones y planes, que, gracias al grande patrimonio que habia heredado á la muerte de su padre, creyó de todo punto fáciles y asequibles.

Dicidióse, pues, á ir al siguiente dia á casa de uno de los mas influyentes diputados, manifestarle lo que Martin le habia dicho y presentarse con él á Rosas para proponerle, en cambio de la libertad de Alvarez, sus grandes posesiones de San Nicolás de los Arroyos.

Pero, otra idea funesta atormentaba su corazon: el hado fatal le habia tendido sus infernales redes y aquella idea era el lazo de muerte que iba á frustrar todos sus planes, cortando para siempre los dias de su existencia.—No podia ocultar por mas tiempo su amor.

El amor de Emilio para Matilde no era un amor comun: era una pasion pura, pero vehemente, que encendia en su corazon una llama inestinguible, que le devoraba, que solo su presencia podia aplacar.—Era ese amor fantástico, ideal, que solo se esperimenta una vez, al asomar la primavera de la vida, pero que arrebata el entusiasmo hasta el punto de creerse el hombre tan feliz con la posesion del objeto amado, como los bienaventurados partícipes de ese delicioso eden, dó solo habitan los ángeles y querubes, dó solo existe la verdadera felicidad, y el eterno, el celeste amor.

Sin embargo, aunque estaba resuelto á no ocultar por mas tiempo su pasion, no dejaba de conocer que el natural disgusto de toda la familia con aquella desgracia no favorecia mucho su declaracion; antes bien, le esponia á recibir una contestacion desagradable. No obstante, tomó el partido de manifestar á Matilde por escrito el paso que iba á dar para la libertad de su padre, y que á la noche podria decirle el resultado, si tenia á bien concederle un momento para esponer las causas que le obligaban á obrar así.

Al efecto, se puso á escribir inmediatamente el siguiente billete: que envió por un criado.

«El que se interesa tanto, como vos misma, por la pronta libertad de vuestro padre, se ve en la precision de suplicaros, que á las diez en punto de esta noche esteis prevenida para poder comunicaros un asunto importante.

»No puedo presentarme á vuestra familia, porque es un secreto del que depende el buen éxito, y conviene sobre todo eludir la vigilancia de Rosas.—Si os asomais, pues, á esa hora á cualquiera de vuestras ventanas, la palabra *Emilio* será la señal de que podeis hablar sin temor alguno.»

Volvió á leer otra vez el escrito y se dijo á sí mismo:—Está bien: es bastante enigmático: no podrá comprender por él otra cosa, sino que han de darle noticia de su padre y no pueden ir á su casa de dia; porque Rosas hará vijilar las personas que entren en ella y seria perjudicial tal vez al buen estado de este asunto.

—Nada:—continuó;—me parece que no puede negarse: la veré: daré cuenta del resultado de mi visita á Rosas y al mismo tiempo...

Tal era el gozo que esperimentaba nuestro enamorado jóven al pen-

sar que iba á conseguir aquella misma noche el primer triunfo de sus amores, favorecido por la gratitud de la desconsolada Matilde, que sus palabras quedaron cortadas, interrumpidas por la emocion.

—¡Andrés! ¡Andrés!—gritaba un momento despues por el corredor, como si hubiera algun suceso estraordinario: —¡Andrés!—volvió á repetir con mas fuerza, sin acordarse siquiera de agitar la campanilla que daba á su cuarto.

—Señor: aquí estoy: ¡qué sucede!—no tenga cuidado:—repetia el criado al oir aquellas descompasadas voces.

—Vamos, hombre: te estoy llamando hace media hora:—le dijo otra vez.

—Allá voy:—¿se necesita mi mosquete?—al momento: ahora mismo.....

—No, hombre:—que vengas:—que te necesito:—le interrumpió Emilio.

—Bah:—pensaba que habia otra novedad:—contestó el criado, como admirándose de las voces de Emilio para llamarle, cuando era costumbre en la casa no emplear otros medios que un simple campanillazo.

—Mira:—le dijo Emilio, al aproximarse:—llevarás ahora mismo esta carta, que es de mucha importancia: despues de haberla entregado, sin decir quien la envia, aunque te lo pregunten, ¿oyes? despues de haberla entregado, digo, tendrás cuidado de advertir al que la reciba: «el señor no me ha dicho que aguarde contestacion; pero esperaré un instante por si ha de mandarme algo la señorita;» y despues de haber trascurrido cinco minutos sin haberte hecho observacion alguna, te retiras.

—Así lo haré.

A pesar de la impaciencia de Emilio por saber el resultado de su primer ensayo, no hubo sin embargo de esperar mucho tiempo.—No habia pasado un cuarto de hora, cuando volvió Andrés manifestando que habia cumplido su encargo sin haberle hecho observacion alguna.—Mudóse, y salió inmediatamente para ponerse de acuerdo con los diputados D. Pedro y D. Mateo Vidal, personas de grande influencia y prestigio, y despues de haberles enterado de todo acordaron presentarse ellos solos á Rosas y transigir el negocio á todo trance, satisfaciendo todas las exigencias del Neron americano.

Mas de una hora duró la entrevista y las negociaciones, aunque sin resultado alguno, pues si bien Rosas cedió por fin, pero á condicion de que el propietario Alvarez habia de cederle, ó venderle su valiosa propiedad del Puente de Marquez, á lo que se negó este, porque despues de ser una de las mejores fincas, la tenia en grande estima por constituir parte del dote de su difunta esposa.

Por fin, llegó la hora de la *cita fatal* y la hermosa Matilde, con el deseo de adquirir tan importantes nuevas, aguardaba la señal convenida asomada á una de las rejas bajas que tenia la casa.

Apenas se habia oido el primer tañido del reloj que daba las diez, el puntual enamorado pronunció la palabra Emilio y comenzó el siguiente diálogo:

—Tengo el honor de ofreceros mis respetos, Matilde.

—¿Sois quizás, el que ha enviado esta mañana una esquelita?

—El mismo; y podeis desde luego hablar con entera confianza, porque desde el dia en que os prometió el presidente devolveros á vuestro querido padre, he tomado á mi cargo el asunto, y, creedme, Matilde,—me he interesado en ello tanto como vos misma hubierais podido hacer.

—Gracias, Emilio: ¿cómo podremos recompensaros tanto favor? —contestó Matilde llena de afliccion al recordar la prision de su padre.

—¡Ah! Matilde: no podeis darme las gracias, porque ni mis esfuerzos, ni mis relaciones, ni todo cuanto yo he podido hacer para conseguir la libertad de vuestro querido padre, ha bastado.—Todo lo que he podido conseguir es que Rosas acceda mediante una condicion; y esta condicion no ha sido aceptada por vuestro padre.—No sabia, ó mejor, no podia esperar este resultado cuando me tomé la libertad de pediros esta entrevista: segun mis cálculos y las combinaciones que habia formado, debia daros esta noche la agradable noticia de su escarcelacion; pero no puedo tener tanta dicha.—Soy muy desgraciado, Matilde; cifraba mi bienestar en el buen éxito de mi empresa; y ya lo veis, con tanto sentimiento, con tanto dolor, como vos misma, no he podido conseguir mas que Rosas *exija*: solo falta ahora, que vuestro padre acceda.

—Gracias, gracias, Emilio: mi padre accederá: os lo prometo: yo se lo pediré de rodillas, y él es bastante bueno para no rehusar mis sú-

plicas: ¡ah! sois un ángel, Emilio: no puedo consentir que permanezcais mas tiempo en ese sitio: el cumplido caballero que tantos sacrificios hace por devolver á nuestra familia el perdido reposo, pertenece á la familia tambien; entrad, entrad al momento, os conocerémos todos, os tenderémos nuestros fraternales brazos y no saldreis mas, no os separareis nunca de nuestro lado... venid, Emilio...

—¡Matilde, Matilde! escuchad: permitidme al menos antes una palabra. Un año hace ya, que tuve la inefable dicha de conoceros: un año, Matilde, que mi corazon padece.—No habia pensado manifestaros este secreto que es la vez primera que ha sido revelado.—Tampoco podiais conocer mi cariño, porque he procurado siempre admirar vuestra belleza ocultamente, porque he querido que mi alma solo fuese partícipe de esta veneracion.—Llegó, pues, el dia fatal de vuestra desgracia; y cuando el general Viamont os empeñó su palabra de honor, yo me ofrecí espontáneamente á cumplirla, como ya os he manifestado.

Pero no es solo esto, Matilde. Mi salud está quebrantada; me siento débil. Ha llegado el momento, en que participando de vuestro sentimiento, no podia vivir sin haber recibido vuestro hálito, sin haber oido vuestra voz, sin haber aspirado ese fluido magnético, que atrae insensiblemente mi corazon.—Necesitaba veros, Matilde: necesitaba hablaros: el secreto ocupaba ya un espacio demasiado grande, acrecentado cada dia con el sincero amor que os profeso: no cabia en el corazon.—No pretendo por eso ecsigiros el menor sacrificio: he dado este paso, no porque veais en mí al protector interesado y mezquino que echa en cara los favores para que los agradezcan: lo he dado, sí, porque no podia ya resistir, porque tenia una necesidad imperiosa de manifestároslo, como el náufrago en los últimos momentos la tiene tambien de respirar el aire libre.—Mi corazon está tranquilo ya: providencial ó humano, hase realizado mi dicha: si consigo, pues, la de vuestra familia devolviéndoos vuestro padre, viviré feliz con vuestra gratitud.—Empero, mientras esto se realiza, mientras amanece ese suspirado dia, sabed al menos, que mi corazon es vuestro.

No dejó de sorprender agradablemente á Matilde, tan inesperada declaracion, que no pudo menos de admitir, á pesar de todas las protestas de su escaso mérito y demás, de que suele echar mano

frecuentemente el bello sexo; armas todas mas poderosas, cuanto mayor es la modestia con que se usan, porque, en vez de atenuar, robustecen, avivan la amortiguada llama de la pasion.

Por fin las vibraciones de uno de los relojes de la casa hicieron advertir á Emilio que habia empleado mas tiempo del que quizás debia, y dieron fin á tan placentero coloquio para continuarlo al siguiente dia; ya en el mismo sitio, ya presentándose á la familia, como Matilde deseaba, para que conociesen todos el sincero y leal protector á quien tanto debian.

Pero, ya hemos dicho antes, que el hado fatal le habia tendido sus infernales redes, y esta declaracion, que tan gratos recuerdos dejaba en el sensible corazon de Matilde, solo sirvió para acibarar mas y mas su triste situacion y para aumentar hasta cierto punto la afliccion de toda la familia.

Mas de media hora antes de despedirse Emilio, habia pasado dos veces el sereno de aquella *cuadra*, como allí llaman, ó manzana, y deseando hacer méritos para el nuevo presidente, determinó, aunque sin intencion siniestra, ponerlo en su conocimiento.

Rosas vivia cerca de aquel punto y tenia la costumbre de asomarse de tanto en tanto á la ventana de su despacho á las altas horas de la noche, porque trabajaba hasta las tres ó las cuatro.

Un poco despues de la una pasó este sereno y el presidente le dijo:

—¿Hay alguna novedad?

—No señor,—le contestó el sereno;—pero á eso de las once he visto á la vuelta de la esquina uno que no me ha gustado mucho, porque no se yo que podia esperar en aquella hora en que no habia nadie en toda la calle.

—¿Y no sabes quién es?

—No le he podido conocer bien, porque en cuanto me vió, volvió la espalda.

Todo esto no fué mas que una de esas oficiosidades tan comunes en los dependientes de la autoridad, y que tantas desgracias han ocasionado. Nada de lo que contó el sereno habia pasado, como hemos visto; pero como tan solo lo hacia por contentar al Gobernador, digámoslo así, ó mas bien para hacer ver su eficacia en el buen desempeño de su cargo, creyó él que esta ficcion le dejaria en un buen lugar; pe-

ro no le quedaron ganas de volver á cometer otra imprudencia, porque no faltó mucho para haber pagado esta con la vida.

El presidente lo tomó por descuido, y, despues de haber reflexionado un momento, le dijo:

—Pues tenga entendido, que debiera haber seguido sus pasos y averiguado quien era, ese *inmundo*, *salvage*, *asqueroso* (1) unitario, que estaria probablemente acechándome para asesinarme. Y para que lo tenga presente en lo sucesivo, con su cabeza me responderá mañana, de haber averiguado su nombre, su casa y dado órden á *quien corresponde* para que sea fusilado al momento.

Consternado quedó el sereno con tan aterradora órden. En aquel momento, ni siquiera se acordaba en qué casa, ni en qué punto le habia visto y hasta desconfiaba de poder inquirirlo.

Por fin, despues de pasar mil veces por la misma puerta donde Emilio habia estado, dió la casualidad de hallar al amanecer una vecina que pasaba á la misma hora que le vió el sereno la primera vez, y lleno de espanto la preguntó:

—¿Te acuerdas, María, en qué casa estaba hablando aquel jóven anoche con otra señora?

—Sí, hombre: seria el novio de Matilde, porque yo pasé dos veces y la ví, que hablaba muy bajo: y ya ves, en aquellas horas.....

—Sí, sí: la del señor Alvarez;—replicó él para estar seguro:—yo le ví tambien, pero no me acordaba: y se retiró al momento, como el tigre al cazar su presa.

El sereno procuró disimular todo lo posible, para que no se trasluciese que él era la causa de lo que habia de suceder dentro de pocas horas.

Pero la conciencia le remordia. ¿Cómo se presentaba en casa de Matilde? ¿Con qué escusa, ni con qué derecho iba á preguntarla por el nombre, ni las señas del jóven?—He aquí lo que le atormentaba cruelmente y le hacia desconfiar de llevar á cabo la tiránica órden del monstruo americano.

(1) Nuestros lectores nos dispensarán el que empleemos calificativos tan duros, porque son precisamente los mismos que Rosas apropiaba siempre á sus enemigos los unitarios. Así lo hemos visto en los documentos todos que hemos tenido á la vista, ya oficiales, ya particulares, y hasta en los timbres, como hemos dicho.

Sin embargo, la perfidia siempre halla recursos para sorprender la inocencia, y como al sereno le costaba la vida si no cumplia con el encargo, procuró aguzar su ingenio para salir del apuro.

Presentóse, pues, á Matilde y la manifestó con mucha hipocresía, que tenia precision de comunicar un asunto importante al jóven que habia conversado con ella la noche anterior, y que le diera las señas de su casa, ó su nombre; que urjia mucho y era de un interés grande para él, y que sobre todo no dijese una palabra á nadie, porque era un secreto cuya revelacion comprometeria la vida de muchas personas.

Matilde, creyendo de buena fé cuanto le indicaba aquel hombre, no tuvo inconveniente en decirle cuanto deseaba; y el sereno se retiró muy silenciosamente como temeroso de ser visto ó descubierto, y encargándola de nuevo que, bajo ningun concepto, dijese nada de cuanto habia pasado.

Ya sabia el sereno á quien habia de avisar para que tuviera efecto todo lo demás. Desde el mas alto funcionario hasta el último alguacil estaban enterados de lo que Rosas llamaba *á quien corresponde.* Cuando se trataba de alguna *ejecucion*, que mas propiamente debíamos llamar *degüello*, no habia mas que avistarse con alguno de los verdugos ó asesinos, que tenia asalariados, y darle las señas de la víctima que debia sacrificarse: todo lo demás era cuestion del tiempo que empleaban en hallar al desgraciado.

Esto equivalia á la sentencia, y á todas las demás fórmulas que la ley exige.

He aquí los trámites que precedieron al fusilamiento del inolvidable Emilio.—Aun recuerda con dolorosa afliccion la capital de la confederacion argentina este y otros sangrientos y repugnantes espectáculos que mas tarde tuvieron lugar, insultando cínicamente la ley, la justicia y civilizacion europea, y hasta con mengua de los representantes de las naciones cultas y cristianas que allí habia.

Pero, dejando á un lado consideraciones, que no pueden menos de escaparse á todo corazon sensible, porque no hemos comenzado aun á narrar horrores; sigamos á nuestra víctima hasta su último momento.

Tenia Emilio bastante talento para comprender, tan luego como se presentaron los asesinos en su casa, que su vida corria grande riesgo,

y que su prision era ordenada por Rosas, que habria sido enterado de su entrevista con Matilde; entrevista que él tal vez habria interpretado por conspiracion, en virtud de ser la hija del que tenia encarcelado, sin otro motivo que el de creerle su enemigo.—Hallábase resignado á todo, menos á morir sin despedirse para siempre de su adorada Matilde; y esto le obligó á pedir á uno de los verdugos, que le hiciese el favor de dejarle escribir antes una esquela, para una persona á quien amaba.

—Déjese de niñerías, hombre;—le contestó el degollador:—ya le escribirá *mañana*.

—¿Cómo *mañana*?—replicó Emilio sin alterarse:—¿Crees por ventura que ignoro el destino que me aguarda?

—¡Calla!—es decir, que ya sabe lo que vá á sucederle?—no tenga miedo: esto no es nada.

—Vamos; te daré para que echeis *un mate* (1) á mi salud;—y metiéndose la mano en el bolsillo le dió un doblon:—mira, al momento concluyo: solo escribiré cuatro líneas.

—Escriba, hombre; escriba;—contestó el verdugo guardándose el doblon.

Emilio escribió las siguientes líneas, que entregó á nuestro conocido Andrés.

«Matilde: Rosas sin duda se ha enterado de nuestra entrevista: en este momento me llevan preso: mi destino es... la muerte: no os olvideis nunca del que os amará en la tumba.—Emilio.»

Escribió el sobre con toda tranquilidad y dijo, entregándola al criado.

—Andrés, á su destino:—mañana recibireis órdenes del señor Martin.

Nuestros lectores podrán escusarnos de que pintemos el trastorno que semejante noticia produjo en casa del propietario Alvarez.

Baste decir que no valió el que se presentára Matilde á la señora de Rosas, manifestando que aquel jóven no habia cometido delito alguno; que, si bien era cierto que la noche anterior habia estado conversando con ella, se trataba de un galanteo; que no habia hablado

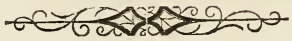
(1) Término vulgar del pais, equivalente á lo que aquí se dice *un trago*.

con nadie mas que con ella, porque tenian relaciones amorosas, y hasta añadió,—por salvarle,—que iban á casarse; que se amaban y que no causára su eterna desgracia privándola de la única persona que podia hacerla felíz.—Nada bastó; nada pudo calmar la ira del monstruo: tenia que devorar la víctima y la devoró.

Dijo á su señora, que él no le castigaba por haber hablado con Matilde: que habia descubierto una conspiracion en que iban á asesinarle y que naturalmente esto no se lo habria comunicado á la jóven: que cuando él lo hacia, tenia «bastantes motivos para ello.»

Por último; á las diez de la mañana fué fusilado Emilio, sin recibir siquiera los ausilios espirituales, á pesar de hallarse á pocos pasos del lugar de la ejecucion la iglesia llamada del Pilar.

Matilde se retiró pasmada de tanta crueldad, y era tal el dolor que despedazaba su afligido corazon, que no pudo verter una sola lágrima hasta que se halló sola en su cuarto, y pudo reflexionar que habia perdido para siempre al que tanto la amaba.



CAPITULO XI.

LA JUNTA SECRETA.

DURANTE la permanencia de Martin en su estancia, viéronse privados sus amigos de poderse reunir, en virtud del pánico que se habia apoderado de todos; pero tan luego como regresó, procuró hablar á los diputados amigos para formar un plan de oposicion enérgica, que derribase el reyezuelo intruso.

Esta fué la primera diligencia de Martin, antes de ir á casa del ex-presidente, y por lo tanto antes de que Andrés le enterára de cuanto habia ocurrido.

No obstante, despues de haber preparado una reunion para aquella misma noche en casa el general Balcarce, fué á almorzar con Emilio, al cual creia impaciente por el negocio de Alvarez, del que habia de tratarse tambien en la junta secreta.

Al principio no daba crédito á Andrés sobre la prision de Emilio porque el criado no sabia tampoco lo demás; pero reflexionando un poco la juzgó fácil, atendido al grande interés que habia mostrado por salvar á su amigo Alvarez, interés que tal vez le habria conducido á alguna imprudencia y le habria comprometido.

Determinó, pues, ir á casa de la familia del propietario, despues de almorzar; y allí fué donde le enteraron de todo.

No era Martin de esos tipos, que espresan con el semblante las emociones del corazon. Martin era impasible.—Jamás se conocia en él la alegría ni la tristeza y su talento poco comun daba á su voluntad una fuerza de hierro y un valor incomparable á su corazon. Ni aun en los trances mas apurados perdia la serenidad, y esta le habia librado siempre de los peligros; empero, cuando le contó Matilde todo lo acaecido, enseñándole las cartas y refiriéndole el paso que habia dado; cuando, en fin, le hubo referido y detallado los pormenores del trágico y lamentable fin de Emilio; estuvo á punto de faltarle la razon y hasta de comprometerse. Con todo, la meditacion es un saludable remedio, que produce útiles reacciones hasta en los temperamentos mas violentos é iracundos, y como en él era habitual, obligóle á guardar un completo silencio para realizar con mas acierto sus ulteriores planes. Así sucedió: pidió á Matilde que le condujese á la habitacion mas retirada de la casa: la encargó sobremanera que no se le llamase, ni aun para comer; encerróse, y no salió de ella hasta la hora que se debia celebrar la reunion.

No podian menos de ser importantes, trascendentales, seguros, los resultados de sus elucubraciones en las seis horas de meditacion tan profunda.—Ellas produjeron mas tarde la primera caida del nuevo Calígula, si bien por poco tiempo y para volver de nuevo al poder con facultades mas amplias, para ejercer impunemente sus alevosas maldades.

Ni una sola persona de las citadas, pertenecientes todas á lo mas digno y escogido de la provincia, faltaba, cuando entró nuestro incógnito Martin.

Hemos dicho incógnito, y merece—con permiso del lector—una pequeña digresion esta palabra, para que pueda formarse una idea mas completa de las causas que produjeron el valimiento y prestigio de este grande personaje en los posteriores sucesos.

Cuando en 1826 fué elegido presidente de la Confederacion el esclarecido patriota Rivadavia, Martin fué uno de los que mas cooperaron con sus luces á llevar á cabo la organizacion de la república, que tan ardientemente deseaba aquél. Mas aunque por desgracia el resultado no correspondió á sus laudables esfuerzos, aunque no estaba prepara-

do el país todavía para las grandes mejoras que se propuso llevar á cabo; ellas, no obstante, han sido la imperecedera obra del poder supremo de la inteligencia sobre la opresion, sobre la fuerza bruta; ellas han dejado surcos tan profundos de enseñanza y de progreso,—valiéndonos de la espresion del mas ilustre de los escritores argentinos,—en la sociedad, han sembrado gérmenes tan fecundos, que ni los veinte años de continua guerra, ni los incesántes golpes de muerte que descargaba el nuevo Herodes sobre el inocente pueblo, han podido destruirlos.—La inviolabilidad de las propiedades, la publicidad de los actos de la administracion, el establecimiento del crédito, la creacion de un banco de descuentos, el olvido de los rencores políticos:—hé aquí las principales bases, sobre las que debia plantearse el sistema de gobierno de los preclaros varones que resignáran el mando despues, al desaprobar los ignorantes caudillos de las provincias la Constitucion redactada por el congreso general, convocado al efecto:—hé aquí los sabios principios, que, á pesar de la homicida guadaña, que, cual otra espada de Damocles, pendia sobre la cabeza de cada argentino, se reproducian, se proclamaban, respetábanse al fin algunas veces por todos los gobiernos.

Pues bien, esta organizacion benéfica que no podia dar otros resultados que el lisonjero ensayo de sistemas sociales de altura eminente, obra imperecedera,—volvemos á repetir,—del supremo poder de la inteligencia, era debida en gran parte á nuestro ilustrado Martin, á quien con tanto provecho consultáran, primero Rivadavia, su provisional sucesor D. Vicente Lopez despues, y últimamente el coronel Dorrego, que era su mayor amigo.—Pero no se crea, que este eminente diplomático era un funcionario, que formaba parte de estos gobiernos: al contrario, enemigo de todo cargo público, de toda ostentacion, solo daba sus consejos privadamente á aquellos sugetos, cuyas relevantes cualidades les hicieran acreedores á su amistad: así que era muy poco conocido y muy raras veces se le veia, porque viajaba continuamente, que era su distraccion principal.

Mas, como no podian ocultarse á su rara prevision los desastrosos horrores que iban á sembrar el luto por todas partes, las innumerables víctimas que iba á ocasionar la ferocidad de aquel impío; por ese espíritu de humanidad que tanto distingue al hombre, de un corazon

religioso y un talento poco comun, procuróse una recomendacion eficaz, para conseguir con ella de todas las personas influyentes que le secundasen ó protegiesen en cuanto él propusiera, no llevando otra mira que evitar los gravísimos trastornos que habian comenzado ya á difundir el espanto.

Presentóse, pues, con ella al respetable Dr. Martinez y al hermano de Dorrego; y he ahí la causa de que estos, que eran los únicos que le conocian, preparáran la reunion é hicieran antes de llegar él los mayores elogios, que no tardaron mucho todos en ver prácticamente.

Pero,—volviendo á reanudar nuestro interrumpido relato,—hallábanse ya presentes todos los invitados cuando entró nuestro Martin, que en atencion á los justos elogios, que habia merecido, como hemos dicho, de personas tan respetables, fué recibido con la mayor deferencia, y con la mas alta distincion.

Su imponente y noble presencia produjo el silencio mas profundo. Todos aguardaban impacientes á que tomára la palabra, porque deseaban oir al distinguido personage, de quien tanto se habia hablado.

En efecto: despues de haber sido conducido por uno de sus amigos al lado de la presidencia, hizo uso de la palabra, con la correspondiente vénia, y dijo:

—Señores:—Cuando el imperio soberano de la ley ha descendido de su inviolable sólio para ser despedazado por el inmoral capricho de un réprobo; cuando la rígida é inexorable balanza de la justicia ha sido reemplazada por el férreo cetro de un atrevido, de un intruso; cuando una nacion, en fin, careciendo de legítimo monarca, no tiene otra organizacion política, otra constitucion, otras leyes, que la voluntad de un dictador, de un tirano; en esta nacion, señores, no puede haber prosperidad: los sólidos cimientos del edificio social vanse insensiblemente socavando; relájanse las costumbres, piérdese la libertad, olvídanse los deberes; religion, familia, propiedad, todo desaparece: Solo queda en pié, la anarquía, el odio, las venganzas, la muerte. La muerte, señores: la sangrienta espada de Cromwel señalando por do quiera la muerte.

Mucho tendria que decir, si á mostrar fuera el fin del estado actual de cosas.—Ni las circunstancias, ni el tiempo sobre todo, me permiten acudir á la irrecusable autoridad de los mas esclarecidos sabios, para

apoyar mi opinion «de que todo ciudadano, todo hombre, tiene el deber imprescindible de esponer su vida para derribar la tiranía;» y esta opinion, señores, es la que me ha impelido á molestar por breves momentos vuestra atencion, para que sentada por axioma, y admitida, jureis desde luego todos por vuestro honor, por vuestra conservacion propia, por el bien de vuestros hijos y por el de vuestros semejantes mismos, defenderla y llevarla á cumplido término en todas sus partes, respecto al usurpador de nuestras leyes.

Mas, para ello, me seria preciso probar antes, que nuestro actual presidente, gobernador ó rey,—como querais llamarle,—el que dispone á su capricho de los destinos de la confederacion Argentina, Don Juan Manuel Rosas, es un *tirano*. Pues bien: ¿necesito acaso esforzarme en ello? ¿hay entre nosotros quien lo ignore? No; señores; pero crímenes ha cometido ese desgraciado sér que no todos sabeis, porque no todos sus crímenes son visibles, ó mas propiamente, no todos pertenecen al dominio del público: muchos, los mas, son los que pasan desapercidos, los que se cometen bajo el tenebroso manto de la noche.

Oid á la familia del desgraciado Montero que fué fusilado por el hermano mismo de Rosas, Prudencio, en el cuartel de la Recoleta: oidla, y os dirá que sin haber cometido el mas leve delito, es llamado por el tirano; escribe una carta á su presencia, y al entregársela, dice: «llévala á mi hermano, que «luego nos veremos:» la carta era un grosero plagio de la famosa de Urías y este infeliz fué asesinado en el acto sin recibir siquiera los ausilios espirituales, sin formacion de causa, sin haber precedido la mas leve fórmula.

Pero; ¿á qué molestaros?—Ayer mismo, señores; ayer mismo, el aventajado Emilio, el que tanto trabajó en las acertadas disposiciones del próvido y recto Viamont, ese jóven tan digno por su talento, por su instruccion, por sus imponderables prendas, estaba conversando por la noche con una jóven á quien todos quizás conoceis; lo supo Rosas y ha desaparecido, señores; ha sido decapitado por su órden. No quiero hablaros de Cox y Molina, de otros valientes oficiales de la misma, de Alvarez, por no haberle cedido su famosa propiedad, que pidió en recompensa de sacarle de la cárcel, á la que fué conducido sin motivo, y otras muchas vejaciones y tropelías, porque cada una de ellas basta por sí sola para apoyar mi aserto.

Ahora bien: donde tales escesos se cometen, donde suceden hechos tales; ¿podremos decir sin faltar á la verdad, sin escarnecer la justicia de Dios, sin insultar al venerable y supremo tribunal de la conciencia pública; podremos decir, repito, que hay sociedad, que hay religion, que hay ley? ¿Podremos decir, por ventura, que el poder que esto autoriza, llámese rey, llámese presidente, representativo, ó absoluto, republicano, ó monárquico; podremos decir, señores, que no es ilícito, violable, tiránico?

Lo es, señores: y el sentido comun le rechaza, la justicia le depone, la razon le reprueba.

Hé aquí, á la evidencia probado, como desde el momento en que el gobierno, ó el hombre que le simboliza, es tirano; ley, religion, sociedad nada existe.

Y esto, que es una verdad irrefutable, es el fundamento tambien de mi axioma, admitido como os he dicho, por los mas grandes hombres de todas épocas y de todas las naciones.

¿Y que duda hay, señores, que todo ser racional tiene contraido con sus semejantes, el deber imprescindible de volver por tan sagrados derechos, legados, inscritos en su corazon por el Autor supremo de su existencia misma? Ley, religion, sociedad: ¿habrá hombre alguno que deje de esponer su vida por conservar incólumes estos tres poderosos elementos vitales, únicos de la existencia del linaje humano?

Oid: oid á los sabios: «El buen ciudadano es aquel, dice Ciceron, que no puede sufrir en su patria un poder que pretende elevarse sobre las leyes.»

«La tiranía, dice Pagés (1), anuncia siempre un déspota que se eleva ó un déspota que cae; el reino de las leyes que vá á perecer ó el reino de las leyes que vá á nacer.»

«Pero, cuando el tirano procura establecer su nuevo poder sobre la destruccion de la naturaleza y de la razon; cuando la esclavitud está cerca de tocar á la libertad; cuando el pueblo, cansado del yugo, procura levantar la cabeza, existe un verdadero combate político. La seguridad y los temores entonces, durante esta crisis, se su-

(1) Droit Politique.—Lib. IX. cap. 8, pag. 398 á 401.

ceden; son recíprocos: el tirano no puede nunca levantar el hacha sobre la cabeza del pueblo, sin que, por una justa compensacion exigida por la naturaleza, el órden y la fuerza de las cosas, el hacha del pueblo se levante á su vez tambien sobre la cabeza del tirano.»

«El derecho natural de nuestra conservacion es inalienable, segun otro autor (1): es decir, que nunca se renuncia á él entera y absolutamente.»

El defensor acérrimo de la inviolabilidad de los monarcas, el Baron de Puffeudor (2), esceptúa de ella á los príncipes, que llevando el título de rey, «dependen sin embargo del pueblo.»—Y Barbeyrac, comentando esto, añade: «tal fué Mecentin, rey de la antigua Etruria á quien el pueblo buscaba para darle muerte.»

Polibio dice: «la tiranía es culpable de todas las injusticias y de todos los crímenes de los hombres.»

Y por último, señores: Burlamaqui, en su notable obra de derecho natural (3) corrobora todo lo espuesto cuando afirma, que «aquellos que por la salud de la sociedad se esponen á grandes peligros y perecen en ellos, no son homicidas de sí mismos: al contrario, cumplen con un deber igualmente necesario y glorioso.»

No acabaria nunca de citaros nombres ilustres que han apelado,—como yo en este momento,—al patriotismo de los buenos ciudadanos para desentronizar al usurpador tirano.

Secundadme, pues: no os incito á la violencia de ninguna ley divina ni humana: diputados sois; representantes de la confederacion, que teneis en el parlamento vuestro atrincheramiento legal: en él teneis el deber de combatir por la libertad y por las leyes violadas de vuestro país, y de combatir siempre, como dijo el entusiasta O'Connel, «mientras en la Constitucion exista un punto de apoyo en el que podais apoyaros, «como sobre el punto de apoyo de Arquímedes.»

Despojadle de esas absurdas *facultades estraordinarias*, con que le habeis investido; despojadle, que ellas son la causa de su impunidad repugnante. Desde el momento en que se vea contrariado por este medio indirecto de desaprobacion,—creedme,—él renunciará.

(1) Abadie:—Def. de la Nac. Brit. pag. 261.

(2) Der. Nat. de las gentes: lib. 7, cap. 8.

(3) Cap. 6.°—Del derecho del hombre sobre su vida, pag. 98.

¿Qué os importa que los necios defensores del despotismo digan que toda resistencia al poder es rebelion, que toda insurreccion contra el arbitrario es un motin: ¡insensatos! Contestadles con el comendador Pinheiro, que la insurreccion de los hombres libres no es la desesperacion de los esclavos: esta consiste en el empleo de la fuerza bruta contra la brutalidad de los tiranos: aquella es la natural resistencia de la razon y de la ley contra las invasiones del arbitrario.—He dicho.

Una salva de aplausos y de bravos no dejó acabar al orador las últimas palabras. Tal fué el efecto que produjo tan elocuente y sensato discurso.

Unos le vitoreaban: otros saltaban entusiasmados sobre los que le rodeaban para abrazarle, algunos le proclamaban presidente; en fin, aquello era una confusion, que Martin comprendió desde luego que podia comprometerlos á todos.

Reclamó, pues, la palabra y reinó al momento el mas completo silencio.

—Señores,—dijo:—¿teneis confianza en el que acaba de espresar los sentimientos de su corazon?

—Sí, sí:—contestaron todos á la vez.

—No es conveniente,—hasta para vuestra propia conservacion,—que permanezcamos ni un momento mas en este punto: guardemos todos el mayor silencio y retirémonos: ya se avisará para lo demás.

En este momento, Martin salió el primero para que los demás imitáran su ejemplo y quedó terminada esta reunion, cuyos resultados se verán mas adelante.

CAPITULO XII.

EL CAUTIVERIO DE AMOR.

Los rápidos é interesantes sucesos que han tenido lugar desde la herida del capitan Mendez, han privado á nuestras amables lectoras de conocer el cautiverio de nuestra desgraciada Amalia. Trasladémonos pues, trasladémonos á la fantástica morada de aquellos petrificados Titanes, que domina el imponente Sorata; y aun allí hallarémos buenos corazones, sentimientos nobles, entre la belicosa y salvaje tribu de los Peguenches.

El coronel Mendez lloraba aun en su corazon el cautiverio de su hija Amalia. Esta, abandonada á merced de los indios *guazos*, suspiraba tambien afligida por su padre, por su hermano, y por toda la familia á la vez.

El corazon de la mujer solo se deja comprender muchas veces en las grandes situaciones. Puesta en sociedad, rodeada de gastados placeres, prestando atencion á las lisonjas y galanteos, suele impregnarse de un perfume de indiferencia que la hace comprimir sus mas bellos arranques, que la hace sofocar una lágrima de amor, que la obliga á estinguir con mano fria el fuego de su corazon, que

hace temblar sus labios, porque quizá muere en ellos el acento del entusiasmo y la primera chispa de una pasion.

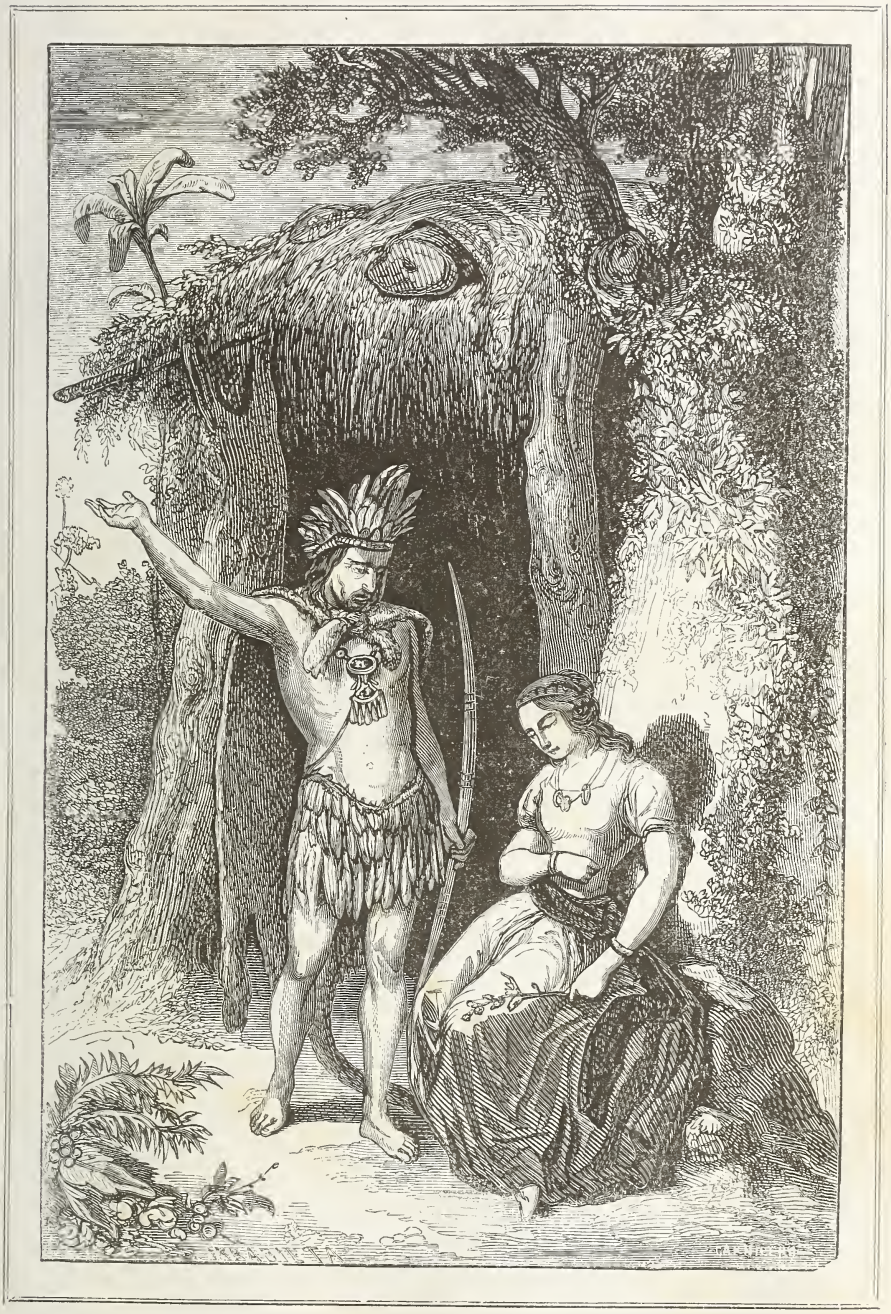
Amalia al verse rodeada de aquella raza de hombres, al mirar asustada aquellos rostros pintados de vermellon, levantaba sus ojos al cielo, como para ofrecerle en holocausto el aroma de su alma pura, virginal, inocente, como el pensamiento de un niño, aérea como la sedosa pluma del ave que se pierde al remontarse por los aires. Su primer pensamiento, fué el de un ángel que teme por su misma belleza, que se encierra en sí mismo; porque recela hasta de las tímidas miradas de la criatura mas henchida de ternura, y hasta impreca al aire porque levanta con su ligero soplo aquellos pliegues que ocultan todo un tesoro de gracias, toda una hurna de encantos, todo un bello ideal de amores.

Conducida por aquellos indios á la tienda del que parecia ser uno de sus principales jefes, presentóse ante él pálida como marchita azucena doblada por el dolor, como la rama del desmayo, y solo levantó su hermosa cabeza para medir con una mirada de humildad y orgullo al mismo tiempo, al que la interrogó, no con el tosco lenguaje de un bandido salvaje, sino con la voz temblorosa de un hombre que aunque no civilizado, siente en un instante todo el ardor de una pasion santa, fogosa, pero sujeta á la influencia de la sublimidad de un amor verdadero.

—Hija de las flores, la dijo, no temas que tu hermosura se marchite por habitar el gran país de los Peguenches. Mis mocetones no vendrán á besar tus labios, ni te haré dormir á mi lado sobre las pieles que forman nuestro lecho. Nosotros los que habitamos en los *malales* (1) de los Andes, solo queremos de vosotras estas piedras plateadas y redondas que os sirven para comprar las grandes cabañas y cubrir vuestros cuerpos con ricas mantas.

La timidez de Amalia solo contestó con sollozos, dando las gracias al hombre que tan humano se mostraba en medio de esas tribus salvajes, tan belicosas como guerreras, tan inclinadas á la civilizacion, como pegadas á la barbarie.

(1) Especie de castillos formados por la naturaleza que solo hay en los Andes.—Guevara.—Hist. nat. del Rio de la Plata, Tucuman, etc.



Hija de las flores, la dijo: no temas que tu hermosura se marchite por habitar el gran pais de los Pegüenches.

Destináronse á Amalia dos tiendas que solo se separaban de la de Agaparco,-así se llamaba aquel cacique,—por una doble fila de cañas que entrelazadas formaban una red, símbolo de las construcciones indias en los primeros tiempos, que imitaban sin duda el enlace de las ramas de los árboles, como si quisieran espresar con ellas la union y la fraternidad del género humano.

La hija de Mendez comia de las mismas frutas que las otras indias, pero un ojo, regularmente avizor, hubiera podido observar que aquellas eran de las mas sabrosas y escogidas: atencion, que pasó desapercibida en un principio; pero que despues causó ya impresion en el ánimo de la jóven, que algo mas resignada miraba con algun interés las costumbres y faenas de aquellas corpulentas hijas de las montañas.

Los indios, acostumbrados á recibir las sensaciones vírgenes, son naturalmente observadores, y así como algunas veces se ven arrastrados por sus crueles inclinaciones, tienen sin embargo momentos de abnegacion y de heróicos sentimientos.

Agaparco era hijo de un antiguo Sachem, el que igualmente descendia de una familia errante, pero noble; cuya fuerza habia llegado á ser provervial entre aquellos indios: dotado de una naturaleza atlética era el digno heredero de sus mayores; su fisonomía varonil indicaba algunos rasgos de ferocidad, pero de una ferocidad dominada por la idea de las grandes empresas; su estatura esbelta, como la del cedro, sobrepujaba á la de los otros indios, que solo la tenian regular (1),—unos seis piés,—comparativamente con las otras tribus, y su prudencia, junto con el conocimiento de las leyes de su patria, le daban un cierto tinte de poder y respeto. Si Agaparco hubiese vivido entre los europeos, hubiera sido un héroe en las artes de la paz y de la guerra: en los bosques tan solo podia aspirar á la gloria de un salvaje valiente y sabio.

Agaparco pasaba mucha parte del dia en la tienda de Amalia, y esta correspondia á sus finezas solo por gratitud. Montado en su brioso corcel vagaba como un loco por el bosque, ora en busca de un delicado aroma, ora aspirando el perfume de la flor mas recóndita, y su

(1) La estatura de los Peguenches es regular (Ruy Diaz de Guzman, en su *Historia argentina.*)

corazon latia de gozo y de espanto al ofrecer á su amada los dones de una naturaleza tan vírgen como rica, tan salvaje como sublime, tan bella como poética. ¡Ah! Agaparco amaba á Amalia con frenesí, con arrebato, con delirio: ya no cuidaba de sus caballos ni de afilar sus lanzas, ni de cortar las ramas de los cedros para formar con ellas las enormes hogueras que se levantan en los Andes como altares de llamas, como pirámides de ardiente lava.

Una mañana al despuntar el sol, y como es costumbre en aquellos climas, Agaparco invitó á Amalia para que montase á caballo y le siguiese al través de los senderos de las montañas. Esta rehusó; pero las súplicas ardientes del héroe de los Peguenches vencieron á la hermana de Enrique. Nunca habia Agaparco cabalgado con tanta gracia; nunca su espuela de plata habia pinchado al caballo con tanta travesura. En aquel momento besaba la brisa, porque era la brisa de su amor; buscaba la mirada que le daba la vida, se hubiera puesto por alfombra del caballo de su linda compañera, y hubiera muerto con placer teniendo por sudario la negra cabellera de la vírgen de sus amores.

—Hija de la madre la mas hermosa, la decia haciendo encabritar su caballo, ¿por qué has venido á turbar la paz de mi alma? ¿por qué no puedo ser como tus hermanos, tan bello, tan bravo, tan rico, para que vengas á adornar mi pobre tienda. ¡Ah! yo te daria el aroma mas rico de esos cerros, te haria beber en las ricas copas de mis padres y tendria cien indias para que te sirviesen como esclavas.

—Morador de los Andes,—contestóle Amalia,—gratas me son tus palabras; pero yo no puedo pensar mas que en mi padre, ¡mi pobre padre! que quizá en este momento llora por su hija, por quien tanto se ha sacrificado, por quien ha peleado, por quien quizá agoniza en este instante, mientras vos me hablais de cosas que no comprendo, que ni siquiera debiera escuchar: porque vos y los vuestros fuisteis la causa del dolor de un anciano que hacia consistir su gloria en besar la frente de su hija, de una hija que era el retrato de su esposa, de una jóven que era el orgullo de su nombre.

—Calla, calla, Amalia: no destroces así un corazon que fué tuyo desde el momento que te vió: tus palabras me fascinan, aunque las pronuncies con desden. ¡Ah! ¿quieres volver á tu padre? vuelve, vuelve;

pero antes quiero saber si me amas, quiero morir á tus piés besándolos, sí, besándolos; porque me inspiras una pasion que me arrebata; porque quiero contemplar la dulzura de esos ojos de la reina americana; porque quiero que seas la soberana de estos bosques; porque tengo necesidad de tí, como del agua que bebo al sentirme fatigado en la carrera; porque sin tí moriria, y contigo viviré tanto como los cedros que están á la entrada de mis tiendas.

—Agaparco, vuestro lenguaje me ofende, y vuestras miradas os rebajan. Si quereis mujeres que os amen, no necesitais de mí; indias hay que darian gustosas la mitad de su vida, solo por serviros, y estoy segura que os amarian mas que á las cenizas de sus padres: vuestro nombre les es muy grato. Zafra, que sabeis que os adora, me está hablando siempre de vos. ¡Ah! ¡pobre niña! ¡no sabe que Agaparco la desprecia en este momento, y que está pisando su corazon tan cándido como el jazmin, tan perfumado como el clavel!

—¡Por el genio de estas montañas! no me hables de Zafra: es cierto, Zafra es muy bella; pero no lo es tanto como tú, y si ella me ama, ¿qué culpa tengo yo? ¿Podrá acaso decir que yo la he dicho que la amaba? No, mil veces no: yo nada siento por ella, nada: mi corazon al oir su nombre parece un cadáver: no tiemblo como ahora; mis labios pronuncian su nombre como el nombre de estos montes, y su muerte, aunque llorada, no me abriria la tumba, como la abrieras tú; ni cubriria mi cabeza con yerba negra, ni quemaria de noche el aroma que el indio enamorado consume al resplandor de la luna.

—¡Pobre Zafra! no sabe que su amiga Amalia es la causa del poco amor de Agaparco. Ella tan graciosa, tan linda, tan tierna, tan divina.

—¡Amalia, por piedad, por piedad no me hables mas de esa mujer!

—¡Agaparco! ¡Agaparco! no me hableis mas de vuestro amor.

—¡Ah! no hablarte mas: imposible, imposible; yo te amo; quiero morir, sí, quiero morir. Ya se: soy un jacayo, un indio salvaje, un hijo del desierto, un pobre peguenche sin padre, sin mas palacio que su tienda, sin mas luz que la de sus hogueras, sin mas gloria que la de la fuerza, sin mas patria que estos peñascos.

A estas últimas palabras siguió el silencio: este silencio se hacia aun mas grande é imponente. La naturaleza hablaba al corazon con toda su lozanía, con todo su esplendor; estaba orgullosa con su doble anfiteatro

de naranjos y de cedros: el viento hacia oscilar las copas de los pinos: los torrentes bramaban al despeñarse de los picachos: un millon de aves y bestias feroces saludaban á los cielos desde el fondo de la inmensa cordillera de los Andes.

Amalia fué la primera que volvió á empezar la conversacion.—Agaparco, dijo, —desde hoy habeis de cumplir una promesa que os voy á imponer.

—Decid, Amalia: imponed.

—Aunque ofendida por el ardor de vuestra declaracion no puedo dejar de conocer que os soy deudora del respeto con que se me trata y de las atenciones que se me guardan. Vos, que hubieseis podido hacerme perder hasta lo mas caro que tiene la mujer, habeis sido el primero en enaltecerme. Ahora solo pretendo un nuevo sacrificio, y es que procureis apagar esta pasion que en malhora por mí concebisteis, y que me devolvais á mi padre, luego que este os lo pida. Os quiero como un amigo; pero me es imposible corresponderos como un amante.

El indio levantó los ojos al cielo, y dirigiendo una mirada llena de ternura y languidez á su adorada, la dijo:—Volverás á ver á tu padre; cuidaré mas de mis palabras; pero te pido perdon; porque temo que alguna vez no podré contener los arrebatos de la pasion que me inspiras: procuraré ablandar al Dios de los amores y le ofreceré las entrañas de las palomas que habitan en los antros y en los sepulcros de los tiernos esposos.

—Así lo quiero, Agaparco: Dios os lo pagará con mano pródiga cuando os llame á la region de las almas.—Aun suplico otra gracia. Mi padre al atravesar estos inmensos cerros, me dijo que se criaba en ellos un cierto pájaro llamado manimbii ó picaflor, de hermosas formas, de bello plumaje y de raras transformaciones; á vos os será muy fácil cogerlo como á diestro montañés y hábil cazador; tengo un gusto en poseerlo; porque debeis saber que tengo un cariño muy grande á los pajaritos.

—Amalia; las flores y las aves siempre han sido los objetos predilectos de las hijas de los hombres. Hay en las unas y en las otras algo de sensible y comun, que las une con lazos muy estrechos; por eso los que amamos, gustamos tambien de ellas, y hay en nuestros bosques

multitud de flores que sirven para adornar nuestras mujeres y solemnizar los sacrificios siendo los cantos de las aves las voces, que nos anuncian la procsimidad y la entrada de las estaciones, el lejano ruido de las tempestades, las crecidas de las inmensas blancuras de agua azul y la blanca fila de años que forma una corona sobre nuestras cabezas. En los Andes, puso el anciano de los tiempos las altas rocas junto á los pedriscos, las tierras amontonadas junto á las mantas verdes, las carreras de agua junto á las listas de polvo; y al lado de las yerbas cortas plantó altas lanzas con verdes ramas, balas de pino con millones de piedrecitas, saltos de cristal con rocas mordidas. Te cojeré yo mismo el manimbii; te daré la mejor flor de la tierra de los Peguenches y formaré con la caña dulce un llano para sentarte.

—Os quedaré muy agradecida y lo haré presente á mi padre el dia que pueda abrazarle.—Estoy muy fatigada y quisiera volver á mi tienda.

—Ya sabes que tus palabras son dulces como el canto del ave enamorada. Tú eres aquí la primera de las indias y ¡ay de aquel que se atreviera á mirarte siquiera con ojo de guerra! Volvamos, sí; volvamos á la cabaña del hijo del Sachem que solo puede vivir de esperanza, que solo puede respirar el aire de los desengaños, mojados sus ojos como la yerba del rio, nevado su cuerpo como el caño del torrente en las salidas del sol de frio, muerto ya para la vida del amor. Por el espíritu de...¡Amalia! ¡Amalia!

—Silencio, Agaparco: acordaos de vuestra promesa.

—Sí, tienes razon; lo he prometido y debo cumplirlo. Metió espuela al caballo y corrió á galope tendido seguido de su cautiva.

El paseo, aunque delicioso, hubiera gustado mucho mas á la hija de Mendez, á no haber oido el fogoso lenguaje del indio; pero Amalia temia con razon; pues no podia convencerse que la llama amorosa de su amante fuese tan pura como realmente ecsistia bajo la corteza de un sér, que, aunque puesto en contacto con pueblos cultos, llevaba habitualmente una vida errante, que participaba á un mismo tiempo de la rusticidad y sencillez de la naturaleza mezclada con las escenas de la vida salvaje: vida azarosa, en la que se representan de contínuo dramas sangrientos de familia, luchas del débil contra el fuerte, correrías de pillaje y vandalismo. Agaparco sufria mucho, y al mismo tiempo

era feliz. Hubiese querido hacer el paseo interminable, pero Amalia habia espresado su voluntad, y esta voluntad era para él muy respetable: era un mandato, una ley.

Por fin, sus caballos fatigados llegaron á la tienda. Apeóse el primero el indio y ayudó á apear á la jóven. En aquel momento la mano de Amalia estaba fria. La de Agaparco ardia con la fiebre de un amor grande y oprimido.

Paráronse á la entrada de las tiendas. La hija de Mendez dirigió un saludo afectuoso al indio, diciéndole en voz baja:—Os agradezco la compañía; os recomiendo la prudencia.

Clavóle el hijo del desierto una mirada de inmensa ternura: en ella iba envuelta toda la historia de un amor sin límites.—Adios, Amalia: soy tu esclavo.

Amalia entró en su tienda para pensar en su padre y reflexionar el porvenir.

Agaparco entró en la suya: echóse sobre su lecho de pieles, exhaló un profundo suspiro, y quedó luchando entre la desesperacion y la sombra de una esperanza lejana, casi imposible; como el sueño de un poeta, como el ideal de un artista.

CAPITULO XIII.

LA OPOSICION.

orprendentes fueron los efectos que en los ánimos de los diputados produjo el discurso de Martin.

Reunidos al siguiente dia en casa del diputado D. Vicente Lopez, otro de los amigos de Dorrego, resolvieron hacer en la sala una oposicion enérgica á los abusos del horrible déspota, despojándole de las «facultades estraordinarias,» que tan arbitraria é inicuamente habia empleado, y reprobando al propio tiempo los actos todos de su administracion.

Martin, al ver el entusiasmo que habian dispertado sus palabras,—dichas con la energía y la fé del hombre que espresa los sentimientos de su corazon;—decidióse tambien á no dejar el asunto hasta su terminacion, á pesar de lo mucho que le ocupaba el cautiverio de la hermosa y desgraciada Amalia.

Esto dió lugar á que dilatára unos dias mas su partida y provocára otra reunion para acabar de estimular á las personas influyentes y comprometerlas decididamente á no cejar hasta derribar al tirano.—Así sucedió.

Pero esta vez, no fueron solo objeto de la discusion las violencias y los crímenes: las indemnizaciones decretadas por la sala de los Notables para los que hubiesen sufrido perjuicios en la guerra, y el escandaloso ágio que hizo con ellas el déspota, dieron lugar á discursos tan animados y eficaces, que mas tarde fueron reproducidos en la Asamblea y produjeron la primera caida de Rosas.

Ya se habia comenzado la sesion cuando llegó Martin, que tambien iba prevenido para combatir las ilegalidades de su sistema financiero, —que mas bien debia llamarse latronicio.—Pudo proporcionarse un estracto de un presupuesto de gastos estraordinarios para 1830, que procuró Rosas demorar ó hacer que estuviese inédito, temiendo sin duda que se le reprobase, y dirijióse á casa del Dr. Martinez, donde se celebraba la junta aquella noche.

Tal era el interés que habian tomado todos en el asunto, que ni siquiera advirtieron la presencia de Martin, que hacia bastante tiempo que estaba allí, cuando tomó la palabra el diputado Alcorta:

—Señores:—dijo:—No voy á analizar ahora el sistema rentístico del dilapidador de los caudales públicos, ni es tampoco este el lugar de hacerlo: ya le llegará su turno en el terreno constitucional. Lo que, sí, voy á demostraros, es que desde 1821 á hoy, no se habia conocido en la América del Sud administracion mas irregularizada y espantosa que la de este hombre funesto.—Digo « este hombre funesto,» señores, porque si bien la verdadera espresion que debiera usar es la de « su gobierno,» todos sabemos tambien que la palabra *gobierno* no existe; porque él solo le constituye, y porque todas las leyes, todas las órdenes, y todo cuanto se hace, emana de su iniciativa: él es legislador, ejecutor y soberano.

Como decia, señores; desde 1821, todo pago se hacia á consecuencia de su comprobante, de su cuenta motivada y documentada, condenando severamente nuestras leyes todo impuesto, que no haya merecido antes la aprobacion y sancion de la Sala. Pero en el dia, señores, —¡vergüenza causa decirlo!—en el dia, repito, el sistema administrativo no es otra cosa que una especie de cuenta ó relacion de gastos, como pudiera presentar un administrador ó un dependiente á su principal; con la notable diferencia, empero, de que éste acompañaria los comprobantes de las partidas y Rosas se contenta solo con

escribirlas: es decir, con escribir renglones de guarismos á su capricho y á medida de la mayor ó menor ambicion que tiene el dia en que las entrega.

¿Qué importa, que cuando presente sus cuentas, diga que se despoja de las facultades estraordinarias para que los contadores las examinen?—¿Qué funcionario se atreveria á cumplir con su deber, aprovechando esta observacion ingeniosa con que el tirano pretende legalizar sus actos?—Lo que se hace, ó lo que se les permite, es comprobar y examinar si las sumas están bien ó mal hechas; pero su legitimidad, su procedencia, se guardaria bien nadie de intentarlo siquiera: nadie les prohibiria hacerlo, pero nadie responderia tampoco que conservaran sus cabezas al retirarse á sus casas.

—¡Brabo! ¡Brabo!—contestaron á la vez todos los concurrentes.

—¡Silencio! señores,—que continue el orador:—dijo el que hacia de presidente, que era un general.

—Y yo suplico á mi vez, señores, que continue, porque tengo en la mano las pruebas fehacientes de cuanto acaba de manifestar el dignísimo Alcorta;—añadió Martin, enseñando unos papeles.

—Agradezco, señores la benevolencia que acabais de dispensarme; pero toda vez que tenemos la grata satisfaccion de contar en este momento con las superiores luces del que tan elocuentemente supo pintar hace dias la tiranía del usurpador; y toda vez que tiene datos incontestables para probar lo que me habia propuesto, cedo gustosísimo la palabra para que se encargue de mi defensa.

—Sí, sí:—repitieron todos unanimemente.

—Que se dé un voto de gracias al orador:—pidieron algunos.

—Al órden, señores:—gritó el presidente, agitando la campanilla.

—Siento en el alma, dijo Martin conmovido,—que mis palabras hayan sido causa de.....

—Nada, nada: dispensado; volvieron á repetir todos, interrumpiéndole:—que se encargue el señor Martin, añadieron otros.

—Señores:—insistió Martin, levantando mas la voz:—mi delicadeza no me permite aceptar la alta distincion con que....

—Que continue el señor Martin!!—añadieron otra vez.

—Señor Martin,—dijo el presidente:—espero tengais la amabilidad de complacer á los señores, que conocen vuestra superioridad, y que

no tienen en ello otro interés que llegar mas pronto al mismo fin.—Todos reconocemos vuestra modestia: inútil es, por lo tanto, que os escuseis.

Martin no pudo ya rehusar tanta deferencia y lleno de entusiasmo, dijo:

—Late mi corazon de gozo, señores; no por esa pueril vanagloria que pudiera darme vuestra escesiva condescendencia, sino porque llenos todos de ese amor patrio que tanto ha distinguido á los grandes hombres, participais de mis sentimientos, leales y sinceros; y amais, como yo el bienestar de vuestros compatricios y la prosperidad de la patria.

Haceis bien, nobles Argentinos: vuestros hijos, y la civilizada Europa, elogiarán vuestra abnegacion; os tejerán coronas de laureles al otro lado del Atlántico, y los infortunados proscritos que os aplauden desde la elevada cúspide del Yllimani (1) vendrán el dia de la victoria á orlar con ellas nuestras sienes, entonando el entusiasta himno de la libertad reconquistada.

¡Guerra al tirano! ¡Guerra á muerte!

En la noble lucha de la esclavitud contra la tiranía no puede haber sino guerra, porque el esclavo, como el tirano, no conocen mas que la fuerza.

Y no creais que la guerra consiste únicamente en la lucha material de rechazar la fuerza con la fuerza, la violencia con la violencia: esta última solo debe emplearse, cuando el déspota es tan ciego, que cree no poder sostenerse sino recurriendo al empleo de la fuerza bruta: hay otra guerra mas noble, mas digna, mas legal; consiste en oponer la ley al arbitrario, en no emplear otras armas que las de la razon; consiste en poner en accion la fuerza pública, pero no por medio del motin, ni del tumulto, no; sino por medio de las previsiones de la ley, invocada por la opinion pública en apoyo de su derecho, conforme á las constituciones solemnes é inviolables del país.

Os dije en otra ocasion, que allí donde la tiranía impera nada hay seguro ni estable, porque no hay ley; y ahora añadiré, que siendo es-

(1) Uno de los cerros mas elevados, despues del Sorata, de la vasta cordillera de los Andes.

ta incompatible con aquella, no se encuentra en el partido del tirano mas que murmullos, temor, lágrimas, sangre: se espia, se sospecha, se teme, se odia.

Desde que la cabeza de un solo hombre cae sin motivo legítimo, sin formas legales, por mero capricho y por la sola fuerza del poder despótico, cada hombre teme y espone la suya por salvarla: no son los hombres los conspiradores ni los sublevados; es el temor el que los hace, el que los obliga á serlo; y si la tiranía estiende sus mortíferas alas, si aumenta sus estragos, la sublevacion, ó conjuracion, ó como quiera llamarse, hácese general: la nacion entera se opone, se revela, se subleva: el cetro de hierro, cede entonces, se despedaza, se rompe entre espantosas oleadas de sangre.....

—¡Brabo! Brabísimo!—prorumpieron todos entre estrepitosos y generales aplausos de entusiasmo.—¡Viva nuestro presidente!—¡Qué se le nombre presidente de la confederacion!—gritaron algunos.

—El presidente llamó al órden y todo volvió á quedar en silencio.

—Teneis razon;—continuó:—entusiasmado yo tambien, me habia separado completamente de la verdadera cuestion.

El sistema financiero del usurpador, como decia muy bien nuestro dignísimo Alcorta, no es otra cosa que un sistema irresponsable de latrocinio. Las idemnizaciones decretadas, señores, es una fuente inagotable de riquezas para el tirano.

Muy pocas palabras añadiré para ponerlo en evidencia.—¿Queréis ver las pruebas?—Leed este documento.—Martin mostró un manuscrito, que todos querian ver.

—Que se lea: que se lea,—dijeron todos á la vez.

Martin leyó entonces el documento siguiente, cuya redaccion no hemos querido variar, en prueba de su autenticidad.

ESTRACTO DEL PRESUPUESTO DE GASTOS ESTRAORDINARIOS PRESENTADO Á LA LEGISLATURA PARA EL AÑO DE 1830.

		Pesos fuertes.
Núm. 1.º	Para pagar los indios que anduvieron en el ejército, que serán como *mil*, de los que solo se han pagado los que han venido á esta, que serán como *cien*, á 80 pesos.	92,000
	20 caciques á 400 pesos.	8,000
	40 capitanejos á 120 pesos..	4,800
	Por vestir 900 indios á 50 pesos.	4,500
	Vestuarios para 20 caciques.	4,000
	Id. para 40 capitanejos á 150 pesos..	6,000
	Regalo á 100 mujeres chinas á 200 pesos. . .	20,000
	Por 4000 vestuarios para vestir 4000 indios al año.	200,000
	4000 chinas á 20 pesos..	80,000
	Por vestir 60 caciques á 200 pesos cada uno.	12,000
	Id. por 120 capitanejos.	18,000
	Regalo á 4000 indios al año á 20 pesos.	80,000
	Id. chinitas á 10 pesos..	40,000
	Caciques 60 á 400 al año de regalo.	24,000
	Capitanejos 120 á 200.	24,000
	Dos tercios de yerba para cada capitanejo, 3 para cada cacique son 420 á.	670,000
	Tabaco 420 rollos, 1260 arrobas, á 30 pesos arroba.	378,000
	Azúcar para cada capitanejo 2 arrobas, para cada cacique 4 arrobas, 480 arrobas.	16,800
	Maiz 4000 fanegas..	20,000
	Sal 50 fanegas.	1,200
	79 caciques á 100 yeguas son 6000.	36,000
	120 capitanejos á 150 yeguas son 18000. . . .	36,000
	60 caciques á 300 ovejas á dos pesos.	36,000
	120 capitanejos á 150 ovejas..	36,000
	Para cada cacique al año 3 barriles aguardiente 180 á 130.	23,400
	Para 120 capitanejos á barril y medio de dicho 180.	23,400
	Pazas en la misma proporcion de arrobas á 20 pesos una, 840.	18,800
	Vino en la misma proporcion para caciques y capitanejos 360..	21,600
	Para gastos diferentes é imprevistos..	50,000
	Para la manutencion diaria de 3000 personas que viven por los cerrillos y contornos á razon de 100 vacas que son 30 al dia. . . .	108,000
	Condiciones y gastos de jornales y compras.	50,300
	Suma.	2.142,800

Al terminarse la lectura de este documento tan notable, por el cual no podia ya dudarse de cuanto se habia dicho, hubo un momento de

verdadero entusiasmo que casi comprometió las vidas de los concurrentes.

Los viles agentes de Rosas, que no eran otra cosa que odiosos criminales, librados por él de la inexorable cuchilla de la ley, ó sacados de oscuros calabozos donde espiaban sus delitos, oyeron desde la calle el ruido de los infinitos y frecuentes aplausos que arrancaban las enérgicas palabras del O' Connel argentino, y penetraron en la sala donde se celebraba la reunion.

Aterrados todos con tan odiosa visita creian haber llegado el último momento de sus vidas; pero gracias á la prevision y serenidad de Martin no fueron conducidos á la cárcel: al contrario, los espías recibieron una repulsa.

—¿Con qué autorizacion, con qué derecho han penetrado aquí, señores?—preguntó Martin al primero, que parecia jefe.

—Con la órden de nuestro Gobernador, que nos tiene encomendado la vigilancia de la tranquilidad pública.

—¿Y sabeis con quién estais hablando? ¿Sabeis que las personas ante quienes estais en este momento son superiores á vuestro Gobernador y á sus mismas órdenes?—Tolero la imprudencia que acabais de cometer, porque la creo hija de la ignorancia; pero en lo sucesivo guardaos de penetrar en el hogar doméstico sin que la seguridad individual lo exija, porque esto seria una falta que no podria quedar impune. Sabed, pues, que las personas que aquí veis, son los representantes de las provincias que están autorizados por la constitucion y por las leyes supremas para deliberar los asuntos concernientes al bien de la confederacion, y que no hay nadie por lo tanto que tenga derecho á interrumpirlas sin su autorizacion propia; por lo tanto retiraos.

—Dispensad, caballero; nosotros no sabíamos.....

—Bien, basta.

Los espías no podian sospechar siquiera al oir el tono severo con que habian sido reprehendidos y la clase de personas que allí habia, que se trataba nada menos que de los preparativos que iban á derribar por primera vez al déspota.—Creyeron efectivamente, porque conocieron á algunos, que eran los notables y se guardaron bastante de ponerlo en conocimiento de Rosas por temor de no sufrir algun castigo.

Así lo comprendió tambien Martin, que volvió á tomar la palabra

para reanimar á los concurrentes, tristemente afectados por tan temible como inesperada visita.

—Podeis estar tranquilos, señores;—dijo:—esos infames han creido cuanto les he dicho y lejos de participarlo á Rosas, lo ocultaron lo posible para no merecer su desagrado.—Podemos, pues, continuar, sin temor alguno.

—Sí, sí, que se continue:—añadieron algunos.

—Pues bien, señores; continuó Martin; recordando el contenido de este documento que acabo de leer; ¿necesita acaso análisis ni comentario alguno? ¿Podria presentarse á una legislatura partidas tan desvergonzadamente falsas como las de *los pasos* para los *indios*?—Verdaderas cuentas del gran capitan,—decia un amigo nuestro,—en que todo es vago, indefinido, repugnante.—Y tenia razon: ¿podrá creerse sabiendo quienes son los que viven en los *cerrillos*, que la partida de 108,000 pesos se ha invertido realmente? ¿Sabeis quiénes son? Por si alguno de vosotros lo ignorase, los *cerrillos* que llama él, son una grande estancia que tiene y que por lo tanto todos los que habitan esta grande estension de terreno son los dependientes suyos y sus familias, encargados de su cuidado.

¿Y los 100000 pesos para gastos imprevistos y conducciones el que sin otro detalle ni esplicacion, ni comprobantes, tan ilegalmente reclama?

Pero, basta ya, señores:—Todos reconoceis, como yo, la insoportable defraudacion de este ambicioso, que solo aspira al robo y al agio para enriquecerse, y que llena las plazas y las calles de sangrientas escenas para que infundiendo el terror y el espanto no se le combatan sus vandálicos actos.

Unámonos, pues; corramos todos á la Asamblea, inspirados por la fé de la conviccion, y reprobemos á una tan criminal proceder.—Reproduzcamos allí con valor y con fé lo que ha sido hoy objeto de nuestro debate y el tirano caerá muerto bajo el poderoso y supremo triunfo de la legalidad y de la justicia.

Así terminó esta reunion, que, á los pocos dias, produjo en la sala de Representantes una oposicion tan acalorada y vigorosa, que el tirano se vió en la necesidad de retirarse.

Pero volvamos en el interin á la selvática morada de nuestra cautiva, que tanto interés inspira y que tan poéticas consideraciones ofrece.

CAPITULO XIV.

LAS DOS RIVALES.

AMALIA aguardaba con ansia noticias de su padre, mas estas nunca llegaban.

En vano Agaparco pretendia distraer á su amada con todo género de agasajos. Zafra era la única que podia gloriarse de merecer alguna sonrisa; pues habia algo de comun entre las dos almas de la mujer civilizada y la salvaje. Zafra tenia toda la belleza varonil de las indias, que se hacia mas interesante aun por la sombra de melancolía que la velaba, y por las lágrimas que mas de una vez pugnaban por salir á su cara. Ambas habian tomado la costumbre de trabajar juntas, ambas salian á vagar por el bosque y encontraban un placer inesplicable en razonar de amores, de aves, de vidas ilusorias, de proyectos elevados, de promesas sublimes, de santos juramentos.

Hemos dicho que el paisaje que presentan los Andes es de una perspectiva gigantesca; parece que el Criador se ha complacido en formar un conjunto de pequeñas y grandes maravillas. Son las montañas mas hermosas de la América. Son los monumentos mas grandiosos del mundo, que por mas que la pluma quiera, jamás podrá des-

cribirlos. No es estraño que el alma nacida en este raro vergel presente las mismas faces que la naturaleza que la sirvió de cuna, que la comunicó su primera sensacion, el primer suspiro, la mirada que empieza en un exordio en la tierra y recibe su epílogo en el cielo.

Hay momentos en la vida que se prestan á propósito para la contemplacion, y el alma en estos instantes solo desea hallar otra alma á quien poder comunicar sus mas secretos pensamientos, con quien poderse elevar á las regiones de la luz, de lo infinito, á los brillantes palacios de la imaginacion, á ese eden de la fantasía.

Zafra y Amalia eran estas dos almas.

Zafra la decia:—¿Estás triste? ¿qué deseas?

Amalia solo contestaba con sollozos.

—Zafra,—la decia,—si pudieses penetrar en lo íntimo de mi corazon, sentir como él siente, respirar lo que respira...—Amalia no podia continuar; lloraba, abrazaba y besaba á Zafra al mismo tiempo.

—Aunque no tengo tu cabeza ni poseo tu lengua, conozco en cambio el hablar del desierto. ¡Ah! el desierto es una página la mas sensible de la creacion. Hablo con los árboles, con las aguas, con la tierra, y cuando no encuentro respuesta en estos objetos, levanto los ojos hácia esta sábana azul que nos cubre, tan parecida á nuestro chamal (1), que siempre me dice algo; porque el morador de esta inmensa toldería nos aconseja bien siempre, porque siempre nos habla por medio de los espíritus de nuestros antepasados.

—Zafra, no puedo ocultarte el cariño que hiciste nacer en mí cuando tuve la desgracia de caer en manos de tus compañeros; me pareciste que eras un ángel que Dios me enviaba en medio de mis tormentos, para que me sirviese de consuelo, para que me llenase de algun gozo en medio de la soledad, para que me hiciese mas llevadera la pérdida de mi padre. ¡Pobre padre!... ¡Pobre padre!.....

—Tengo un presentimiento que me hace derramar muchas lágrimas, Amalia.

—¿Cuál es?

—Tú, que quizá ignoras nuestras costumbres, no sabes que los Peguenches somos perseguidos por el Guiculbí, espíritu maligno que

(1) El vestido ordinario de los Peguenches es azul.

viene durante la noche á contarnos historias de sangre, á predecirnos sucesos funestos.

—¿Y te persigue? ¿Y qué te dice?

Amalia era, como muchas jóvenes, bastante supersticiosa.

—¡Oh! me dice cosas muy horrendas.

—Cuentámelo: tengo un vivo interés en saberlo; porque te amo mucho, Zafra, mucho.

—Una de estas noches estaba sola en mi tienda, y oí que las paredes temblaban, y en una de las pieles de tigre que tengo en mi lecho, se veía el brillo de unos ojos verdes como si fuesen los de un animal; de repente empezaron á mirarme con gran ferocidad, luego perdieron el color y se volvieron muy blancos, parecian dos pequeños clavos de plata así como estos que brillan durante la noche en el techo de los cielos; luego empezaron á humedecerse y me miraban de una manera tan triste, como si llorasen por mí; poco á poco fueron desapareciendo. La piel de tigre se abrió entonces por medio, y se oyeron como en una caverna los golpes que los indios dan al abrir los sepulcros. Al borde de la tumba habia encendidas varias ramas de árboles y á su alrededor bailaban y cantaban algunos indios.

—Ficciones, sueños, Zafra, nada mas; son los delirantes insomnios del alma enamorada, cuando se cree haber perdido su amante, ó no ser correspondida.

—¡Ah! algunas veces los sueños son una verdad.

—Se conoce que tu espíritu está enfermo, y necesitas otro espíritu para curarlo.

—He invocado al buen espíritu, y hasta ahora no me ha enviado el bálsamo que cura los desvelos.

—Dios puede tardar en compadecerse de tus súplicas; pero confia en él que es todo bondad.

—Tu Dios será sin duda mas compasivo;—¿no es verdad, Amalia?

—Zafra, en tu boca no me estrañan tales espresiones. Tu Dios es mi Dios; solo que tú no puedes con tu poca ciencia comprender el inmenso amor que la divinidad nos tiene. Nuestro Dios es el único verdadero: es el padre de los desvalidos, es el amparo de los que sufren: —nuestro Dios es el único Dios de cielos y tierra: el que tú invocas, no es tal, no existe.

—¡Ah! cuanto me gusta que hables así.

—Yo quisiera consolarte, ser tu hermana. ¡Ah! quisiera hacerte feliz.

—¡Feliz! ¿Será lo mismo que ser amada?

—No; puede hasta cierto punto ser una feliz sin ser amada, como tú dices, ó como tú piensas.

—Creia que el supremo bienestar consistia en el amor.

—No me estraña tu lenguaje; porque conozco que estás muy apasionada.

—¿Y cómo lo conoces?

—Tú me lo insinuaste el otro dia; recuerdo que hablaste de Agaparco con tanto calor, que tu alma se pintaba en tu rostro á pesar tuyo.

—¡Ah! sí: ¡Agaparco! ¡Agaparco!

—Vamos, no llores. Estoy segura que Agaparco te amará.

—No lo creas.

—¿Y en que te fundas?

—En esto;—dijo; señalando con el dedo su corazon.

—El corazon muchas veces engaña.

—Pero tengo pruebas, y pruebas que me matan, que me atormentan, que me aniquilan.

—Por tener el gusto de oirte, casi te pediria que me las esplicases; pero no quiero; sufro mucho cuando te veo llorar. Mírame: casi no puedo contenerme al verte tan pensativa, tan triste, tan taciturna. Por Dios, Zafra, por Dios.

Las dos prorumpieron en llanto y se abrazaron. Así se abrazan y hacen tocar sus puntas dos palmeras que crecen en el fondo de un valle.

Hubo algunos momentos de silencio.

Amalia continuó:—Tú crees ser la única desgraciada en el mundo.

—No sé, no sé ¿lo eres tú mucho?

—Mas de lo que piensas.

—¡Ah! ¿amas tambien?

—Yo tan solo adoro á un hombre, Zafra; y este hombre es mi padre.

La contestacion de Amalia, tan lacónica y espresiva, la dejó atónita, admirada.

—¿Y donde está tu padre?

—¡Ah! mi padre está..... ¡Ah! Dios mio! quizá está reposando en vuestro seno.

—¿Dónde, dónde?

—En Chile probablemente.

—¿Y qué hace en Chile?

—Sin duda ignorarás el motivo por el que estoy aquí.

—Lo ignoro: Agaparco, que todo me lo contaba antes, ahora solo huye de mí, como si fuese su mala sombra.

—Atiende.—Al salvar la cordillera de estos montes y al encontrarnos cerca del llano, una bandada de indios montados á caballo vino á impedirnos el paso. Mi padre, como antiguo militar, y dotado de un valor á toda prueba, animó á nuestros criados y les mandó que se preparasen para oponer una resistencia heróica: dóciles estos á sus mandatos, los obedecieron ecsactamente. Me acuerdo muy bien; mi padre fué el primero en disparar su carabina; su tiro es conocido por muy certero; la bala llevó la muerte al primero de los vuestros que se presentó. Los criados siguieron adelantando y haciendo fuego. Las víctimas podian contarse por los disparos. Ya habíamos concluido casi con todos los enemigos, cuando mi padre viendo el paso despejado, gritó, ¡adelante! no hay que temer; metió espuela al caballo, esclamando; Amalia, agárrate bien y sígueme. ¡Oh desgracia! mi caballo asustado dió media vuelta y en lugar de seguir la misma carrera que el de mi padre tomó la direccion opuesta, viniendo á encontrar los restos de tus compañeros que en vano intentaban cogernos. Así caí en sus manos y fuí presentada á este indio que se llama Agaparco, y así es como me encuentro á tu lado, dando gracias al cielo por haberme dado en esta soledad una compañera tan cariñosa, á la que quedaré eternamente agradecida.....

Amalia no pudo continuar; lloró, pues le era muy penoso recordar una escena tan triste.

Zafra juntó sus bien arqueadas cejas, como si en aquel momento se le hubiese ocurrido un pensamiento estraordinario, una idea luminosa.

Realmente habia concebido algo de magnánimo, de generoso. Su alma era de un temple liberal, emprendedor.

—Amalia,—la dijo:—habiéndote sucedido lo que acabas de contarme nos deberás mirar con desprecio.

—Lejos de mí el manifestarme desagradecida hácia vosotros: me habeis tratado con mucha consideracion y tendré un orgullo en decir que la hospitalidad ha sido ejercida en mí con mano pródiga.

—Eres tan buena.....

—No me halagues....

—Solo digo la verdad....—Aunque llegue el momento fatal en que te apartes de estos lugares, me acordaré siempre de tí.

—Sea donde sea, mi memoria siempre será fiel á la mujer que fué mi amiga de cautiverio.

—Vosotros olvidais mas fácilmente, porque vivís mas entre placeres; á nosotros la soledad nos hace conservar mas los recuerdos.

—Creo que en todo hay escepciones, y te prometo que seré una de ellas.

—Me lo dices con tanta ternura que casi lo creo: eres tan buena que me parece imposible que puedas mentir.

—Puedes creerlo sin vacilar. Las almas tan bellas, como la tuya, siempre tienen un lugar privilegiado en mi corazon.

—No lo dudo.

—Así me gusta.

—Adios, Amalia, me voy á coger flores para esta noche.

—Adios.—Un beso cariñoso puso fin á la conversacion de estas dos mujeres, que se sacrificaban en aras de la amistad.

El crepúsculo de la tarde convertia los Andes en una hermosa caverna: eran una epopeya latente de la majestad de la creacion. Zafra buscaba con avidez las flores mas ricas, rompiendo las enredaderas y bejucos, y apartando los zarzales: alguna vez reclinaba su frente en el tronco de los árboles para apagar el ardor que sentia en su cerebro, para pensar en el objeto que tan agitada la traia. Sus ojos no se apartaban de la toldería del indio; allí estaba su pasion, su encanto, sus aspiraciones, su vida, el punto dorado y lejano de sus esperanzas, la compensacion de sus pesares, el mérito de sus sacrificios. No queria ya su amor; aquella alma estaba llena de abnegacion: solo deseaba la compasion, la piedad, la gratitud; se creía hasta indigna del hombre que habia sido el primero en hacer latir su corazon, del sér que hubiera querido encerrar en sí misma; porque recelaba hasta de su aliento,

hasta de las hojas de los árboles, y ahora mas, porque habia conocido que Agaparco miraba con amor á una mujer estraña.

Al regresar á su tienda debia pasar precisamente por delante de la de nuestro héroe; concluida que hubo su faena así lo verificó y no pudo menos que entrar en ella.

—El buen espíritu esté contigo, Agaparco, le dijo al entrar.

—Bien venida, Zafra.—Esta aguardaba algo mas; pero el indio se calló.

—Quisiera hacerte una pregunta y estoy temiendo.

—Tu lenguaje me estraña.

—En otro tiempo hasta te gustaba.

—Te creia mas discreta, Zafra.

—Y yo te juzgaba mas compasivo y mas fiel, Agaparco.

—¡Compasivo y fiel has dicho!—Me admiran estas dos palabras; si me las esplicases, quedaria mas contento, Zafra.

—Cuando se ama, se tiene el corazon trasparente como el agua de esta hendidura.—Delante de la tienda de Agaparco habia como un receptáculo de agua parecido á nuestros surtidores.

—No amo á nadie, y no puedo contestarte.

—Creia que el mejor de los Peguenches no sabia engañar, y veo que tambien engaña.

—Esto nunca, nunca; ni puedo admitirlo, ni tolerarlo.

—Hace muchas salidas de sol que nada me dices.

—Mientras tengas mujeres, como Amalia, que te hablen, Agaparco sobra, contestó el indio conmovido.

—Mucho la ensalzas.

—Zafra; Zafra: estás celosa y no te conoces.

—Así, así; corona con espinas á un pobre corazon. Soy muy desgraciada, y todos los dias pido al gran espíritu que me mande á la otra parte del agua (1).

—Te creia mas amante de nuestra historia divina.—Zafra, mi pensamiento íntimo está muy tranquilo, y solo Dios conoce perfectamente todas las acciones de los hijos de las mujeres.

(1) Los Peguenches creen que despues de muertos, sus almas van á parar á la otra parte del mar.—Guevara.

—¿Te he ofendido? mira, he cogido este manojo de flores para tí; toma; no me aborrezcas.

El indio golpeó su frente y agitó su cabellera, como si fuese víctima de un vértigo.

Zafra desapareció; porque adivinó que habia escitado la cólera del Cacique.

La noche vino á cubrir con su manto de azabache la mansion de los indios; solo el ave del pantano hizo oir su prolongado gemido; algunas llamas serpenteaban por los aires. Tambien habia fuego y llanto en tres corazones. El sueño alejó los últimos ecos del movimiento diurno. El Angel de las Américas, estendió la vara del silencio y la meditacion por la vasta superficie del mundo.

CAPITULO XV.

LA RENUNCIA.

Los pronósticos de Martin se realizaron.

El sistema de Rosas fué terriblemente combatido y anonadado por los brillantes discursos de algunos diputados; y, aunque despues de su fingida renuncia, volvieron á conferirle el mando por deferencia, despojáronle con todo de las « facultades estrordinarias »; condicion inadmisible para el tirano, que no puede mandar con trabas, con sujecion á las leyes del país, bajo la forma gobernativa que reclaman las condiciones peculiares de la nacion, estado, ó república, sino arbitrariamente.

No obstante; Rosas no desconfiaba de volver al poder: se reia de todo: ¿no habia salido bien en su primer ensayo? ¿No habia demostrado suficientemente lo que valia y de lo que era capaz? ¿Qué hizo la Sala para castigar sus primeros crímenes? ¿Era su castigo el privarle solo de las «facultades estraordinarias?» ¿Contentánbanse con que volviese á su primitivo destino de comandante general de las milicias de campaña?

Hé aquí las observaciones que hará naturalmente el lector, cuando

sepa los posteriores sucesos: observaciones, que, si bien nosotros que hemos estudiado esta triste historia, podríamos satisfacer, no dejarian por eso de condenar severamente la reprensible conducta de los representantes de aquella época, por haberle conferido el mando supremo de la fuerza armada, en vez de residenciar sus punibles actos; destino que tenia antes de subir al poder en el año 29, y que esplotado en provecho propio volveria á elevarle otra vez, si así le conviniere.

Pero, volviendo á los sucesos; con la renuncia de Rosas no sabian los diputados á quien ofrecer el mando, y se dirijieron al general Pintos para que obrára con sujecion á las leyes: éste rehusó por no creerse capaz de luchar con el poder de Rosas; y entonces se vieron obligados á llamar al general D. Ramon Balcarce, que era el mismo que habia presidido las juntas secretas en casa de los diputados Vidal y Lopez. Quedó elegido pues: hiciéronse elecciones libres; vinieron nuevos diputados; presentóse una proposicion para abolir todas las leyes dadas por el dictador; y los generales Iriarte y Olazabal pidieron el restablecimiento de la libertad de imprenta.

Aunque estas acertadas medidas eran un golpe mortal para Rosas, preparó sin embargo una formidable espedicion al desierto, que él procuró revestir de una farsa ingeniosa, para robustecer y renovar á la vez su popularidad. Envió, durante los últimos meses de su administracion, esto es, cuando las violencias comenzaron á ser combatidas por los diputados,—envió, decimos, numerosas fuerzas, perfectamente dotadas y equipadas, á la Guardia del Monte, que era el punto céntrico para tomar cualquiera direccion: y remitió con profusion circulares á los estancieros y propietarios del campo, manifestándoles, que iba á aumentar considerablemente la propiedad territorial con el esterminio de los indios, pudiéndose repartir muy en breve en todas las provincias grandes lotes de terreno, bosques y lagos, que producirian indudablemente beneficios y riquezas inmensas. Pero el único fin y el objeto verdadero de esta, era concentrar en un punto dado el mayor número de fuerza para que recibiera sus órdenes inmediatas y tenerla á su disposicion cuando le conviniera.

Hasta cierto punto es disculpable el gobierno del general Balcarce por haberlo consentido, ó mas bien por haberlo autorizado; reponiendo

á Rosas en su primitivo destino de comandante general de campaña, —que nosotros llamaríamos de operaciones;—porque es indudable que aquel gobierno tenia que luchar por una parte con poderosos agentes, enriquecidos por el mismo Rosas, á quien no podian ser infieles, y por otra, con el inponderable prestigio que habia sabido adquirirse entre la chusma, á la cual habia estraviado y seducido con sus escandalosas donaciones, regalos y privilegios.

No era pues prudente romper de una vez con enemigo tan poderoso, que solo estaba odiado por la opinion pública ilustrada; siendo así que el gobierno solo se apoyaba en leyes débiles todavía, en razon del mucho tiempo que permanecian mudas y holladas.

Además, aunque el déspota habia cesado oficialmente en el gobierno, no habia cesado de hecho, ó al menos lo creia así; pues cuando las órdenes emanadas del gobierno no le gustaban, ó no le parecian bien, las despreciaba, las rompia, ó no las cumplia.

Así sucedió con el nombramiento de un celador para la costa de la Ensenada, cuyo despacho dado por el nuevo gobierno fué anulado por Rosas, porque no siendo partidario de sus ilegalidades, hubiérale naturalmente privado de obrar con desembarazo poniendo en conocimiento del gobierno cualquiera arbitrariedad que se cometiese, ó cualquier movimiento subversivo y revolucionario.

Mas el gobierno no podia tolerar, sin menoscabo de su fuerza moral, tal atrevimiento, porque esto era lo mismo que conservar un poder dentro de otro poder: era lo mismo que consentir en que las disposiciones todas recibiesen antes de su publicacion la sancion suprema de su voluntad, y ultimamente, porque esto seria equivalente á que conservase su perdida autoridad de presidente, si bien residiendo fuera de la capital.—Reprendiósele, pues, por tan calificable conducta: se le dijo, que hacia muy poco favor á la fama del nuevo gobierno, que solo habia aceptado el poder para restituir á su patria las leyes, holladas durante los tres años de su tiranía inícua; que estaba decidido á que se cumpliese estrictamente, que todos los funcionarios del Estado obráran dentro del círculo legal de sus respectivas atribuciones, absorvidas por él durante su dominacion funesta; y por último, que habia llegado ya la época de legalidad, de justicia y de reparacion.

Pero el déspota se burlaba de tales amonestaciones, porque el infame ni conocia amistad, ni delicadeza: estas dos palabras no tenian sentido para él: no existian.

A la atenta comunicacion del gobierno, en que reprobaba, como hemos dicho, su rebelion, contestó en los términos mas duros y descorteses, acusando á los miembros todos del gobierno; diciéndoles, que «estaban complotados con sus enemigos;»—palabras suyas,—«para causar la ruina de la confederacion, y que todos ellos eran unitarios, como se dejaba ver por el nombramiento de Huertas para la costa de la Ensenada.»

Es preciso consignar, que Rosas tenia por enemigos á todos los hombres de órden y amantes de la prosperidad del país; á todos los que deseaban la realizacion de los grandes proyectos iniciados por el ilustre Rivadavia, y á todos los buenos patricios que querian el régimen legal de la provincia; que se habian opuesto á que gobernase con «facultades estraordinarias» y que habian combatido y conjurado, en la tribuna y en la prensa, sus crímenes y asesinatos, las dilapidaciones de la hacienda pública y sus anárquicas medidas.

Con todo, el gobierno, se mantuvo fuerte en la cuestion de Huertas: confirmó segunda vez su nombramiento, y resentido el tirano despues de haberse rodeado de todos sus antiguos y acérrimos corifeos, de algunas divisiones de indios que le creian aun su jefe, y de toda la jente amiga del pillaje y del robo,—de aquellos que solo desean los motines para esplotarlos en provecho propio,—envió oficialmente su *renuncia* concebida, como se vé, en los términos mas despóticos é insultantes.

Hela aquí original, tal como ha llegado á nuestras manos:

Al Excmo. señor Presidente, general D. Juan Ramon Balcarce.—Guardia del Monte, Marzo 15 de 1833.

«No estrañe V. E. mi *renuncia*. Acabo de leer la resolucion superior que ha recaido en el asunto del miliciano Huertas, y me he acabado de convencer que mis servicios no pueden ser ya útiles al gobierno.—Es sobremanera urgente y conveniente que no se me demore la admision de aquella, y del nombramiento del jefe que haya de sucederme y reemplazarme.—*Juan M. de Rosas*.

No se atrevió el gobierno, á pesar de tan impropio lenguaje de un

inferior al jefe supremo del Estado; no se atrevió, decimos, á obrar como su insolencia exigia. Ni se le contestó, ni se admitió; porque temian con fundamento, que se hubiera alzado con toda la fuerza y hubiera sumido de nuevo á la provincia en sangre y horrores, cuando apenas comenzaba á disfrutar momentos de paz y de sosiego.

Sin embargo, uno de los ministros en carta particular de 21 del mismo mes y año, le manifestaba entre otras cosas: que tuviese mas consideraciones hácia personas tan respetables como las que componian el gobierno: que habian observado con él un comportamiento demasiado noble, comparativamente con sus actos; y que hasta molestaban continuamente al presidente, para que se le diese en la campaña el título que mas le halagara; pero, que se le diese únicamente, «por consideracion al puesto que habia ocupado» mas de ningun modo «por deber:» que desde su descenso del poder no conservaba «carácter alguno» para podérsele espedir; y que hasta podia ocasionar «una confusion.»

Bien pronto conoció el monstruo que el gobierno se hallaba resuelto á no transigir con sus pretensiones; y que si bien entonces no se le mostraba enteramente hostil, cuando el pueblo fuera tocando los benéficos resultados de un gobierno eminentemente protector, liberal y justo; cuando estuviera mas consolidado, obraria tal vez de un modo distinto, exigiéndole la responsabilidad de los desmanes y abusos que habia cometido.

Con este motivo procuróse un crecido número de planos topográficos del interior de país, á fin de alucinar á los hombres ilustrados, haciéndoles ver que su famosa espedicion iba á ser secundada por otras, que, partiendo desde un punto concéntrico de las provincias de Córboba, Mendoza y S. Luis, darian por resultado grandes descubrimientos para la historia y la geografía. Ingenioso artificio por el que logró pronunciar en su favor la opinion pública; que los hacendados de la campaña esperasen un considerable aumento de territorio y la destruccion completa de las tribus bárbaras, que solian depredar de contínuo sus establecimientos fronterizos; y que los militares aventureros que no estaban colocados, mirasen en la empresa un manantial inagotable de premios en ganados y haciendas, como conquistadores,

y un vasto campo abierto á los acensos y á los ricos despojos de pieles y demás efectos cojidos á las vencidas tribus.

Por eso los numerosos sicarios que seguian á Rosas, y las infinitas sanguijuelas, que habian chupado la sangre del Estado á la sombra de su despotismo, propalaban por todas partes la importancia del proyecto: por eso le animaban, considerando esa espedicion, como el mas poderoso elemento para justificar su dudosa reputacion y para doblegar al gobierno á sus caprichos, manifestándole por último que circundado de la victoriosa aureola que habia de reflejar á su vuelta, podria escalar libremente el poder, «con facultades estraordinarias,» sin las cuales habia declarado que le era imposible gobernar.

Mientras tanto, los pocos hombres que podian luchar con Rosas, que podian hacerle alguna sombra, íbanse gastando en el gobierno: los dignísimos diputados que habian espuesto sus vidas por destruir su cruel dictadura, estrellábanse cada dia mas y mas en los insuperables obstáculos del sistema republicano; en las lides parlamentarias, en los debates de la prensa, en los mil escollos, en fin, que presenta un pueblo emancipado, sin civilizacion, sin la virtud y la instruccion necesarias para disfrutar de una libertad ámplia, para respetar los derechos y los deberes de los demás y hasta para conocer los suyos propios; pero, demasiado entusiasta sin embargo, demasiado patriótico, para sufrir el despótico yugo de un dictador infame, de un nuevo Calígula, despues de haber aspirado el evangélico y liberal perfume de la religion cristiana.

Hemos fatigado ya demasiado la atencion de nuestros lectores con la aridez de los hechos históricos: pero esto era indispensable para cumplir fielmente nuestro propósito, como hemos dicho en un principio, de pintar las horrorosas escenas, que tuvieron lugar durante los *veinte años* de la funesta dominacion de este tirano.

CAPITULO XVI.

JURAMENTO DE UN PEGUENCHE.

Por el mismo tiempo que Amalia sufria el cautiverio entre los Peguenches, habia un indio que era enemigo mortal de Agaparco; y esta enemistad databa de una fecha muy remota. Habian existido hacia cincuenta años dos familias, que por su fuerza y hermosura,—como es allí costumbre,—se dividian el poder, pudiendo este á duras penas conservarse equilibrado; pues los odios de raza, que son siempre inseparables de la sangre, se habian complacido muchas veces en resucitar antiguas discordias, en cebarse en víctimas inocentes y en convertir en escenas de sangre las muchas llanuras de los Andes, levantando tumbas en los lechos de los esposos, formando bandos que se destrozaban mutuamente, robando las riquezas, la honra de familias enteras, izando por do quier el pendon de la rebelion, seguido siempre de la venganza, de la persecucion, de la muerte.

La familia contraria á la de Agaparco era conocida por el nombre de su jefe llamado Namuno, cuyo apellido llevaba con orgullo, y que tenia su orígen de la deformidad de los piés que distinguia especialmente á los individuos que la componian. Muchas veces se habian encontrado frente á frente los jefes de entrambas razas, y muy

poco les habia faltado para llegar á las manos; pero Namuno reconocia á su pesar la superioridad de la fuerza de Agaparco, y este sabia dominar á su vez su impetuoso carácter por la prudencia, que ya hemos dicho le distinguia y le hacia descollar entre los demás. Zafra no dejaba de tener una parte, aunque involuntaria, en la envidia de Namuno. Habia algun tiempo que este sentia una pasion por Zafra, y en cambio solo habia recibido desprecios.

Los indios son fieles observadores de las tradiciones, de las consejas, y en general de todo lo que, viniendo de la antigüedad, se presenta revestido con cierto carácter de majestad imponente, que raya en lo divino é imperecedero. Namuno sabia que sus antepasados habian ido recibiendo sucesivamente, y en épocas solemnes, una tradicion terrible por sus imprecaciones y por el juramento de sangre, que las sellaba.

La fealdad y la hermosura han sido siempre dos elementos de compasion y desprecio. En los pueblos civilizados han sido causa de sátiras mordaces y de duelos á muerte. Entre los salvajes, ligeramente iniciados en las doctrinas ilustradas, han dado pábulo, no á luchas morales, sino á estravíos de razon que han conducido al asesinato, al degüello, al esterminio.

La raza de los Agaparcos parecia pertenecer á una cuna de bellas figuras, á esos tipos de estátuas animadas que con tanta avidez se buscan por los artistas que sienten arder dentro de sí el sacro fuego de la inspiracion y de la belleza. Por el contrario, la raza de los Namunos era raquítica; sus progenitores se asemejaban á las ramas secas y tortuosas de esos árboles chatos, que por su generalidad y mal aspecto se encuentran por todas partes; árboles, que parece llevan la maldicion, troncos de mal agüero que solo sirven de guarida á los criminales y á las aves pestilentes, que tan solo viven de noche, que solo sirven para intimidar con sus chirridos; abortos de la naturaleza, fétidos partos de las regiones infernales, seres abatidos, que no osan remontar su vuelo del cieno donde viven, que no pueden dirigir una mirada á la luz de los cielos.

Los ascendientes de Agaparco mas de una vez habian robado con seduccion á las mujeres de los Namunos, y estos habian jurado vengarse.

La tradicion decia: «que una cierta noche en que la tempestad y los desencadenados vientos bramaban con furor, en que solo reinaba

la oscuridad y el espanto, un hombre á caballo y con una tea encendida habia atravesado por los Andes; que de su cuerpo salian llamas azules; que al llegar delante de una mala toldería se habia apeado y que habia vuelto á salir en seguida, llevando en sus brazos á una mujer muy pálida y que besaba el rostro de su raptor.» Montaron los dos á caballo y se perdieron en la oscuridad; tan solo habian dejado en su veloz carrera el rastro de un humo blanco y brillante al mismo tiempo, parecido á una ráfaga, ó á una rápida constelacion. La verdad era, que un Agaparco habia robado á la mujer de un Namuno. Tres dias despues, dos hombres, dos hermanos arrodillados delante de un alto peñasco, á la primera hora de la noche, con sus huinús (1) levantados juraban esterminar la raza de los Agaparcos, transmitiendo esta venganza hasta la mas remota generacion. Este horrible juramento fué cumplido por los hijos de los hijos, y así habia llegado hasta nuestro Namuno, que pretendia ejercer su saña fiera en el mas sabio y denodado de los Peguenches, Agaparco.

No ignoraba el amante de Amalia las intenciones malévolas de su adversario, y aunque no le temia, procuraba evitar los encuentros. Namuno espiaba la ocasion propicia para verter la sangre de su rival. Odio antiguo, pasion desenfrenada, superioridad de fuerzas y belleza, todo desesperaba á este indio que maldecia el dia de su nacimiento: lleno de rabia renegaba de su propia existencia; porque le pesaba como una roca de plomo y le mortificaba como la punta de un acero que se ha quedado entre las carnes.

—Maldicion! Maldicion! esclamaba: quiero, sí, quiero clavarle mi huinú, quiero atormentarle con el cúthal (2) quiero arrancarle su pullú (3) y quiero dar de comer su lonco (4) á mi piñom (5). Morir, sí, morir; pero matándole y dar su pinque (6) á sus cathús (7). Así hablaba Namuno enfurecido revolcándose por la arena, como el tigre herido por la certera mano del cazador.

Agaparco, por el contrario, dormia tranquilo bajo el techo de su toldería: solo un hondo suspiro entreabia sus labios de vez en cuando; este suspiro se dirigia á una mujer, esta mujer era Amalia. Namuno,

(1) Cuchillos.—(2) Fuego.—(3) Espíritu.—(4) Cabeza.—(5) Mujer.—(6) Corazon.—(7) Camaradas.

al oirlo, hubiese creido que se dirigia á Zafra; pues en sus locos celos no podia descubrir que la pasion de su pretendido rival, solo la fomentaba una mujer nacida fuera del desierto. Namuno era, como todo indio, pertinaz, astuto, fiero: rondaba siempre alrededor de la tienda de Agaparco; miraba de vez en cuando al cielo como para hallar alguna señal propicia, buscaba la hora del asesinato, invocaba al genio del crímen. Sabia que Agaparco descansaba muchas veces al aire libre, y el pecho que este llevaba descubierto ofrecia á aquel un espectáculo de horror; pues creia ver clavado el cuchillo en el corazon de su víctima indefensa, y la sangre salir á borbotones.

Hay para el criminal momentos propicios que la sana razon calificaria de instantes fatales.

Cerca la tienda de Agaparco habia una de esas frondosas selvas que tanto abundan en los Andes: su aspecto convidaba al descanso; su hermosura era creada á propósito para los amantes que buscan en la soledad un consuelo á su penar.

Agaparco, en los intérvalos que el sol calentaba con toda su fuerza, solia retirarse á este bello recinto. Allí, con la mirada abatida y el pensamiento fijo en una sola idea, solia entregarse al sueño; á ese sueño, que vela la frente tersa é inalterable, signo infalible de la carencia de remordimientos, de que gozan los ángeles en el cielo, las almas justas en la tierra. El ángel bueno y el malo se disputaban el poder en este rincon del mundo: el uno cobijaba con sus alas al hombre dormido: el otro agijoneaba á Namuno para que consumase el delito. Agaparco acababa de entregarse al dios Morfeo, reclinada su cabeza en el tronco de un árbol: el hijo del desierto era mas feliz en su reposo que el rico banquero que se revuelca sobre colchones de blanda pluma: solo por intérvalos levantaba la cabeza como si oyese algun ruido; pero nada podia percibir á la luz de sus ardientes ojos; sin embargo, de vez en cuando las hojas secas que habia por el suelo, crugian como si alguien las pisase. Agaparco casi llegaba á convencerse que era efecto de su imaginacion enferma y agitada. Duró esta duda por algun tiempo, y volvió el indio á entregarse al sueño.

El ruido era producido por un hombre: este era Namuno que, cuchillo en mano, miraba con vista sangrienta al que creia ya su víctima. Iba arrastrándose por la crecida yerba y agachándose trás

los troncos de los árboles, semejante á la serpiente que habiendo visto á un niño dormido, se arrolla y desliza, para poder con mas seguridad cebarse en las tiernas carnes de su inocente presa. Namuno solo se hallaba á algunos pasos de su enemigo, una sonrisa infernal dejaba ver las dos filas de largos dientes que coronaban la boca del indio: es que se abrian para dar paso á una respiracion lenta y pesada; respiracion de fuego y de despecho; como el viento seco que agosta los campos y arremolina la arena en las desiertas playas. Namuno vacilaba; apoyábase jadeante en una mano y con la otra blandia su cuchillo y marcaba en el aire los golpes, como si los estuviese ya asestando al ser que dormia casi á sus piés. Solo faltaban algunos pasos; pero el destino no habia aun marcado la hora de muerte para Agaparco; aun se leia en el gran libro de las suertes la palabra «esperanza.»

La casualidad hizo que el cuchillo de Namuno resbalase de su mano y produjese al caer cierto ruido en la arena. Dispertóse al momento Agaparco, y con la rapidez del rayo vió á Namuno y su cuchillo en el suelo: levantóse, y metiendo mano á la cintura sacó otro cuchillo de mango plateado; irguióse, y se dirigió con paso firme hácia Namuno, que habiendo recogido el suyo, habíase preparado con igual rapidez para evitar el golpe que creia iba á dirigirle su adversario; pero Agaparco, confiado en su destreza, quiso antes dirigir algunas palabras al que en mala hora le habia dispertado.

—Inhumano,—le dijo;—¿qué pretendes persiguiéndome siempre?

—¿No sabes, maldito cacique, que estoy obligado á cumplir un juramento?

—Tu imaginacion abulta las cosas, y no te las deja ver tales cuales son. El espíritu de la venganza ha perseguido sin cesar á los de tu raza.

—Los Namunos han sido y serán siempre tus cayñés, (1) y no pararán hasta que te hayan quitado el pepin (2).

—Los Agapargos se han burlado siempre de tus chapis (3); y tú, hijo de la noche y del negro rencor, morirás á mis piés, mordiendo la yerba del desierto.

(1) Enemigos.—(2) Poder.—(3) Soldado hablando de él con desprecio.

—Moriré, si, moriré con gusto; pero con venganza cumplida.

—¡Namuno! ¡Namuno! No me provoques; porque de otro modo irás á visitar á tus padres en el imperio de las sombras.

La mirada de Namuno era en este momento feroz, era la del gato montés que está acechando su presa. Agaparco conoció las intenciones y retirándose dos ó tres pasos, se preparó á embestir.—Acabemos, dijo: acabemos, y sea nuestra sangre, el último suspiro de la envidia. Cúmplase el juramento de los Namunos y líbrense los Agapargos de la ira de una raza vil é infame. Acabó y miró al firmamento. En este momento habia encima de sus cabezas una nube encarnada parecida á una pincelada de bermellon. Cualquiera la hubiera visto con indiferencia. Los dos indios se estremecieron; aquella nube era para ellos el presagio de un crímen, la mortaja de sangre del vencido, el dosel que debia cubrir su tumba.

Namuno fué el primero: arrojóse con ímpetu sobre Agapargo; éste detuvo el golpe: sus pechos luchaban, sus huesos crujian: sus manos se crispaban en el aire, llenándolo con sus gritos de estertor. Pugnaban con denuedo. La fuerza del uno era atlética y la del otro no era fuerza, era desesperacion. Estas dos naturalezas parecia haberse conservado vírgenes para este momento de prueba. Hubo instantes en que la victoria estaba perpleja; pero Namuno debia morir. Agapargo se deshizo de su rival, apretó con una mano su garganta, y con la otra hundió dos veces su cuchillo en el corazon de Namuno. Estremecióse éste y cayó rodando á los piés de Agaparco, semejante al tronco de la encina que el desencadenado viento dobla. Una bocanada de sangre heló su respiracion y su existencia voló al reino de las inmortalidades.

Agapargo cortó la cabellera de aquel cadáver: era un rico despojo para el indio vencedor. Retiróse á su tienda con el corazon oprimido; oró, y durmióse. Poco despues la luna solo alumbraba un charco de sangre. El cadáver habia desaparecido. Cuatro indios lo habian llevado á la toldería de los Namunos y lo habian pasado por delante de la tienda de Agapargo. ¡Triste contraste! El uno dormia en el sueño de la vida: el otro descansaba en brazos del sueño de la eternidad.

CAPITULO XVII.

LA SEPARACION.

ADMIRABLE es y prodijioso, sin duda alguna, el efecto que produce la libertad en el corazon de sus defensores: y tal es el entusiasmo del hombre que á ella ha prestado algun servicio, ó que ha sufrido por su causa, que cuando refiere sus penalidades ó muestra su pecho orlado con el distintivo que simboliza alguna de sus conquistas, se cree remunerado con sobras de todos los infortunios; habla con el entusiasmo del que defiende la causa de Dios, y hasta se considera superior á los demás que han permanecido indiferentes, como si hubiesen dejado de cumplir uno de sus mas sagrados é imprescindibles deberes.

En la historia tenemos amontonados ejemplos palpitantes de esta verdad; y sino decidme: ¿No habeis sentido algo al recorrer con la vista las célebres batallas que aseguraron la independencia de la Grecia y que sirven aun de modelo á todo el mundo?—¿Y cuál fué el aliciente que pudo escitar la bravura de tan corto número de ciudadanos?

Mas de dos mil años cuentan hoy las célebres batallas de Milciades, Leonidas y Temistocles, tan frecuente como hábilmente descritas en mil historias; y sin embargo de tan dilatada fecha, tal es el entusiasmo que produce en las almas elevadas el mas pequeño y sencillo bosquejo de un nuevo triunfo, que, escitando nuestra admiracion, nos parecen tan recientes, como si hubieran sucedido el dia anterior.

Así se concibe, pues, cual debió ser el aliciente que escitó la bravura de tan corto número de griegos,—como dice Estévan de la Boecia,—é infundirles valor bastante para acometer las poderosas fuerzas navales que cubrian sus mares, y derrotar ejércitos tan numerosos. Solo el deseo de conservar su libertad podia ser, porque los griegos combatieron unicamente contra los persas en aquellas gloriosas jornadas por la conservacion de su independencia: ¡ y en ellas, sin embargo, triunfó la Libertad del *Despotismo*, el derecho de la Usurpacion !

Hé aquí la verdadera causa que detenia á Martin en Buenos Aires, y le privaba hasta cierto punto de ocuparse de la desgraciada suerte del veterano coronel Mendez.—El entusiasmo del triunfo de la libertad.

Tan luego como logró la caida del tirano, todos sus desvelos, todo su conato se cifraban en aconsejar al nuevo presidente y á los verdaderos amantes de la prosperidad del país para cortar el vuelo al ambicioso, que, si bien habia descendido del poder, habíase elevado á otro poder tambien, que tal vez era superior, porque era el de la fuerza.

Sin embargo, á pesar del grande regocijo que latia en su corazon, á pesar del inesplicable gozo con que hablaba por todas partes, con todos sus amigos, de la ocasion propicia para acabar para siempre con el poder de Rosas, un fatal presentimiento destruia sus ilusiones y le sumia de nuevo en un profundo pesar.

Martin conocia demasiado la insaciable ambicion del déspota; y la posicion especial, que ocupaba, de jefe superior de la fuerza armada le hacia pronosticar siempre ulteriores desgracias que habian de sembrar el luto y la afliccion en el seno de las familias.

Por fin, despues de varias escursiones á la quinta y de varios trabajos en la ciudad para asegurar sólidamente el gobierno de sus amigos, dispuso su marcha para Chile, á fin de ocuparse esclusivamente de lo que tanto le interesaba. Pero, la dificultad estaba precisamente en separarse del Capitan Mendez y de sus huéspedes, sin que pudiese

sospechar el primero el motivo que podia obligarle á obrar así, ó que tal vez alguna noticia desagradable acerca de la salud de su familia le precisára á guardar reserva en el asunto y hasta ocultárselo.

Con este motivo, Martin, en uno de los viajes á su estancia, manifestó al ex-presidente; que era indispensable que partiesen para Montevideo; porque tenia noticias secretas de una conspiracion que estaba preparando Rosas para volver al poder; que corrian indudablemente grande riesgo; y que para evitarlo, deseaba que aprovechasen la ocasion de unos amigos que marchaban dentro de pocos dias, los cuales tenian allí todo lo necesario para divertirse una temporada: que él permaneceria algun tiempo mas en la capital, y que, segun los sucesos y las circunstancias, les avisaria lo que debiera hacerse. Además, que era indispensable para el completo restablecimiento de Enrique mudar de aires; y que tal vez él iria en breve á hacerles compañía; pero que esto solo dependia de los sucesos.

No dejó de oponer al principio el venerable general algunas reflecciones de gran peso; pero la ciencia es un cetro indestructible en ciertas manos, como dice Montaigne: y Martin, que la poseia en una escala poco comun, pudo vencerlas todas sin grande esfuerzo.

No sucedia lo mismo respecto al enamorado Enrique, que á pesar de todo, no le era fácil olvidarse de los mas caros objetos de su corazon, que formaban, digámoslo así, el vínculo completo de su verdadera felicidad.

Mucho queria el valeroso capitan á su linda Aurelia; pero no por eso podia renunciar al grato recuerdo del anciano autor de su existencia, ni al de su querida hermana; no por eso dejaba de impresionarle el largo silencio que guardaban; pues, aunque Martin le habia manifestado dos ó tres veces que habia recibido carta de su familia, hacia bastante tiempo que no le hablaba de ellos: tal era la importancia de los sucesos que tenian contínuamente ocupada su imaginacion.—Además, Enrique tenia bastante talento, y esto privaba al antiguo amigo de su padre de toda conversacion, que pudiera comprometer la completa reserva que se habia propuesto guardar.

Empezáronse pues, los preparativos: el general procuró arreglar los asuntos de su casa, y al efecto, hicieron todos un viaje á la capital, como otras varias veces, pero para regresar el mismo dia: porque

Martin se habia opuesto siempre á los deseos del general, de volver otra vez á su casa, desde el restablecimiento del órden con la subida del nuevo gobierno.

Esta fué la vez postrera que se hallaron reunidos nuestros héroes.

A la caida de la tarde entraron en la estancia por el mismo órden que lo habian verificado el primer dia, cuando acompañaban al herido; si bien con la notable diferencia, que ahora no habia que lamentar desgracia alguna, ni temer por la vida de nadie, como entonces se temia por la de Enrique.

La aproximacion de los dos coches que conducian á nuestros viajeros, puso en movimiento á los criados de la estancia, que se apresuraron á franquear las puertas.

Martin daba el brazo derecho al jóven capitan y abrian el paso al anciano general que iba en medio de sus dos hijos.

—Ahora sí que puedo decir que estais salvados:—esclamó Martin al subir la escalera y dirigiéndose al general.

—Pues qué, ¿nos rodeaba algun peligro?

—No; pero habeis corrido muchos sin saberlo.

—Eso lo admitiria mas gustoso, si no hubiéramos tenido la desgracia de perder á nuestro buen Emilio. ¡Pobre Emilio!—repuso el general llevándose el pañuelo á los ojos, como para enjugar una lágrima, que le arrancaba el doloroso recuerdo del hijo de su mayor amigo.

—Tambien nosotros lo hemos sentido, general; pero ya sabeis que no ha sido posible salvarle, y que no tenemos que arrepentirnos de haber sido su causa, ni de haber contribuido en nada á su desgracia;—contestó Martin:—pero dejemos esto: es preciso que hasta nuestra separacion reine entre nosotros la mas completa alegría: bastante hemos sufrido.—Impongo pues á todos la pena de no evocar recuerdos tristes: gocemos, al menos, un dia completo de tranquilidad, despues de tantos meses de disgustos.

—Sí, sí: tiene razon Martin;—dijo Aurelia reclinándose en su gran butaca.

—Si me lo permitierais, me atreveria á haceros una proposicion,—interpuso Enrique muy animado.

—Permitido,—contestó el general,—á quien se cedia siempre la presidencia.

Ahora sí que puedo decir, estais salvados:— esclamó Martin.

—Pues bien: toda vez que es temprano aun y que la tarde nos convida, propongo un paseo por el bosque:—dijo Enrique.

—Bien, añadió Martin;—pero eso será despues de haber tomado algo.—Aurelia se levantó al momento y se puso en actitud de salir.

—Tampoco yo he querido manifestar, que precisamente ha de ser en el acto;—objetó Enrique.

—Hablemos tambien de nuestro viaje;—observó el general en tono grave.

Martin llamó á un criado para que trajese refresco; y contestó:

—Por mi parte todo está dispuesto y resuelto: yo soy el peor librado, porque me veré privado de vuestra amable compañía, y no podré disfrutar del agradable clima de Montevideo; pero vos, general, con vuestros hijos, acompañado de Enrique... por quien tanto os habeis interesado; no teneis mas que gratas afecciones, motivos palpitantes para gozar y divertiros en la rica y floreciente reina del Atlántico.

—¡Ah!

—Inútil es, que trateis de decirme lo contrario;—le interrumpió Martin;—el único goce, la única ambicion del hombre, que, como vos, ha sabido adquirirse y conservar una reputacion sin tacha, no puede ser otra que la de vivir al lado de sus hijos, disfrutar de su cariño, y recibir los justos elogios de la opinion pública, que rinde tributo á la probidad y á la rectitud del funcionario digno, que ha administrado la justicia con balanza fiel, y equitativa.

Cruzánronse aun por ambas partes algunas contestaciones; pero Enrique solicitó la vénia del general para dar un paseo con Aurelia, como tenia de costumbre.

Retiráronse los jóvenes y quedaron los mas ancianos tratando asuntos de interés mútuo.

Enrique deseaba tambien á la vez hablar á Aurelia, porque luchaba con una idea terrible: la de alejarse mas aun de su querido padre y el deseo natural de adquirir noticias suyas; pues ya sabemos que Martin evitaba todo lo posible las ocasiones de hablar de la familia, Pero por otra parte, amaba demasiado á Aurelia, y no sabia él tampoco si tendria valor suficiente para dejarla. Por fin resolvióse á hablarla con toda franqueza y la dijo:

—Dime, Aurelia; ¿tendrás siempre en mí la misma confianza que hoy?

—Me das miedo, Enrique: estraño tu lenguaje.

—Vamos; no me increpes antes de saber lo que voy á manifestarte.

—Bien; pero ¡me haces unas preguntas, Enrique!...

—No, bien mio; eres demasiado susceptible: al momento te ofendes. El que ama, siempre está temeroso de causar á su ídolo el mas leve disgusto; y esto mas bien que otra cosa, me ha impelido, digámoslo así, á prevenirte antes; ó si tú quieres, á desvanecer ese mismo temor, que yo tenia de ofenderte.

—¡Ah! Enrique mio: si mi corazon no te amara, no se ofenderia nunca de tus recelos; pero sabes que ha jurado ya ser tuyo hasta la muerte; que no puedo amar á nadie mas que á tí, que solo tú eres mi rey: ¿cómo quieres que no se resienta al mas ligero asomo de tus dudas? ¿cómo quieres, que sea insensible al ver que tú vacilas, cuando solo está anhelando que se robustezca tu firmeza.

—Bien, ángel mio; perdóname: las almas buenas, como tú, no pueden menos de aprobar lo que queria proponerte, si bien no me atrevia por temor de disgustarte.

Yo tengo un padre tambien, Aurelia, y una hermana, jóven y hermosa como tú: me quieren tanto como tú quieres tambien al que te ha dado el ser: hace bastante tiempo, como otras veces te he indicado, que no tengo noticias suyas, á pesar de haberles escrito varias veces; y aunque supongo que no tendrán novedad, porque están en la hospitalaria y tranquila Chile, me es muy sensible sin embargo, separarme, alejarme mas de ellos, sin verlos antes, sin darles, aunque sea el último abrazo, por si la suerte me priva del singular placer de poder vivir contigo á su lado.—Ya sabes que mi corazon es noble, ingenuo, sincero: ya sabes que eres mi bien: vivir sin tí, seria lo mismo que vivir sin vida, vivir en la agonía; pero, ¿á qué mezclar sinsabores á nuestras delicias? ¿á qué partir contigo, ser feliz, para tener continuamente el tormento de no poder adquirir noticias de su salud, de no poderme marchar con la alegría de que nada puede turbar la tranquilidad de mi espíritu?

Aquí tienes, Aurelia, el motivo por qué preguntaba, si tenias en mi confianza.—Queria, pues, consultarte mi partida, mi separacion por breves dias: queria consultar tu valor; porque te creo, Aurelia, y los ángeles como tú no pueden mentir: has jurado amarme por las

cenizas de tu madre, y tengo la conviccion íntima que no las hubieras invocado, si no lo hubieras sentido así en el fondo de tu corazon.—Pues bien, ya sabes la resolucio n de partir un dia de estos para Montevideo: yo he pensado dirigirme á Chile con un criado, ver á mi familia y luego volver á tu lado para no separarnos jamás. ¿Lo apruebas?

—¡Ah!—Los sollozos ahogaron las palabras de Aurelia.

—No llores, mi vida:—¿lo ves?—ahí tienes confirmados mis recelos.

—No importa, Enrique: gózate siempre del llanto puro, que es un efecto palpable de la pureza del alma, de la sinceridad del corazon que siente.—¿Cómo dejaria una madre de llorar la ausencia de un hijo, por breve que esta fuere? ¿No conoces que las almas sensibles no pueden estar tranquilas sin tener siempre á la vista los objetos que adoran? Quítale á la pacífica oveja su inocente corderillo, y la verás llamarle por todas partes con tristes y compasivas baladas: ¿cómo quieres pues, que mire sin afectarme tu partida? ¿cómo quieres que la mitad de mi corazon vea, impasible, desprenderse de sí su otra mitad?

Esto nunca, Enrique; pero con todo, no dejo de reconocer en tí esas bellas cualidades que constituyen al hombre bueno: ¡Oh! el que es buen hijo, es buen esposo; en el seno familiar es donde refleja la bondad en toda su pureza, en toda su latitud.—Además, ¿no sabes lo que dice el insigne Byron respecto del amor?—« El amor, dice, solo es un episodio en la vida del hombre: al contrario, es toda la ecsistencia en la mujer. »

Sí, Enrique: aunque el dolor de tu ausencia, tal vez en este momento no pueda yo definirlo; aunque mi corazon contará los dias de tormento por los de su duracion; aunque me parezca imposible que puedas separarte ya de mí, es un deber sagrado el que te obliga, y mi corazon, aunque le faltasen las fuerzas, le respeta.

Vé, en buen hora, á dar un abrazo á tu querido padre y á tu buena hermana: séate el hado propicio: pero al menos, no dejes de escribirme con toda la frecuencia posible. La resignacion podrá darme valor para sufrir tu ausencia; pero dudo mucho, que pudiera dármelo para sufrir tu silencio.

—Basta, Aurelia: basta.—Tu corazon es tan grande como tu her-

mosura. Tu espíritu se remonta de contínuo á los cielos: hace como la inofensible alondra, que establece su nido junto á algunos tallos de trigo para elevarse de tan humilde estancia hácia la region de la luz, hácia la morada de Dios. ¡Ah! Si yo pudiese vivir contigo, rodeado de nuestros padres, acariciado de nuestros hijos.....¿no es verdad, Aurelia, que seríamos los seres mas felices de la tierra? Entonces sí que podíamos esclamar con Napoleon el Grande: « Sí tienes un padre, una madre, una esposa é hijos, no puedes temer nunca las ansiedades del fastidio, aun cuando estuvieras dotado de un espíritu tan ardiente como el fuego del Etna: naturaleza, patria, los seres que nos rodean; ellos son los verdaderos placeres de la vida y de los cuales nada puede distraernos ni indemnizarnos. »

Pues bien, Aurelia, esta noche dispondremos nuestra partida: lo consultaré primero con Martin, que, como te he dicho otras veces, le respeto y le quiero tanto como á mi padre; él os acompañará probablemente, si sus asuntos no exijen su permanencia en Buenos Aires: yo pasaré ocho dias al lado de mi familia y si logro vencer á mi padre, se vendrán conmigo para no separarnos jamás.

La luna plateaba ya en las mansas aguas de los cristalinos arroyuelos del bosque; estas dos almas, que parecian haber nacido la una para la otra, nunca se cansaban de comunicarse y solo el respeto filial, hizo conocer á Aurelia que quizás habian invertido mas tiempo del que debieran; así que levantándose de su grotesco escaño, cubierto por la frondosa cabellera de un plátano, cogió la mano de Enrique y le dijo.

—¡Ay, Enrique! es muy tarde y papá va á reñirnos: nos hemos distraido demasiado.

—No, Aurelia,—bien sabe el general Viamont que el hombre de corazon es incapaz de ruindad alguna; esto se queda para las almas bajas y pequeñas. El que puede llevar con orgullo la palabra hombre, no abusa nunca de la confianza ni de la amistad.

—Es verdad; yo me sonrojaria si me riñese: no sabria que contestarle.

—No te dé cuidado; yo me encargo.

En el acto mismo de entrar nuestros jóvenes en la sala, salian de su gabinete los otros dos á quienes habia entretenido tambien el interés

de los asuntos políticos que habian tratado.—Aurelia fué á dar á su padre el beso de costumbre,—que Enrique miraba con impaciencia,—y la preguntó si se habia divertido.

—Sí, papá; mira; hemos paseado hasta ahora por el bosque.

—Entonces estarás cansada.

—No, porque hemos estado sentados tambien.

El general no miró con gusto la última contestacion de su enamorada hija, y se preparó para hacerla á solas algunas reflexiones.

Por fin, llegó la hora de retirarse; y allí trataron Martin y Enrique de la partida.

—Martin,—le dijo este:—ya sabeis lo mucho que quiero á mi padre y mi Amalia: hace bastante tiempo que no sabemos de ellos; y seria reprehensible que partiese para Montevideo, sin darles antes un abrazo; máxime ahora, que han cesado las causas que ponian en inminente riesgo nuestras vidas y que hasta hacian difícil nuestro viaje.

—Estoy persuadido, Enrique, que tienes en mí ilimitada confianza y que me has visto siempre dispuesto á contribuir en lo posible á tu bienestar: tampoco habrás olvidado la fecha de la intimidad de mis relaciones con tu padre: pues bien, todos estos recuerdos los evoco ahora, para que no vaciles en seguir estrictamente mis consejos.

Conozco mejor que tú las maquinaciones y el poder actual de Rosas: quizás á estas horas esté ya promoviendo algun disturbio; ni yo mismo estoy muy seguro en esta. He aquí la razon por qué es necesario nos alejemos de este punto. Rosas es vengativo; conoce muy bien á todos los que le hemos combatido; y si supiese que nos hallábamos en compañía del general Viamont, á quien tiene tambien por enemigo, no tardaria muchas horas en mandar unos cuantos malvados para asesinarnos.

Esto es lo que deseo evitar, y esto solo puede lograrse saliendo de la confederacion; por otra parte, tu familia sigue bien; y á no ir para estar en su compañía mas tiempo del que tú puedes permanecer, solo servirá para proporcionarles otro disgusto.—Bien sabes que quedé encargado de poner á tu padre al corriente de todo; y esto debe decirle, que si bien le oculté tu herida, no me he descuidado de escribirle con frecuencia. Además;—¿crees, que no lo he conocido?—Tú

amas, Enrique; y hasta para tu salud misma es conveniente que acompañes á la hermosa Aurelia.—De todo lo demás yo me encargo.

Enrique hasta se alegró del consejo, porque veia realizados sus deseos de no abandonar á Aurelia.

Al dia siguiente debian emprender todos la marcha para Montevideo.

CAPITULO XVIII.

MARCAS AGENAS: ESPOLIO GENERAL: HISTORIA.

ANTES de comenzar la narracion histórica que encierra este capítulo, debemos advertir á los que no sean muy aficionados al lenguage árido que aquella requiere,—y en particular á nuestras amables lectoras,—que pueden pasarle por alto; si bien aconsejamos á los primeros, que se tomen la paciencia de recorrerlo, si es que desean conocer á fondo los acontecimientos que tuvieron lugar durante el funesto periodo de la dictadura de este tirano.

«Marcas agenas:» he aquí dos palabras que constituyeron el robo mas escandaloso de ganados que podia perpetrarse, á pretesto de arbitrar recursos para mantener el ejército espedicionario.

Ya sabemos que el objeto de Rosas no era el de llevar á cabo una espedicion contra los indios, sino el de conspirar contra el gobierno legal y aumentar su prestigio y su fuerza con riquezas y robos.

Hallábase ya dispuesto á marchar sobre el *Colorado*, y pasó una circular á todos los jueces de paz para que se hiciese en las estancias,

una especie de requisa ó secuestro de todos los ganados que se hallasen con «marcas agenas.»

Pero esto merece esplicacion: todas las casas del campo ó estancias, están destinadas allí para la cria y matanza de los ganados; pero, como estos se hallan en tanto número, que en las vastas llanuras de la Plata andan á veces errantes los caballos en manadas de 10,000, no hay una sola estancia que no tenga un considerable número de «marcas agenas,» es decir, que no tenga entre sus rebaños una multitud de animales de los rebaños vecinos, que al salir al pastoreo, se unen y mezclan; pero que esto no irroga perjuicio alguno, porque es recíproco y general: de modo, que el privar á las estancias de las marcas agenas, seria equivalente á llevar á cabo un impuesto general de una quinta parte de la propiedad territorial; y he aquí precisamente lo que se habia propuesto el tirano.

Ordenó, pues, sin autorizacion ni conocimiento del gobierno, que cada juez de paz apartase de cada estancia todas cuantas reses se hallasen con «marcas egenas,» y que se confiscasen para la manutencion del ejército.

Todos los propietarios se opusieron á este «espolio general,» que no merece otro nombre, y alzaron un clamor anánime contra este saqueo de sus propiedades, apoyados en que un jefe militar no estaba autorizado para ordenar un secuestro, porque esto solo correspondia cuando habia precedido sentencia judicial, ó era medida del cuerpo legislativo y promulgada por el poder ejecutivo, segun la constitucion del país.

Esto dió lugar á que recibiera el gobierno de todas partes enérgicas y sentidas esposiciones, que quedaron todas ahogadas, porque el gobierno no se creia con bastante fuerza para contrarestar las usurpaciones del comandante general de campaña, ó sea del jefe supremo de la fuerza armada: y porque los partidarios de éste le acusaban por todas partes y le censuraban en la prensa, porque en vez de trabajar en pro de la causa pública, solo se ocupaban en desacreditar la creciente fama del jefe de la fuerza.

Por fin, á pesar de la grande oposicion que naturalmente debia hallar esto, despues de proveer Rosas á sus divisiones, aumentó considerablemente sus estancias con los grandes sobrantes, procurando poner sus marcas á todos los ganados secuestrados, y acrecentando mons-

truosamente su fortuna, á cuyo fin se creó una especie de estado ó dominio en aquellos contornos, haciendo que sus hijos y amigos, poblasen el territorio de estancias y las abasteciesen de los ganados que faltaban aun para cumplir su despótica órden.

Inútil fué el manifiesto que en 21 de octubre elevó al gobierno el propietario D. Feliciano Cariva, calificando la órden de Rosas de anárquica, espoliadora, y atentatoria contra el sagrado de la propiedad: el gobierno no pudo contestar siquiera, cuando Rosas le manifestó, que se habia visto en la precision de «arbitrar recursos para atender con regularidad al sostenimiento del ejército espedicionario,» que tantos beneficios iba á producir al país.

Tampoco dejaba de conocer el gobierno que la órden era tiránica y ofensiva al derecho de propiedad; pues es costumbre allí entre los propietarios del campo hacer cada año los *apartes*, que llaman ellos; cuya operacion consiste en hacer mutuamente cada vecino una revista anual en sus repectivas estancias, para recoger las reses que tengan las *marcas* de sus casas; estando además establecido, que las crias sin marcas pertenezcan á la casa de donde fueren las madres, á quienes siguieran.

Véase, pues, si decimos antes con fundamento, que el secuestro de «marcas agenas» era un espolio general de una quinta parte de la propiedad territorial, que constituye en este país su principal riqueza.

Pero no solo conseguia Rosas con este robo arrancar parte de todos los ganados de la provincia para enriquecer sus estancias y poblar una gran parte de territorio con otras nuevas, sino que segun los estados oficiales que tenemos á la vista (1), devoró las rentas públicas con los

(1) En corroboracion de cuanto va espuesto, acompañamos el siguiente estado oficial de los valores y efectos que recibió Rosas para el ejército espedicionario desde el 17 de Diciembre del 1832 hasta el 21 de setiembre del 33; advirtiendo que lo que él llamaba ejército no era mas que una pequeña columna de 3,500 hombres, entre los que habia 1000 indios.

He aquí el estracto:

	Pesos fuertes.
Valor de los artículos de Parque.	157,591
Id. de los artículos de Marina.	188,052
Idem. Id. de Comisaria.	360,354
Suma.	705,997

«escandalosos y ficticios consumos» que produjeron en el tesoro un déficit espantoso, y que, segun dijo en aquella época el *Monitor*, periódico que se publicaba en la capital bajo la direccion del que mas tarde

Suma anterior.	705,997
Id. del ganado pagado para la espedicion hasta el 24 de setiembre.	789,198
Id. de los caballos comprados para id. id.	350,766
Idem. yeguas para idem.	53,434
Idem. mas ganado vacuno y caballar, que por ignorarse el número de cada especie no se incluye en sus respectivos estados. . .	160,181
Idem. fletes pagados hasta el 24 de setiembre de buques y carretas al servicio de la espedicion.	121,756
Caudal en moneda corriente entregado el general D. Juan Manuel Rosas en este año de 1833 para gastos de la espedicion. . . .	356,000
Valor de las letras en moneda corriente, libradas en este año de 1833 contra el Tesoro Público por el general D. Juan Manuel Rosas, y que van presentadas y pagadas por esta Tesoreria. .	229,769
Id. de los sueldos y salarios pagados por id.	42,706
Asignaciones al ejército pagadas hasta fin de agosto.	42,354
Gastos generales pagados.	102,670
Total del estracto.	3.154,831

Resúmen de los novillos, vacas, ganados en pié, bueyes, caballos y yeguas consumidos en la espedicion.

Novillos en pié.	3677
Vacas id.	5523
Cabezas de ganado sin espresar su especie. . .	9737
Bueyes.	522
Caballos.	7978
Yeguas.	2676
Total.	30,113

En este último resúmen no va comprendida la carne de 142 reses que tambien van consumidas en la espedicion. Además de los 3,154,831 pesos que queda demostrado, se llevan pagados por solo la espedicion en la presente campaña contra los indios sin incluir los créditos de ella, que aun se ignoran, ni los sueldos y gastos del regimiento *Ausiliares de los Andes*, se acompañan las letras en metálico que se han presentado libradas por el general Quiroga en la forma siguiente:

	Pesos fuertes.
Por 43,250 pesos, valor de cinco letras que el general Quiroga ha librado á favor de D.ª Encarnacion Escurras de Rosas para gastos de espedicion contra los indios.	43,250
Por 456 pesos metálico que el mismo general ha librado á favor de Don Vicente Puebla.	456
Por 150 pesos que tambien ha librado el mismo á favor de D. Pedro Molina.	150
Total.	43,856

fué el panegirista del Tirano, ni el ejército mas numeroso de Europa era capaz de consumir.

Esto mismo lo hemos visto comprobado en una obra (1), que por casualidad ha llegado á nuestras manos, y de la cual transcribirémos algunos párrafos que tratan sobre este asunto.

«La espedicion contra los indios enemigos, tan importante para la República y tan gloriosa para las armas de la provincia se emprendió con un «proyecto de empréstito que nunca llegó á realizarse.»

«La Prusia mantiene un ejército de 511,150 hombres; y este inmenso estado militar no absorve la mitad de las rentas que el nuestro.»

«La Prusia invierte en la manutencion de su ejército 22 millones de pesos, cuya suma repartida entre los 511,150 individuos les toca á cada uno poco mas de 301 pesos, hecha la reduccion de los respectivos valores de la moneda de aquel país al nuestro. Cada uno de los que mantenemos nosotros cuesta 1263 pesos, resultando matemáticamente que la provincia de Buenos Aires gasta en un individuo de su ejército lo que bastaria para cuatro del de Prusia. Y no se crea, que pueda consistir la diferencia en los precios de los artículos de consumo; porque sino temiésemos distraernos del objeto principal de nuestro trabajo, probaríamos que la remonta, rancho, acuartelamiento, tan costosos en Europa, valen muy poco entre nosotros.»

Esto respecto á la manutencion del ejército: respecto á los robos en ganados, se revelan palpablemente tambien en la citada memoria.

«Por un cálculo bastante exacto, dice, sobre los gastos de manutencion del ejército; se deduce, que cada individuo ha consumido cerca de 14 reses en el espacio de ocho meses. ¿Quién no vé que esto es imposible? Una res produce, término medio, 15 arrobas de carne, que multiplicadas por 14 dan un total de 210 arrobas (2), 5250 libras, que partidas por 244 que son los dias de los ocho meses de manutencion, se obtiene un cociente de 21 libras y media de que se componia la racion diaria. Esto es absurdo. Contribuye tambien á aumentar los gastos de rancho la costumbre, casi generalmente adoptada, de alimentar á una multitud de gente que no pertenece á los cuerpos de línea, ni á los

(1) Memoria sobre la Hacienda pública: Angelis, pág. 33 á 68.

(2) Valores iguales á los de España.

de milicia en activo servicio... A veces todo un canton vive de fondos del Estado, porque en realidad los primeros pobladores de estos puntos aislados de la campaña forman una especie de «colonia militar» que se establece bajo los auspicios inmediatos del gobierno.»

En la página 49 demuestra, que las administraciones de Rosas han p rpetrado quince violaciones capitales contra las leyes de la administracion militar de la confederacion, y en la 31 dice: «la infraccion, pues, de las leyes vigentes de la provincia sobre la organizacion del ejército, en la sola parte que concierne á los grados militares, aumenta, grava las cargas anuales del erario en 1.018,464 pesos.»

Y por último; cuando dice que se propone dar la última pincelada sobre el cuadro lúgubre de la administracion militar, demuestra con operaciones aritméticas muy sencillas, pero robustecidas y apoyadas en documentos autenticos, que solo un escuadron de caballería de los que estaban á las órdenes de Rosas, costaba 500.000 pesos; es decir que consumia todo el producto de la contribucion directa de 1833, que fué 383.209 y todos los derechos de puerta y cabotage, que fueron de 130.001 pesos.

Y es preciso advertir, que el escuadron se componia de 160 soldados. «Invertirá pues,—dice el referido escritor,—la provincia 184.393 pesos en la administracion de justicia: 123.434 en el Culto: 168.468 en los establecimientos de educacion, ¡y gastará medio millon de pesos en un escuadron de caballería, con sus suplementos de Milicias!....¡Su consumo total es de 6.465 reses, cuando tal vez no se encuentran en el departamento que ocupan!..... Este solo artículo al precio de 32 pesos cada res, no importa menos de 388.388, suma superior á todas las contribuciones directas del año anterior.....»

No necesitan comentarios tales dilapidaciones, que escritas con ciertas salvedades para poder defender despues la reputacion de Rosas; como aquellos de mantener multitud de gente que no pertenecian al ejército y que formaban una «especie de colonia militar bajo los auspicios del gobierno,» produjeron con todo en la capital una impresion profunda, que en vano procuró debilitar la Gaceta Mercantil del 8 de octubre de 1834, lanzando furibundos reproches al autor de la citada *Memoria*.

«Por defender á quien le ha hecho partícipe,—decia el referido perió-

dico,—de la dilapidacion, no ha perdonado el patriotismo de este pueblo heróico, el augusto nombre de la Representacion Provincial, los eminentes servicios del Restaurador de las leyes, ni las representaciones mas clásicas del partido federal.»

Pero esto no desvirtuaba ni deshacia lo demostrado en otro artículo del Monitor; esto es, que el gobierno habia entregado á Rosas la enorme suma de 1.860,986 pesos para «gastos estraordinarios» de la espedicion al desierto, que unida á otras cantidades recibidas indistintamente, forman la espantosa suma de 5.017,747 pesos papel, sin estar incluidos los 43,856 librados al general Quiroga.

Estas dilapidaciones fueron lo que la Gaceta llamó mas tarde,—despues de la segunda elevacion del tirano,—«aumento de territorio á la provincia, destruccion de las tribus salvajes.»—Enriquecerse, crear conflictos al gobierno liberal, halagar á sus principales sicarios con el pillaje y el robo: he aquí lo que fué en realidad la ficticia «espedicion al desierto.»

Las tribus indias,—como dice con razon un periódico (1), han continuado acosando é invadiendo los territorios fronterizos de la provincia, á ser ciertos los partes que publicaba con frecuencia la Gaceta de Rosas, de reñidos y sangrientos ataques, que sus tropas tenian anualmente.

La civilizacion, por una parte, que va estendiendo por los ámbitos todos del universo su progresivo vuelo, y por otra, el aumento siempre creciente de poblacion, el progreso latente que, por esa ley constante é inmutable de la naturaleza, ha engrandecido á las naciones y colocádolas en el actual estado de adelanto y apogeo; ellas, decimos, y no los mentidos esfuerzos de Rosas, han repelido los indios al corazon de la Pampa, han invadido insensiblemente los vastos dominios del hombre selvático, del hombre de la naturaleza, y han derramado sobre ellos el prodigioso y fructífero gérmen del cristianismo; y ellas, y no las miserables patrañas del verdadero salvaje, del tigre inhumano, del hombre apóstata, degradado, ateo, han ido ensanchando paulatinamente el estrecho círculo de sus imperecederas conquistas y convertido aquellos seres, de materiales y feroces, en racionales y cristianos.

(1) Mensagero Argentino, núm. 228.

No hay mas que registrar la historia contemporánea de la América del Sur, para descubrir esta farsa ridícula, con que pretendió alucinar á una gran parte de los habitantes del campo y sorprender su buena fé.

Insistimos en esto; porque como, despues de su vuelta al poder en 1835, procuró hacer de esta espedicion un mérito, y hubo escritores poco delicados que mancharon su pluma y su reputacion, para revestirla con los agradables colores de un gran servicio á la humanidad y á su patria; insistimos en ella, decimos, para demostrar el por qué podia conservar ó mantener popularidad un sér tan degradado y aborrecible, como este tirano; y como á pesar de los crímenes y vejaciones de los tres primeros años de su anárquica dictadura podia haber ilusos que le creyeran tan necesario para ofrecerle por segunda vez la presidencia y resignados entregarse y someterse á su despotismo cruel.

Así, pues, le darémos un solemne mentís por lo que respecta á la destruccion de los indios y aumento de territorio con los siguientes datos.

Antes que ese hombre funesto hubiese figurado en la escena política, y antes tambien de ser conocido por otra cosa, que por haberse rebelado contra la autoridad paterna,—primer escalon de las maldades de Rosas; primer mérito para el aprecio público; primer rasgo de su perversidad:—antes de esto, decimos,—en 1821,—ya el distinguido general Rodriguez habia batido y perseguido tenazmente las belicosas y salvajes tribus desde la laguna de Caquel, venciéndolas en Chapaleofú. En 1822 las venció segunda vez en el arroyo de los Huesos, y desde entonces data la fortaleza del Tandil, que fundó el mismo. Volvió á atacarlos posteriormente en 1823 en el Rio de Sauce, y mandó una columna á las órdenes del general Rondeau para hacer un reconocimiento en Bahía Blanca y tomar datos para su colonizacion y establecimiento de poblaciones.

No fueron menores los triunfos conseguidos por el coronel Rauch en esa misma época al oeste, y en particular en el Arroyo de la Paja. La poblacion se aumentó: los indios fueron repelidos hácia el corazon de la Pampa, y todo esto se debe á las sabias disposiciones y proyectos del ilustre Rivadavia, desde cuya época datan,—como hemos indicado en otro capítulo,—las grandes mejoras que habian de engrandecer los vastos dominios del Rio de la Plata.

El progreso de la confederacion Argentina empezó con la subida al poder de este memorable personage; pero se estacionó, recibió el golpe de muerte el primer dia tambien de la usurpacion de Rosas.

Nada aumentó: poblacion, riqueza, propiedad; todo fué en descenso durante su ominoso mando: solo la destruccion, la anarquía, la muerte, contaban los dias de su apogeo por los dias de su dominacion.

En cuanto á la verdad de la espedicion, no cabe duda alguna, que Rosas llegó con el grueso de su division al Rio Colorado; pero allí estableció su *real* y se contentó con mandar lo que llamó él su *vanguardia*, que no era otra cosa que una columna de 800 hombres, de quienes desconfiaba, mandados por todos los jefes y oficiales adictos al gobierno legal, con objeto de alejarlos y desterrarlos á un punto distante, como era Choelechel, 120 leguas de su cuartel general, y desmembrar con este motivo la poca fuerza con que podia contar el gobierno en un caso dado.

Los coroneles Lago y Flores y los comandantes Costa, Julianes, Meneces y Susviela, á las órdenes del general Pacheco, sin mas instrucciones, que las de «batir indios donde se encontraren,» sin datos, sin itinerario, sin artillería, sin organizacion alguna, fueron los que marcharon hasta 14 leguas mas allá de Choelechel; sin hallar, empero, tribu alguna salvaje, ni sin haber alcanzado otro triunfo que haber acometido ferozmente algunas miserables é indefensas tolderías, que acuchillaron; pero sin haber visto siquiera trescientos indios reunidos.

¿Dónde están, pues, estos enjambres de indios, de que se alaba el tirano haber librado la provincia? Si realmente hubieran existido; ¿cuáles son las disposiciones estratégicas, los itinerarios, el plan, para que esa division no hubiera perecido en medio de esos millares de indios? ¿Cuáles son los actos que revelan ese conocimiento y ese estudio del centro salvaje, que tanto cacareaban sus menguados secuaces?

En otro lugar hemos dicho, que Rosas era un hombre oscuro, sin la mas pequeña instruccion, sin idea alguna de gobierno, de civilizacion, ni de sociedad; esto lo hemos hallado comprobado, siempre que hemos querido analizar sus actos. Lo repetimos ahora; porque este hecho, que ha sido ponderado por sus lictores, como uno de los mas importantes de su vida pública, analizado imparcialmente, como

acabamos de hacerlo, demuestra bien claramente, que no tenia nocion alguna geográfica, ni aun de su mismo país; ni poseia tampoco dote alguno de gobierno, porque hasta en sus conspiraciones para llegar al poder, se le ve siempre pequeño, ignorante, rudo: en fin se retrata siempre el hombre vulgar; el hombre de genio, nunca.

En tanto es así, que por poco enterado que estuviera este bárbaro de la geografía del país, no hubiera dejado de ver estos mismos parajes á donde mandó su division, hábilmente descritos y recorridos antes, por don Francisco Viedma, en su estensa memoria al Marqués de Loreto en 1784, y por otros varios autores, que no mencionamos; no hubiera ignorado, como se desprende, que en este punto no existian indios, porque apenas existia entonces alguna que otra choza, ó toldería, como dicen allí.

Unas cuantas mujeres y algunos indios que le entregaron los verdaderos espedicionarios; esto es, la division, que llamó de Vanguardia; un mal coselete de cuero y un sable viejo que bautizó al momento con el pomposo título, «de coraza y espada del famoso Cacique Chocori,»—del mismo modo que el valeroso caballero de la Mancha pudiera bautizar la memorable vacía del barbero con el ingenioso título de Yelmo de Mambrino;—fueron, en resúmen, los únicos descubrimientos y los grandes trofeos, que mandó al gobierno de su pretendida espedicion al desierto, cuyos resultados verémos muy pronto.

Pero el hombre perverso no puede vivir sin hacer mal; como el que sufre alguna dolencia no puede estar tranquilo mucho tiempo, sin exhalar de tanto en tanto algun quejumbroso ¡ay!

Despues de repartir como esclavos á los pobres niños prisioneros, entregó á la soldadesca las infelices mujeres y doncellas pampas, celebrándose con ello una famosa saturnal, en albricias del buen éxito; pero es preciso advertir; que fueron entregadas con su cuenta y razon, como él llamaba; fueron entregadas con la condicion de tener todos derecho de azotarlas y darles muerte si intentaban escaparse, lo que se ejecutó con varias. Tambien prestó otro gran servicio: formó una gran lista de las *cautivas*, rescataadas por sus tropas; y fué tan audaz, que no tuvo reparo en dar por *rescataadas* las verdaderas cautivas que existian en Patagones y Bahía Blanca antes de la espedicion, y llamar *cautivas* á la mayor parte de las verdaderas indias, que ni por su co-

lor, ni por su idioma, ni por sus costumbres, pertenecian siquiera á la provincia de Buenos Aires. Pero él necesitaba sacar partido de la farsa, porque hacia ponderar con ella el eminente servicio prestado al país, y se entretuvo en formar de cada una de ellas una laboriosa genealogía; —como diria el malogrado Rivera Indarte,—por la cual resultaba que todas habian nacido cristianas, ó eran hijas de cristianos; robadas, empero, por los indios en su infancia: y para que el número no fuera corto, escribiéronse en su secretaría muchos nombres supuestos para realzar los trofeos del *esforzado* conquistador.

Mucha razon tenia el distinguido autor de un artículo, que vió la luz pública en la Ilustracion (1), al trazar tan hábilmente el brillante paralelo entre Rosas y Luis Onceno.

Despues de copiar las palabras, con que el inmortal Chateubriand pinta al tirano francés para hacer la aplicacion de ellas al Bajah argentino, esclama: «Así se esplica como el populacho de Buenos Aires y una inmensa mayoría de su Campaña amaba y admiraba á Rosas, y la razon es evidente: le admiraba y amaba por la misma razon que el pueblo francés admiraba y amaba á Luís XI, que tan diestramente sabia lisonjear la pasion democrática, el amor á la igualdad:» es decir la democracia y la igualdad del despotismo, las que abaten la cerviz de la honradez para que descuelle la de la canalla, no las que elevan al hombre y le conceden derechos, que si un tirano se los arrebata, ponen en sus manos el puñal de Bruto y Scévola.....»

Esto mismo hacia Rosas: lisonjear y halagar las pasiones, autorizando el robo, el espolio, la disolucion para hacer los hombres insensibles á la compasion, al respeto que se debe á la dignidad y al honor, para pervertir las costumbres, para desquiciar, en fin, los sólidos diques del edificio social.

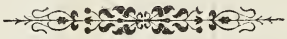
¿Quién no verá, al recorrer estos detalles una página repugnante de los inícuos emperadores de Roma, cuando hacian fabricar por sus esclavos boletines de conquistas? ¿Quién no vé, en esos ficticios triunfos, un fiel recuerdo de los capitanes aquellos que hacian pasar por suyos los despojos y cautivos, mandados comprar en los mercados de Italia, Grecia y Asia?

(1) Nos referimos á la Ilustracion que se publica en Madrid correspondiente al 1.° de mayo de 1852.

Luis XI,—dice el autor del citado artículo,—á pesar del cariño que profesaba al pueblo, le mandaba arrojar al rio dentro de sacos cuando desconfiaba de él; y Rosas para no ser menos, hizo degollar por la *mashorca* á una parte del pacífico vecindario de Buenos Aires, creyéndole en connivencia con Lavalle, y convirtió las capitales de las provincias sublevadas, Corrientes, Córdova, San Juan, Catamarca, Tucuman y la Rioja, en teatros de desolacion y sangre.

A la voz de su opresor, la culta Buenos Aires, la que de Pradt llamaba «Atenas de la América del Sud,» ha visto levantarse del fango para desempeñar altos destinos, hasta á *pulperos*,—taberneros,—y tenia para sus diversiones como el tirano francés uno ó mas locos en su compañía.

Pero, aun no es tiempo de hablar de esto: ya le llegará su turno.



CAPITULO XIX.

REVOLUCION.

RESUELTA ya la marcha de los refugiados en la «estancia del bosque,» como hemos dicho en el capítulo XVII, fueron todos al siguiente dia á la capital para embarcarse allí segun habia dispuesto Martin.

Pero el gobierno se hallaba tan débil con la vigorosa oposicion que le hacia la prensa y con los obstáculos que habian creado las vejaciones de Rosas, como acabamos de indicar en el precedente capítulo, que exhausto el tesoro, perdida la fuerza moral del gobierno, bastaban pocos golpes para derribarle.

Un eminente escritor contemporáneo ha observado con razon, que los absolutistas, enemigos acérrimos de los derechos del hombre, cuando estos se hallan garantidos por un gobierno liberal y justo, abusan siempre de ellos, para castigar despues de subir al poder hasta el uso mas moderado que hagan sus contrarios.

Siguiendo Rosas esta máxima, con la restauracion de la libertad de

imprenta habia creado un periódico, «El Restaurador de las Leyes,» para hacer con él una guerra continua al nuevo gobierno.

Sin embargo, Rosas procedia con esa hipocresía refinada que tanto se acomoda á los déspotas. Su esposa y el general D. Tomás Guido eran las únicas personas á quienes él comunicaba sus planes, y sus instrucciones reservadas se reducian simplemente á que nunca hiciesen sonar su nombre: que le ostigáran solo con la oposicion en El Restaurador, á fin de obligarle á tomar medidas violentas, que ellas serian pretesto para que estallára la revolucion en la capital, secundada eficazmente por él á su vuelta de la espedicion: que lisonjeáran á los prohombres del partido unitario, sembrando en él una division que debia debilitarle, esto es, estableciendo la distincion de «unitarios y decembristas.»

Segun estas prevenciones, el Restaurador publicó varios artículos, asegurando que entre los unitarios habia efectivamente personas de probidad y arraigo, personas respetables, dignas por mas de un concepto de regir los destinos de la Confederacion; pero no así entre los *decembristas*, autores del motin de 1828, que habian comprometido infamemente á los unitarios, con otros peregrinos elogios, que no dejaron de producir su efecto.

El resultado fué que los amigos del gobierno se dividieron en muchas fracciones, entre las cuales hubo una que tomó el nombre de Centro Patriota, cuyo objeto era establecer un término medio entre los unitarios y los que sostenian la lucha contra Rosas; pero, sin plan, sin elementos preparados para combatir al tirano, contentábanse con vanas declamaciones que hacian publicar contra el absolutismo; y hasta consintieron en que Rosas, caudillo el mas implacable, el mas fuerte de la tiranía, figurase como primer personaje en las listas electorales del partido del gobierno.

Tal órden de cosas era insostenible. Por fin la denuncia de un artículo del *Restaurador* produjo la reunion de los mas audaces de la oposicion, que ya estaba organizada, y dieron el grito de insurreccion aprovechándose de la debilidad y desprestigio del gobierno. Reuniéronse en el puente de Barracas, y despues de una pequeña escaramuza forzaron al general Balcarce á descender del poder y á salvar en la emigracion su vida con las de todos sus amigos que habian combatido á Rosas.

Tan violentos como inesperados sucesos variaron el plan de nuestros viajeros.

Al momento de llegar á Buenos Aires declaróse la agitacion, que siempre precede á todo trastorno político, y dispuso el general Viamont, de acuerdo con Martin, que Enrique y Aurelia con los criados fuesen á Santa Fé, en vez de hacerlo á Montevideo; y que dentro de unos dias se reunirian ellos.

Así se verificó; pero Martin, que antes de estallar la revolucion tenia ya conocimiento de ella, aconsejó al gobierno el mismo dia que se dirijiese á Rosas una nota con objeto de esplorar sus ocultos manejos, y que toda vez que se hallaba aun muy distante de la capital, frustrase sus planes, si los amigos le ayudaban.

Aceptó el gobierno y al darle cuenta del movimiento en 31 de octubre, le decia entre otras cosas: «que no pudiendo persuadirse el gobierno que le fuera indiferente la suerte del país, por el que tanto interés mostraba, amagado de calamidades y desgracias incalculables; y que penetrado por otra parte de la influencia que en los sucesos podia tener su franca y leal cooperacion, para poner término de una vez al fatal y estraordinario estado de cosas; habia resuelto hacer el último sacrificio que estaba en la esfera de su poder, suplicándole, se sirviese manifestar lealmente la conducta que se habia propuesto seguir en las actuales circunstancias, á cuyo fin habia resuelto el gobierno hacer frente á los revolucionarios y conservar el poder veinte dias mas, en cuyo plazo esperaba su contestacion.»

No se hizo rogar mucho el usurpador, ni le dió vergüenza manifestar con todo descaro su perfidia.

A los pocos dias contestó poniéndose en abierta rebelion contra el gobierno, declarando: que, «aunque él no habia dado la señal para el movimiento lo aprobaba no obstante de corazon; y que para que no pudiera darse á sus palabras interpretacion alguna, lo hacia secundar en aquella fecha por toda la campaña.»

Con este motivo celebraron juntas los amigos de Martin y resolvieron transigir con los revolucionarios, acordando poner un gobierno de su partido, porque no figurase Rosas y sobre todo que rigiese el país con sujecion á las leyes.

Al efecto nombraron al coronel Pinedo para que presidiese, y lo

hubieran conseguido sin duda, á no haberse opuesto tenazmente los enemigos de la administracion de Balcarce. Propusieron entonces al general Pintos, que ya no era su candidato, sino de una fraccion moderada del partido federal y que,—como se vió despues,—queria aun sin escluir á Rosas y sus amigos de los altos puntos del gobierno, que imperase el órden, la justicia y la moralidad.

Pero hallábase presente el general Viamont, y su reconocida probidad y rectitud eran demasiado recientes para no triunfar sobre todas las candidaturas.

Prevaleció, pues; y eligió para ministros á sus antiguos amigos Guido y García.

Aunque Martin no aprobó del todo que aceptára otra vez el gobierno; porque conocia demasiado el incontestable poder de Rosas, que apoderado, como estaba, de la mayor parte del ejército sabria halagarle para que le elevára un dia ú otro; le aconsejó no obstante que procurase por todos los medios posibles destituirle del cargo de gefe superior de la fuerza armada, porque con ello era imposible todo gobierno.

Así se acordó entre todos los amigos, y viendo Martin qne por el pronto Rosas no podia escalar el poder, determinó partir para Chile á fin de consolar á su antiguo amigo y poner en juego sus muchas relaciones con los caciques de algunas tribus, para que le devolviesen por una cantidad cualquiera á la jóven cautiva.

Despidióse, pues, de sus amigos y escribió, antes de partir, á Enrique para prevenirle acerca de los acontecimientos que pudieran tener lugar, y salvarle al propio tiempo de cualquier peligro.

Mucho sentia el general Viamont carecer de los respetables consejos de aquel amigo, tan leal como instruido; así que al saber su partida el dia anterior le dijo:

—Costoso me es y sensible, amigo Martin, en circunstancias tan difíciles como estas, no poder contar con vuestras superiores luces.—Creo que mis canas serán para vuestro talento el lenguaje mas elocuente de mi sinceridad y de mi reconocimiento.—No lo dudeis, Martin: os debo tanto, que no podré nunca recompensaros; bien que vuestra posicion y vuestra hidalguía no necesitan mis pobres ofertas. En cambio, espero, admitais mi gratitud eterna.—No puedo, no tengo

derecho á exigiros nada: bastantes favores me habeis dispensado; pero, si pudiera, seria el mayor de todos para mí, el que suspendierais, ó dilatarais por algun tiempo mas vuestro viaje, y permanecierais á mi lado para ayudarme á llevar con acierto este pesado cargo, que acaban de conferirme, y que solo por vuestro voto he aceptado.

—No he dudado nunca, general, de vuestra reputacion intachable, de vuestra bondad, de vuestro aprecio.—Habeis interpretado perfectamente el único interés, la única ambicion que guia siempre mis acciones: os doy las gracias; pero esa idea fija y constante, que me ocupa siempre, de hacer bien á mis semejantes, es la que me obliga tambien ahora á partir; y podeis estar seguro que á no ser la persona, por quien estoy interesado, mi mayor y mas antiguo amigo, no os abandonaria en estas circunstancias.

—Gracias, Martin; pero, supongo, que no será ninguno de nuestros conocidos, que correrán algun peligro, porque Alvarez y todos los que yo me acuerdo se hallan ya libres de las inicuas vejaciones de Rosas.

—Sí; pero está padeciendo considerablemente un proscrito,—que tambien conoceis,—que pudo salvarse de la furia del perverso Aldao.

—Hablad, Martin; que al momento tomarémos disposiciones para mejorar su posicion, ó para aliviar sus padecimientos.

—¡Ah! No os canseis. Son padecimientos morales, que no pueden curarse sino con la devolucion del objeto perdido.—En fin, para que veais si os aprecio, y si es poderoso el motivo que me obliga á dejaros en tan azarosas circunstancias, voy á decíroslo.

El mismo dia en que Enrique recibió la herida, recordaréis que llegó el criado ese que ha ido con Andrés á acompañar á los viajeros, pues bien; al siguiente dia de hallarnos todos en la estancia del bosque, me entregó una carta reservada del padre de Enrique, en que me pedia le ausiliase para rescatar á su querida hija, que al salir de los Andes habia caido en manos de los Peguenches, que los habian asaltado.....

—¿Y me lo habeis ocultado hasta ahora, Martin?

—Sí; porque cuando se quiere conservar un secreto no hay medio mas seguro que no revelarle.

—Pero, ¿no merezco alguna distincion? ¿no soy tambien padre? ¿no soy compañero antiguo del coronel Mendez? ¿no.....

—Es inútil: no prosigais.—Lo que mas me ha costado es el poderlo

ocultar á la perspicacia de Enrique. De habéroslo manifestado, hubiera corrido peligro de haberlo sabido Aurelia; ¡y entonces hubiéranse frustrado indudablemente mis esfuerzos.—Enrique y Aurelia se aman, general: no podeis ignorarlo, porque sois su padre, y un padre conoce siempre que quiere el corazon de sus hijos. Se aman, pues,—y con placer mio,—y ya sabeis que entre dos amantes no hay secretos, porque sus dos almas se hallan frecuentemente unidas por ese fluido magnético que el amor derrama en sus corazones.

—Bien, Martin: vuestro corazon es grande; cada vez me admira mas vuestra nobleza; pero ya que os debo tanto, ¿no podré esperar de vuestra amabilidad que admitais para siempre mi amistad y que me honreis colocándome en el número de vuestros predilectos amigos?

—Lo estais ya, general.

—Hacedme el singular obsequio de no darme jamás tratamiento alguno. Esto me corresponderia en todo rigor; y puesto que no lo hago por el incógnito que guardais, tampoco puedo tolerarlo, ni recibirlo del mas distinguido de la sociedad argentina.

—Vamos, pues, amigo mio; conviene no perder tiempo; mi viaje, por lo que os he indicado, se ha hecho ya indispensable, es preciso que llameis á vuestros ministros para resolver la conducta que conviene seguir para evitar otro trastorno como el que ha pasado.

—No hay necesidad: indicádmela que se observará estrictamente.

—Pues bien: dos medios deben en mi concepto seguirse para desvirtuar gradual y paulatinamente el poder de ese ambicioso: el primero por la persuasiva, valiéndose si es posible hasta de su mismo hermano, á fin de que se venga de la campaña y deje el mando de la fuerza; el segundo es el de la resistencia decidida y enérgica á todo acto suyo, público ó privado, que tienda á menoscabar el prestigio del gobierno; obligándole hasta por la fuerza á dar cumplimiento exacto á toda órden emanada de este ó de la Sala. De otro modo, si vé debilidad ó demasiada condescendencia en la rebelion ó en la desobediencia contra cualquiera disposicion del gobierno, hallará pretesto para promover otro disturbio, porque es preciso que sepais que él se ha propuesto volver al poder, y lo conseguirá irremisiblemente, si no observais cuanto os he indicado: es decir, si no se le despoja del mando del ejército, su subida al poder es inevitable.

—Y bien: ¿qué os parece del general Quiroga?

—Perfectamente: podeis fiaros de él: es el mayor enemigo que tiene, porque Quiroga es valiente y está en relacion íntima con los principales jefes de la oposicion. Además, es suficiente que tenga algun prestigio en la campaña para que Rosas se deshaga de él tan pronto como pueda.

—Entonces, no será desacertado mandar á Rosas su hermano Gervasio, que le tengo por muy honrado, á fin de que vea si puede convencerle á que se venga á la capital y esté con nosotros sin hacer la oposicion; y si este no puede lograrlo comisionarémos á Quiroga, como decís, que acaba de venir de la campaña y que deben estar en buena armonía.

—Pero es preciso obrar muy diplomáticamente: si admite el encargo su hermano Gervasio ó Quiroga, no os olvideis de facultarles para que le propongan en último caso la presidencia; porque el objeto es separarle del contacto con el ejército: y una vez separado encargar á Quiroga que le vigile de cerca. Quiroga es muy amigo de Balcarce; porque me consta que al estallar el movimiento le escribió, y ya veis que ha venido á marchas dobles con su escuadron de Ausiliares de los Andes, única fuerza que con la guarnicion contábamos para resistir á Rosas que le ha promovido, como sabeis.

Así terminó la despedida de Martin, que al dia siguiente emprendió su marcha para Chile, acompañado de dos criados de su estancia.

CAPITULO XX.

LOS FUNERALES.

Los personajes de nuestra novela que habitan en el gigantesco pais de los Andes eran víctimas de sentimientos diversos. Si la soledad que les rodeaba hubiera podido traducirlos, nos contaria historias muy estrañas, llenas de pensamientos muy atrevidos, de arranques heróicos, planes ilusorios, de esperanzas lejanas, muertas, agonizantes, latentes.

Zafra y Amalia se querian de dia en dia mas entrañablemente. Aquella se sentia todos los dias mucho mas débil. Las enfermedades de amor, que pueden tener una espansion, llegan á ser algunas veces un lenitivo para las almas laceradas; pero cuando la fatalidad llega á negarlas la aspiracion comprimida por sus pesares, entonces el cuerpo se debilita, la flecsibilidad del mismo se enerva, pierde el color el rostro, los ojos solo miran con languidez, buscando escenas melancólicas, huyendo del bullicio del placer; la noche y el dia señalan en la frente y en la rayada megilla los surcos del dolor, la caida de las lágrimas, los restos de insomnios terribles, los impulsos de la desesperacion, los

deseos de la muerte. Zafra presentaba en todo su sér el fiel retrato de un alma que agoniza porque le falta el jugo de otra alma que la llene, que la perfume, que le dé la vida: era una naturaleza grande y elevada que busca siempre lo que encierra en sí misma, elevacion, grandeza dignidad, pasion, arrobamiento, inspiracion.

Zafra se levantaba de noche é invocaba las sombras; buscaba en la tierra algun cráneo que la hablase del cielo. Interrogaba los astros, contemplaba horas enteras esa bella coraza de plata que Dios colocó en el firmamento durante la oscuridad, y en estos instantes, su corazon vivia y moria al mismo tiempo, parecido á un cementerio rodeado de fuegos fatuos, que en la calma se encienden, y que al menor soplo de aire se apagan.

—Arboles, que cubrís las cenizas de mis padres, decia, hablad, hablad, decidme, ¿me dareis luego vuestra sombra? ¿vendrá el indio á cubrirme con nueva tierra? Aves, que cantais junto á las tumbas ¿cantareis tambien sobre la mia? Solo, solo un Peguenche estará ausente, porque mi muerte le dará miedo, porque el gran espíritu no le ha herido como á mí, y no tiene necesidad de invocar las almas de sus huenúys (1).

En vano Amalia cuidaba de distraer á su amiga con toda la efusion de su alma pura y generosa. La amistad es muy noble; pero no puede satisfacer como el lenguaje y las pruebas de una pasion correspondida. ¡Qué lucha tan espantosa la de una mujer que se ve obligada á querer á la que es su rival! En este laberinto de encontradas emociones, las almas pequeñas se pierden, las almas grandes ven un nuevo palenque en donde poder hacer gala de su virtud, en donde poder ostentar los mas delicados matices de un corazon que se remonta á las regiones de lo sublime, de un pensamiento que se cubre de gloria en la misma mansion de la gloria.

Habia sonado para Zafra la hora postrera del destino. El que preside en lo alto habia decretado la muerte de esa criatura tan bella, tan desinteresada; que formaba las delicias de una cautiva, que era la flor del desierto. Zafra habia concebido una idea qun solo puede caber en almas de su temple: desde el momento que Amalia la habia contado

(1) Amigos.

el rapto de que habia sido víctima, su imaginacion se esforzaba en inventar medios para dar la libertad á la compañera de sus últimos dias ó cuando menos para poder prestar algun consuelo al padre de esta, que continuaba permaneciendo en Chile. Su muerte debia ir coronada con alguna accion de recompensa. Zafra obraba por sí sola, porque en medio del dolor no queria arrastrar en su empresa á Agaparco; porque temia que cuantos mas servicios prestase este á Amalia, tanto mas ascendiente adquiriria el amor en sus corazones. Zafra, al obrar por la amistad queria al mismo tiempo deslumbrar con su grandeza al que la despreciaba. Este combate de pasion y desinterés estenuaba cada dia la naturaleza de aquella mujer incomprensible. Semejante cambio no pasaba desapercibido por ella. Los presentimientos son algunas veces preludios ciertos de grandes verdades. Hay llamamientos que tarde ó temprano son realidades.

Estrañarán quizá nuestros lectores que en un corazon salvaje pueda ecsistir tanta abnegacion y tanta hidalguía. No pretendemos como Rouseau hacer amar esta clase de vida; pero el Cristianismo en sus correrías civilizadoras al Nuevo Mundo, nos ha venido á probar que las semillas de los grandes pensamientos y la savia de las ideas fecundas ecsisten en todas partes; y aun cuando no hubiese este irrecusable testimonio, ecsiste en el mundo una ley llamada razon que nos enseña que allí donde habitan seres humanos, puede haber á la misma sazon, flores del alma que escondan su capullo en el barro, y flores del alma que encierren en su cáliz talismanes divinos. Pero dejemos esta digresion, que no se rechaza de inoportuna, y volvamos á la cortada narracion.

Zafra tenia amigos entre los indios, que de buen grado hubieran dado la sangre por ella. Cierto dia habia llamado á Talo que era uno de ellos, y le habia suplicado encarecidamente que fuése á Chile, que preguntase por el coronel Mendez, y que se informase si habian robado la hija de ese hombre; que cuando lo hubiese encontrado, se le presentase y le digera que su hija Amalia estaba en salvo, que seria respetada, y que vivia bajo la vigilancia del indio Agaparco. Talo habia partido ya; pero no habia vuelto aun; Zafra conocia que se acababan sus dias y temia no poder saber la respuesta de boca de su mensagero. Le habia recomendado el mayor sigilo: porque ella misma

queria participárselo á Amalia. Sin embargo Talo tardaba. Zafra iba muchas veces al caer de la tarde á una catarata, desde cuya cima se descubria el camino por donde Talo debia venir. Ningun espectáculo tan á propósito para la india, como la vista de aquel despeñadero, en cuya superficie bullia el agua: inmensas moles de granito parecian amenazar al espacio; la invisible hendidura resonaba fatídicamente con la precipitada caida de aquella; las cañas doblaban su frágil tallo y en sus vaivenes parecian saludar al genio de los precipicios que bramaba desde los abismos: el cielo reflejaba en lo transparente de los acristalados carámbanos, remedando los bellos colores del iris. ¡Ah! aquello era la entrada á un palacio de hadas: era la caverna de los gigantes, que metidos en monstruosas canoas, iban á desafiar la furia de los mares. A la vista de esta maravilla, los helenos hubieran levantado un altar al Dios de las aguas. El cristianismo ha hecho doblar la rodilla al hombre apóstol, al misionero que lleva el estandarte en la vanguardia de la civilizacion. El fuego del amor hacia aspirar á Zafra el aire frio de aquel inmenso monumento; porque queria apagar la sed que cada dia aumentaba una fiebre lenta y abrasadora.

Por fin Talo llegó con la sonrisa en los labios: el corazon de Zafra latió de gozo; aquella sonrisa era el vaticinio de una nueva feliz. Talo habia cumplido fielmente su mision: habia visto al padre de Amalia, le habia comunicado el encargo de Zafra, y esta noticia habia enjugado las lágrimas del coronel Mendez; aunque no habia hecho desaparecer su natural cuidado. Zafra lloraba de placer; en medio de su satisfaccion estrechó la mano del indio, y si su corazon hubiese estado libre, se lo hubiera dado en pago de su acertado desempeño. Esta manifestacion era para Talo sobrado premio; á escepcion de Agaparco, ningun indio podia envanecerse de haber tocado ni el chamal de Zafra.

La pobre india estaba mas tranquila desde aquella noticia y esperaba tener un momento propicio para revelársela á Amalia. No tardó mucho en hallarlo. Amalia estaba casi todo el dia con ella y redoblaba su asiduidad, desde que habia descubierto el gérmen de una enfermedad de muerte. Zafra no pudo contenerse por mas tiempo, y al dia siguiente de la llegada de Talo, dirigióse de repente á la hija de Mendez, abrazóla con efusion, besóla con frenesí, y la dijo.—Amalia, vas á ser muy feliz; voy á poner en tu alma una nueva flor de alegria.

—Tú no haces mas que complacerme,—le contestó la hermana de Enrique;—porque eres muy buena.

—Como que eres mi lamueco (1), eres la rosa blanca de los Andes, y quiero que me debas muchos abrazos, que formes un círculo alrededor de mi cuerpo; así como esas plantas graciosamente enredadas, que estrechan á los árboles.

—Siempre tan cariñosa: ¡Ah! ¿quieres que te bese, que te abrace? y Amalia empezó á abrazarla y besarla como si fuese una tierna niña.

—¡Ah! parece que tus labios y las enredaderas de tus manos me dan la vida; mira, respiro con mas libertad, casi me siento bien.

¡Ah! Zafra se engañaba, una tos seca la interrumpia á su pesar.

—Zafra, ¿qué tienes? parece que quieres decirme algo; habla; no temas, no me incomodaré; ya sabes que te he jurado un amor sin alteracion, puro, como la brisa del Sorata.

—Ya sé que no te puedes enojar contra mí; mira, ¿ves esa paloma que agujerea los aires, que corre como una piedra salida de la mano del indio tirador? viene del nido de su padre: observa como sacude sus alas, como sube, parece que quiere hablar con el cúyen (2). Hay palomas que traspasan los Andes, van á la otra parte de las llanuras del agua, vuelven á sus nidos, besan á sus padres y descansan muchos antús (3), bajo la cubierta de su pequeña toldería.

—¿Por qué me has hecho mirar á ese pájaro? Sí: se conoce que tienes una imaginacion de india; vosotros sois poetas desde el momento que naceis; una naturaleza que os rodea pinta de diferentes colores vuestro pensamiento, y los varia tanto en vosotros como en ella misma.

—¡Amalia, la paloma que ha pasado, es el indio que envié á tu padre que ya ha vuelto: su alegría es señal de que ha cumplido lo que se le confió, y puede volver tranquila á su cabaña. ¡Amalia! he mandado un indio á tu padre que está en Chile: sabe que estás salvada: él tambien está protegido por el grande espíritu. El anciano está tranquilo; porque una india moribunda le ha hecho decir, que su hija vivia.

—Zafra, Zafra; deja que bese tus piés. Ah ¡mi padre, mi padre! soy feliz, y te debo mi felicidad.—Amalia sonreia y lloraba á la vez; no sa-

(1) Hermana. (2) Luna. (3) Soles.

bia lo que sentia. Cuando se siente mucho, hay confusion en el cuerpo, hay vértigo en el alma.

—Amalia, lo que he hecho por tí, debia hacerlo, y me ocurrió el dia que me contaste la pérdida de tu padre; tengo un placer, porque veo que estás contenta y porque dirás que, la bárbara patria de los Peguenches tiene hijos guazos (1), pero que tambien es madre de almas compasivas.

—Zafra, esta accion borra todas las demás. ¡Ah! te debia mucho, mi honor, mi vida. Ahora te debo mas; porque quizás has salvado la vida del sér mas querido que tengo en el mundo. ¡Mi padre! mi padre!

Las grandes emociones acostumbran á turbar nuestro organismo. El contento de Amalia, produjo una revolucion en la decantada naturaleza de Zafra. Las mujeres tienen impresiones que la generalidad desconoce; solo el que ha profundizado el corazon humano puede llegar á adivinarlas. Zafra en un instante, habia comparado su felicidad con la de su amigo. Creia que la luz de su vida se apagaba, que la existencia de Amalia se presentaba risueña, entrevia en ella á la mujer que puede ser dichosa, y al comparar belleza con belleza reconocia la superioridad de su rival: entre esas ideas, veia vagar la sombra de un hombre que no podia ocultar su pasion, pasion que era un martirio para la pobre Zafra, porque lo que sentia por Agaparco, era el vértigo de un amor salvaje, vírgen, ardiente, desesperado.

Zafra cònocia que se aprocsimaba su fin. La supersticion la dominaba: el vuelo de un ave, el movimiento de las hojas, su misma sombra le parecian otras tantas conjuraciones, otros tantos presagios del sepulcro.

Agaparco no dejaba de visitar á Amalia, y con este motivo podia enterarse por sí mismo del estado de salud de Zafra. Agaparco hubiera querido salvarla; pero conocia muy bien que sus cuidados la hubieran sido perjudiciales, y así es que afectaba siempre reserva, que solo era efecto de una verdadera amistad, la que se interpretaba por Zafra como una prueba de indiferencia ó quizá de desprecio.

Por fin Zafra no pudo levantarse de su lecho, empezaba á faltarle la respiracion, se sentia ahogada por el peso de su misma ecsistencia.

(1) Ladrones.

Aquella naturaleza tan esbelta, tan erguida, que se sostenia á impulsos de la generosidad y la grandeza, cedia á la influencia de las dolencias que roian el cuerpo, dolencias que tenian su orígen en el alma. El amor la mataba, la esperanza la hacia revivir algunos instantes, la santa palabra de la amistad hacia mas dulce su agonía. Amalia la sostenia. El candor fortalecia á la inocencia. Ningun cuadro inspiraria tanta ternura como el que presentase á la vista el grupo de dos jóvenes que se besan y se abrazan, de las cuales la una agoniza y la otra llena de vida y hermosura, lucha contra sí misma, lucha que arranca lágrimas y que hace resaltar mucho mas las gracias naturales. ¡Ah! no son mas encantadoras las rosas del mas perfumado jardin al besar sus corolas, de lo que lo eran Zafra y Amalia en estos momentos solemnes.

Agaparco contemplaba de pié esta arrebatadora escena, y necesitaba toda su fuerza de ánimo para contener el llanto y reprimir los suspiros.

La divinidad protectora de los Andes, el ángel custodio de las Américas tenia cogida la cabellera de la india; sus ojos suplicantes se dirigian al trono del omnipotente. El ángel queria cortar el hilo de aquella vida que se apagaba. Amalia lloraba con desesperacion: el querube recogia en su copa de oro el agua que destilaban aquellos ojos formados para el placer y los derramaba á los piés de una mujer divina, que hacia muchos siglos la habia proclamado el orbe Reina de los ángeles.

Zafra hacia oir su moribunda voz, que era el eco de la tumba que la llamaba.—¡Amalia! ¡Amalia! decia: ya no cogeré flores contigo, no lavaré mas tus manos con agua perfumada: veo una canoa á la otra parte de los mares; hay en ella las sombras de mis padres;—mira, mira como me llaman, como alargan sus manos; oye, me llaman hija, sí hija desventurada; has de morir muy jóven, víctima de una pasion desgraciada: oye, Amalia, oye; ¡ah! cantan, vuelan, corren, huyen; mira, se rien... me llaman por mi nombre, ¡Zafra! ¡Zafra! hermana de los mirtos, flor de aloé; ven, que queremos ponerte una corona, queremos atarte con las cintas nupciales... Tú esposo te aguarda; ha cubierto con pieles brillantes tu lecho; te dará un hijo, que aventajará en belleza y valor á su mismo padre... ¡Amalia! ¡Amalia! me muero, me muero...

—¡Zafra! ¡Zafra del alma! por Dios cálmate, me destrozas el corazon, me quema tu aliento.

—¡Amalia! ¡Amalia! ¿No es verdad que amarás mucho á Agaparco...? él te ama tanto, tanto; Agaparco, acércate, no temas, dime: ¿pensarás en mí alguna vez?... no me contestas: ¡Ah! lloras, ¿por qué lloras? ¿no eres feliz? Quedarás solo en los Andes y te acordarás de la pobre Zafra... de aquella mujer que te amaba... que te amó siempre, siempre.

Zafra pensaba y deliraba á un mismo tiempo: tenia delante de sí los dos seres mas queridos y su vista la hacia acudir mil pensamientos, mil ideas á cual mas tristes, á cual mas desgarradoras.—¡Amalia! ¿no dices nada? ¿no me quieres ya?

—Si te quiero, ¡ah! mas que á mí misma; quisiera estar como tú, sí, quisiera morir á tu lado, así abrazada contigo, respirando el aire que tú respiras.

—¡Ah! que felicidad, la de vivir y morir juntas... pero no... tú debes vivir para un hombre, eres para este hombre;—y señalaba á Agaparco con su descarnado dedo.

—Aleja esos pensamientos, no pienses mas que en mí y en el cielo. Hay en lo alto un Dios que nos mira y nos juzga, y en estos momentos quiere por entero nuestras almas; en la mansion donde mora, solo se dejan entrar los espíritus puros, que vivieron y murieron en la inocencia y la justicia.

—¡Dios! ¿y quién es ese Dios?

—Es un ser increado, inmortal, infinito, que premia al bueno, que castiga al malvado.

—¡Ah! tus palabras son un bálsamo, son dulces como la caña americana.

—¡Zafra! cree en él.

—¡Amalia! tú Dios es mi Dios....—Esta fué la última palabra de Zafra: aquella mujer, aquel serafin de la soledad acababa de espirar. La palabra de Dios habia sellado sus labios. Amalia se habia convertido en sacerdote y ofrecia su alma pura en holocausto. Una mujer cristiana habia catequizado á una salvaje en el rincon de una toldería y entre las montañas de los Andes.

La noticia de la muerte de Zafra cundió con rapidez. Las indias acu-

dieron á la toldería á gemir y á llorar. Los jóvenes peguenches amantes de aquella mujer se reconciliaron, y vinieron á postrarse ante el lecho fúnebre. Su imaginacion les sugeria mil ideas fantástiscas; aquellos hombres tenian algo de gentiles y si la tradicion se lo hubiese enseñado, hubieran colocado á Zafra en el rango de los Dioses. Aquellos salvajes en su corta penetracion comparaban la muerte de Namuno con la de la jóven india y no podian menos de admirar la de esta. Era un ángel de inocencia que moria el mismo dia que un espíritu rebelde.

Amaneció el dia fatal de los funerales. Todos los pueblos profesan respeto y veneracion á los cadáveres. Estos parecen revelar algo de imperecedero, desde el momento que el espíritu vuela á las regiones de la luz y de la inmortalidad.

Los Andes iban á contemplar dos escenas de luto, y su aspecto añadia á las mismas algo de lúgubre y misterioso. Las jóvenes indias habian formado guirnaldas para adornar la tumba de su hermana.

El sol despuntaba en el horizonte pero no brillaba con todo su esplendor; su fuerza no podia disipar las espesas sombras del desierto; despedia un calor bochornoso, una luz medio apagada, vacilante, trémula, cenicienta. Dos caballos ricamente enjaezados aguardaban á la entrada de las respectivas tolderías á los cadáveres. La devocion y la vanidad salvajes iban á ofrecer el último homenaje al crímen y á la virtud. Los indios de ambos secsos aguardaban los cuerpos inanimados. Dos robustos salvajes colocaron el de Namuno en uno de los alazanes, al mismo tiempo que dos hermosas indias sujetaban el ligero y caido talle de Zafra alrededor del cuerpo del otro alazan. Los caciques habian resuelto que los funerales de Zafra y de Namuno se celebrasen en un mismo dia. Los indios de ambos secsos marchaban en dos hileras delante de los cadáveres. Los mas jóvenes iban danzando groseramente, y profiriendo gritos que eran los cantos dirigidos á la memoria del difunto. ¡Oh! Gran espíritu, decian, recibe sus almas: llévalas ligeras á la otra parte de las aguas, y cuida de que encuentren en las aguas sin límites las sombras de sus padres, parientes y amigos: ahuyenta los malos consejos, borra sus maldades y hazlas sentar en las tolderías del Paraiso. Haz que sean propicias al gran pueblo de los Peguenches, y que nos sean favorables cuando las invoquemos. No permitas que

nos vengan los malos sueños, ni que quememos la yerva negra para ahuyentar el espíritu que nos persigue. Nosotros aborrecemos los grandes sacrificios y solo respetamos y obedecemos los consejos de los que murieron, y que vienen á hallarnos durante la noche y nos aconsejan buenas acciones. ¡Oh! gran espíritu, corona con blancas malvas á la india porque ella fué suave y blanda cuando vivia, exhala el olor del aroma por todo su cuerpo, porque su corazon amaba y exhalaba delicado perfume. La vimos besar á las palomas, entretejer coronas de azucenas, lavarse los ojos en las aguas del rio y despues suspirar. Esta fué la señal de su amor. Pasó muchos momentos en la tristeza, y aumentó con su llanto el orgullo del indio amado. Evocó muchas veces el alma de su madre; porque esta habia sido muy querida de su padre el indio de las verdes cañas. El que era el primero en cantar, cuando recogíamos las balas de los árboles, y cuando los soberbios y ricos de Chile nos daban el metal del sol y la luna (1). Así cantaban los peguenches acompañando con instrumentos parecidos á largas flautas, y que despedian fuertes silvidos, creyendo que de este modo desaparecian los espectros del sepulcro, y que la armonía se oiria allende los mares, despejando la tristeza de los espíritus que habian dejado de animar á los cuerpos.

Cerca de un anchuroso lago se veian algunos signos de la muerte, restos de hogueras, manjares casi reducidos á polvo, vestidos raidos por las fieras, troncos de árboles caidos, hojas esparcidas, charcos de vino parecidos á nuestros licores, pedazos de lecho en confusion, restos de armas, cabelleras flotantes á merced del aire, flores secas esparramadas alrededor de las tumbas; por todas partes se veian restos de una orgía. El conjunto era el contraste de la vida y la muerte. A la vista de semejante espectáculo, los indios retrocedieron tres veces con los cadáveres, y otras tantas gritaron. La voz de esos seres vivientes resonó hasta las profundas concavidades de los Andes: esta voz era un saludo á los habitantes de los palacios del silencio. Soltaron los cadáveres y los dejaron en el suelo, cogiéronse de las manos y empezaron á dar vueltas alrededor de ellos. Los hombres y mujeres se confundian, cantaban, reian, saltaban y se besaban. Las distintas familias de

(1) Oro y plata.

que se componia el fúnebre cortejo, se sentaron junto á los árboles, y empezaron á comer frutas escogidas, sabrosos manjares, arrojando á los cadáveres lo mejor de sus viandas, sus palos mas esquisitos, los útiles mas preciosos. Cincuenta eran las familias y cincuenta hogueras se encendieron.

Vino la noche, y las diversas tribus se retiraron; estas ceremonias duraron por espacio de tres dias, al cabo de los cuales, fueron enterrados los dos cadáveres en distintas tumbas, cubiertas por dos capas de polvo, y teniendo por dosel una alfombra de hojas secas el indio, y y una guirnalda de rosas blancas la inolvidable Zafra. Al momento de despedirse de aquellos cuerpos inanimados, cruzó una sombra por entre las turbas que se retiraban: aquella sombra era Amalia que venia á depositar una lágrima sobre la rústica losa de su amiga. Algunos momentos despues apareció un hombre, este era Agaparco. La luna alumbraba á media noche dos sombras que se deslizaban por las oscuras veredas de aquellos montes, eran Amalia y Agaparco que iban á descansar.

El amor habia depuesto la última corona al pié de un sepulcro. El ángel de la gratitud velaba las cenizas de la salvaje mártir. Dios habia recogido en su seno el último aliento de un alma grande, y la última gota de sangre digna de circular por las venas de una heroina. Zafra fué una tradicion hermosa para los Peguenches, un recuerdo grande para las inteligencias grandes, un modelo de sensibilidad para los corazones nobles.

CAPITULO XXI.

EL PRECIPICIO.

PENAS el luminoso astro empezaba á desenvolver su globo de fuego de entre un laberinto de vaporosas y multiformes nubes, que pintaba en su pugna de color de rosa, Enrique y Aurelia salian acompañados de nuestros conocidos Andrés y Remigio de la capital de los argentinos para dirigirse á Santa Fé, segun la última resolucion del general Viamont.

Es imposible pintar los mil horizontes que á orillas del caudaloso Paraná se forman en un hermoso dia de primavera.

Figuraos una incomensurable serpiente de plata que culebrea por una planicie de veinte leguas, arrastrando en su rápida corriente pedazos enormes de madera, árboles arrancados en lejanas riberas, huesos disformes, mortales restos de especies desconocidas, que solo por su magnitud parecen haber pertenecido á alguna estinguida prole de gigantes. Figuraos todo esto en confusion mezclado con el impetuoso arranque de las aguas, elevando en coro un espantoso murmullo que se difunde por el espacio: una llanura

inmensa de mas de doscientas leguas, chispeando con millones de granos silíceos heridos perpendicularmente por los rayos solares: grandes manadas de corderos, caballos, bueyes, tigres, zorras, jaguares y serpientes, que pacen libremente por las roidas riberas, bosques y prados: multitud de árboles estraños y preciosos, frutales y odoríferos, que perfuman y embalsaman el aire y convidan al pasagero á saborear las delicias de esa naturaleza rica, gallarda, espaciosa; inagotable por su belleza, sorprendente por su lozanía, caprichosa por sus irregularidades, risueña por los millares de colores que la salpican, la engalanan, la tapizan, é imponente sobre todo por su forma llena de majestad y grandeza. Figuraos, en fin, esos millones de seres entre otros tantos millones de vejetales; ¿quién á la vista de tan rara perspectiva rehusára morar en tan privilegiado suelo? ¿Quién beber l cristalina agua, á la que pagan tributo cien pecheros, delineando en sus diversos surcos una red inimitable de disformes cintas, que van á perderse despues en las profundidades de otro rio inmenso?

¡Ah! El entusiasta viajero que va á inspirarse en tan sorprendentes y animados diseños, que solo el dedo del Altísimo es capaz de trazar, no ha podido menos de descubrir su cabeza para esclamar:

¡Mágicas soledades de la América! ¡Monumentos gigantescos de la Creacion Divina!—Yo os saludo.—¡Rogad á vuestro Supremo Artífice, que ilumine mi asombrada mente, para que pueda contar á la Europa la grandeza de vuestras maravillas! ¡Invocad en mi nombre el Genio de los genios, para que tranquilice mi anonadado espíritu y pueda un momento contemplaros!

Y vosotros, Nobles Artistas; los que transmitís al papel con vuestro lápiz los panoramas del mundo; transportaos por un momento á la mitad del globo, que descubrió Colon: sacad vuestros álbums y estampad en ellos esos inconcebibles cuadros de la naturaleza americana, ora al matizar sus colores los primeros destellos del sol, ora al perderlos insensiblemente con el crepúsculo de la tarde.

Aquí veréis una montaña socavada que amenaza con su mole sepultar vuestras cabezas: allí un espeso bosque de encinas y de robles hendidos á cada paso por el chispeante rayo; vestigios latentes de humillacion ante el poder divino, que resignados y pacientes ostentan

en sus troncos: mas allá la culebrina eléctrica, que durante la tempestad fulgura desprendida de una inaccesible mole cuya cúspide no ha podido verse aun, por el choque contínuo de las blanquecinas nubes que la velan. Apartad de ahí la vista, y hallareis clara y despejada esa azulada cúpula que nos cubre: ved, allá, un poco mas lejos, aquellas preñadas montañas de densas nubes, aquellas masas imponentes y negruzcas, que llenan de espanto con su enlutado dosel á aquel pequeño pueblo escondido en el rincon del valle: ¡ay! es la paloma que se guarece en la frondosa acacia, para evitar las mortales heridas del granizo en su veloz descenso. Mirad en lontananza, como pueblan los aires esas bandadas de hermosas aves que dan envidia á los europeos: reparad bien sus indefinibles colores: observad el singular contraste que presentan sus mil tintes con esa interminable y matizada cortina de gasa que media entre cielos y tierra.

¡Ah! ¡Basta: basta!—La imaginacion se agota, la mente hierve, la vista se turva, se ofusca, se confunde.

Semejante escena debia hablar precisamente á corazones tan sensibles como los de Enrique y Aurelia. Bien claro se ha visto, al menos en los animados diálogos, que hacia bastante tiempo iban sosteniendo los dos amantes.

—Aurelia, decia Enrique;—si algun dia puedo honrarme con el anhelado título de esposo, prometo traerte á caza á estos pintorescos sitios; paréceme, que ni las Gracias, ni la hermosa Diana, han de aventajarte en gallardía y donaire.

—No tengo inconveniente, mientras el capitan Enrique sea mi rey de armas.

—Ya sabes, bien mio, que no puedo separarme de tu lado ni un solo instante; á no ser así, hubiéralo verificado hace poco; pero solo mi corazon hubiera podido medir la tristeza causada por la ausencia.

—¡Ah! Enrique: á pesar de estar á tu lado tengo miedo: estos mismos eriales, estos fantásticos pantanos que tanto inspiran, me dan terror; se asemejan á las fúnebres tumbas con que mi madre me asustaba en sus narraciones fantásticas y en sus cuentos de hadas.

—Aurelia; hoy tienes la imaginacion mas poética del mundo; casi estoy por decirte que estás demasiado romántica;—¡narraciones fantásticas! ¡cuentos de hadas!—ja... ja... ja... Enrique se reia, y los

criados se reian igualmente á carcajada tendida, siguiendo las inspiraciones del que en aquel momento hacia las veces de amo.

Aurelia, en lugar de poner la cara alegre y jovial, se entristeció, y enjugó con la punta del pañuelo, una lágrima rebelde. Enrique se enterneció pesaroso y pidió mil perdones por el desahogo de buen humor que le habia hecho proferir aquellas espresiones.

—Enrique, ¿tú crees en la imposibilidad de lo que te digo?

—Aurelia, lo que has dicho no son mas que ficciones poéticas, partos del númen exaltado, buenas para divertirse durante la velada y oportunas para asustar á los niños.

—Tienes razon, Enrique: mi juicio es mas fantástico, tiene mas ilusiones, desde que tambien te ama.

—Eres muy feliz en tenerlas: guárdalas como el mas rico tesoro; pues cuando desaparecen, solo quedan en el corazon aridez, melancolía, abatimiento...! Son para los hombres, lo que el color y el perfume para las flores.

—Las guardaré eternamente, y serán mucho mas placenteras, si mi querido Enrique las disfrutare.

—Te juro aumentarlas, Aurelia, y hacerte con ellas ¡la mujer mas feliz del mundo.

—Gracias, Enrique mio, gracias.

Hacia dos dias que nuestros pasajeros costeaban las deliciosas márgenes del Paraná, sin haberles sucedido, por fortuna, lance algun desagradable: al contrario, el tiempo parecia que se esforzaba en favorecerles, derramando en aquel clima mas bondad y goces sobre los que disfrutaba, por los cuales como por su apacible temperatura, ha llegado á ser proverbial.

Pero estaba decretado en el libro de los destinos, que aquel viaje habia de ser fatal á nuestros amantes.

Otro dia habia transcurrido, y Enrique rebosaba de júbilo; pero no sucedia lo mismo á Aurelia, pues hacia algun rato que habia percibido á lo lejos algunos grupos de gente armada, que, segun las trazas, parecian pertenecer á las pandillas de asesinos y emisarios que tenia apostados Rosas, para esplotar los terrenos de la campaña, á larga distancia de Buenos Aires, y para que fuesen á caza de los partidarios de Viamont y de sus enemigos los unitarios. Rosas queria el imperio

del terror y del esterminio, y necesitaba sangre, mucha sangre....

Aurelia los veia, y por su trage y ademanes, no dudó ni un instante que fueran partidarios del jefe del ejército, del caido dictador. No habia querido decir nada á Enrique, porque temia el arrojo y el valor de éste y no hubiera querido comprometerle por nada del mundo; primero hubiese dado gustosa su vida por él, peligrando además como peligraba la suya, por ser hija del general Viamont; Aurelia temblaba con razon, pues si hubiese caido en manos de aquellos bandidos, sin duda hubiera sido una víctima célebre y codiciada, poderosa recomendacion para aquella canalla que se componia de gente perdida, de la hez del pueblo, de la escoria de la sociedad. Sin embargo, á pesar de sus precauciones veia que Enrique y los criados debian seguir precisamente aquella direccion para continuar el viaje segun se habian propuesto. Vacilar un momento hubiera sido esponerse, y así, acercándose al oido de Enrique le dijo:—Mira, mira mi dedo, sigue su punta, y en este pequeño promontorio que parece un monton de tierra, verás algunos grupos, que á no equivocarme, son pájaros de mal agüero; sin duda son partidarios del infame Rosas, que están de acecho para asesinar á la gente honrada, que cree pudieran truncarle el hilo de sus pretensiones, dejando infructuosa su loca ambicion. Enrique miró, y con sus ojos de águila, reconoció al momento á aquella gente. Su corazon latió de rabia, apoyóse en los estribos, y su mano empuñó involuntariamente el mango de una de las pistolas que llevaba á la cintura.

—¡ Infames ! esclamó : ¡ cobardes ! Aquí está el capitan Enrique : venid , acercaos , os aguardo : ¡ asesinos ! no os basta la ciudad ; necesitais buscar víctimas en los campos , en los montes, en el desierto. ¡ Baldon de los hombres ! ¡ ignominia ! ¡ maldicion ! raza de tigres, hordas de caribes! gritaba Enrique; pero Aurelia tapóle la boca con la mano y en un momento de arrebato arrojóse á sus piés , y le rogó que no comprometiese su felicidad y la de sus padres , que iba á perder á los infelices criados tambien , porque á ser oido seguramente vendrian corriendo aquellos malvados y hundirian el puñal en sus pechos. Enrique levantó en sus brazos á Aurelia , vaciló un momento y mandando á los criados que le siguiesen tomó diferente camino , y con paso rápido llegaron despues de dos dias de marchas dobles á las montañas de Yacanto , que en su oscuridad y tortuosos senderos podian ofrecer-

les un asilo seguro que por espacio de algunos dias les librase de la furia de aquellos encarnizados é implacables enemigos.

Los montes de Yacanto presentan el aspecto de los Andes y de nuestros Alpes aunque no en proporciones tan gigantescas como estos: son como unos brazos del Perú, y forman una larga cordillera con los de Champanchin y Achala.

Estas son las montañas que mas descuellan en las inmensas llanuras que se encuentran en todas direcciones desde Buenos Aires hasta Santiago del Estero, mas de doscientas leguas.

Aurelia no podia continuar el viage con mucha precipitacion; pues el cansancio, su naturaleza fatigada y la continua zozobra no la dejaban disfrutar de aquel grandioso suelo, y la impedian continuar largas jornadas. Enrique lo conocia perfectamente, aunque ella intentaba disimularlo; pues estaba persuadida que á no haber sido ella, ó por su temor mas bien, hubiera quizá proyectado otro plan, seguramente de mejor efecto y de resultados mas ventajosos.

Viendo Enrique la dificultad de ir á Santa Fé, intentaba llegar á Córdoba y por eso se habia internado por las montañas de Yacanto que pertenecian á la jurisdiccion de esta; pero ignoraba el camino y ora se dirigia al corazon de la montaña, ora se encaminaba hácia fuera. Aquel país es muy hospitalario, y viendo el capitan el cansancio de su amada admitió el hospedaje que los dueños de una de aquellas estancias le brindaron.

Las montañas de Yacunto se hallan rodeadas de grandes precipicios, que vadean algunos rios, entre ellos el caudaloso Tercero. Muchas veces Enrique y Aurelia se veian al borde de uno de estos, y retrocedian llenos de espanto y alzaban los ojos al cielo, como para dar gracias al que reina en lo alto. No habia duda: el Señor se guardaba los secretos del destino de aquellos amantes, para poder con el tiempo hacerles entrar en un eden de delicias, en un palacio de encantos en un oasis de placer.

El astuto Rosas lo tenia todo circunvalado; temia hasta á los fantasmas, y por todas partes habia dejado pequeños destacamentos. Uno de estos lo habia cerca de Córdoba y los soldados con sus jefes salian á caza por los bosques de esta serranía. Quiso la fatalidad que en uno de los dias que salieron fuese el en que Enrique y Aurelia se detuvie-

¡Salvadla, Dios mio! ¡Salvadla!

ran con sus criados en sus escursiones por aquellas montañas. Aurelia tenia miedo hasta de su sombra, pero esta vez lo tuvo de la realidad. En el momento que doblaba un ángulo de la montaña, vió una porcion de soldados con los fusiles apuntados, asustóse y corrió, gritando azorada: ¡Enrique ¡Enrique! somos perdidos; nos cercan por todas partes. Enrique lo habia visto todo, pero no podia detener á Aurelia, esta iba impelida por la desesperacion, creyendo que la montaña se prolongaba por la parte oculta aun; pero ¡oh desgracia! Aurelia no sabia que iba á arrojarse al precipicio. Se adelanta, resbala, pierde el equilibrio, desliza su pié y cae desplomada, perdido el conocimiento, sofocada la respiracion! Enrique la seguia despavorido, véla desaparecer, percibe un vestido henchido por el aire, corre, se abalanza, tiembla, y con el acento del dolor que hiela la sangre en el corazon, esclama: ¡Salvadla, Dios mio! ¡Salvadla!

Aurelia cayó desmayada: luchó por algunos momentos con las aguas del Tercero; un barquichuelo que guiaban dos hombres y que se hallaba pescando junto al precipicio, acudió á salvarla: colocáronla en el lugar mas cómodo de este, y la prodigaron solícitos cuidados.

Enrique habia visto aquella catástrofe, habia percibido tambien el barquichuelo; pero en su espanto no habia cuidado sino de correr como un loco para encontrar algun camino que le condujese al rio. Los criados le seguian llenos de espanto, conteniéndole á cada momento, temiendo fuese víctima de su frenesí y del desesperado vértigo que le habia acometido.

Vino la noche y las sombras impidieron al amante de Aurelia seguir buscando alguna senda; recostóse dejando caer su cabeza encima una piedra: pocos momentos despues estaba delirando: la fiebre hacia arder sus sienes, estaba en peligro de muerte; pero la juventud debia vencer en la lucha contra la naturaleza enferma. Dios velaba por los suyos, y queria librar á aquellas almas de los altares de sangre; queria hacer pasar algunos nombres puros á los hijos de la posteridad.

CAPITULO XXII.

LA MAZ-HORCA.

Cómo pasar en silencio esa cohorte de verdugos, titulada la *maz-horca*, columna la mas fuerte del monstruoso tirano?

Imposible parece que una mujer pudiera ser la fundadora de esta sociedad, que solo dejaba en su pos vestigios de sangre y de esterminio.

Los crímenes que ella cometió en los diez y siete años que duró la segunda época de dictadura, son infinitos; y no podemos comprender, como la Europa cristiana pudo consentir la ecsistencia de este *club*, mas terrible aun para la sociedad argentina, que la de los Jacobinos en 1793 para la antigua nobleza de Francia (1).

Compuesta de una reunion de personas sin carácter, manchadas la mayor parte de crímenes nefandos, de la hez del pueblo, en fin, solo pudo sostenerse esta pandilla de cafres por el terror que sus atrocidades inspiraban.

(1) Revista de Ambos Mundos: París 1.º de febrero de 1841.—*Affaires de Buenos-Aires, expedition de la France*, etc.

Ella, pues, fué la que elevó segunda vez al pérfido Rosas. Aborto de una imaginacion infernal, de un malvado á quien la compañera del dictador habia ocultado en su casa por un asesinato que habia cometido, no podia dar otros resultados La Sociedad Popular Restauradora, que así se llamó al principio, que crímenes tambien y asesinatos.—Tal fué su inauguracion.

En vano el ministro Guido habia empleado toda su habilidad para atraerse á Rosas: en vano comisionó el presidente Viamont al hermano de aquel, y al general Quiroga, como Martin habia indicado. Todo fué inútil. El hermano de Rosas nada pudo conseguir: el general Quiroga contestó con toda franqueza al gobierno, y le dijo:

—Señores: estoy acostumbrado á la guerra: ni la sangre ni los peligros me han arredrado nunca; pero confieso ingenuamente, que me ha anunciado Rosas proyectos tan horribles, que me han llenado de espanto. No puedo menos por lo tanto de dar un consejo al gobierno, como buen ciudadano: si no se procura oponer una resistencia enérgica y pronta á su ya creciente poder, el gobierno puede estar en la seguridad que el ejército no obedecerá otras disposiciones que las del infame ambicioso, que redobla sus esfuerzos para apoderarse de él á todo trance.

—Gracias, Quiroga, contestóle el presidente, que á la sazon se hallaba con los ministros: el gobierno agradece vuestro celo, y escusa deciros que aprueba vuestro consejo, porque estaba tambien resuelto á rechazar por la fuerza cualquier intentona, ó cualquier medida suya, que no hubiese antes merecido la sancion de la Sala.—Ahora el gobierno espera de vuestra lealtad, que os encargueis en jefe de la fuerza, por si hubiese necesidad de hacer uso de ella, y obrar siempre con tino y sin provocar por ahora su poder, porque esto acarrearia al pais otra guerra civil.

—Puede vuesencia contar con mi espada y el gobierno con mi adhesion sincera y leal. ¡Ah! no se atreverá Rosas á dar un golpe con el ejército: Rosas ha indicado siempre en todos sus actos ser un cobarde; y sabiendo él que me declaraba enemigo no se atreveria siquiera á moverse.—¿Qué mas?—La espedicion al desierto es una prueba: él mandó á los otros á batir los indios: pero se contentó con permanecer divirtiéndose en conspirar por medio de sus agentes

en la capital y traer para *uso de su ejército*, que él decia, lo mas delicado de los almacenes de Patagones y Bahía Blanca, como ricas telas, dulces, sorbetes, azúcar y café, las cuales se han pagado despues por letras giradas contra el Tesoro; y bien puede concebirse que el ejército no seria indudablemente el que consumiria estos efectos.

Además: ¿quién ha movido la revolucion de octubre? ¿quién ha derribado á nuestro amigo Balcarce? ¿qué partido debia tomar? Marchar sobre la capital con el ejército, para conseguir su vuelta al poder, segun estaba acordado por sus amigos. Pero Rosas no tiene el valor que da la conviccion. Cuando el hombre público defiende una causa, que cree justa, jamás esquiva los peligros; pero él solo procura ahorrar lances, y de seguro no dejaria de tenerlos ó sucumbir, si se hubiese puesto al frente del movimiento.

El general Quiroga, que su denuedo en los combates le habia dado entre la gente de armas el apodo de «el Tigre de los Llanos», habíase declarado secretamente enemigo de Rosas por el movimiento de octubre que derribó á su amigo Balcarce; pero Rosas no se dormia y su venida á Buenos Aires y la comision que habia desempeñado, acabaron de indisponerle completamente contra su antiguo jefe y amigo: así que á su regreso manifestó á sus amigos: « que en la espedicion no se habia hecho otra cosa que comer y gastar, porque ese *hombre funesto*, Quiroga, no cumplió sus *disposiciones* contra los indios; y que, mientras viviera, no podria constituirse nunca la República. »

Por fin el gobierno se decidió á la resistencia, pero no á esa resistencia enérgica, que reclaman los grandes males, sino á esa resistencia pacífica que caracteriza en todos los paises á los gobiernos tolerantes.

Tratóse pues de minar el prestigio de Rosas por la prensa; y al efecto se creó el *Imparcial*, cuyos redactores se propusieron la fusion de los partidos, la union de todos los buenos patricios que deseaban el régimen legal y la prosperidad de la república.—*El Censor* y *El Monitor*, siguieron la misma senda.

Pero Quiroga estaba dispuesto á luchar con Rosas y aprovechaba toda ocasion propicia.

La ocupacion de un territorio de las Misiones por tropas del famoso Dictador Francia,—bastante conocido en la escena política,—sumió

en grandes peligros á Corrientes, capital de uno de los Estados confederados, y dió orígen á un famoso proyecto de organizar una espedicion al Paraguay, cuyo resultado debia ser la destruccion completa de Rosas y la Constitucion de la República Argentina.

Quiroga era el alma de esa empresa y se ofreció á mandar la caballería; entraron tambien en ella muchos oficiales adictos á Lavalle: el coronel D. Eugenio Garzon se comprometió á organizar y mandar los cuerpos de infantería, y Ezpora fué nombrado para mandar la escuadra. Todos á las órdenes del general Albear, que era el designado para jefe principal del ejército.

Demasiado árdua, ó mas bien, demasiado colosal era esta empresa por los males que su realizacion hubiera evitado y por los beneficios que hubieran reportado de ella tres de los Estados confederados.

Combatida terriblemente por Rosas y su faccion, yhasta por algunos diputados liberales de la Sala, llegó á noticia del dictador Francia; y conociendo el golpe mortal que recibiria con ella, si mas tarde llegase á realizarse; se apresuró á hacer paces con los Correntinos; envió este una comision para que notificára al gobierno la paz, y con ella cesó la causa que motivaba el proyecto y se abandonó.

No era solo el anterior gobierno el que luchaba diariamente con insuperables obstáculos; tambien el nuevo contaba los apuros y mas de una vez se estrellaban los hábiles ministros en la penuria del tesoro, que habian dejado exhausto los despilfarros del déspota. Esto hacia redoblar mas los esfuerzos del recto Viamont, que se dedicaba con paternal solicitud al progreso de la República.

Pero los enemigos del reposo público se apoderan siempre de la tolerancia de los gobiernos liberales para conspirar á mansalva; y la esposa de Rosas, que era mas atrevida que él aun, determinó dar el golpe y le propuso hacer un pequeño movimiento, acompañado de algun asesinato para aterrorizar á los partidarios del gobierno y derribarle. Así sucedió; y al efecto fueron comisionados el comisario Parra, Santa Coloma y otros.

Hallábanse por la noche en casa del presidente dos ministros tratando asuntos del servicio, cuando uno de los amigos de Martin entró en el despacho asustado, entrecortada la respiracion, desencajados los ojos, como si se hallára amenazado de un gran peligro.

—¿Qué os sucede, Lopez?—preguntó el presidente con vehemencia, al ver su agitacion.

—¡Ah! Estamos perdidos,—contestó.

—Pero ¿que hay? replicó otro ministro.

—Acabo de salir ahora mismo de casa del ministro García y toda la familia se hallaba consternada: oimos ruido de caballos al galope, y al asomarnos á la ventana nos descargan dos tiros á quema ropa: salimos á la calle inmediatamente y tropezamos con el pobre Badhalan revolcándose en su sangre, que quizás habrá ya espirado. García se ha quedado para conducir á su casa al herido y me ha encargado que os lo participe mientras él procura indagar algo.

—Nada: ya está visto:—dijo el presidente:—Rosas ha tramado alguna.

—Firmad esta órden para que salga al instante una patrulla;—dijo el ministro Guido,—que la habia escrito al oir á Lopez.

—No: aguardarémos á García que tal vez sabrá decirnos algo,—contestó el presidente.

—Aquí está;—añadió Lopez cediéndole la butaca.

—Es preciso que se reunan al momento los representantes,—dijo García al presidente.

—Bien;—contestó,—pero, ¿no ha de tomarse alguna providencia? ¿han de quedar así estos desmanes?

—Lo único que debemos hacer es presentar nuestra dimision, porque yo no quiero ser responsable de las desgracias que van á suceder.

—¿Y no habeis descubierto nada?

—Ni lo he intentado siquiera;—repuso el recien llegado;—lo que puedo aseguraros es, que con tal estado, con tales obstáculos, no es posible gobernar.

—¡Ah! Si pudiese al menos consultar á Martin..... dijo para sí el presidente.

—No os canseis:—añadió García.

—Conoceis poco el talento y la superioridad de este hombre ilustre. Baste decir, que era el consejero de Rivadavia.

—Amigo Viamont, conviene sobremanera resignar el mando: descarguemos nuestra responsabilidad: la Sala resolverá lo mas conveniente. Ya he dispuesto que salga una patrulla para evitar que vuelva á

repetirse por hoy otra desgracia como la de nuestro amigo Badhalan, que ya habrá espirado: mañana no respondo de lo que pueda suceder, porque el gobierno no tiene fuerza moral ni física; y cuando se llega á este estado, el mejor, el único partido es retirarse.

En este momento llegó otro de los diputados, que habia tenido noticia de una reunion de borrachos que desde una casa estaban vitoreando á Rosas y amenazando de muerte á los que se opusieran á su vuelta al poder con «facultades estraordinarias.» Llamó al general Viamont á otra habitacion y le dijo:

—Pocos elementos teneis, amigo Viamont, para permanecer ni una hora en el gobierno: sabeis que os aprecio, y sentiria vivamente que ese club de asesinos atentára contra vuestras vidas: espero, pues, que os vengais á mi casa esta noche para obrar mañana segun mas convenga.

—¿Es posible que nadie pueda sorprender los infernales planes de ese miserable?—dijo el presidente con enfado.

—¡Sus planes! Es bien pobre su talento para que dejen de traslucirse sus manejos; pero es bastante cobarde para ponerse al frente de ellos: bien que ya cuenta con la audacia de la Encarnacion para realizarlos.

—¿Y será cierto?

—¿Si es cierto? escuchad:

No sé si recordais, que la Encarnacion tiene escondido hace tiempo en su propia casa un tal Ochoteco, que segun voz pública asesinó á un honrado vecino de la campaña.....

—No habia oido tal,—interpuso vivamente el general.

—Pues leed este manifiesto que acaba de dar al público D. Nicolás Anchorena.

—Decid, decid, puesto que le habeis leido.

—Dice, pues: que habiendo sido insultado por algunos miembros de esa sociedad,—que hace poco andaban ébrios por la calle de la *Federacion*, escandalizando y amenazando á todo el que hallaban,—denunciaba á la exacracion pública al promovedor de esa horda, que se habia inaugurado con la embriguez y con el crímen; y que el único título que podia presentar para pertenecer á ella, era, «haber asesinado impunemente á un honrado paisano:» que la única taréa de

este club repugnante se reduce á recorrer las calles, tabernas y demás sitios públicos, para reunirse luego en la Sala de Representantes, é intimidar con sus miradas y ademanes amenazadores á todos los diputados que combatimos la elevacion de Rosas, su director.

Ahora podeis juzgar con acierto, si se necesita mucho talento para comprender el resultado de esta institucion anárquica, que, como dice Anchorena muy acertadamente, «¿qué padre de familia no armará su brazo para combatirla?»

El presidente permaneció en silencio, como para tomar una resolucion; al cabo de un instante dijo:

—Razon tenia Martin al asegurar, que Rosas subiria indudablemente al poder, sino se le oponia resistencia. ¡Ah! Cuanto daria por contar con él en este momento! No se gozaria entonces con sus infamias.

—Con que, ¿no tenemos á Martin?

—Ha salido hace dias.

—¿Por mucho tiempo?

—Al menos por un par de meses.

—¿Y no podemos escribirle?

—Sí; pero es inútil. Asuntos de grande interés le han obligado á ir á Chile; y ya veis que no es posible estar en comunicacion tan frecuente como el estado de cosas exige.

El desórden continuó. La «sociedad Popular Restauradora» recibia las órdenes de su *director* y cada dia eran mayores sus tropelías. Al poco tiempo se convirtió su hipócrita título en el de Maz-horca. Como prueba de la predileccion y aprecio que merecia al Conspirador, la remitió un dia una enorme *maz-horca*, de maiz, de las de su propia estancia del Azul, y la *sociedad* llevó en triunfo este nuevo símbolo de union por las calles y plazas, adornado con cintas celestes, y en lo sucesivo, además de los bigotes, el chaleco encarnado, el puñal y la verga (1), fué uno de los distintivos que carecterizaban á los individuos de este club, que desde entonces se llamaron Maz-horqueros ó La Maz-horca.

No acabaríamos de citar crímenes perpetrados por esta turba de lic-

(1) Rivera Indarte: *Rosas y sus Opositores*, cap. 15, pag. 211.

tores. Desde este dia fueron obligados todos los habitantes de la Confederacion, como hemos dicho en otro capítulo, á llevar una cinta encarnada como un espigma de oprobio, los hombres pendiente del ojal del frac ó levita y las mujeres en la cabeza en forma de lazo: y desgraciado del que se atreviese á presentarse en público, ni asomarse siquiera á la ventana, sin ese símbolo de barbarie, sin ese trapo color de sangre que predomina en todas las banderas de los pueblos mas feroces, como el Japon, Siam etc. que elijen únicamente los déspotas, los hombres ávidos de crímenes y de destruccion.

Por fin, los ministros presentaron á la Sala su dimision. La reunion política que representaba el leal y honrado Viamont sucumbió bajo las amenazas de la anárquica sociedad. Algunos de los amigos de Viamont se disputaron luego el honor de adular á Rosas.

CAPITULO XXIII.

LA AURORA DE FELICIDAD.

En uno de los domésticos salones del Gobernador de Chile; ricamente amueblado, adornado profusamente con caprichosos objetos de los famosos caolines del Japon, entremezclados con abundantes y esmaltados jarrones y floreros del argentino filon del Potosí, asombro de los metalurgos, como diria el erudito Humboldt; estaban sentados delante de una alabastrina mesa dos personajes. Uno de ellos tenia el aspecto del hombre emprendedor, que posee ricos grados de inteligencia: el otro revelaba en toda su figura un tipo perfecto de melancolía y abatimiento, que contrastaba notablemente con el grave y severo semblante del que ha sufrido á la vez grandes reveses de fortuna y de felicidad, pero que acaba de esperimentar algunos instantes de placer.

Nuestros lectores habrán adivinado quizás quienes eran; pues la señas descritas cuadran perfectamente á nuestro sabio Martin y al intrépido coronel Mendez. Efectivamente, Martin habia llegado hacia pocos dias, y habia contado lo ocurrido en Buenos Aires, desde que se habian separado en el camino de Mendoza. Habia dado al co-

ronel satisfactorias noticias de Enrique, y no se habia atrevido á hablar estensamente del cautiverio de Amalia. En el semblante de su amigo leia la amarga contestacion que hubiese dado á su pregunta; pero era preciso hablar de ello; pues iba á llegar el instante en que el padre de Amalia tuviese que aprontar alguna cantidad de consideracion para poder abrazar á su hija. Martin queria entrañablemente á su valiente amigo, hubiera preferido mil veces la muerte, antes que tener el remordimiento de haberle causado el mas leve disgusto.

Mendez fué el primero en romper el silencio sobre el cautiverio de su hija. En su voz se notaban el temor y el inmenso cariño paternal. El temor, porque el corazon recelaba hasta de la nueva mas feliz; y el cariño paternal porque era mas declarado é intenso, y por consiguiente dominaba á todos los demás sentimientos que á la vez pugnaban entre sí.

—Martin! empezó diciendo el coronel; sin duda estarás enterado de todo lo ocurrido desde que tuve la degracia de separarme de mi querido Enrique. Me abstengo de contarte los pormenores de mi desgracia, porque supongo te serán conocidos y su narracion me desconsolaria, pues ni el tiempo ni las esperanzas que se me han dado pueden calmar mi dolor ¡Ah! pobre Amalia ¡pobre Amalia!

—Amigo mio, la adversidad ecsiste para corazones de tu temple, contestó Martin.

—Reconozco que debemos ser grandes en el infortunio; pero, Martin ,debes considerar que soy padre y un padre no puede ser impasible ante el sufrimiento de sus hijos, no; mil veces no.

—No hay tampoco motivo para desesperarse. Yo he dado algunos pasos y creo que nos reportarán alguna ventaja. Al pasar por los Andes he tomado un indio para que me sirviese de guia y en pocas horas he recorrido algunos de los puntos en que residen los principales jefes de los Peguenches, Guiliches y Moluches; he hablado á algunos de ellos; he escrito á otros y creo poder darte alguna confianza que no deje de presentar bastante probabilidad de realizarse, y aun me atreveré á decir que no tardarás muchos dias en poder abrazar á tu querida Amalia.

—¡Ah! Dios lo quiera, Martin; pero hace poco tiempo que todo se conjura contra mí, y temo que vivamos de ilusiones.

—Las ilusiones tornarán realidades, te lo aseguro; pero entre tanto es preciso que te resignes. Vuelva á arder en tu pecho el valor de otros tiempos; ya amanecerán los dias de gloria; para que la virtud y la honradez lleguen á lo sublime, es preciso que pasen por el crisol de trabajosas pruebas. Animo, Mendez; no desfallezcas: ya sabes que puedes contar con mi amistad á todo trance. Mira mi rostro, ya hay en él algunos surcos: algunos cabellos han saltado de mi cráneo: Dios me ha herido con algunos desengaños; pero aun conservo una alma ardorosa; he leido mucho en el gran libro del mundo, he llegado al borde del sepulcro; me he vuelto á levantar con la cabeza erguida, y la sangre aun hierve en mis venas como la de un jóven á los veinte años.

—Siempre el mismo, Martin, siempre el mismo: inalterable como un diestro diplomático. Muchas veces me he preguntado, en qué lugar del mundo habrás aprendido tanta ciencia, pero no he podido nunca penetrarlo: tu vida me ha parecido siempre un misterio, un arcano completo. Confieso que me causas admiracion, te tengo envidia.

—Por Dios, coronel, no te chancees conmigo; sino voy á creer que soy una dama á quien requiebras. Lo veo: los galantes militares no pueden perder su primitivo carácter. Vamos, coronel Mendez, vamos; no me pongas esa cara tan triste; no te descorazones: ánimo, ánimo: figúrate que estás en vísperas de entrar en una reñida batalla; que oyes el bélico clarin, la voz de los jefes que llaman al combate, los relinchos de los caballos, que llenos de ardor se encabritan y hieren el suelo, prontos á embestir á los escuadrones enemigos. Ya se levantan cien nubes de polvo, tapando la luz del sol; resuena en los aires gritos de vencedores y vencidos; truena el cañon, chispean las espadas; por todas partes reina la confusiou y clamores; corren rios de sangre; la muerte levanta trincheras de cadáveres: Marte desencadena las furias; Belona pasea triunfante su carro sobre piras de carne humana. ¡Ah! ¡Mendez! que tiempos! que tiempos!

—¡Ah! Martin, Martin: los años empiezan á helar mi sangre; sin embargo al oirte hablar con tanto entusiasmo, me parece que tomo parte en algun combate. ¡Ah! soldados, á ellos, á ellos. Viva el pabellon de los argentinos, hurra... hurra...

—Bien, bien, Mendez; así me gusta, corazon esforzado. El tiempo y

el destino se rebelan contra nosotros; pues nosotros hemos de salir vencedores de entrambos. Sí, les reto; que se atrevan y veremos. ¿De nada sirve acaso esa chispa divina que Dios regaló al hombre, llamándola inteligencia? ¿Acaso debe ser siempre la desgracia nuestro patrimonio? ¿Por ventura las almas nobles, no han de tener alguna recompensa en la tierra? Sí, deben gozar de ella; y sino ¿de qué serviria esa libertad santa, que el omnipotente dió al ser humano? ¿Hay acaso en la existencia de todo lo creado algo inútil? No: ni puede haberlo. En la naturaleza todo es armonía, todo ha sido formado para complacer á la criatura, desde el cedro mas alto del poético y perfumado Líbano, hasta el césped que en su pequeñez solo puede hacer la sombra al mas diminuto insecto. Mar, tierra, cielo, aire, fuego; los elementos todos están predicando la soberanía del hombre sobre todos los demás seres, la sabiduría infinita que todo lo preside, la idea de la existencia de un Dios, que por todas partes nos habla, nos encumbra, nos dirije.

Así se espresaba Martin, que cualquiera hubiera creido, tan solo ver en él al hombre sencillo y de escasa instruccion; pero Martin era un sabio; conocia los diversos resortes del corazon humano, y por eso hablaba de este modo; habia visto abiertas las llagas del corazon de su amigo, y queria cicatrizarlas; casi lograba su objeto: pues el coronel Meudez manifestaba haber recibido gran consuelo, saboreando la sávia fecunda que contenian las palabras salidas de los labios de aquel hombre estraordinario.

¡Oh santa amistad! ¡hija del cielo! Tú no debieras haber bajado nunca á la tierra. Los hombres te han llenado muchas veces de oprobio; pero tú eres insaciable por la razon de ser inmortal. La sociedad te profana, te besa; pero sus besos son falaces; te halaga, pero te clava luego un puñal envenenado. Tú vas siempre acompañada de los grandes sacrificios, de las acciones heróicas, pero en cambio solo te devuelven mancilla, baldon, crímen, reprobacion, bajeza, orgullo: te arrastran por la inmundicie; pero tú sales aun mas brillante, á semejanza del astro, que, ennegrecido por los rojizos vapores de una tierra inundada de cenagosas aguas, aparece despues mas deslumbrador, mostrando todo el brillo de su argentino foco, todo el fulgor de su diamantina esencia. En vano pretenden borrar tu nombre del libro de

los consuelos; sus tradiciones son las del mundo, eres la tierna compañera de los amores. Tu cabeza está á los piés del trono de la Divinidad; tu aliento es el puro y aromático aire que se encierra en el espacio: tu planta se fija en la tierra: tu corazon late en la region de lo bello, de lo imponderable, de lo místico; esperas el fin de los siglos, para ascender á la mansion de lo infinito, y ofrecer al que llamó hermanos á los hombres, la sagrada urna de tus lágrimas, el paño con que secaste el llanto del ingrato, la corona con que rodeaste la cabeza del alma que supo comprenderte, y la orla con que adornaste las sienes de la inocencia en el niño, de la abnegacion en el adulto, de la virtud y del saber en el anciano.

Así interpretaba Martin el espíritu de la amistad; porque así se lo pintaba su nunca desmentido talento. El coronel Mendez jamás habia tenido tanta necesidad de un amigo como en aquel momento. Tras la pérdida de su hija solo veia el reflejo de la lámpara funeraria que alumbraba una tumba. Amalia era el espejo, en el que miraba el anciano la imágen de su esposa adorada; porque Amalia era para aquel veterano, la continuacion de la vida de aquella mujer, con quien habia sobrellevado los pesares, prolongado los goces, embellecido la santidad del matrimonio.

Cuando la casualidad ó la intencion reunian bajo un mismo techo á Mendez y á Martin, nunca se separaban el uno del otro: vivian como dos hermanos cariñosos, y ahora mas que en otra ocasion; pues sus lazos se estrechaban mucho mas, desde que las revueltas y el peso de su infortunio amenazaban sus cabezas. Así es que, luego que Martin acabó de hablar, se cogió del brazo de su amigo, y fueron á dar una vuelta por el jardin de la casa del gobernador, que era por cierto un pequeño paraiso con sus fuentes, bosquecillos, caminales, laberintos, cuevas formadas para el deleite, estátuas de alabastro, jarrones de hermoso mármol; y su todo, el mas escogido verjel que puede inventar el gusto mas delicado del europeo.

Martin habia escogido con su rápida mirada aquel sitio porque conocia ser el mas á propósito para distraer el abatido ánimo del coronel.

Mientras el padre de Amalia comunicaba la tristeza de su corazon al de su amigo, aquella enjugaba aun las lágrimas que derramaba por la muerte de la generosa Zafra. Ahora que la faltaba su amiga,

sentia mas que nunca su cautiverio, recelaba mas de Agaparco, y la soledad de los Andes le parecia mas insoportable. Este solo la miraba con el mas profundo respeto, y aunque no era caballero de las cortes de amor, sin embargo su precoz imaginacion le señalaba la delicada conducta que debia seguir con una jóven que estaba bajo su poder, y de la cual queria hacerse digno á costa de los mayores sacrificios.

Amalia, ya hemos visto que habia sabido por Zafra noticias de su padre; atormentábanla vivamente los deseos de ir á Chile para abrazarle y llorar sobre su frente. Se acordaba de la promesa que la habia hecho Agaparco, y algunos dias despues, mientras sentada junto á un árbol oia la narracion de algunas historias que la hacia el indio, valiéndose del amor que le habia inspirado, le rogó arrasados los ojos en lágrimas, que la devolviese á su padre. Agaparco vaciló por algunos momentos; porque la idea de separarse de su bella cautiva le desesperaba, y no podia resolverse á abandonar aquella rica joya que hubiera sido el orgullo de un trono, si trono hubiese alzado entre los peñascos de aquellas montañas. Amalia insistió, le hizo entrever una esperanza de amor por algunos instantes, y si el llanto de una mujer inocente y bella nos reduce, la tierna súplica de la hermana de Enrique debia arrebatar á aquel hombre y hacerle consentir en la peticion del ángel de sus ensueños. Así sucedió y la hizo promesa solemne de ir á Chile el dia siguiente.

Apenas apuntaban los primeros albores de la mañana, cuando Agaparco se dirigió á la tienda de Amalia; esta estaba ya dispuesta: un indio tenia dos hermosos caballos de raza esbelta. El vencedor de Namuno cogió la mano de Amalia y ayudóla á montar en uno de ellos, saltando de un brinco encima del otro bruto, que al sentir la carga dió un salto, como si estuviese orgulloso de llevar tan apuesto ginete. Agaparco apenas podia contener los suspiros. Amalia lanzó una mirada rápida y lánguida á la desierta toldería, arrancó la ramita de un sauce desde la silla de su alazan, y metiéndole espuela se apartó de aquellos lugares, corriendo parejas con su amante.

Entre tanto que corre, ó mejor vuela la pareja, siguiendo el camino que conduce á Chile, los dos amigos á quienes habíamos dejado paseando por el jardin del gobernador abandonaron, despues del siguiente dia de su conversacion, el aposento que se les habia destinado res-

pectivamente para descansar durante la noche. Sus pensamientos estaban muy lejos de creer que les aguardaba un suceso inesperado, que debia llenarles de un contento inesplicable. El padre de Amalia desconfiaba: Martin presentia. Los criados acababan de avisar la hora de almuerzo. El militar y el filósofo almorzaron, el primero con bastante descuido, el segundo con delicado apetito. Al momento de servirse los postres, oyóse por la calle el ruido de dos caballos. En el mismo instante una misma idea alumbró las imaginaciones de los dos amigos, se levantaron como por resorte, corrieron al balcon; los caballos estaban junto á la puerta; pero los ginetes habian desaparecido. El ruido de las espuelas que se oia por la escalera llamó la atencion de aquellos: los pasos eran precipitados; cesaron por algunos segundos; la puerta del comedor abrióse con fuerza, solo resonó un grito... ¡Padre mio!—¡Hija del alma! ¡Amalia de mis entrañas!.. Estas fueron las palabras que pronunció Amalia al arrojarse á los brazos de su padre.

—¡Ah! gracias, Dios mio, gracias, esclamó el coronel Mendez; mientras besaba y estrechaba á Amalia en su seno; ¡gracias, Dios eterno! ¡gracias!.... me he salvado; ella vive, sí, vive para mí... Martin estaba atónito. Agaparco habia quedado inmóvil; permanecia de pié como una estátua llena de pasmo, de sorpresa, de admiracion.

Mendez jadeaba de gozo: no sabia lo que le pasaba: sentóse por fin, y puso á Amalia en sus rodillas. Radiante de alegría y con una sonrisa indefinible, preguntóla á quien debia tanta dicha. Amalia por única contestacion, señaló al indio y dijo á su padre.—Este hombre es Agaparco, el mas noble de los Peguenches. Agaparco se inclinó. Martin abrazóle y estrechó con efusion su mano. Mendez en un momento de arrebato le besó la mano, esclamando ¡El Señor bendiga eternamente al libertador de mi hija!!!

La sala representaba en este momento un hermoso cuadro. Martin hablaba á Agaparco con entusiasmo. La hija robaba con sus besos el calor de los labios paternales. El padre bañaba con su ardiente y delirante mirada los suaves contornos de su hija.

El cielo se habia mostrado propicio. Las canas de Mendez sentian rejuvenecerse. «La aurora de la felicidad» cubria con sus rayos el grupo de esas cuatro almas de fuego.

—¡Padre mio!

CAPITULO XXIV.

EL ALTO REDONDO.

Los crímenes y escesos de la maz-horca crecian y se multiplicaban cada dia.

Aterrada, la Sala, carecia de representantes, porque todos procuraban librarse de la espantosa anarquía de aquella horda salvaje. Muchos alucinados y débiles querian con todo empeño el restablecimiento de Rosas en el poder. Este hombre conocia perfectamente á los miembros de los que se reunian en la Sala: se reia de ellos, y aun les señalaba con su dedo de sangre. Habia llegado con su infernal astucia á hacerse necesario entre ellos; así es que era buscado por todas partes; se le mandaban comisiones á cada momento; se recorria la campaña para ver si se le encontraba. Todo empeño salia inútil: todas las pesquisas desesperaban mas á los individuos de aquella honorable corporacion. ¡Ah! Rosas queria que su nombramiento viniese acompañado de facultades estraordinarias para poder desenvolver de este modo todo su plan tiránico. Las almas mezquinas, y mas que mezquinas, ruines y rastreras, que deliberaban sin concierto en aquel recinto, cometian todo género de humillaciones. La sala reeligióle una porcion de veces; llegó, por de-

cirlo así, á postrarse ante aquel monstruoso ídolo. Una de tantas comisiones que le fueron enviadas tuvo que aguardarse muchas horas á la puerta de la habitacion de Rosas, perdiendo de esta manera el poco prestigio que podia aun conservar: envilecida llegó á ser admitida á la presencia de este ambicioso, y salió desairada y volvió á la Sala «despedazada de dolor,» porque el restaurador «habia sido una roca á sus humildes súplicas,» y no queria aceptar el gobierno. El lenguaje brusco de aquel hombre habia afectado á la comision. Su voz era el grito de la fiera, era el eco lejano del rujido del leon, que queria cebarse en la sangre de los hombres sus hermanos, y así en todo su sér se revelaba la ferocidad comprimida del tigre que acecha la presa, de otro animal mas feroz y arrojado que él, esperando el momento de lanzarse traidoramente sobre la víctima, porque teme embestirla de frente. La cobardía siempre ha sido patrimonio de los viles. El disimulo, el escudo con que se cubren los señores degradados.

La comision daba el tratamiento mas elevado á Rosas; y así fué que al presentarse, le dijo con una humildad que rayaba en bajeza: — Señor muy poderoso, y el mas necesario, ved en estos humildes representantes, la aspiracion unánime de toda la junta: V. E. en su elevado talento conocerá mejor que nosotros el infeliz estado en que se encuentra la Nacion argentina. Nadie mejor que V. E. que tantos sacrificios tiene hechos en bien de nuestra patria, puede salvarla. Ah! V. E. comprenderá que la hermosa y rica ciudad de Buenos Aires está aguardando con anhelo á su libertador, á su padre, al general que tantos laureles tiene conquistados; al patriota que tantos inolvidables recuerdos de abnegacion y virtud ha dejado en este suelo; pero nos parece imposible que las súplicas de este respetable cuerpo no hayan hecho mella en el ánimo de V. E. Estamos intimamente convencidos, que el ciudadano ilustre á quien tenemos la honra de hablar no podrá menos de aceptar un cargo tan elevado; elevacion que no es mas que una digna recompensa dada á los eminentes servicios que ha prestado en todas épocas, y que se confia continuará prestando mas de cerca, desde el primer puesto de la Nacion.

Semejante elogio, solo hubiera cuadrado á un personaje de mérito relevante y que hubiese hecho grandes sacrificios en aras de su patria. Los representantes recibieron una contestacion que por cierto era de

esperar de un hombre del temple de Rosas.—Señores representantes, les dijo,—vuestras manifestaciones pueden gustar á un hombre que no tenga de ello mas que la apariencia, es decir, á un gallina; pero yo necesito algo mas que estas demostraciones que agradezco tan solo en lo poco que merecen.—Hay en Buenos Aires una raza que debe esterminarse: esta es la de los unitarios; de esos perros inmundos que bajo el pretesto de libertad y conciliacion, están oprimiendo á esta nacion digna de mejor suerte. —Para acabar con ella se necesitan cabezas organizadoras que hagan rodar las de estos, que se engalanan con el título de regeneradores, de ciudadanos honrados.—Es preciso una época de terror, y el hombre que deba iniciarla, ha de hallarse revestido de un poder supremo, capaz de aterrorizar á los corazones mas esforzados.—Representantes, yo no quiero trabas de ninguna especie, es decir: quiero serlo todo, todo, sin limitacion de ninguna clase.—Representantes, salid pronto de esta habitacion, nombrad algun presidente marica.—Marchaos, os digo: me siento despreciado, estoy lleno de despecho. ¡Ah! el cielo pide venganza, venganza...

Los diputados salieron asustados, se hallaban dominados por la influencia de aquel Robespier Americano, y en su ceguera y maldad, ¡temblaban como si las palabras de este fuesen las mismas que salen de unos labios autorizados por la probidad, y que no saben abrirse sino á impulsos de la razon, de la verdad y de la justicia.

Rosas daba sus disposiciones desde un sitio que él mismo habia denominado *Alto redondo*. El despacho corria parejas con el carácter especial de aquel hombre; era como la bohardilla de un poeta tronado, solo que así como en esta ecsiste la inspiracion y oyen las paredes los acentos del entusiasmo y del genio, allí solo se oian imprecaciones, dictábanse las órdenes secretas que mas tarde debian producir un fruto horrendo.

Represéntese cualquiera una salita circular rodeada de algunas sillas con asientos de cuero, una mesa cuadrada parecida á la de un memorialista; encima de ella algunos papeles bastante desordenados y algo llenos de borrones, esparcidas en confusion algunas láminas de panteras, tigres, zorras, perros, buitres y de otros animales conocidos por su fiereza y asquerosidad. A cierta altura de la pared que da á la calle, dos ventanas cubiertas por persianas medio cerradas, que

eran muy á propósito para las investigaciones de Rosas, para atisbar todo lo que pasaba en la Sala de representantes, cuya degradacion servia de juguete y pasatiempo á ese verdugo de la pobre humanidad; un personaje cubierto con una bata encarnada, paseando arriba y abajo por aquel aposento, ora pateando, ora corriendo, ora prorumpiendo en una carcajada estertórea y satánica, y se tendrá una fiel descripcion del secreto despacho bautizado por su dueño, con el estraño título de «alto redondo»

¡Alto redondo! que vió decretos de asesinato. ¡Alto redondo! que presenció conciliábulos infernales. ¡Alto redondo! que evoca recuerdos de horror, dramas de asesinato, cavernas de hediondez humana, montones de despedazados cadáveres.

Aquella asamblea nacional, queria á todo trance un presidente que fuese del gusto de Rosas; ya que este por sus fines particulares no habia aceptado, aspiraban al nombramiento de algun conpatriota ó camarada suyo. Esto dió lugar á que votaran primeramente á don Juan Nepomuceno Terrero, una de las tantas hechuras de aquel, quien renunció el cargo; porque dijo, que no habia recibido indicacion alguna de su compadre: vista su negativa, procedieron á nuevo nombramiento, haciéndole recaer en el primo de Rosas D. Tomás Manuel de Anchorena; pero este tambien rehusó, porque su primo no le habia dado sobre el particular instruccion alguna y los unitarios eran muy malos; la tenebrosa reunion se desesperaba con estas renuncias; atormentaba su oscura mente para poder acertar con la persona que fuese de la aprobacion y confianza del que se mofaba desde el «Alto redondo.» Reiteraron por fin la votacion; y nombraron al general D. Angel Pacheco; pero este al igual que sus antecesores, se apresuró á resignar comision tan espinosa, alegando igualmente, el no haber recibido indicacion alguna. Iban ya tres nombramientos ¡oh escándalo! La jauria de esos perros no podia complacer á su dueño. Finalmente se eligió al doctor D. Manuel Vicente Maza, quien aceptó de buen grado el cargo, porque en ello era gustoso Rosas, y pudieron aquellos diputados gloriarse, despues de tres infructuosos ensayos, de haber acertado, dando placer de este modo al inmundo jefe de quien ocultamente recibian las inspiraciones.

El Dr. Maza entró á reemplazar *provisoriamente* al general Viamont.

Hay ocasiones en que la casualidad parece rayar en providencial, indicando, con ciertas señales, la ventaja ó desventaja que se ha de reportar de ciertos acontecimientos. El dia que Maza fué elevado al poder, un hombre se despeñó de la torre de San Francisco, y se hizo pedazos, y el supersticioso vulgo no dejó de creer que esta catástrofe era un fatal presagio para el porvenir. Cundió la noticia de esta desgracia con la rapidez del rayo; y la República Argentina saludó temblando al nuevo Presidente. Aquella caida parecia encerrar con misterio la decadencia del estado; sin embargo de la luz del pensamiento, no podian difundirse tan á mansalva los fundados temores que se abrigaban en los corazones benéficos y fieles; porque temian la cuchilla de la injusticia que amenazaba sus atontadas cabezas.

El hombre de paja, que así puede llamarse á Maza, puesto que gobernaba bajo la influencia de Rosas, reformó esencialmente el registro militar, é hizo partícipes de los negocios á varias personas, indicadas en los secretos del fingido, pero verdadero presidente. La Maz-horca tomó mayores creces; regularizóse, adquirió mayor importancia, desplegó una autoridad ilimitada, estendió su fatal influencia, engrosando sus filas con nuevos y numerosos adictos, estableciendo en la campaña juntas secundarias de la matriz que residia en Buenos Aires, encargada de fomentar el terror y engrandecer el poder de Rosas, y llegando hasta el estremo de proponer Boneo un despótico reglamento, que amortizó D. Pedro Burgos; porque Rosas no queria que ese club, tuviese otra direccion en los negocios, que la que él mismo quisiera darle verbalmente cada dia, y á cada momento.

La llama fatídica del Alto-redondo continuaba ardiendo. El hacha y el pequeño puñal demandaban sangre! Hubo Sangre!!!

Durante el gobierno de Maza en 1834, levantóse la guerra civil entre Latorre y Heredia: el primero era gobernador de Satta; el segundo de Tucuman. Eran dos ambiciosos. La ambicion de Heredia manifestóse diciendo que Latorre secundaba las tentativas de D. Javier Lopez para derribárlo del gobierno; Latorre pretendia que Heredia intentaba colocar en el gobierno de Satta á su hermano D. Alejandro Heredia.

En esta alternativa, el gobierno de Buenos Aires se vió en la precision de tomar algun partido, y al efecto hubo junta en casa de Anchorena, tratándose sobre la resolucion que debia adoptarse: despues

de acalorados debates, se decidió que se ausiliase con armas y dinero á Heredia; pero mudóse al dia siguiente esta soberana resolucion, por un mensaje que recibieron de que Rosas preferia que se despachase al general D. Juan Facundo Quiroga, como agente conciliador entre las diferencias suscitadas en Tucuman y Satta. Semejante nombramiento causó estraña impresion en el ánimo de todos; pues sabian muy bien que Rosas se afiliaba siempre á uno de los bandos contrarios para hacer la guerra al otro, conservando, con su prevision grosera, relaciones con algunos de los vencidos para poder hacerla servir cuando se ofreciese ocasion favorable, y pudiesen los servicios de estos reportarle alguna utilidad, aunque fuese á costa de mortales sacrificios.

Quiroga dormia tambien en brazos de la ambicion; y no sabiendo que hacer en Buenos Aires, llevaba la idea de derribar á Rosas á toda costa, quien habia marchitado todos los laureles de sus victorias, robándole la gloria, único recuerdo que algunas veces hace revivir las apagadas ilusiones del vencido y del apático, que ha esperimentado los caprichos de la fortuna. Rosas queria «enlazar en la accion del puente de Marquez con su hermano Prudencio caballos, para que mudasen los que los tenian cansados, y dos años despues galopar hasta Pavon para fusilar prisioneros.»

A Quiroga no podia darle Rosas mayor alegría; su alma vibraba de contento porque veia al rival en sus manos; así lo manifestaba el mismo dia á un tal Sanchez íntimo amigo suyo diciéndole en su misma casa:—Te prometo una faja, si llego á realizar mis intentos. ¡Amigo Sanchez! ¡ah que dicha!—Empiezo á ver mis planes realizados; sucumbirá, sucumbirá el bandido, y libraré á la humanidad de un monstruo.

—Bien, querido Juan: te felicito con toda mi alma; te prometo mi completa adhesion; pero en cambio te ruego que cuando el viento de la prosperidad te sople, no te olvides de tu camarada; ya sabes que he sido el amigo de tu infancia. Cuando imperes en esta ciudad heróica, tú serás la inteligencia que dirige, mientras yo seré el brazo que ejecuta.

—Sanchez, ya sabes que sé cumplir mi palabra, he sido siempre caballero, y te quiero con toda mi alma. Estoy convencido que eres

un buen amigo, y que nunca mancillarás tu fidelidad con la negra mancha de la traicion.

—Soy tu amigo á toda prueba: mándame herir y heriré, manda matar y mataré; pero, Juan, tengo hasta celos de este Rosas, quisiera hacerle saltar la tapa de los sesos, quisiera...

—Calla, calla, no grites; pues en estos tiempos hasta el aire que respiramos sirve de espía y mensagero al hombre que ocultamente nos gobierna; juicio, Sanchez, juicio; pues de lo contrario nos ahorcan, y serviremos de juguete á esa culebra con figura humana, á ese dictador, que descansa en un sudario envuelto en las palpitantes entrañas de la inocencia y la virtud.

—¡Oh! Pardiez! quisiera despedazarle: me da horror, me inspira rabia.

—Silencio, silencio. En este momento,—bien dijo Quiroga,—llamaron á la puerta: era un criado, que anunció estaba aguardando un caballero con un pliego. Quiroga mandó que le hiciese entrar, y al momento se le presentó un hombre de baja estatura, delgado; pero en sus ojos podia leerse: «maldad, astucia.» Abrió el pliego Quiroga: era una órden terminante de Rosas para que se pusiese en marcha inmediatamente, y fuése á desempeñar el destino que se le habia confiado: su lenguaje era conciso é imperioso; decia: «Al recibo de esta disponeos á partir; á las tres os aguardarán algunos de los mios que os servirán de escolta, obrad para la gloria de la república.—Yo lo mando. Juan Manuel Rosas.» Quiroga se mordió el labio; aquel estilo le disgustaba: aparentó guardar serenidad; dijo quedar enterado, y con un ademán algo brusco despachó al portador de aquel mandato. Llamó á los criados, les hizo preparar su equipaje, y tocando la espalda de su amigo, le dijo:—Ya has visto lo que acaba de suceder, con que, punto en boca, y aprende á tener prudencia.—Márchate, porque tu visita se haria sospechosa si se alargase, y quizás nos costaria la vida. —Adios, Sanchez hasta la vuelta.

—Adios, Quiroga: el cielo te guarde.

Los dos amigos se separaron dándose un fuerte apreton de mano: este queria decir: mas adelante obraremos los dos de consuno.

El general Quiroga partió con la sonrisa en los labios; le dominaba una idea; el ponerse de acuerdo con las provincias del interior,

hablar á todos sus amigos y demás personas de influencia, izar la bandera de la revolucion y derribar á Rosas del poder. Quiroga se sentia aun jóven en las ideas, en los proyectos de grandes empresas; pues á través de su complecsion, vieja ya y delicada, se le veia un alma grande, que confiaba demasiado en el prestigio adquirido, con su bello trato, y en la fama de cien batallas ganadas en el campo de los combates.

Quiroga y Rosas se engañaban mutuamente. El infame Rosas habia entablado amistad con un francés llamado Corét, que á su vez era íntimo amigo de don Calixto María Gonzalez, vecino de Córdoba, y consejero del Gobernador Reynafé; le habia suplicado diese la mision á este de matar á Quiroga cuando pasase por Tucuman, alegando que con su desaparicion, se prestaria un gran servicio á la Confederacion « y se afianzaria de un modo invencible en el gobierno de Córdoba. »

En aquella sazon la República Argentina estaba dividida en muchos bandos, efecto de odios antiguos, que á la vez tenian su principal orígen en el orgullo y ambicion de algunos jefes de bandería. El mismo Rosas habia empezado á acrecentar la inmoralidad y mala fé, siendo el primero en dar á la faz del mundo tan funesto ejemplo. ¡Infeliz de la nacion que tiene puestos sus destinos, y entregado su porvenir á la direccion de un caudillo con falta de talentos y con sobras de tiranía, de egoismo y de barbarie! ¡Ah! sin duda puede decir que ha sonado ya para ella la hora funesta de la desolacion, de una vergonzosa decadencia, de un seguro esterminio. Un paso mas que dé, y se hunde para siempre en el estado de los primitivos salvajes, siendo borrada con sangre y fuego del bello catálogo, en donde están escritos los nombres de los pueblos civilizados.

A esta clase pertenecian los Reynafés, que profesaban un odio de muerte á Quiroga, por creerlo, y con razon, autor de una rebelion que contra ellos habian inaugurado en 1833 los comandantes Arredondo y Castillo, que al mismo tiempo trabajaban acordes con el general Huidobro; y por semejante hecho les parecian muy juntos los deseos de Rosas. ¡Abominable condescendencia! pues que se funda en los anhelos de un crímen, y en la prosperidad y grandeza de un sér sin corazon, de una alma criada en el cieno del vandalismo y manchada mil veces con actos de irreligion y de torpeza.

Ya hemos dicho qne Rosas tenia estendida por todo el país como una red de emisarios, levantados del lodo y engrandecidos por la merced pródiga que se les daba en recompensa de sus fechorías. El espíritu del mal que dirigia á la nacion desde la pequeña estancia del Alto redondo, poco antes de partir Quiroga, habia llamado á uno de sus mas adictos asesinos, y llenándole los bolsillos de oro, le habia dicho:—márchate: sigue á Quiroga por todas partes: espía todos sus pasos, averigua sus mas pequeñas acciones;—atiende, que quiero que muera: vigila á las personas que le rodeen, y cuando se te presente ocasion clava tu cuchillo en su pecho: oyes; clávalo bien, porque quiero que muera, pues de lo contrario tu cabeza rodará sobre esta mesa. El asesino tembló, inclinó su cerviz cual un esclavo y se fué.

Todo estaba ya dispuesto. Don Francisco Reynafé, hermano de don Manuel Vicente el gobernador, sirviéndose de la escusa de la guerra con los indios fronterizos, venia á Santa Fé, hablaba de contínuo y en secreto con don Domingo Cúyen, ministro de don Estanislao Lopez, acerca la muerte de Quiroga. Estas conferencias las supo perfectamente don Juan Manuel Rosas, y no desperdició medio alguno para inducirle á tan criminal atentado, redoblando sus esfuerzos y haciendo rápida y frecuente la correspondencia. Rosas confiesa su infernal trama y la de su agente Cúllen en la Gaceta Mercantil de 13 de junio, diciendo: «Cuando los salvajes unitarios tramaban en 1834 el asesinato bárbaro contra el general Quiroga, Cúllen era el agente principal. Francisco Reynafé, uno de los asesinos del general Quiroga, con frecuencia bajaba de Córdoba á Santa Fé, á conferenciar con Cúllen. Hacia creer este al ilustre general Lopez, que venia de asuntos particulares, mientras que los Reynafés esparcian en las provincias la voz, de que ese asesinato habia de quedar inpune, porque se habia practicado de acuerdo con el general Lopez.»

Quiroga creia volver triunfante seguido de un ejército vencedor, pero se engañaba. Rosas le dió un adios que era lo mismo que decirle: te abandono y te arrojo contra la punta del puñal: te aguarda un sepulcro en el cementerio de Dorrego.

En una de las casas de Santiago, camino de Córdova, y en uno de sus aposentos mas oscuros, acababa de entrar un personaje cuyo nombre era el capitan Rafael Cabanillas, comisionado para asesinar al in-

feliz Quiroga. Serian como las nueve de la noche cuando fué recibido en dicho aposento por el que ocupaba la habitacion, don Calixto María Gonzalez. Sentóse con la franqueza propia de un militar, y con la seguridad de quien va á hablar á un íntimo amigo. Calixto María no se sorprendió de tal visita, antes por el contrario, abordando la conversacion le dijo:—Amigo, sin duda algun grave asunto te trae algo cabizbajo; dime, ¿te pasa algo? á qué viene tanto misterio?

—Tengo que desempeñar una comision de sangre, contestó Cabanillas.

—¿Algun duelo, por ventura?

—No por cierto, un homicidio...

—¿Seguramente irá muy bien la paga, capitan?

—Así, así; pero si quieres que te diga la verdad, semejantes encargos, aunque se paguen á buen precio, me dejan algunas cosquillas en esa voz íntima que se llama conciencia. Si he de decirte lo que siento, no acostumbro andarme en pelillos: dia vendrá quizá que ruede mi cabeza, pero siempre he tenido la manía de hacer rodar alguna antes que la mia.

—¡Amigo mio! sigues una escelente escuela de moral; voy notando que en poco tiempo has hecho rápidos progresos en ella, y si así vas siguiendo, voy á pedir para tí la primera plaza de verdugo que quede vacante.

—¿Te chanceas, Calixto? no sé, pero se me figura que hablas de broma.

—Mira:—Cabanillas sacó un pliego que le habian mandado los Reynafés, leyólo el bueno de Gonzalez, y se lo devolvió con una sonrisa de hiena, diciéndole.—El personaje vale la pena: nada menos que el general Quiroga.—Cuidado, Rafael, cuidado; que el árbol es muy alto, y á las copas muy altas es preciso arañarse para alcanzarlas.

—Es cierto... pero el oro es una llave que todo lo abre.

—Esta máxima no es tan absoluta como tú crees.—En cuanto á mí nada te aconsejo, haz lo que te parezca.—Solo te diré que no te *quede ninguna duda de que los gobiernos de la confederacion están de acuerdo en la muerte de Quiroga.*

—Tengo que determinarme esta misma noche, porque mañana á mas tardar debe pasar Quiroga por aquí, ¡y estoy luchando entre el escrúpulo y la fuga de una escelente presa.

—Lo mejor es que salgamos á dar una vuelta, y así quizá el aire de la noche te inspirará alguna idea feliz.

Efectivamente, Calixto tomó su hongo, su palo, y cogido del brazo de *su honrado amigo* se fueron á dar una vuelta por los callejones menos frecuentados de Santiago. Aquellos dos criminales buscaban la oscuridad, porque hasta la luz artificial les incomodaba: eran dos aves de mal agüero que solo ven en las tinieblas; porque no son dignas de recibir los rayos de los astros que presiden la noche y el dia,

El reloj hizo resonar los toques de la campana de una hora muy adelantada en el instante en que los dos camaradas se separaron.

—Hasta mañana, Rafael.

—Hasta mañana, Calixto.

Estas fueron sus últimas palabras.

A la mañana siguiente pasó el general Quiroga. Salió de Santiago en completa salud. Cabanillas considerando la enormidad del crímen que iba á cometer, retrocedió ante su negro aspecto y desistió del fatal encargo.

Poco tiempo despues volvió á pasar el ilustre general; pero esta vez no fué tan feliz como la primera; pues murió, siendo víctima del cuchillo del comisionado Santos Perez, junto con todo su acompañamiento en Barranca Yaco el dia 22 de febrero de 1835.

Casi por el mismo tiempo que se supo en Buenos Aires la matanza de Barranca Yaco, se supo tambien la muerte del gobernador Latorre y de su edecan Aguilar. Los soldados del general don Alejandro Heredia penetraron en Satta é hicieron prisioneros á aquellos desgraciados á quienes encarcelaron. A las pocas horas de hallarse presos, algunos soldados de Heredia, enviados adrede, dispararon algunos tiros en las avenidas de la plaza, señal convenida con el oficial que guardaba á Latorre y Aguilar, pues fué un signo de asesinato: pocos instantes despues acababan de espirar aquellos denodados militares, muertos á bayonetazos y lanzadas. ¡Qué horror! ¿Y no hay una tumba para enterrar vivo al autor de semejantes maldades! ¡oprobio! ¡crímen! ¡traicion!.. Entre tanto, la Maz-horca rugia, necesitaba asesinatos, inventataba tormentos.

Desde las ventanillas del Alto redondo se veian brillar unos ojos de pantera, era Rosas que abrigaba á sus sayones; era el criminal que

iba á invadir el poder supremo, subiendo por las gradas en que mas de una vez debia hacerle resbalar la sangre humeante de sus víctimas: era el nuevo Carrier que acaudillaba las hordas de la sucia república, haciendo fijar carteles sanguinarios en las esquinas, haciendo anunciar proclamas contra los unitarios, representando las escenas de los bárbaros emperadores romanos, y ¡oh ignominia inaudita! escribiendo el mismo á Ibarra en el mismo lenguaje, acusando á los unitarios de cómplices en las muertes de Quiroga, Latorre y su edecan. Hizo mas: pintó el estado de la república con los mas negros colores, viniéndose á iniciar élmismo por jefe único y árbitro supremode ella.

Rosas habia consignado en aquella carta y con letras de hiel aquel inolvidable principio: «quien no está conmigo está en mi contra.»

Buenos Aires dormia bajo el puñal, y debia dispertarse por algunos dias cobijada bajo un dosel de sangre, de oprobio, de prostitucion y de pillaje.

Todos estos diabólicos planes se habian fraguado en el Alto redondo, Este era un nombre funesto para los argentinos. Los niños le miraban llorando, las madres temblando, los hombres le rendian homenaje porque temian ser sacrificados en sus aras.

El Alto redondo fué para Buenos Aires un prólogo de calamidades para la posteridad, un panteon de pensamientos inícuos, para la tradicion, una conseja preciada de horror y de espanto.

CAPITULO XXV.

LA HERMOSA RAYGHEN.

Cielos! —¿Dónde estoy? ¿qué ruido es ese?... ¡Aurelia, Aurelia!

—Señor, aquí estamos: nada tema:—contestaron á la vez los criados que habian alternado toda la noche velando á Enrique, á quien el cansancio y la fiebre habian postrado al pié de un enorme risco rodeado de *Guayacans*, *Palo Santo*, y naranjos.

—¡Ah! estais aquí, amigos mios; no me dejeis: vosotros... sí... vosotros solo habeis sido fieles: me habeis acompañado hasta el último instante; en la adversidad y en la fortuna, en la desesperacion y en la alegría, en la tempestad y en la bonanza... pero... ¡calla!.. ¿qué mujer es esa?... ¡Aparta, sombra fantástica de las selvas! ¡Metamórfosis funesta de los antros! huye de aquí... ¿Crees por ventura, que tus engalanados atavíos han de fascinar mi ofuscada mente? No, mil veces. Ante mi hermosa Aurelia, ante la pureza de su inocencia, ante su candorosa hermosura, nada puede brillar, todo es pálido en el paraiso de la tierra: solo es fulgente el sol y los astros y el cielo, asombros palpables de la imaginacion humana.

—¡Oh! tú, el mas bueno de los amantes, no me rechaces: no te cause pena mi presencia: soy amiga; ningun funesto fin me ha traido á tu vista: la inquietud, ese vértigo que el dolor ha engendrado en tu seno noble y palpitante, como la temblorosa y volcánica Copiapo, te hacen olvidar en este instante que te hallas en país estraño, inhospitalario para los de tu raza; pero el ángel de la luz te ha deparado en cambio un asilo donde tendrás seguridad y donde hallarás propicios siempre los Lares.—Levanta, pues: sígueme á la llanura de ese valle, que allí han permanecido tambien otros compañeros tuyos, proscritos y desgraciados, que andaban errantes por estos precipicios.

—¡Es ilusion! ¡Dios mio! Dadme fuerzas para soportar este infortunio; pero mi Aurelia ha muerto, ¡ah! pobre Aurelia!

—Bien; procura antes volver en tí: recobra tu tranquilidad: no te turbes: segun las noticias que me han dado tus criados, no tienes hasta ahora fundados motivos para temer una desgracia.

—¡Cosa estraña! Pero ¿quién eres? en nombre de quién hablas? quién te ha enviado aquí? qué pretendes?...

—¡Ah! no te fatigues, Enrique: vengo á prestarte ausilio, vengo á librarte de tus enemigos, que no están á gran distancia; vengo á salvarte de peligros que te rodean y que sin mí serian inevitables.

—¡Esto es incomprensible! ¡Andrés! ¡Remigio!... Hasta mi nombre... ¡Saber mi nombre!...—Oye, Remigio: ¿Qué país es este? ¿á dónde me habeis conducido?

—Señor: podeis creer en la sinceridad de esa jóven, que hace mas de dos horas que nos acompaña: seguid sus consejos: segun las ideas que ha emitido, su corazon es un tesoro de bondad: creo que debeis aceptar la hospitalidad con que os brinda: tal vez mas tarde no será tiempo.

—Parece que te empeñas en atormentarme: déjate de consejos y de observaciones: mejor fuera que, en vez de estar mano sobre mano, hubiérais tratado de indagar la suerte de mi desventurada Aurelia; pero al menos, ya que no puedo fiar á ninguno de vosotros este encargo, que me pertenece esclusivamente, podias ser mas categórico en tus contestaciones.

—Es muy difícil serlo.

—Pues conténtate en lo sucesivo con tu ignorancia y manifiéstalo,

que para ello bastan monosílabos: con decir, sí, ó no, queda concluido todo.

—Es decir, qne rehusas mi hospitalidad!—dijo otra vez la jóven que habia estado observando las diversas sensaciones del capitan Mendez.

—No es posible rechazar vuestra cariñosa y espontánea proteccion, amable jóven; pero hay una causa superior que me lo impide;—contestó el capitan un poco mas sosegado.

—Bien; pero, si quieres seguirme, tal vez hallarás medios mas seguros para conseguir tu deseo.

—Y ¿cómo sabeis lo que yo deseo, ni quien soy?

—Tus mismos compañeros me han enterado de todo.

—¿Sí? y tambien del fatal suceso que ha herido mi corazon, ¿no es verdad? ¿y sois vos el ángel que viene á devolverme á mi querida Aurelia? ¡Ah! sí: os sigo: ahora mismo... llevadme, llevadme... hacedme este singular favor y pedid luego en recompensa mi fortuna... mi vida... que todo, todo os lo cederé gustoso...

Enrique se levantó en este momento, como herido por un acceso de demencia: era la sangre que se habia agolpado á su cerebro al concebir una sombra de esperanza: era ese lenitivo que acompaña siempre al infortunio y que fortalece las almas débiles para resistir las tribulaciones.

Despues de un momento volvió á apoderarse de él la exaltacion y dijo:

—Te sigo, sí, angel tutelar. Tú, que, cual milagroso *Copal* (1), has venido á derramar sobre mi corazon herido el benéfico bálsamo de la salud, permite que bese tus piés: no te separes ya de mí hasta haber recobrado el objeto mas querido de mi corazon, mi propia vida: no permitiré que te molestes trepando por esas breñas, ni te espongas tampoco á rodar á esos precipicios: indícame solo, señálame el punto

(1) Arbol alto, de madera blanca y sólida, que se cria en el Paraguay. Los Guaranís le dicen *Ibirapayé*, que significa, «árbol de hechiceros;» por la admirable eficacia de un líquido que destila su tronco, que es el bálsamo llamado allí del Brasil, el mas prodigioso para ciertas enfermedades.—El P. Guevara le llama «milagroso.» —Guevara.—Hist. del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman.

donde se halla mi querida Aurelia, que yo volaré á su encuentro, para estrecharla en mi corazon, para no separarnos mas, porque es mi corazon mismo...¡Ah!... Sí, sí... Reina de las Selvas, habla, habla: una sola palabra, y habrás labrado mi dicha: besaré tus huellas, verteré mi sangre, te daré mi vida, todo cuanto tengo es tuyo, pero no olvides al menos que su pérdida es mi muerte.

Confusa estaba y atónita la generosa jóven, al escuchar lenguaje tan animado, y que mucho tiempo ha no habia oido.

Su corazon latia en aquel momento con mas violencia y sentia hácia el denodado capitan un interés, que de buena gana hubiera hecho el mayor sacrificio para aliviar la grande pena que le afligia.

—Bien, Enrique: no me estraña tu agitacion: recuerdo haber leido en un libro español, que «el carácter es la forma distintiva de las almas; su diferente modo de ser.» Ese profundo pesar que te domina, es efecto de tu gran corazon, de la pureza de tus sentimientos, del amor intenso y puro que profesas á esa desgraciada jóven. Me place: los hombres sin carácter son rostros sin fisonomía: las palabras que salen del corazon ejercen tal imperio sobre las demás almas, que triunfan casi siempre hasta de los corazones empedernidos.—Sígueme, sígueme, pues: te prometo, te juro devolverte á tu amada: en todos estos bosques no se obedece otra voz que la mia: sus habitantes se hallan siempre dispuestos á complacerme, y correrán de uno á otro confin de los mares por satisfacer mi mas ligero capricho.

—¡Ah! Gracias, gracias, ángel mio: ya veo que la Providencia no falta nunca; pero ¿qué os he hecho yo para inspiraros tal interés? ¿quién sois? ¿cómo os llamais? ¡Oh! Sí, sí: vuestro nombre, vuestro nombre, que voy á grabarlo en mi corazon.

—Yo tambien soy desgraciada como tú: como tú he amado tambien: me llamo Rayghen, que en vuestro idioma significa Flor.

—Y sin duda eligieron ese nombre para indicar por él tu hermosura.

—No, han dado en llamarme así: lo demás no lo sé.

—Y bien: ¿está muy lejos tu casa?

—No está cerca: aun tardaremos dos horas.

—Pues, ¿cómo te has alejado tanto? ¿como han podido trepar tus delicados piés por esas escabrosidades?

—Estoy acostumbrada á ello.

—Cada vez me admiro mas de tí.

—Te estrañará mi lenguaje, ¿no es verdad?

—O tu trage es ficticio, ó eres un prodigio de la naturaleza.

—Así parece á primera vista; pero en llegando á mi toldería te contaré las causas, que han producido en mí este cambio.

Recordarán nuestros lectores, que cuando Aurelia luchaba en las aguas del Tercero, si bien Enrique vió el barquichuelo que la recogió á impulsos de su natural desesperacion fué corriendo como un loco por aquellos montes, y en vez de aproximarse al precipicio bajando por la falda de una pequeña colina, marchó en direccion contraria y se alejó mas de ocho leguas, internándose en la cordillera que nace en el Perú; de modo que todo aquel territorio estaba ocupado por los indios, que pertenecian en otra época á la tribu de los Mocobís.

Uno de los criados, que, mientras Enrique yacia postrado por la fiebre, habia salido á reconocer el campo, halló á la hermosa india que estaba formando un ramillete; llamóle esta y le dijo que no continuára aquel camino porque hallaria enemigos; que si no conocia los senderos ella le dirigiria para que tomase el camino de Córdova ó de Santiago.

El buen Andrés, que no estaba acostumbrado á cumplidos, la contó sencillamente lo ocurrido y con este motivo vino en su compañía al punto donde estaba Enrique.

—El capitan Mendez acompañaba á la hermosa Flor y los criados seguian á corta distancia con los caballos; pero á cada instante se renovaba en su imaginacion la pérdida de su amada y tenia que hacer grandes esfuerzos para no caer exánime.

Observólo la india, que procuraba distraerle y le dijo.

—No tiembles, Enrique: nada temas: recuerda bien que he prometido devolverte tu amada.

—Me parece imposible.

—Pues no debes opinar así.

—Pero tu trage no corresponde á tu lenguaje, ni á tus elevados y nobles sentimientos.

—Ya te he dicho antes que en llegando á mi cabaña te contaria los motivos de todo: tiempo tendremos.

—Es que la curiosidad no me da paciencia para sufrir tanto tiempo tu incógnito.

—Ahora estás fatigado: en descansando lo sabrás todo.

—Si tanto te empeñas...

—Sí: es por tu bien.

—Pues, obedezco.

A las dos horas entraban en la que ella llamó toldería, que era una grande y cómoda estancia.

CAPITULO XXVI.

LA SUMA DEL PODER.

Ya hemos visto que la Maz-horca habia inaugurado su sistema de rigor. El diálogo que durante los primeros momentos de efervescencia se habia entablado en una de las casas de Buenos Aires, probará hasta que punto tenia atemorizados los ánimos aquel infame club.

Algunos jóvenes entusiastas por la gloria de su patria habíanse reunido en una habitacion de modesto aspecto, que habia en los barrios altos de aquella ciudad. Acababan de retirarse de sus correrías nocturnas, y en sus semblantes azorados y en sus miradas escudriñadoras, hubiese cualquiera leido «espanto, cautela, ódio, venganza...»

—Sabes,—empezó á decir el que parecia el mayor de entre ellos, dirigiéndose al que estaba á su lado,—sabes que tus pronósticos se realizan por completo.

—Vaya si se realizan, contestaron los otros dos, fumando su cigarro y con los codos apoyados en la mesa; como quien dice: «nos aburrimos, nos pasmamos.»

—En acontecimientos desastrosos acostumbro á tener buen ojo, re-

puso Manuel, que así se llamaba el jóven á quien se dirigia la interpelacion de Benito.

—Chico; desde hoy, replicó Benito, te coloco en el número de los profetas; y voy á bautizarte con el nombre de Jeremías; pues te aseguro que eres el hombre mas á propósito para pronosticar lágrimas, incendios, ruinas, devastaciones y todo lo peor que sale de los infiernos.

—Y esto, que todos os reiais: vaya, os he ganado un almuerzo á los cuatro, y que no paso el dia de mañana sin catar una buena botella de Burdeos ó Pero Gimenez.

—Si no pagan estos, pagaré yo, como Benito que me llamo:—y ahora dinos, ¿qué te ocurre y qué piensas en vista de las novedades que van sucediéndose?

—Como amigos que somos, os juro, que nunca como ahora he temido la tiranía, porque nunca como ahora me la veo tan encima. ¡Horrorizaos!—La Sala de representantes, degradada y envilecida ya, ha aceptado la renuncia que del gobierno ha hecho el Dr. Maza: yo creo que la Sala ha obrado instigada por el temor; ha bajado la cabeza y ha alargado su cerviz al puñal de la Maz-horca.

—Ja, ja, ja, ja... contestaron todos á coro,—vaya qué Sala tan enérgica; pulveriza su voluntad por el capricho de un solo hombre.

—Silencio: si este hombre estuviese solo seria muy fácil vencerle; pero este hombre que sabeis se llama don Juan Manuel Rosas, tiene muchos esbirros atados al carro de su triunfo; los tiene esparcidos por toda la República, y ¡ay de aquel que sea considerado como unitario! porque habeis de saber que los unitarios son hoy en dia los Martires; y los satélites del inmundo, son sus verdugos.—Me parece que nuestras cabezas no están muy seguras, porque todos los que nos dedicamos á las letras y á las artes liberales, olemos á pólvora, á arsénico, á asesinato y á sanguaza.

—No hablas mal, Manuel, no hablas mal, continuó Benito: yo te confieso francamente, que aunque no tengo miedo ni á las almas, ni á los espectros, con todo, tu tonillo sepulcral me hace temblar de piés á cabeza. ¡Amigo mio! es preciso confesar que posees el don de pintar y describir perfectamente.

—Aun conservo algun recuerdo de mis estudios de retórica y filo-

sofía; es decir, que me gustan las bellas imágenes y la fuerza del raciocinio.

—Vamos, no te interrumpas; vé siguiendo el hilo de tus consideraciones político-sociales.

—Por fin, se ha nombrado á Rosas gobernador de la provincia; con que, ya es como si dijésemos: «señor de vidas y haciendas.»

—Pero bien; de todos modos deberá sujetarse á las leyes establecidas por el pueblo y sancionadas por la Asamblea; no podrá estralimitarse y tendrá que obrar como el presidente de un estado, que se rige por principios democráticos.

—Andas muy equivocado, Benito; Rosas quiere ser absoluto, despótico: Rosas ha intrigado, ha cometido en campaña y fuera de ella muchas tropelías: es un ser inmoral, sin religion, sin talento, sin corazon; atropella por todas partes, y no ha parado hasta que ha llegado á alcanzar el poder; y así decidme, ¿qué ventajas, ni qué grandes bienes pueden esperarse de un hombre que pisa lo mas sagrado, con tal de poder dar cima á su ambicion? ¿Qué confianza puede tener el país en un hombre que mancha con crímenes el prólogo de su vida política? ¿Qué dirán los estados americanos, cuando sepan, que en esta hermosa capital; se ha levantado un aventurero y se ha sentado sobre el pedestal, que solo ocuparon inteligencias eminentes, almas honradas, patriotas, héroes? Mengua causa decirlo, pero es preciso confesar, que los hijos de los argentinos han degenerado; que no son hombres sino pigmeos, que no son corazones esforzados, sino que solo merecen nombre de cobardes: de cobardes, sí, porque se esconden, de mezquinos porque no saben sacrificar sus vidas en aras de la salvacion de su patria. ¿Acaso tan solo existian Brutos entre los romanos? ¿Por ventura no se han construido en el mundo monumentos á la libertad, y no se han entonado himnos á los que murieron por ella? ¡Indiferencia! he aquí la contestacion que dan los pusilánimes á los arranques del valor: ¡resignacion! he aquí la palabra débil que resuena en todos los oidos, que profieren todos los labios, que llevan pintados todos los semblantes... Conozco que mi imaginacion se desborda, pero no, digo mal; aun se exalta poco, sí, aun es menguada; aun es poco elocuente, aun es sobrado fria para espresar la cólera que inspiran los auspicios, bajo las cuales ha subido al poder ese hombre, que solo de ello tiene la apariencia, ese

tigre que al investirse con la sangrienta púrpura, ha dicho «yo soy todo; porque me hallo cobijado por las facultades extraordinarias que se me han conferido,» yo soy el Rey de Reyes; porque reuno en mi persona toda la nacion, porque soy la *suma del poder público*; porque soy, *el amo absoluto de vidas y haciendas.*

—¡Que vilipendio! esclamaron los cuatro amigos á la vez.

—Pero esto parece imposible, tú estás soñando, Manuel; replicó Benito.

—¿Soñar? sí, soñar: ójala soñase! ójala soñásemos todos! pero por desgracia acabo de pintaros la coyunda satánica que pesa hoy sobre todos los moradores de este infortunado país. Sueño, sí, sueño de eternidad; hoy dormís en vuestras casas, mañana quizás humedecereis con vuestro llanto las paredes de las cárceles, regareis con el sudor de vuestra agonía las calles y plazas, y al dispertar, os ahogareis; porque vereis el cadalso y tras el cadalso la tumba, á la que os seguirán vuestros amigos, vuestros hermanos, vuestros padres, las mujeres que adorais; y si quizá llegais á vivir, contemplareis con la frente en el polvo la vileza de los hijos de vuestros hijos.....

—¡Qué cuadro tan desgarrador! ¡Muera, muera el inhumano! ¡abajo el tirano!

—¡Benito! así me gustas, dame esa mano, aprieta, mozo valiente, se conoce que aun tienes la sangre un poco alborotada. ¡Animo, corazon hidalgo, ánimo!

—¡Ah! Manuel, no me falta. Es verdad, soy un triste dependiente de comercio: todos los dias estoy forrado de letras de cambio, de pagarés, cartas-órdenes, de calderilla, de cuentas mayores, qué se yo cuanta diablura; pero de buena gana quisiera ceñir una espada, para hundirla en el pecho de este infame. Si tuviese dinero, diria *asesino por asesino*, compraria á peso de oro un alma tan villana como la de Rosas, y le haria matar como un toro.

—Ea, bárbaro, prorumpieron los otros dos.

—Qué sabeis vosotros, mozalbetes, ¿acaso la humanidad no tiene un derecho en estirpar á las fieras?

—Bueno, contestó Miguel, que era uno de ellos; pero Rosas no es una fiera: Rosas es un hombre como todos nosotros.

—Mientes, Miguel: Rosas solo tiene de hombre la forma. En lo demás, repito, es peor que un salvaje, es mas feroz que la pantera.

—Benito, no te atufes: Rosas ha dicho que el pueblo lo queria.

—Si hubieses leido con esmero la historia de todas las revoluciones, sabrias que todos los ambiciosos se han valido de la palabra «el pueblo lo quiere» para entronizarse; le han halagado para hacerle servir de escabel; y apenas tenian el pié sentado en la última grada del trono, han tratado á este mismo pueblo que habian invocado, como si fuese una manada de lobos, y han escrito á la entrada de su prostituida cámara, el lema que acaba de tragar nuestro *dictador* y que ha mencionado Manuel: *yo soy la Suma del poder público.*

—Esto tambien lo han dicho los monarcas.

—Lo que acabas de decir es una verdad; pero tambien lo es que ha habido monarcas ilustrados que solo han usado de esta prerogativa, como una fórmula tradicional, como un lujo de corona; mientras su corazon se conservaba puro, fraternal, ilustrado, rebozando caridad, sublimándose en aras de una religion emanada del mismo Dios; tratando á sus súbditos como á hijos, borrando de sus códigos el fatal capítulo de esclavos.

En este momento oyóse un silbido, tras el silbido sonó un pistoletazo; la bala pegó contra el antepecho de la ventana, por la que recibia luz el aposento de nuestros cuatro jóvenes. Los cuatro temblaron; en un instante de arrojo , Manuel se atrevió á asomarse, y vió un grupo de hombres que llevaban gorros encarnados: uno de ellos llevaba un farol encendido; levantólo, y con voz de trueno, gritó:—Hé de la ventana, fuera luz, sino vendrá una segunda bala.—Bien, ciudadano; contestó Manuel, y cerró ventana y postigos.

Algunos instantes despues, se oyó el ruido de pisadas que iban alejándose: era una ronda de la Maz-horca, que habia mandado fuera la luz á nuestros cuatro camaradas. En aquel mismo instante, Manuel decia temblando á sus amigos: ea, muchachos, á la cama.

—Sí, sí, contestaron los otros tres, vamos, y que Dios nos guarde de esos asesinos. Los cuatro trocaron una mirada de inteligencia: esta mirada queria decir fidelidad, mutuo ausilio, resignacion, esperanza rebelde.

Rosas y sus aduladores habian conocido la ilegalidad de sus actos, y querian ocultar su vileza corriendo un aparente velo de justicia y popularidad sobre aquella. Las revoluciones, aunque se inicien invo-

cando al pueblo, necesitan ir vestidas de cierto tinte de hipocresía para no bastardear las fuerzas en apariencia legítimas que del mismo quieren hacerse dimanar. El pueblo es naturalmente afecto á sus instituciones, principalmente cuando ha tenido en las mismas una visible participacion; no puede concebir repentinamente como pueden caducar los principios fundamentales que le constituyen libre, y que le han hecho por mucho tiempo acreedor á la consideracion de los gobiernos, siendo su resultado la paz interior y el establecimiento de sólidas relaciones con las naciones mas avanzadas en la carrera de la civilizacion. Rosas y sus secuaces conocian la verdad de semejante aserto, y querian antes de desarrollar su plan de opresion, dar á su conducta el principio de recto y justo proceder que le faltaba; para poder despues cubrirse con la máscara de legalidad, y ocultar de esta manera la fealdad de su entronizacion y los horrores de su sistema administrativo.

Rosas tropezó con esta dificultad, y buscó un consejero para que le ayudase á encontrar un medio que le hiciese hasta cierto punto irresponsable, y le permitiese salir esteriormente airoso en sus pretensiones: aunque no fuera mas que una sombra de justicia que le cobijase al escalar el poder. Angelis le inspiró la «sublime idea» de exigir á la degradada y oprimida Sala de representantes, que le apoyase en su indefinible investidura por medio de una votacion nominal de los habitantes de la ciudad de Buenos Aires, haciendo que este forzado sufragio se propusiese con la concisa alternativa á cada uno de los votantes, que contenia la siguiente pregunta: «¿Aprueba el nombramiento que ha hecho la Sala ó no?» A tan falaz pregunta ¿qué habian de contestar los ciudadanos? acaso debian contestar, perdiendo su vida, que no querian dar su voto al inhumano Rosas? ¿Debian verter por una simple contestacion, que de nada hubiese valido, la preciosa sangre que debieran guardar para defender su desolada patria en ocasion mas propicia? Y caso que hubiese existido alguno, que, dejándose llevar del santo amor á la libertad, intentase reprobar la elevacion de Rosas, ¿se hubiera acaso dado publicidad á su obstinacion incomparable y heróica? No por cierto: porque quien votaba no era el pueblo sensato; no era Buenos Aires, era la infernal Maz-horca, que dividiéndose por cuarteles, fué de casa en casa obligando á los ciudadanos y á los que no lo eran, á que votasen, cumpliendo servilmente el mandato del presidente

intruso, que queria diesen todos su voto, haciendo ver de este modo que le hacian entrega de su libertad, para poder con el tiempo y cuando se le antojase, privarles de los derechos, que al nacer concede al hombre la naturaleza. Rosas desde aquel momento se rebelaba contra los impulsos naturales; porque coartaba la voluntad del individuo, poniéndole delante mil hordas de asesinos, anhelosos de sangre, amaestrados en todo género de crímenes, ensoberbecidos por las promesas del oro y por los halagos de una vergonzosa impunidad. Bajo esta sanguinaria influencia, la votacion fué unánime, aprobando la resolucion de la Sala con escepcion de cuatro votos. Uno de ellos agente y espía de Rosas, otros dos que votaron y emigraron al momento, y el tercero, á quien Rosas despues proscribió. ¡La mente de este hombre, llena de siniestras intenciones, se cubrió de honra con la parte de mezquindad y vileza que le legaron cuatro votos!!!...

Esta votacion era inicua, vil, tiránica, opresora; de consiguiente violenta, y por su violencia llevaba el sello indeleble de la nulidad.

A Rosas no le bastaba la votacion de la ciudad, necesitaba la de la campaña. ¿Alcanzóla? Sí, pero con doble ignorancia; porque se habia asegurado ya en el poder, porque era ya árbitro supremo, y así mando á los «Comandantes y jueces de paz» de los distritos de campaña, fuesen recogiendo los votos de sus habitantes. ¡Contraste estraño! la lucha que se levantó tan encarnizada y que en los años 1839 y 1849 arrojó contra Rosas cuatro mil combatientes, no tuvo entonces un solo hombre que votase *en contra de su gobierno absoluto.*

¿Los otros pueblos argentinos debian tomar parte en esa abolicion que se hacia de su soberanía é independencia? ¿Debian acaso besar los eslabones que los sujetaban á la cadena con que tenia aprisionado el tirano á Buenos Aires? Sí, ¡oh maldicion! debian besarlos; porque Rosas mandó á sus provincias tiranuelos delegados, pequeños dictadores que recibian su poder de la «Suma del gran poder:» de Juan Manuel:—que se dejaban manejar como figuras de movimiento transmitido; que besaban la mano de bronce que les aplastaba, y se reian al chasquido del látigo del orgulloso domador de fieras, mas feroz qne ellas mismas.

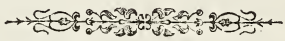
Habia exigido á Maza desde su quinta, y mientras *el pueblo se ocupaba libremente* en votar sobre la resolucion de la Sala, el arresto de

varios individuos. ¡Esta fué la primera piedra que engastó en su corona de tirano! ¡Esta fué la primera gota de sangre con que bautizó el segundo período de su mando salvaje!

Al gran Capitan del Siglo, le pintan con un papel rollado en la mano. El destructor de Buenos Aires, al sentarse en el escalonado sólio, llevaba tambien un papel rollado; el del primero era un plano trazado para la gloria de su patria: el del segundo era una sucia proclama en que se leia muerte y proscripcion, y en caracteres indelebles, la necesidad de que por él *debian los hijos sacrificar á sus padres, y los padres á sus hijos.* ¡Padron de ignominia! ¡Acta de esterminio! ¡Documento de oprobio!

El mundo hacia muchos siglos que habia leido en la estremidad de un madero el *Inri* que le anunciaba la paz, la fraternidad, el reinado del corazon. En estos momentos leia sobre la cabeza de un hombre un *Inri* que decia: «Yo lo soy todo... Yo soy la suma del poder... la destruccion... la muerte.»

¡Qué cotejo! ¡El primero pertenecia á un Dios!!! ¡El segundo, á una criatura inmunda, réproba, ensangrentada!!!...



CAPITULO XXVII.

PRÓLOGO DEL TIRANO.

Viva Rosas! ¡Viva el presidente de la República! ¡Viva nuestro insigne libertador!—gritaban algunos amotinados delante la casa de representantes;—era una chusma compuesta de lo mas hediondo de la plebe, entre la que descollaban por su desenvoltura algunas mujeres, á quienes la desgracia habia impreso en la frente el sello de la prostitucion.

¡Mueran los inmundos unitarios! ¡Viva la confederacion! ¡Mueran los tiranos!—El pueblo es soberano; quiere libertad,—gritaba una voz estertórea que salia de entre aquellas hordas.—¡Queremos bebernos su sangre! bramaba cierto hombre de gorro colorado, blandiendo un cuchillo que pocas horas despues servia para cortar cabezas de ganado.—Nuestro orador de calle era un voluminoso carnicero, á quien Rosas habia prometido cierta dignidad y destino.

Interin esto acontecia en el referido sitio; dos jóvenes contemplaban desde una esquina esa brutal escena. En sus ademanes y lo cauteloso de su conversacion, se adivinaba la repugnancia que sentian por aquel

espectáculo, digno por cierto de ser representado en las bacanales de los pueblos bárbaros.

—Mira, Manuel, mira,—dijo uno de ellos,—como agitan las cabezas ese puñado de desenfrenados; que malhaya si tienen patria, ni Dios, ni ley;—oye como gritan y como se secan la lengua;—pero ca, irán luego á refrescar la palabra con alguna bebida que les enfrie la garganta; con un vaso de aguardiente, con una cuba de ron... quizá con un sorbo de sangre.

—Ten esa lengua, Benito; pues de lo contrario saldrás de aquí con las orejas un poco calientes, y aun gracias que alguna hoja de cuchillo no se envaine en tu pecho.—Eres incorregible: antes de salir de casa te he encargado que estuvieses mudo; pero no hay remedio, aunque te maten, tendrias charla hasta el dia del juicio.

—Pues ya se vé, ¿tiene uno que callar por esa canalla? De buena gana iria á buscar mi par de pistolas y haria astillas un par de cráneos.

—Magnífica idea: para morir despues como un perro, no hay sin duda cosa mejor. Si en nada aprecias tu vida, estima al menos la de tus amigos; pues creo que aunque tuviésemos mas piernas que un lebrel, no nos libraríamos de esos zánganos. Si tú tienes el alma en los dientes, yo la tengo que me bulle en la cabeza; y ganas me vienen de ahogar en mis brazos á uno de esos asesinos. Tengo mas bilis que tú y me aguanto..... de consiguiente aguántate tambien: no sea caso que nos hagan ir á saludar á los muertos.

—Solo por quien eres, callaré, pues si por mí fuese, arrancaria la lengua á uno de esos perillanes, aunque me costase el pellejo.

—¡Benito, Benito! De aquí en adelante no saldrás sino conmigo; no sea caso que cometieses alguna barbaridad, que luego todos lloraríamos, principalmente tu pobre madre, de quien eres el único sosten. Créeme, cuando no puedas dominar tus impulsos, por otra parte muy laudables por la generosidad que encierran, piensa en tu infeliz madre que, segun tú dices, tanto se ha sacrificado por tí. Serias un mal hijo si la dieses el menor disgusto, y Dios te pediria cuenta muy estrecha de tu modo de proceder. ¡Benito! ten juicio, y no te espongas; y si algun dia luchas, lucha con hombres tan nobles como tú, y no vayas á esponerte temerariamente: guarda el valor para mejor ocasion; pues

me parece que segun el sesgo que van tomando los acontecimientos, tendremos necesidad de poner á prueba todo el que se guarda en nuestros corazones.

—Tienes razon, Manuel; yo soy un pobre loco que necesito de tus consejos. ¡Madre del alma mia! no temas, no receles; tu hijo vivirá para tí. Cuidaré de mi salud para poder darte buena vejez, y cuando haya recogido un buen capital, me vendré á vivir á tu lado en Montevideo, en esa ciudad libre por esencia, madre de hijos heróicos, suelo desde donde alguna vez han de partir los mártires de la independencia argentina.

—¡Bravo, Benito, bravo! tienes un alma muy grande, tienes un corazon digno de envidia.

—¡Qué contraste, Manuel! los unos nos comunicamos en el mundo por los medios del desinterés y del honor; los otros, como los que tenemos á la vista, se enlazan con los vínculos del oro, de la torpeza y del crímen.

—Hay un poeta español, que cuando habla del mundo, tiene un verso que dice, «gritad en vuestras jaulas, criaturas;» ¿qué te parece? nos trata de locos, el loco sabio,—Espronceda.

—Pues, amigo mio, el poeta tiene mucha razon; yo quisiera que todos los locos del mundo fuesen como él: yo creo que por fin tanta locura vendria á parar en sabiduría.

—Los poetas así como los artistas, son los primeros hombres del mundo; son los que menos se sacrifican por eso que se llaman exigencias sociales, que no vienen á ser mas que ridículas preocupaciones. El hombre á quien regaló la divinidad la hermosa dádiva de la inteligencia y de una imaginacion brillante, no puede sentir sino por lo grande, por lo noble, por lo que es digno de esa misma divinidad que le creára. Hay ciertos seres en cuyo rostro verás al momento brillar los destellos del númen, de la inspiracion, del sentimiento; mientras que por el contrario, leerás en el de otros, embrutecimiento, vileza, hipocresía, corrupcion, bestialidad, cinismo.

Apenas acababa Manuel de pronunciar las dos últimas palabras, cuando del grupo inmediato se levantó una gritería atronadora, chillona, ronca de grosero entusiasmo, que decia:—abajo las gorras y sombreros; inclínese todo el mundo: aquí viene nuestro soberano,—Efec-

tivamente, Rosas acababa de llegar delante la puerta de la Sala de representantes; iba á pié y llevaba igualmente gorro colorado; iba seguido por una pandilla de descamisados, elegidos por él mismo, para merecer de este modo el renombre de popular; así preparaba de antemano la fórmula de su hipócrita escusa, cuando se le quejaban de los desmanes que se cometian, diciendo «que no podia contener el furor del pueblo.» Todos se inclinaron delante de aquel bandido, como si fuese algun monarca revestido de toda su majestad real. ¡Humillacion ináudita! ¡Enmascarada villanía! ¡Servil y corrompida adulacion!..

Subió con aire de triunfo á la Sala, pasando por entre aquella bandada de voraces cuervos.

Cuatro ó cinco de aquellos asesinos se acercaron á nuestros amigos, hiciéronles quitar el sombrero, y les mandaron que vitoreasen al presidente. Manuel y Benito obedecieron con suma repugnancia, y despues de algunos instantes partieron silenciosos y desaparecieron por el laberinto de las calles vecinas.

Rosas inauguró su poder destituyendo á muchos empleados civiles, militares, judiciales y eclesiásticos, viejos ya en sus respectivos cargos, adalides todos de la libertad americana, poseedores de los empleos por causa de sus relevantes méritos, lucidos en oposicion, ganados en campo de batalla, probados por la honradez, pasados por el crisol de las inmortales virtudes cívicas.

El presidente de la república, se creia eterno en el poder: el humo de la tiranía le embriagaba, le ensoberbecia, le anonadaba. A muchos de los empleados, les destituia con la ampulosa fórmula de «quedar destituidos para siempre. «El Calígula argentino creeria sin duda en la inmortalidad de su cuerpo.

El Neron americano pensaria sin duda, que el tiempo no debia poner fin á sus bárbaros desmanes. El republicano apóstata, quizá imaginaba que la opresion de un pueblo sensato y libre recibia su sancion por derecho divino.

Al escalar el poder, el presidente de la humillada Sala de representantes le habia hecho presente, que la república aguardaba con ansia la época de la Constitucion de la provincia, y que ponia la mas completa confianza en la eleccion de una persona tan digna como D. Juan Manuel Rosas. La única contestacion que dió este con un tono

grotesco y altanero, fué la frase que se declaró mas solemnemente en la gaceta del dia siguiente, en la que se consignó, que «el presidente de la Sala sin autorizacion alguna se habia atrevido á emitir la idea anárquica y unitaria de que se debia dar una constitucion á la provincia.»

Algunos dias despues, las turbas desatadas iban gritando delante de los tres valientes, Paulino Rosas soldado de la guerra de la independencia, del teniente coronel Miranda y del sargento Gatica, que eran conducidos al suplicio. Eran tres víctimas inocentes que caian bajo el puñal del verdugo pagado esplendidamente por el supremo jefe del estado. Rosas no podia mirar de frente á Miranda porque este habia hecho grandes servicios á la oposicion vencida contra el general Lavalle, mientras el tirano que mandaba darle muerte, escondido en Santa Fé, pedia indulto y rastrero perdon á los amigos de aquel.

Rosas llevó su hipocresía al mas alto grado de refinamiento. Él, y solo él, que habia sido el asesino de Latorre y de Quiroga, dobló la rodilla ante el que escudriña los secretos mas recónditos del corazon humano, y mandóle quemar incienso en los altares, mientras se celebraban los funerales de aquellas dos ilustres víctimas. El asesino aumentaba el catálogo de sus maldades con otro nuevo y horroroso crímen, el sacrilegio. Hizo mas; proclamó la necesidad de castigar á los asesinos de uno y del otro; cuando él mismo habia sido su verdugo: haciéndose solo investigaciones sobre la muerte de Quiroga, nada se dijo respecto de la de Latorre; pues como habian quedado algunas personas iniciadas en ese terrible secreto, y esas personas debian desaparecer algun dia; puesto que su vida dependia de un hombre venal, y su sangre debia regar de nuevo las tumbas que ya se habian cerrado.

La cárcel de Buenos Aires recogió, en su pestífera oscuridad, á cuantos habian intervenido en aquel funesto suceso, siendo el malvado Rosas acusador, fiscal, juez, carcelero y verdugo de esos desgraciados.

Una losa cubre, hoy en dia, á todos los que podian proclamar la verdad de ese trágico acontecimiento consumado en Barranca Yaco: Los Reynafés y todos sus amigos perecieron; Cúllen fué fusilado;

murió D. Estanislao Lopez; fué asesinado el Juez comisionado, envenenado su secretario Gutierrez, y fueron sospechosos los fallecimientos del comisario Yusua que asistia á la apertura diaria de los calabozos de los Reynafés y el escribano de la cámara Escobar, siendo vigilados muy de cerca Calixto María Gonzalez y el Alcaide de la cárcel. El juramento de un hijo acusaba al infame Rosas. El hijo del infeliz Quiroga se habia unido á Lavalle «para vengar la muerte de su padre.»

Apenas habia asomado la cabeza la pantera *rosada* cuando hacia brotar ya fuego y sangre de sus ojos.

Cuando la pluma llega á describir ciertas escenas tiene que pararse: la respiracion debe salir libremente; de lo contrario los vapores, de la sangre y los miasmas de los muertos la sofocarian.

Bastantes cabezas rodarán; la obra de Rosas se empezaba: la América hubiera querido volver á su primitivo estado de barbarismo: veia un manifiesto lleno de atrocidad: las voces de los que empezaban á agonizar leian el prólogo de un nuevo tirano...

CAPITULO XXVIII.

LA REVELACION.

Las primeras sombras de la noche comenzaban á estender su negro manto sobre la cadena de montañas que circumbalaban la morada de la encantadora Rayghen, cuando Enrique despertó del profundo letargo en que le habia sumido la fatiga y el dolor.

Cuatro individuos de los que tenia á sus órdenes la hermosa Flor para el cuidado de los rebaños, salieron al momento de llegar á la cabaña el entristecido Enrique en todas direcciones para indagar el paradero de la infortunada Aurelia; y la seguridad y confianza, que habia dado á este del buen éxito, le tranquilizaron por el momento y obligáronle á seguir los consejos de la generosa jóven, entregándose por algunas horas al descanso, que tanto necesitaba su agitado espíritu.

La noche estaba espléndida y serena: la luna destacábase radiante en la azulada y trasparente cúpula y, derramando sus nacarados rayos sobre las peladas cimas de los montes, formaba su vivo re-

flejo un peregrino contraste con los puntos oscuros de las concavidades y hondanadas, donde no podia penetrar. Todo yacia en soledad profunda y deliciosa calma: no parecia sino que el Angel de la luz habia tendido la vara del silencio sobre aquel desierto, para indicar á aquellos seres vivientes, á aquellos laboriosos operarios de la naturaleza, que se habian cerrado sus respectivos talleres para entregarse tranquilamente al descanso.

Solo dos infatigables funcionarios continuaban en movimiento: el manso y suave céfiro que mecia dulcemente las frondosas copas de los árboles y el cristalino arroyuelo, que gozoso y bullidor se arrojaba en brazos del risueño valle.

Entre tanto el valeroso Enrique habíase sentado en el trozo de un sauce, que servia de silla, con la mano apoyada en la mejilla en actitud meditabunda.—A los pocos momentos de hallarse en esta posicion se presentó la que hacia de dueña y con la mayor dulzura le dijo:

—¿Ves, amigo mio, como no me habia engañado?

Enrique permanecia aun en su éxtasis, pero al reparar la presencia de la jóven se levantó al momento para cederle su sitio.

—No te molestes, que al momento traerán otro asiento para mí... ¿estás mejor? ¿Te hallas mas aliviado?

—¡Ah, hermosa Flor! ¡Si hubieses amado como yo, seguramente no me harias esa pregunta! Las afecciones físicas se curan fácilmente; la ciencia ejerce sobre ellas su poderoso influjo y ayudan á la naturaleza á combatirlas, á luchar con ellas; pero las morales solo Dios puede vencerlas y solo la razon puede mitigarlas.

—Es verdad; pero estas generalmente son producidas por causas distintas completamente de aquellas y cuando las causas desaparecen, suelen regularmente desaparecer sus efectos.

—No hay duda; mas ya ves que no ha llegado este caso.

—Sí tal: precisamente acabo de anunciarte la realidad de mis pronósticos.

—¡Ah! ¿Es cierto, hermosa jóven? ¿Será posible que pueda lograr tanta dicha? Sí, sí: habla, ángel mio: tu eres el benéfico ser que la Providencia envia en mi ausilio: ven á mis brazos: toma mi vida, que te pertenece desde ahora: dime, bien mio: una sola palabra: ¿vive mi

Aurelia?... ¿la has visto tú?... ¡Ah!... por piedad..... devuélveme el objeto mas caro de mi corazon, que yo sabré recompensarte..... yo.....

—Basta, basta... Enrique... no me hables así: no he hecho hasta ahora cosa alguna que merezca recompensa... ni la pretendo: vive tu amada: no la he visto; pero uno de mis indios ha adquirido noticias suyas..... y mañana quizás podrás abrazar al ídolo de tu corazon...

La civilizada y generosa Rayghen permaneció un momento en silencio: las dulces palabras del capitan Mendez habian producido una grande impresion en el sensible corazon de la jóven y la habian provocado recuerdos gratos y terribles á la vez: gratos, al representársele los plácidos dias en que su corazon se alimentaba de la esperanza; terribles, al recordar las amarguras que la infidelidad y la inconstancia habian depositado en él.

—¡Todos son mas felices que yo, Dios mio!—dijo la afligida jóven, despues de algunos segundos: ¡para todos hay consuelo! ¡solo yo soy la desgraciada, á quien nadie quiere!...

—¡Que eres desgraciada! ¡Que nadie te quiere! pues qué ¿existe acaso, puede haber sér alguno tan cruel, que deje de amarte al oir tu dulzura? ¿Quién es ese monstruo que te ofende?

—¡Cuanto diera yo, noble Enrique, por haber conocido un corazon como el tuyo!

—A no ser un pérfido, cualquiera te dará su vida, porque el corazon que encierra tal tesoro de gracias, debe ser amado por todos los que las conozcan.

Enrique observó que cada vez se retrataba mas vivamente la pena en su semblante y al interrogarla las causas de ello, contestó la jóven.

—Si no temiera molestarte, Enrique, te contaria mi historia y sabrias las causas de mi desgracia; pero no quiero distraer tu pensamiento: haces bien, prosigue en esa virtuosa senda que el cielo no te abandonará en los peligros.

—¡Molestarme tú! ¿Puede acaso molestar nunca tu cariñosa palabra? ¡ah! cuéntame, cuéntame tu historia, cándida azucena, que las almas buenas tienen siempre un placer en consolar á los desgraciados, como acabas tú misma de darme ejemplo.

—Atiende, pues: seis años hace que, muerto mi padre y mi hermano en la division del general Lavalle el año 28 nos refugiamos mi madre y yo en estas cordilleras, huyendo de las tropas del tirano, que entonces era el generalísimo de ellas. Al llegar á una de las encrucijadas que forman esas montañas, fuimos violentamente atacadas por los indios, y hechas prisioneras juntamente con un criado y otros dos sugetos que se nos incorporaron, y conducidos al interior de esos cerros, permanecimos ejerciendo el oficio de pastores por espacio de un año.—Como los indios son tan interesados, mi madre indicó que si la dejaban partir, dentro de pocos dias volveria con dinero y les haria un buen regalo en efectos muy apreciados de ellos, como espejos, cuchillos etc.—Pusiéronlo en conocimiento del Cacique, y viendo la sinceridad de mi madre no tuvo inconveniente en acceder, á condicion de que su ausencia no habia de pasar de quince dias.

Modesto, que así se llamaba uno de los otros dos cautivos, estaba sumamente afligido por la enfermedad de su padre: habia ya transcurrido un año sin alivio, al contrario el clima no le probaba y la enfermedad se iba haciendo crónica: á fuerza de ruegos y de lágrimas pude conseguir del cacique que le permitiese regresar á su país á fin de tomar aires y restablecerse, y despues de haberle prometido el enfermo que le mandaria tambien una partida de dinero para rescatar á su hijo, partió acompañado de dos indios.

Yo tenia entonces catorce años: sin la esperiencia que da el infortunio y con un corazon puro; blanco de los obsequios y cuidados de Modesto... le amé, Enrique... le amé con toda mi alma... juré ser suya hasta la muerte, y él á su vez tambien me hizo formal promesa de no abandonarme jámás y de ser mi esposo.....

Pero, ¡oh desgracia! la fortuna es como el sol, hace brillar hasta los insectos: en 1830 se apercibieron los indios de la grande emigracion que produjeron los escesos en casi todas las capitales, y solo se ocupaban de andar á caza de cautivos. Entre las muchas familias que en aquella época cayeron en sus manos, y que dejaban en libertad al entregarles una cantidad, le tocó la desgracia á un rico propietario de Córdova que se dirigia á Tucuman, pero que habiendo tratado de evadirse de los agresores, le condujeron atado al interior y le encer-

raron en una cueva por mas de dos meses. Al fin, despues de súplicas y promesas de grandes cantidades le dejaron en compañía nuestra. Entablóse entre él y Modesto una fraternal amistad, y cuando los indios habian adandonado su vigilancia determinaron fugarse llevándome tambien. Pero internados como estábamos, sin conocer el camino y sin un guia que pudiera sacarnos de estas escabrosidades, no habíamos andado dos horas cuando volvimos á hallarnos en medio de ellos. En tal apuro, no nos quedó otro recurso que ocultarnos en uno de estos bosques durante la noche y bajando al siguiente dia á este valle, hallamos una cabaña, que habia sin duda servido de toldería, pero no sabemos por qué se hallaba inhabitada. Entonces concibió Modesto una idea feliz: estando rodeados de indios no podíamos hacer otra cosa que albergarnos en ella y esperar una ocasion propicia para fugarnos; pero como los indios son tan astutos, era preciso buscar un ardid para no llamar la atencion de los que por allí pasaran, y al efecto salió el criado que me habia dejado mi madre á comprar trages para todos, segun Modesto habia resuelto. Vestidos los cuatro con el chamal produjo el efecto apetecido. Los indios nos creyeron ya afiliados á ellos y cuando pasaban por allí nos respetaban y nos surtian de provisiones.

A los dos meses de permanecer en este estado aparente de salvajes, el propietario de Córdova, que conservaba oculta una crecida suma, determinó de acuerdo con Modesto establecer en este delicioso valle una grande estancia, reclutar indios labradores, para que cultivasen los terrenos mas fértiles y criar ganado vacuno. Todo salió á nuestro deseo, se hallaron indios, se engrandeció y se construyó de madera la casa: el ganado se multiplicó de un modo asombroso, y el propietario, tratando de sacar partido de este grande elemento de riqueza, resolvió hacer un viage á los seis meses de permanecer en este estado.

—¿Y tu madre?—preguntó Enrique con grande interés.

—Esto me restaba contarte: mi madre mandó al fin la partida convenida, mas el sentimiento de haberme tenido que dejar en poder de estos salvajes la afectó tanto, que sucumbió á los dos dias de haber llegado á casa; pero no fué esta la única desgracia. Mi madre no entendió que la partida que mandaba, ó que convino con el cacique, habia de ser triple: esto es, habia de ser por el rescate de cada uno de

nosotros, y como faltaba la correspondiente á mí y al criado, quedamos en rehenes otra vez, y el mozo que traia el dinero volvió por lo restante; pero no he vuelto á tener noticias suyas.

—Pero ¿qué se hizo del propietario y sobre todo, de tu amado Modesto?

—¡Ah, Enrique! Ya te he dicho antes, que cuánto hubiera dado por conocer un corazon tan bueno como el tuyo: cuando ya estábamos seguros de los indios, cuando Modesto y su amigo conocieron el terreno, determinaron hacer un viaje á Córdova para preparar lo necesario á nuestra segura evasion; pero al mismo tiempo para no abandonar esta posesion rural, que se iba acrecentando, y que, merced al cuidado de los dos, recogia bastantes productos para enriquecerse, trasportados á los mercados de la capital; me dejaron con mi criado Juan y con los indios, dóciles á mi voz, para que la cuidase hasta su regreso.

No los he vuelto á ver: ni noticias siquiera he tenido de su paradero y á no haberles sucedido alguna desgracia, no puedo convencerme de que me hayan dejado abandonada en esta soledad por espacio de cuatro años; y sin haberse acordado siquiera de la desconsolada huérfana, que ha regado estas tierras con las lágrimas del dolor.

—¡Parece imposible! ¡Oh! habrán muerto indudablemente: les habrán salido al encuentro los «guazos» y habrán sido asesinados; de otro modo, serian unos monstruos, unos miserables que arrastrarian una desgraciada existencia por tan enorme crímen. Bien, hermosa Rayghen... pero decidme vuestro nombre, porque desde ahora ya no puedo trataros mas que con el respeto debido á la mas noble señorita.....

—No, Enrique: esto podria comprometer mi influencia sobre esta gente que me cree su adivina y me respeta como una superioridad. A nadie he revelado el secreto, porque de él depende el respeto profundo que todos me guardan. Además, aquí no hay mas que fraternidad. Esa igualdad evangélica que en vano se busca, solo puede hallarse aquí. Continúa, pues, del mismo modo: me place mas el tratamiento de hermano.—¿Qué otra cosa puede desear una pobre huérfana que hallar un cariñoso hermano?....

CAPITULO XXIX.

EL ASILO.

Cuando dejamos á Aurelia desmayada en el fondo del barquichuelo que la salvó, no podia darse ella misma razon de donde se encontraba; solo pronunciaba algunas espresiones que los marineros que guiaban el pequeño esquife no podian comprender; sin embargo, de vez en cuando se entreabrian sus labios y daban paso á un suspiro que pudiera traducirse por estas palabras ¡Enrique, Enrique! ¿qué te has hecho? ¿por qué me has abandonado?...

Nuestros dos marineros miraban afanosos por ver si podian reparar en alguien que les hiciese sospechar de quien iba acompañada aquella mujer, que solo á la casualidad debia el haberse salvado; pero fueron vanos sus deseos; pues no descubrieron ni el mas leve indicio de lo que anhelaban: tenian que volver precisamente á su morada, pues se habian alejado unas cuatro horas, y debian tornar de nuevo á emprender el rumbo; aunque podian hacerlo con rapidez, porque la corriente del Tercero y el viento que soplaba les eran favorables. Así lo hicieron y en menos

tiempo que el empleado para llegar desde su choza al sitio en que habia acontecido la catástrofe, pudieron abordar á la pequeña ribera que formaba el desembarcadero de nuestros bravos navegantes.

Nada mas hermoso que esos dos hombres al momento de la llegada. Uno de ellos, el mas anciano, estaba aun en la plenitud de sus fuerzas, su rostro bronceado y cubierto por algunos cabellos plateados presentaba el tipo del marinero, cuya cara tostó el sol en sus largos viajes alrededor del mundo. Su elevada estatura, sus nervudos brazos y sus callosas manos tenian algo de palo mayor. Su mirada era la del águila que conoce en la pequeña nube que la cubre la tempestad que va á descargar. Su actitud era majestuosa y despreciativa al mismo tiempo, como quien está acostumbrado á correr grandes riesgos y á desafiar el furor de los elementos.

Su compañero representaba la mitad menos de edad; pues estaba en la primavera de la vida, y en la manera que trataba al anciano, se conocia que le tributaba respeto, no tan solo por su mayor esperiencia, sí que tambien por los deberes á que estaba obligado por ser su padre.

En el momento en que la pequeña embarcacion acababa de atracar junto á unas peñas, salió de la choza una mujer que rayaba en los cincuenta y saludó con un grito de alegría á los que acababan de llegar, de quienes era respectivamente madre y esposa.

—¡Hola! Pablo, esclamó;—así se llamaba el viejo marinero: mucho has tardado: á fé de Magdalena que me llamo, creia que nuestro pequeño San Telmo,—este era el nombre del barquichuelo,—habia zozobrado; pero veo que nada ha sucedido felizmente. ¡Gracias, Vírgen María! dijo la buena mujer levantando al cielo sus manos suplicantes;—y ahora andaos sin cachaza; porque es ya muy tarde, y vosotros tendreis hambre.—Date prisa, Tadeo, date prisa: con este nombre se habia bautizado al hijo de Pablo y Magdalena.

—¡Madre mia! madre mia, no tengais tanta prisa; pues llevamos mas carga de la que creeis.

—Pues qué carga, ni qué tormenta. Válgame... la estrella polar, y que pesado eres: no te pareces en nada á tu padre; parece que tienes anclados los piés.

—Pues aguardad y lo vereis.—En el mismo instante sacaron pa-

dre é hijo del fondo del buque á una mujer, colocáronla encima de una de las peñas, amarraron el barquichuelo, saltaron en tierra, y volviendo á coger á Aurelia la condujeron en brazos á la cabaña ó barraca; pues de todo tenia.

A todo esto, Magdalena habia permanecido inmóvil, admirada, estupefacta: la pobre mujer no sabia lo que le pasaba. Por fin se repuso y corriendo á la choza, esclamó: ¡Santa Vírgen del Cármen! amparadnos; y acercándose á la que parecia moribunda, y midiéndola de piés á cabeza con una de esas miradas llenas de viveza tan propias de las mujeres, esclamó ¡ah Dios mio! es una señorita mas hermosa que el sol de América.—Pero, Pablo, ¿qué es lo que ha sucedido? ¿cómo habeis encontrado á esta linda jóven, que no se si es humana criatura ó angelito?

El bueno de Pablo contó lo ocurrido á su sencilla esposa, y se conocia lo mucho que el caso la horrorizaba por las señales de la cruz que de continuo hacia. Cuando dejó de hablar, Magdalena fué á buscar cierto accite en el que tenia ella mucha fé, untó con él las sienes de la hija de Viamont, y esta parecia que poco á poco iba recobrando los sentidos.

—Pero, Pablo, continuó diciendo Magdalena; nosotros somos muy pobres, y esta señora segun su figura y su porte, parece que estará acostumbrada al lujo y á la opulencia. Nosotros solo podremos ofrecerla los productos de la pesca, y alguno que otro pedazo de res, de las que alguna vez traeis, cuando salís á caza por estos montes de Dios.

—Magdalena, ya sabes que yo no me ando en cumplidos; poseo la franqueza del hombre de mar, y si no tengo agua dulce, la bebo salada. Temo á Dios, porque le he conocido en el furor de las olas y en el resplandor del rayo: pero si mal no recuerdo, un cierto sacerdote con quien me confesé en Europa, me dijo, que Dios solo quiere los corazones, y no las apariencias: creo que ya me entiendes; esta buena señorita pasará como pueda, y creo que aun lo agradecerá muchísimo, pues á no haber sido por nosotros, seguramente que á estas horas, serviria de rico manjar á los peces.—Mira, está muy mojada, ponla alguno de tus vestidos, enciende lumbre y seca su ropa; no sea caso que cuando vuelva en sí, y repare en tus harapos, quiera volver á

ponerse sus vestidos; porque has de saber, que hay muchos ricos, que se creerian deshonrados, si viesen su cuerpo cubierto con el vestido de los pobres.

—No creo que esta señorita sea así, repuso Magdalena; porque tiene una cara tan bondadosa...Vamos, Pablo, aunque eres viejo,y segun dices aun me quieres, no han dejado de gustarte las niñas bonitas, y así ya la habrás echado á hurtadillas alguna miradita, de aquellas que me echabas cuando quisiste enamorarme.

—Siempre serás mozuela, Magdalena; anda con Dios, mujer; no vés que tengo el casco viejo, y que ese serafin aun tiene buena la proa.

—Pues andando, y á remolque; voy á buscar los vestidos, y vélala tú entretanto; no fuera caso que volviera á desmayarse, y fuese peor la recaida. Cuidado, Pablito, cuidado...

—A toda vela, trapillo cascado del alma; antes que arrecie.

Magdalena fué volando á buscar sus andrajosos vestidos.

La cabaña ofrecia en este momento una escena tristemente pintoresca. Componíase de cuatro piezas: la principal contenia cuatro viejos bancos de madera, tenia las paredes ennegrecidas por el humo; dos bancos juntados sostenian el delicado cuerpo de Aurelia, y un pedazo de vela plegado servia de almohada á la cabeza acostumbrada á descansar sobre cojines de pluma. Una lámpara encendida que colgaba del techo iluminaba esa estancia, que mas bien tenia el aspecto de cárcel. El aposento contiguo servia de cocina; y de los dos restantes, el uno servia para el hijo, y el otro apenas podia contener unos cuantos tablones en forma de cama, que por única prenda ostentaba un colchon, que por lo estropeado y viejo parecia haber servido de campo de estocadas; algunos tizones esparramados por el suelo, que á la vez debian haber servido para alumbrar á Pablo y Magdalena, cuando iban á disfrutar de las dulzuras del sueño, y que tambien habrian alumbrado á la vírgen y á un santo de barro, que sobre una piedra habia colocado.

La luz de la luna entraba en este momento por las rendijas de la choza, y rihelaba en las aguas del caudaloso Tercero: el San Telmo balanceaba: Tadeo silbaba sentado junto al dintel de la puerta: el aire murmuraba por entre los matorrales de las montañas, á cuyo pié

estaba situada la miserable barraca: la tierra y el firmamento se daban las buenas noches: la caridad encendia su llama benéfica en el corazon de tres errantes pecadores: la paz reinaba en el seno de esta familia mísera; pero Dios habia salvado por medio de ella la vida de la hija del rico Viamont: los cielos abrian de este modo una esperanza de consuelo á la pobreza comprimida.

Entretanto Magdalena habia vuelto ya con los vestidos, habia encendido algunas teas y los secaba llena de asiduidad, volviendo la cabeza á cada momento, moviendo todo su cuerpo, cual una mujer á cuyo cuidado se ha confiado una prenda de valor inestimable.

La voz de Pablo, que la llamaba, vino á interrumpirla; dejó la ropa, corrió al lado de su esposo y vió que este se sonreia; y podia asegurarse, que cuando el viejo marino mostraba placer en su semblante, habia un grave y poderoso motivo que lo producia; pues los trabajos por los que Pablo habia pasado, le habian dejado restos de prolongado mal humor, y habian gravado en su frente el ceño que dejan los pesares al hombre que es á la vez valiente é infortunado.

Aurelia habia vuelto á recobrar la razon, se habia incorporado en su duro lecho, habia paseado una mirada asombrosa alrededor de aquel negruzco aposento, y habia apoyado la frente en la palma de la mano, como para desvanecer alguna idea, como para evocar algun recuerdo.—En donde estoy ¡cielo santo! esclamó.—¡Enrique! ¡Enrique! ¡Andrés! ¿que habrá sido de ellos?... ¡Mi padre! ¿donde está mi padre?... Los asesinos de Rosas, sí, ellos eran, ellos. ¡Aurelia! ¡Aurelia! no corras, no corras, me decia Enrique... ¿Quién sois vosotros, decidme donde estoy?.. ¡ah! caí... me desvanecí, no sé donde estoy. Qué habeis hecho de Enrique?.. ¡ah! comprendo, le habeis muerto como un perro; porque temiais que me defendiese. ¿Qué quereis de mí?... quereis deshonrarme? ¡ah! no, no, dejadme, dejadme, quiero morir. Pero sí... ahora recuerdo, resbalé de lo alto de una peña: solo oí una voz desgarradora que decia, ¡salvadla, Dios mio! ¡salvadla! No se lo que fué de mí; ¿estoy viva ó es esta mansion mi tumba? ¿quién sois vosotros, que así me mirais?

—Señora, contestó Pablo, somos los pobres marineros que os hemos recogido, cuando habeis caido desde lo alto de los precipicios de las montañas de Córdova; hace algunas horas que estábamos pescando

en el rio, cuando vimos que caiais desplomada; felizmente llegamos á tiempo y os hemos podido salvar; esta cabaña es nuestra morada, y será la vuestra si deseais quedaros en ella.

—Perdonad, buena gente, contestó Aurelia, si os he ofendido; mi lenguaje no debe estrañaros, porque ya podeis suponer que con la horrorosa caida, he quedado sin sentido. El cielo os recompense por vuestra bondad. ¿No ha venido á preguntar nadie por mí?

—Nadie, señora, dijo Magdalena; tranquilizaos: estais en salvo, y perdonad, señorita mia, si no os podemos ofrecer toda la comodidad que deseamos.

—A quien debeis perdonar es á mí: yo os prometo que si alguna vez me proteje la fortuna devolviéndome á mi casa, no dejaré de acordarme de vosotros. Ahora solo quiero llorar, dejadme sola, quiero desahogarme. ¡Ah Dios mio! No permitais que muera sin haber visto primero á Enrique, á mi querido padre, á mi desgraciada patria.

—Señora, calmaos, necesitais descanso; por el resto de noche que queda, podeis permanecer aquí, dormios, dormios y fiad enteramente en nosotros. Nuestras vidas os pertenecen.

—Gracias, gracias: la bendicion de Dios os colme de beneficios.

Pablo y Magdalena se retiraron. Tadeo dormia dentro la barca; el lecho era su cuna, ahora era el lecho que se mecia en la superficie del rio; seguia el compás del ruido que producian las oleadas al besar las arenas de la orilla.

La pobre Aurelia no pudo descansar; levantóse, se postró de rodillas y oró al Dios de los desgraciados: sus ardientes súplicas subian al trono del Eterno rociadas por lágrimas, preñadas de fervor, henchidas de santa emocion.

Aurelia hubiera encontrado su sepulcro en el fondo de las aguas si Pablo y su hijo no la hubiesen salvado. Tambien Aurelia rogó por aquellos que le habian dado un asilo. ¡Asilo de pobreza, pero de paz; monton de harapos, pero cubiertos con la generosidad y la nobleza de la honradez!

¡Oh! Dios es grande, inmenso, incomprensible!!!...

CAPITULO XXX.

LAS BACANALES.

Habeis leido alguna vez la descripcion de las ceremonias gentílicas de las orgías en Byron, de las bacanales de Roma? Transportaos por un momento al teatro donde se representan las escenas mas grotescas, aquellos lugares donde no brilla mas que un mal candil, que solo alumbra á la prostitucion y á la maldad, donde un raudal de luz y una atmósfera corrompida y llena de placer, os hacen concebir los pensamientos mas muelles, las ideas mas ruines, los ímpetus mas lúbricos y las acciones mas obscenas y denigrantes: representaos por un momento una inmensa plebe que al compás de sus voces, sus oleadas é infernal ruido, se mueve de una á otra parte; que ora se amotina en una plaza, ora se agita y se pelea en una calle: aquí derrama arroyos de vino, allí arroja boqueadas de blasfemias, mas allá se revuelca formando danzas ridículas y lascivas, que á pocos pasos declama con la elocuencia que dan los licores, el humo del tabaco y los besos de una ramera; que adelantando algo mas vitorea, brama, ahulla, se eleva en alas de su misma degradacion; que ofrece el espec-

táculo de un pueblo mancillado por lo mas sucio de las pasiones, del crímen ó del vicio; que se duerme en brazos de una libertad dorada y aparente, para dispertar oprimido por el crímen, por la befa de mil asesinos y azotado por el látigo del verdugo de su misma república. ¿Quereis ver, digo, ese cuadro pintado con sus mas vivos coloridos, teniendo por fondo la inmoralidad mas cínica, por pié, un monton de tumbas, y por marco piras de carne humana? Pues bien, seguidme á Buenos Aires.

Ya sabeis que Rosas ha subido al poder, y el tirano quiere festejos, quiere que le rindan homenaje, quiere que el pueblo se ria, se divierta, se alegre; aunque le clave el puñal en el corazon. Buenos Aires obedece como un cordero que sigue á su verdugo; acaba de subir al trono el «restaurador de la República;» acaban de bajar los «inmundos y asquerosos salvajes unitarios.» El crímen quiere tener tambien su espansion, quiere cebarse en las víctimas señaladas, antes de subir las gradas de un trono que se llamará cadalso. Los emperadores romanos se divertian tambien con las espantosas y abominables escenas del Circo: á Rosas le parece que Buenos Aires no es mas que el coliseo; que sus sayones hacen el oficio de gladiadores; los honrados ciudadanos representan el papel de fieras, y la «maz-horca» el consejo de generales que debe ponerse al frente de sus sanguinarias legiones. Entre tanto que empieza el bullicio, se construyen las horcas, se afilan los cuchillos, se traman las negras acusaciones, se fabrican las cadenas, se levantan las piras, se preparan los tormentos; crece el robo, multiplícase la corrupcion, y se engalana el vicio con la mortaja del sentimiento y la virtud. ¡Abominacion, abominacion horrible!!!.... Córrete, velo, córrete; porque das horror; pero no, no; es preciso que la humanidad lo sepa; sí, la humanidad pide venganza y debe tenerla, y la tendrá, sí, la tendrá; porque el crímen aunque se cubra con antifaz de rosa y con túnica de seda, tarde ó temprano se gasta, se rompe, se descubre: tarde ó temprano debe recibir su digno castigo, y si no lo recibe acá en la tierra, hay un Dios justiciero, que al medir las atrocidades, obra siempre con justicia, aunque no con venganza; porque siempre tiene escrito en el gran libro de los crímenes las palabras arrepentimiento, esperanza, perdon.....

Rosas para solemnizar su advenimiento á la presidencia republicana, necesitaba, aunque fuese hipócritamente, la sancion que los pueblos

dan por medio de públicos regocijos y de su espontánea voluntad al hombre á quien han elegido por supremo dispensador de gracias, por justo administrador de sus intereses, por sabio gobernante y protector del conjunto de sus vidas y bienes; la nacion, la patria, la familia, todo se simboliza en aquel ser á quien han revestido con el nombre abstracto del poder.

Las fiestas que se tributaron á Rosas, ó mas bien, que Rosas mandóle fuesen dedicadas, tuvieron un carácter estrepitoso, lleno de misterio, revestido de adoracion servil; fueron producidas por el temor, arrancadas á la fuerza, compradas por el oro, continuadas por el ostracismo, selladas por las cadenas, por el puñal y por la segur.

Mirad, mirad á esa turba de insensatos que viene vocifrando, que levanta un monigote con gorro colorado, que agita hachas de viento encendidas, que hace culebrear las encendidas teas que despiden nubes de sofocante humo. Mirad, mirad ese monton de sombreros que sirven de hoguera; como si quisieran significar, como si quisieran decir: «¡Rueden las cabezas que los llevan!» Oid, oid sus requiebros: Ea, maldita seas, María la chata.—Arráncate los ojos, gaucho malo.—Mira la remilgada Antonia, ponte azúcar en los labios, almibarada niña, no sea que tu novio te escupa.—Oiga V., ojito de callo, ó sino le rompo la nuca.—Degüella á ese gaucho, que es unitario.—No peles tanto la pava, Rosita: no te fies de jorobados, mira que llevan pimienta en la mochila.—Dame tu sal y tu brazo, palomo.—Arre que echa pullas.—Apártate, matrona honesta, mira que mancho.—Perico tuerto, que tengamos la fiesta en paz, ó sino te hago una costura.—Habla con decencia, mira que pasan paparras. Estos y otros denuestos á cual mas provocativos se oian salir de en medio de los amotinados, que al son de descompasadas músicas y de chillidos de mujeres perdidas iban recorriendo las calles, á insultando á quien mejor les parecia.

La servil maz-horca habia obligado y forzado á los vecinos de las principales parroquias, á que hiciesen fiesta por la exaltacion de Juan Manuel al poder absoluto: habian igualmente mandado emisarios á todos los departamentos y pueblos de la campaña; estos siguieron por fuerza ó de buen grado las insinuaciones, ó mejor, los irrecusables mandatos que se les impusieron, tomando parte en aquella vandálica

locura, participando de aquel ébrio frenesí, y dejándose dominar completamente por aquel profano vértigo.

Rosas cantaba, bebia, bailaba con furor satánico entre los convidados de su casa,—entre la plebe.—¡Hola, camaradas! les decia; poneos al momento chaleco colorado; quiero que mi guardia de honor lleve bigotes aunque sean de Javalí, aunque sean pintados con carbon ú hollin de chimenea.—Hola, Bruno, bébete todo el vino de la botella, no hagas cumplidos; ya sabemos que eres amigo de Baco; con las mejillas coloradas gustarás mas á las niñas.—Me espantas con esa cara de difunto que tienes; bebe, bebe, con cien diablos, ó sino te mando ahorcar.

Señora, eres muy bella, decia, si quiere V. tomarme por esposo, resolveremos el problema sobre la utilidad de la bigamia. Tome V. ese caramelo. Ea, marido, no te hagas celoso, que ya sabemos que la corres con media docena; ja, ja, ja..... que cara pones de Santurron.

—Aarrea, carnicero; so bruto, como te atracas, como se conoce que pago yo;—queria decir el estado;—para llenar tu barriga necesitas una ternera, y para que pase mejor, vas á beberte un pellejo de vino.

A la salud de Rosas! gritaban algunos que habia en otra de la salas; y los del patio decian: ¡Mueran los unitarios, viva la confederacion; vivan los gorros encarnados! Que se corten los fracs: fuera los cuellos de camisa!

Rosas corria como un loco de una á otra parte: cuando el vino y los ardientes manjares habian producido su efecto, cogió un pedazo de corcho, quemólo y con el carbon pintó bigotes á muchos de sus guardias de *honor*; dictó al momento una órden para que todo el mundo los llevase y así muchos se apresuraron á verificarlo. ¡Tanto era el terror que infundia el Tirano!

Todas las corporaciones habian ofrecido al presidente verdugo una guardia de honor; á todas ellas se presentaba Rosas, y siempre les decia en tono de arenga: «Hijos de la confederacion, soldados de la libertad, afilad vuestras espadas, limpiad vuestros fusiles; porque ha llegado ya el dia del esterminio. ¡Ah del primero que ose contrariarme, porque me he de beber su sangre, y ha de servir de pasto á mis caballos: desde mañana no quiero ver ningun vestido azul ni verde:

quiero que lleveis el trage del color que es mi favorito, encarnado, muy encarnado: esto indicará mas valor, mas osadia, mas arrojo, mas alegría por el *soberano* que habeis escogido. Miradme; yo soy el primero en llevar colores encarnados: ¡muera el infame que ose contrariarme! «el que no está conmigo está en mi contra,» sabedlo, y grabadlo en vuestra memoria ó sino os entregaré á la maz-horca que es la fiel intérprete «de los sentimientos y aspiraciones populares.»

Así iba arengando este monstruo á sus secuaces, y á los que finjian serlo por miedo de perder la vida. Luego cuando habia concluido sus terroríficas correrías, mandaba bandadas de rameras por todos los ángulos de la ciudad, ordenaba á estas que se mezclasen con las señoras que encontraran por las calles, que las envolviesen entre ellas y que juntas se entregasen al libertinaje, al saqueo de los unitarios, á la crápula y á toda clase de orgías; brindando siempre por el furor popular y por su *recomendable* sostenedor, y defensor denodado.

En las cábalas mas hediondas se celebraban banquetes en que se juraba esterminar á los caballeros: los mas escandalosos eran presididos igualmente por Rosas que los animaba y ecsaltaba con su bestial alegría, acompañándole en ellos su hija Manuela, á la que queria acostumbrar desde muy temprano á las encenas de ludibrio y á la vista de las pocilgas del vicio.

Y no se crea, que el recuerdo tan vivo que con esta degradacion hacia el tirano de Luis XI, cuyo constante anhelo fué humillar el orgullo de la aristocracia é inmolarla á su odio, lo habia aprendido en el *Análisis razonado* de la historia de Francia (1).

Rosas, en nuestro concepto, por mas que digan respetables escritores, era tan oscuro, que ni siquiera conocia la historia de su mismo pais.

Para nosotros la perversidad de su corazon era tal, que no podia dar de sí mas que vilezas, maldades, crímenes; y á la manera que el corazon noble no puede cometer bajeza alguna, del mismo modo el malvado solo puede abrigar bajezas.

Su deseo pues de humillar, como el tirano francés, á la clase mas

(1) Est. Hist. etc. por Chateaubriand, tom. 3.°

decente de la República, envileciéndola con tan repugnantes escenas y entregándola al furor de la plebe, ó de la maz-horca, emanaba de su firme propósito de infundir la debilidad por medio del terror y del espanto.

¡Rabia! rabia á la vez y desesperacion causa en ánimos hidalgos el tener que repetir que esas asquerosas bacanales duraron por espacio de algunas semanas, que costaron sumas considerables, y que en ellas se obligaba á alterar á la virtud con el crímen, á las mujeres castas con las desenvueltas meretrices, á los asesinos y ladrones con los honrados ciudadanos.

El eco repite con espanto tamañas escenas. La pluma se resiste á escribirlas. La vindicta pública pide una satisfaccion. El honor ultrajado echa el guante á la depravacion; y los compatriotas degradados y esclavizados por tamaña ofensa, aun en su misma agonía, reclaman y mueren reclamando reparo, justicia, venganza... reparacion... reparacion eterna...

¿Y quién de los argentinos no armará su brazo al ver los escesos cometidos bajo el despotismo? ¡Ah! no podrán menos esclamar con nosotros: ¡oh déspotas infames, sepultaos en el abismo!... ¡dormid con baldon en la noche de los tiempos!

CAPITULO XXXI.

EL HALLAZGO.

Juan habia cumplido fielmente la mision que le habia encomendado la hermosa Rayghen; junto con los demás criados habia recorrido todos los ámbitos de la montaña; se habia informado por todas partes á tenor de las instrucciones que le habia dado su misma dueña; habia ya dado cuenta de lo ocurrido, y por este motivo Enrique habia concebido una esperanza fundada de volver muy pronto á estrechar entre sus brazos á su desconsolada Aurelia. Rayghen le habia inspirado una completa confianza, y el magnánimo corazon de Enrique reposaba tranquilo en la grandeza y elevacion que habia descubierto en el corazon de aquella mujer. Pensaba que aquel ser tan bello y tan infortunado no podia engañarle; porque él tambien habia aprendido, aunque jóven, que la desgracia fraterniza las almas y estrecha sus lazos, cuando el destino las une por alguna casualidad, haciéndolas sentir las mismas emociones, idénticos sinsabores, iguales presentimientos.

Enrique habia podido descansar con mayor sosiego y tranquilidad, desde que la disfrazada india le habia insinuado el pronto hallazgo de su querida Aurelia. Rayghen no hubiese querido desprenderse tan pronto de la conpañía de aquel jóven, por quien empezaba á sentir algo, algo que nunca le hubiese confesado, porque hubiera creido que le hacia una ofensa, y además la atormentaba la idea del remordimiento, de haber servido de obstáculo á la felicidad de ambos amantes. Su corazon conservaba aun recuerdos de otros tiempos mas felices, no podia avenirse con el sufrimiento de otros seres que rendian al amor igual tributo.

La primera sonrisa del alba comenzaba á hermosear los picos de las montañas, las copas de los árboles, las aguas de los rios, la superficie de las estensas llanuras. La naturaleza sacudia su húmedo manto y saludaba la venida del dia con un coro de aves, con perfumes de flores, con las faenas de los labradores, con el trepar de los rebaños. Era la hora en que el libertino empieza á descansar de las ruidosas escenas de la crápula, en que la campana llama á los fieles á la asistencia del primer sacrificio diurno, en que que el pájaro nocturno dá su último chirrido y el ruiseñor saluda á su criador con los trinos de su armonioso canto. Las reses de la estancia en que vivia Flor, empezaban á salir, guiadas por los pastores. El movimiento empezaba á dispertarse entre los moradores de aquella mansion patriarcal. Rayghen acababa de abandonar su lecho; el sueño ligero y convulso que la habia atormentado durante la noche, habia surcado sus mejillas; su semblante desencajado, sus ojos hundidos, su mirar abatido, la languidez de todo su cuerpo eran señales infalibles, que algun pensamiento rebelde ó una idea fantástica, habia chupado la serenidad y compostura de sus encantadoras facciones. Enrique, aquel jóven tan enamorado de otra mujer, se interponia como una misteriosa sombra entre el pasado y el porvenir. Sin embargo habia prometido llevarle otra vez al regazo de su suspirada Aurelia, y llena de abnegacion fué á prepararse para cumplir su palabra, para realizar su promesa.

Los criados de Enrique habian frotado ya sus ojos con puñados de agua cristalina. Andrés, como á fámulo mas antiguo y de mayor confianza, habia dispertado á su amo. Este pasó su mano por la fren-

te, acordóse de todo lo que le habia pasado, dió una mirada á la montaña, que se elevaba delante la ventana de su cuarto, juntó sus cejas, acordóse de Aurelia, estuvo un instante pensativo, cruzó sus brazos, y refrescó la memoria de su padre, de su hermana, de sus amigos: en medio de tan encontrados recuerdos, dirigió su vista á los cielos como en muestra de súplica y resignacion; saltó de la cama, acabóse de vestir, salió de su aposento, y se presentó á la hospitalaria india, dirigiéndola un cordial saludo. Esta fué la primera en romper el silencio, diciéndole:—Enrique, mi soledad te disgusta; á jóvenes de tu temple, si bien gozan en la contemplacion de la naturaleza, sin embargo no pueden menos de sentir la falta del bullicio y animacion de las ciudades.

—¡Amiga mia! haces muy mal en raciocinar tan ligeramente acerca mi modo de pensar. Has de creer, que tengo una aficion decidida á la clase de vida que estais gozando en este valle, semejante á un pequeño eden, guardado por la reina de las flores, que mas bien que Flor, ángel parece, á quien debo hasta cierto punto la conservacion de mi propia existencia. ¡Ah! seria muy feliz si pudiese agradecerte favor tan singular en compañía de mi adorada Aurelia; ella, que en lo buena y hermosa tanto te se parece, estoy seguro que tendria un verdadero placer en poder compartir conmigo la sincera gratitud, de que ahora y siempre estaré poseido.

—Esa jóven es muy dichosa, siendo señora de un corazon tan generoso como el tuyo, querido Enrique. Sin duda estará muy orgullosa en poder gloriarse de ser correspondida con un amor tan intenso, como parece ser el que te domina y sientes tan verdaderamente por ella.

—El infortunio nos unió. Su padre, lo mismo que ella, puede decirse, que me deben la vida. Cuando la conozcas tan de cerca como yo, tendrás que confesar que el ardoroso cariño que la profeso, no es mas que un obsequio muy justo y debido á sus delicadas gracias, á su bellísimo corazon y á su talento privilegiado ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! cuanto daria para volverla á ver...

—No tardarás mucho, Enrique.

—¿Que dices? ¡Por Dios! no destroces mi pobre corazon que harto compungido está ¡Oh cielos! será posible volverla á ver; ¡ah!

no, no; esto seria demasiada felicidad. Te lo pido ¡Rayghen! no me engañes, no laceres mi alma, que harto lastimada la tengo. No puedo creerte, y sin embargo, siento aquí, en el fondo del alma, brotar y crecer una esperanza, como una nube pequeña que se divisa en lontananza, como una diminutiva perla de rocío que se vé temblar en el naranjado fondo del torneado cáliz de un lirio.

—Te repito que puedes dar crédito á mis palabras, y sino, oye:—Hola, muchachos; ea los caballos, el almuerzo, y á partir, gritó Rayghen y tú Enrique, cálzate las espuelas; pues yo misma quiero guiarte á la morada del ángel de tus amores.

Enrique cayó de rodillas, besó con frenesí la mano de aquella encantadora mujer, levantóse, corrió, y al cabo de pocos momentos habia almorzado; la cabalgata estaba dispuesta: componíanse de seis personas; Enrique, su amiga y cuatro criados; el uno de ellos Andrés, otros dos pertenecientes al servicio de la india, y Juan que debia servir de guia. Las siete de la mañana serian, cuando se puso aquella en movimiento; las espuelas aguijoneaban con frecuencia el vientre de los caballos: estos, jóvenes y briosos, corrian á galope tendido; solo de vez en cuando debian contener su veloz carrera, á causa de los trechos de mal camino que por la montaña habia.

Enrique cabalgaba con gracia al lado de su compañera: esta montaba con tanta destreza como el mas apuesto ginete: Juan entonaba de vez en cuando alguna cancion de orígen americano, un romance popular, algunas redondillas de amor, algun aire que seguia parejas con la marcha de su caballo.

—¡Rayghen! prorumpió Enrique, me parece en los desvaríos de mi imaginacion que vamos á alguna fiesta de la edad media; pues veo que nos hemos armado hasta los dientes, como si tuviéramos que asistir á algun torneo: no vacilo en afirmar que si realmente estuviéramos en aquellos tiempos, damas y caballeros etc. te proclamarian Reina de la hermosura y del amor.

—Hola, caballero Enrique; voy á desquitarme. No dudo que si viviéramos en aquella época caballeresca, no faltariais á las fiestas, mayormente siendo, como sois, tan aficionado á las armas; creo que tambien llevarias algun mote de amor y de gloria dedicado á la dama de tus pensamientos; porque ya sabes que la adoracion, que se tenia

á las señoras en aquel entonces, rayaba en frenesí, llegando á ser proverbiales las frases de galanteo y las historias de los corazones enamorados, dignos por cierto de envidia. Me atrevo á asegurar, que no dejaria de haber algunas damas que proclamasen al adalid Enrique por el mas gallardo doncel, por el corazon sin tacha, por el denodado vencedor.

—No puedo menos que quitarme el sombrero, replicó Enrique. Vaya, que estás galante; á fé mia, no se quien hace aqui el papel de señora, y dejando lisonjas aparte, te aseguro que mejores eran aquellos tiempos que estos; al menos se peleaba entonces con cuerpos visibles, con almas nobles, no con gentecilla y asesinos como ahora: se daba una buena estocada y se apreciaba: ¡ah! aquella era una época de héroes, cuya memoria se encargaba de inmortalizar la posteridad; mas ahora, aunque no deja de haberlos se van sin haber alcanzado ningun renombre, víctimas, si cabe, del puñal alevoso de asesinos, cadáveres abandonados á merced de las fieras, existencias aspirantes y ahogadas por la sangre derramada en cien luchas fratricidas.

—Tienes razon, Enrique; las razas han degenerado, y los que habitamos estos lugares no estamos muy lejos de esperimentar los horrores de una guerra sin treguas, que acabará con todos nosotros, si permanece por mucho tiempo en el poder el infame Rosas.

—¡Ah! con que á tu apartado valle ha llegado tambien el eco de las crueldades de aquel hombre?

—Sí, Enrique; Rosas es hijo de los infiernos, y con sus uñas araña y destroza á todos los que al presente tenemos la desgracia de vivir en el desolado territorio de la república argentina.

—¡Ah! Ese ambicioso y cobarde derramará toda la sangre de nuestros valientes. De mí sé decir que le profeso un ódio intenso, mayormente desde el espanto que causaron sus tropas á mi Aurelia, fué el motivo que me hizo perderla, y que cayese desplomada en las aguas del Tercero... ¡Maldito, maldito sea!... Me beberia de un sorbo toda su sangre; pues á hombres de su temple, seria demasiado honroso matarles en un desafío, ó en batalla legalmente disputada. Semejante honor es indigno de almas que viven en una esfera criminal y abominable.—¡Ah! en nombre de Aurelia, te prometo, que si algun dia caes en mis manos, servirás de comida á las fieras y de cebo á los tigres.

—¡Enrique! sosiégate, tranquilízate; se vá acercando el instante feliz, el suspirado momento.

—¡Ah Rayghen! quisiera que mi caballo corriese tan veloz como el pensamiento.—¡Aurelia, Aurelia!—que feliz seré si puedo encontrarte enteramente salva y presentarte algun dia á tu padre! ¡Madre mia! ¡Madre mia! que en los cielos estás, ruega al que en las alturas mora, ruégale por tu hijo, por tu Enrique que tanto te amaba; por este desgraciado que te lo pide con fervor desde el centro de estas soledades.

—No te desesperes, Enrique, no te desesperes. El Señor quiere á los suyos, es decir, á los que poseen un corazon como el tuyo, y á los que como tú consagran sus vidas á las acciones heróicas, á la causa de la libertad y de la independencia.

—Tu lenguaje me dá ánimo, mujer la mas generosa del mundo. Aurelia y yo debemos adorarte como una divinidad protectora.

—Me basta que no os olvideis de mí. Al menos que tenga el consuelo en este mundo de poder morir pensando que hay todavía alguna alma, que se digna tenerme presente.

—¡Rayghen, Rayghen! mientras lata este corazon, dijo Enrique poniendo su diestra sobre él, y mientras quede una gota de sangre en mi cuerpo, tu memoria será tan inseparable de mí, como lo es el sol del cielo que nos cobija.

—No lo dudo, Enrique, no lo dudo: perdóname, si con el recuerdo de mis sufrimientos uso un lenguaje amargo, indigno de una jóven bien nacida y que ningun derecho tiene sobre tí.

—Tienes derecho, eres acreedora á la mas alta de las consideraciones: eres muy bella, no solo por las gracias que con mano pródiga te regaló naturaleza; sí que tambien por los dones de humildad y de modestia que te adornan.

Un grito que dió Juan, interrumpió la animada conversacion de nuestros jóvenes. Juan habia divisado una choza, era la misma que al recorrer aquellos senderos por órden de su señora, le habia enseñado un marinero llamado Tadeo, á quien por casualidad habia encontrado cazando en aquel mismo sitio. Tadeo habia sido preguntado por Juan acerca del paradero de una jóven llamada Aurelia, ignorando por completo que aquel fuese uno de los marineros que la habian salvado.

El fiel criado de Rayghen habia vuelto rebosando de alegría á la tienda de su señora, y la habia informado de todo; mientras que Tadeo contaba á Aurelia el encuentro que habia tenido con cierto hombre que por ella habia preguntado. El corazon de Aurelia palpitaba aun de gozo, no dudaba que la providencia y las investigaciones de Enrique darian por resultado un feliz hallazgo.

El sol marcaba la mitad de su carrera, cuando la comitiva bajaba la cuesta de la montaña. Al cabo de un cuarto de hora los caballos pisaban las arenas de la playa. Una jóven que estaba sentada junto á aquella, levantóse, se acercó á la barraca que solo distaba algunos pasos, empezó á correr tomando la direccion hácia la cabalgata; en aquel mismo momento Enrique saltó de su caballo, corrió tambien, gritando con amoroso furor: ¡Aurelia! ¡Aurelia del alma! Ah! vuelvo á verte, vuelvo á verte!—¡Enrique! ¡Enrique adorado!... Los dos se echaron en brazos el uno del otro, se pusieron de rodillas, levantaron los ojos al cielo, lloraron..... Todos los que formaban el acompañamiento se apearon y miraban atónitos esta arrebatadora escena. Tadeo, Pablo y Magdalena parecian tres figuras llenas de espanto. Tadeo sonreia, Pablo meneaba la cabeza, Magdalena enjugaba sus lágrimas con la palma de la mano. El cielo parecia tomar parte en este espectáculo. El rio Tercero seguia su majestuosa corriente. El viento hacia chocar el lecho de cañas que cubria la choza. El San Telmo ondulaba amarrado junto las rocas, haciendo bajar su proa como en señal de alegría.

Enrique levantóse al cabo de algunos instantes, abrazó con emocion á Pablo y á su hijo, y deslizó en sus manos un puñado de monedas de oro. Cogió por la mano á Aurelia y presentándola á Rayghen, la dijo: —Hé aquí nuestra sublime libertadora.—Aquellos dos ángeles se abrazaron y se dieron mil besos de fuego. Enrique y Aurelia dieron un adios á las playas del Tercero, á la humilde cabaña, al San Telmo y á la familia del marinero Pablo.

Poco despues Aurelia montó en grupa del caballo de Enrique. El monte solo resonaba con las pisadas de los caballos, cuyos ginetes eran bendecidos por los salvadores de la hija del general Viamont. Los sucesos de vuelta á la toldería de la generosa india, estuvieron llenos de tiernos episodios, de amorosos diálogos, de pruebas de gratitud, de recurdos inolvidables.

El crepúsculo de la tarde estendia sus cenicientas alas por el horizonte, cuando la comitiva entraba llena de contento en la estancia del valle.

La noche cobijaba bajo un mismo techo el amor mas puro y el desinterés mas acrisolado. El sueño vino á estender el reposo sobre los cuerpos, cuyas almas descansaban en el seno de la tranquilidad, en el testimonio de la conciencia, que nos fortalece por haber obrado con sentimiento, con amor y con justicia.

CAPITULO XXXII.

PACTOS DE SANGRE.

Las saturnales celebradas con motivo del advenimiento del nuevo Atila al poder, imprimieron el sello de la degradacion y del embrutecimiento.

Desde entonces fueron obligados todos los habitantes, como hemos dicho en otra ocasion, á llevar cintas de color de sangre; color que escogen siempre los hombres ávidos de crímenes y destruccion; color que simboliza la barbarie y que predomina en todas las banderas de los pueblos feroces y bárbaros. Quedó prohibido el uso de los colores verde y azul, los trages europeos fueron sustituidos por la chaqueta y el poncho, y algunos meses despues el bigote y el chaleco encarnado era el uniforme obligatorio de todo ciudadano de Buenos Aires.

¡¡¡*Mueran los Salvajes unitarios*!!! He aquí las palabras que por todas partes y á todas horas resonaron desde entonces mas aterradoras aun, que las del profeta Daniel en el festin de Baltasar: palabras fatídicas, dice un distinguido escritor «que el sereno repite en

altas horas de la noche, y que estampadas por todas partes, pronunciadas de mil modos distintos, en las oficinas del estado como en las *pulperias*,—tabernas,—en el lugar doméstico y en las calles, al levantarse, al acostarse y aun en medio del sueño, acaban por grabarse como un axioma en la memoria de los que las escuchan: palabras horribles, que sistematizan, fomentan y perpetúan los odios y rencores entre los hermanos de una misma familia y los demás pueblos de la tierra.»

Corria el año de 1835.

En esa época,—dice Rivera Indarte (1),—estrechó el tirano relaciones con agentes de los republicanos del Rio Grande: habia entre ellos y Rosas vínculos y pactos desde principios de 1833, y en ese año mientras que el tirano pasaba una circular al gobierno de Salta «para que no permitiese ausiliar á los sublevados del Rio Grande,» el agente de ellos Paulino Fontana, visita y relacion favorita de la casa de Rosas, sacaba pertrechos y armas de Buenos Aires, una imprenta suministrada por Pedro Angelis, y una órden terminante para que Echagüe ausiliase á los marinos republicanos que se hallaban Entre-Rios, á donde se dirigió el mismo Fontana, despues de haber conferenciado en Montevideo con el presidente Oribe.

La conferencia que tuvo el agente de Rosas con el entonces presidente de la Banda Oriental fué, digámoslo así, la primera negociacion de los «pactos de sangre,» que mas tarde entablaron los dos presidentes para apoyarse mútuamente.

Pero la heróica capital del Uruguay ha jugado un papel demasiado importante en estos sucesos, para dejar de dedicarle un capítulo á fin de que nuestros lectores tengan conocimiento exacto de sus condiciones especiales, su situacion, su riqueza, su espíritu eminentemente liberal, su historia; así como tambien las causas porque el general Oribe se alistó en las banderas de Rosas y fué otro de sus mas decididos procónsules.

A la vista tenemos un precioso artículo (2) que en 1851 dedicó á estos sucesos un distinguido escritor, y que no podemos resistir á la

(1) Rosas y sus Opositores, cap. 15, pag. 219.

(2 *La Ilustracion.*—Madrid 26 de Julio de 1851.—*La República Oriental del Uruguay. Origen de la Guerra Actual; Rivera, Oribe y Rosas.*

necesidad de trasladarlo aquí, por el vivo interés que encierra, y porque estamos seguros qne el benévolo lector nos perdonará con gusto esta pequeña digresion, indispensable por otra parte al objeto que nos hemos propuesto.

La República Oriental del Uruguay,—así empieza el citado artículo,—aunque pequeña relativamente á otros Estados de América (1) es uno de aquellos paises destinados por la Providencia á formar una grande y poderosa nacion. Situada en una posicion topográfica, como pocas en el mundo, lindando al Norte con el Brasil, al Este con el Océano Atlántico, al Oeste con las provincias argentinas y al Sud con el Rio de la Plata; dotada de un clima meridional, y rica en producciones de los tres reinos; cortado en todas direcciones su feraz territorio por rios tan caudalosos como el Uruguay, el Yi, el Negro, el Daiman, el Arapey, el Cebollati, el Cuarehim y sus afluentes, cuya direccion marca, dividiendo sus aguas y ramificándose en multitud de brazos, la *Cuchilla Grande*, ramal de los Andes, y el ras go mas preeminente de nuestro país, al que cruza de Norte á Sud, y que hace mas importantes en estos rios, todavía no surcados por el hombre, pero que algun dia estenderán su benéfica influencia en proporciones colosales á la agricultura, á la industria y al comercio, fuentes de la riqueza pública y privada,—la República Oriental fuera ya un coloso de prosperidad, si el genio de la barbarie y de la guerra no esterilizase con su aliento las semillas fecundas del progreso que espontáneamente brotan de su seno, despedazado sin cesar, ora por el hierro de sus propios hijos, ora por la codicia estranjera.

Desde 1810, la sangre ha enrojecido los campos y las ciudades, las llanuras y las montañas; el resplandor de las llamas ha iluminado nuestras glorias y nuestras miserias , y el estridor de los sables, el silbido de las balas y el trueno de los cañones, ha ensordecido la tierra, desde las márgenes del Plata hasta los confines del Brasil, desde

(1) Tiene 15000 leguas cuadradas y consta de nueve departamentos, que llevan el nombre de sus respectivas capitales á saber: Montevideo, Canelones, San José, Colonia, Soriano, Paysandú, Cerro-Largo, Maldonado y Entre-Rios, Yi y Negro que no debe confundirse con el Entre-Rios, provincia de la Confederacion argentina, levantada hoy en armas contra Rosas.

el Uruguay hasta el Océano... El período mas largo de paz que hemos tenido, apenas llega á dos ó tres años.

Para formarse una idea exacta de la belleza y de los inmensos recursos que encierra ese hermoso pedazo del Eden americano, es preciso haber cruzado sus vastas soledades, sus campos desiertos, aunque poblados de innumerables rebaños, una tarde de enero, cuando el sol desaparece tras «una cuchilla (1),» dorando con sus últimos reflejos los bosques del Daiman ó del Rio-Negro que se pierden de vista, en tanto que la brisa, cuyas alas se han perfumado en la fragante cabellera de vírgenes selvas tan antiguas como el mundo, agita suavemente las erguidas *palmas*, los sombríos sauces, laureles y *sarandies* que crecen á orillas de los rios, confundidos con los rastreros *membrillales*, los arómáticos *salsafraces*, de hojas plateadas y copa en forma de bóveda, los espinosos *aromas*, los *seibos* de encarnadas flores, los corpulentos *guayacanes*, los densos *Guaviyús*, los frondosos *molles*, que ostentan agrupados como un ramito sus flores de color amarillento, y el alto y flexible *coronilla*, cuyas estremidades están defendidas por largas espinas casi tan duras como el hierro; mientras en una eminencia, al pié de un valle, en una quebrada ó al confin de una llanura, como avanzado centinela se levanta, solitario é imponente el gigante de las selvas americanas, el magestuoso *Ombú*, velado en su claro-oscuro manto...

Es preciso contemplar esta naturaleza magnífica al lánguido fulgor de una alborada ó de una noche de diciembre, cuando los primeros vislumbres de la aurora ó de la luna vierten sobre ella su rocío de plata. Nunca una descripcion pálida podrá definirla tal como es. Los sonidos y las palabras mueren al llegar al oido; nada pintan, nada revelan, se necesitan volúmenes y horas enteras para describir un paisage, y no todas las veces se consigue; al paso que una simple ojeada sobre los cuadros sublimes de la creacion, graba para siempre con caractéres de fuego en nuestra mente su animado fragmento, sus peregrinas imágenes y su recuerdo indestructible. . . . . .

. . . . . .

El 1.° de marzo de 1835 el general don Manuel Oribe fué elegido

(1) Pequeña montaña.

presidente de la República. El general don Fructuoso Rivera, acababa de terminar su período constitucional, y prestó su real apoyo á Oribe para que le reemplazase.

Oribe, que siempre alimentó contra él una envidia baja y ruin, porque siempre se habia visto supeditado por su prestigio é influencia, al poco tiempo de su elevacion al poder, creyó conveniente deshacerse de su Mecenas, y con este objeto envió una cuadrilla de malhechores á que le asesinasen en su estancia de Rio-Negro, donde se encontraba á la sazon.

Escapado milagrosamente por entre las balas de los asesinos, merced á su presencia de ánimo y arrojo, Rivera se refugió en los bosques y allí supo que Oribe destituia á sus partidarios, desterraba á sus amigos (1), le declaraba traidor, y estaba en «secretas negociaciones» con Rosas para anularle é incorporar la Banda Oriental á la República Argentina. . . . . .

Rivera no pudo ver con indiferencia ni la ingratitud, ni los desmanes, ni los proyectos maquiavélicos de Oribe, y el 16 de junio de 1836 se alzó en armas contra él, declarándole traidor á la patria y á la Constitucion.

Sus fieles gauchos y sus numerosos parciales de todos los puntos de la República, acudieron al grito de su antiguo general, y despues de cuatro sangrientas batallas con fortuna vária, el tercer ejército de Oribe fué completamente deshecho en las «puntas del Palmar,» el 15 de junio de 1837.

De nada valió á Oribe la proteccion de Rosas: el país en masa le rechazaba. Encerrado con algunas fuerzas urbanas dentro los muros de Montevideo, tuvo al fin que capitular. Celebró una convencion de paz á mediados de octubre de 1838, abdicó el poder y se trasladó á Buenos Aires.

(1) «El ilustre Rivadavia, los Varelas, el doctor Alsina y otras muchas personas notables, pertenecientes al partido unitario, que se habian asilado en Montevideo, fueron violentamente desterrados al Brasil por Oribe á instancias de Rosas, que desde mucho tiempo atrás, desde 1830, pretendia que no se debia dar hospitalidad á los proscritos por él, *atenta la gratitud y los intereses comunes de los pueblos del Plata.* Son palabras testuales de una nota de su ministro Anchorena al gobierno oriental, fecha 20 de setiembre de 1830, publicada en los periódicos de Montevideo y Buenos Aires. Rivera se negó siempre á convertirse en instrumento de la saña de Rosas, y este es el orígen del odio implacable que le profesa.»

Su renuncia y aceptacion por la Asamblea general convocada al efecto están concebidas en estos términos:

Montevideo octubre de 1838.

Convencido el presidente de la República que su permanencia en el mando es el único obstáculo que se presenta para volver á la misma la quietud y tranquilidad de que tanto necesita, viene ante V. H. á resignar la autoridad que como órganos de la nacion le habeis confiado.

No es en este instante útil ni decoroso entrar en la esplicacion de las causas que le obligan á dar este paso, y debe bastaros saber, como lo sabeis, que así lo exige el sosiego del país y la consideracion de que los sacrificios personales son un holocausto debido á la conveniencia general. Dignaos, honorables senadores y representantes, admitir la irrevocable resignacion que hago en este momento del puesto que he desempeñado, y concededme además, como á los ministros que quieran seguirme, una licencia temporal para separarme por algun tiempo del país, que así lo aconseja nuestra posicion.—Honorable Asamblea general.—*Manuel Oribe.*

ACEPTACION.

El Senado y la Cámara de representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea general, decretan:—Art. 1.° Admítese la resignacion que hace del cargo de presidente de la República el brigadier Don Manuel Oribe.—Art. 2.° Se concede al señor ex-presidente de la República y á los ciudadanos que han sido sus ministros licencia para salir del territorio por el tiempo que lo creyesen necesario etc.

Despréndese, pues, de los anteriores datos, que hallándose Oribe presidente de la República Oriental, secundó efectivamente las perversas disposiciones del patriarca de la *maz-horca*, introduciendo tambien en sus dominios la persecucion, el terror, los medios violentos, que le obligaron á resignar el poder, á juzgar por el sentido de su misma renuncia; y despréndese tambien, que la violenta proscripcion del ilustre Rivadavia, los Vareles y demás personas notables, allí refugiadas, debia necesariamente acarrearle el odio de todas las

personas sensatas, que veian en esta medida al vivo instrumento del Dictador.

En este lamentable estado, desacreditado, odiado del numeroso partido de Rivera, no le quedaba otro recurso que mendigar la proteccion de Rosas, á quien habia servido, y por cuya causa habíase visto forzado á resignar el poder; pero Rosas no lo recibió muy bien y hasta le despreció al principio, aunque no tardó mucho tiempo en confiarle el mando del ejército invasor, que sucumbió mas tarde en los campos de Cagancha.

Veamos aun algunos párrafos del citado artículo, que esclarecen estos hechos, tanto acerca de los pactos con Rosas, como sobre el éxito de sus batallas.

«Rosas recibió muy mal á Oribe: este, en su concepto, habia tenido poca fibra y no habia querido seguir al pié de la letra sus instrucciones; y, en honor de la verdad, debemos declarar, que el ex-presidente, aunque antes, en la guerra con el Brasil, se habia distinguido por algun rasgo de crueldad con los prisioneros, no se manchó en el período de su mando con ningun crímen. El trato de Rosas y la desgracia le fueron fatales: pronto le veremos convertirse en el mas sanguinario de los procónsules del Dictador.»

Elegido Rivera presidente por segunda vez, *aceptó* (1) la guerra que Rosas le estaba haciendo embozada y traidoramente desde 1830. Rosas le contestó lanzando del otro lado del Uruguay el 28 de julio de 1839 un ejército de 7000 hombres; ejército, que á pesar de haber sorprendido al nuestro en la madrugada del 29 de diciembre del mismo año, fué batido y deshecho en los inmortales campos de *Ganancha* por algunos escuadrones capitaneados por Rivera, por «mil quinientos hombres,» únicos que no se aterraron en la sorpresa.»

«El general Rivera, como Artigas y Quiroga, es un tipo de esos célebres guerrilleros americanos, acostumbrados á vencer á sus enemigos con fuerzas tres ó cuatro veces inferiores. Pocos cuadros de infantería, aun siendo europea, han resistido las cargas de sus ginetes:

(1) La República Oriental se honra en declarar que ella no lleva, sino que contesta la guerra: su rol es pues enteramente defensivo, aun en el caso probable de tener que invadir.» —(Manifiesto de guerra publicado en Montevideo el 11 de marzo de 1839).

los escuadrones á cuyo frente se pone, ó quedan tendidos en el campo ó triunfan. Su serenidad, su audacia, el entrañable afecto que le profesan sus soldados, y las breves pero enérgicas palabras que les dirige, antes y en los momentos de la pelea, les obligan á hacer prodigios de valor. En *Yucutujá* con 700 hombres venció á Oribe que llevaba 3000, y la batalla de Cagancha, ganada por ese puñado de valientes cuando casi todo nuestro ejército huia en alas del espanto, es uno de los laureles mas espléndidos y bien ganados, de los muchos que ciñen la frente del vencedor del «Ruicon, Santa-Ana y Gualegnay.»

No por eso Rosas desistió de sus proyectos: los aplazó para mas tarde. Puso á Oribe bajo las órdenes de Lopez, gobernador de Santa Fé, y le envió al interior de la República Argentina á pelear contra los que él llamaba unitarios, pero que no eran mas que infelices que se rebelaban contra su salvaje tiranía, y tan satisfecho quedó de este primer ensayo, que á los pocos meses le nombró general en jefe del formidable ejército que reunió en Coronda.

«Oribe como todos los instumentos de un poder sanguinario y feroz como Fouquier, Tallien, Carnot y demás procónsules y miembros de los *Comités* en la época del terror, correspondió dignamente á la confianza del moderno Robespierre, y si no se escedió en sus instrucciones como aquellos, llenó cumplidamente los deseos de Rosas. Con cabezas humanas aseguró el trono vacilante de su amo, y con cabezas humanas erigió un monumento de oprobio á su memoria.....

«Las provincias argentinas fueron asoladas; la sangre corrió á torrentes en los campos de batalla, y en las pacíficas ciudades.....»

En nuestro constante propósito de presentar á la execracion pública la repugnante figura de este monstruo horrible, de este hombre impuro, degradado, infernal, tenemos necesidad de echar mano de datos históricos, ya para apoyar nuestra propia opinion, sin que jamás pueda acusársenos de parcialidad, ya para borrar de una vez, si algun vestigio quedase aun de duda acerca de la criminalidad de este déspota, sin rival en los fastos de la historia, y para pulverizar, si decirse puede, las mentidas alharacas de sus panegiristas, fabricadas, escritas por el puñal de la *maz-horca*, ó bajo la servil impresion del oro.

Sí: no hay mas que recordar los horrorosos sucesos, las escenas sangrientas, las proscripciones, el vandalismo, los actos todos, públi-

¡Mueran los unitarios! — decian los asesinos.

cos y privados de este bárbaro, dentro y fuera del poder, para arrojarle de la sociedad, para lanzar una mirada de indignacion sobre su ensangrentada cabeza y negarle la hospitalidad. La tierra cristiana no puede recibirle en su seno: donde él muera, ha de abrirse forzosamente un abismo que le sepulte en su seno, para que ni polvo deje de sus abominables huesos.

Y téngase presente, que solo apuntamos una millonésima parte de sus maldades: ¿podria acaso la pluma describirlas todas? ¿habria corazon alguno bastante impasible para leerlas? Es cierto que nuestro libro no puede por su especialidad prestarse á ello; pero aunque escribiésemos simplemente la historia de los *Veinte años*, no bastarian cien volúmenes para enumerar sus maldades: sus crímenes pueden contarse por los minutos, que componen esos cuatro lustros de negra memoria, y quizá nos quedamos cortos, porque el hombre que pudo cebarse de ese modo con sus semejantes, era preciso que desde que nació, no hubiera concebido ni por un instante la idea del bien: debia forzosamente ser un aborto de la naturaleza, una fiera horrible, especial, incomparable, que la humanidad entera debiera perseguir hasta su total esterminio.

Pero la providencia es justa: los arcanos de Dios son impenetrables; y en la existencia de este réprobo tenemos una palpitante prueba. ¿Cómo ha podido resistir este malvado al terrible anatema que de polo á polo se ha lanzado sobre él? ¿Cómo pudo salvarse á su caida y hallar asilo en país alguno? ¿Cómo le mirarán donde se halle? ¿Tendrá amigos? ¿Cual será su fin?

He aquí en nuestro concepto la justa compensacion, el providencial castigo.

Su vida era corto precio para compensar los millares de vidas que sacrificó su crueldad; y la providencia se la reservó para que contára los instantes de tortura por los de su relegacion, para que espiara con los remordimientos sus imperdonables delitos.

Pues qué: ¿nada vale esa reprobacion contínua, esa indignacion general, esa maldicion, que miles de miles de familias lanzarán diariamente sobre su cabeza? ¿Qué dice, que dirá el escritor al hablar sobre cualquier acto de su dictadura, ó al pronunciar solo su nombre? No queremos contestar nosotros: escrito está: no hay mas que leer

hasta los mismos artículos sobre estos sucesos que en la Revista de Ambos Mundos publicaron sus antiguos amigos, cuando estaba aun en el poder; y por ellos se podrá juzgar lo que debiera decir otro escritor imparcial.

Pero la pluma ha corrido demasiado sobre consideraciones, que ningun corazon sensible puede resistir al contar los abominables actos de este hombre, que no pueden hallarse términos bastantes espresivos, bastante adecuados para calificarle.

Reanudemos otra vez el interrumpido hilo de nuestro drama y retrocedamos al año 35, para seguir la varia fortuna, las desgracias diversas de nuestros héroes y demás personajes que han sufrido por causa del órden, de la libertad y de la justicia.

CAPITULO XXXIII.

EL TUMULTO.

Que fué acompañada la elevacion de Rosas de sangrientas ejecuciones, de destituciones en masa, de escepcionales y despóticas medidas, hemos dicho y repetido ya en uno de los anteriores capítulos; y esto mismo tendríamos que decir y repetir á cada paso, porque no amaneció un solo dia desde su encumbramiento, sin que dejáran de realizarse unas y otras.

Y para obrar con todo desembarazo, para hacerse obedecer sin trabas é instantáneamente, resuelto á establecer una rigurosa unidad en su despotismo, «suprimió el ministerio de la guerra y estableció directas relaciones, no solo con sus generales y jefes de cuerpos, sino hasta con los subalternos de ellos, organizando un espionage mútuo destructor de toda confianza (1),» pero favorable á su propósito.

Era uno de los primeros dias de junio del año 35, en que una órden, privando de los derechos de ciudadanía á todo aquel que no probase ser *federal*, ó lo que era lo mismo, «ser adicto á su sistema,» habia atrai-

(1) Rivera Indarte.—Rosas y sus opositores, cap. 15, pag. 218.

do á las plazas y sitios públicos mas concurrencia que de ordinario y aumentado con doble motivo las patrullas de maz-horqueros, que encarcelaban é insultaban á su antojo á cuantos habian á las manos.

Las cárceles y cuarteles se llenaron desde este dia de presos políticos, inocentes y honrados ciudadanos por supuesto, pero que como aun no habia desplegado el déspota toda su furia, no podian menos de reprobar y comentar familiar y furtivamente tales abusos y tropelías, que jamás habian esperimentado.

Desde luego, que nuestros conocidos Manuel y Benito no podian faltar á la fiesta, ni ser tampoco de los mas reservados y parcos en los comentarios, efecto de sus pocos años y de su grande entusiasmo por la libertad de su patria.

Formando estaban un grande corro en uno de los ángulos de la plaza del *veinticinco*, cuando se aproximó un desconocido, que sin decir palabra se puso muy serio á escuchar la conversacion.

—¿Qué hay?—le dijo el atrevido Benito al reparar su innoble facha.

—¿Qué? ahora mismo vais todos á ser encerrados en un ponton.

—Pero, ¿tienes muchos compañeros que te ayuden?

—Ahora lo verás.

El desconocido echó á correr, como para llamar á otros en su ausilio.

—Aguarda, lebrel, que yo te ayudaré...

—¡Calla, diablo! ¿Es posible que no puedas sujetar esa maldita lengua?—le dijo Manuel.

—Me gusta: no faltaba mas...

—Hombre...¿ya sabes si ese será algun maz-horquero, ó verdugo, que cumpla su promesa, mejor que tú las tuyas?

—Señores;—interpuso otro de los circunstantes;—aquí el único partido que debe tomarse, es partir cada uno por su lado;—y dando media vuelta tomó una de las boca-calles que daban á la plaza.

—¡Gallina!

—Hace muy bien, y yo añado á mi vez, señores, que sigamos todos su ejemplo.

Manuel tomó á su compañero Benito del brazo y quedó dispersado el grupo, que seguramente no hubiera tardado mucho en ser puesto á buen recaudo.

—Adios, Adolfo.

—Hola, chicos: ¿á donde vais?

—Vente, y no hables ni una palabra mas.

—¿Pues, qué hay?

—Calla, y síguenos.

—Siempre el mismo, Manuel: siempre el mismo: pareces un *Dómine*, un abuelo que siempre está regañando,—contestó Adolfo riéndose.

—A que empiezo á golpes con vosotros.

—Vamos, vamos, Adolfo; que este en empeñándose...

—¿Pero, á dónde hemos de ir?

—A mi casa y no admito contestaciones.

—¿Sabes lo que nos ha pasado?

—Podria saberlo fácilmente si tuviera el don de adivinar; pero por vuestras esplicaciones, de seguro estaria á oscuras hasta el dia del juicio.

—Oye, Benito: ¿vamos á echar unas copas?

—No hay copas: á mi casa he dicho.

—Anda gruñon, casca-rabias, suegra.

Nuestros divertidos compañeros siguieron el prudente consejo de Manuel, y á los diez minutos entraban por la puerta de su casa tarareando una contradanza.

—¡Eres feliz, Adolfo! pero seguramente no estarias tan alegre si hubieses visto la órden que ha aparecido hoy.

—¡Bah! Me tienen sin cuidado las «órdenes:» mientras no pasen de órdenes, yo contestaré muy sério con mi favorita fórmula de... «obedézcase, pero no se cumpla.»

—No se cumpla ¿eh?—Eso seria bueno en un país donde se respetaran los fueros, usos y costumbres de antiguas otorgaciones; pero en un pueblo donde no rige ninguna ley, donde el puñal arranca los votos de los ciudadanos, donde no hay ciudadanos, ni hombres, sino esclavos míseros y débiles, que sufren resignados la afrentosa coyunda, donde el criminal alza su frente para hacer bajar la vista á la honradez y á la virtud; donde todo esto sucede y donde impera el despotismo mas bárbaro, ¿qué podrá hacerse?

—Ante el cuadro que acabas de pintar, no queda otro medio que

postrarse de hinojos ante la negra efigie del Dictador, revestirse de la hipocresía que imprime la degradacion , y abdicar los derechos de hombre,—contestó Adolfo formalizado.

—Gracias á Dios, que sin pensarlo, has trazado el porvenir que nos aguarda.

—Si continuas la conversacion, será preciso hacer el acto de...

—Y no estará de mas, como no trates de atar la lengua.

—Pero, ya que tan formal eres, cuéntame lo que os ha pasado.

—¿Qué ha de ser?—Ese majadero no quiere creerme y el dia que menos se piense le fusilan, ó le degüella la maz-horca en una calle. Estaba la plaza llena de gente con motivo de esa bárbara órden de que no podrá ejercerse empleo alguno público , sin haber acreditado antes ser «federal,» y al llegarse un maz-horquero, al parecer, al corro donde estábamos, empieza á insultármele ese hablador. Por supuesto que ha tenido la suerte de encontrarse solo aquel asesino, que si desgraciadamente pasa por allí algun otro, no se escapa.

—Cuidado, Benito: yo no sé lo que hay porque no he salido hasta ahora; pero han dicho en mi casa que esta noche han hecho muchas prisiones.

—Pues á tí tambien te comprende la órden: dispónese además, que no puedan obtenerse grados en medicina ni leyes, sin haber cumplido este requisito.

—¿De veras?

—Como lo oyes : y esto es lo que me tiene de mal humor, porque, ya ves; ¿cómo pruebo yo que soy federal, ni cómo he de probar que soy adicto á Rosas, cuando ha puesto preso á mi padre por unitario?

—Sin embargo, yo no lo hallo difícil. En mi concepto es muy lógica la mira de Rosas.

—Esplícala.

—En muy pocas palabras: en primer lugar escluir de los ejercicios honrosos y lucrativos á lo principal de la poblacion , ó en otro caso obligarles á fingir adhesion, aparecer odiosos á la gente sensata que le detesta y debilitar á sus enemigos, introduciendo la desunion: en segundo, obligarles á comprar falsos testimonios de los maz-horqueros, y abrir con ello un vasto campo á un escandaloso tráfico que alhague

á esos miserables y les anime á continuar cada vez mas acérrimos y á defender su causa con mayor interés, puesto que es su interés mismo.

En este momento se oyeron voces en la calle como de amotinados, y se asomaron todos á la ventana. Eran varios grupos de jóvenes y otras personas que trinaban por tan despótica órden. Era propiamente una rebelion pasiva.

No se atrevian por supuesto á hacer una manifestacion hostil; porque sabian demasiado todos, que el que lo insinuare, no dormiria probablemente en su cama aquella noche, si es que no era fusilado en el acto.

En fin, llámese descontento, llámese tumulto, es lo cierto que la opinion pública se pronunció,—como no podia menos de pronunciarse,—contra tamaña insolencia, que solo un ser envilecido y depravado podia cometer.

Rosas acababa de arrojar el guante á todo un pueblo; y la maz-horca quedaba encargada con el puñal de dar satisfaccion cumplida al que se atreviera á recogerle.

Un solo poder legal podia poner á raya su desenfreno; pero este perdió completamente su prerogativa desde que se humilló en el «Alto Redondo.»

La Sala de Representantes habia concedido al tirano el poder absoluto, sin trabas y con facultades omnímodas, que él tradujo luego y bautizó con el inapelable fallo de «Suma del Poder Público.» Además la maz-horca estaba esparcida por todos los ámbitos del venerando asilo de las leyes, para amenazar al que intentase siquiera contradecir al «ilustre Restaurador.»

Anulada así la tribuna, no quedaba otro palenque donde combatir que la prensa; pero esta tambien habia perdido su libertad casi por completo desde que el general Viamont resignó forzado el gobierno, y el usurpador acabó de asestar el último golpe, haciendo del ejercicio de impresor un monopolio de sus agentes. No solo fué prohibido discutir sobre asuntos políticos, sino sobre ciencias, artes y aun sobre cuestiones particulares. Nadie, sin previo acuerdo del dueño y señor de vidas y haciendas, podia escribir una sola línea: hasta los elogios que le hacia tributar la maz-horca, no podian imprimirse sin solicitar su venia, á fin de cortar por este medio todo pretesto, toda escusa que pretendiera alegarse.

Mas de dos horas habian trascurrido desde que nuestros amigos empezaron su filosófica discusion sobre los sucesos del dia. El descontento cundia cada vez mas, á medida que la noticia se iba propagando. Los grupos crecieron: las calles y plazas estaban cuajadas; pero no tardó mucho el tirano en sofocar el descontento.

Tambien habian ido á aumentar el número los tres jóvenes que no pudieron contener la curiosidad de Benito.

—Esto es insufrible,—decia poco despues Benito formando otro corrillo:—esto es insufrible.

—Y mi padre, que lleva treinta y tantos años de empleado, que no tenemos otro porvenir, que todos los gobiernos le han respetado por su probidad;—contestó otro amigo que estaba al lado de Manuel.

—Tu padre es viejo, será una escepcion: ¿cómo se han de atrever?..

—No: no se atreverán; se han atrevido ya: hoy mismo le han dado la órden que ha de cumplir con lo dispuesto como los demás. No hay escepciones.

—Bien; pero esa misma probidad y honradez que le han abonado siempre, servirán ahora para respetarle, y no le será difícil hallar recomendaciones.

—¡Mueran los salvajes unitarios!—gritaba una turba de asesinos que acababa de entrar en la plaza, con el puñal en una mano y la verga en la otra.

—Ea, chicos; aquí no estamos bien: Benito, Adolfo, seguidme.—Sobre todo procurad ocultaros para que no os tomen la filiacion esos cafres..... ¡calla! ¿llevan presos todos aquellos?... ¡hay mas de doce! ¡Ah! ¡pueblo americano! ¿qué se hizo de tu antiguo entusiasmo?....

CAPITULO XXXIV.

PARTIDA Y ENCUENTRO.

El capitan Enrique habia determinado partir para Santa Fé, que habia sido la idea de su primer viaje desde la quinta de Martin. Le interesaba vivamente saber noticias de su padre y del de Aurelia. Habian transcurrido mas de dos meses y ningun mensage habia recibido. Lo mismo habia acontecido tambien al coronel Mendez y al general Viamont. A nadie podia achacarse la culpa; pues funestos acontecimientos habian impedido las relaciones epistolares entre el grupo de familias nobles y honradas, que, cual hermosa y fragante flor en un vasto erial, descuellan en el curso de nuestra novela.

Habia mediado una noche desde el hallazgo de Aurelia Rayghen recelaba, y no sin motivo, de la partida de sus queridos huéspedes, y fraguaba un medio para poder detenerles aunque conocia que su empeño seria inútil, que todos sus esfuerzos serian vanos. Levantóse muy de mañana, y sentóse á la entrada de la toldería, como para refrescar su mente, que bien lo necesitaba despues de haber esperi-

mentado tan estrañas y diversas sensaciones. Aquella alma sencilla y sublime hubiese querido separarse y unirse al mismo tiempo á aquellas dos almas que vivian lo mismo que ella, bajo la influencia de las ilusiones mas puras y de los sentimientos mas tiernos é íntimos.

Enrique estaba espiando el momento para comunicar á Rayghen un pensamiento que habia concebido desde el momento que supo la historia de esta. Enrique queria llevarla consigo; porque le apesadumbraba que aquella mujer tan generosa y tan bella quedase abandonada entre las soledades, arrastrando una existencia oscura en el fondo de un valle, y á merced de salvajes.

La situacion de hallarse sola la fingida india, no podia ser mas propicia; y así la aprovechó nuestro enamorado Enrique sentándose al lado de su hospitalaria amiga.

—Perdóname, no me atrevo á interrumpir el curso de tus melancólicas ideas, de tus meditaciones, y de tus pensamientos sublimes.

—¡Enrique! tú jamás puedes interrumpirme: bien te he manifestado que tus palabras me son muy gratas; creo que en el poco tiempo que me conoces, habrás podido comprenderme; te he comunicado mis mas recónditos secretos, te he descrito mi vida sin doblez ni fingimiento. Solo exijo de tí que me trates con la misma naturalidad y franqueza con que te he tratado.

—He nacido con alma abierta, y la carrera que tengo ha venido á añadir aun mas franqueza á la franqueza que me dieron mis progenitores; y así ya que he merecido ser poseedor de los secretos de tu corazon, quisiera que en cambio aceptases la oferta que voy á hacerte, con qué ¿puedo contar con tu asentimiento?

—No acostumbro capitular hasta que estoy bien enterada de las condiciones; porque así me queda siempre el recurso de una retirada honrosa.

—Diestro general eres, querida amiga: se conoce que has tenido que uchar con amigos y enemigos.

—Aunque cuento menos años que tú, he recibido, sin embargo, de las desgracias, muy amargas, pero elocuentes lecciones que dá la esperiencia.

—Así bien pueden llamarte la Minerva de los desiertos americanos.

—¡Enrique! ¡Enrique! lisonjas á un lado, y al asunto.

—Pues bien: hoy mismo me marcho porque quiero continuar mi interrumpido viaje; tengo bajo mi cuidado á mi adorada Aurelia, y quisiera apartarla de estos montes y llanuras, porque á ella y á mí nos son fatales.

—¡Enrique! ¡Enrique! ¿Tan mal te he tratado, y tan poca compasion te causo que quieres alejarte de aquí, cuando apenas han pasado algunas horas desde el hallazgo de Aurelia? ¿Nada te dicen los peligros que quizás te aguardan al atravesar de nuevo las montañas que dirigen á Córdova? Es preciso que tomes esta determinacion con mas calma; pues al presente me parece muy poco meditada.

—¡Poco meditada! ¡ah! no lo creas; te aseguro que la he pesado mucho; pero aun no me has dejado concluir y estender á tu vista todo mi proyecto.

—Es por cierto un plan bien pronto trazado; es la simple resolucion contenida en dos palabras, á saber: quiero marcharme y no hay voluntad por poderosa que sea que pueda detenerme.

—Sí, mi resolucion es irrevocable, es la misma que la de Aurelia; pero tanto ella como yo queremos que nos sigas, no queremos dejarte de ningun modo aburrida en estos lugares; queremos que nuestro destino sea el tuyo, queremos manifestarte en algo nuestro profundo amor y agradecimiento; pues te somos deudores de nuestras vidas; y si alguna vez coronamos nuestra pasion con el título de esposos, deseamos que la mujer que tanto ha influido en nuestra suerte, nos acompañe hasta el último momento. ¡Rayghen! no vaciles; acepta, pues de lo contrario me consideraré desairado, y serás autora de las lágrimas de Aurelia, y me afligirás en el alma.

—Enrique, tienes un alma muy bella y el corazon de un completo caballero: agradezco infinito tus finezas y las de tu amada; pero me es imposible aceptar vuestra oferta. Si tan firme es vuestro propósito, marchaos; que yo debo de quedarme aquí; porque aquí está mi destino; puesto que aquí amé á un hombre y el corazon me dice que le espere.

—Tu imaginacion es quimérica en este momento. Tienes muchos criados; puedes dejar alguno de tu confianza, que sabiendo tu morada pueda avisarte con frecuencia de cuanto ocurra.

—No, no; me es imposible, no puedo aceptar.

—¡Oh! sí, debes aceptar! esclamó Aurelia que se presentó al momento, y que habia oido la última espresion de Rayghen.

—¡Ah! tú tambien te conjuras contra mí, hermosa, replicóla Rayghen, sentándola en sus rodillas.

—Sí, me conjuro; y debes obedecerme porque te amo mucho, muchísimo, desde que has salvado la vida á mi Enrique. Te debo lo que de mas querido para mí existe; pues devolviéndome á él, me devuelves la vida.

—¡Ah! que felices sois; mientras yo soy tan desgraciada: huid, huid, no de mí, sino de este valle; porque creo que hay en él algo de siniestro y terrible. ¡Ah! en este mismo sitio en que estamos sentados, le ví por primera vez. ¡Modesto! ¡Modesto! aquí tambien por primera vez me hablaste de amor: yo ¡necia de mí! te escuché y te ofrecí las primicias de mi pobre corazon.—Rayghen enjugó con la trenza de su cabello una lágrima imprudente que rodó por su mejilla. Aurelia la besaba y abrazaba con la mayor ternura. Enrique la miraba con el semblante aflijido. Modesto no merecia perdon por haber olvidado á aquella mujer incomparable.

Enrique repitió tomándola la mano:—Aumentar tu dolor en este pequeño desierto, es una imprudencia: debes separarte de tu tienda, de tus flores, de tu ganado, de todo objeto, en fin, que pueda hacer revivir en tí la memoria de un ingrato.

—¡Ah! quizá nos conjuramos contra él cuando habrá ya muerto. ¡Modesto del alma! no, no es posible; tú no has podido olvidarte de esta pobre mujer; de lo contrario, tus labios serian los mas traidores del mundo. Nuestros juramentos tan santos, tan divinos, tan llorados! ¿qué se han hecho? han sido como el humo, han desaparecido como una ráfaga, se los ha llevado Dios, porque la tierra los profanaba.

—No te aflijas, hija del infortunio; no te desesperes. El sol brilla con mas ardiente fulgor despues de la tempestad.

—Mi corazon no tiene ya ninguna esperanza.

—Pues entonces, ven á olvidar al hombre despreciable en el seno de nuestra amistad inalterable.

—No, no puede ser: no me arrancareis de estos sitios: no puede ha-

berme olvidado; yo le seré siempre fiel; porque tengo un corazon que solo puede amar una vez en la vida.

—Tu ausencia no impedirá el que en secreto le ames: nosotros mismos cuidaremos de averiguar cual ha sido su suerte, qué poderosos motivos ha tenido para obrar de una manera tan singular é impropia de un jóven bien nacido.

—No, no me atormenteis: es inútil; no quiero seguiros, quiero espirar de dolor y morir en la morada que formó en otros tiempos mas felices toda mi delicia.

—¡Rayghen! ¡Rayghen! por piedad, esclamaron conmovidos Enrique y Aurelia.

—Lo intentais en vano, afortunados amantes: vuestras súplicas son muy sinceras, pero la voz de la pasion y de la conciencia me encadena aquí, aquí donde estoy,aquí, repitió besando la pared de madera, delante la cual estaba sentada.

—Siento y sentiré eternamente tu obstinacion , continuó Aurelia.

—Esta soledad que os parece tan taciturna , tendrá ahora para mí un doble lenguaje; pues al del amor se habrá unido el de la mas acendrada amistad.

Enrique viendo que su oficiosa insistencia era de todo punto inútil, levantóse, y llamó á Andrés para que preparasen los caballos y estuviesen prontos á partir.

Rayghen, levantóse tambien con los ojos hinchados por las lágrimas, abrazó á Aurelia y Enrique, postróse ante ellos, y con el acento del dolor, les rogó por centésima vez que se quedasen algunos dias mas. Sus esfuerzos fueron tambien inútiles. Enrique y Aurelia debian marcharse sin pérdida de momento: habia llegado el instante de tomar una solemne determinacion.

Al cabo de un cuarto de hora, Andrés avisaba que todo estaba arreglado. La hermosa Rayghen dió un grito de desesperacion, estuvo por largo rato colgada del cuello de Aurelia; impedia el paso á Enrique, estorbaba la actividad de los criados. Por fin, se dieron el postrer abrazo con Enrique y el último beso con Aurelia; regaló á ésta un hermoso collar de perlas y á aquel un magnífico cuchillo de monte.

Un adios ahogado por dos sollozos, fué la última palabra que salió

de los labios de aquellas tres almas amigas, mas que amigas, hermanas, y mas que hermanas, amantes.

Juan servia tambien esta vez de guia; pues Rayghen habia querido que les acompañase hasta Santa Fé junto con otros dos criados.

Nuestros viajeros volvieron la cabeza al terminar el camino del valle, y aun vieron á la bella Flor que agitaba su mano en señal de despedida; poco despues se internaron por la montaña, tristes y silenciosos á causa de haber tenido que abandonar á la que con tanta generosidad y cariño les habia tratado.

Nada notable ofreció su viaje, amenizado con animados diálogos, agitado por los contínuos temores de que no se repitiesen las escenas anteriores, pesado por lo muy escabroso y difícil del terreno que tuvieron que atravesar. Por fin, llegaron sin novedad á Córdova.

Al pasar nuestra comitiva por una de las plazas de aquella ciudad, el capitan Enrique reparó en un hombre de tez morena, negros ojos, largo bigote y elevada estatura, que cogido del brazo de una señora, le miraba con cierta curiosidad: movido igualmente por la misma picó al caballo y se arrimó al personaje. ¡Velazquez! ¡Enrique! fueron los dos nombres que resonaron en la plaza, y que llamaron la atencion de los transeuntes y llenaron de admiracion á las bellas damas.

—¡Enrique! que dichoso soy en encontrarte despues de tanto tiempo de ausencia, esclamó Velazquez.

—Yo no lo soy menos, querido Antonio, replicó Enrique.

—La casualidad ha hecho que hablase al General Viamont en Buenos Aires.

—¡El general Viamont! ¡mi padre! esclamó Aurelia.

Enrique tomó en seguida la palabra y señalando Aurelia á Velazquez, le dijo que aquella señorita era la hija del general que acababa de nombrar. Velazquez y su compañera la dirigieron un respetuoso saludo. Aurelia prosiguió preguntando por la salud de su padre y por su hermanito. Las contestaciones de Velazquez le fueron muy satisfactorias pues una sonrisa de placer se dibujó en sus mejillas.

El amigo de Mendez presentó su señora á Enrique y Aurelia manifestándoles ser bella brasileña, de quien se habia hablado por escritos á Enrique, resultando llamarse doña Rosario Melendez, hija de un rico propietario del Brasil.

Velazquez sacó al mismo tiempo una carta del bolsillo y la entregó á Enrique; abrióla este al momento, y ojeándola, leyóla en alta voz á Aurelia pues era del padre de esta; decia: «Queridos Enrique y Aurelia. Sea cual fuere al punto en donde os encontreis, pues por no haber recibido ninguna noticia vuestra lo ignoro, partid tan pronto como podais á Montevideo; porque me dirijo al mismo punto. Rosas ha vuelto á subir al poder, y Buenos Aires es un vasto cementerio, y un campo de cadalsos. Recibid, mil afectos y un millon de abrazos. Vuestro. El general Viamont.» «P. D. El dador es un amigo de Enrique, que encontrándose actualmente en esta, ha venido á visitarme, y me ha dicho que se dirigia á Santa Fé y luego á Montevideo. Me he valido de su condescendencia para que os entregase la presente.»

La lectura de este billete afectó sobremanera á nuestros viajeros que determinaron salir al momento para Santa Fé.

Velaquez y Rosario corrieron con dos criados de Mendez á buscar su equipage, alquilaron un par de caballos, y se juntaron nuestros amantes á los dos tiernos esposos. Velazquez pintó con muy negros, pero verdaderos colores, el estado de la capital argentina, y sin lance alguno desagradable llegaron felizmente á Santa Fé; desde donde les veremos muy pronto desaparecer, pues huian de la sorda persecucion del sanguinario Juan Manuel.

El criado de Rayghen que les habia servido de guia, se despidió de ellos, no sin haber recibido antes mil tiernos recuerdos para su dueña, la Flor del Valle. Así, mientras el hacha separaba cabezas del tronco humano, y el puñal arrancaba del pecho corazones, el cetro del amor regia bajo un mismo techo los trabajosos destinos de Velazquez y Rosario, de Enrique y Aurelia.

CAPITULO XXXV.

HORAS DE AMISTAD.

Te estoy viendo y dudo todavía que seas tú, Velazquez;—decia Enrique á su amigo con quien departia en una de las salas de su casa, donde se habian hospedado interinamente en Santa Fé.

—Pues no creo que sea una sombra, querido Enrique, contestó Velazquez.

—Al contrario, eres una realidad; te conservas tan buen mozo como siempre, un bizarro capitan de granaderos.

—Cumplidos á un lado, galante Mendez, ya sabes que á mí me gusta la franqueza del soldado.

—Y no me queda duda que tu franqueza habrá sido causa de hechizar á tu bella compañera; á tu amable Rosario. Vamos: te has acreditado de ser hombre de gusto: es una jóven lindísima, y á fé á mia ¿qué no aciertas lo que le dá mas gracia?

—Para mí toda ella; porque toda ella es para mí un conjunto de hermosura; estoy como un niño, me tiene embobado.

—Se lo merece, querido, se lo merece.

—Pero dime, ¿que es lo que mas la agracia?

El lunar que tiene en la mejilla derecha: ¡ah! es un nido de amores.

—Tienes razon; y á fé que segun me parece, la has mirado con bastante detenimiento, ó con esmerado interés.

—Ya sabes que siempre he sido voto en materia de damas. ¿Te acuerdas de cuando nos dedicábamos á los poéticos estudios sobre el corazon de la mujer?

—En tanto me acuerdo, como que al enamorarme de mi Rosario, hacia siempre aplicacion de tus teorías.

—Vaya, buen muchacho, ya veo que te acuerdas de tus amigos.

—Y tú, gran zorro, ¿desde cuando has recibido el nombramiento de primer jefe de esa espedicion?

—Ya estrañaba que no te se soltase la lengua sobre el particular.

—¡Ah! con que me has comprendido...

—Me he dedicado á desentrañar tus pensamientos, y á estudiar tus teorías.

—Has empleado el tiempo muy mal.

—Al contrario, lo he empleado muy bien; porque francamente un hombre como tú puede servir de modelo.

—Ya quieres burlarte de mí, ¿no es cierto? pues te desafio á una botella de Champagne.

—Uso de la palabra modelo, para manifestarte la admiracion que me causa esa metamórfosis que se ha operado en tí. Antes renegabas de las mujeres; hacias cruces cuando te hablaban de matrimonio, llevabas siempre al retortero media docena, y acababas por dar calabaza á todas y no enamorarte de ninguna. Y ahora; ja, ja, ja... deja que me ria, pareces un colegial; estás hecho un cadete.

—Compañero de glorias y de fatigas, no hables muy alto; porque tambien tienes el tejado de vidrio.

—No digo que no; pero sabes muy bien, que nunca hablé tan mal de ellas como tú.

—Pues ahora las bendigo á todas en la persona de mi esposa.

—Conozco que estás formando temerarios juicios acerca de mi viaje y de la compañía que me sigue.

—Seguramente será un secreto que no podrá revelarse, segun la reserva que guardas y que respetaré siempre.

—No, no es secreto, y menos para tí, con quien nunca los he tenido: la señorita á quien acompaño, como te dije, es la hija del general Viamont, bajo cuyas órdenes serviste en otros tiempos. Tengo el orgullo de haberla salvado la vida lo propio que á su padre. Mientras estuve enfermo por la herida que recibí en su casa, me cuidó con esmerado celo y asíduo interés; sentí su respiracion alterada por los peligros que me amenazaban: cada vez que me dispertaba, la veía á mi lado. ¡Ah! en aquellos momentos fuí muy feliz: el rubor coloraba sus mejillas y apenas se atrevia á dirigirme una mirada compasiva; mientras yo la dirigia miradas llenas de languidez, pero que reprimian en valde el fuego que habia encendido en mí: si deslizaba al acaso su mano entre las mias, yo no podia menos de estrecharla, y la sentia estremecer. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! en aquel instante me hubiera arrojado á sus piés, y la hubiera dicho: ¡Aurelia, te amo: te amo, te idolatro!.. soy tu esclavo: haz de mí lo que quieras; pero ámame, ámame, y me devolverás la vida; dame una esperanza, y te juraré fé eterna al pié de los altares. Pasó algun tiempo, y ya empezaba mi convalecencia. Entonces salia á pasear con su padre y ella, por el bosque de la quinta de Martin, persona muy ilustrada, íntimo amigo de su padre. Cierta tarde, no pude contenerme, y en un momento de entusiasmo, la confié mi amor. ¡Ah! me acuerdo como si ahora estuviese á mi lado; estaba encantadora, cuando se abrieron sus labios de rosa para decirme que era correspondido. Desde entonces pasaron las horas con demasiada rapidez. Su padre habia sido propuesto de nuevo para presidente de la república; pero la perspicacia del sabio Martin leia en el porvenir, y recelaba con mucho fundamento por nuestra vida, pues temia las maldades de Rosas. No se equivocó por cierto. Lleno de prevision aconsejó al padre de mi Aurelia que nos mandase á Montevideo en compañía de algunos criados, entre ellos el fiel Andrés. Como te dije ayer, la desgracia nos persiguió bajo diversos aspectos desde que salimos de Buenos Aires. Por fin he tenido la dicha de volverte á abrazar completamente feliz; mientras yo aguardo el momento de realizar mis proyectos, de los cuales no es el menos interesante el poder unirme con Aurelia para siempre. Hé aquí en

resúmen el último episodio de mi vida, que hasta el presente merece alguna atencion: no dudo que la tuya ofrecerá mucha mas variedad desde el momento que tuve el disgusto de abandonarte.

—No creas, querido Enrique, que sea muy halagüeña; pues he sufrido disgustos de consideracion, que pensaba me conducirian á la tumba.

—Cuenta, cuenta, Velazquez, pues anhelo saber todas tus aventuras.

—Atiende pues.—Cuando nos separamos los cuatro amigos, parecióme que mi vida habia mudado completamente, me faltaba la mitad de ella que era vuestra amistad, y principalmente la tuya, Mendez, pues siempre te he profesado un especial cariño por ser mi amigo de la infancia, y sin haberme tenido nunca de arrepentir en honrarme de ello. Acordábame siempre de aquel refran «si encuentras un buen amigo, puedes llamarte dichoso,» pues amigos verdaderos en el mundo se hallan pocos. No creas que te halague, no sé fingir. Incorporéme al regimiento y aunque encontré compañeros bastante amables, sin embargo, no trabé con ninguno de ellos la íntima amistad que con vosotros mediaba. Apenas habia transcurrido un año, cuando la imprudencia de cierto oficial, que se las pegaba de valenton, me obligó con sus insultos á un lance desagradable. La partida fué al sable; el punto un campo algo separado de la poblacion, llamado «llanura del estravío.» Despues de batirnos en regla por largo rato, pues el mozuelo era algo ducho, favorecióme la suerte mas bien que la destreza: peguéle un corte y dasarmele. A muerte habia sido empezado el duelo; pero no quise mancillar mi nombre con una accion villana, y así fué que le perdoné la vida; dióme una completa satisfaccion y nos retiramos amigos. La fama de haber vencido uno de los mas diestros espadachines se estendió con tanta rapidez, que ya me parecia que todo el mundo me señalaba con el dedo, y el jefe del cuerpo, que era tambien valiente, me habia tomado ojeriza ó me tenia envidia.

Me atufé, solicité el pase á otro cuerpo, y se me permitió entrar en el batallon de cazadores brasileros en el que felizmente serví, hasta que recibí noticias fatales de mi familia. Escribióme mi hermana que mi padre habia caido gravemente enfermo, y pedia por su Antonio: los deseos de un padre en ocasion tan solemne eran para mí mas sagrados que los deberes que me retenian en las filas. Obtuve licencia y

partí lleno de dolor á mi casa, algo desconfiado, pues recelé que mi padre no hubiese muerto: afortunadamente vivió algunos dias, y pude recibir su último suspiro. De nuestra numerosa familia, solo quedaba la hermana que me habia escrito, Teresa, y otra hermanita menor llamada Guadalupe; yo por muerte de mi hermano mayor pasé entonces á ocupar el lugar de primogenitura. Mi padre al morir dejó bastantes deudas y tuve que venderme la mitad del patrimonio, aprovechando la mitad restante para hacer frente á las necesidades de mis apreciables hermanas.

Durante la enfermedad de mi padre, frecuentaba la casa un jóven, que segun pude colegir tenia relaciones amorosas con mi hermana mayor. Era y es un completo caballero, me pidió la mano de esta, y no dudé en otorgar mi consentimiento, pues conocí que ambos se tenian una verdadera pasion. Tambien en aquella sazon era visita de mi familia la del padre de Rosario. Esta jóven solicitada por su belleza y buena fortuna, de la mayor parte de los jóvenes de la poblacion, no habia merecido amor ninguno de ellos, ser mirado con muestra de interés ó marcada inclinacion. La casualidad de haber muerto mi padre y de ser íntima amiga de Teresa, hizo que nos empezásemos á tratar desde un principio con bastante intimidad. Si tengo de hablarte con franqueza, desde el instante que la ví por primera vez, me causó una impresion muy agradable, que no creí fuese el preludio de una pasion ardiente. Rosario por su parte no hacia caso de ciertas habladurías de gentecilla, que empezaba á decir que si el corazon de la hermosa brasileña se habia ó no ablandado. El alma de mi Rosario está demasiado encumbrada para pagar tributo á esa clase de pequeñeces. El luto que llevaba mi familia, parecia haber influido tristemente en el corazon de esta jóven. Mi hermana no asistia á ningun paseo, no iba á reunion alguna, y sus aspiraciones se reducian á amar á Juanito, que así se llamaba el jóven á quien tenia interés, y su ambicion de ser correspondida por este. Teresa, ya fuese por simpatía, ya porque mi esposa le hablase de mí, el caso era que cuando se le presentaba ocasion favorable, me hablaba de Rosario. Yo saboreaba en su conversacion, y ella conocia con gusto que su inseparable amiga no me era del todo indiferente. Pór la noche jugábamos á la Aduana por distraernos. Yo seguia siempre el azar de Rosario; ésta por su parte

hacia lo mismo. Nada mas á propósito para prólogo de amores, que esos juegos inocentes que permiten formar pequeñas sociedades y que establecen la comunicacion por medio de sonrisas y miradas que mas de una vez encienden la primera chispa del cariño.

Los juegos se repetian, las miradas se cruzaban con frecuencia; las palabras se entrecortaban; los dedos se tocaban al dar las cartas, las inocentes pisadas daban motivo á pedir mil perdones. Al cabo de algunos dias, deseaba que las veladas fuesen eternas. Alguno que otro dia me valia de cualquier escusa para acompañar á mi brasileña, cuando venia á buscarla su padre á la hora de retirarse, hora en que tambien se despedia Juanito.

Aquella mujer me infundia respeto. Velazquez, tu amigo Velazquez, Enrique, que antes hubiera ensartado media docena de declaraciones á guisa de capitan, ahora temblaba como un azogado. Aquella mujer, que era para mí una aparicion fantástica, me intimidaba; mil veces habia asomado á mis labios la dulce frase de «os amo, hermosa, os amo;»—pero otras tantas habia retrocedido por temor de ofenderla. Por fin, una noche en que la lluvia corria á torrentes, en que mejor se estaba junto á la chimenea que alrededor de la mesa de juego, mi hermana y su amante se arrimaron á ella; Rosario y yo nos quedamos sentados en un sofá. La lámpara que ardia en aquellos instantes, disminuia la luz de mis ojos, que segun me miraba debia ser una llama de amoroso incendio.—¡Rosario! ¡Rosario! la dije; perdonadme, pero no puedo resistir.—Qué os pasa, Velazquez, contestóme ella.—¿No lo conoceis? no os lo dicen mis miradas?—Vuestras miradas dicen mucho, repuso, pero vuestra lengua es muda.—¡Ah! ¿con qué me dais permiso? y sin aguardar contestacion, arrimé mis labios á su oido.—Casi besé su cabello, y murmuré:—¡Rosario del alma! mi corazon os pertenece para siempre. Rosario me contestó con una mirada indefinible, y despues de algunos segundos, me dijo con misterio.—¡Velazquez! tambien os amo; porque oigo una voz oculta que me dice que el hermano de Teresa tiene un corazon de fuego, y profesa la fé de los nobles caballeros. ¡Enrique! aquella hora era la mas afortunada que habia sonado en mi existencia. Aquella misma noche determiné pedirla á su padre y darla mi nombre. Entonces fué cuando te escribí la última carta, cuya contestacion aun conservo.

Al cabo de once meses el sacerdote del Señor bendecia á dos jóvenes parejas; la una era Juanito y Teresa; la otra Rosario y tu amigo Velazquez.

Algun tiempo despues supe que habia muerto mi tio en Buenos Aires y que me habia nombrado su universal heredero; dejé á mi hermosa Guadalupe en poder de Teresa, y partí en seguida para la capital de la República argentina. Cuando llegué mandaba ya el tirano Rosas; pedí mi herencia y me fué negada, llegando hasta el punto de tener la desfachatez de amenazarme; porque en Buenos Aires no hay en la actualidad tribunales que administren justicia; solo hay verdugos mercenarios, que obran segun el antojo de su señor, formando de la ambicion razon de estado, embruteciendo lo mas sagrado y divino, y fabricando ominosas cadenas para el pueblo honrado.

Velazquez acabó su historia. Enrique pasóle el brazo por el cuello, en el momento que entraron Aurelia y Rosario cogidas por la cintura. Las dos amantes acababan tambien de contarse sus respectivas historias que guardaban una completa semejanza con el diálogo que habia tenido lugar entre los dos amigos.

Apenas acababan de saludarse aquellos cuatro corazones leales, cuando entró Remigio azorado, gritando: ¡Mi amo! ¡mi amo! ¡están aquí, están aquí!—Pero quienes son los que está aquí?—preguntaron á un tiempo Enrique y Velazquez.

—¿Quienes han de ser? contestó Remigio, son los de la maz-horca, los asesinos de Rosas, que prenden y matan á todos los que de una legua huelen á unitarios.

Segun se asegura por la ciudad el gobernador ha recibido órden terminante de Rosas, en que exige, no solo la prision de los unitarios de Buenos Aires que se hubiesen refugiado en esta y las otras provincias, sino su remision, en la inteligencia que la órden comprende tambien á todos los que infundan recelos de ser unitarios; porque el Tirano dice, que los unitarios deben ser esterminados; y que sean del punto que fueren, no se les debe guardar el derecho de nacionalidad. Esto es lo que se ha dicho y circula hoy por la ciudad, con motivo sin duda de esa cuadrilla de maz-horqueros que ha mandado Rosas.

Con que así; vámonos pronto: señores, por Dios vámonos, pues de lo contrario nuestra vida peligra.

—Pues bien, replicó Enrique; mañana por la mañana partiremos para Montevideo: ¡Dios te salve, desgraciada patria mia!—Dios nos guarde; contestaron todos, sentándose horrorizados!

Enrique y Antonio cambiaban palabras llenas de furor y despecho. Aurelia y Rosario lloraban, la una por su padre y hermano, la otra porque temia el carácter violento de su esposo, y trataba de ablandarle con su dolor. Así eran perseguidas aquellas cuatro almas cubiertas por el escudo santo de la amistad. Esta las fortalecia, las animaba, hacia, en una palabra, que las amargas horas de prueba se convirtieran en horas de placer, en momentos de felicidad, en rasgos de abnegacion y heroismo.

CAPITULO XXXVI.

SANGRE Y TERROR.

Pocos meses despues de haber aparecido la tiránica órden, que dió lugar al tumulto de que ya hemos hablado, amaneció uno de esos dias de luto, que dejan en la historia eternos é indelebles vestigios de sangre y de terror; dias fatídicos, en que el genio del mal levanta su aterradora guadaña y cubre con sus negras alas el luminoso disco, estendiéndose un velo mortuorio por toda la celeste cúpula, como para simbolizar con ello, que los malvados no pueden ser partícipes de la divina luz, ó que el ángel de las tinieblas no puede abrir sus ántros ni desencadenar sus furias del averno sino en la oscuridad.

Tal era el dia que habia elegido Rosas para atemorizar á la capital de los argentinos, con la horrible matanza de centenares de infelices é indefensos indios, de ambos sexos y de todas edades, arrancados de sus tolderías para servir de holocausto.

Bien pronto se esparció el pánico por todas partes. Temerosas y afligidas, ocultaban las madres sus tiernos hijos, para librarlos de la furia del nuevo Herodes: los hombres corrian horrorizados y confusos

al ver ciento diez cadáveres en la plaza del retiro: las jóvenes se desmayaban al pasar por delante de sus casas los carros de muertos, ó los grupos de víctimas que llenaban los aires con espantosos alaridos. —Cualquiera hubiese dicho al presenciar cuadro tan desgarrador, que habia sonado la terrible trompeta del juicio final, ó que habia comenzado la nueva era del esterminio y de sangre.—Las calles estaban llenas de turbas de degolladores remangados hasta el codo, con las manos y brazos teñidos de inocente sangre: si alguna madre se asomaba á la ventana para acechar la furia de los asesinos, la enseñaban aquellos caníbales algun miembro que habian mutilado, un cadáver, ó la cabeza de algun niño indio que habian cortado en vivo.

El tirano consiguió su objeto: la ciudad quedó desierta: ni una sola persona se hallaba en parte alguna: los que no podian huir, se ocultaban en lo mas profundo de sus casas y no se atrevian á respirar siquiera por no ser habidos ó descubiertos.

Solo un coche atravesaba la calle de Representantes, y se dirijia al palacio episcopal. Era el ilustre prelado, que venia de implorar inutilmente el perdon de aquellas víctimas que ningun delito habian cometido. Pero el corazon del tirano no se ablandaba ni con los ruegos del venerable anciano, ni con el llanto de la infortunada viuda, ni con las lágrimas de la aflijida madre.

Impasible siempre, siempre inmutable ante la desgracia, las muertes cometidas á su presencia eran para él un divertido festin; y hasta hay escritor que afirma, que mas de una vez se ha divertido con los maz-horqueros, ayudándoles á cortar pedazos de carne de las víctimas ó asándolas en una grande hoguera preparada al efecto, comérselas por broma para hechar un *mate*.

El Obispo á su regreso halló algunas personas notables que habian mediado para que interpusiera su paternal influencia con el Tirano, á fin de librar la ciudad de tan horribles escenas, y que esperaban con ansia saber el resultado de su encargo.

—Señores, dijo el Obispo despues de reposar un momento,—imposible parece, imposible, que exista hombre tan temerario, tan impío: ¡Dios tenga misericordia de él! ¡Ah!... No puedo creer lo que he oido... paréceme un sueño... ese hombre no está en el pleno ejercicio de sus sentidos: el genio del mal se ha introducido en su cerebro y le priva

completamente de la razon y de la luz... Si el todopoderoso no mitiga su furia, le creo un dia capaz de acabar con toda la poblacion.

Los circunstantes estaban atónitos al oir las esclamaciones del ilustre prelado, á quien casi se le saltaban las lágrimas, cuando recordaba el ciego furor de aquel horrible déspota.

—¿Y no ha podido vuestra ilustrísima lograr al menos que no se les atormente?

—¡Ah! hijo mio; la dulzura es un medio seguro de desarmar la cólera, dice un gran moralista. Sin embargo hombres hay, de tal modo dominados por esta pasion, que la dulzura misma los irrita mas aun; pero si es cierto que la cólera «empieza por la locura y acaba con el pesar» como asegura un sabio, no lo es menos que la cólera oculta por mucho tiempo y alimentada en el fondo del corazon, produce la venganza, que es tanto mas cruel en sus efectos, cuanto mayor es el tiempo en que ha estado reprimida por la razon ó por la fuerza.

Pero la venganza tiene siempre por móvil á la vanidad, al orgullo; y esta pasion es en mi concepto la que ciega á este desgraciado, cuyas consecuencias serán mas temibles por la posicion especial que goza.

—Permitidme, ilustrísimo señor, que os diga, que las consecuencias no pueden ser duraderas, porque la sociedad argentina no puede tolerar tal insulto; porque insulto deben llamarse, á la civilizacion y á la humanidad, esos sacrificios humanos perpetrados sin motivo ante un pueblo cristiano, regido por leyes y por instituciones, que nadie menos que Rosas tiene derecho á hollar.

—Bien; pero para destruir una nacion, ó todo un pueblo, basta solo un minuto de venganza; y á esto iba á parar mi raciocinio.

Decia, pues, que los efectos de la venganza son mas temibles á medida que la esfera social del que la ejerce es mas elevada; ¿cómo ha de dejar de serlo, cuando el universo entero ha retumbado mas de una vez, se ha estremecido á los espantosos rugidos de los reyes «coléricos y vengativos;»—que podíamos muy bien comparar con la fiereza de los leones hambrientos y desencadenados—ó á los lastimosos gritos de las naciones desoladas por sus furores?

El vengativo cree que su venganza es incompleta, si no manifiesta claramente que su mano es la que produce los golpes: y he aquí sin duda porque Rosas, como Calígula, recibe un gran placer en mandar

venir á su presencia las víctimas que destina á perecer en los tormentos: y he aquí tambien, porque dice á sus satélites, como el cruel emperador, «que las hieran de modo que sientan los horrores de la muerte.»

En este momento llegó un desconocido, que era introducido en la misma habitacion. Era Martin, que habiendo dejado tranquilo á su amigo Mendez en compañía de su querida Amalia, habia salido precipitadamente para prestar sus servicios á sus amigos, noticioso de la elevacion de Rosas.

—Ilustrísimo señor: el cansancio de un largo viaje me ha privado de salir hasta ahora de casa: hoy era el primer dia que habia destinado para ver á mis amigos, y los horrores que acabo de presenciar en este momento me han hecho retroceder y venir á molestar la atencion de vuestra ilustrísima. No he hablado aun con persona alguna, ni estoy enterado de los sucesos, porque apenas hace doce horas que he llegado; pero á fin de evitar las desgracias, sin dilacion alguna, he creido conveniente dirigirme á vuestra piedad para que ahora mismo procureis interponer vuestra autoridad...

—No prosigais.—Precisamente estaba dando cuenta á estos señores del resultado del encargo, que celosos, como vos, por el bien de nuestros semejantes, me habian encomendado.

Pero nuestros buenos deseos se han frustrado y no hay poder humano capaz de contener su encarnizada saña. Solo Dios con su infinita misericordia puede tocar el corazon de ese hombre, y solo Dios puede contener los golpes de su alevoso brazo.

Y para que veais á donde llega su ceguedad, hasta yo mismo he sido insultado, al insistir, que si no podia suspender las ejecuciones, permitiese al menos que los sacerdotes se encargasen antes de derramar sobre sus almas el benéfico y dulce consuelo de nuestra santa religion, para que esas almas recibiesen las sagradas aguas del bautismo y quedasen por este medio convertidas al cristianismo y pudieran salvarse. ¿Sabeis lo que me ha contestado? ¡Horrorizaos! No sea V. tonto.—V. es viejo y ya no tiene mas que chocheces.»—Estas han sido su palabras, hijos mios; y cuando ya no pude permanecer mas tiempo en su presencia, fué cuando me despachó con desprecio, manifestádome: «que le dejase en paz;» que tenia negocios mas árduos á

que dedicar su atencion que á «mis tonterias;» que me fuera pronto y que no le obligára á «tomar otras medidas, mas desagradables aun.»

—¡Esto es imposible!—dijo uno de los circunstantes.

—¿Pero, que motivo han podido dar esos indios, para un castigo tan general? jóvenes, viejos, niños, doncellas; ¿habráse propuesto este monstruo estinguir toda una generacion?—añadió Martin; como fuera de sí.

—Nadie mas que él lo conoce, porque á nadie da cuenta de sus acciones. Solo me contestó que esos indios eran *rebeldes* y que habian cometido «horribles delitos.»

—¿Y qué delitos son? ¿dónde están los procesos que los han dilucidado? ¿cómo se atreve á ejercer su imperio sobre ellos, cuando ni siquiera pertenecen á la provincia?

—No os canseis: en todas las provincias de la confederacion domina, porque los gobernadores de todas ellas le temen y le rinden homenage: allí donde uno se rebela contra su arbitrariedad, el puñal abre luego plaza á otro que le secunde.

Así terminó esta comision, cuyos individuos se retiraban tristes y afligidos á sus casas, despues de haber recibido la bendicion de su ilustre prelado.

Martin, que se quedó el último, ofreció tambien sus respetos á su ilustrísima y al salir á la calle conoció á otro de los diputados que se habia reunido en la «junta secreta;» y despues de haber renovado agradables recuerdos les invitó á acompañarle á la plaza, para enterarse de las ocurrencias.

Al doblar una de las esquinas que dan á la calle de la Victoria, oyeron voces en una tienda, que estaba medio cerrada, pero que se advertia perfectamente desde la calle que habia dentro de ella una acalorada disputa.

—Detengámonos un momento,—dijo Martin á los otros,—tal vez llegaremos á tiempo de salvar un desgraciado.

—Yo creo que ni es prudente, ni acertado, permanecer quieto en ningun punto porque esto podria parecer sospecheso,—contestó otro que era mas cobarde.

—El hombre debe mostrarse tan fuerte y sereno en las tribulaciones propias como en las agenas. Cuando el corazon es tan débil que teme

los peligros, debe acudirse á la cabeza, para que indique el medio de arrostrarlos, y una vez convencido de que pueden vencerse sin perder la vida, desaparece el temor y se acomete de frente.—El hombre debe, siempre que le sea posible, no solo hacer bien á sus semejantes, sino evitar el mal á sus hermanos; que cuando las naciones se convenzan de que todos los hombres son hermanos, que todos tenemos este deber imprescindible, no lo dudeis, habrá desaparecido para siempre la arbitrariedad y el despotismo.

—En Córdova solo «trescientos»—dijo una voz desde adentro.

—Modérate, Benito: no hables tan alto,—continuaban.

—Yo no puedo resistir esto; aunque muera voy á pelearme con esos verdugos,—contestó el mismo.

Martin abrió un poco mas la puerta para conocer á aquel entusiasta jóven, y volviéndose á los otros les dijo:

—No hay cuidado: son jóvenes entusiastas que reprueban estas escenas: entremos adentro, para que se retiren á otro lugar interior, porque les podrian oir y sus vidas corren grande riesgo.

—¡Eh! ¿Qué se os ofrece?

—¿Lo vés?—¡Siempre lo mismo! Esa maldita lengua te vá á quitar la vida,—le dijo su amigo.

—Nada temais;—somos amigos tambien, y como tales os suplicamos que os retireis á otra habitacion interior, porque desde la calle se oye lo que hablais.

—Gracias, caballero;—contestó uno de los de adentro que salia á cumplimentar al generoso desconocido, por su apreciable advertencia; pero hacednos el obsequio de pasar adelante.

Martin, que conoció, despues de abierta la puerta, que eran todos jóvenes finos y decentes, pues nuestros lectores ya habrán visto en ellos á nuestros conocidos Manuel y Benito, invitó á sus compañeros á que entraran y pasó adelante.

—Bien, amigos mios,—les dijo,—vuestros semblantes revelan la nobleza del hombre liberal, que reprueba las medidas despóticas y los ultrajes á la razon y á las leyes. No desmayeis nunca en los peligros, pero guardaos; no os arrojeis tampoco en brazos de la muerte, porque con algunos como vosotros, puede la sociedad argentina librarse de los grandes horrores que van á llover sobre ella.

—Gracias á Dios,—dijo Benito,—que hallo un compañero que piensa como yo: podeis disponer de mí, caballero; porque conozco que vuestro corazon es grande.

—Agradezco infinito esa simpatía que manifestais, y quizás no sea esta la última vez que nos veamos.

—Dispensadme, caballero;—le dijo Manuel en tono grave:—dispensadme; pero habeis hecho un mal tan grande, que si lo supierais os arrepentiriais muy luego.—Este amigo no puede contener su entusiasmo, y solo á mi amistad debe el haberse librado de la muerte: no hace muchos dias que la maz-horca le estaba buscando por haberse propasado en la plaza, y como yo me honro con su amistad desde la infancia, siempre le estoy reprimiendo con mis continuos consejos y reproches.

—No importa: dejad siempre al entusiasmo que siga sus impulsos: por la razon misma que sois su amigo y porque conoce vuestros propios sentimientos, se escita mas su sensibilidad y le hace demostrarlo por la accion ó la palabra. Los hombres que muestran candor é ingenuidad, ó que tienen, como suele decirse, «el corazon en los labios» son muy apreciables en el comercio de la vida.

Me complazco, pues, en haber tenido esta ocasion para poderos ofrecer mi amistad.

—Gracias: acepto tan señalada honra, y espero que me faciliteis las señas de vuestra casa, para haceros una visita.

—Os agradezco sobremanera la fineza: tomad;—el simpático Martin le entregó una tarjeta;—con que, hasta mañana.

—¿A qué hora?

—A las once.

CAPITULO XXXVII.

EL DEGUELLO DE LOS INOCENTES.

No faltaron al siguiente dia en casa de Martin nuestros conocidos Manuel y Benito. El primero mas bien por reprimir los ímpetus del segundo, que por gusto, pues no conocia las relevantes prendas de nuestro personaje.

Las horrorosas escenas del dia anterior no habian cesado, porque como el ánimo del tirano era infundir la debilidad por medio del terror, nada mas á propósito que la repeticion de aquel sangriento espectáculo para conseguir su fin.

Habíanse fusilado, como hemos dicho, el dia anterior como unos «ciento diez» en la Plaza del Retiro y unos veinte en el cuartel de Cuitiño. Era este caribe el jefe que habia nombrado Rosas para los serenos, y tenia además á su cargo una seccion de verdugos.—Habia tambien otro foragido, que mandaba el batallon mas adicto á Rosas, que era uno de los sicarios mas feroces del Dictador, y que, aun cuando se llamaba Mariano Maza, no era ni aun pariente del respetable doctor Maza, presidente del Congreso y víctima, mas tarde, de la crueldad del americano Calígula.

Al dirigirse los dos amigos al consabido punto, les llamó la atencion

una griteria sorda, que el eco repetia tétricamente, y que parecia salir de la Plaza del Retiro.

—¿No has oido, Manuel?

—Sí: será la maz-horca que andará haciendo de las suyas.

—¿Vamos á ver lo que es?

—Si me prometes callar y no detenerte mas tiempo que el necesario para enterarnos, concedido; porque esto puede hasta cierto punto servirnos para tomar otras precauciones.

—Te lo prometo.

No habian pasado dos minutos, cuando presenciaron las dos escenas mas horribles que pueden concebirse. Marcháronse, y era tal el terror que les habia producido, que no acertaban á articular palabra delante de Martin.

—¿Qué os ha sucedido, amigos mios, que tan indecisos estais?

—¡Ah! Caballero Martin: no creereis quizá lo que acabamos de ver, —contestó Benito,—casi no tengo valor para contároslo.

—De ese malvado todo puede creerse:—¿algun asesinato? eso no es nada.

—Razon teneis que un asesinato no es nada comparativamente con lo que acabamos de ver,—replicó Manuel.

—Se conoce que no habeis presenciado los horrorosos sucesos de ayer,—añadió Benito.

—Sí: ya estoy enterado; no es esta la vez primera que estoy en Buenos Aires, ni que llegan á mis oidos las hazañas de este hombre funesto;—pero contadme, contadme.

—No:—contestó Manuel,—lo que el sentido comun rechaza, no debe contarse nunca. Mas vale que nos ocupemos de otra cosa, porque degradacion semejante no puede menos de arrojar sobre la atribulada frente de este vecindario, un borron perpétuo y afrentoso que nos cubrirá de oprobio y de ignominia.

—Os comprendo, y me encantan vuestras ideas; pero por causas que no es del caso referir, me interesa saberlas y recibiré en ello un singular favor.

—Teneis razon,—replicó Benito:—no estoy conforme con las ideas de mi amigo: yo soy partidario de la verdad, y la verdad se debe decir siempre.

—En esto no andais muy acertado: vuestro amigo es mas filósofo: verdades hay que es necesario decir, y verdades que es menester callar ó disimular; y la distincion entre estas y aquellas, solo pertenece á la prudencia, á la razon y á la justicia. Sin embargo, como dice el insigne Holbach, toda verdad que se dirige al bien de la sociedad, no puede ser callada sin delito: por eso las primeras se llaman verdades útiles ó provechosas, y las segundas, inútiles ó perjudiciales. Toda verdad que, sin aprovechar al bien comun, puede ser dañosa á cualquiera de sus miembros, es una verdad perjudicial, que debe callarse siempre.—No es esto decir que vuestra narracion verídica esté comprendida en el número de las últimas: muy al contrario, puede producir un bien, y en este sentido insisto. Esto es solo una refutacion oportuna á vuestra teoría, que desde luego debeis desechar.

—Tan escelentes son vuestras ideas, que me mereceis un concepto superior al que me habia formado á primera vista. Me anticipo, pues, á daros las gracias en nombre de mi amigo, por la saludable leccion que nos habeis dado, y no puedo menos de manifestaros con placer que la digna persona que tales ideas abriga, tiene para mí muy alta importancia y un reconocido derecho á estar al corriente de los sucesos todos, buenos y malos, que acontecen en su país.

Con esta manifestacion, debida á la suma consideracion con que nos habeis distinguido, voy á contaros, por repugnante que sea, lo que acabamos de ver.

Al pasar por la calle de la Victoria oimos como los últimos lamentos que exhala la agonizante víctima, al sentir en el corazon el primer golpe, la primera percusion del homicida acero. Accediendo á los deseos de mi amigo, nos dirijimos á la plaza del Retiro.—Ocho indios, niños de ocho á doce años todos, formaban el grupo mas espantoso que podais imaginar. Unos se revolcaban en el suelo entre la agonía y la sangre: otros al ver la suerte de sus hermanos resistian á las hercúleas fuerzas de los verdugos, remangados de brazos y piernas para no teñir la ropa con la sangre, pero luchando en vano, sucumbian al fin, del mismo modo que las reses que van al matadero para el consumo público: los restantes se escapaban de la mano aleve para recibir forcejeando un centenar de heridas, y todos á la vez confundian en los aires sus estertóreos gemidos, capaces de conmover al mismo

Neron.—¡Mueran los unitarios!—gritaban los verdugos.—Al pronunciar estas palabras volvian la vista hácia las cuatro cabezas que habia clavadas en la punta de unas estacas para que el cuadro fuera mas completo.—Rematarlos pronto, decia el malvado Cuitiño, que es tarde:—y allí veriais coger á los desgraciados párvulos por cualquier parte y asestarles mortíferos golpes al azar, hasta que quedaban exánimes.

No bien habíamos salido de la plaza, oimos otra vez como un fuego graneado y metiéndonos por la calle del Brasil, vemos un carro de cadáveres que iba al cementerio, de entre medio de los cuales se levantaron tres ó cuatro, que al parecer estaban heridos, implorando clemencia, levantadas las manos en ademan suplicante y dirigiendo la vista hácia el cielo, como si quisieran poner por testigo de su inocencia y sufrimiento al que reina en lo alto.

En fin, no puedo continuar: vuestro corazon, partícipe tambien de nuestro sentimiento, sabrá medir la dolorosa impresion que tal espectáculo habrá causado en el nuestro.

Martin guardó por algunos momentos el mas elocuente silencio. Tuvo que hacer bastantes esfuerzos para reprimir y disimular la escitacion que tal relato debia producir en todo corazon sensible. Ninguno de los tres se atrevia á interrumpir el silencio. Todos participaban de igual sentimiento. Martin fué el primero que tomó la palabra y les dijo.

—Bien, amigos mios:—esta es la inauguracion de una época terrible que vamos á atravesar; época, por corta que su duracion sea, que dejará en pos de sí indelebles recuerdos, huellas eternas de sangre y horrores, como las han dejado siempre todas las tiranías, que han aterrado al mundo civilizado, y que la posteridad recordará con luto y dolor. —Valor y resignacion.—Vosotros, los jóvenes, estais llamados á secundar los pensamientos nuestros, las grandes empresas hijas de la esperiencia y del estudio, las grandes mejoras que han de labrar vuestra dicha, vuestro porvenir. Vosotros los jóvenes, si escuchais nuestros consejos, con el tino y la templanza, que solo la razon y la prudencia pueden suministrar, estais llamados por la providencia á realizar ese bello ideal, en busca del cual van corriendo los tiempos, en busca del cual van marchando los siglos,—por mas que digan los

miopes, por mas que se esfuerzen los partidarios del retroceso, los enemigos de la humanidad,—á pasos agigantados.—«Hoy mas que ayer:»—he aquí la marcha constante, invariable, fija de la humanidad: he aquí el progreso vivo, latente, palpable de la naturaleza: he aquí, en fin, el *Crescite Et Multiplicamini*,—creced, y multiplicaos,—del Supremo Creador, en su aplicacion, desde la desaparicion del caos hasta hoy.

No lo dudeis; sin esta invariable fórmula, ni las ciencias, ni las artes hubieran salido aun de su infancia, ni los hombres tampoco deletrearian aun; y sino decidme: sin el conocimiento de las matemáticas, ¿hubiera habido un Colon? ¿se conocerian sin la física los fenómenos de la electricidad? ¿Tocarian las naciones los efectos del vapor?

¡Ah! no lo olvideis: «Hoy mas que ayer;» grabad en vuestra mente esta sublime fórmula, que en ella se encierra la perfeccion.

Con ella arrostrareis los peligros en que la ambicion de un déspota nos ha colocado ya: con ella tendreis el valor debido para sacudir el yugo de su ciega temeridad: con ella obtendreis la resignacion saludable para esperar con ánimo sereno ese venturoso dia, que ha de devolvernos la paz, la libertad sagrada que retorna al ciudadano sus inviolables fueros, el pleno ejercicio de sus derechos, el respeto debido á la propiedad, á la religion, á las leyes. Nada de esto existe ahora pero existirá; porque las leyes, la religion y la propiedad constituyen el incontrastable dique del órden social, ese equilibrio asombroso que detiene la terrible lucha entre la tempestad y la bonanza, entre la destruccion y la creacion, entre el fuerte y el débil, el pobre y el rico, el virtuoso y el malvado.

Los rios se desbordan, cuando se ha aumentado su caudal con la aglomeracion de otros rios, cuando las aguas que ha recibido son tantas que no pueden contenerse en su seno: entonces se rompen los diques que formaban su cauce; y su fuerza es tal, tal es su ímpetu, que arrastran tras sí cuanto se opone á su marcha; árboles, piedras, monumentos, todo cede á su desencadenada furia. Del mismo modo se rompe el férreo cetro de los déspotas. Cuanto mas crece su rigor, cuanto mas oprime, cuanto mayores son sus estragos, mas honda se abre su ruina.

Valor, pues, repito, amigos mios: firmeza siempre: el hombre no

debe tener nunca otra divisa, que hacer bien á sus semejantes, á sus hermanos. Si alguno muere en la lucha, la causa es santa; Dios recompensará su heroismo.

Ebrios estaban de gozo nuestros dos amigos, que no podian reprimir su entusiasmo al escuchar tan elocuente como animado discurso. No sabian como demostrar su satisfaccion en conocer hombre tan elevado; así que, Benito, que era el mas impresionable, se levantó repentinamente de su silla y se arrojó como si estuviera fuera de sí en sus brazos.

—Permitidme, caballero,—le dijo Benito,—que os abrace, como si fuerais mi querido padre: podeis contar para siempre con nuestra amistad y admitir nuestros servicios, si alguna vez los juzgareis útiles: de mí al menos podeis disponer para seguir vuestra suerte, próspera ó adversa, hasta el fin del mundo.

—Repito lo que mi amigo acaba de deciros; y podeis contar para siempre con nuestra lealtad y cariño.

—Sí, sí: comprendo vuestro entusiasmo: es hijo de la nobleza de vuestros sentimientos puros: os agradezco vuestra consideracion y en prueba de que acepto vuestra amistad, os prometo que no será esta la última vez que nos veamos. Mañana mismo partiré para Montevideo: no puedo asegurar el tiempo de mi permanencia allí, pero sea el que fuese, cuento desde luego con vuestros servicios, con vuestra cooperacion en el interin: decidme vuestros nombres, para utilizarlos oportunamente.

—Manuel Ayala contestó uno.

—Benito Alvarez, repuso el otro.

Martin apuntó los nombres en su cartera y demás señas que le dieron para recibir con seguridad cualquiera carta ó encargo, por reservado que fuese, y salieron tan satisfechos y contentos de nuestro ilustrado Martin, que ni siquiera advirtieron las dos horas que habian permanecido á su lado.

Los sacrificios no habian cesado aun: cerca de la iglesia de la Recoleta se abrió una zanja para enterrar los cadáveres que no cabian ya en el cementerio y allí se disputaban los jefes de la maz-horca y los edecanes de Rosas el placer de matar á pistoletazos á los infelices heridos que daban señales de vida al arrojarlos desde los carros á la fosa.

Solo perdonó Rosas, dice Rivera Indarte, al hijo del Cacique Carrané que despues de haber sido obligado á presenciar el suplicio horrendo de su padre y de sus compatriotas, fué arrastrado, anegado en llanto, á casa de Rosas, para que le diera las gracias por su clemencia y se comprometiese á servirle como esclavo por el resto de su vida.

La ciudad estaba desierta. Ni el mas leve ruido se oia en sitio alguno. Cerradas las tiendas, paralizados los trabajos, suspendidos los negocios, ni siquiera los artículos de primera necesidad salian al mercado, porque nadie se atrevia ni aun á salir de su casa en busca del preciso sustento.

Las detonaciones que precedian á los fusilamientos era lo único que se percibia de uno á otro ángulo de la ciudad.

Hemos dicho que ni la edad, ni el sexo eximian del castigo á las infelices víctimas que habian traido de Bahía Blanca.

Hablando Rivera Indarte, de los niños de ocho y diez años que se habian degollado, dice: que habiéndose escapado algunos antes de llegar á Buenos Aires, dió órden el tirano á los comandantes de campaña, que se fusiláran en el acto de ser cojidos. Hizose así en algunos puntos, como Bahía, Tapalquen, el Azul y otros; pero habiéndose presentado dos niños en el Tandil, el uno de ocho años, consultó el comandante del punto á Rosas, si debia ó no fusilarlos, atendida su corta edad, y la contestacion que recibió fué: «que los fusilase inmediatamente; y que si en lo sucesivo volvia á dudar en el cumplimiento de sus irrevocables órdenes, se veria en la necesidad de aplicarle el castigo, que por cualquiera escusa hubiese querido demorar.»

¡Que depravacion! ¡Váyase juzgando por los hechos cual seria el corazon de este Tigre!!

CAPITULO XXXVIII.

EL ABRAZO PATERNAL.

La maz-horca, Rosas y sus secuaces tenian amilanados con un terror pánico á los argentinos; los mas denodados no se atrevian á declararse enemigos del sistema opresor y tiránico que pesaba sobre ellos. Las emigraciones se iban haciendo cada dia peligrosas dentro y fuera de la capital. Montevideo, la heróica Montevideo recibia cada dia en su seno á ardientes patriotas que no querian incensar al que pretendia elevarse hasta el rango de un Dios: era el asilo de la libertad hollada y la morada de la independencia perseguida. Viamont, el ex-presidente de los notables estaba en estos momentos en un aposento reducido que le servia de gabinete-despacho en una de las casas de la principal calle de Montevideo. Su actitud triste y pensadora manifestaba que habia sido víctima de los reveses de la fortuna; su hijo, niño aun, se entretenia en colocar encima una silla los papeles que le iba dando su padre: este clavaba en él miradas penetrantes de inmenso amor é interés que le inspiraba aquella criatura, que em-

pezaba ya desde su tierna edad á participar de las contrariedades y caprichos del destino.

—Con que, Avelino, ¿no te ha dicho nada Santiago de tu hermanita Aurelia?

—Nada me ha dicho, papá, el criado; solamente me ha encargado que me arreglase para poder despues salir á dar un paseo.

—Si sales ¡cuidado de hacer travesuras! indaga y pregunta con Santiago por el capitan Enrique Mendez, pues si no está en Montevideo y no le ha sucedido ningun contratiempo no debe tardar en llegar: seguramente habrá recibido mi última carta; aunque sospecho y recelo, pues ninguna contestacion ha dado á mis anteriores. ¡Pobre Aurelia! ¡desgraciado Enrique! ¿en dónde estareis?¿tan poco cuidado tienes por tu padre, querida hija? Hace dos dias que he llegado y aun no he podido abrazaros? ¡Ah! que tiempos, ¡que tiempos estos!

—Papá, no te aflijas; ya vendrán, no son tan chiquillos como yo para perderse.

—Cállate, rapazuelo.

—¡Ay! papá, no me pongas esa cara, que me harás llorar. Yo deseo tanto como tú ver á mi hermanita. Mira, cuando venga le daré una porcion de besos; diré que me haga dulce, porque nuestra cocinera no sabe hacerlo como ella. Despues diré á Enrique que me compre los juguetes que me prometió. Tú tambien me comprarás soldados, ¿hé, papá?

—Sí; pero con la condicion que has de ser buen muchacho; pues de lo contrario, plato vuelto y cuarto oscuro.

—Seré muy bueno, te lo prometo, papá; iré al colegio, estudiaré mucho para llevar una faja como tú, y mandaré á los soldados.

—¡Ah! pobre niño; como se conoce que no sabes los disgustos que acarrea la ambicion de la gloria; sin embargo, bueno es que te sientas ya impulsado por tan nobles estímulos. Ven á mis brazos, hijo mio, ven, que quiero estrecharte en mi seno.

¡Tierna escena! El padre y el hijo inocente se prodigaban las mas sinceras y candorosas caricias. ¡Hermosos cuadros de familia que dulzura y felicidad respirais, cuando en medio de la desgracia sabeis estrechar los lazos de la sangre, uniendo mas y mas los miembros que la componen!

—Ahora, hijo mio, continuó diciendo el padre, vete á pasear con Santiago, y ten presente lo que acabo de encargarte.

—Bien, papá. Adios, hasta despues.

—Adios, hijo, ten juicio y no molestes á nadie.

El niño se fué á buscar á Santiago, mientras que el padre de Aurelia, siguiendo la direccion de su hijo no le perdió de vista hasta despues de haber desaparecido completamente. La proteccion de un padre se revela, aun en los actos mas triviales de la vida de los seres, á quienes dió la existencia. Viamont veia crecer á su sombra este lindo vástago dotado de una esquisita comprension; que llevaba su nombre con cierto orgullo, que jugaba con sus canas, que oraba por su madre, que animaba con sus labios de ángel el amortiguado calor de la avanzada vejez, y perfumaba la atmósfera de la maldad con su aliento puro y original. Viamont queria separarse enteramente de su vida de hombre público; cifraba todas sus delicias en la tranquilidad del hogar doméstico; pues el deplorable estado de la República argentina, contrastaba terriblemente con la conciencia pacífica y pura del general. La naturaleza de Viamont se habia alterado notablemente con la nueva entronizacion de Rosas. Veia á su patria que iba perdiendo cada dia mas y mas el prestigio europeo que tan justamente y con tanto trabajo habia alcanzado: veia caer piedra por piedra el edificio que levantaron hombres tan probos como valientes. ¡Ah! al pensar en tanta desgracia, aquel ilustre general que nunca habia temblado á presencia del peligro, que habia sentido latir con fuerza su corazon en medio de los horrores del campo de batalla, ahora sentia que sus ojos se humedecian, que se crispaban sus nervios, que se le ahogaba la voz; porque tenia delante de sí un fantasma del crímen cubierto con la mortaja de la hipocresía, y cobijado por un dosel salpicado de sangre.

Mientras el general continúa ocupándose en la lectura de varios documentos, trasladémonos por algunos instantes á una de las calles que forman la embocadura de la ciudad. Un grupo de ocho personas acababa de entrar en la tienda de un calesero, y mientras que un hombre que dá el brazo á una señora pregunta con interés al que parecia ser dueño, por la llegada y paradero del general Viamont, otra dama y un caballero de arrogante presencia, mandan que se enganche un

caballo en uno de los coches de alquiler que habia fuera la puerta. Cuatro criados cargados con el equipage están aguardando con ansia las señas de la casa, donde deben ir á parar sus dueños. Nuestros lectores habrán podido conocer que los viajeros recien llegados, eran nuestros jóvenes amantes y esposos, que por insinuacion de Enrique Mendez habian salido en seguida de Santa Fé.

Las preguntas del caballero, que no era otro que Enrique, no tuvieron contestacion favorable, segun el gesto de mal humor que apareció en el semblante de nuestro jóven capitan. Enrique y Aurelia ignoraban que el general Viamont habia viajado de incógnito por motivo de las persecuciones de que era blanco. En ninguna parte habia revelado su verdadero nombre; pero su hija lo propio que Mendez, sabian que necesariamente debia encontrarse en Montevideo segun la última carta que habian recibido. Al fin descorazonados, subieron al coche y partieron para la primera fonda en compañía de Velazquez y Rosario. Entraron en ella, y Aurelia al entrar en uno de los aposentos abrió el balcon que daba á la calle, se asoma y oye de repente un grito de niño que la llamaba.—¡Aurelia! ¡Aurelia! hermanita mia, hermanita mia... Aurelia miraba por todas partes hasta que vió venir al niño á quien reconoció en seguida por su hermano Avelino que venia corriendo con Santiago. Aurelia no pudo contenerse, y gritando, ¡hermoso, querido mio! se fué á abrir la puerta, y corriendo se precipitó, mas bien que bajó la escalera: ambos hermanos se abrazaron y besaron con frenesí. Enrique, Velazquez, Rosario y todos los criados estaban como atónitos contemplando una escena tan tierna.

—Aurelia, dijo el niño, papá os aguarda; corramos, corramos.

—Al momento, contestó la hija de Viamont.

Calóse Enrique el sombrero, cogió el brazo de Aurelia, tomó de la mano á Avelino, despidiéronse por algun rato de Rosario y Velazquez, y seguidos de Andrés, Remigio y Santiago, se dirigieron á la casa de Viamont.

Durante los ocho minutos que tardaron en llegar á la puerta de la habitacion, el niño dijo que habiendo salido á paseo con el criado, vióles de lejos subir al coche, que habiendo partido al momento, no pudo alcanzarles, hasta que la casualidad hizo que siguiendo y rodando calles y mas calles, al doblar una esquina, viese á Aurelia que

estaba asomada al balcon. La adorada de Enrique se esforzó en hacer mil preguntas por su padre, por los pormenores de su viaje, por todos los incidentes que habian ocurrido desde su separacion. Así andando y hablando llegaron á la morada del ex-presidente. Avelino soltó la mano de Enrique, y pegando brincos, llegó al último tramo de la escalera, cogió el cordon de la campanilla, agitóle, y un segundo despues entraba gritando con su hermana y Enrique.—Papá, papá, aquí está Aurelia, aquí está.—Un instante despues se oyó el ruido de varias puertas que se abrian y cerraban con precipitacion: era el anciano general que salia al encuentro de los objetos mas queridos de su corrazon: junto al dintel de la última puerta, Viamont esclamó con el acento del amor mas intenso.—¡Hija mia!... ¡Hija mia!—¡Padre, padre mio!... Los dos se abrazaron, la naturaleza vieja y la jóven se balanceaban como dos árboles, cuyas raices comunican su jugo. Enrique apretaba la mano de Viamont. Avelino abrazaba las piernas de su padre, ya que no podia estrecharle en sus brazos. Andrés permanecia con la derecha levantada, como si hiciese el saludo militar á un general. Este imprimia un beso de fuego en la frente de su hija, beso que aun le traia á la memoria el amor de su esposa. Viamont fué el primero en romper el silencio.—Bien, Andrés, dijo, bien: has cumplido como un valiente; me devuelves á la hija de mis entrañas, y tú, querido Enrique, permíteme que te llame hijo mio. Salvaste al padre una vez, y dos has defendido la vida de la hija. ¡El cielo te guarde para consuelo de tu padre!

—Era mi deber, contestó Enrique.

—Papá, replicó Aurelia, Enrique tiene toda el alma de un caballero; es muy noble, muy noble...

Las miradas de Enrique y Aurelia se cruzaron, sus corazones latieron bajo la influencia de una misma idea, idea de amor que quemaba, pensamiento para un porvenir que exalta, emocion frenética que ahoga, porque encierra todo un eden de placer y de gloria.

—Entremos á descansar, replicó el general. Venid, hijos mios, venid y contadme lo ocurrido en vuestro largo viaje.

El anciano general impelió con dulzura hácia su gabinete á esas tres personas que en adelante debian ocuparle esclusivamente. Dia hermoso, en que se volvian á reunir tres corazones leales, en que se

cobijaban bajo un mismo techo la virtud y la constancia; en que los seres mas buenos y queridos volvian á comunicarse sus pensamientos, sus ideas para el porvenir, sus futuros planes; dia hermoso en que cesaba la lucha fraticida, en que los puñales no ofendian la vista pública, en que cesaba el temor, en que se respiraba la paz, en que no se oian los postreros ayes del inocente niño, ó del inofensivo anciano, que era víctima de la embriaguez de la maz-horca, ó de la perversidad del déspota, ó de la venganza de un infame: dia hermoso, en fin, en que no saltaba la sangre á borbotones; porque aquella morada era la mansion de la honra, del valor, de la paz, del amor. Amor, paz, valor y honra sellados por el beso de una hija, por la hidalguía de un amante, por el anhelado abrazo de un padre...

CAPITULO XXXIX.

MARTIN EN MONTEVIDEO.

Hoy es uno de los mejores dias de mi vida, Viamont, decia Martin que estaba sentado en una de las salas que ocupaba el general en su casa de Montevideo teniendo á su alrededor á Enrique, Aurelia y Avelino.

—Gracias á vuestros consejos, Martin; contestóle el expresidente; pues de lo contrario hubiéramos ya caido bajo la cuchilla del verdugo de Buenos Aires.

—Sí, es muy cierto: por eso es preciso estudiar con detencion todos los acontecimientos, calcularlos casi con una precision matemática. Hace mucho tiempo que habia visto en el horizonte una nube preñada de electricidad. ¡Ah! sonó la hora del trueno, alumbró el rayo á la República argentina, y al retumbar el uno y al fulgor del otro, apareció para la ciudad heróica el genio del esterminio. Tan cierto es, que las naciones presentan las mismas fases que los individuos: nacen, crecen, se desarrollan, elévanse, prosperan, bajan, caen, se destruyen, casi se estinguen como ellos.

—Teneis razon, nuestra patria tan solo tiene ojos para llorar, está

oprimida por un cetro de hierro. La plebe soez se ha apoderado de los destinos; se ha dado demasiada libertad á los ciudadanos, aun bastante atrasados para poder recibirla y hacer uso de ella con recto juicio.

—Pero esta plebe que veis ahora levantada, mañana la vereis abatida; es un juguete de que se sirve el Tirano para satisfacer sus caprichos: hoy la pone al lado de su trono abominable, mañana la hará morder el polvo. Los gobernantes que solo dan oido á su antojo, se sirven de todos los medios para poder saciar su ambicion. Al regresar de Chile, he permanecido, como sabeis, algunos dias en la capital argentina: he visto atrocidades, he oido blasfemias infernales, he presenciado ¡que horror! matar, mejor diré asesinar, un puñado de niños, algunos de ellos infantes..... sus gritos me desgarraban el corazon, me partian el alma... ¡Ah! ¡sangre! ¡sangre!... pero dejemos esa espantosa narracion, corramos un velo; porque aun parece que me sofoca el humo de las víctimas degolladas. Rosas no es mas que un Herodes, es mas que un Neron, porque tiraniza un siglo en que la humanidad corre hácia la perfeccion, y el hombre que regia los destinos de los romanos, habia nacido en medio de un pueblo que aun respiraba barbarie y vandalismo.

Las últimas palabras de Martin causaron una dolorosa sensacion. El padre de Aurelia levantóse, irguióse: la cabeza del anciano parecia buscar otro espacio en donde poder respirar. ¡Oh! soy viejo ya, esclamó, mi ardor empieza á enfriarse. ¿Soldados de otros tiempos mas gloriosos, en dónde estais? Aquí está vuestro general, aquí. No temais: corred conmigo á hollar ese pabellon encarnado que ondea encima de Buenos Aires. ¡A la carga, arrogantes escuadrones de la Independencia y de la libertad! Sol americano, detente como lo hicistes con Josué. ¿Es preciso que se abran nuevas tumbas? ¿es preciso que se levanten cien piras? pues que se levaten; pero antes es preciso que se cave un sepulcro lleno de inmundicia: ¿me preguntais quién llenará su vacío? tomad, allí va mi acero, buscad el pecho del ciudadano aleve: tentad su corazon, hundídselo pronto; no sea caso que se multiplique su raza. ¡Veteranos! ¡Veteranos! sostenedme: un momento de vida, Señor, y veré á mi patria vengada, veré al Tirano descuartizado, hecho trizas, arrojando negros espumarajos. Sí, sí...¡Ah! El animoso Viamont

temblaba; su mirada era vaga. Aurelia y Enrique le obligaron á sentarse. Su semblante pálido y desgarrado era señal infalible de un despecho comprimido.

—General, templad vuestros belicosos arranques. Todos sabemos que fuisteis un héroe en los combates, que os batisteis con valor. Dechado de saber y cordura durante vuestra presidencia; nada, absolutamente nada, os debeis echar en cara. Si algun lunar hubiese en vuestra doble representacion como hombre militar y político, el mismo Martin que os habla y que falla en todos sus actos con imparcialidad, declararia ante vos y la faz del mundo entero vuestras injusticias, vuestra cobardía, y aun que supiese que la verdad habia de acarrearme el sacrificio de la vida, mi palabra no se cubriria con la lisonja, ni se mancharia con la mentira. Nunca, Viamont, nunca los hombres debieran abdicar su dignidad. Si la verdad estuviese en los labios de todos y la justicia gobernase todas nuestras acciones, el mundo caminaria con mas velocidad por la senda del verdadero progreso, el carro de la Ilustracion no se atascaria á cada paso, y veríamos los pueblos florecientes remontarse en alas de su brillante educacion al primer principio de la sabiduría humana, á Dios.

—Vuestras espresiones, Martin, son dignas de escribirse en los fastos de la inmortalidad; lástima que vuestro talento no adquiera mayor publicidad. Vos, y solo vos, debiérais ser el que guiase nuestra patria, al presente tan humillada, tan pisoteada, tan escarnecida.

—Dejad, dejad que viva en la oscuridad. Todo mi anhelo se cifra en procurar el mayor bien posible á mis semejantes. Si mis escasos conocimientos pueden servir de algo, solo quiero aceptar su compensacion del que habita en lo alto. Este nunca engaña, siempre obra con derecho y mansedumbre.—Dejemos si os parece esa conversacion; Enrique está aguardando con ansia saber noticias de su padre y es muy natural que así lo desee, quien á las prendas de completo caballero, reune y conoce los deberes de un hijo escelente.

—Teneis razon, Martin.

—Me lo habeis quitado de la boca, añadió Mendez. Podeis creer que la narracion que me hagais acerca todas las alegrías ó pesares de mi familia, tendrán para mí un interés inesplicable.

—Oye pues: llegué á Chile sin ningun lance desagradable, abrazé

á tu padre, en cuyo angustiado rostro leí la palabra «fatalidad.» El desgraciado coronel Mendez habia perdido su hija Amalia, es decir, se la habian robado.—¡Robado!... esclamó Enrique.—Silencio, contestó Martin; sí, una partida de indios guazos salióles en una encrucijada de los Andes, y la suerte quiso, que á pesar de haber salido los tuyos vencedores, se desbocase el caballo de Amalia y viniese á parar al lugar donde habian quedado nuestros perseguidores. Cuando tu padre vió que tu hermana no le seguia, ya no habia remedio. Desesperóse, pero en vano. Dias y mas dias pasaron sin saber noticia alguna del paradero de Amalia, hasta que por fin, resolvióse á escribirme: nada te dije por no causarte un disgusto, y como conozco tu imaginacion fogosa, te ahorré de este modo una decision que, siendo temeraria, hubiera embrollado mas el asunto, y quizá llevado de tu genio, hubieras cometido alguna tropelía ó desacato, que solo con sangre se hubiera lavado. Partí para Chile, y al cabo de algunos dias y despues de algunas investigaciones, supo tu padre la situacion de Amalia; pero esto no le dejaba satisfecho: el corazon del padre queria latir sobre el corazon de la hija.

La hermosura de Amalia habia cautivado por completo el ánimo de un indio llamado Agaparco, éste se encargó de devolverla á tu padre. El salvaje fué caballero, y así lo verificó cierto dia mientras estábamos almorzando. El gozo del coronel Mendez fué inesplicable; su alegría rayaba en frenesí, su contento era algo mas que espansivo, era una locura, un vértigo. Luego despues juzgué que mi mision habia concluido, el amor filial acababa de suplir los cuidados de la amistad. Me despedí de mi mayor amigo y vine á Buenos Aires, de cuya ciudad he salido admirado, medroso, horrorizado...

—Vuestra narracion me deja atónito, Martin; conozco que he faltado en no trasladarme á Chile.

—Te repito que no era necesaria tu presencia. Tu padre me ha dado una carta para tí, en la que segun me dijo, te encargaba permanecieses fiel á mis insinuaciones, y ansiaba poder abrazarte.

—Pues entonces ¿es probable que vendrá mi padre?

—Así me lo prometió; á no ser que ocurra algun contratiempo que le haga mudar de resolucion.

—Lo mejor será que yo vaya.

—Enrique, tu padre me manifestó que queria estuvieses en mi compañía, y me obedecieses cual lo harias con él mismo. He determinado por ahora quedarme en Montevideo, y espero que me honrareis todos con vuestra compañía.

—Confieso que será para mí la sociedad mas agradable.

—Lo creo, Enrique, lo creo...—Esta última palabra fué acentuada con una mirada dirigida á Aurelia;—y ahora, prosiguió, voy á salir con vuestro permiso; pues me urge evacuar algunas diligencias y visitar algunas personas influyentes. Con qué, hasta despues.

—Adios, Martin, contestaron todos levantándose: no tardeis mucho, que estaríamos con cuidado.

Poco despues se oia la tos seca de Martin que bajaba la escalera.

Enrique al cabo de un rato tomó su sombrero y fué á visitar á Velazquez; Viamont se retiró á su gabinete, y Aurelia se quedó jugando con Avelino.

Ese bello cuadro de familia se habia coronado con los consejos de un sabio. Una esperanza de paz habia asomado ante esos personajes tan perseguidos del infortunio. Martin habia sido el Mensagero. La sabiduría siempre es un consuelo para los desgraciados.

CAPITULO XL.

EL MENSAGE.

La grande emigracion que causaba el despotismo de Rosas se habia estendido por todas partes. Martin como hombre eminentemente previsor, habia creido que seria conveniente avisar al coronel Mendez; tanto acerca de la suerte que habia cabido á Enrique, como de su llegada á Buenos Aires y demás sucesos. Al efecto determinó enviar un criado de su íntima confianza, á fin de que la carta llegase con seguridad á Chile; pues las varias partidas que Rosas tenia diseminadas por todas partes, interceptaban las comunicaciones por órden suya, para que no conociesen las demás repúblicas el lamentable estado de la de la confederacion argentina.

Interin el mensajero de Martin sigue su viaje, trasladémonos con el pensamiento á la morada del padre de Enrique al lado de su hija Amalia.

Habia transcurrido mucho tiempo desde que Agaparco lleno de abnegacion y de heróicos sentimientos habia devuelto una hija á su padre.

Al llegar últimamente Martin á Montevideo habia contado breve-

mente al amante de Aurelia, todo lo que habia ocurrido desde su separacion en el camino de Mendoza; pero nada habia dicho de las escenas tiernas y amorosas que habia presenciado durante los pocos dias que permaneció en Chile.

El héroe indio, que como hemos visto, es un personaje dotado de elementos de civilizacion en medio del imperio de la barbarie, despues de haberse sacrificado por el reposo de su adorada Amalia, habia pedido al siguiente dia de haber hecho la preciosa entrega de su cautiva, permiso para volver á las soledades de los Andes, á la mansion del llanto, como decia, pues aquellas inmensas moles eran un rico palacio cuando Amalia las habitaba; pero el contemplarlas sin ella, seria un martirio que despedazaria el corazon del pobre indio.

Al querer Agaparco separarse de la familia de Mendez, conocia perfectamente toda la estension del dolor que le habia de causar su partida; pero su mismo amor le aconsejaba que abandonase la morada de la que le habia encantado en el desierto.

—Coronel Mendez, dijo al levantarse á la mañana siguiente; nosotros los Peguenches gustamos de llevar siempre la vida errante, y de seguir ejerciendo las costumbres que hemos heredado de nuestros padres. Solo frecuentamos las ciudades cuando la necesidad nos obliga á ello, y nos place mas sentarnos bajo el cedro que corona nuestras montañas, que no vivir bajo las doradas tolderías del hombre civilizado.

—¡Ah! noble Agaparco, como quereis que os deje partir, que permita vuestra separacion, cuando os debo el favor mas singular que un padre puede recibir de la generosidad de los hombres: nunca, nunca podré permitir que el salvador de mi querida Amalia abandone el lugar en donde me devolvió la mitad de mi vida, el ser mas hermoso que Dios me envió para embellecer los dias de mi vejez: no, Agaparco, no; vos no partireis; porque el dejaros marchar seria para mí una falta de gratitud, de la que siempre me acusaria.

—Anciano de los tiempos: el cielo os dotó de la sabiduría y del amor á vuestra sangre. No me arrepentiré de haberos conocido: mientras viva, mientras mi caballo no muera junto á mi tumba, pensaré en el hombre que me brinda su hospitalidad; pensaré en esta tienda; pensaré, ¡oh gran espíritu! en ella, en aquella mujer que adornó mi cabaña, y de quien sentí sobre mis manos arder el fuego de sus lágri-

mas. ¡Amalia! ¡Amalia! me separaré de tí, pero cuando la nieve corone mi cabeza aun besaré el lecho de flores en que dormiste, aun abrazaré el árbol en que estuviste recostada. ¡Ah! sois muy feliz, coronel Mendez, en poseer una hija que con tanto orgullo y tanta gracia lleva vuestro nombre. Se conoce que la mujer que partió con vos lecho y manjares, la ha bendecido desde el fondo de los mares, allí donde el firmamento refleja en las plateadas llanuras del agua.

—¡Agaparco! ¡Agaparco! Si teneis en el mundo algun ser querido, si un alma tan grande como la vuestra ha murmurado á vuestro oido palabras llenas de amor y de dulzura, por ese mismo ser os pido, que no me abandoneis. Sí, es verdad que vuestros compañeros robaron á mi hija; os maldije; la rabia me cegaba: aquel dia hubiera esterminado todos vuestros hijos; porque solo el padre que da su nombre á un ángel como Amalia sabe comprender y sentir la intensidad de la desesperacion que causa el ver á su hija envuelta entre las hordas de guazos, cuya codicia les arrastra á cometer los mas atroces desmanes. No os ofendais, Agaparco: vos que conoceis tan bien como yo el cariño de un padre, comprendereis perfectamente, que en aquella ocasion me robasteis mi sangre, la sávia de mi existencia; mis aspiraciones, mi único placer, el mismo aroma del cielo. Pero, soy un insensato; veo que estais sufriendo: yo soy un ingrato en recordaros aquella escena: no, no, ¡Agaparco! vos no perteneceis á esa raza de seres degradados que no tienen otra arma que el cuchillo, que no obedecen á otra ley que á la fuerza. Vos sois mas noble, habeis nacido con corazon tierno; porque habeis secado las lágrimas de un padre. Dios bendicirá desde lo alto vuestra accion sublime, que los hombres no pueden pagar; pero que recibirá su recompensa el dia que se lean vuestros méritos en el gran libro del destino.

—Vuestras palabras son suaves como la malva silvestre, y la mujer que os dió su leche debia tener las entrañas del Paraiso. Perdonad si no correspondo á los impulsos de vuestro cariño y gratitud. Al devolveros vuestra hija, he creido daros una satisfaccion en nombre de toda mi tribu. Mas de un peguenche habia mirado con ojos impuros los encantos de Amalia; pero mi proteccion la cubria. ¡Infeliz del que se hubiere atrevido á profanarla con su aliento salvaje! El hacha hubiera entonces hecho rodar su cabeza, y su sangre hubiera servido de be-

bida á las aves. Mil veces la contemplé dormida, mil veces su perfume me hizo delirar. Me creia el mas feliz de los hombres, guardando un tesoro tan rico, y mas de una vez luché entre el deseo de volvérosla y el ansia de guardarla: sí, de tenerla; porque ella era como la flor entre espinos, era la sombra de un espíritu protector que me velaba. Pero me acordaba que vos erais su padre, y que sabeis mejor que yo lo que ella vale. ¡Adios! coronel Mendez, adios...

—Deteneos, Agaparco: antes que paseis el umbral de mi casa, pasareis por encima de mi cuerpo. Los hombres no deben llevar su desprendimiento tan allá. Amalia, Amalia, ven, deten á ese hombre y ruégale de rodillas que permanezca entre nosotros.

Amalia habia oido la voz de su padre; corrió, é interponiéndose entre este y Agaparco, le dirigió una mirada de ternura, y sus labios se abrieron para suplicar á su libertador que se quedase.

—Causa de mis suspiros, le replicó el indio; déjame partir, deja: ya soy bastante feliz en haberte sacado de los Andes. Allí has dejado hermosos recuerdos que nunca podré olvidar; todo lo que mas te gustaba me gustará tambien: pasearé por donde paseaste, miraré lo que mirabas, besaré como sagrados los objetos que tú besaste; y alguna vez cuando el sol apague su llama, vendré junto á la montaña que mira á la llanura, y desde allí contemplaré la ciudad en que vives, y te enviaré el primer suspiro de la noche.

—¡Agaparco! os debo mi honor, contestó Amalia, que es para mí la prenda de mas valor que poseo. Conozco muy bien cuales son los deseos de mi padre, y sus deseos son órdenes para mí. ¡Agaparco! si alguna gracia tengo delante de vos, si no os acordais ya de mis desdenes y acusaciones, sed amable. ¿Qué os importa el desierto con sus rios, con sus flores, con sus llanos, con su fantástico aspecto?

—¡Amalia! nada me importa, y sin duda será mas triste para mí, no estando tú en él. Pero fué mi cuna, es mi patria, y la tierra que me vió nacer ha de verme morir. Sigue tu carrera, hermana de la luna, y si cuando pasees por un bosque, recuerdas al hombre que te acompañó por las soledades americanas, dirige una mirada á los Andes, y no dudes que tu imaginacion verá la sombra de Agaparco que vaga errante por las orillas del lago, por la cima de los montones de tierra y alrededor de los mustios cipreses.

—Vuestra negativa raya en temeridad, replicó Mendez, reconozco tan bien como vos el amor que se tiene al país donde derramamos la primera lágrima: pero no puedo comprender que el hombre que nació con claro entendimiento y ánimo esforzado, pueda continuar viviendo siempre entre los salvajes, aparentando ser tan cruel y desapiadado como ellos.

—Es verdad, vivo entre ellos: me deshonro tomando parte en sus correrías; pero tambien salvo á algunas víctimas. ¿Qué gloria puede esperar el pobre Agaparco entre los sabios? Ninguna, ninguna. Nosotros somos como el árbol viejo, que aunque broten de él nuevas y verdes ramas, siempre se le vé caer á pedazos su antigua corteza. Podemos habitar entre los hombres libres; pero se conocerá siempre que fueron los páramos nuestra cuna.

—Os engañais, Agaparco: mi juicio me hace penetrar en el fondo de vuestra alma, y me hace adivinar que el destino os tiene reservado aun un lugar distinguido; podeis brillar aun, podeis haceros respetar de los hombres, cuya suerte puso en sus manos las doctrinas de la ilustracion. Sí; quedaos, Agaparco, quedaos; no me querais entristecer. Venid, venid á mis brazos, ¡oh el mas noble de los seres que pisan la tierra!

Así se abrazaban aquellas dos almas, que aunque nacidas entre elementos opuestos, participaban sin embargo de las mismas tendencias, de idénticas sensaciones.

Amalia no pudo comprimir una lágrima: soltóla, y rodó como una perla por su megilla y vino á depositarse en sus trémulos labios. Agaparco se conmovió como si hubiese caido en su corazon, sintió rayadas sus entrañas por un lente de fuego. Amalia acercóse, puso su mano sobre los hombros del indio; éste se estremeció y la dijo en voz baja. —¿Qué quereis?—Amalia sonrojóse, y en voz baja y misteriosa, le dijo:—Obedeced á mi padre y quedaos. Agaparco se desprendió con dulzura de los brazos del coronel, y le dijo en tono solemne.—Padre feliz, me quedaré por espacio de algunos soles (1).

—¡Agaparco! ¡Agaparco! esclamaron á la vez el padre y la hija,—os damos gracias por vuestra bondad.

(1) Dias entre los peguenches.

Las escenas que trascurrieron durante los pocos dias que se quedó Agaparco, fueron dignas de los corazones que las animaban. Amalia se presentaba como una jóven que lucha entre la preocupacion del mundo, y un amor que empieza á dispertarse. No dejaba de conocer que el amor con un hombre nacido entre los salvajes, pero no salvaje, hubiera quizá sido reprendido en los círculos que frecuentaba. Le parecia que toda Chile debia señalarla con el dedo del escarnio. Mendez gozaba, teniendo en su compañía á aquel hombre, pero se acercaba el plazo fatal y Agaparco debió partir: lágrimas, suspiros, abrazos, promesas; todo le acompañó en su despedida. Al momento de separarse del coronel y de su hija, prometióles que volveria de vez en cuando, y así continuaba verificándolo por el tiempo en que llegó el criado de Martin.

Cierto dia en que el coronel Mendez habia salido á pasear con su hija y el gobernador, al regresar á su casa encontró un hombre que dijo ser el enviado de Martin. Estraordinaria fué la alegría que esperimentaron el padre y la hija, mayormente cuando las atrocidades de Rosas en Buenos Aires habian llegado ya á sus oidos: hiciéronle mil y mil preguntas y Mendez abrió con anhelo la carta que le fué entregada, cuyo contenido leyó en voz alta y decia: «Querido amigo Lorenzo: El dador es uno de mis criados de confianza, á quien mando con la presente á fin de participarte que Enrique está en salvo en mi compañía y junto con la familia del general Viamont en la ciudad de Montevideo. Como supongo, sabreis en esa los crímenes que está perpetrando el Dictador Rosas, me apresuro á participarte nuestra posicion á fin de que no pienses en la suerte de tu hijo. Todos te saludan; dá un fuerte abrazo á Amalia; felicita cordialmente á Agaparco, y no dudes de la amistad de quien te desea tiempos felices y prolongada vida—Martin.»

—Siempre diplomático, Martin, siempre previsor y bondadoso, esclamó el coronel Mendez, alargando la carta á su hija.

El criado le informó minuciosamente de todo lo ocurrido, manifestándole que debia partir al dia siguiente; pues así se lo habia mandado su amo. El padre de Amalia no se opuso á semejante resolucion, y le entregó por la noche dos cartas; la una para Martin y la otra para Enrique.

A la mañana siguiente el galopar de un caballo anunció á Mendez, que aun estaba en la cama, que el criado marchaba, cumpliendo así fielmente las órdenes de su amo, y medio dormitando, decia:—Martin es el hombre mas filósofo y singular que he conocido; hasta sus criados pueden servir de modelo. Al cabo de un poco rato volvia á dormir el buen anciano. Su sueño y su dispertar fueron mas tranquilos. Contigua á su alcoba, habia otra en que descansaba Amalia. El mensage que habia recibido á la vigilia, le habia revelado que su hijo se habia salvado y que dormia tranquilo bajo el techo de la amistad, protegido y enseñado por su mentor americano. El destino continuaba propicio para el anciano militar. El cielo parecia querer concederle una vejez tranquila, digna de los antiguos patriarcas. Era dichoso, porque podia reclinar su frente en el regazo de una hija, y fundar una esperanza en el porvenir de su hidalgo Enrique.

CAPITULO XLI.

EL PROCESO.

Entre las contínuas tropelías de que eran víctimas diariamente los pacíficos habitantes de la capital bonarense, la usurpacion de poderes á las otras provincias del rio de la Plata, desconociendo su soberanía y las prerogativas que tienen como la de la capital, vino á poner el sello, digámoslo así, del absoluto imperio que iba á ejercer sobre todas ellas.

No se contentaba ya el reyezuelo, con disponer á su antojo de las vidas y haciendas de los particulares: esto era para él una bagatela: queria imperar y someter además á su capricho á las demás provincias de la confederacion, haciendo los gobernadores de sus propios sicarios, declarando la guerra á los que se le opusieran, invadiendo con las bayonetas sus territorios y penetrando en ellos á sangre y fuego hasta lograr su forzosa adhesion.

El ruidoso proceso de los Reynafés fué el prólogo de esta infamia; pero fué tambien una poderosa arma para arrojar sobre su frente una

acusacion grave, que ni la hipocresía, ni la maldad, ni las fútiles razones de sus asalariados escritores pudieron desvanecer.

Ya conocen nuestros lectores las alevosas muertes de Barranca Yaco, y ya dijimos entonces, al hablar de la del general Quiroga, á quien Rosas mandó hacer funerales para disimular su directa cooperacion, que el gobernador de Córdova don José Vicente Reynafé con otros, tuvieron la desgracia de ser sorprendidos por las imposturas del tirano hasta el punto de encargarse de hacerla llevar á cabo.

Pero tarde ó temprano, el tiempo, que es el verdadero crisol de las acciones humanas, se hubiera encargado de depurar la verdad y entonces hubiera aparecido el verdadero motor, el verdadero causante de aquellas víctimas, y no hubiera podido evitar el anatema, el castigo que la vindicta pública exige en justo desagravio de la humanidad ofendida.

Apurado era el trance para otro hombre cualquiera: ó hubiera apelado á la fuga para evadir el castigo, ó hubiera buscado en el desierto el lejano olvido de su crímen, ó hubiera sucumbido tal vez á los reiterados é inevitables golpes del remordimiento; pero nada de esto podia suceder al hombre estraordinario, cuyo corazon estaba poseido de tan feroces como inhumanos instintos.

El que rige los destinos del mundo tenia sin duda dispuesto, que el azote habia de continuar aun sobre los infortunados habitantes de aquellos dominios, y Rosas era el brazo destinado á llevar la terrible segur sobre sus cabezas; era el verdadero esterminador, protegido por el genio del mal, que iba á ensangrentar las calles y plazas de todas las ciudades, que iba á estinguir completamente toda una generacion.

Es preciso advertir, que segun la ley fundamental de la República argentina, ninguno de los gobernadores de las provincias confederadas puede ser juzgado y sentenciado, sino por un congreso general de diputados de todas ellas: obrar en sentido contrario á este solemne artículo, era por lo tanto violar ó destruir la ley. ¿Pero ha habido por ventura ley donde ha regido el despotismo?

Viviendo los Reynafés y todas las personas que habian recibido las instrucciones, los escritos, que conocian, en fin, al verdadero autor de aquellos asesinatos, seria inútil cuanto el tirano hubiese alegado en su favor, ó quedarian destruidas sus posteriores escusas y protestas. No

quedaba, pues, otro medio que el de hacerlos bajar á todos al sepulcro.

Encarceló á los Reynafés y despues de dos años de una prision inícua y horrible, que duró el célebre proceso, fueron fusilados todos ellos el 25 de octubre de 1837.

Como uno de los sentenciados era, como hemos dicho, gobernador de la provincia de Córdova, igual en categoría á Rosas y que por la ley fundamental no podia ser juzgado sino por un congreso general, causó naturalmente grande alarma y una viva agitacion en los ánimos.

Todos reprobaban unánimemente esta arbitrariedad y no podian resistir el cinismo, la desfachatez, el descaro, con que aquel bárbaro hollaba lo mas sagrado de las prerogativas del hombre, el venerando código por el que se regia al país y que nadie aun se habia atrevido á hollar.

Pero es necesario que espliquemos la historia de este proceso, que pone de manifiesto la iniquidad de este tirano, y que está enlazado con otros dos crímenes que mas hondamente han afectado á la poblacion de Buenos Aires.

Oigamos al malogrado Rivera Indarte (1), que tan eminentes servicios prestó á su patria, combatiendo hasta el último instante de su vida la tiranía de Rosas.

«Rosas por su parte preferia medios mas espeditos, (para la muerte de Quiroga) y que no le comprometiesen. Un francés, Coret, su confidente, negociaba con Calisto María Gonzalez, abogado de Córdova, y consejero de los Reynafés, el asesinato de Quiroga á su tránsito por esta ciudad: así que, Don Rafael Cabanillas á quien comisionaron los Reynafés para matarle, se consultó con Calisto María Gonzalez y este le aconsejó que podia hacerlo, porque los gobiernos de Buenos Aires y Santa Fé sostendrian el hecho. Quiso hacer valer Cabanillas esta circunstancia en su declaracion; pero el Juez le interrumpió, diciendo: «que el Restaurador de la leyes (Rosas) le habia prevenido que no escuchase nada de lo que dijese Don Calisto María Gonzalez, por considerarlo inconducente á los objetos de la causa.

»Cabanillas ha referido á todos los que han hablado con él sobre

(1) Rosas y sus opositores, cap. 10, pág. 114 á 123.

este negocio esa sorprendente interrupcion, y podemos citar tantos testigos como personas han hablado con él.

»Pero ¿por qué lo Reynafés no denunciaron nunca la participacion de Rosas en el fatal suceso de Barranca Yaco?

»José Vicente y Guillermo Reynafé y el doctor Aguirre en las cárceles, adoptaron como medio de defensa negar su participacion en el asesinato, y ese camino siguieron tambien todos los otros reos, á escepcion del capitan Perez. Ya hemos dicho además que Rosas les hizo diestramente concebir esperanzas de salvarles; y aunque hubieran declarado la verdad no se habria insertado en autos.

»Nunca se comunicaron con sus defensores sino ante un comisario y el carcelero. ¿Y cuál de los defensores se hubiera atrevido á escuchar una revelacion infamante y perjudicial á Rosas? ¿Sabemos, por otra parte, lo que verdaderamente oyeron los Reynafés en sus declaraciones al doctor Maza? ¿No repetia este sin cesar: «esta causa de los Reynafés me ha de traer la muerte?» ¿No murió en efecto asesinado por Rosas? ¿Su escribiente Gutierrez, de quien tenemos indicaciones importantes sobre este asunto, no espiró casi repentinamente y con todas las presunciones de envenenado? ¿No ha dejado tambien de existir Escobar, escribano de la causa?

»¿Por qué, se dirá, no hizo esa revelacion Don Francisco Reynafé, que escapó de manos de Rosas, que llegó á Montevideo en salvo y que pudo publicar esa declaracion importante? Porque Don Francisco Reynafé debia su salvacion al gobernador Don Estanislao Lopez, y unas veces temió herir á este, otras á Don Domingo Cúllen, que era con quien se habia entendido, y que siempre permaneció su amigo, y como lo confiesa el mismo Rosas, fué bastante humano para empeñarse en salvar á los otros Reynafés. Por lo demás: ¿quién no ha oido repetir frecuentemente á Don Francisco Reynafé; que tenia que publicar un manifiesto importante? ¿No decia sin cesar que sus hermanos no eran culpables? ¿No nos habló á nosotros para escribir ese manifiesto? ¿No nos llamaba con instancia desde Entre-Rios, como lo prueba la correspondencia tomada en Cayastá y que Rosas publicó en su Gaceta en 1839?

»El Doctor Maza no pudo, sin embargo prescindir de insertar fielmente la declaracion del capitan Santos Perez. Este era un hombre

animoso, que hubiera vociferado la violencia del juez; y no convenia por otra parte matarlo de oculto, porque era el eje del proceso, y porque sin sus esplicaciones no se hubiera podido organizar.

»Declaró, pues, el capitan Santos Perez, que segun le dijeron los Reinafés, en la muerte de Quiroga estaban de acuerdo los Gobiernos de Buenos Aires y Santa Fé. El defensor hizo valer esta circunstancia y le costó bien caro. A la una de la noche en que la presentó, se apersonó el edecan de Rosas Corvalan en su casa y le dijo: «el Restaurador está irritadísimo contra tí, y te envia á decir que eres un necio.»— Desde entonces dató la persecucion bárbara al defensor Marin. Rosas alega hoy, que lo persiguió por conspirador; pero todos los que conocen al anciano y respetable Marin, saben que es incapaz de entrar en ninguna conspiracion y desafiamos al degollador á que le pruebe ese cargo: esa suposicion era un ardid de que se valia para salir del paso. ¡Que cosa tan singular! El señor Marin se convirtió en conspirador desde el mismo instante que presentó su defensa, haciendo valer la importante revelacion del capitan Santos Perez.

»Tenemos pues, deponiendo contra Rosas directa ó indirectamente á Rafael Cabanillas, Santos Perez, Calisto María Gonzalez y los señores Alvarez y Delgado. La confesion oficial de Rosas hará plena la semiplena evidencia que de estas declaraciones resultan unidas á las palabras del doctor Maza y al conocimiento de los planes del general Quiroga, de que antes de su muerte estaba al cabo Rosas.

»Rosas declara en la gaceta, que Cúllen tramó con los Reynafés la muerte de Quiroga, y desde que hace esta revelacion, confiesa implícitamente que tuvo parte en ella.

»Rosas acusó é hizo traer á la cárcel de Buenos Aires á gobernadores, á ministros, á jefes y oficiales militares, á comerciantes, abogados y á cuantos habian tenido la mas pequeña participacion en el suceso de Barranca Yaco.

»Ni se respetó edad, ni servicios, ni categorías. ¿Como no acusó, prendió y juzgó tambien á Don Domingo Cúllen, puesto que le constaba que habia tenido parte principal en el asesinato de Quiroga?»

En los siguientes capítulos veremos la esplicacion de esto, como tambien el desgraciado fin de este respetable patriota federal, que vino á aumentar tambien el catálogo de los Martires de esta república.

Por último no podemos terminar, sin esclamar antes con el referido escritor: «acusamos, pues, á Rosas ante la República Argentina, ante la América y ante la humanidad toda, de estar convicto y confeso de haber mandado asesinar al general Quiroga, al de igual clase Don José Santos Ortiz, su secretario, y sus once compañeros en los desfiladeros de Barranca Yaco: lo acusamos de haber tenido la inconcebible crueldad de constituirse en acusador, juez y verdugo de sus mismos cómplices; lo acusamos de falso, hipócrita y de asesino feroz. Esperamos su castigo, y le esperamos del brazo de Dios, si, lo que no creemos, faltase el de los hombres.»

Creimos hacer un bien,—y en este sentido hemos escrito el presente libro,—creimos hacer un bien, decimos, á los habitantes todos de la confederacion Argentina, al poner en evidencia los nefandos crímenes de este malvado; porque los hombres somos olvidadizos, y es preciso que se tengan siempre en la memoria, para que el irrevocable anatema de la opinion pública esté siempre pendiente sobre su cabeza, como el bárbaro tuvo la daga homicida sobre la garganta de los argentinos.

Este hombre, aunque degradado, aunque envilecido, aunque odiado de todo el mundo, vive aun, y ¡ay! del funesto dia, en que la intriga, el oro que ha robado, ó las disensiones mismas de la república le devolviesen otra vez su perdido cetro!!!

CAPITULO XLII.

EL BLOQUEO FRANCÉS.

Un axioma de incontrovertible y reconocida verdad, es que en la obediencia á las leyes estriba la verdadera libertad civil, como la libertad moral en la obediencia á la razon: desde el instante, pues, en que esta obediencia se pierde, este respeto sagrado que forma el mas poderoso vínculo del órden social, leyes, familia, propiedad, todo se destruye, porque desaparece el gérmen fecundo y vivificador del progreso y de la civilizacion, y en las naciones donde este no existe ó se esteriliza, solo queda en pié la barbarie; ese lastimoso estado de los pueblos feroces y salvajes donde el cristianismo no ha penetrado aun.

Esto mismo pasaba en la desgraciada República argentina, domeñada por el férreo cetro de un malvado, sin religion, ni conciencia.

La guerra y la muerte eran las efigies vivas que por dó quiera se presentaban con sus mas negros y horribles colores á la vista del espectador, ó del viajero, que la casualidad hacia atravesar aquel

vasto y sombrío erial, regado por todas partes y en direcciones todas por la sangre de las víctimas que sucumbian á la impiedad.

La Francia, no pudiendo mirar impasible la tiránica órden sometiendo á los estrangeros al servicio militar, depredando sus fortunas y predicando é imbuyendo cada dia á su maz-horca ideas de esterminio y de muerte contra todo aquel que no fuera del país, se vió en la necesidad de proteger á sus súbditos, contra tales agresiones del derecho de gentes, y en vista de las contínuas reclamaciones de los agentes franceses, especialmente de M. A. Roger, se declararon en estado de bloqueo todos los puertos de la confederacion el 18 de marzo de 1838.

Pero á los pocos meses aparecieron dos crueles decretos, cerrando los hospitales y la casa de huérfanos, echando á la calle á los infelices que la caridad cristiana sostenia en ellos y prometiendo restablecerlos al momento que cesára el bloqueo.

A estos siguió el de la supresion de la Universidad, concebido en los mismos términos que los anteriores; pero con la diferencia que este era mas esplícito, pues se aplicaban por él sus rentas al equipo y armamento del ejército que defendia su tiranía y que cada dia era preciso aumentar.

Esto, como era de esperar, produjo una triste impresion en todo el vecindario, y puso en agitacion á los estudiantes, que veían perdidos sus años, sus carreras, su porvenir.

Nuestro conocido Manuel estaba próximo á recibir la licenciatura de jurisprudencia, y naturalmente sufria con este motivo un perjuicio de consideracion. Reuniéronse los que se hallaban en este caso, y acordaron tener una junta á la noche siguiente para hacer una representacion ó adoptar la resolucion que mas conviniera á sus intereses.

Iba á salir en busca de su amigo Benito, que desde la entrevista con Martin eran inseparables, cuando este entraba al mismo tiempo.

—¿No has oido nada, Manuel?

—Si te parece poco aun lo que te conté ayer.

—Francamente, para mí nada es estraño ya, despues de lo que hemos visto. Hemos visto asesinar en las calles en medio del dia, á hombres honrados é inocentes, sin formacion de causa, sin delito alguno, sin haber estado siquiera arrestados un minuto, sin haber mediado siquiera el mas breve sumario: hemos visto encarcelar y

fusilar al gobernador de la segunda capital de la confederacion: hemos visto sacrificar por los prevostes de la maz-horca, infelices é indefensos indios, arrebatados de sus hogares que no pertenecen á la provincia, y para colmo de la impiedad, hemos visto degollar á las doce del dia, en medio de la plaza pública, á inocentes niños de ocho años, con la única mira de infundir el terror y el miedo, y para que nadie se atreva á respirar siquiera; pues ¿qué se puede ver ya? despues de todo esto; ¿qué falta para que la Europa nos compare con los salvajes de la Pampa ó del Asia? ¿qué esperas ver?

—Amigo mio: es verdad; pero esto, por repugnante y sencillo que sea, por mucho que se nos compare, como has dicho muy bien, con los salvajes de la Pampa, no por eso cierra las puertas á la anarquía y á la desolacion que el tirano acaba de abrir de par en par. Esto, como acertadamente observó nuestro inolvidable Martin, es el prólogo de nuevos y espantosos sucesos, que van á tener lugar, y que si la abnegacion y el patriotismo no procuran detener, van á sumirnos en la esclavitud mas humillante que se ha conocido en el primitivo estado de las naciones bárbaras. Ni los antiguos emperadores romanos ni las espantosas escenas del circo, ni la degradacion de la antigua Esparta, podrán compararse con nuestra degradacion, ni con nuestro embrutecimiento.

Por de pronto, ya tienes por tierra la instruccion de la juventud, con la supresion de la Universidad y de los colegios; ya tienes por tierra el amparo de los desvalidos y huérfanos, con objeto sin duda de destruir todo sentimiento noble y humano; ya tienes en fin al pobre en la dura alternativa de sucumbir á la miseria, ó al infortunio, ó ir á inscribirse en las filas de la maz-horca, que es lo mismo que si se inscribieran en las filas de los ladrones asesinos, de los criminales: y ¿crees, Benito, que es menos perjudicial esto, que todo cuanto has visto hasta aquí?

—¡Ah! tienes razon; tienes razon: esto no puede, no debe sufrirse.— Pero por otra parte, no debemos quejarnos. ¿Quién tiene la culpa de todo mas que nosotros? ¿Puede por ventura un solo hombre imponer la ley á todo un pueblo contra su voluntad? ¿Por qué nos hemos de cruzar de brazos, mirando impasibles sus arbitrariedades? Desengáñate: la opresion no puede durar en un pueblo libre como este, en un pueblo que rechazó

el yugo español, en un pueblo que ha sellado con sangre el acta de su independencia. Y á fé, que no tenia siquiera punto de contacto el despotismo español con el de este infame.

Bien dice un insigne escritor, que no teme á los monarcas que se convierten en tiranos: á quien debe temerse mas es á los tiranos que quieren convertirse en monarcas.

—Es cierto; pero todo no puede hacerse en un dia, porque no todos los hombres tienen el suficiente valor para arrostrar los peligros. Además; ¿sabes lo que decia Thales de Mileto, uno de los siete sabios de Grecia? La esperanza, decia, es el único bien comun á todos los hombres: los que todo lo han perdido la poseen aun: y esto no deja de ser un obstáculo grande á que los hombres sufran mas tiempo los rigores de la desgracia.

—Sí, pero tambien dice Esquilo, que el infortunio es un lazo que une á los hombres tanto como la naturaleza misma; y ya ves que esto precisamente es lo que necesitamos para sacudir el yugo. No lo dudes, si nos uniéramos todos los hombres honrados no tardaria mucho en sucumbir la maldad.

Pero cuando los que deben dar ejemplo permanecen apáticos, ¿qué quieres que hagan los demás?—El antiguo patriota La-Madrid, el apreciado general Paz, ¿no han cedido á los duros golpes del Tirano? ¿Qué hacen, que no se lanzan con un puñado de hombres á la campaña, que muy en breve formarian un ejército mas poderoso que el del Tirano? ¿Por qué han de creer en los halagos del déspota, despues de tantos desengaños? ¿Pues que, no le bastan todavía al general Paz diez años de encarcelamiento inícuo?

—¿Y tú que sabes cuales serán sus pensamientos?

—Es verdad que no, pero los juzgo por su conducta.

—¿No has oido lo que pasó entre el general Paz y el coronel Uriburú?

—No.

—Entonces, no estraño que aventures juicios.—Al poco tiempo de ser trasladado el general Paz á la cárcel de Buenos Aires, los agentes de Rosas, se le acercaban y visitaban frecuentemente para corromper su virtud y atraerle al partido del degollador. El coronel Uriburú estuvo un dia acompañado de su ayudante Alvarez, y le dijo:

«General, permítame que le dé un consejo.—Soy enemigo de Rosas y he pertenecido á la misma bandera política que V.: pero como no se puede luchar con su incontrastable fortuna, he resuelto de corazon abjurar de mis antiguas creencias y pertenecerle con lealtad. Le visito por eso y le lisongeo: abandone V. esa austeridad que puede serle fatal; alháguelo, y crea que le hará generalísimo de sus ejércitos, y le colmará de riquezas y honores.»

El general Paz le contestó con gravedad y nobleza: —«Coronel Uriburú: cuando un hombre ha llegado á los cincuenta, tiene derecho á no regirse por otros consejos que por los suyos propios.» Ya ves, querido Benito, que el hombre que así se espresa, no ha perdido aun el amor patrio que inocula la abnegacion, y cuando menos desprecia con arrogancia los honores y la gloria, cuando se reciben de manos impuras ó manchadas con el crímen, como las del déspota.

Ni el general La-Madrid, ni el general Paz, pueden ser tránsfugas: es decir, no pueden manchar en un dia los gloriosos laureles recogidos en el campo de la independencia, ni olvidar tampoco las cicatrices honrosas que recuerdan su pasado y que han labrado indudablemente su brillante porvenir.—La virtud que se alberga en los pechos nobles ni se prostituye ni se estingue nunca, por reiterados y duros que sean los golpes del infortunio: amortíguanse, sí, á veces, cuando la desgracia es tal, que debilita, no ya las fuerzas físicas, sino hasta las morales; pero reviven tambien al sentir el mas ligero eco del entusiasmo. ¡Ah! los valientes no pueden cometer bajezas, porque la hidalguía y la infamia se rechazan.

—¡Calla! ¡calla!... ¡eres capaz de entusiasmar á un muerto!—Estás desconocido, Manuel.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no te habia visto nunca tan animado.

—¿Te parece que salgamos á dar un paseo?

—Como quieras; pero lo de siempre: ¡cuidado con la lengua!

—¡Bah! no te hago caso.

Apenas habian salido los dos amigos del dintel de la puerta, tropezaron con otro conocido que se dirigia á toda prisa á la calle de la Federacion.

—Me alegro de hallaros: iremos juntos,—dijo el recien llegado.

—¿A dónde? contestó Manuel.

—Vaya, no os hagais los interesantes.

—¿Qué interesantes ni que rábano?—replicó Benito con energía.

—¿No sabeis nada? Mira:—señaló con el dedo dos cohetes que al parecer salian de la fortaleza.

—Y es verdad; —añadió Benito mirando al alto.—Cuéntanos, cuéntanos....

—Nada de nuevo; todo el mundo lo sabe; dicen que ha llegado el ministro del gobierno de Santa Fé; ese Cúllen, que segun la crónica escandalosa, estaba complicado tambien en los asesinatos de Barranca Yaco.

—Otra será la causa de esta algazara,—objetó Manuel con su acostubrado aplomo.

—Os digo que no: ahora mismo acabo de hablar con un funcionario que iba de toda etiqueta á hacerle la visita de cumplido. ¡Vaya! Rosas ha mandado que se adorne toda la calle de la Federacion, por donde debe de entrar, y ha suspendido todos los trabajos de las oficinas: hay fuegos artificiales, músicas y ha mandado su coche de gala; en fin, hay una funcion como si entrase un monarca estrangero.—Allá van equellos dos magistrados; ahí teneis otra música; vamos, vamos.

—¡Alguna infamia habrá tramado ese pícaro!—dijo Manuel por lo bajo.—Vamos allá,—repitió despues dirigiéndose á Benito, que no habia dicho, contra su costumbre, ni siquiera una palabra.

Echaron á andar nuestros amigos, y efectivamente hallaron al poco tiempo varias músicas que recorrian las calles y otras que tocaban delante del fuerte, donde se habia alojado ya don Domingo Cúllen, todo adornado é izada la bandera nacional.

Poco tiempo permanecieron allí los dos amigos: luego de haberse cerciorado de cuanto les habia contado el otro, Manuel le dijo á Benito, al oido: «vámonos que aquí no nos conviene estar.»

—Con qué ¡adios, Santiago!—dijo Manuel de repente.

—¿Ya os vais?

—Sí: tenemos que hacer una diligencia: luego volverémos.

—¿Has visto algo que te haga tomar esta resolucion?—dijo Benito.

—¡Cuando el tigre se alegra, segura tiene la presa!—La maz-horca anda de acecho, y francamente no quisiera ni aun verlos.—Además,

ya sabes que el amigo Martin nos encargó, que de tanto en tanto hiciéramos una visita á su amigo Vidal; y he pensado ir ahora que estamos cerca de su casa.

—Como quieras.

Fueron efectivamente á casa de este sugeto, uno de los diputados que mas combatieron el primer despotismo de Rosas, que por casualidad leia una carta de su antiguo amigo. Este, antes de su partida á Montevideo, entre otras instrucciones, encargó sobremanera, que emplease siempre que fuera necesario las buenas luces de Manuel y Benito, porque á un escelente corazon reunian cualidades muy recomendables.

—Llegais á tiempo, ahora mismo iba á enviaros una esquelita,—les dijo el antiguo diputado.

—¿Hay alguna novedad?—contestaron ellos.

—Sí: acabo de recibir carta de Martin: aunque nada dice él, empiezo por imponeros una rigurosa reserva.—Hé aquí los párrafos que os dedica:—leyó:—«A mis amigos Manuel y Benito que procuren ponerse en contacto con el general La-Madrid, que segun noticias, Rosas ha mandado llamar para sorprenderle y atraérselo á su mando. Que le vean y con toda la reserva posible que le digan, que sus antiguos compañeros de la guerra de la independencia le aguardan en Montevideo, para tratar de un negocio interesante: que no crea al infame Rosas, que le engaña. Que se vean despues con el general Paz, y que le reiteren el mismo encargo.»

Hasta aquí no hay inconveniente; pero yo los hallo, y tal vez grandes, en que vosotros podais llevarlo á cabo.

—Haré lo que pueda, ó lo que se me diga; pero confieso ingénuamente que no he hablado con ninguno de los dos;—contestó Benito.

—Yo me encargo;—añadió Manuel, despues de haber reflexionado.

—¿Y cuándo me podrás dar contestacion?

—A la noche; pero ha de ser tarde.

—Elige hora.

—A las doce.

—Convenido.

Nuestros jóvenes cruzaron aun algunas palabras sobre las ocurrencias del dia y se retiraron.

—Oye, Benito: al anochecer vendrás á buscarme.

—¿Y no nos veremos hasta esa hora?

—No: ahora voy á hacer una visita para cumplir nuestro encargo.

—Bien: si te parece que no vaya yo, me aguardaré donde digas.

—Segun: ya veremos. Esto depende de los pasos que voy á dar.

—Tampoco quieres que te acompañe?

—No, porque sigo direccion opuesta.

—Pues, hasta la noche.

—Adios.

CAPITULO XLIII.

EL CENTRO PATRIOTA.

MIENTRAS estos acontecimientos tenian lugar en la capital del Rio de la Plata; mientras el tirano iba asegurándose mas con las sangrientas escenas que tenian atemorizado todo el país; todos los patriotas reunidos en la ciudad invicta, en la floreciente Montevideo, organizaban el ejército libertador que á las órdenes del bizarro Lavalle, habia de llegar á las puertas de Buenos Aires, para sucumbir en Famalla.

Pero nuestro héroe Martin era el alma de todas las operaciones, y á pesar de las esclarecidas luces del ilustre Rivadavia, los Varelas y demás personas distinguidas, que allí se habian refugiado, todos le cedian gustosos la direccion de los negocios.

El general Viamont, cada dia mas placentero, rodeado de sus queridos hijos, respetado de sus amigos, no tenia otro placer que los largos paseos que daba diariamente acompañado de su querido Enrique, á quien queria tan entrañablemente como á cualquiera de sus hijos.

A veces el capitan Velazquez con su hermosa Rosario venian á buscar á los dos amantes y se iban juntos á la ópera: otras noches cansados del teatro, se reunian en la preciosa casa de los emigrados y allí se divertian con juegos inocentes.

Pero Martin siempre grave, siempre el mismo.

Para él, todos los momentos eran iguales: un solo pensamiento tenia ocupada su mente, un solo deseo movia su corazon.—Libertar á su patria del tirano y librar á aquellos desgraciados habitantes del furor de la maz-horca.

Sin embargo, como hemos dicho en otro capítulo, Oribe, presidente entonces del gobierno de la Banda Oriental, estaba convenido con Rosas, por los pactos qne habian mediado, y casi podia decirse que era teniente de este. Publicó dos decretos prohibiendo bajo pena capital toda relacion entre argentinos y orientales, con motivo de la sublevacion del general Rivera contra Oribe; y declaró enemigo público á todo aquel, que habiendo pertenecido al ejército sublevado, penetrase ó se refugiase en territorio argentino.

Convenidos, pues, Oribe y Rosas, exigió este que persiguiera á todos los que bajo cualquier concepto se hubiesen escapado de su cuchilla, y ó los encarcelase, ó les obligase á emigrar.

Así sucedió en efecto; y desde la persecucion de Oribe, se veian privados los argentinos de poderse reunir ni aun en sus propias casas.

Pero todas las maquinaciones de los tiranos se estrellaban contra la perspicacia de Martin. Viendo este que no estaban seguros, ni podian tener sus reuniones sin esponerse, estableció en uno de los puntos mas céntricos de la ciudad una elegante y bien abastecida tienda de comercio, para destruir por este medio y alejar la mas remota sospecha.

Hizo además construir un cuarto interior en tan buena disposicion, que por una escalera se bajaba á la tienda y por otra reservada, se podia salir á una calle escusada que daba á la cara posterior del edificio. Este era el punto de reunion y el centro directriz de las operaciones del ejército sublevado y de las maquinaciones que se tramaban para derribar á Rosas.

Ni Enrique ni Velazquez faltaban nunca á la cita, aunque tuvieran que dejar sus respectivas amadas á cargo del general Viamont.

Generalmente las sesiones no pasaban de las doce, para no llamar la

atencion de los vigilantes de Oribe, que habia organizado á imitacion de Rosas, pero sin cometer ningun crímen.

Una de las noches, con motivo de la calumnia con que Rosas procuraba desconceptuar al inolvidable Don Bernardino Rivadavia suponiéndole autor de una carta tan infame como los funcionarios de Rosas por quienes se habia fabricado, hubo tan acalorado debate, que se resolvió escribir á Lavalle para que se presentase al momento, lo mismo que á los generales Paz y La-Madrid.

Diez personas componian esta reunion de patricios, hijos los mas ilustres de la América del Sud, cuya presidencia se habia cedido al distinguido Rivadavia.

Martin, que era sin duda el mas entusiasta por la causa del órden y de la prosperidad de aquel vasto centro de riqueza, vírgen aun, pero que una política liberal y conciliadora podia fructificar, que unas leyes sabias y benéficas podian engrandecer y colocar á la altura de las naciones mas ricas del mundo; este hombre, decimos, que, como el genio del bien, estaba despojado de ese egoismo imperioso que dan en general las riquezas, de ese insaciable anhelo de adquirir, que caracteriza siempre á los ignorantes, de esa indiferencia estúpida que poseen los fátuos, que saliendo de la nada hacen de un elegante frac ó una levita la aristrocacia del alma, como si Dios hubiese pintado alguna vez al bueno engalanado con lujosos atavíos; no tenia otro placer que consagrar su vida en bien de la humanidad, que librar á su patria de las calamidades que la aniquilaban y defender á sus hermanos de las tropelías de aquel sér inhumano, que habia salido sin duda de lo mas profundo del averno para reducir al estado salvaje á aquella sociedad naciente, que apenas acaba de aspirar la primera brisa de la civilizacion.

Infatigable en su constante tarea de llevar el amparo al afligido, de consolar al triste, de socorrer al desgraciado, habia comprendido nuestro invicto héroe la verdadera mision del hombre, su imperioso deber para con sus semejantes, la sagrada obligacion que el supremo Autor impone á la humana criatura, de compartir con sus hermanos lo sobrante de sus necesidades, y de que las riquezas no constituyen por sí solas la verdadera felicidad; porque esta consiste únicamente en el placer de la beneficencia.

Y á la verdad: ¡puede darse mayor placer que el hacer bien á nuestros hermanos! ¡Ah! Si los hombres comprendiesen en su fondo esta sublime máxima, ¡cuantas desgracias se evitarian á la humanidad! Si los hombres comprendiesen bien el inefable gozo que produce la caridad, si se despojasen por un momento de ese ciego frenesí que les hace creer en la inmortalidad, que les hace olvidar la muerte; ¡ qué raras veces se levantarian los cadalsos! ¡Cuan pocos serian los criminales!

Pero, volviendo á nuestro hombre-modelo, favorecido como hemos dicho por la fortuna, cuanto mayor era su liberalidad, mas se acrecentaban sus riquezas. Hallábase ya la ciudad llena de proscritos, que de todas partes huian de la cuchilla del tirano, y como la mayor parte habian abandonado sus casas é intereses, carecian hasta de lo mas preciso para el sustento de sus hijos. A este fin tambien habia establecido Martin la casa de comercio y en otra de las reuniones propuso un medio para proporcionar á todos los emigrados argentinos, que se hallaran necesitados, un socorro diario ó mensual, á medida que fuesen mas urgentes los apuros de cada uno.

—Señores, dijo en esta reunion, nuestros hermanos y compañeros de infortunio, privados del preciso sustento, acuden á nuestro patriotismo para poder dar á sus hijos el amargo pan de la emigracion.

En su precipitada y forzosa fuga, hanse visto obligados á dejar en manos de los sicarios todos sus intereses; y personas hay que no escasean por cierto sus medios de fortuna, que jamás se han visto en la necesidad y hoy se ven obligados á recurrir á nuestra generosidad. Yo puedo disponer en efecto de algun recurso; y comprendiendo á donde llega vuestro civismo, al poner á su disposicion los mios no he vacilado ni un momento el ofrecer tambien los vuestros.

Pero para que estos no se estingan, para que la proteccion pueda ser tan duradera como las circunstancias que la han promovido, para que sus beneficios alcancen al mayor número posible, es indispensable que cada uno de vosotros coopere con su pequeño óbolo; mas diré: creo, que con un contingente de cuarenta pesos mensuales cada uno y los que yo pueda facilitar, que llegarán segun mis cálculos á dos mil, podremos sostener doscientas familias emigradas, que es el máximun

de las que pueden necesitar la subvencion diaria. A los que no se hallen en este caso se les proporcionará otra clase de recursos.

—Estoy acorde con cuanto acaba de esponer nuestro amigo Martin;—dijo el presidente Rivadavia;—yo añadiré por mi parte cuanto mis recursos permitan.

Pero es preciso además no olvidar el lamentable estado en que nuestros hermanos del Rio de la Plata se hallan.—Es preciso avisar á nuestros compañeros de Buenos Aires, Paz y La-Madrid, para que no se dejen sorprender por los halagos de Rosas.

—Ya lo he verificado.

—Bien; pues entonces es preciso mandar un correo á Lavalle, que se presente inmediatamente. Decidle que se le llama en nombre de la patria escarnecida y para devolverla su perdida dignidad. Aun no sabeis á donde llega el colmo de la degradacion de ese raro fenómeno de la humanidad.

Mientras alumbraban aquellos ignominiosos dias que ofendian la moral y la santa religion de nuestros antepasados, la Sala decretaba á Rosas títulos, honores, medallas, territorios enteros en premio de haber ahogado la libertad de su patria y de haber pisado sus leyes. El que en 1829 era coronel, en diez años ha subido á brigadier general, á ilustre Restaurador de las leyes, á héroe del desierto, á defensor heróico de la libertad americana y padre de la patria: tiene una espada, una banda y un escudo de honor, guarnecido de brillantes.—No le faltaba mas que proclamarse emperador, ó hacerse adorar, como un ídolo.—Esto no puede sufrirse, y es preciso que unamos nuestros esfuerzos, para derribar á ese hombre que está afrentando desde su silla el honor americano.

Todos recibieron estas palabras del ilustre presidente con tal entusiasmo, que Velazquez se habia levantado ya para ofrecer su espada; pero Martin le advirtió que era preciso tener una grande prudencia para que el enemigo no pudiera sorprenderlos.—Aquel mismo dia se despachó el correo que debia avisar al general Lavalle para disponer la cruzada.

A los pocos dias, con motivo de la llegada de Lavalle, volvióse á formar junta.

Martin fué el primero en tomar la palabra, y dijo:—Señores es pre-

ciso que llevemos á cabo de todos modos nuestra patriótica espedicion; pero antes es un deber tambien poner en salvo las vidas de nuestros conciudadanos, mejor diré, de nuestros hermanos; es preciso que nuestra accion se manifieste con toda libertad; que podamos obrar desembarazadamente. Sálvense nuestras esposas, guárdese la vida de nuestros hijos como la bella esperanza de la patria; aguze cada uno su ingenio; invente medios con que poder realizar nuestra gloriosa empresa. No temamos, señores: en las horas del peligro, debe cada uno pelear con honor; nuestro pensamiento debe estar fijo en ese punto de sangre, que como un planeta de mal agüero, ha aparecido en el horizonte que cubre la ciudad de Buenos Aires. ¡Qué importa que mueran algunos de los nuestros, si su memoria vivirá eternamente en las futuras generaciones! porque no hay que dudarlo, el recuerdo de la víctima sacrificada en aras de la patria, es imperecedero, es inmortal.

Cada palabra de Martin, era una centella que hacia arder los corazones de aquella asamblea, y así fué que sus últimos acentos fueron interrumpidos por vivos y entusiastas aplausos.

—¡Señores! esclamó Lavalle: de buena gana abdicaria el honor que se me ha conferido, á favor del ilustrado patriota, que merece, bajo todos conceptos, toda nuestra predileccion; señores, el caballero Martin tiene el don de iniciar y resolver con una lógica irresistible, las cuestiones mas trascendentales, las medidas que deben conducirnos á la gloria; nos presenta en muy pocos rasgos el estado actual de los negocios, y el porvenir de nuestra nacion. Esta reunion de ciudadanos ilustres, confia quizá demasiado en mi escasa pericia, y en la fama que he alcanzado con mis pocos méritos. Yo solo poseo el valor que dá la práctica de los combates, solo tengo corazon: estimo en poco mi vida cuando se trata de entregarla para el bien de mis semejantes, y mi espada solo sabe asestar su punta en el corazon de los tiranos. No nos alucinemos: hasta ahora solo hemos cuidado de organizar, mejor diré de dar espansion á la pasion generosa que igualmente nos domina; pero es preciso que para realizar nuestros medios, contemos con el recurso indispensable de intereses pecuniarios; pues su falta podria acarrearnos perjuicios de consideracion, que tarde ó temprano, entorpeciendo nuestra victoriosa empresa, nos conducirian infaliblemente á una ruina inevitable.

—No hay que temer, replicó Martin á esa interpelacion, que lanzada como una saeta entre los concurrentes liberales, habia causado profunda sensacion; no nos faltarán recursos; yo por mi parte ofrezco realizar dentro veinte y cuatro horas, y poner á disposicion del denodado Lavalle la cantidad de cuarenta mil pesos. No me detendré aquí; pues mi fortuna no escasa, todos mis bienes, hasta la esperanza de nuevas y ricas adquisiciones, están á disposicion de los hombres que deben dirigir nuestra heroica cruzada: están prontas siempre á emplearse en defensa de las libertades patrias, en pró de la restauracion de las leyes, en bien de todos nuestros hermanos.

Yo me reduciré gustoso á la pobreza, con tal de poder aliviar bajo todos conceptos á mi afligida patria, y secundar las elevadas miras de mis valientes amigos.

Martin no pudo continuar: la reunion volvió á interrumpirle con entusiastas vitores. Aquel hombre estraordinario casi lloraba de gozo. Lavalle no pudo contenerse. El presidente agitaba en vano la campanilla; por todas partes no se oian mas que aclamaciones, que repetian: ¡que generosidad; que desprendimiento! debemos elevarle un monumento, debemos imitarle sin vacilar.

El presidente temia con fundamento que la gritería y ovacion que reinaba en la sala, llegase á la calle y fuese motivo para inducir á alguna sospecha, y así, despues de algunos momentos de desahogo, volvió á reclamar el órden y la discusion templada.

Uno de los concurrentes que con mas energía iba corriendo de grupo en grupo, pidió la palabra, y con voz entrecortada por la emocion, pidió que se consignase un voto de gracias á Martin. Aquella pequeña Asamblea, accedió al instante y de buen grado, y se adherió por unanimidad á la proposicion del que acababa de enunciarla, y decia: El Centro Patriota fundado en Montevideo para salvar y regenerar á la patria, lleno de inefable gratitud, da al ilustre Martin un sublime voto de gracias por el favor inestimable que ha prestado en este solemne dia de prueba.—Todos se apresuraron á firmar la mencionada proposicion; mientras Martin luchaba en vano para impedir esa justa recompensa, debida á su talento y abnegacion.

Volvió á retirarse de nuevo el presidente, y encargó el mayor silencio. Señores, dijo: ha llegado la hora en que debemos separarnos; la

discusion ha llegado ya á un punto de verdadera efervescencia, y su prolongacion nos podria causar gravísimos disgustos. Todos en su línea respectiva, y yo el último, hemos dado testimonios irrecusables del patriotismo que nos anima. Oribe nos está acechando, y si se llegase á enterar de nuestras resoluciones, la delacion que de las mismas pudiera hacerse, nos seria fatal; seguramente seria causa de la muerte prematura de algunos de nosotros. Así suplico encarecidamente que nos retiremos. Parece que la prudencia nos aconseja que marchemos y que tomemos una resolucion definitiva.

—Aprobado, aprobado,—gritaron todos.

Despues de algunas lijeras observaciones, resolvieron que Lavalle fuese á encontrar á Rivera, que se hallaba á la cabeza del ejército destinado á derrocar á Oribe, á donde se le avisaria de todo lo que ocurriese y se le mandarian todo género de recursos.

Así concluyó esta nueva junta. Pocos momentos despues, y con el mayor disimulo, diferentes grupos salian en opuestas direcciones de la casa, y se marchaban con misterio y reserva á sus respectivos hogares, dándose, sin embargo, muchos abrazos y apretones de manos, pruebas inequívocas de verdadera efusion y de íntima inteligencia.

CAPITULO XLIV.

LOS DOS GENERALES.

No faltó Manuel á la hora convenida en casa del ex-diputado Vidal á dar cuenta del resultado de su comision.

—Ya se que no habrás salido muy airoso de tu encargo;—le dijo el ex-diputado alargándole una silla.

—¿Porqué lo decís?

—Sí: he visto una grave censura contra La-Madrid por haber sucumbido á los artificios del tirano. Además se me ha dicho tambien particularmente, que Rosas le ha pintado de tal modo, á pretesto del bloqueo, los peligros de la patria, suponiéndola amagada de una próxima conquista estrangera, que ha cedido por fin á sus envenenados halagos. Parece que le ha reconocido todos sus honores y grados y vá á salir para hacerse cargo del mando de una provincia.

—Precisamente no he podido ver al general La-Madrid; pero me parece que no será tan tonto para no conocer el verdadero motivo del bloqueo francés. Hace poco que se halla aquí, y yo os prometo, que

no faltarán amigos que le desengañarán. Es un valiente soldado de la independencia, que se ha hecho memorable por sus grandes hechos de armas en esa guerra, y me consta que no le faltan amigos en Buenos Aires, que le aconsejarán bien, porque se le aprecia.

—No lo creas; el tirano lo sabe todo; y procurará evitarlo alejándole pronto de aquí. Pero pasemos al general Paz.

—El general Paz debe atenciones á mi padre, que á pesar de su largo encarcelamiento de diez años, á pesar de haberse visto reducido á la última miseria, por haberle robado y confiscado sus bienes, no le abandonó nunca; porque tambien ha sido otro de los mas distinguidos en la guerra de la independencia, en la que mi padre sirvió con él.

—Sí: me acuerdo.

—Pues, como digo, le debe atenciones, son muy amigos y creo que no le habrá engañado...

—Bien, pero qué le ha dicho?

—A eso iba: preguntándole mi padre, como habia admitido de Rosas la rehabilitacion, contestóle que se habia empeñado en ello, y que el negarse era equivalente á desairarle y declararse en rebeldía; en cuyo caso se podia deducir cual seria el resultado; pero cuando le indicó, que en Montevideo estaban sus amigos y que contaban con él, dijo, que siempre habia obedecido á la voz del honor, del deber y de la conciencia; y que su espada no se habia desenvainado nunca contra los buenos patricios: que el tiempo haria justicia á su proceder.

—No podia esperarse menos: tambien conozco á Paz: es pundonoroso y valiente.

—Segun dice mi padre puede confiarse en él.

—Tan es así, que voy á contestar en este sentido.

El ex-diputado le dió las gracias por el buen desempeño, y despues de quedar convenidos en verse con frecuencia, se retiró nuestro jóven.

No se habian pasado muchos dias cuando las músicas, los cohetes y festejos, que habian tenido lugar á la entrada del ministro Don Domingo Cúllen, volvieron á repetirse. Benito, como de costumbre, vino á casa de su amigo y le enteró de la novedad que habia.

Mucho se habló sobre el recibimiento de este sugeto en los altos

círculos; y las consideraciones con que le trataba Rosas hacian sospechar que tal vez, querría servirse de su grande prestigio en Santa Fé para someterla ó incorporarla á sus dominios.

En efecto: el ministro Santafecino iba al teatro acompañado de dos edecanes de Rosas: ocupaba el asiento de preferencia del gobierno, y sabido es que alguna mira importante debia llevar Rosas para hacerle tan señalada honra que solo podia tributarse á otro de los gobernadores de las provincias ó estados confederados, ó bien á un monarca estranjero.

—¿Sabes, Manuel, que ese Cúllen, que tanto obsequia Rosas, es un asesino?—dijo Benito que era el hombre de las grandes noticias.

—Hombre no esas majadero: ya te tengo dicho mil veces que no seas lijero en juzgar á los demás: ¿por dónde te ha venido esa nueva?

—En la tienda lo han contado, y por cierto que eran personas de crédito. Dicen, que fué el que mas parte tuvo en la muerte de Quiroga y sus compañeros.

—No lo creas: la contradiccion no puede ser mas palmaria: si hubiese efectivamente tenido parte, hubiera sido encausado como los Reynafés. Estos hace poco que han sido fusilados, y ya ves que no iria Rosas á echarse tierra en los ojos, estando tan recientes los hechos, obsequiando, nada menos que como á un monarca, á un malvado. Además, me consta que es una persona respetable. Es el consejero mas notable del gobierno de Santa Fé y uno de los campeones mas insignes del partido federal. Segun he oido á mi padre, que ya sabes que los conoce muy bien á todos, en la convencien del año 28, en las ligas posteriores contra el general Paz, y en todos los actos mas solemnes de aquella provincia ha jugado hasta el dia un papel importante. Por eso le hace Rosas tanto obsequio: ¿no ves que es el director mas antiguo del partido federal?

—Siendo así, tienes razon. Pero tambien han dicho que Rosas queria atraerle para que Santa Fé se adhiriese á él en la cuestion francesa, siguiendo una política uniforme á la de Buenos Aires.

—Eso ya es otra cosa; pero para mí se esplica fácilmente el motivo de esas demostraciones públicas que le hace Rosas. Ser el director

y el mas insigne campeon del partido federal, unido á su brillante posicion y sus grandes riquezas.

—Lo último si que le importa bien poco al tirano.

—Importa, cuando el poseedor pertenece al partido de que él se titula Restaurador.

Así continuaron departiendo los dos amigos hasta que al salir mas tarde de su casa, hallaron al ex-diputado Vidal, que habia recibido aviso de presentarse aquella misma noche en la Sala de Representantes.

—¿Os ha sucedido algo?

—Nada por ahora, pero estoy trastornado. Habiéndose opuesto los representantes de las demás provincias á la guerra injusta que pretende sostener contra los estranjeros, necesita un cuerpo respetable que sancione sus injusticias y ha mandado reunir los diputados que hace dos años permanecian sometidos al puñal de la maz-horca.

—Pues, en mi concepto, es mejor que se reuna el congreso;—contestó Manuel;—porque así será robustecida la justa oposicion de los estranjeros y se le obligará á sucumbir.

—¿Y quién se atreverá á combatirla? ¿Habeis olvidado ya las pasadas escenas? Rosas se ha colocado en la resbaladiza pendiente del sistema opresivo, y en una nacion eminentemente libre como la nuestra no puede sostenerse este sistema sino por medio del terror.—¿No recordais lo que sucedió en 1836, cuando la Sala trató de combatirle? Tuvo que bajar la cabeza al alzarse el terrible puñal sobre ella; y si ahora la convoca, es para que le ausilie en sus crímenes, para mostrar á las demás potencias su poder, y para que vean que cuenta con el apoyo de la representacion nacional: pero yo no suscribo á esa degradacion; ahora mismo voy á disponer el viaje.

—Cómo! ¿os marchais tambien?

—Sin falta: ¿habia de suscribir yo á sus infamias? Mi voto no le ha tenido nunca, ni le tendrá.

—Pues, si nos abandonais todos, ¿qué harémos despues?

—Seguirnos á Montevideo. Cuando la patria peligra, todos tenemos el deber de salvarla; pero los jóvenes en particular.

—Por nuestra parte no seremos los últimos:—contestó Benito con entusiasmo.

—Así lo creo. Tal vez no está lejos el dia en que se os llame.

—Siempre estaremos prontos á derramar nuestra sangre para derrocar al tirano,—dijeron á la vez los dos amigos.

—Bien: los nobles argentinos no faltarán nunca á sus hermanos. Es preciso que os prepareis. Yo salgo ahora mismo, porque esta noche no asisto á la Sala, y demasiado conozco las consecuencias de este desaire. Por otra parte voy á compartir las penas con mis amigos y á ausiliarles con mis recursos.

—Es decir, que no nos volverémos á ver?

—No; pero escribiré.—De todos modos, cuento con vosotros.

—Para todo.

Montevideo era el único refugio, el único asilo á que tuvieron que apelar en aquella época todos los hombres notables, amenazados por la ensangrentada cuchilla del tirano. Los que tenian la suerte de escapar de su crueldad, se asilaban en la ciudad invicta, como el náufrago se ase á la tabla de salvacion.

La capital de la República oriental del Uruguay, la floreciente reina del Atlántico, la rica y hospitalaria Montevideo, ciñe desde esta época la inmarcesible corona de los Martires, que han peleado con denuedo por la libertad de su patria; que abandonando su hogar, su familia, sus intereses todos, acudieron á coronar sus murallas para rechazar el horroroso sitio de diez años y formar parte de un ejército que debia volver mas tarde con el victorioso estandarte de la libertad.

Allí se reunieron todos los hombres notables de la mayor parte de las provincias confederadas, que habian sucumbido al poder del usurpador; y si los ilustres generales Paz y La-Madrid, y todos los demás patriotas que se revelaron despues contra Rosas, no fueron á la ciudad invicta en busca de sus hermanos proscritos, fueron no obstante á otros puntos á encender y organizar la guerra fratricida, que la dictadura infame hizo surgir por todas partes.

Como estos insignes generales figuran tambien en el catálogo de los Martires, harémos una ligera indicacion de sus servicios y de las causas que mediaron para que aceptáran aparentemente la reabilitacion.

El general don Gregorio Araoz de La-Madrid, valiente soldado, como hemos dicho, de la independencia, siguió constantemente hasta 1838, una bandera opuesta á la del usurpador, lo cual le produjo re-

veses y miserias prolongadas. En este año, hallándose Rosas en hostilidad con los franceses, sorprendió su grande amor al país y le hizo venir á Buenos Aires con su familia, le reconoció todos sus grados y le obligó á que aceptase el gobierno de Tucuman, su provincia, para reducirla al yugo en que gemia el resto de la República. Pero tan luego como este general pudo hablar con sus amigos y enterarse del verdadero estado de las cosas, conoció que le habia engañado completamente sobre la naturaleza de las diferencias con la Francia; y los sucesos posteriores le confirmarán mas y mas, que la política con que pensaba regir á los argentinos, no era justamente la misma que él le habia insinuado.

Marchó, pues, con una escolta que le dió el mismo Rosas para Tucuman, tierra de su nacimiento, teatro de sus hazañas, jardin de sus laureles, como dice Rivera Indarte; y la provincia le recibió toda en masa con el mayor entusiasmo, dándole á escoger entre ser el primero de sus libertadores ó el mas cruel de sus verdugos.

El mismo orígen tuvo la fingida y alevosa generosidad de Rosas con el general Paz. Su miedo á los nuevos caudillos que la revolucion levantaba en las provincias y el hallar hombres capaces de combatirlos era lo que le habia movido á mostrarse generoso con ellos.

El general don José María Paz, que ha defendido y derramado su sangre por la causa santa de la libertad y de la independencia de su patria, fué hecho prisionero por el gobernador de Santa Fé, don Estanislao López, en cuya ciudad permaneció hasta 1835, y de aquí trasladado á la villa de Lujan, despues de dos años mas de prision en un calabozo, le dió á reconocer como general de la provincia, para hacerle otro de sus tenientes.

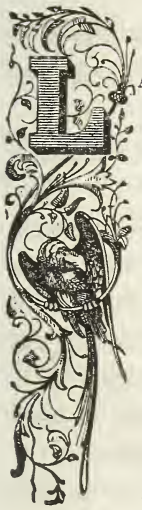
Pero aun cuando no pudo por de pronto hacer renuncia, porque esta le hubiera costado la vida, no dejaba por eso de repugnarle admitir honores que cubrian del mismo modo los pechos de feroces asesinos y de infames traidores. No desconocia el valiente general el objeto de su opresor al rehabilitarle; pero tuvo bastante virtud para no rendirle nunca homenaje ni hacer acto alguno de sumision, arrostrando por ello peligros y riesgos de consideracion y esponiéndose á amanecer asesinado ó fusilado. En fin, cuando halló ocasion se alejó de Buenos Aires y le envió su formal renuncia del empleo de general.

Fué á la Colonia del Sacramento, no á recoger el fruto y el honor de sus laureles, sino á vivir con su familia en una honrosa oscuridad; pero el voto de sus compatriotas, su gran renombre, los ardientes deseos del general Lavalle, contribuyeron poderosamente á arrancarlo de su modesto asilo y llevarle á los gloriosos campos de batalla, donde le aguardaban nuevos lauros, nuevas coronas que habian de orlar su frente.

Dejemos aquí á nuestros generales, que ya les hallaremos en el campo de batalla, combatiendo con denuedo la tiranía de Rosas.

CAPITULO XLV.

LA ENFERMEDAD.



La felicidad ni puede ser completa ni duradera. Los disgustos del coronel, ó mejor diremos, los acerbos dias, que siguieron al desgraciado lance de su hija, debilitaron de tal modo la fuerte naturaleza del anciano padre, que no tenia dia bueno. Sus achaques, empero, no amortiguaban en lo mas mínimo sus gratas emociones, el tranquilo reposo de su espíritu; principalmente desde que el mensaje de Martin le habia proporcionado nuevas tan lisonjeras acerca de su adorado Enrique.

Habia concebido el atrevido plan de hacer una espedicion á Montevideo, aunque su decaida salud no podia resistir un rigor tan largo como penoso.

Uno de los dias en que Amalia le entraba el chocolate, le halló como adormecido, le habia llamado dos veces y no le contestaba, y solo despues de varios esfuerzos logró una lánguida y triste mirada.

—Estoy muy malo, hija mia.

—¿Qué tienes, papá? ¡estás pálido!

—¡Ah! hija del alma; si siento morir, solo es por tí; lo siento, por dejarte sola en país estraño; pero muero contento, porque Dios me ha concedido lo que le rogaba dia y noche:—verte.

—Vamos, papá; que ganas tienes de asustarme. Las lágrimas no la permitieron articular otra palabra.

—¡Ah! no llores, no llores, Amalia del alma; me estás partiendo el corazon!

—Pero no, papá, no; tú no puedes morir, tú debes vivir para mí. Yo quedo casi sola en el mundo.

—No, Amalia, no quedas sola. Tienes un hermano que te ama, tienes á Agaparco, que segun veo te profesa una verdadera pasion, y sobre todo te quedará un sabio por director. ¡Martin! ¡Martin! á tí te la recomiendo. ¡Ah! si tú supieras cuanto sufro! sin duda estarias á mi lado.

—Pero, papá ¿que es lo que sientes? ¿en dónde te duele?

—Aquí, aquí, dijo el coronel, señalando la boca del estómago.—Amalia, levántame un poco, llama á los criados, diles que te ayuden, porque quiero sentarme... ¡ah! me sofoco, me ahogo...

—Ramirez, Pedro, gritó Amalia, venid, venid. Los dos criados se presentaron al momento y ayudaron á la hija, sentando al padre en la cama.

—Ahora retiraos, dijo Mendez, dirigiéndose á los dos criados; y tú, Amalia, siéntate á mi lado.

¡Hija mia! no te aflijas; siento caer tus lágrimas sobre mi mano, y cada una de ellas me está quemando el alma. Deja que mire tu rostro angelical, deja que recuerde en mis últimos dias la imágen de la mujer á quien amé tanto; ¡ah! tu madre era como tú, tan esbelta, tan flecsible, tan dulce.—El pobre anciano imprimió un beso helado en la frente de su hija. Aquel beso le hacia venir á la memoria el fuego con que lo dió en otro tiempo á la mujer que fué su esposa.

—Tú te agitas, papá? quizá te preocupas? Me parece que no estás tan malo como te figuras. Si te parece podremos llamar al médico.

—¡Ah! sí, al médico... pero no al del cuerpo sino al del alma.

—¡Cielo santo! esclamó Amalia en voz baja;—¡ah! muy malo estará cuando así me habla.

—No pierdas los momentos, que son preciosos; ¡Enrique! ¡Enrique!

Pobre jóven; tú ignoras el estado de tu padre, pues á no ser así, volarias á los brazos de quien tanto te ama. Ya no te veré mas; ¡hijo mio! ¡hijo mio! tu padre te envia desde el lecho del dolor la última bendicion: recíbela, Enrique del alma! Continúa la carrera que con tanto honor has empezado; acuérdate de tu padre ¡ah! objetos queridos del alma ya no os volveré á ver. ¡Amalia! ¡Amalia! abrázame: quiero sentir tu calor, ¡ah! Dios mio, me parece que respiro, me rejuvenezco, ¡Amalia! nada me contestas?

—¡Papá!...¡Papá!... no puedo.....

—¡Hija mia! ¡Hija de mis entrañas! no te desesperes. Tu padre rogará por tí desde el cielo.

Apenas habia el coronel Mendez proferido las últimas palabras, oyó en la calle un ruido que producia el galope de un caballo. Amalia conocia perfectamente aquel galope. —¡Agaparco! murmuró, no podiais llegar en mejor ocasion.

Algunos segundos despues, el criado Ramirez anunciaba al recien venido y pedia permiso para que se le dejase entrar.—Adelante, gritó Amalia con voz apagada. Entró Agaparco, y en la repentina mudanza que esperimentó su semblante, podia leerse la impresion que le habia causado la mirada del padre y los humedecidos ojos de la hija.

—¡Agaparco! sed bien venido. Vuestra presencia me servirá tambien de mucho consuelo. A los dos os necesito mas que nunca en mis últimos momentos.

—¿Qué decís, noble Mendez? Vuestras palabras son mas confusas que de costumbre. Hay en vuestro lenguaje un no se qué de lúgubre, parecido al viento que gime en el desierto durante la noche. No creo que haya sonado para vos la hora de la última respiracion. Vuestra vida aun será calentada por muchos soles: no temais, buen anciano, no temais.

—¡Ah Agaparco! mis horas están contadas, creo que no veré ponerse el sol en el dia de mañana.

—Papá, papá... basta, que ya no puedo aguantar...

—¡Amalia, Amalia! no desfallezcas. Dulce compañera de mi soledad, debes vivir para ayudar conmigo al anciano que te engendró.—Agaparco pronunció estas palabras con un acento enamorado y varonil al mismo tiempo. Su mirada ardiente encontró la mirada de Amalia, y

aunque esta se esforzó en disimularla, sin embargo, ambos se comprendieron, porque sentian que les faltaba un vacío que llenar, un acontecimiento que acercase mas sus almas, una escena que pusiese en descubierto toda la intensidad de sus sentimientos.

—¡Agaparco! esclamó Amalia; hay instantes en que la palabra consuelo no basta para endulzar las penas del corazon. Siento no poder pagaros gratitud por gratitud; pero las espresiones de papá, me hieren y dejan en el fondo de mi corazon una herida profunda.

—¡Querido indio! dijo Mendez con voz ahogada; interin dure la enfermedad, que creo será muy corta, cuidaos, junto con mi hija, de todo lo que sea menester para cuando llegue el médico y el Rey de los Reyes.

—No perdais cuidado, anciano el mas justo; todo se arreglará con la inspiracion del gran espíritu.

—Callaos y dejadme descansar algunos instantes, si es que puedo.

Los dos amantes permanecieron estáticos contemplando aquella naturaleza que iba consumiéndose.

El coronel habia podido conciliar un ligero sueño; pero la llegada del médico y las pocas esperanzas de vida que habia dado acerca del paciente, habian llevado la consternacion y el desasosiego al seno de toda la familia: el gobernador, en cuya casa habitaba el padre de Enrique, se afanaba en prodigar toda clase de recursos. Sus criados, sus intereses, él en persona, se ofrecia con el mas vivo afecto á la mas ligera insinuacion de Amalia y Agaparco.

El lector podrá figurarse, por la clase de escenas que en semejantes casos acontecen, el trastorno y agitacion que reinaba en la morada de uno de nuestros personajes, principalmente despues de haber recibido los Santos Sacramentos; pues desde aquel momento la cabeza se iba turbando, y las palabras salian confusas de sus cárdenos labios. El padre de Amalia pasó la noche en una lenta agonía: á la mañana siguiente, solo conservaba un destello de inteligencia. Sus miradas vagas é inquietas buscaban á dos objetos, estos eran Amalia y Agaparco. Los dos nunca se separaban del lecho. Amalia ofrecia un aspecto el mas triste y desgarrador; acercaba sus labios á los de su padre, para poder sentir de este modo su pesada respiracion. El anciano queria hablar, pero ya no podia. La muerte iba á descargar el golpe fatal

sobre aquella venerable cabeza. Hubo un instante en que parecia que sus ojos querian salirse de las órbitas: este instante fué el penúltimo de su vida; dirigió una mirada de apagado amor á su hija, miró al cielo, se estremeció, inclinó la cerviz, y en aquel momento su alma voló á la mansion de lo infinito... Un grito desgarrador se oyó al mismo tiempo.—¡Ah! padre mio... ¡Ya no tengo padre!—y el cuerpo animado de Amalia estendió sus brazos y cayó desplomada rozando su frente con la frente del cadáver. Agaparco, no sabia lo que le pasaba; cruzó los brazos y besó respetuosamente la mano del que acababa de espirar. Algunos segundos despues los criados levantaban un ataud en una de las principales salas del gobernador: este estaba verdaderamente consternado. ¿Pero cómo separar á Amalia del inanimado cuerpo de su padre? En vano intentó lograrlo Agaparco; en vano queria persuadirla el gobernador.—Quiero morir... morir aquí... á su lado...—fueron las únicas espresiones que contestaba la hija á todos los amigos que de veras la compadecian.

—¡Amalia! ¡Amalia! No te desesperes, la decia su amante: yo seré tu padre, yo te amaré mas que él.

—No, no, Agaparco; en el mundo solo se tiene padre una sola vez. Vos y los vuestros habeis sido hasta cierto punto la causa de su muerte.

—¡Amalia! ¡Amalia! dijo el indio desesperado, arrojando un cuchillo á los piés de aquella jóven desconsolada; mátame, mátame; pero no me hagas culpable de la muerte de tu padre.

—¡Perdon, perdon, Agaparco! no sé lo que me digo. Ofenderos yo, cuando os debo vida y honor: imposible, imposible.

—Estais perdonada, mujer incomparable, rosa de los Andes.

—Silencio, silencio; ante el cuerpo de mi padre, tan solo debe orarse: hablar de amor seria profanarle.

—Oremos pues, Amalia.—Esta no quiso separarse ni un momento del cadáver de su padre. Su sentimiento rayaba en desesperacion cuando el toque de las campanas marcaba la hora del entierro. Solo Agaparco recogia con sus manos aquellas lágrimas, que para él eran una lluvia de perlas y otras tantas chispas de fuego que avivaban mas y mas su amorosa llama.

Dos dias despues el fúnebre cortejo seguia al ataud. Un indio con el

cabello desgreñado y golpeándose el pecho, caminaba al lado de la fúnebre carroza.

La muerte habia herido á una ilustre víctima. Amalia estuvo como ensimismada. El generoso peguenche iba cobrando un poderoso ascendiente en el ánimo de la hermana de Enrique. El amor habia sido el sacerdote que habia velado junto á la cabecera del moribundo. El recuerdo indeleble de una hija y de un amante, era la primera cosa que pendia de la piedra que cubria los restos del insigne veterano, del ilustre Mendez.

CAPITULO XLVI.

UNA ESPERANZA DE AMOR.

Las lágrimas y los suspiros de Amalia resonaban aun por las salas de la casa del gobernador de Chile: aquello era algo mas que un justo sentimiento; era un vértigo de amor hácia su padre.

El gobernador habia cumplido con todas las ceremonias que la religion y la ley prescriben.

Amalia le habia suplicado que de la manera menos sensible participase la muerte de su padre á su hermano Enrique.

El gobernador determinóse á escribir á Martin; pues no queria dar un sentimiento tan terrible al hermano de Amalia; pero antes de verificarlo, esplotó el ánimo de la hija de Mendez cierto dia que esta parecia menos abatida.—Amalia, la dijo, dad treguas al dolor, no precipiteis vuestra salud, pues es muy preciosa; debeis pensar que no sois sola en el mundo: teneis un hermano á quien podeis aun ser útil.

—A nadie hago falta en el mundo. Muerto mi padre, solo aguardo

con ansia reunirme con él en el Cielo. ¿Quien me amará tanto como él? ¡ah! es imposible encontrar otro ser que teniendo la cualidad de padre amase tanto á sus hijos.

—Estoy convencido de cuanto me decís; pero esa misma religion que vos invocais os prohibe atentar contra vuestra vida, y seria atentar contra ella si continuaseis en la desesperacion que os domina.

—Os estoy muy agradecida por el síncero cuidado que por mí os tomais; creedlo: solo mi gratitud eterna puedo ofreceros en recompensa. Pero desearia partir para Montevideo; porque es muy regular que habiendo muerto mi padre, vaya á reunirme y á llorar junto con mi querido Enrique y mi protector Martin.

—Los dos hemos tenido el mismo pensamiento; pues no hace muchas horas que acabo de mandar un propio á Montevideo, para que entregue una carta á Martin, en la que le participo vuestra sentida pérdida y el nombramiento de albacea hecho en el testamento de vuestro difunto padre.

—¿Le direis tambien que me iré á reunir con ellos muy pronto?

—Sí, le digo que aunque siento muchísimo que os separeis de mi casa y compañía, sin embargo vuestro bienestar, por el que me intereso vivamente, ecsige que os separeis de estos lugares, donde estais viendo cada dia el lecho de agonía de vuestro padre; y debiendo separaros de aquí, en ninguna parte podreis estar mejor que al lado de la persona en quien vuestro padre tenia completa confianza.

—Sois el hombre mas generoso del mundo, gobernador.

—No he hecho mas que lo que debia. Los vínculos de amistad que me unian á Mendez databan de alguna fecha, y nunca tuve que arrepentirme de haberle alargado la mano: me honraba pronunciando su nombre: ¡ah! vuestro padre, Amalia! era un completo caballero, un valiente militar, un amigo incansable...

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! no le volveré á ver mas...

—Enjugad, enjugad vuestro llanto, Amalia, hora es que descanseis de la agitacion de esos dias pasados.

—Creo que os esforzais en vano... ¡ah! sí, sí, quiero desahogarme, me siento apesadumbrada, tengo un nudo en la garganta, aunque sé que mis lágrimas y oraciones son vanas; pues no pueden restituirle la vida.

El gobernador que veia que su conversacion se hacia penosa para la pobre Amalia, trató de retirarse y encargóla que fuese á pasear por el jardin, donde encontraria á Anita y Dolores, que eran las dos niñas del gobernador.

Amalia gustaba de las flores; y el jardin de la casa nada dejaba que desear. Arboles crecidos alternaban con humildes tilos: los claveles, las rosas, los jazmines, las mas ricas y perfumadas plantas americanas levantaban su esbelto cáliz junto á las venidas del suelo europeo. Aquí los bien concertados caminales formaban un laberinto, allí un cisne colocado sobre un pedestal de mármol despedia borbotones de agua que formaban al caer caprichosas figuras: mas allá la hiedra y la enredadera cobijaban una glorieta, representando en algunos puntos de su superficie la entrada de una gruta: bellas estátuas, apiñadas paredes de boj, pintadas pajareras que cárceles eran de trinadoras aves, saltos de agua, montecitos cubiertos de malvas y campanillas, formaban en su variado conjunto una perla de la creacion, una mansion de placer, un paraiso encantado.

Amalia al pasearse por ese bello eden, evitaba cualquier encuentro que pudiera distraerla de sus meditaciones; queria estar sola, porque la soledad hablaba el lenguaje misterioso que tan bien cuadraba al estado de su alma.—Por fin marcharé, decia contemplando un ramo de violetas que iba entrelazando: sí, y debo partir lo mas tarde pasado mañana: ya no os regaré mas, flores que empezabais á serme queridas; pero yo debo alegrarme de volver cerca de mi patria, debo gozar pensando que abrazaré á mi hermano; pero tambien voy á dejar las cenizas de mi padre, abandonaré quizás para siempre la vista de los Andes... ¡los Andes!... y que valen esos montes para mí, de donde solo puedo recordar una escena triste, un robo hecho por los peguenches, por esos seres viles, degradados... ¡ah! pero no lo son todos, hay uno que fué muy generoso, que se portó conmigo como el europeo mas civilizado, jóven de arrogante presencia, hombre que en la sociedad seria un héroe. ¡Agaparco!¡ Agaparco! entre mi ser y el porvenir se ha colocado su sombra, que á mi pesar por todas partes me sigue. ¡Señor! ¡Señor! iluminadme,—dijo postrándose de rodillas;—alguna vez parece que llego á tener una pasion... pero, no, no, eso es mentira; ¡corazon! ¡corazon! no me engañes. Hay en su acento salvaje cierta ter-

nura, un fondo de melancolía que atrae; tiene una mirada de fuego y hay momentos, en que parece que me quema; yo le he visto mil veces postrado á mis plantas pidiendo una mirada de amor, y sin embargo no he sentido por él; pero al mismo tiempo hay una fatalidad que me persigue, quisiera no verle y le veo, quisiera alejarme de él, y ahora que voy á hacerlo, temo su ausencia.—Pero, ¿qué digo, cielo santo? Yo estoy delirando, yo amar á un salvaje! no, es un sueño, un delirio...

Al poco rato se retiró á su cuarto: el sueño vino á cubrir las ardientes pupilas de Amalia; solo de vez en cuando soltaban alguna lágrima seguida de un profundo suspiro.

Los besos de la pequeña y hermosa Dolores la dispertaron: aquel angelito se habia aficionado á ella, la queria á pesar de su pequeño corazon con un amor muy grande.

—Ha llegado Agaparco, Amalia, y ha preguntado por tí: en este momento está hablando con papá.

—¡Dios mio!...¡Dios mio! esclamó en voz baja Amalia.

—Ya se que nos dejas, ingrata, ya se que mañana te marchas.

—Sí, hija mia, mañana sin falta.

—Espero que no te olvidarás de mí.

—Nunca, nunca, serafin de mi alma, dijo Amalia besando y abrazando á la pequeña Dolores y saliendo del cuarto.

Aquel dia parecia que Amalia procuraba con mas asiduidad encontrarse con Agaparco; pero temia al mismo tiempo hablarle. El indio por su parte parecia estar mas taciturno que de costumbre.

Llegó el crepúsculo de la tarde. El anochecer, sin pecar en romanticismo de mal género, tiene algo de sombrío, de frio, de triste. Amalia debia participar la marcha á su amante, revistióse de valor y tomando al peguenche del brazo, le dijo:—Bajemos al jardin.

El salvaje en apariencia, sentia el dulce peso del brazo de su adorada: en aquel momento era feliz, muy feliz...

La hermana de Enrique fué la primera en romper el silencio.

—Agáparco, tengo que daros una noticia que me es muy dolorosa.

—Mi corazon, hermosa mujer, está acostumbrado desde mucho tiempo á coronarse de ciprés. Habla; pues tus labios son una copa de miel.

—Desde la muerte de mi padre, mi permanencia en estos lugares no es muy natural, y así es que he determinado partir.

—Partir tú, Amalia: imposible. El gran espíritu ha turbado tu razon.

—No, no, Agaparco, no es ficcion; es la pura realidad; mañana me separo de vos, me marcho...

—No, no puede ser, no; tú no puedes querer que me muera, tú no eres tan cruel: los espíritus de mis amigos me habian dicho que eras muy compasiva y que querias á los hombres como hermanos.—Gracia, gracia, Amalia, para este pobre indio,—esclamó cayendo de rodillas y besando los piés de su adorada.

—Levantaos, no quiero que esteis así; debeis ser mas digno, sois mi mayor amigo.....

—Nada mas que amigo, nada mas! cuando derramaria mi sangre por tí, cuando no puedo respirar sino á tu lado: creia que tenias el corazon de paloma, y veo que lo tienes mas empedernido que las rocas de los Andes.

—Os equivocais: siento en el alma el marcharme, y sin embargo es preciso. Las mujeres sociales debemos tener mucho cuidado, porque los hombres que nos juzgan, tienen la fama en sus manos, y así como pueden enaltecerla, tambien pueden mancillarla.

—Mientras me tengas á tu lado, ¿qué te importa el mundo? ven conmigo y serás la reina del desierto, tendrás mil esclavos, tendrás mil mujeres que te sirvan, tendrás mi corazon si para algo lo quieres, tu toldería será un rico palacio, y nuestro lecho un trono de amor.

—Callad, Agaparco, callad, me haceis temblar.

—Temblar tú! mira esa luna que nos ilumina, cada dia veo tu imágen en ella, cada dia la envio un beso, cada dia me levanto á media noche para adorarte en ella.

—¡Ah! me amais mucho, pero lo siento; pues otra mujer podria apreciar vuestro cariño en todo lo que vale.

—Y tienes valor para decirme que no me amas? pues entonces, que me importa la vida: estoy desesperado..... ¿que es el mundo sin ella? Rios de la América, lagos de la montaña, bien pronto recibireis el cuerpo de un pobre peguenche.

—Guardaos bien de atentar contra vuestra existencia: debeis vivir, Agaparco, debeis vivir, quizá para ser amado.

—¡Ah! ser amado... ¡Amalia! una lágrima, un suspiro, una esperanza.....

—Pues bien, dejadme partir para Montevideo, no me opongais ningun obstáculo, y os amaré con el tiempo. Creo que demasiado os he dicho... Adios, hombre generoso; es hora de retirarme. Adios! acordaos que en Montevideo hay una mujer que ha derramado lágrimas al separarse de vos.

Agaparco quiso detenerla, pero fué en vano; ella se deslizó como una sombra fugaz y el indio quedó con los brazos estendidos; acababa de bajar para él una aparicion divina.—Seré amado, dijo, seré amado... una esperanza de poseerla... á ella, á ella, tan buena, tan angelical...

—No puedo verla partir, me marcho. Y Agaparco cogió su caballo y dando un adios, partió al desierto para saborear en la soledad la dulzura de aquellas palabras; estaba loco de amor, corria en alas de una esperanza, corria en pos de una luz lejana que le decia, espera... espera.....

Los dos criados que habian de acompañar á Amalia, iban presurosos de una parte á otra preparándolo todo para el viaje. La hermana de Enrique no se acostó en toda la noche, le faltaban horas para llorar, su vista se dirigia tambien al plateado disco de la luna, saludaba con el pensamiento á Agaparco que corria montado en su corcel al través de la oscuridad. Contaba las horas con ansia, rogaba á Dios por su padre, anhelaba partir, pero no podia resolverse á abandonar la esperanza de volver. El amor hace milagros: es una verdad muy sabida, pero es una gran verdad.

CAPITULO XLVII.

LA CABEZA DE UN HÉROE.

UENOS AIRES continúa presentando lagos de sangre y de lágrimas. Rosas sigue desplegando mas que nunca el sistema del terror. Las cabezas separadas de sus troncos, y los miembros del cuerpo humano, mutilados por la maz-horca, son ya innumerables.

Rosas llega hasta á negar sepultura á los cadáveres; se pone delante del mismo Dios y escupe á sus sacerdotes: es un maniaco del crímen ; es la hiena argentina que hace salir sus cachorros para devorar á las víctimas señaladas con su ensangrentada garra.

Las pocas almas grandes y compasivas que han quedado en Buenos Aires, buscan un asilo en la oscuridad. Nuestros dos jóvenes Benito y Manuel viven ahora en una mala choza de una calle sucia, entre la gente del vicio por evadir la persecucion de la maz-horca y alejarse del contacto de sus repugnantes escesos.

—¡Ah! Manuel, aquella buena mujer, la infeliz viuda que te dije, está desconsolada.

—Es preciso que obre con mucha cautela; de otro modo, en lugar de un cadáver, habria dos.

—Habia sido muy hermosa; pero ahora solo conserva una sombra de su existencia pasada; es un esqueleto ataviado con algunos restos de la mortaja de su belleza.

—¡Infeliz!

—Está muy necesitada, la he dado parte de mi salario á fin de que pueda comer un poco de pan, y dice que al comerlo, le huele á cadáver ó á cementerio.

—¿Y al fin que ha determinado?

—Me ha dicho que luego vendria para que la acompañásemos.

—Este paso que vamos á dar, nos compromete hasta cierto punto, y te juro que si la serpiente de cascabel nos mira con mal ojo, quedamos en el acto envenenados y hoy será el último dia de nuestra vida.

—Lo hemos prometido, Manuel; no vaciles: son ya las doce y no creo que tarde mucho en venir esa desgraciada.

—Bueno, puesto que no se puede remediar, pecho al agua...

—Voy á meterme un par de pistolas en los bolsillos, por lo que pudiese tronar; aunque lo mejor seria un cuchillo, que no se siente, y al fin y al cabo, produce el mismo efecto.

—Siempre has de precipitarte; no seas necio: ya te he dicho que si vas siguiendo así, un dia vas á servir de entretenimiento á algun mazhorquero, ó á romper la cuerda de alguna horca.

—Tendria un gusto en matar á esa pantera, aunque tuviese que sufrir luego los mas atroces tormentos.

—Niño: siempre niño; ¿crees acaso que no se hallará preparado?

—No importa: tal vez la accion sola influiria en sus posteriores hechos.

—¡Oh! el hombre es como el leon cuando se ceba en carne humana; le emborrachan los vapores de la sangre, y los satélites de nuestro «supremo dictador,» son otros tantos bárbaros leones que sustituirian muy dignamente al carnicero de su amo.

—¿Con qué, eres del parecer que vayamos desarmados?

—Sí: muy desarmados y muy contritos, como quien vá al suplicio; pues si Rosas huele que por acompañar á la viuda somos unitarios,

puedes contar que lo menos servirá nuestro pellejo para badana de un tambor ó para asiento de butaca.

—Calla; oigo pasos, alguien sube: voy á atisbar.

—¿Quién es? hemos hablado muy alto, y quizá... hum...

—¡Cuidado, señora! que la escalera es muy oscura; agárrese usted bien á la baranda.

—Tengo la cabeza tan perdida, que á cada escalon tropiezo.

Efectivamente era la que subia una respetable señora, de edad mediana, que venia á buscar á Manuel y Benito.

—Despachen ustedes pronto;—dijo al entrar,—pues me han asegurado que la Manuela se muestra algo propicia, y es la hora que está en casa.

—Pronto, pronto, Manuel; cuidado en olvidarte nada, el gorro colorado, el chaleco, el bigote: vamos, que esas son unas insignias tan ridículas como el que las inventó.

—Yo no voy de oficio: voy como particular á ver á la familia, y vestiré el trage de mi clase: en la inteligencia que te prohibo llevar ninguna de esas prendas.

—Por Dios, caballerito, no hableis así: debajo de cada piedra hay un maz-horquero, un espía, un vil asalariado que tiene amplias facultades para quitar ó perdonar vidas.

—Con que, en marcha y cuidado; mucha humildad, mucha hipocresía; ¿oyes, tú, Benito? á la primera que sueltes, te pellizco ó te piso el callo, hasta hacerte cantar una letanía de ayes.

—¡Ah! señores: no podré pagar nunca un favor tan singular.

—Señora, para estas ocasiones se tienen los amigos; contestaron los jóvenes.

Así iban hablando nuestros tres personajes siguiendo la calle que debia conducirles á la habitacion de Rosas.

Este estaba despachando en su gabinete, en el momento que entraban en la antesala nuestros dos amigos y la pobre viuda. El criado algo regordete que estaba de centinela junto á la puerta les interrogó á qué venian, y le contestaron que querian presentar una solicitud al señor Presidente.

Entró el interpelante y á poco rato salió, diciendo que aguardasen un momento.

Habia apenas pasado un cuarto de hora, cuando se oyó una voz que mas bien rugia que pronunciaba... Adelante.

Abrióse la puerta del gabinete y apareció nuestro hombre sentado delante de una mesa cubierta con varios papeles, huesos y cuchillos, llevando chaqueta en lugar de bata, y cubierta la cabeza con su casquete color de grana.

Recibió á nuestros tres suplicantes con una sonrisa sardónica, y les midió de piés á cabeza con una mirada de tigre.

—Qué quieren los ciudadanos?

—Señor, contestó temblando y alargándole un papel la señora, que no era otra que la viuda de un valiente caballero que habia muerto hacia poco peleando contra Rosas y en defensa de la libertad argentina.

El memorial que alargó aquella pobre mujer al infame, contenia una súplica por la que se reclamaba que los restos de cierto cadáver que habian quedado sepultados en una zanja de la Guardia del Monte, fuesen trasladados á un cementerio, donde se les pudiera cubrir con tierra sagrada.

Rosas arrebató mas bien que cogió el papel que le presentaba la infeliz; leyólo, y tomando una pluma, lo decretó con una sonrisa, de que Satanás hubiera tenido envidia: volviólo á doblar y con ademan de desprecio lo volvió á entregar á la azorada mujer.

Benito y Manuel se habian mirado de reojo como en señal de inteligencia; pero no osaban levantar la cabeza, porque se sentian sofocacados por la rabia.

—Señor mio, si se me permitiese ver á la señora Manuela.

—¡Ah!... quiere usted gracia, tartamudeó Rosas; pues bien vayan á la sala que allí estará.—Y con un ademan brusco é imperativo les despidió.

Efectivamente la hija de aquel hombre «tan bien educado» estaba en la sala con dos caballeros que habian ido á visitarla. Hizo un saludo algo ceremonioso al ver entrar la viuda, que por solo el semblante se conocia su desconsuelo, y la preguntó con cierto misterio, en que podia complacerla.

La desconsolada viuda pidió encarecidamente á Manuela qne intercediese por ella.—Señora, la dijo, suplicad á vuestro padre que me deje enterrar cristianamente á mi marido.

—Para los unitarios.. .. esto..... y mandó á su hija que presentára la bandeja.

—Sí, á un vil unitario,—gritó una voz que no era otra que la del verdugo Rosas, que salia en aquel momento de su gabinete y entraba en la sala por una puerta falsa, con la cabeza descubierta, sospechando que estaria en ella la que acababa de pedirle gracia.

Manuela, vete á buscar aquella joya que hay allí dentro; es un hermoso presente; anda, tráela, pero dí antes al criado que te la ponga en la bandeja para que no te manches.

Manuela obedeció maquinalmente: el horroroso tigre, que aguardaba impaciente la vuelta de su hija, pronunció al verla llegar la siguiente frase:

—Para los unitarios... esto... y mandó á su hija que presentára la bandeja.

Presentóse, en efecto, y se veia un bulto en ella que era..... Dios mio! cielo santo! gritó la viuda..... una cabeza de hombre. Benito y Manuel horrorizados dieron un paso atrás, desde la entrada de la puerta donde habian presenciado la escena: la viuda cayó desmayada en brazos de uno de los dos caballeros que estaban de visita, y que, como eran amigos de Rosas, no se habian impresionado mucho, acostumbrados como estaban á sus cuotidianas maldades: Rosas contemplaba aquella escena con una sangre fria propia del asesino y del hombre criminal.—Señores, les dijo,—esta es la cabeza del inmundo y salvaje unitario, del teniente coronel tucumano D. Juan Zelarrayan.

Sí: del infeliz Zelarrayan!!!..... contra quien habia mandado Rosas varias partidas junto con una de indios pampas, para que donde quiera que se le encontrase se le cortára la cabeza, órden que vieron varias personas en el Sud.

En la costa del Rio Colorado cayó la cabeza del patriota Zelarrayan, por la que recibió en premio 2000 pesos el teniente coronel Ventura Miñana junto con el grado de coronel.

Rosas habia manoseado, escupido y pisoteado aquel cráneo lívido, enviándole despues al cuartel del Retiro, y ecsigiendo á Céspedes y á otro amigo del difunto que tenia puestos en capilla, que para salvar sus vidas estuviesen de rodillas delante de la cabeza por espacio de tres dias consecutivos, durante cuatro horas, custodiados por los generales Corvalan y Rolon... ¡que horror! así trataba este hombre á los defensores de su patria... ¡Que oprobio! los satélites del tirano habian

formado tambien danzas alrededor de aquella cabeza que aun parecia estar animando al tronco de que habia sido violentamente arrancada: las escenas de canibalismo no son para contadas, porque son demasiado hediondas, y solo el narrarlas ensucia y embrutece. El estandarte de la libertad levantado por Zelarrayan era el paño mortuorio que á pesar de todo inmortalizará á este héroe.

Nuestros tres demandantes acababan de salir de aquel recinto del crímen helados por el terror. La viuda se habia separado accidentada de aquel palacio de maldicion, y al llegar á su casa, hasta donde la acompañaron los dos amigos, leyó las palabras—*no ha lugar*, en el márgen de la solicitud. Dejóse caer en un sillon y derramó un torrente de lágrimas.

Benito y Manuel cerraron bien la puerta, porque les parecia que veian entrar á la hija de Rosas con la fatal bandeja. ¡Baldon! ¡baldon eterno á ese maldito monstruo que juega con la carne humana! ¡Muera! ¡muera el bárbaro que así ultraja al mundo! ¡que los perros le coman, le destrocen los buitres, le traguen las fieras!.. Basta, basta de carnicería; sobra sangre, las tumbas no pueden engullirse mas cadáveres; los infiernos no tienen tormentos para castigar al monstruo!!!...

CAPITULO XLVIII.

ROSAS EN EL HOGAR DOMESTICO.

LEED mas renglones de sangre: es preciso recibir un bautismo de maldades; aun no está repleta la pantera.

—¿De que provendrá ese fétido olor que pasando por una de esas calles se percibe? ¡Manuel! ¡Manuel! ¡un cadáver!... otro cadáver...¡que peste!... ¡esto es insufrible! No se puede respirar!—Así hablaba el amigo Benito á su camarada inseparable en el momento que los dos se habian detenido delante un edificio negruzco y de mal aspecto.

—Benito, cállate, pues de lo contrario te dejo...—No ves qne estás delante la cárcel?

—¡Ah! ¡la cárcel! ¡la mazmorra!

—Largo; no sea caso que el garfio nos coja.

Benito y Manuel desaparecieron, andando mas precipitadamente.

¡Peste! ¡inmundicia! ¡asesinatos! no, no bastan estas palabras para traducir bien el significado de los horrores que se cometian en aquel edificio, es preciso buscar una nueva nomenclatura, inventar un nue-

vo diccionario que lleve por título: «virtud hollada, crímen ensalzado, tumbas abiertas á la inocencia, al talento y á la probidad.»

Recorred conmigo esos húmedos y oscuros aposentos que solo reciben un rayo de débil luz por entre las rendijas de la pared; ved en aquel rincon un monton de harapos que cubren esqueletos humanos; pues bien, toda aquella muralla amontonada esconde un depósito de escoria: es el lecho que se destina á los mártires de Buenos Aires privados de ver la refulgente luz del sol.

Venid conmigo de noche, oid el ruido de las llaves, seguid los pasos de ese fantasma gigantesco, cuyas formas se dibujan en la puerta de una caverna; es el carcelero que viene á dispertar de un puntapié, al que durmiendo el atribulado sueño del que está en capilla, debe dispertar al siguiente dia en el sueño de la eternidad.

Seguidme aun, ¿veis un largo surco de sangre? pues este surco lo ha formado una víctima á la que se ha clavado el puñal «de la justicia» al llegar la media noche.

¿Que es esa lámpara que sostiene una mano sucia y callosa salpicada de encarnado? es el fanal de un maz-horquero á quien ha tocado el turno en el oficio de verdugo: está sudando, no puede ya mas; tiene el cuchillo aserrado por la resistencia de la carne humana.

Abrese la puerta de la cárcel, gira sobre sus goznes la tapadera del calabozo; ¿son nuevas víctimas? no: son tambien dos largas filas de presos que van á depositar su propio escremento, están ya casi difuntos, tienen sus cuerpos mutilados, su piel es un espejo detrás del cual se ve el esqueleto.

¡Hambre! ¡sed! ¡la muerte!... estos son los gemidos que elevan á los cielos los infelices presos, este es el coro de voces apagadas que sale de vez en cuando de los antros de esa inquisicion americana.

¡Pobre humanidad encarcelada! tú solo tienes por alimento un pedazo de mala carne cocida en agua turbia é inmunda; ves tu cuerpo cubierto de andrajos, roido por los gusanos, y cuando vienen á decirte la hora del suplicio, ni recibes un consuelo de la religion, ni puedes dar el último beso á tu esposa y á tus hijos: al contrario, sufres tanto, es tu dolor tan intenso, que al igual del infortunado que sufria los horrorosos tormentos de la inquisicion, esclamas al sentir el ruido de los cerrojos, ¡cuando me tocará á mí! y hasta te niegan los

derechos para que dispongas de tu propiedad y dejes el sosten á los que llevan tu nombre y á los que están unidos contigo con vínculos de amor y de sangre. Jóvenes, viejos, comerciantes, eclesiásticos, abogados, literatos, individuos todos de la sociedad mas escogida arrastran en esas fétidas cloacas, cadenas, argollas, mordazas...

Todos los infelices tiemblan, han oido una descarga; es la señal de haber perecido un puñado de sus hermanos: es la llamada de prepararse nuevas víctimas y esponer sus cráneos á la entrada del plomo mortífero.

¿Sabeis quienes eran los encargados de barrer el suelo? los perros con sus lenguas, que iban despues á limpiar en el agua clara, porque se quemaban con los vapores de la sangre lamida, humeante aun, goteando del tronco de un cadáver.

Rosas negaba la sepultura á los muertos, y solo les concedia que se llevasen en un carro sucio y se lanzasen á una zanja del cementerio, sin que fuera permitido á las familias de los ejecutados consagrarles un sepulcro ni clavar el símbolo de nuestra redencion en el sitio de su última morada.

En concepto de Rosas el vestir luto es un crímen, el llorar por los asesinados, un ultraje.

Inmensas hogueras se levantan en los llanos, piras consagradas á la tranquilidad nefanda marcan con sus llamas el lugar del patíbulo. ¡Ah! cuantos centenares de argentinos mueren en la campaña, á estos se les desuella, á aquellos se les castra, se les descabeza, se hacen *maneas* de su piel, se come su carne en desenfrenados banquetes y se dejan insepultos, espuestos á las garras de las fieras,—menos fieras aun que esos asesinos,—á merced de los vientos, á la podredumbre que producen las aguas y á la exhalacion del rayo.

Sobre los helados cuerpos se coloca un palo en cuya estremidad se fija un sucio cartelon que dice «pena de muerte al que se atreva á cubrir con un poco de tierra uno de esos cadáveres!!!» ¡Ese espectáculo que se ofrece á la vista de los moradores de las llanuras argentinas es horrible ¡oh! esto es atroz, inhumano, bárbaro, feroz, satánico!!!

Dios empieza á descargar sus justos golpes sobre la familia del tirano.

En 1838, despues de una enfermedad prolongada, convertida en in-

sufrible por escesos de ebriedad, espiró la inquieta, altanera y audaz esposa de Juan Manuel, superior á su marido, autora de su elevacion; habia sido el blanco del odio de este por la parte que sin su permiso tomó en la revolucion de octubre de 1837. Rosas no la concedió jamás perdon; ni hasta en sus últimos momentos la dirigió una palabra de consuelo. Ni la medicina, ni la religion, ni la amistad rodearon su lecho de agonía: murió como muere un perro: en vano se esforzó en querer arrepentirse; buscaba un hombre que murmurase la palabra perdon á su oido; pero el esposo negaba la entrada al sacerdote que podia perdonarla, y ella se estremecia porque en medio de su fogoso delirio volvia la vista atrás y veia el feo y repugnante cuadro de su liviana y maldita existencia: buscaba en el azul de los cielos un astro que brillára benéfico; pero el astro no brillaba y la muerte iba á tocar el badajo de la hora postrera.

Los locos que Rosas tenia para su recreo, eran los encargados de distraer á la pobre Encarnacion que se moria.

La desgraciada Manuela se echó á los piés de su padre, pidiéndole la gracia de que su madre tuviese un confesor.—Rosas contestó negativamente en presencia de sus domésticos.—«Encarnacion, dijo, sabe muchas cosas de la federacion, y los frailes cuentan despues todo lo que les dicen los tontos que se van á confesar con ellos. Lo mismo es que se confiese que no se confiese. Despues que se muera haremos entrar un fraile, diremos que se ha confesado, y todo el mundo lo creerá.» Así se espresaba ese blasfemo, haciendo befa de la religion y ocultando la verdad con la torpeza de una mentira sacrílega.

Hay actos que la pluma tiembla al trazarlos; pero es preciso descorrer el velo para ver los charcos de sangre: despues de haber sufrido á un tirano, es mas fácil prevenirse para el porvenir.

Cuando avisaron á Rosas que su mujer habia espirado, soltó una carcajada estertórea y mandó venir á un sacerdote que le pusiese la estremauncion; y para que no creyese que el santo óleo se derramaba sobre un cadáver, y si sobre una persona moribunda, uno de los locos de Rosas puesto debajo de la cama en que estaba el cuerpo difunto, le hacia hacer movimientos; pero con tan poca habilidad, que el sacerdote, despues de haber fingido que nada comprendia, salió espantado de aquella caverna de impiedad, y reveló la escena infernal

en que habia sido involuntario actor, á un eclesiástico venerable (1).

Rosas llevó la hipocresía hasta un punto que parece increible. Quiso honrar en muerte á la que no honró durante la vida; y á este objeto mandó hacerla espléndidos funerales, y la adulacion que se derrama sobre la tumba de los potentados, no es tan espléndida como la que derramó Rosas, é instigados por él y la maz-horca, los desgraciados ciudadanos que vivian bajo su doble cetro de hierro.

El cuerpo de Encarnacion estuvo espuesto como el de las reinas. Se celebraron misas, se hicieron salvas y regios funerales, como si la soberana del pueblo dejase de existir. Toda la poblacion fué obligada á usar luto por un año, y durante él, los despachos espedidos por las oficinas de Buenos Aires, llevaron en los bordes «fajas negras.» Las provincias sometidas á Rosas, siguieron celebrando estas farsas del dolor; mostrándose éste muy abatido por tan «sensible fallecimiento;» y no hay documento alguno de este taimado sanguinario, que no concluya recordando el «dolor intenso que sufre su alma, por la pérdida irreparable de su muy amada Encarnacion.»

¿Qué decian las leyes de la República ante semejante oprobio? ¿Se concultaban acaso las costumbres tradicionales de los pueblos de la federacion? No: nada de esto se hacia; porque tal era la voluntad del tirano. Los padres no sabian si habian muerto sus hijos, sus esposos las esposas, los hermanos sus hermanos. Nadie habia merecido en Buenos Aires tamaños honores, y sin embargo, damas habian fallecido muy ilustres, dignas del amor y acreedoras á sentarse bajo el dosel de un monarca. ¡Bárbaro contraste! que ofrecia la vista de un marido hipócrita con la muerte de una mujer, odiada del mismo y escarnecida por los que se veian obligados á rendir homenaje á su memoria.

Nadie podia dar espansion á sus naturales afecciones, á sus mas caros sentimientos; mientras que el gobernante, que de justo cacareaba, y se abrogaba el derecho de hacer festejos públicos por un suceso de su familia, escribia el nombre de un ser vilipendiado en los fastos de la historia de una mujer virtuosa; de una reina querida, de aquellas reinas modelos que, como dice el insigne Jovellanos, han sentido en su pecho el placer de la beneficencia, han despreciado esa vana y ficticia gloria que anhelan vivamente la generalidad de los monarcas, aunque de ella

(1) Rivera Indarte cap. 15, pág. 238.

surja palpitante la ruina de la patria; de una reina justa, que obedeciendo los mandatos del Altísimo, fomentó la riqueza y prosperidad de su nacion, cerró cuidadosamente los oidos á la lisonja, no abusó nunca del poder depositado en sus manos, hizo trasportar sus banderas á las últimas regiones del Ocaso, cruzaron sus naves los mares, sus doctores defendieron la iglesia, sus leyes ilustraron al mundo y compitieron sus protegidos artistas con las mas célebres notabilidades de los mas antiguos tiempos.

¡Qué sarcasmo tan audazmente arrojado á las dinastías reinantes! La hipocresía cubria con su negro é infame velo este paralelo sacrílego que el impío habia trazado entre la virtud y el vicio.

Rosas habia derramado sangre, acababa de hacer morir impenitente á su mujer, y sellaba sus inmundas acciones con la marca de la mas negra é ináudita hipocresía. Descansemos, porque pesada ha sido la fatal jornada en que hemos tropezado con el hipócrita, con el sacrílego y con el verdugo.....

CAPITULO XLIX.

EL RETRATO.

Quien se atreve á igualarse á Dios? ¿Quién á profanar los sagrados templos de nuestra veneranda religion? ¿quién? un soberbio sin mas ley que su antojo, sin mas talento que el que conceden algunos rasgos de barbarie, sin mas valor que el que da la impunidad del crímen. ¡Vergüenza causa decirlo! pero debe decirse; sí, porqne la humanidad escudriñando la historia podria encontrar alguna vez la verdad velada, y debe siempre encontrar la verdad desnuda, porque al parar la imaginacion su vuel o en la abatida Buenos Aires, podria fascinada posarse sobre un panteon de gloria, cuando ese panteon no encerraria mas que inmundicie revuelta con un poco de oro; pero no, es preciso que el mundo entero sepa hasta que punto se estiende la feroz inventiva de Juan Manuel, y hasta qué grado huele el incienso que humea alrededor de los tiranos.

¡Maz-horqueros, que doblais la rodilla ante un ídolo ensangrentado! ¡plebe inmunda pero engañada que corres atada al carro de tu propio

verdugo! detente, vuelve la cabeza y mira el trecho que has recorrido; y luego si aun anubla tu cabeza el humo de una borrachera de sangre, suelta la infernal carcajada, póstrate ante tu amo y besa con degradacion la mano que oprime la vileza, el cáncer que roe tus negras entrañas.

No es bastante haberse proclamado republicano, y haber proferido el santo juramento de salvar á la patria: esto que hace estremecer de un sublime entusiasmo, no hace la menor mella en el hipócrita, que en mal hora rige los destinos de la federacion; ¿qué le importa la religion? Nada. ¿Qué impresion le causa la vista de los contínuos espectáculos de muerte que siempre tiene delante de sí? Ninguna. Un hombre de tal naturaleza lo mismo duerme sobre un lecho de flores, como sobre el tablado en que debe rodar la cabeza del ajusticiado. Yo y siempre yo, esclama; llega á creerse que es inmortal y sigue amontonando piras y mas piras de carne humana; se figura ser el supremo dispensador, y seguramente apoyado en la mácsima de que «Yo soy Rey por derecho divino,» ¡blasfemia! persigue, atropella, maltrata, deshuella, pisotea y estingue todo lo que cree oponerse á su ambicion desmedida; y entretanto el pueblo sufre con resignacion el peso de su incalificable tiranía, y entretanto Buenos Aires entumecida por la ley del látigo, ni se atreve á respirar por no enfurecer á su salvaje dictador.

Hay hechos que parecen increibles por la malicia y cinismo que encierran. Cuenta la historia romana que habia un Calígula que se hacia tirar en un carro por mujeres desnudas, Rosas ha hecho aun algo mas; el tirano mandó pasear su retrato en un carro triunfal tirado por los primeros dignatarios y las principales señoras de Buenos Aires, y ¡oh sacrilegio! fué su imágen colocada al lado de la del Redentor del mundo. ¡Contraste espantoso y dulce al mismo tiempo que ofrecen los altares! La figura del monstruo que derrama la sangre de sus hermanos para colocar su trono sobre sus cabezas, y la bella figura de Dios hecho hombre, que derrama la suya, por redimir al mundo, llamando hijos y hermanos á los hombres, y pidiendo perdon al Dios de la clemencia para los mismos que le sacrifican. Rosas al querer sentarse al lado de la misma Divinidad, debia estar loco; se concibe la monstruosidad de su tiranía, se esplica, como un hombre reasumiendo en sí mismo todas las heces de diversos tiranos, puede llegar á ser un tirano modelo; pero querer con el mismo orgullo le-

vantarse hasta el nivel del mismo Dios, y arrojar un puñado de soberbia al rostro del Señor ; ¡ah! esto es inaudito, esto sin duda parecerá una paradoja; pero no, no lo es, oigamos lo que dice la Gaceta de Buenos Aires del 19 de setiembre de 1839. «Luego que el señor Inspector general dispuso la retirada del retrato , empezó la marcha en el mismo órden, siguiendo la columna por el espresado arco principal, y de éste por la calle de la Reconquista hasta la casa de S. E. Al salir de la fortaleza el acompañamiento, se empeñaron las señoras en conducir el retrato de S. E., tirando del carro que alternativamente habian tomado los generales y jefes de la comitiva al conducirlo al templo.» ¡Que denigrante se presenta ese cuadro! ¿qué dice la Europa civilizada, y mas que la Europa qué sienten en este momento las almas elevadas y los corazones esquisitamente sensibles? ¡horror! horror , y nada mas que horror!..... ¡ Almas elevadas ! corazones sensibles ! á vosotros me dirijo, porque vosotros no formais mas que una sola y única familia; ocupais todo el mundo, porque teneis iguales aspiraciones, profesais unas mismas doctrinas; unidos por los lazos de la fraternidad , y relacionados por los misteriosos enlaces de los acontecimientos, sabeis juzgar de las cosas con recto criterio , y pesar en el platillo negro las acciones inmundas, y en el platillo blanco los hechos heroicos.

¡Ministros de la religion de un Dios de paz! qué haciais cuando en los altares del crucificado se quemaba incienso al retrato de una criatura vil é inmunda? ¿entonabais acaso el divino Hosanna que cantan los ángeles junto al trono de la divina esencia , ó cerrábais las puertas de vuestros templos para que no fuesen profanados por las pisadas de ese hediondo cortejo, por las adoraciones de esa ruin mascarada? ¡Sacerdotes encargados de moralizar al pueblo! ¿os cruzasteis acaso de brazos y no lanzasteis el terrible anatema contra el que venia con aire de triunfo á ensuciar lo mas sacrosanto de nuestras creencias? ¡Apóstoles de Jesucristo, del cordero sin mancha! no os dejasteis pisar imitando el ejemplo de sus antiguos mártires? habria cruces en Buenos Aires y no faltarian tormentos en donde poder probar vuestra fé acendrada, en donde poder derramar algunas gotas de sangre por el que dió la suya en arroyos,haciéndola saltar del corazon á borbotones? pero en la Gaceta del 26 de octubre de 1839, se lee «que así que re-

gresaba la procesion al templo, subia al púlpito, el padre presidente fray Juan Gonzalez, y enseñaba al público la doctrina y en seguida predicaba un elocuente sermon, en que hacia ver á los feligreses, despues que los exortaba, que si era justo amar á Dios nuestro Señor, que del mismo modo lo era amar , obedecer y respetar á nuestro actual gobernador, á nuestro ilustre restaurador de las leyes D. Juan Manuel Rosas. » Considérense y analícense estas palabras, y júzguese despues. Quizá el temor de nuevos escándalos retraia á los buenos sacerdotes: algunos se oponian á ello con todo valor, y estos fueron los jesuitas quienes fueron insultados por la maz-horca, encarcelados y arrojados del pais, y en prueba de ello , atiéndase lo que decia el diario de la tarde del 3 de enero de 1842: «Los Padres de la compañía de Jesus... sujetos á la abediencia de un superior opuesto á los principios políticos del gobierno, no han correspondido á las esperanzas de la confederacion, consignadas valientemente en el decreto de su restitucion. Su marcha de fusion opuesta al sentimiento federal, desagradaba altamente á la opinion pública contenida por los respetos del gobierno, etc.

¡Ah! las páginas de la historia de Buenos Aires, durante este período, están llenas de negrura fatídica: preciso es comprimir el corazon con mano fuerte para que no le haga saltar del pecho, necesario es reclinar la frente acalorada en la palma de la mano para no desmayar, mientras se desenvuelve el lienzo que contiene la suma de tantos crímenes. Levantados los ojos al cielo, hagamos dormir al corazon mecido por la esperanza, pidiendo perdon á Dios por tan horroroso sacrilegio, y lavando la pluma en las cristalinas aguas del Jordan, dejemos como dejamos un reguero de luz histórica en lugar de un reguero de sangre obstruido por un monton de cabezas....

CAPITULO L.

PRIMERA CRUZADA.

El general Lavalle es otro de los argentinos héroes, que marcaron con indelebles rasgos de valor y patriotismo en esta memorable época una página inmortal en el libro de los Martires.

Lleno de amor patrio, de ese sagrado fuego que conduce siempre á los corazones esforzados al campo de honor, con el entusiasmo que presta la conviccion, con el valor de los beneméritos patricios que lo sacrifican todo á la santa causa de la libertad, y de la independencia, solo aguardaba la convenida órden del *Centro patriota*, para desenvainar su espada contra el Tirano, que tantos insultos hacia á la razon, á la justicia y á la religion sacrosanta de Dios.

Recibió órdenes al fin, y reuniendo ciento treinta hombres embarcóse el 2 de julio con direccion á Martin Garcia, desde cuyo punto escribió al centro patriota las siguientes líneas en que se refleja su heroismo y su corazon noble y valeroso:

He aquí la carta.

Señor Presidente del Centro Patriota:

Mi respetable amigo: fiel siempre á mi palabra y compromisos, apenas recibí su respetable órden, emprendí mi marcha para este punto á fin de trasportar mi pequeña division al Sur. Mucho temo que los franceses opongan grandes dificultades para verificarlo y salir directamente á la provincia de Buenos Aires; pero si así fuese, aprovecharé la venida del general Echagüe al Estado Oriental y variaré mi plan, marchando al Entre-Rios. En este último caso me internaré á la orilla del Uruguay para montar mi division, organizaré allí un pequeño ejército, y batiré alguna de esas hordas de foragidos que pelean sin valor y sin fé y que no tienen otra conviccion que el deseo del robo y el saqueo á que les autoriza el tirano para halagar sus brutales instintos.

Corto es el número de los que me siguen, pero denodados y valientes; y bien saben que su jefe no tiene otra ambicion ni otra gloria, que devolver la libertad y la ley á su desconsolada patria, que gime bajo el opresivo yugo del despotismo mas nefando que ha manchado las antiguas páginas de la historia de las naciones.

Mas, puesto ya en el camino único,—de salvar mi patria,—para que no se malogre nuestra arriesgada empresa, necesito que esos valientes jóvenes, que solo esperan la hora para unir sus espadas con las nuestras, que anhelan como yo marchar al frente del libertador ejército, que comen aun el amargo pan de la emigracion, vengan inmediatamente á incorporarse, á engruesar nuestras filas, y animar con su bizarría á estos pobres reclutas, poco avezados aun á las fatigas de la guerra; pero ébrios de entusiasmo para acometer con arrojo á las fuerzas enemigas, por superiores y disciplinadas que sean.

Es preciso no perder momento, y que se reclute toda la gente posible, porque con algunos valientes mas y con recursos prometo prestar un gran servicio á nuestra causa y libertar á nuestra patria de las calamidades que la devoran.

Mucho espero del entusiasmo y decision de los que me siguen, pero si puedo contar con la bizarría de esos jóvenes capitanes que tantos lauros recogieron en la guerra del Brasil, no hay que poner en duda nuestro triunfo.

De todos modos en cuanto á mí, aunque el universo todo se conjurára contra mis esfuerzos, yo iria á morir allí, al campo del honor, porque así me lo mandan mi deber y mis compromisos.

Con esta ocasion se repite etc.

JUAN LAVALLE.

Martin García 18 de julio de 1839.

Reunidos estaban en casa de Martin todos los personajes, que ya conocemos, cuando este leyó tan entusiasta como interesante documento. Al principio hubo necesidad de suspender su lectura, porque era interrumpida por los jóvenes con repetidos vivas é incesantes muestras de adhesion.

El jóven Velazquez fué el que mas se conmovió y presentó una proposicion, para que desde aquel momento se comprometiesen todos los jóvenes á tomar las armas y partir inmediatamente para Martin García, y los demás que pusieran en juego todas sus relaciones para facilitar todos los recursos posibles, que serian custodiados por la fuerza misma que pudiera reunirse.

—Señores,— contestó Martin, al oir la proposicion,—no solo hallo justa la proposicion de nuestro amigo Velazquez, sino que la apoyo y prestaré desde luego toda la cooperacion posible.—Digo mas: en el estado en que se hallan las cosas, no hay remedio posible para nuestro país, para salvar á nuestros hermanos, sino la guerra.—El tirano ha conseguido asegurarse por medio del terror que ha esparcido por todas partes; donde él reside no hay mas que debilidad y bajeza, es preciso pues, sacar á nuestra patria de tan lamentable estado, y para ello, no hay, no puede haber otro recurso que la guerra; pero no la guerra por medio de las ideas, ni en el terreno que las leyes conceden, sino la guerra material, la guerra de la fuerza, porque las ideas están prostituidas y las leyes no existen.

¡A las armas, pues, nobles argentinos! Todos los que sintais en vuestro pecho el ardor de la juventud, venid aquí, acercaos, que van á inscribirse vuestros nombres en el gran libro de los héroes; y si alguno de vosotros sucumbiere en la lucha, vuestros hijos y los que vivamos cubriremos vuestra losa con el imperecedero blason de la libertad reconquistada.

—Bien, bien:—gritaron todos, con una salva de aplausos.

—Que se presenten todos los que quieran tomar las armas y que se acerquen á dejar sus nombres para cuando se les avise,—añadió Velazquez.

—No hay necesidad señores,—interpuso Enrique,—porque no creo que haya aquí uno solo que rehuse empuñar las armas para defender la patria.

—No importa, objetó Martin,—es preciso conocer los nombres para avisar á domicilio, ó comunicar las órdenes que fuesen necesarias.

Acto contínuo se acercaron á la mesa cuantos jóvenes se hallaban en la reunion. Ni uno solo dejó de ofrecer su vida en defensa de la patria: todos juraron en el momento cooperar á tan gloriosa empresa y quedaron desde luego afiliados en la pequeña pero fuerte columna, que muy en breve iba á formar la vanguardia del ejército libertador.

Martin quedó sorprendido al ver tan general como espontáneo entusiasmo, y como su corazon ardia y superaba á los de todos en amor á la libertad, como su vasta instruccion le hacia conocer mas á fondo los horrores del despotismo, tenia el don de inspirarse al mágico recuerdo de la libertad de su patria y al ver que con pocos adalides como los que se habian alistado para llevar á cabo la empresa no podia de ningun modo ser dudoso el triunfo, que desde aquel momento vaticinó con el siguiente discurso:

—Señores: no cumpliria en este momento con el deber que vuestros votos me han impuesto, si en nombre de la patria que gime en la esclavitud no me anticipára á daros las mas espresivas gracias por vuestra abnegacion, por vuestro desinterés en ofreceros todos, sin faltar uno solo, á llevar á cabo nuestra pàtriótica empresa, esponiendo en ello vuestras vidas abandonando vuestros intereses y lo que es mas, vuestros propios hijos.—El cielo guie vuestros pasos y el Dios de las justicias dirija vuestras acciones.—Ha llegado el venturoso dia en que debe romperse el tupido velo del templo de la oscuridad, y el pueblo, esa enorme y poderosa masa de la sociedad, ese gigante de mil cabezas y mil brazos que sostiene sobre sus hercúleos hombros las pesadas cargas del Estado, que hasta contribuye con la sangre de sus propios hijos á sostener al tirano mismo que le esclaviza y azota, se ha cansado ya de sufrir y devorar en el silencio tantas injusticias y ultrajes.

Es condicion esencial de la existencia de todos los tiranos condenar al pueblo á la oscuridad, al embrutecimiento, reducirlo á la ceguera de Edipo para que se deje conducir mas fácilmente: y este mal, que es una verdad histórica, no ha sido mal de un solo país, ni de una sola época; ha sido la aspiracion uniforme, fija, constante, de todos los tiranos y de todos los dominadores.—Alejandro increpaba á Aristóteles porque trataba de instruir al pueblo con sus escelentes obras: en el Egipto, antigua cuna de las ciencias, solo se concentraban estas en el grande colegio de los sacerdotes: en la floreciente y envidiable Atenas, en la poderosa reina de las artes, y en la dominadora y ambiciosa Roma, en las escuelas; pero, ¿que importa? De la oscuridad brotó la luz, como del caos brotó la creacion: cuando la orgullosa Roma mostraba al mundo tendido y avasallado á sus piés, cuando la esclavitud estaba erigida en principio y las violencias y las maldades parecian haber llegado á su colmo, cuando el universo entero se creia para siempre posternado y proscrito á la degradacion y al servilismo; cuando el hombre, en fin, se creia eternamente entregado al poder de los magnates, que se divertian con las repugnantes escenas del circo y se creian imperecederos dueños de vidas y haciendas; ¡pasmaos! un solo hombre, un humilde artesano de la Judea, bastó, para redimir al mundo de la esclavitud y degradacion en que yacia.

¡Ved cuan frágil y débil es el poder de los déspotas!—Un solo hombre, repito, sin otra arma que su doctrina, qne no era otra cosa que el eco de la razon y de la justicia, destruyó los rangos y gerarquías, que los miserables déspotas habian creado, y predicando la igualdad de orígen de todos nosotros y la libertad de las naciones, ese gran símbolo, cuya realizacion universal llegará á pesar de todo, destruyó, como un castillo de naipes al débil soplo de un niño, su aparente poder y sus hasta entonces invencibles huestes que por do quiera habian llevado el esterminio y la muerte.

¿Qué mucho, pues, que nobles y valerosos soldados, empuñando las armas de la causa santa, secundados por este mismo hombre que dió al mundo la luz de la razon, que predicó á todas las gentes y á las naciones todas la paz y la caridad, el amor y la virtud, la religion y la libertad; que mucho, repito, que no echeis por tierra al [illegible] ídolo del error y de la depravacion, de la inmoralidad y del vicio, y que

entonemos todos muy en breve el mágico *Hosanna* de la libertad sobre los triturados fragmentos de su colosal efigie, como sobre los despedazados restos de la fuerte y colosal estátua del Nabucodonosor?

¡Ah! No os arredre la empresa, esforzados hijos del Paraná y del Uruguay! no tembleis ante el peligro: corred, corred todos al campo de la gloria, del honor, del patriotismo, que el invencible Marte os espera con la inmarcecible corona del triunfo. De él surgirán, benéficas y protectoras, nuestras holladas y escarnecidas leyes: de él se levantarán las víctimas sacrificadas por la impiedad y os alentarán con sus sombras, que irán á presentarse ante sus verdugos para aterrarlos y confundirlos: de él brotarán incólumes los sagrados derechos á vuestra libertad individual, la inviolabilidad del hogar deméstico, el respeto á la propiedad, la religion, la familia.

Y por último, si alguna duda os quedára del inevitable y funesto fin de todo tirano, del que hiere al pueblo con la misma espada, que le entregára un dia para su custodia, recordad lo que el inmortal Chateaubriand dijo, hablando de los tiranos:

«No os perturbe la prosperidad de los malos: es verdad que no padecen angustias que los arrastren á la muerte; que al parecer ignoran las tribulaciones humanas; que llevan el orgullo sobre el cuello como un collar de oro; que se embriagan en banquetes sacrílegos; que rien y duermen como si no hubieran hecho mal; pero la sombras de sus víctimas los persiguen incesantemente, y exhalan su último suspiro en un espinoso lecho en que los remordimientos les corroen y despedazan su corazon ulcerado.»

Esto dijo el sublime cantor de los Martires, y este,—no lo dudeis,—será tambien irremisiblemente el fin de nuestro tirano.

Pero si faltase á vuestros corazones ese valor cívico que la abnegacion y el patriotismo dan, oid á Mr. Lamenais en su precioso libro «Las palabras de un Creyente:» «Cada cual hizo esfuerzos para quebrantar sus hierros, mas ninguno lo consiguió.—Y dijéronse entonces: —Todos tenemos el mismo pensamiento: ¿por qué no hemos de tener el mismo corazon? Salvémonos, ó muramos juntos.»—He aquí nuestra divisa: repetid esas palabras y la patria se salva: «Salvémonos, ó muramos juntos!!!»

—¡Bravísimo!,—repitió un coro de voces, que no podian ya conte-

ner la emocion, al oir tan elocuente como interesante discurso.—¡Bravísimo!—repetian otra vez todos los circunstantes, que se acercaban á la mesa para felicitar al orador.

Pero el tiempo habia corrido demasiado y era en aquellos críticos momentos demasiado importante para desperdiciar ni los segundos.

Resolvióse pues, avisar á domicilio lo que se determinára, y ébrios todos de gozo y de entusiasmo se retiraron á sus casas.

Bien pronto veremos los efectos del patriotismo, bien pronto los veremos á todos ellos en el campo del honor peleando valerosamente al entusiasta grito de ¡Viva la libertad! ¡Mueran los Tiranos!

CAPITULO LI.

AMOR Y DEBER.

Todos tenemos el mismo pensamiento: ¿por qué no hemos de tener el mismo corazon? Salvémonos, ó muramos juntos.»

¿Podria dilatarse la partida de aquellos ilustres patriotas arrojada sobre sus escelentes corazones tan sublime máxima? ¿Quedaria uno solo reacio, conmovida ya su alma con tan feliz exhortacion?

¡Ah! aunque tan reducido auditorio se hubiera compuesto de una nacion la mas populosa y vasta, aunque los pueblos todos esparramados sobre la superficie del globo, reunídose hubieran en un punto dado, y en aquel momento sufrieran á la vez el insoportable yugo de las cadenas, á la vez tambien «hubiéranse sentido penetrados de ardor divino» y alzados todos como un solo hombre, «hubiera sentido el mundo crujir sus cadenas, hubieran combatido seis dias contra los que los habian encadenado,» y, vencedores al sesto, brillante y apacible, como despues de la tempestad, hubiera amanecido el séptimo arrojando so-

bre la humanidad condolida la plácida luz del descanso y de la tranquila felicidad.

Así sucedió con aquel puñado de héroes, que sin mas aviso ni órden, abandonando sus familias, objetos los mas caros del hombre honrado, presentáronse al siguiente dia en casa de Martin á manifestarle su decision de partir sin mas demora en busca de sus hermanos políticos, que necesitarian quizás en el entonces de su ausilio, ó que se hallarian tal vez en inminente riesgo, acosados como serian indudablemente por el disciplinado y poderoso ejército del coloso tirano.

Inútiles fueron las reflexiones de Martin, ni las justas razones de no haberse aun resuelto ni autorizado la marcha, por el único en quien ellos mismos habian depositado la confianza, y que hasta podria interpretarse por uno de esos arranques propios de la juventud y de la inesperiencia, y causa por lo tanto su precipitacion de males y disgustos, difíciles mas tarde de remediar.

De nada sirvieron las amonestaciones: todo fué en valde. Pero así como aquí pudieron nuestros conocidos Enrique y Velazquez, sin grande esfuerzo y en pocos minutos saltar la valla de la amistad, no sucedió lo mismo al querer saltar la valla del amor. Las mas tiernas é interesantes escenas tuvieron en sus respectivas casas.

—Aurelia del alma,—decia mas tarde Enrique á su amada,—por grande que mi dolor sea, el deber y el honor exigen de mí el sacrificio de separarme de tu lado: próspero ó adverso el destino que me está reservado, escuso añadir ahora lo que mi corazon siempre leal te ha manifestado muchas veces.

—¡Cómo, Enrique!... No comprendo... ¿Partir tú? ¡Ah! Imposible.

—Sí, Aurelia: es forzoso: partir debo y sin tardanza: hoy mismo, quizá sea esta noche la última en que el vespertino topacio derrame su argentino brillo sobre nuestras inseparables almas; pero el cielo es justo, nuestro amor es puro como la brisa de los Andes, y la providencia no abandona nunca á los buenos.

La jóven amada sufrió una sensacion terrible: su razon se trastornó completamente: cuando recordó las últimas palabras de Enrique y comprendió bien que la marcha era inevitable, arrojóse en brazos de su amante y como fuera de sí le dijo:

—Antes que separarte de mí consentiria mil veces la muerte.....

¿Pero, á dónde vas? ¿quién es el infame que á ello te obliga? ¿Dónde está ese monstruo que quiere arrancar el corazon de mi seno? ¿Dónde está el homicida que tan alevoso quiere clavar su daga en lo mas profundo de mi alma?

—Por Dios, Aurelia, cálmate. Nadie tiene la culpa. No me separo de tí por agenos consejos: te he dicho antes, que el honor y el deber exigian de mí este sacrificio; la patria asolada por las calamidades que la afligen, llama á sus verdaderos hijos; y ninguno puede ser sordo á este llamamiento: en igual caso se halla Velazquez y todos los emigrados argentinos que se encuentran en esta. Nuestros hermanos gimen en horribles tormentos á que les ha condenado la tiranía de aquel malvado, y las víctimas sacrificadas son tantas, que no cabiendo ya en las profanas zanjas donde sacrílegas manos las arrojan, han venido en nuestra busca y, evocando nuestro patriotismo y nuestro valor, nos han suplicado por los queridos restos de sus familias, que han podido librarse aun de la saña del tigre.

—¡Ah! Enrique mio: tus palabras son como el fresco rocío que calma los abrasadores rayos del sol tropical; pero por dulces que sean, no lo son bastante para calmar la abrasadora llama que mi corazon devora. Yo no tengo mas patria, mas deber, mas bien que tú: si te pierdo, ¿que es para mí la vida? Solo vivo, porque respiro á tu lado: mi corazon se ha acostumbrado tanto á tí, como al aire que aspira, sin el cual ya ves que dejaria de latir. ¿Cómo quieres, pues, que le sea fácil separarse de tu lado?—Parte en buen hora ya que el deber y el honor te llaman; conozco bastante cuanto pueden en tí estas palabras; pero no me prives al menos de seguir tu suerte: ¿no nos unió el destino para siempre? No hemos compartido y arrostrado mas de una vez penas y peligros?—Partámoslas, pues, tambien ahora, que yo á tu lado nada temo y estando sin tí me falta vida.

—Aurelia mia: tu amor es tan puro y tan sincero como el de las sensibles palmas que al sentirse heridas por el blando beso de la brisa unen y enlazan sus flexibles puntas temiendo sin duda á la cortante segur del montañés que va á separarlas para siempre.—Voy á las armas, al campo de batalla, dó solo se oye el aquilon y el trueno, el estampido del cañon y el grito del combate, los ayes del moribundo y el relincho de los corceles, el silbido de las balas y el ruido de las armas: nada

puedes tú allí: muerte y destruccion es allí todo, como todo es vida y delicia aquí á tu lado.—No será duradera mi ausencia, nuestra causa la proteje Dios, y él hará que su fallo no se tarde.

Entretanto tú, al lado de tu anciano padre, confiando siempre en el que es tuyo hasta la muerte, elevarás á la reina de los ángeles tus fervientes preces para que recompense algun dia nuestro constante y virtuoso amor.—Yo en el combate, embriagado con el goce del triunfo, al dejar en el campamento nuestras victoriosas armas abriré el libro del sabio Salomon y te diré con él desde allí:—«Conjúroos hijas de Jerusalen, que no turbeis el sueño de mi amada. Sus ojos son como los de una paloma. Es mi amada entre las doncellas como el lirio entre las espinas.»—Y sentiré á mi lado un susurro delicioso, una voz querida que me contesta:—«Conjúroos, hijas de Jerusalen, que si encontrais á mi amado le aviseis que de amor desfallezco.»

—Bien mio, tu voz es como el bálsamo que cicatriza y cura: no sé si podré resignarme á vivir sin tí; pero sí te aseguro, que el considerar solo que puedo perderte para siempre, y el pensar que en vano te buscarán mis ojos por el espacio, será superior á mi resignacion y á mis fuerzas. No, á esta terrible prueba no podré sobrevivir sin duda, pero si mi dolor es tal que me prive para siempre de tu vida; ¡ah! Enrique del alma, no te olvides nunca de la que sucumbió por amarte.

—Bien: no pienses en eso, Aurelia mia; tiempo tendremos ambos de afligirnos, pensemos en la vida ó mas bien en hacer frente al infortunio.

En este momento se oyeron pasos por el corredor: era Velazquez que entraba con el viejo Viamont, sumamente afectado por la relacion que acababa aquel de hacerle. Al entrar en la sala vió á su amigo Enrique recostado en un sillon al lado de su amada que á pesar de su disimulo no pudo ocultar el sentimiento retratado en su semblante. Conociólo Velazquez que para distraerlos dijo:

—Veis, general: estos acaban de representar otra escena como la que ha tenido lugar en mi casa.—Vamos, á vuestra severidad apelo para que les animeis con vuestros sanos consejos.

—Amigo Velazquez: cuando el hombre se acerca á los setenta,—que es como si dijéramos al borde del sepulcro,—no le queda de su antiguo brio mas que un débil rayo, que, como el del sol en su ocaso

ni alumbra con su antiguo esplendor, ni calienta. Si por fortuna tiene hijos, solo desea poder dormir tranquilo el sueño de la muerte.—Nada le queda al pobre viejo de su antiguo brio. A medida que se debilitan las fuerzas físicas, vanse estinguiendo tambien las morales, que son las que ayudan al hombre en los apurados trances, en las situaciones violentas, y por decirlo de una vez, en los peligros.

—Bien, pero no estais aun tan decaido, ni os hallais en el caso de pensar en la muerte: ya veo yo que tendré que hacer aquí de héroe.

—Sí, á vuestro cargo lo dejo.

—Ya lo habeis oido, queridos: estoy autorizado y revestido de amplios poderes: con que, caballero Enrique, señorita Aurelia, están ustedes en el imprescindible deber de obedecerme.

—Para obedecer es preciso que haya mandato, y hasta ahora no le hemos oido,—contestó Enrique siguiendo la broma de su amigo.

—Pues ordeno y mando terminantemente, que cesen las promesas, súplicas, recuerdos, amonestaciones, querellas, llanto y todo lo que ordinariamente sucede á los enamorados, cuando la fatalidad ó el destino llega á separarlos; porque ni ha sonado todavía la terrible trompeta del juicio final, ni vamos á partir á desconocidas regiones, ni á dar la vuelta al mundo, ni á correr ninguno de esos peligros en que con dificultad puede uno salvar el pellejo.

—¡Ah Velazquez! ¡el cielo os proteja!—Vais á la guerra, á una guerra desigual, donde tendreis que luchar quizá uno contra diez, y creo yo que los peligros que vais á arrostrar son mas graves de lo que creeis.

—No tal, Aurelia. Ante todo somos militares, y que un militar vaya á la guerra ó á incorporarse á sus filas, es tan natural como el abogado que vá á su bufete, el operario que vá á su taller ó el cazador que sale de su casa. En vuestro querido padre teneis un palpable ejemplo: lleva tantos años de servicio como de edad cuenta, y ya veis como se ha conservado hasta ahora.—Bueno seria que todo el que se bate tuviera que morir: no habria hombres!

—Es inútil que trates de apurar esta cuestion, Aurelia: mi amigo Velazquez es ducho y no saldrias muy airosa.

—¡Vamos, vamos, que á Martin le gusta la puntualidad.

—Bien, hijos mios,—dijo el viejo general medio saltándole las lágrimas,—¿cuándo es la marcha?

—Esta noche sin falta, porque ya comprendeis que debemos evitar la vigilancia para que el enemigo ó los muchos agentes de Rosas no descubran nuestros planes: de otro modo no podríamos organizarnos.

—Martin me hace falta,—replicó el viejo por lo bajo:—¿no habeis visto á Martin? Estraño que no haya venido.

—No debeis estrañarlo, porque le he hablado hace poco, y me dijo que iba á disponerlo todo para que al anochecer estuviera arreglado el asunto; sin duda iba á casa del ilustre Rivadavia.

—¿Y no te dijo mas?—replicó Enrique.

—Sí, al darme la mano añadió, que recibiríamos órdenes.

—¡Bah! tal vez no salgais hoy: estas cosas son serias y trascendentales, y no se resuelven sin grande premeditacion,—dijo el general.

—Nada hay que disponer, mi general; nosotros hemos manifestado ya de un modo indudable nuestra resolucion, y como esta ha sido espontáneamente unánime, no queda otra cosa que proporcionar los recursos necesarios.—Tanto si pasamos al Entre-Rios, como si nos internamos á lo largo del Uruguay,—como dice Lavalle en su carta,—con objeto sin duda de organizar allí las fuerzas, tendremos todo el pais salvaje altamente hospitalario. ¿Te acuerdas, Enrique, cuando le atravesamos al principio de la guerra del Brasil?

—Mucho, y por cierto que conservamos todos gratos recuerdos. Aun me parece ver al tierno niño que salia á nuestro encuentro cuando nos acercábamos á su cabaña, tomarnos de la mano, introducirnos hasta el hogar donde se hallaban sus padres, hacernos sentar sobre la fria ceniza y presentarnos al momento la generosa copa de la hospitalidad.

—Y entonar las mujeres aquella dulce cancion: «Aquí teneis al enviado del grande espíritu;»—«El estrangero ha encontrado una madre y una esposa: el sol se pondrá y saldrá para él como antes.» Y á pesar de todo les llamamos salvajes: ¡ojalá que nuestra sociedad civilizada imitase su ejemplo! Acercaos á los suntuosos palacios de París ó Londres, que tanto blasonan de ilustracion, y comparad despues.

Los dos amigos se comprendian y secundaban perfectamente. Al oir Aurelia la descripcion del carácter de aquellos habitantes y de su ge-

nerosa hospitalidad para con los estrangeros, la hicieron recordar los solícitos cuidados que la prodigaron los pobres pescadores y el grande y eficaz ausilio de la hermosa Rayghen, para descubrir su paradero y devolverla á su amado Enrique. El anciano Viamont gozaba tambien al ver la tranquilidad en el animado semblante de su hija, y á este fin se dirigia el relato de Enrique, que no era otra cosa que el recuerdo histórico de las primitivas costumbres de los salvajes de la parte occidental del mundo, hábilmente confirmado por su amigo á quien favoreció la memoria recordando la celebrada cancion de las mujeres, despues que el hospedado habia fumado por tres veces la pipa de la paz.

Enrique comprendió perfectamente el estado de Aurelia y para que la conversacion no destruyese las gratas sensaciones de que estaba poseida en aquel momento, se levantó, y con cierto signo de inteligencia dijo á su amigo:

—Velazquez: ahora recuerdo que Martin nos recomendó que no faltáramos á las doce.

—Tienes razon, y pasan diez minutos: ya me habia olvidado: vamos, vamos, que á Martin le gusta la puntualidad.

Despidiéronse nuestros jóvenes: Enrique ya se habia hecho preparar silenciosamente la maleta por su criado Remigio, que desde la llegada de Martin se hallaba en su casa de comercio: Velazquez habia procurado tambien, aunque con bastante trabajo, consolar á su amada Rosario, y solo restaba combinar un medio para su última despedida.

Pero contaban con la amistad de Martin, que era el hombre de las luces, y resolvieron encargarle de todo. Así sucedió: fueron en su busca y no le costó mucho salir del paso: —Bien, les dijo: es cosa sencilla, comerémos en la fonda; pero antes iré á casa de Viamont para que vayan á buscar á Rosario: les diré que comereis todos allí por ser el último dia; despues les fingiré un ardid cualquiera para hacerles ver que habeis tenido que salir precipitadamente á ver á un amigo, que se halla oculto á cuatro ó seis leguas y así se irán consolando poco á poco y así se evita el disgusto de dar y recibir el último adios, desgarrador y terrible siempre para el corazon de una esposa y una amada.

Todo salió como deseaban: aquella misma noche partieron nuestros dos amigos con sus correspondientes criados en direccion á Martin

García, donde hallaron al general Lavalle, y le presentaron los pliegos é instrucciones que les entregó Martin.

—Bien, amigos mios, les dijo Lavalle despues de haberlos leido: se me dice que puedo confiar en vuestro valor y en vuestro talento y esto os coloca ya en el mas alto grado de mi predileccion y aprecio. Si no fuera por recibir los doscientos hombres que nos mandan y llegarán pasado mañana, esta misma noche nos embarcaríamos para la provincia de Entre-Rios, donde tengo la gente.

Por fin, recibieron gente y recursos; desembarcáronla sin ser sentidos, y despues de haber organizado una pequeña division de 400 hombres, batieron y destrozaron completamente en la Yeruá el 22 de setiembre las fuerzas mandadas por el gobernador Zapata en número de 1600: tal era el entusiasmo y denuedo con que peleaban, pues si bien casi todos los soldados eran bisoños, y no estaban aun acostumbrados al combate, mandados por jefes y oficiales tan valientes, se condujeron todos como los mas aguerridos veteranos.

CAPITULO LII.

EL HIJO RÉPROBO.

NADA hay tan grandioso en el mundo como la portentosa obra de la creacion de la familia: nada mas bello que el lazo teñido con sangre de padres é hijos: es el monumento inmortal de la sociedad; es la primera piedra de la civilizacion. La familia mece en los primeros años de la infancia, educa cuando la inteligencia del individuo se despierta, aconseja cuando llega á la edad del adulto, y arrulla con su presente y sus recuerdos á la ancianidad que tiembla. ¡Ah! la familia, bien podemos decir que es la cuna del Universo; la guirnalda de flores que tiene un estremo en el nacimiento del hombre, y el otro en su sepulcro. Recorred, si os place, la historia de todos los tiempos, desde el pueblo mas rudo al mas culto, desde los primitivos tiempos á los modernos, de polo á polo, siempre vereis destacarse en el fondo de ese vastísimo cuadro la imágen múltiple del estado familiar. Familia hay en la primera vista de la creacion, familia mas adelante en el seno de antigüedad, familia en las edades medias, familia en los tiempos mas severos. El

mundo no es mas que una gran familia. De su centro han salido todos los portentos y todas las mezquindades; el criminal y el justo, la luz de la inteligencia y la oscuridad de la ignorancia han brotado de su cáliz, uniéndose entre sí por una misteriosa cadena de relaciones de la que ha resultado el principio de sociabilidad, chispa eléctrica que recorriendo por entero la escala del sentimiento ha cimentado el amor y fraternidad entre los hombres, elevando monumentos ora al puro compañerismo, ora á la verdadera amistad; aquí presentando un modelo de cariño filial, mas allá un rasgo sublime de la abnegacion materna; mas adelante creando el gigantesco edificio de la nacionalidad y formando nuevos vínculos, con la gravedad y dulzura de ambos sexos. ¿Quereis mas? descorred el velo de la religion que tiene cada uno de los pueblos y vereis que los principios religiosos tienden principalmente á hacer vivir á los hombres bajo una sola y misma influencia, generalizando sus hábitos, estendiendo sus creencias, legislando aun sobre sus mismas preocupaciones, y trabajando de contínuo en la formacion de un código universal que, partiendo de un mismo principio, despierte con sus leyes la sensibilidad que reposa en el fondo de los corazones, la eleve, haga que se conozca á sí misma, y arrancándola del letargo de la inaccion, diga y proclame que Dios crió al hombre para amar al hombre, que formó á la mujer para que engendrara al hijo del hombre, y coronó su obra con la fidelidad de los esposos y el respeto y gratitud de los hijos; gratitud y respeto que alguna vez han hollado seres tan degradados como el verdugo argentino, almas tan bajas como el desalmado Rosas.

Sí: en vista de las horribles escenas que hemos referido ya, parecia imposible, que un ser dotado de inteligencia y de razon, un ser nacido en país cristiano, un ser sobre cuya cabeza se han derramado las regeneradoras aguas del bautismo, fuese susceptible aun de mayores crímenes; y sin embargo no se detuvo aquí su impiedad, ni hizo alto todavía en la fatal pendiente de la barbarie.—Para llegar al colmo de ella, faltábale aun otro crímen, ese crímen condenado por las leyes de todos los pueblos y todas las naciones, aun de aquellas mismas donde no se ha conocido otro derecho que el natural, que regia á los primitivos pueblos en su primer estado de rudeza, de ese crímen, en fin, que apenas hay ejemplos, porque efectivamente no puede, ni ha podido con-

cebirse , que un ser racional atente contra la vida de aquel que le ha dado su propia vida.

Pero no llamamos parricida á Rosas, porque alevosamente acabára con la vida de su padre, porque clavára en su pecho la traidora daga ó porque fuera la causa de ello, no; llamámosle parricida, porque hallándose enfermo de gravedad contribuyó moralmente con sus insultos y violencias á precipitarle al sepulcro, agravándose tanto la enfermedad á consecuencia de ellos que espiró á los pocos dias.

Un escritor argentino que vivia en aquella época y que seguia de cerca todas las maldades del Tirano, el infatigable Rivera Indarte, que tan preciosos datos nos ha prestado con su acreditada obra que ya hemos citado varias veces, dice al hablar de este suceso lo siguiente:

—«Otra escena horrible se presentaba entre tanto bajo el techo paterno de Rosas. Su padre don Leon Ortiz de Rosas, antiguo capitan del fijo, y vecino respetable de Buenos Aires, yacia postrado en el lecho del dolor. Llamó á un escribano, dispuso sus voluntades últimas y nombró albacea á su hijo Gervasio.

»Lo supo Juan Manuel, y enfurecido por tal proceder, salió de su casa como un loco, entró en la de su padre, de la que habia estado alejado muchísimos años, se acercó irrespetuosamente á la cama del viejo autor de su existencia, y lanzándole violentas miradas y sin preguntar siquiera por el estado de su enfermedad, le dijo:—Porque ha nombrado usted albacea á Gervasio? ¿No sabe que soy de mas edad que él, de mas capacidad y de mas representacion?

»El padre al oir este y otros varios insultos, que por tal motivo le habia prodigado, al ver que jamás se habia procurado informar de la salud de sus padres y que si alguna vez hablaba con ellos era para ofender su honor, al ver en fin que en vez de consuelos recibia tales recriminaciones, incorporóse en su cama despues de grandes esfuerzos, y le dirigió las reflexiones siguientes que aterraron al parricida.

—»Juan Manuel: ¿que pretendes con tus insultos? ¿Pretendes, acaso, asustar á tu padre? ¿Crees imponerme miedo como al pueblo?—He nombrado á Gervasio y no á tí, porque ha sido siempre mas buen hijo y porque este es mi deber dictado por Dios y mi conciencia.—Me obligas á recordarte cosas amargas y, aunque bien á pesar mio, te las recordaré.—Cuando tu madre te envió á la estancia por tu mala con-

ducta, yo me empeñé en que ganases algo, y despues de algun tiempo te interesé en las ganancias. ¿Que hiciste?—Cuando se acercaba el término del contracto, *cuereaste* (1) sin medida, *mal barataste* mis intereses y te *apropiaste* sumas de consideracion.—En vez de arrepentirte, viniste á mi presencia á rebelarte contra mi autoridad, á arrojar para siempre el respeto que la religion y las leyes imponen á los hijos, me tiraste á la cara en señal de desprecio y aversion la ropa que te habia dado tu madre y saliste en calzoncillos de mi casa: despues de este acto irreverente no solo hablabas mal de mí, sino que hasta me volvias la espalda, si por casualidad me descubrias desde media calle: desde entonces, que hace mas de veinte años, ni te has acordado mas de esta casa, ni has preguntado por la salud de tus padres, ni te has acercado nunca á pedirles su bendicion.—Faltaria yo pues, á mis deberes de cristiano, si confiase los intereses de tu madre y de tus hermanos en tí, en las manos de un hijo que ha sido infiel é irrespetuoso.

—»El hijo réprobo no pudo sufrir la última maldicion del moribundo padre: no le dejó concluir; le volvió la espalda.

»El afligido padre no pudo sobrevivir muchos dias á tan terrible escena de violento pesar. El tirano tuvo la satisfaccion de haber derramado hiel en sus últimas horas; pero orgulloso hasta rivalizar con los mas opulentos monarcas, no bien hubo fallecido le mandó hacer suntuosos funerales, ordenando que la degradada Sala le decretase honores de general y en su mensage de este año (1839) destinado como todos los otros por su forma, por su lenguaje estrambótico y por los embustes que contiene, á burlarse de la esclavitud y vilipendio de los argentinos, insertó algunas frases sobre la muerte de su *muy amado padre*, aunque su aborrecimiento y odio contra él eran tales, que si bien en la primera edicion de ese mensaje se encuentra este recuerdo á su memoria, desapareció por completo en la segunda.»

¡Que horror! ¡Que hipocresía!

Abramos aquí aquellas inmortales páginas de M. Lamennais:

«Yo habia visto los males que afligen la tierra. El débil oprimido, el justo mendigando el pan, el malvado lleno de honores y nadando en riquezas, el inocente condenado por jueces inícuos, y sus hijos errantes sin lecho ni abrigo.»

(1) Está tomado este verbo en el sentido de embriaguez.

Y comentando estas palabras otro grande escritor contemporáneo, D. Joaquin María Lopez, cuya vida pertenece á la historia y cuyos mortales restos merecen colocarse en el inmortal panteon de los patricios mas distinguidos, añade:

«Parecia que en la vida, la honradez, la lisura y la lealtad debieran ser una recomendacion, y el crímen, la doblez y la hipocresía un anatema y un peligro. Esto era lo natural; pero los hombres acostumbran á invertir el órden de la naturaleza. Aristides es desterrado y uno de sus conciudadanos vota el destierro solo porque estaba cansado de oirle llamar el justo. Focion es condenado á beber la cicuta, y tiene que pedir prestado á un amigo el dinero para pagarla; la misma suerte tiene Sócrates, y Jesucristo muere en una cruz. Entretanto Sila acaba los dias contento y feliz, rodeado de placeres, aunque manchadas las manos con la sangre de millones de víctimas.»

Y mas adelante dice:—«El malvado lleno de honores y nadando en riquezas... ¿Y acaso no ofrecen todos los tiempos y todos los paises mil y mil ejemplos de esta verdad dolorosa? En esta parte los antiguos tomaban precauciones que nosotros hemos descuidado. En Egipto y en Atenas, conforme á las leyes de Solon, cada ciudadano debia probar ante el magistrado los bienes de que vivia, el oficio ó profesion con que ganaba su sustento. Si en la actualidad existiera una ley semejante, ¿cuántos hombres envueltos en oro, que gastan y disfrutan, que insultan á los demás con su fausto y con sus trenes, tendrian que presentar en blanco sus títulos de legítimas adquisiciones, la hoja de sus propiedades y de su trabajo, como tambien la de sus servicios?

»Pero ni siquiera tienen esos hombres la virtud del pudor. Valiera mas que fuesen avaros y que enterrasen sus tesoros para que nadie supiese cuántos eran ni dónde estaban. Al menos entonces se apartaria de los ojos del pueblo un cuadro inmoral, que le insulta á la vez que le corrompe, porque escita deseos, enerva y prostituye las almas.....

»El inocente condenado por jueces inícuos.... ¿Puede haber justicia en esos fallos de los tribunales de sangre que han enviado en masa al patíbulo á centenares de desgraciados? ¿Puede haber justicia en esas sentencias de tribunales escepcionales, que han confinado poco menos que á poblaciones enteras á remotos climas, ó que han escrito en la frente de hombres distinguidos el «anda, anda» del Judío errante....?

»Tal ha sido mucho tiempo y tal es todavía la suerte del hombre en varios paises. La Filosofía y la historia les suministran consuelos y esperanzas, y el porvenir encierra su remedio. Lucharán una vez y establecerán para siempre el reinado de la razon y de la libertad. Hay una divinidad vengadora que hiere con su vara al opresor, y que con la otra mano levanta á los pueblos del estado en que aquel les pisoteaba. Esa divinidad va recorriendo las naciones: puede tardar, pero llegará al fin. El sol aparece mas tarde en el invierno, pero aparece y disipa las nieblas, liquida los hielos y vuelve al mundo el calor y la vida. Trabajad y esperad; tales son las palabras que encierra la suerte del hombre, y de cuyo cumplimiento depende su porvenir.»

¡Qué consideraciones tan tiernas y consoladoras! no parece sino que su ilustre autor tenia delante las sangrientas páginas de esta triste historia, y derramaba este bálsamo benéfico sobre los afligidos corazones de los infortunados Mártires. Bien que, al glosar aquello de «el malvado lleno de honores y nadando en riquezas, etc.» nos traza el histórico paralelo de Sócrates y Focion, condenados á pagarse la cicuta, mientras Sila acababa sus dias feliz y rodeado de placeres, manchadas sus manos con la sangre de las víctimas; y demasiado conoce el ilustrado lector cuanto se acerca este déspota cruel á nuestro nuevo déspota, mas inhumano aun que todos los sanguinarios emperadores.

Pero, reanudemos nuestro hilo.

Bien pronto se divulgó por la ciudad esta terrible escena; no habian transcurrido aun veinticuatro horas, cuando todos los habitantes estaban horrorizados del insulto que el hijo réprobo acababa de hacer al viejo autor de su existencia; insulto que ofendia imperiosamente á la sociedad, á la moral y á la religion.—¿De qué no será capaz este hombre que así trata al que le dió el ser?—decian todos á una; pero la maz-horca velaba, corria, acechaba puñal en mano, y ¡desgraciado el que se atreviese á demostrar ni aun su sentimiento!

Con todo, la pantera rugia de cólera con la postrera maldicion, que acababa de abrir, sin conocerlo, en su corazon perverso la gangrenosa úlcera del remordimiento; y no tardó mucho en cebarse nuevamente en otras víctimas.

El ministro del gobierno de Santa Fé, D. Domingo Cúllen, á quien el mismo Rosas, segun hemos dicho en otro capítulo, habia colmado

de régios honores, fué una de ellas.—Apenas tuvo noticia el tirano de la muerte del gobernador de esta provincia D. Estanislao Lopez, se apresuró á rogar á Cúllen que se encargara del gobierno, á cuyo efecto le brindaba con todo su poder para sostenerlo, siempre que cumpliera con los siguientes pactos:—«Entregarle la correspondencia secreta que habia mediado entre él y López: derogar la resolucion de la Sala de Santa-Fé, para enviar un representante que negociase sobre la cuestion con los franceses en el bloqueo, y uniformar su política á la de Buenos Aires.

Elegido Cúllen, estaba ya dispuesto á aceptar con preferencia la última condicion; pero una conferencia secreta con el ministro británico Mandeville, le hizo cambiar posteriormente de parecer.

Ciego de rabia Rosas por haberle faltado á las condiciones pactadas, á los pocos meses de haber comido en Buenos Aires en su mismo plato, le declaró salvaje unitario; hízolo arrojar del gobierno, y trabajó con ahinco para que el gobernador en cuya casa estaba Cúllen se lo entregase. Ibarra, que así se llamaba, resistió al principio mancharse con tan cruel perfidia, pero Rosas pudo ganar á su secretario, y falsificando una carta de Cúllen en la que trataba de hacer una revolucion contra Ibarra, este lo entregó á su verdugo.—El señor Cúllen fué acompañado hasta el Arroyo del Medio, en el término que divide á Santa-Fé de Buenos Aires, y sin otra fórmula ni causa que una órden de Rosas (1), fué fusilado por su edecan el 22 de junio de 1839.

Así insultó este infame á la confederacion argentina y á la provincia

(1) Hé aquí el documento que acompañamos como comprobante.

Arroyo del medio, junio 22 de 1839.

Al Excmo. señor Gobernador y Capitan general, nuestro ilustre restaurador de las leyes, brigadier D. Juan Manuel Rosas.

Excmo. Sr.:—Recibí del Teniente coronel graduado, edecan del Excmo. señor gobernador y capitan general de la provincia de Córdova, al reo de lesa nacion unitario Domingo Cúllen, y en virtud de las órdenes de V. E., fué fusilado, habiendo recibido los ausilios espirituales por el Sr. sacerdote de San Nicolás D. Ramon Gonzalez Lara.

Dios guarde la importantísima vida de V. E. muchos años.—Excmo. Sr.—*Pedro Ramos.*

de Santa-Fé, arrojándola la cabeza de su gobernador y salpicando con su sangre sus propios límites.

En esta misma época tuvieron lugar otros dos asesinatos que llenaron de luto y de terror á toda la provincia. Fusilado el gobernador D. Domingo Cúllen, solo quedaba otro hombre que guardaba los mayores secretos del ruidoso proceso de los Reinafés; pero el tirano queria que las sombras del sepulcro los velasen y era forzoso que muriese tambien. Este hombre ilustre era el presidente de la Sala de representantes, doctor D. Manuel Vicente Maza, quien habia dicho muchas veces:—«Esta causa de los Reinafés me ha de quitar la vida.»

Mucho tiempo hacia que el tirano buscaba un pretesto para deshacerse de su antiguo amigo, su protector, su maestro y hasta su actual consejero, y la casualidad se lo proporcionó en una conspiracion, que merced á la falsa delacion de un traidor, se sospechó que estaba dirigida por el hijo de aquel, don Ramon Maza; conspiracion, que sin embargo nunca pudo descubrirse ni su orígen, ni sus ramificaciones, ni su autor siquiera.

Púsole preso; pero los servicios de su padre eran demasiado notorios y demasiado importantes para que dejaran de colocarle en una terrible y dura alternativa: ó perdonar al hijo por los servicios de su padre, ó matar á este tambien envolviéndole en la supuesta conspiracion de su hijo. Pero esta calumnia estaba tan desnuda de documentos, tan falta de apariencias, que era preciso darla otro colorido, porque tan pública era la grande amistad, la ciega pasïon del doctor Maza por Rosas, que en los primeros momentos de la prision del hijo, se creyó y circuló la noticia, que su mismo padre lo habia hecho, descubriendo sus pasos y entregándole al tirano.

Empero, nada de esto sucedió. El verdugo dispuso que la maz-horca asaltase su casa y que la policía siguiese sus pasos; si comprendiendo el destino que le esperaba tratase de huir, que se le alcanzara y fuese asesinado como el criminal, que para quedar impune intenta evadirse de la justicia; mas todo fué inútil, porque Maza permaneció impasible y no opuso la menor resistencia. Entonces le tendió otro lazo. Como era natural que el padre fuese á ver al dictador para interceder por su hijo, se negó á recibirle, contestándole, que si algo tenia que decirle lo hiciese por escrito. Esto encerraba la doble idea de tenderle al padre un nuevo lazo tambien, para tener un pretesto:—«Siendo abogado,

decia él, buscará un ardid para disculpar á su hijo; dirá alguna palabra que podrá interpretarse como sospechosa y con ello ya habrá bastante.»

El doctor Maza se resolvió á pesar de todo á escribir, y despues de haberlo consultado con sus amigos, le decia entre otras cosas:—«que esperaba que no se le exigiera lo que repugnaba á la razon y á la naturaleza.»—El tirano creyó que con esto tenia lo que deseaba:—«esto quiere decir, repuso él, que no se le forzara á acusar á su hijo, luego sabia la conjuracion y no la ha delatado, luego es cómplice.»—Hecho este comentario, el tirano no trataba mas que de asegurar el golpe, y se decidió por elegir un medio que fuese conforme á sus brutales y feroces instintos.

Envió un recado al doctor Maza, que le aguardase en la Sala de Representantes; que no saliera de ella, que «iria á verle un amigo.»—Maza creyó de buena fé que seria el mismo Rosas, porque así se lo hizo comprender el mensagero, y mandó preparar *mates* para obsequiarle. Al mismo tiempo, con objeto de conmoverle mas y que no pudiese negarle el perdon de su hijo, escribió la renuncia de todos sus cargos y empleos y estaba leyéndola en la secretaría á un amigo suyo, cuando se presentaron dos emponchados á la puerta y otro embozado hasta los ojos. Descubrióse uno de ellos y corriendo hacia el amigo de Maza huyó precipitadamente por la puerta que daba al salon de las Sesiones y se ocultó en una de las tribunas. El doctor Maza se tapó la cara y uno de los asesinos asiéndole por el cuello le hundió dos veces en el pecho la daga que tenia en la otra mano, limpiándola apesuradamente en un pliego de papel que habia encima de la mesa.

Al momento entró un grupo de hombres que habia en la calle y con ellos la policía, que se apoderó de todos los mates y todos los preparativos que tenia la víctima para obseqniar á su *amigo*, y todos cuantos papeles le pertenecian.

En esto entró un agente de Rosas y volviéndose hácia aquella turba dijo:—Señores, el doctor Maza se ha suicidado.—Pero no faltaba entre los concurrentes quien señalaba con el dedo el papel de encima de la mesa arrugado y teñido con la sangre del instrumento mortífero que en él se habia limpiado; pero sobre todo la posicion que tenia el difunto, la direccion y clase de heridas que habia recibido y otras muchas pruebas que ni se han intentado ni querian intentarse.

Media hora despues los asesinos corrian trémulos de una parte á otra en busca del testigo ocular que se habia escapado y ocultado en el salon de las Sesiones.—Estamos perdidos, decia uno; este pícaro que no le he conocido nos ha visto y si no le matamos lo contará todo.

—No tengas miedo, contestó otro: se lo diremos al gobernador y ya desaparecerá: no te apures por eso.

—Es que nos ha visto bien á todos, porque yo he reparado que estaba de cara, y cuando huyó fué porque comprendió perfectamente nuestro encargo.

—Bien, pues ya le buscaremos.

Nuestros dos amigos Manuel y Benito, pasaban á la sazon por la calle de Representantes: uno de los asesinos, que conocieron perfectamente, les pidió fuego para encender el cigarro, y mientras lo hacia repararon que tenia ensangrentados los dedos de la mano derecha.

—Alguna han hecho estos pícaros,—dijo Benito,—sigámoslos un rato á lo lejos á ver dónde van.

A los pocos pasos observaron que habian parado á uno, que se resistia sin duda á seguirlos: aproximáronse un poco mas nuestros observadores y oyeron que decian los tres agresores: ¿No es usted el que hace poco estaba en la Sala?

—Señores, digo que no: vengo de mi casa y voy al café que tengo cita con dos amigos.

—Este es: me acuerdo perfectamente;—decia otro de los asesinos.

—Se equivoca, amigo mio: y por último, yo no voy á ninguna parte porque no soy el que ustedes se figuran.

Viendo Benito que los agresores eran solo tres, le dijo á Manuel:—¿vamos á hacer una obra de caridad?

—¿Estás loco?

—No: estoy muy cuerdo, y aunque tú no quieras, yo solo me peleo con ellos si vuelven á tocarle ó amenazarle. ¿No oyes lo que dice, que se equivocan, que le han tomado por otro, que ha salido hace poco de su casa y ahora se vá al café? ¿No es una picardía que asesinen á este desgraciado que no ha cometido otro delito, segun se vé, que parecerse á otro, annque sea inocente tambien?

Por fin los asesinos habian agarrado al amigo de Maza é iban á arrastrarle, cuando nuestro valiente Benito sacando su cuchillo se les

echó encima diciéndoles: ¡alto, señores!—este caballero es un amigo nuestro que ha estado todo el dia con nosotros tratando de negocios del comercio; por lo tanto no se le prende.

—¿Y quien es usted para meterse en nuestras operaciones? ¿No sabe que tambien usted puede ir ahora mismo preso?

—Yo no he ido nunca preso, porque soy un ciudadano honrado, ni el señor va tampoco, porque es un amigo: con que ¡atrás! ó abro á uno en canal.

Echóse Benito encima cuchillo en mano, y Manuel viendo tal arrojo tomó tambien parte y se puso á su lado: el acometido dió media vuelta y se unió á los amigos, y viendo los asesinos que no saldrian bien librados, puesto que se trataba de hombre á hombre, diéronse á las buenas y dijeron:

—Si ustedes responden de ese caballero y dicen que es un amigo, nada hay que decir.

—Sí, sí: respondemos y otra vez irse con mas cuidado, porque yo no respeto á nadie, cuando se trata de cometer injusticias.

Quedáronse solos los dos amigos, que bien pronto reconocieron al que acababan de salvar la vida.

—¿Sois vos, D. Mateo? pues no le habíamos conocido.

—¡Ah! Vamos, vamos de aquí al momento, que esos pícaros iran á buscar los otros, y entonces no hay remedio. Te debo la vida, Benito: tú eres desde hoy mi mayor amigo.

—Pues no lo he hecho por vos, porque francamente no os habia podido conocer con la oscuridad de la noche.

—Sí, sí: tiene razon D. Mateo: alejémonos pronto de aquí.

Retiráronse, y luego de haber llegado á casa de los dos amigos, porque no le dejaron ir á la suya, por temor de que fuesen á prenderle ó asesinarle, les contó todo lo ocurrido con el doctor Maza, porque él era efectivamente el amigo de este, que pudo escaparse.

Dos horas despues de asesinado el padre mandó Rosas que fusilasen al hijo, llegando su ferocidad y su cinismo á tal estremo, que acibaró los ultimos momentos de su vida con la insolente relacion que le hizo uno de sus edecanes del triste y horroroso fin de su querido padre, que tendido en un carro esperaba el cadáver del hijo para ser arrojados juntos á la zanja criminal donde mandaba el tirano que se confundieran todas las víctimas.

En vano la familia distinguida del doctor Maza reclamó los restos de ese infeliz magistrado: no solo le fueron negados, como habia hecho con otros y con la infeliz viuda, sino que prohibió severamente el que se le hicieran funerales. Al contrario: la maz-horca recorria las calles al dia siguiente y obligó á todos los vecinos á hacer regocijos y demostraciones públicas por estas muertes. Las iglesias fueron profanadas con sacrílegas acciones de gracias al ser supremo por el infame asesinato del hijo; y respecto al del padre, primero dijo Rosas que le habian muerto los «unitarios,» despues que los «federales irritados» y últimamente que el «furor popular.» Pero la Gaceta del 30 de junio decia: —«El execrable asesinato del salvaje unitario doctor Maza, en momentos de profunda é inmensa irritacion popular, que tanto repite el Nacional, fué un esceso de atroz licencia.»

¡Qué baldon! ¡Que impunidad¡ ¿Quién no vé en estas palpables contradicciones la confusion del crímen?—Corramos, corramos un velo para poder continuar.

CAPITULO LIII.

EL SEGUNDO PADRE.

Para atormentar al hombre no bastan las revueltas del esterior, es preciso que tambien le aquejen las amargas afecciones morales. Nuestro ser está colocado entre dos riberas, y debe sufrir los embates de las olas que vienen á estrellarse á sus piés. Estas eran las ideas que dominaban á nuestro diplomático Martin, quien se hallaba dominado por una profunda tristeza con motivo de haber recibido la carta del gobernador de Chile, en la que se le participaba, como hemos visto, la muerte de su amigo el coronel Mendez, y el nombramiento de albacea hecho á su favor por la íntima confianza que en él tenia depositada el difunto padre de Amalia.

—¿Qué hará esa jóven? esclamaba Martin: es cierto que el gobernador me dice que ha determinado que viniese á esta; con un poco mas de anticipacion me hubiera arriesgado á ir á buscarla; pero como ha de ser, la situacion del pais no lo permite, y es preciso sujetarse á la ley del imperioso destino. ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos!

Las familias están diseminadas, cunde el desórden por todas partes, se ha entronizado la tiranía y la verdadera libertad ha enmudecido.

Así iba discurriendo ese hombre singular, paseándose arriba y abajo por su gabinete, que en aquel momento aparecia bajo el aspecto de una mesa revuelta ; un monton de cartas estaban entreabiertas encima la carpeta, algunos borradores con mas borrados y tildados que tabla jaspeada, ocupaban algunas sillas , y los cuadros que representaban los personajes mas célebres de la historia argentina parecian completar con sus miradas y su grave presencia esa escena, que solo dejaba de ser muda por las esclamaciones que de vez en cuando proferia el sabio que la ocupaba y que era el único ser vivo que recibia de ella las mas vivas sensaciones.

—Cuanto tarda en venir ese perezoso de Juan: precisamente debe haber llegado la correspondencia, y Enrique, de seguro, que no habrá olvidado participarme todo lo que haya ocurrido; pues sabe muy bien cuanto á ambos nos interesa el estar enterados de los pormenores mas leves é insignificantes. Sentiria que le hubiese sobrevenido algun contratiempo; harto sentimiento tendrá el pobre cuando sepa la muerte de su padre. Esa familia empieza á ser desgraciada! El padre caido y apartado como un réprobo del centro de su patria, una hija robada y vuelta al seno de su contristada familia, un hijo espuesto á los caprichos del fuego enemigo, y herido en mitad del corazon por la ausencia de la jóven Aurelia, á quien ama con toda su alma. ¿Cuál es tu deber, Martin, para con ella? Lo conozco bien, mi deber es protegerla, ausiliarla, escudarla contra los emponzoñados tiros de la Federacion y librarla del ensañamiento de ese tirano que con ese desmedido orgullo quiere llegar á sentarse al lado del mismo Dios. ¡Ah! Rosas, caerás, caerás... te lo juro...

El entusiasmo de Martin se manifestaba en estos momentos por los ademanes que hacia, por la espresion que se revelaba en su rostro, llena de despecho y envuelta en presagios de empresas colosales y atrevidas.

—La marcha de los negocios va tomando un giro favorable, continuó diciendo, y creo que mi patria me deberá, sin saberlo, la victoria. Dios, solo Dios conoce el fondo de mi corazon; ningun hombre hasta el presente ha podido penetrar hasta el abismo de mi alma; sí, porque mi alma no es mas que un abismo lleno de pensamientos encaminados al

alto fin de hacer todo el bien posible á mis semejantes. El hombre al empezar á raciocinar debiera imponerse por obligacion el procurar la felicidad de cierto número de seres, contribuyendo de este modo á los destinos de la creacion. Entonces la serie de las obras buenas acudirian tarde ó temprano á formar un envidiable conjunto y esa espontaneidad seria la ley mas sabia del Universo, y la mas duradera; porque estaria cimentada en la mútua correspondencia de los sentimientos, móviles seguros de las buenas acciones, y prueba infalible del equilibrio de los poderes sociales. Pero existe una fatalidad que.....

—Señor, dijo desde dentro una voz, que no era otra que la de Juan, que acababa de interrumpir á Martin en el curso de su animado monólogo.

—Adelante, Juan.

Entró el criado y entregó una carta, que tomó Martin con una sonrisa indecible; pues la letra del sobre no era otra que la de Enrique.

Abrióla y con una curiosidad propia de una persona que espera con ansia, leyó lo siguiente:—Querido y respetable amigo Martin. Vuestros consejos serán siempre preludios de felicidad. Lástima que no esteis en este instante entre nosotros; sin duda gozariais viendo pintada en nuestros rostros la alegría mas completa por la victoria que con tan buen écsito acabamos de alcanzar en el Yeruá. ¡Ah! Martin, esta ha sido una batalla de héroes; cada uno de los nuestros ha valido por veinte. Yo he salido ileso de la refriega, y en verdad que no ha sido por no esponerme. Creo haber luchado como el primero y haber cumplido el deber de un soldado y patriota. Aceptad mis abrazos y trasmitidlos á la familia Viamont, diciendo á Aurelia que no sé olvidarla ni un solo momento. Continuaré enterándoos de cuanto acontezca: confiad en mí como en vos mismo. Vuestro amigo Enrique Mendez.—Bien, perfectamente, esclamó, Martin; no me engañaba cuando decia que el hijo seria digno del Padre. ¡Victoria! ¡Victoria! empieza ya á cundir el entusiasmo: ha caido ya la primera piedra de ese edificio tiránico levantado por la mano de un verdugo; el desprestigio empieza á minar el trono de ese intruso, sostenido por un ejército que cuenta con los elementos que le aprestan la codicia y el vandalismo. Me marcho, salgo á la calle y voy á abrazar á todos mis amigos. Hoy es un dia de gloria hoy brilla con mas fulgor el sol de la libertad americana. Héroes de

Yeruá, yo os saludo desde el fondo de mi gabinete y os deseo un millon de lauros. Nada importa que mis invocaciones salgan de un rincon oscuro; el gusano que brilla durante la noche entre las flores, no por esto deja de aparecer como un punto luminoso en medio de la oscuridad. En mis ardientes deseos hay alma, hay fuego, me siento inflamar por la salvacion de mi patria y la sangre que en mí arde es abundante y generosa, porque mana de la fuente de un amor inagotable en cuyo fondo se lee: ama á los hombres como á tí mismo, puesto que son tus hermanos. Salgamos, salgamos á recorrer Montevideo; mi corazon necesita espansion, quiero respirar y hoy es pequeña mi casa para poder contener mi respiracion de lava.

Martin tomó su sombrero, abrochó su levita, llamó al cajero y le dijo: D. Blas, hoy es dia de júbilo, y no quiero que nadie trabaje en mi casa, mande usted en seguida cerrar el escritorio, y desde hoy en adelante, cada victoria de nuestros patricios será celebrada con manifestaciones de verdadero júbilo.

Es inútil decir que semejante noticia produjo una bulliciosa algazara en toda la casa; oficiales, dependientes, criados, todo el mundo celebraba la resolucion de aquel hombre generoso, y se deshacia en contínuas y merecidas alabanzas.

Martin recorrió todos los círculos influyentes, entró en todos los cafés, se aproximó á todos los grupos en donde conocia rodaba la política: aquí arengó, allí entusiasmó; en todas partes fué aplaudido y en una hora convirtió á Montevideo en una mansion de gozo y de triunfo. Este hombre especial, parecia que crecia y se multiplicaba por todos los ángulos de la ciudad, era la misma actividad que corria como la velocidad de su pensamiento y que á todos comunicaba igual grado de satisfaccion y de patriotismo.

Martin no fué á comer á su casa, tenia demasiados amigos, para que dejasen de honrarse con su compañía. Todos le creian necesario, y realmente por su saber, discrecion y diplomacia en el obrar, era una joya de inestimable valor que la patria y sus amantes debian conservar, aunque hubiera sido á costa de los mayores sacrificios. Los corazones del temple de Martin palpitan dentro de una circunferencia muy lata, y hacen lo que el sol respecto de las planetas; es decir que nacen con la sagrada urna que contiene el perfume de una inteligencia privi-

legiada, inteligencia que ya en el prólogo de su desarrollo ha dado ricos frutos y ha hecho concebir la esperanza de un rico porvenir. Martin era el genio de aquella situacion, y sus alas se estendian desde el polo de la maldad hasta el dorado punto de la bondad y de la justicia. Nacido para el bien esplotaba todas sus acciones y ponia en juego sus abundantes recursos para llegar á ese bello ideal que nació con él y que forma el inmenso cúmulo de sus aspiraciones. El deplorable estado de su nacion le ofrecia ancho campo en donde poder realizar sus esperanzas y lucir sus grandes conocimientos. Su colosal ingenio podia inventar mucho, porque la agudeza del crímen necesitaba la agudeza del talento y la virtud, y virtud, talento é imaginacion eran cualidades con que la divinidad habia adornado la cabeza de aquel hombre estraordinario é incomprensible ser.

Continuaba el bullicio y la algazara, y las fiestas que se habian improvisado, gracias á la presencia de Martin no perdian nada de colorido, antes al contrario parecia que la noche les daba aun mas realce. Martin pudo escusarse por algunos momentos de continuar en compañía de los que le habian convidado á comer y fué á dar una vuelta por su casa. Al entrar en la puerta de la misma levantó la cabeza y vió que la ventana que caia encima del portal estaba abierta, lo que le causó estrañeza, pues esta no se abria sino en el caso de que hubiese algun huésped en la habitacion. En el primer momento, Martin se impresionó; pero luego despues cruzó una idea luminosa por su mente y pensó apesar de su agitacion en Amalia. Bien pronto salió de duda, Juan salió, luego que oyó llamar á su amo, y despues de haberle saludado, le dijo que habia llegado una señora con dos criados y que habia preguntado con mucho interés por él.

El pecho de Martin se levantaba de placer, al pensar que quizá iba á abrazar á la hermana de Enrique. El mismo anhelo es el que dirigia sus pasos hácia la morada de aquella, que por un presentimiento le parecia habia de ser la hija de Mendez. Un paso mas y se adelanta hácia la puerta, la abre, y antes que pudiese proferir palabra alguna, la bella jóven, que realmente no era otra que Amalia, se habia arrojado en sus brazos. Martin temblaba de emocion y casi lloraba de gozo al besar á la hija de su amigo, para quien en aquel instante concibió el cariño de un padre.

—¡Amalia, Amalia! ¿es posible que te vuelva á ver?

—¡Martin! no puedo hablar: los recuerdos me sofocan y las lágrimas me ahogan.

—Bastante sé que has llorado y que has cumplido con los deberes de una hija sumisa y obediente, de talento y virtuosa.

—Vos siempre llevais el consuelo á los afligidos. Bien decia mi padre cuando os llamaba el varon justo por escelencia.

—No te agites, Amalia, no te agites; necesitas descanso. No conviene que las jóvenes atormenten mucho su naturaleza, pues la prolongacion del dolor seria un contínuo suicidio, seria una desesperacion reprobada por las leyes del cielo y de la tierra.

—¡Ah! teneis razon, estoy ofendiendo al hombre mas generoso del universo, al mejor amigo de mi padre.

—No, no me ofendes por eso, Amalia; yo conozco bastante el corazon humano, y sé lo que puede dar de sí. Lejos de enojarme, tengo un gusto al considerar que en la belleza del cuerpo reunes las bellas prendas del alma, cualidades que no siempre corren pareja con la escala de las índoles.

—¡Ah Martin! si algo bueno poseo, si soy recomendable por algun concepto, tan solo lo debo á vos y á mi idolatrado padre... ¡ah! padre... padre mio.....

—Basta, basta, Amalia, pon treguas al llanto; pues de lo contrario me veré en el sensible caso de tener que reprenderte.

—Perdon de nuevo, Martin; ya veo que en este mundo no sirvo sino para molestar.

—Silencio, Amalia, tú no puedes molestarme nunca. Debes estar aquí como si habitases en tu propia casa.

—Bastante libertad me he tomado viniendo á tomar posesion de ella, cuando su dueño se hallaba ausente.

—Solo te ruego que continúes usando siempre de la misma; me ofenderias si no me tratases lo mismo que á tu padre; pues yo lo debo ser para tí, lo propio que tú has de ser para mí una hija esmeradamente sencilla y cariñosa.

—Os quedaré agradecida eternamente, ¡segundo padre mio!...

—¡Ah! me das el dulce nombre de padre, ¡oh Dios mio! tengo un orgullo en adoptar por hija á una jóven tan cándida y tan amable.

—¿Y Enrique?

—Enrique está peleando entre los valientes. Tu hermano es uno de los héroes que mas descuellan en el ejército libertador mandado por el bizarro Lavalle. Tu hermano sigue un carácter eminentemente militar.

—¡Pobre hermano! quizá á estas horas estará agonizando, víctima del plomo mortífero. La carrera de las armas es muy brillante; pero es tambien muy peligrosa.

—¡Ah! lo que es la presente es altamente honrosa para Enrique; ahora no se defiende á esta ó aquella bandería, sino que la mision de la guerra en esta sazon es santa, gloriosa, digna de la inmortalidad. No debes pasar cuidado por él: esta mañana he recibido carta suya, por la que me entera de una victoria que se ha alcanzado por la parte de los nuestros en el Yeruá.

—¿Y cuál ha sido la suerte de los de Viamont?

—Todos se han salvado, y no ha muchos dias que Aurelia me preguntó por tí; ¡oh! has de saber que ella y tu hermano Enrique se tienen una pasion, que es á mis ojos muy grande por tener su orígen en dos corazones igualmente hidalgos.

—Me alegro mucho que Enrique haya fijado sus miradas en una jóven que, á gustaros, es sin duda digna del mas opuesto galan y del caballero mas completo.

—Tendrás ocasion de conocerla; mañana, si has descansado ya, tendré el gusto de presentarte á esa noble familia de los Viamont, por tantos títulos acreedora al aprecio público y particular.

—Me hareis un singular favor presentándome á esas personas que me son muy queridas, desde que habeis dicho que Enrique las quiere y que se toman tanto cuidado por mí.

—Creo que no llevarás á mal que te pregunte por el indio Agaparco?

—¡Ah! Agaparco! esclamó Amalia y sintió abrasadas sus mejillas.—Sí, le dejé, cuando se marchó al desierto; y, á deciros verdad, no puedo dejar de conocer que ha hecho grandes sacrificios por mi honor y mi vida, y no puedo menos de estarle agradecida.

—¡Amalia! háblame con toda la sinceridad que te caracteriza, contestándome á esta pregunta:—¿sientes algo por ese hermoso y admirable peguenche ?

—Martin, habeis tocado la cuerda mas misteriosa de mi alma, y hablándoos con franqueza, puedo deciros que cuando me entrego á la soledad de mis reflexiones, y busco con avidez los secretos de mi vida, encuentro que ese hombre me ha obligado hasta cierto punto, conozco, y quizá conozco mal, que no le tengo una pasion; pero puedo deciros que cuando me acuerdo de él, me estremezco involuntariamente; y hasta creo, que tiene algo de sobrenatural que atrae y fascina.

—Sin duda es acreedor á tu consideracion y á la gratitud mas sincera.

—Estoy muy convencida de ello y así se lo manifesté cuando se despidió de mí.

—Nada tengo que decirte, tú sabes mejor que yo lo que debes á tí misma. Adios, vuelvo á salir. Haz lo que bien te parezca, acuéstate y duerme un sueño tranquilo y profundo hasta mañana.

Abrazóla Martin, y Amalia cogió su mano y la besó como si hubiese sido la de su difunto padre.

El lector podrá adivinar fácilmente cuantas serian las ideas que ocupaban á Amalia en este momento. Martin le habia evocado el recuerdo de un hombre á quien no habia visto desde la última entrevista en Chile, y Amalia habia mirado mas de una vez con tristeza los Andes y habia esclamado ¿por qué no he de amar yo á ese hombre que me adora?—Me espanta la idea de no volverle á ver nunca mas. Y estos lúgubres pensamientos cruzaban por su imaginacion en este mismo instante, en que habia quedado sola en su habitacion. Por fin conoció que le era necessrio el reposo y se acostó en la cama que á propósito habia en el cuarto. No tardó mucho en entregarse al sueño, durmiendo con la tranquilidad de un ángel.

Mientras que el ángel dormia, el pueblo de Montevideo seguia corriendo por las calles. En un aposento reinaba el silencio, fuera de él cundian las mozas, parecidas en sus vaivenes á las ondulaciones de un campo sembrado de verde yerba. Era la sincera y patriótica manifestacion de regocijo, parecida en un principio á las gotas de agua que pugnan por salir de su cauce y levantar la tierra que las oprisiona, desbordándose y cayendo á torrentes despues de recibido el empuge de las que vienen detrás y se precipitan con fantástico estruendo sobre las primeras. En este dia habia lucido en el horizonte de Montevideo el

astro de la salvacion. Martin habia sacado fuego del hielo, habia arrancado el pueblo de abatimiento en que yacia, dándole aliento y robusteciendo sus esperanzas medio abatidas.

La hora de la noche adelantaba, y el ardor popular iba disminuyendo á medida que abanzaba el astro luminar de las tinieblas.

La minutera del tiempo señalaba las once en la circunferencia del espacio, cuando Martin entraba en su casa lleno el corazon de placer y ardiente el alma por los humos de victoria que aun le alentaban. Al pasar por delante el cuarto de Amalia, aplicó el oido al agujero de la cerradura y á duras penas pudo percibir una respiracion lenta y pausada.

Martin, contra su ordinaria costumbre, no leyó aquella noche antes de acostarse, y como habia pasado el dia en contínuo movimiento, no tardó en rendir homenaje á los encantos de Morféo.

El silencio reinaba ya por las calles, y solo se oia de vez en cuando el ruido que producian las pisadas de algun transeunte que habia tardado en retirarse.

Amalia habia tenido algunos instantes de insomnio. Desde que se habia marchado de Chile, se habia acordado mas de una vez de aquella sombra errante de los lagos de los Andes.

Despues de las doce, habia sonado la primera hora de la mañana, y habia parecido á Amalia estar oyendo el metal de una voz que no le era desconocida: esa voz entonaba una cancion de aire triste, salida segun parecia de un corazon lacerado.

Amalia no podia convencerse de que aquella voz fuese la misma que en otro tiempo la habia dirigido trovas de amor en el desierto; pero parecia tambien imposible que pudiese haber dos sonidos tan enteramente iguales, dos vibraciones tan idénticas.

Aquel canto venia de la calle y parecia salido de debajo de la ventana. Paraba un momento y luego volvia á empezar. Por fin incorporóse Amalia en su lecho, cubrióse con la bata, y colocándose junto á la ventana, oyó que cantaba aquella voz fuerte y melodiosa las siguientes estrofas:

Blanca Reina de las flores,
Puro albor de la mañana,

Consuelo de mis amores,
De los Querubes hermana.

El peguenche que te adora,
Que dá por tí vida y alma,
Que en los Andes ya no mora,
Busca en tí, reposo y calma.

—¡Ah! Dios mio! es él, Agaparco... ¡oh! es un sueño... pero no, no, vuelve á cantar.

Lejos de su patria, errante,
Cual perdido navegante
Que el viento á su impulso guia,
Llega á tí, paloma mia,
Rendido de amor tu amante.

El canto cesó, y fué seguido de un suspiro medio ahogado. Amalia luchando con su amor y delicadeza, abrió la ventana, asomóse y vió... Antes que viese, habia sido vista ya. ¡Ah! era él mismo, aquel indio enamorado, aquel Agaparco siempre apasionado y rendido, que al ver á Amalia esclamó:—¡Ah! es ella, el corazon y el Gran Espíritu me lo decian.

Amalia le devoraba con su mirada, que en aquel momento se bañaba apasionada en el rostro de su amante, mas hermoso que nunca, por reflejar en él los lánguidos rayos de la luna.

—Os habeis atrevido á perturbar el silencio de mi morada!!!

—El corazon que ama como el mio, se atreve á todo, vision de mis ensueños.

—¿Y cómo habeis sabido....?

—¡Ah! creias que te dejaria partir sola; no, no, Amalia: tú eres la brisa que alarga mi existencia. Yo no puedo vivir solo. Aunque has seguido diferente camino, te he seguido, y aun he llegado antes que tú. Han pasado algunos dias en los que he recorrido todas las carreras, he dormido sobre la arena, te he visto por fin llegar, he seguido tus pisadas y ahora he venido á desahogar mi amor bajo el nido de mi paloma, que es para mí el voluptuoso palacio de las Hadas.

—Alejaos, Agaparco, alejaos; me estais comprometiendo.

—Me alejaré porque lo mandas, pero antes quiero saber si puedo volver á verte.

—Sí, podeis; porque esta es la casa de Martin, y podeis visitarla. Haced lo que os plazca; pero antes prometedme que sereis prudente y grande como siempre.

—Sí, lo seré; pero dime antes si me amas, pues de lo contrario creo que voy á morir.

—No murais, Agaparco, no murais; si el destino nos ha unido con los vínculos de amor, aun á mi pesar os amaria siempre: confiad.

—¡Ah! espíritu de la luna, gracias. Tú me has inspirado y has escuchado mi plegaria.

—Adios, Agaparco, adios.

—Siempre contigo, Amalia; hasta al cielo. Mi ser es tuyo, aun mas allá de las aguas...

Amalia cerró la ventana y lloró postrada al pié de su cama hasta el amanecer.

Algunos momentos despues oyóse un silbido.

Tres hombres, tres indios se habian reunido y andando á paso rápido acababan de desaparecer por el último recodo de la calle.

Todo volvió á quedar en silencio. La naturaleza continuaba reposando, y la luna y el sol empezaban ya á disputarse el imperio del dia.

Empezaba á despuntar la aurora: el caos abria sus puertas á las sombras... El primer destello de luz iba á franquear los talleres á los infatigables operarios de la naturaleza.

CAPITULO LIV.

SEGUNDA CRUZADA.

Los asesinatos de los Mazas, el entusiasmo causado por la victoria alcanzada en el Yeruá y la cooperacion de la subyugada Corrientes, pueblo heroico que rechazó siempre la tiranía de Rosas, exaltaron los ánimos de toda la parte del Sur de Buenos Aires, y precipitaron la revolucion que estaba preparada de antemano; pero que la defeccion del infame coronel Granado hizo infructuosa, á pesar de contar con un respetable cuerpo de 1500 hombres al mando del distinguido Castelli, hijo del célebre patriota de 1810.

Pero casi al mismo tiempo que el desgraciado Castelli era víctima de la perfidia del coronel Granado, que faltó á su palabra y compromisos; al mismo tiempo que aquellas masas sin organizacion ni disciplina, movidas solo por el entusiasmo y la fé de la libertad de su patria, eran completamente derrotadas y dispersas en la batalla de Chascomús el 7 de noviembre de 1839, sorprendidas por las fuerzas de milicias y los cuerpos de indios y veteranos que puso Rosas á las órdenes de su hermano Prudencio, la reserva del va-

liente ejército Uruguayo, que al mando de Rivera se habia sublevado contra el poder de Oribe, batia y derrotaba tambien en los inmortales campos de Cagancha al ejército del tirano que mandaba Echagüe, orgulloso aun, por haber sometido con sus numerosas fuerzas á la heroica Corrientes que en vano intentó resistirlas.

La derrota de Chascomús vino á aumentar el ejército libertador. Mas de 800 gauchos que pudieron ganar la costa y llegar á Montevideo conducidos por buques franceses, embarcáronse de nuevo al cabo de diez dias y vadeando el Uruguay, se presentaron á Lavalle en Corrientes en enero de 1840. En esta fecha abrió Lavalle su segunda campaña sobre el Entre-Rios, con un ejército bisoño compuesto de 4000 hombres, casi todos de caballería.

Echagüe habia recibido refuerzos de Buenos Aires, y á pesar de su completa derrota, pudo formar un nuevo ejército de 2000 caballos, 1200 infantes y 10 piezas de artillería. No arredró á Lavalle la ventaja de sus disciplinados y veteranos enemigos: las cargas de sus escuadrones en Don Cristóbal fueron tan brillantes, que deshicieron y dispersaron completamente la caballería enemiga y gracias á la proteccion de su infantería y artillería, pudo salvarse el mismo Echagüe, logrando situarse, aunque con bastante trabajo, en el Sauce Grande, cerca del Panará, entre la Bajada y Puntagorda.

Martin entretanto no cesaba de proporcionar toda clase de recursos al ejército libertador, y el 16 de julio, habiendo recibido Lavalle cerca de doscientos hombres de Montevideo, armas, municiones y dinero, atacó con su caballería las ventajosas posiciones de Echagüe, que no pudo ganar á pesar de su arrojo y que le obligaron á retroceder á Puntagorda.

Grandes fueron los festejos con que el tirano hizo celebrar en la capital esta pequeña accion, fingiendo, con su imperturbable mala fé, un parte oficial de Echagüe en que habia derrotado al ejército de Lavalle, por cuyo motivo mandó que se embanderasen los fuertes y todos los edificios públicos para darle con ello un colorido de verdad; pero al propio tiempo, lleno de cólera por la derrota que habian sufrido sus tropas, ordenó á Oribe que se lanzase á marchas dobles sobre el pueblo de Belen, en el Estado Oriental, y que pasara á cuchillo sin consideracion ni miramiento alguno toda la poblacion. El motivo que este indefenso pueblo habia

dado para escitar la cólera del monstruo, era el haber protegido con su hospitalidad al ejército del general Rivera antes de la batalla de Cagancha. La bárbara órden se cumplió: el 17 de enero de 1840, entró el teniente de Rosas á hierro y fuego, é hizo una carnicería horrorosa en sus habitantes: figúrese cual seria el encarnizamiento, cuando el mismo general don Angel María Nuñez, que perseguia á los dispersos de Echagüe, decia en su parte entre otras cosas: «se encontraron muchas mujeres degolladas con sus hijitos en los brazos:» y efectivamente este general se encontró con los cadáveres que habia dejado Oribe, que mandó recoger y depositar en el funerario recinto, donde descansan las víctimas cristianas.

Martin tuvo conocimiento de tales escesos y de los degüellos que el bárbaro opresor mandó hacer en la capital. Hallábase una mañana disponiendo la marcha de otra pequeña partida de indios y gente de color que el simpático Agaparco habia reclutado en el campo, cuando el criado anunció la llegada de tres jóvenes que deseaban verle. Eran nuestros conocidos é inseparables Manuel y Benito que habian huido con el amigo del doctor Maza, escapado milagrosamente del puñal de sus asesinos, y que habia permanecido oculto en la casa de aquellos desde la noche que le hallaron.

—¡Amigos mios!—les dijo Martin alargándoles la mano,—¡cuanto me alegro!...

—No lo direis así,—repuso vivamente Manuel,—cuando conozcais la causa de nuestra venida: llorareis, porque todo hombre de corazon no podrá menos de llorar las infinitas desgracias que afligen hoy á nuestra desventurada patria. ¡Ah! las horrorosas escenas que ultimamente han tenido lugar en Buenos Aires, no se han conocido indudablemente hasta ahora en pais alguno, por incivilizado y salvaje que sea.

—Sí, sí: es muy natural vuestro sentimiento: tambien yo deploro con vosotros los inauditos sucesos que han tenido lugar desde que ese monstruo logró la usurpacion del poder: le conozco tanto, y tan acostumbrado estoy á oir y leer sus crímenes, que le creo capaz hasta de acabar con los habitantes todos de la Confederacion.

—Pues seguramente ha comenzado ya su obra, y esta ha sido la causa de nuestra emigracion.

—Vamos, contadme, contadme las atrocidades de ese bárbaro.

—Al tener noticia de la revolucion del Sud, en la que tomaron parte los principales hacendados del partido federal, amigos y hasta parientes del mismo Rosas quedó tan confundido, estaba tan aterrado, que ya habia encerrado todo su oro y alhajas y solo pensaba en la fuga. Hasta los maz-horqueros y todos sus cómplices se presentaban á las personas notables que se tienen por ellos como unitarios, disculpándose de sus crímenes, de los que hacian responsable á su dueño y señor. Pero cuando recibió el parte de su hermano Prudencio (1) sobre la derrota de Chacomús, cuando supo que todas las fuerzas de línea le permanecian fieles aun y que los revolucionarios no venian, cambió la escena completamente. Recobró toda su energía, toda su crueldad: atacó por escrito ante la maz-horca, que lo repitió á gritos por las calles, á la proverbial honestidad de su madre, pregonó la cabeza de su buen hermano Gervasio por creerle entre los revolucionarios, derramó sus prevostes por la campaña, llenó las cárceles de inocentes y honrados ciudadanos, y el campo se llenó de cadáveres, á pretesto de haber pertenecido á los revolucionarios del Sud.

—Bien, pero todo eso habia llegado ya á mi noticia: podeis contar, querido amigo, que tengo demasiado amor á nuestra patria para ignorar los males que la aniquilan. Los deploro en el fondo de mi corazon, y cada crímen de ese malvado es un nuevo estímulo, que pone en juego todos mis recursos para acabar con su poder.—Recordad que el fuego era adorado en Persépolis y Persépolis fué devorado por

(1) He aquí el bárbaro é insolente parte que dió el mismo hermano de Rosas sobre el asesinato del benemérito Castelli, hijo del distinguido é ilustre patricio de 1810.

«Al Señor Juez de paz y comandante militar de Dolores.

Chacomús 20 de noviembre de 1839.

Con la mas grata satisfaccion acompaño á usted la cabeza del traidor foragido, unitario, salvaje, Pedro Castelli, general en jefe de los desnaturalizados sin patria, sin honor y leyes etc. «para que la coloque en medio de la plaza á la espectacion pública...» La colocacion de la cabeza debe ser en un palo bien alto, debiendo estar bien asegurada para que no se caiga y permanecer así mientras el superior gobierno disponga otra cosa, debiendo usted transcribir esta misma nota á S. E. nuestro ilustre restaurador de leyes para su satisfaccion.—*Prudencio Rosas.*

el fuego. Este es el retrato de los déspotas. Ellos viven ensangrentados con los crímenes y los crímenes rompen su cetro.—Su insoportable tiranía levantó en masa á todos los habitantes del Sud, como habeis dicho y sin embargo entre ellos habia personas muy adictas á Rosas. —El despotismo agota sus fuerzas con sus propios triunfos, porque cada triunfo devora de antemano su porvenir.—Vencedoras nuestras armas en el Yeruá, han acosado durante tres meses al rebelde Echagüe, que gracias á la ventajosa posicion de Sauce Grande, por la que se comunicaba con Buenos Aires, ha podido librarse de su completa ruina y de caer en poder nuestro. En cambio, hemos conseguido otro triunfo. Ausiliado nuestro valiente Lavalle por los franceses ha pasado el Paraná con su fuerte division de 3400 hombres, y, situado en el Tala, esperó al enemigo que le seguia para sorprenderle, siendo tal la bravura de sus escuadrones que quedó derrotado; y calculad cual seria el pánico del general Pacheco que hasta perdió la espada y una de sus espuelas.—Ya veis, nuestro ejército marcha de victoria en victoria: á estas horas quizás estará cerca del tirano.

—Precisamente habeis llegado al punto, de donde han tomado pié las desgracias.

Invadida la campaña al norte de Buenos Aires, derrotado Pacheco, triunfante y victorioso el ejército libertador, al que los habitantes todos saludaban á su tránsito con entusiasmo, proporcionándole caballadas y todo género de recursos, Rosas volvió á sentirse herido de muerte: reconcentró toda su fuerza en su castillo de los Santos Lugares (1), erizóle de cañones de grueso calibre, encerróse en él con todos los que participaron de sus crímenes, y dejó la campaña abandonada á nuestro valiente ejército conservando tan solo una línea de comunicacion por agua con los buques ingleses, que en último apuro debian recibirle.

¡Ah ! No me es posible definir la reaccion que produjo este cambio en todos los habitantes.—Parecia que la triste region de las inquietudes, de los tormentos de la muerte, iba á trocarse súbitamente por

(1) Pequeño campo, á cinco leguas de Buenos Aires, que tenia fortificado Rosas, donde se ejecutaban las víctimas que el infame queria sacrificar en silencio.

la plácida morada del descanso, del bienestar, de la dicha!—Yo no podré espresar nunca las dulces emociones de mi corazon entristecido.—Parecíame que aquellos macilentos y taciturnos semblantes habian recobrado por encanto su antigua animacion y alegría: como si el tétrico susurro del ciprés, que en derredor de las tumbas crece, se hubiera convertido de repente en la suave y perfumada brisa que en nuestros aromáticos bosques se aspira, aun á través de los ardorosos rayos del sol; como si la amarillenta rosa, que ostenta en su espinoso manto el emblema del dolor, se hubiese trasformado en la cándida azucena, que simboliza la pureza y la virtud; como si la muerte, en fin, arrojando su negra y fatídica sombra que oscurece para siempre la luz de la existencia, hubiera sido reemplazada por el astro fecundo y bienhechor que nos vivifica y alumbra, así cruzaban, crecian, cambiaban, presentábanse á mi alucinada vista los objetos todos que alcanzaba. Los campos se me aparecian alfombrados y lujosos como alegres y rientes valles circundados de estensos bosques, que brindaban con la hospitalidad y el descanso al fatigado viajero, ó al tímido proscrito que huia de los verdugos; en las calles no veia hombres, cada transeunte era un nuevo adalid, un nuevo guerrero, ó hercúleos operarios, que volaban impacientes á derruir el trono del tirano y los niños formaban la angélica escolta del Dios de la justicia, que imploraban su eficacia para terminar la empresa: cada anciano era un nuevo Mesias predicando la libertad y la caridad, aquel nuevo jefe de los hebreos, que legó al mundo tan sublimes máximas. ¡Ah! en aquel momento me creia trasportado á aquella region feliz, colocada entre el cielo y la tierra, que solo puede concebir el pensamiento, inspirado por el genio del poeta: aquel estado de dulce arrobamiento fué para mí el mas feliz que he sentido en mi vida: ver un anciano macilento, inclinada su frente, doblada ya por el peso de los años de penas y sinsabores, la barba larga y canosa, los ojos hundidos, el rostro surcado por las rayas del sufrimiento; no sé por qué tenia para mí aquella similitud, pero es lo cierto que me parecia el nuevo Moises repitiendo aquellos sublimes preceptos: «Nunca hieras con tu espada al enemigo desarmado y suplicante.» «Sienta en la mesa tu esclavo.» «No retengas en tu poder el jornal del obrero hasta el dia de mañana.» «Levántate delante de cabeza calva, y honra á la persona del anciano.» «Cuando segares

las mieses no cortes hasta la tierra, ni recojas las espigas que vayan quedando.» «Deja tambien en las viñas y en los olivos para que puedan comer los pobres y forasteros.» «Si encuentras un nido, y cojes á los hijuelos en cañones, deja al menos á la madre:» etc. etc, preceptos, como veis, capaces de labrar la felicidad del pueblo ó nacion, que los observára: en fin, parecíame ver al viejo del inmortal Espronceda, que sirve de oráculo á la voz de la sabiduría en su *Diablo Mundo*, al nuevo legislador, que iba á abrir los cimientos de la nueva regeneracion. Hasta la pálida antorcha, que antes flotaba sobre los edificios silenciosa y triste, como sobre la huesa de un cementerio, mecíase aquella noche en su nacarada órbita, nítida y fulgente, derramando sus rayos de plata sobre las rizadas olas del tranquilo mar de la esperanza; y el cielo, corrida la cortina de densas nubes, mostrábase radiante y sereno, tachonado de lucientes diamantes, que derramaban sobre el espacio la luz bienhechora de la libertad reconquistada.

—Bien, bien, querido amigo;—dijo Martin interrumpiéndole y abrazándole:—teneis el corazon mas bello que he conocido: vuestras palabras merecen consignarse en letras de oro: entusiasman y vivifican como el sacro fuego del amor, de la inspiracion ó de la fé, enardecida por el entusiasmo.

—Confieso ingenuamente,—añadió Benito que estaba atónito por la relacion de su amigo,—que mi amigo Manuel es un arcano: al menos nunca se habia espresado como hoy: á pesar de haberlo visto, me parece que dudo, me parece que es otro.

—Teneis razon,—continuó,— dispensadme mi distraccion: mi imaginacion ha vagado por ese mundo ideal que todo es vida, y que nadie ha pisado aun sino en alas del genio, y me he separado involuntariamente del mundo real, de ese otro mundo de tribulaciones, donde cada paso es un abismo, en cuya sima está la muerte.

—No, no, continuad, continuad,—replicó Martin,—me habeis proporcionado un bien inestimable.

—Vuestra amabilidad es estremada; pero confiando en vuestra indulgencia, voy á reanudar mi cortado hilo, para que conozcais ese nuevo episodio de baldon, que acaba de añadir ese monstruo á la sangrienta historia de su insoportable tiranía.

Decia, pues, que era tan desesperada la situacion del tirano, que refugiado en los Santos Lugares, solo pensaba en la fuga; y con efecto no podia menos de ser así. Bloqueados los puertos por la Francia, alzada en masa la provincia, desmoralizado su ejército, el Estado Oriental preparándose para atacarle, Corrientes sublevada por el general Paz, Lavalle avanzando victorioso con el ejército libertador, el tirano no podia salvarse. Por eso he dicho, que en aquellos dias nuestro entusiasmo rayaba en frenesí. Los vecinos se reunian en silencio para felicitarse por la inevitable muerte del tirano: los viejos lloraban de placer, los jóvenes bailaban en las piezas interiores y brindaban, ébrios de gozo, por el triunfo de nuestras armas: en fin, aquello no era alegría, era locura, era un vértigo, un delirio indefinible.

No duró muchos dias nuestra felicidad. La súbita retirada de Lavalle, cuando estaba á cinco leguas de nosotros, cuando estábamos con los brazos abiertos para estrecharle en nuestro corazon, sacó á la pantera de su jaula, mas horrenda, mas enfurecida que nunca.

¡Parece increible!—«Se alegran, eh?»—dijo el bárbaro cuando supo el regocijo de la ciudad,—«bien, mañana... será otro dia...» Subdivide y forma innumerables partidas de asesinos: la maz-horca, los empleados de policía y de su Estado Mayor se arman de vergas y puñales, y dirige y manda ejecutar un degüello general de todas las personas que creia, ó le decian, que eran desafectas.

Despues del degüello de San Bartolomé, no se encuentra en la historia atentado mas atroz.—Unos entraban violentamente en las casas rompiendo y triturando ropas, muebles ó efectos que tuvieran color verde ó celeste; otros robaban las alhajas ó cuantos objetos valiosos venian á las manos; aquellos azotaban ó deshonraban á las señoras ó doncellas, que llamaban unitarias; estos degollaban bárbara é inhumanamente en las calles y plazas á jóvenes y viejos que se dirijian á sus quehaceres; y las víctimas que amontonaban por la noche aquellos operarios del crímen, eran arrojadas á una gran zanja que abrieron para que se confundieran todas.

Mas de trescientos asesinatos se cometieron en esos ocho dias de terror; pero lo que mas imponia era el encarnizamiento con que aquellas fieras se cebaban, mutilando horriblemente los cadáveres, y el cínico descaro con que atentaban contra la vida de cualquiera. No se

mataba ya por opiniones políticas, sino á todo el que era rico y no se afiliaba en la maz-horca, ó poseia una hija ó una esposa bella.—El viejo é inofensivo español Cladellas, porque era rico y poseia alhajas de gran valor, fué encerrado en un baul hasta que se ahogó. El cuartel del Retiro, el de Cuitiño, la cárcel y el famoso campo de los Santos Lugares, estaban regados de sangre; y era tal la precipitacion con que las muertes se verificaban, que hasta llegaron á degollar á los desgraciados dementes Calviño y Ballesteros.

—Por Dios, Manuel, no prosigais;—dijo Martin conmovido,—esto es horrible, inaudito, espantoso: esto no puede ni debe tolerarse.

—No es esto solo, ó mas bien, no fué solo la ciudad el único teatro de tan espantoso drama. Las bandas de asesinos se esparcieron tambien por todos los pueblos y cada aldea tuvo su maz-horca y su degüello, y como en la ciudad, los robos de dinero y alhajas fueron inmensos.

Se me ha asegurado que no fueron los asesinos partícipes absolutos del botin: tambien Rosas recibió su parte, guardándose las mejores joyas que aprovechó para su querida Manuelita, habiendo tenido valor de mandarlas á los plateros para que las arreglaran de nuevo y que con sus cifras y la nueva forma no pudieran conocerse.

—¡Bah! esto será exageracion, querido Manuel.

—No os quede la menor duda, amigo Martin; personas que las han conocido me lo han asegurado.

—Esas personas podian equivocarse y tomar una cosa por ser parecida á otra: la Manuela tiene bastantes joyas y no necesita mancharse con los despojos de los ladrones...

—Conoceriais cualquiera de vuestras alhajas aunque las vieseis en manos de un platero.

—Indudablemente.

—Pues aseguro que la persona á que aludo, es otra de los muchas que han sido robadas, y que á pesar de haber conocido sus joyas al verlas por casualidad á los pocos dias en manos de los artífices, ha tenido que enmudecer, como si nada hubiera visto.

En este momento fueron interrumpidos los interlocutores por la presencia de Agaparco que iba á recibir órdenes antes de su partida.

—El grande espíritu sea con vosotros, les dijo: siento que mi presencia haya estorbado vuestra plática; pero voy á partir, y para ello

era indispensable oir vuestros consejos, sabios siempre y saludables.

—El valeroso Agaparco tiene franca siempre la entrada de mi morada,—contestó Martin;—el generoso libertador de Amalia tiene para mí merecidos y muy altos títulos, para poderle negar el derecho á mi amistad eterna. Venid, tomad asiento: estos jóvenes, que aquí veis, son tambien desgraciados que ha arrojado á este asilo el furor del tirano. Siento en el alma que no hayais llegado antes: las desgracias que acaban de sucederse en la capital argentina y el triste pero elocuente relato, que acaba de hacer el entusiasta Manuel, habria inflamado tambien vuestro entusiasmo para animaros en el combate. Pero ya que la palabra entusiasmo se ha deslizado por casualidad de mis labios, no quiero privar de este don al invicto jefe de nuestro victorioso ejército. —Quiero que me presteis todos atencion,—dirigiéndose á Manuel y Benito,—porque seguramente no habrá llegado á Buenos Aires la órden general del ejército libertador del 9 de agosto.

Martin tomó un impreso de encima de su mesa, y leyó:

«Cuartel general de San Pedro, 9 de agosto de 1840.

Señores jefes, oficiales y soldados del ejército Libertador: en estos dias vá á decidirse la suerte de la República Argentina y de todos nosotros. Dentro de pocos dias nos veremos bendecidos por 500.000 argentinos y cubiertos con el inmarcesible lauro de la victoria, ó moriremos en los cadalsos del tirano, ó arrastraremos una vida ignominiosa y miserable en paises estrangeros, mientras el feroz leopardo descarga su rabia sobre nuestros padres, nuestras esposas y nuestros hijos.—Elegid, mis bravos compañeros: media hora de corage, y habremos hundido al coloso en el polvo de sus crímenes, habremos labrado la gloria y felicidad de la confederacion y nuestra propia felicidad y gloria.—El general en jefe.—*Juan Lavalle.*

¡Cuánta abnegacion encierra este lacónico escrito; cuanta uncion tienen sus palabras! ¿No es verdad que al oirlas, todos vosotros empuñariais las armas y pelearíais con denuedo? ¿No es verdad que derramariais con gusto vuestra sangre por la libertad de la patria? ¡Ah! no lo dudo, no; en vuestros semblantes llevais pintada la nobleza, y la nobleza no puede hacer consorcio con la infamia.

—Lo habeis adivinado, caballero Martin: á eso venimos: queremos

morir con nuestros hermanos ó triunfar con ellos; contestaron á la vez los dos amigos.

—No: en conciencia no debo aconsejaros á que vayais quizá á buscar la muerte; pero ¿no están allí tambien vuestros parientes, vuestros amigos ó vuestros hermanos? ¿Podríais acaso tener corazon para verlos morir desde vuestra morada? ¿No defendeis tambien su misma causa? ¿No estais proscritos como ellos y como ellos amenazados por la esterminadora cuchilla?

—Sí, sí: teneis razon. Corramos, corramos á las armas, que aun es tiempo: la union es la fuerza, y si todos la aumentáran, el tirano sucumbiria sin remedio.

Al mismo tiempo que nuestros entusiastas patriotas daban espansion á su oprimido ánimo, el criado entró el correo que acababa de recibirse de Buenos Aires. Separó Martin toda la correspondencia y tomó la Gaceta.

—Seguramente vendrá llena de los embustes y necedades de costumbre; veamos:—hé aquí un suelto precioso:—«El gobierno, ni su ilustre presidente, no han tenido parte alguna en las «carnicerías» de que tanto le acusan los periódicos estranjeros.—Todos los sucesos que han tenido lugar han sido obra esclusiva del *furor popular*, exasperado por la conducta política de los unitarios.»

—¡Habrá infame! replicó Manuel:—se necesita tener un corazon como el suyo para negar con tanto cinismo su participacion en los crímenes, que desde su elevacion se han cometido. *¡Furor popular!...* Este es el fantasma de los dramas de la escuela clásica, con que el autor vencia los apuros para esplicar la situacion.

El pueblo de Buenos Aires y todas sus provincias jamás se han entregado á la barbarie ni se han manchado con asesinatos y robos. Los autores de ellos son los prevostes del tirano, empleados, que reciben sueldo del tesoro, dirigidos, acaudillados, protegidos por él mismo. Por eso quedan impunes. El *furor popular*, es una invencion fria y forzada para disculparse con los estranjeros de sus espantosos delitos.

Martin continuó separando la Gaceta y demás periódicos y volvió á leer en voz alta: «Los desnaturalizados, sin ley ni patria, que manda el foragido Lavalle, han tenido que huir despavoridos al probar la bizarría de nuestro ejército: parece que se dirigen á Santa Fe, con obje-

to sin duda de buscar allí la muerte.»—Vamos, dejemos esto, porque ya sabemos lo que se puede sacar en limpio de sus papeluchos. Ocupémonos de nuestros negocios.—Segun las noticias que yo tengo, aunque Lavalle ha retrocedido, no por eso hemos de abandonarle: se dirije efectivamente á la provincia de Santa Fé, con objeto de aumentar y organizar su ejército; y es preciso enviarle ausilios para que no se malogre la empresa.

—Mi gente está ya dispuesta,—dijo Agaparco,—y en recibiendo vuestras instrucciones no tardaré mucho en hallarme con los valientes.

—Bien, Agaparco: grandes son las esperanzas que en vuestro valor tengo; y voy á manifestarlo así á Lavalle, quien os distinguirá por vuestras escelentes dotes.

—Y podeis confiar ciegamente; porque en la descendencia de los Agaparcos, no ha habido un traidor ni un cobarde: ni se teme la muerte, ni se conoce el peligro cuando en ello va interesado el honor y el deber.

—Y nosotros aprovecharemos tambien la ocasion para incorporarnos al ejército libertador,—añadió Manuel.

—Vosotros debeis descansar primero y reponeros de vuestros padecimientos,—contestó Martin:—permitidme un momento que escriba una carta.

—Esto va con don Mateo,—contestó Benito,—que ha escapado milagrosamente del puñal de los asesinos. Nosotros tenemos bien presentes los recientes crímenes y anhelamos empuñar las armas para vengarlos. ¡Desgraciados de vosotros, si llegais á caer en nuestras manos!

—No: comprendo bien vuestra irritacion, vuestro natural encono por los tristes acontecimientos que habeis presenciado: eso me prueba vuestros sentimientos nobles y generosos, porque deplorais, como yo, las desgracias de vuestros semejantes. Pero por esos mismos sentimientos nobles, á pesar del justo castigo á que se ha hecho acreedor el pérfido é inhumano autor de ellos, me atrevo á aconsejaros que no abrigueis jamás rencor alguno. Congratulaos siempre de ser humanos y compasivos, y de haber tendido vuestra protectora mano al desgraciado, aunque este sea vuestro mayor enemigo. El odio, las venganzas, todos estos ruines efectos de un corazon duro é insensible, no pueden tener cabida en los pechos nobles, liberales y valientes.—

Acordaos siempre de las históricas palabras de aquel célebre orador, á quien sus amigos pronosticaban la muerte si llevaba á cabo su proyecto de establecer un comité de clemencia para oponer un dique al furor revolucionario. «Yo quiero, les dijo, ser mas bien gillotinado que guillotinador.»—La caida del tirano es inevitable: él merece la muerte, no por lo que ha hecho, porque yo no daria la muerte al mayor criminal, sino para que el oro que ha robado, las intrigas, ú otros medios de que los déspotas suelen echar mano, no vuelvan á encumbrarle.—No soy partidario de la pena de muerte, porque creo que sobre la vida del hombre nadie tiene derecho ni dominio sino Dios; pero la única escepcion que hago es de los tiranos, á quienes la sociedad no puede perdonar nunca, porque sus crímenes son infinitamente superiores á todos los demás.

Manuel y Benito estaban cada vez mas admirados de las sublimes ideas de Martin. Estaban estáticos al oir su opinion sobre los buenos sentimientos y sobre el comportamiento del vencedor con el vencido: así que guardaron un profundo silencio, que aprovechó el filósofo para escribir su carta.

Agaparco aprovechó tambien esta ocasion para despedirse de su adorada Amalia por la que se habia adherido á la causa de la libertad y por la que iba á compartir glorias y peligros con el valiente Enrique. Martin, que habia sondeado su corazon, le profesaba un cariño inmenso, y le dispensaba las mismas atenciones que el mas cumplido caballero.

Amalia estaba en su lindo gabinete, que hizo adornar Martin desde su llegada, y en el que pasaba todo el dia ocupada en la lectura, á la que se habia entregado con ahinco.—Amalia estaba mas hermosa que nunca.—El riguroso luto que vestia desde la muerte de su padre, contrastaba en modo tan notable con la nívea tez de su hermoso rostro, que parecia una vírgen de Murillo.—Contemplóla el indio un momento en aquel dulce estado de arrobamiento en que parecia sumida y la dijo:

—No te enojes, luz de mis ojos, si tu esclavo te roba un momento. Bastantes soles pasarán felices á tu lado, sin que pueda yo como ellos tener la dicha de visitarte.

—¡Agaparco!—gritó Amalia sorprendida por tan inesperada visita:—¿cómo has tardado tantos dias en verme?

—Ese es mi consuelo único y tan desgraciado soy, que desde hoy voy á perderte.

—¿A perderme?

—Sin duda, porque muy en breve voy á dejar estos palacios, que me habia acostumbrado á querer, como á mi selvática morada.

—Es decir, que me aborreceis ya y quereis abandonar estos sitios?

—Aborrecerte, Amalia. ¡Ah!... no, no; no quiero esforzarme, porque bien sabes que eres el dulce néctar que aplaca mi amorosa fiebre, el suave y fresco rocío, que vuelve la lozanía á las abrasadas plantas del suelo tropical.—Abandono estos sitios, porque quiero á los que tú quieres, no tanto como á tí, que te adoro, pero sí como á un hermano que se halla en peligro, y mi corazon vuela por su propio impulso á salvarle.

—Eres noble, Agaparco, y mereces ser correspondido. ¡Dios mio, Dios mio! Dadme fuerzas para resistir esta terrible lucha. ¡Cuán frágil y débil eres, corazon humano!

—Angel de mis sueños, no te turbes ante esa fascinadora sociedad en la que, por buena que para tí sea, nunca vivirás tan feliz como en la nuestra.

—Calla, calla, Agaparco: no profanes la obra de Dios. Nosotros estamos regenerados por las primeras aguas que manos ungidas derraman sobre nuestra tierna cabeza: nosotros tenemos en nuestras tribulaciones ese bálsamo benéfico de la religion, que cicatriza y cura las mas hondas llagas, esa dulce esperanza, que alimenta al pobre, que consuela al desgraciado y que fortalece al débil para contrarestar los embates del infortunio: nosotros, en fin, al exhalar el postrer suspiro, fijamos nuestra última mirada de perdon en la Reina de esa angelical escolta del Dios de la clemencia, y nos tiende su misericordiosa mano y nos conduce á la tierna mansion de la bienaventuranza, de la paz, de la dicha sin fin, que vamos á gozar por siglos de siglos. ¡Ah! Agaparco, si tú fueses cristiano!...

—Concluye, Amalia; pronuncia esa palabra, alivio de mis penas, causa de mis tormentos, turbacion de mi alma, fuego inestinguible que me aniquila: pronúnciala al menos, que me devolverá la vida. ¡Mágico encanto de mis amores! Si supieras cuanto sufro: ¡oh! sí, tú eres buena, mi corazon no me ha engañado nunca: tú eres buena como

el Grande Espíritu que nos protege, y si pudieras penetrar un momento en mi corazon, verias la profunda llaga que en él has abierto, y que solo tu hálito tiene el puro aroma para curarla.

—Lo sé, Agaparco, solo te hallo una falta, una debilidad, que no contrasta por cierto con tu valor admirable y con tu generosidad sin límites. Eres desconfiado, y es un gran mal, que ni yo misma podria curar. Nosotros los cristianos tenemos el religioso deber de amar aun á nuestros enemigos propios: ¿cómo, pues, dejaria yo de apreciar los singulares beneficios que de tí he recibido? ¿Cómo olvidar los solícitos cuidados que me has prodigado, tus afanes, tu cariño, tu amor... tu amor tan casto? Yo tambien sufro, Agaparco, no soy insensible; pero aunque lo fuese, tampoco podria resistir á tus inapreciables prendas, á tus encantos mismos: sufro, no porque mi corazon no sienta una inclinacion tal hácia mi libertador, que su presencia me sea mas grata que la de los demás hombres; sino porque entre nosotros hay una valla inseparable que nos separa, y yo no puedo vencerla. Quisiera verte siempre, Agaparco: te amo como al ángel que ha defendido mi honra, que me ha librado de la muerte, que me ha salvado de los peligros, que me ha consolado en la desgracia, y que hallándome á la intemperie, á merced de la tempestad, de las fieras y de los bárbaros, me ha dado lecho y abrigo, y su hospitalidad ha sido tan generosa, que sin exigir la menor recompensa, me ha regalado despues su amor casto y puro como la brisa de los bosques y como las gotas del rocío que van á convertir en miel los cálices de las flores. ¿Podria yo olvidar esto?...

—No, no, Amalia; basta, basta: no quiero tanto, que mi corazon va á saltar de su seno.—Agaparco cayó de rodillas á los piés de Amalia, y era tal el gozo que sentia, que le embargaba las palabras y los sentidos.—Así permaneció algunos momentos, y esta situacion arrebató tambien á la hermosa Amalia, que se convencia cada vez mas del grande amor, ó mas bien, veneracion, que aquel hombre providencial la profesaba.

—Levanta, levanta, leal amigo: no quiero que seas mi esclavo: acabo de leer tu corazon, y tu corazon es tan noble, que eres digno de ser mi rey. Seres como tú son especialidades de la obra suprema, son acabados modelos donde el Altísimo puso su mano, son dignos no de una pobre huérfana como yo, sino de una reina. Parte, parte en

buen hora, amante mio; no en busca de la muerte que podria robarme la dicha, sino en busca de otro hermano que me ama como tú, y que como tú es noble, generoso y bueno: como tú ama tambien, como tú padece y como tú halla corazones de fuego, que arden de entusiasmo y de puro amor.

—Gracias, gracias, mágica estrella del Oriente: mis labios no pueden transmitirte lo que mi corazon ahora siente; pero mis hechos hablarán. Volaré al combate, hallaré tu hermano y mis indios se abrirán paso á través de las balas y las lanzas; y le cogeré en mis brazos y le traeré á tu presencia y será feliz con su amada Aurelia y el Grande Espíritu bendecirá nuestros tálamos y tu Dios será mi Dios y moriré contigo y te amaré en la tumba.

—¡Dios mio!—dijo Amalia postrándose ante una imágen del Redentor que habia en el gabinete:—¡Dios mio! Derramad un destello de vuestra divina luz sobre el corazon de este ser bondadoso, que ninguna culpa tiene de su pecado: recibidle con vuestra infinita clemencia en el gremio de los fieles, y haced que purificada su alma en las aguas del Jordan, pueda aspirar á la dicha que teneis reservada á los justos.

Amalia continuó orando aun, pero Agaparco estaba tan enternecido por el fervor que la dominaba, que no pudo resistir las dulces emociones de su corazon: salió precipitadamente en busca de Martin, que conversaba aun con los recien llegados, y que continuaron refiriéndole los asesinatos del doctor Maza y su hijo.

—Podeis mandar cuanto os plazca, porque voy á partir ahora mismo.

—Aun tienes tiempo, Agaparco: mejor seria á la noche, para que el sol no os molestára.

—Me es imposible: la gente me espera hace dos horas en el *Cerrito* y mi presencia es indispensable: además el sol no hace daño á los indios.

—Tienes razon: bien, toma:—Martin le entregó la carta que habia escrito para Lavalle, le dió instrucciones y le encargó que se fuese directamente á la provincia de Santa Fé, en cuya capital se hallaria probablemente á su llegada el ejército libertador.

Agaparco cumplió fielmente el encargo y á los diez dias halló una columna de Lavalle á una jornada de la ciudad.

Era el 28 de setiembre de 1840. La ciudad estaba sitiada: el general Iriarte acababa de recibir una órden terminante de Lavalle para que diese un ataque general y tomase la ciudad en el mismo dia, porque el campo de Andino, donde estaban acampadas las tropas, estaba exhausto de pasto y la caballería enflaquecia notablemente.

El general cumplió las órdenes de su jefe superior, y dividió sus tropas en columnas ó pequeñas divisiones por el siguiente órden: una columna de 400 hombres de caballería al mando de Velazquez, 250 de la misma arma á las órdenes de Mendez, 350 infantes, y 4 piezas de artillería con el valiente Salvadores y el escuadron de indios y negros que presentó Agaparco, compuesto de 100 hombres: total 1100 hombres de todas armas y 4 piezas de artillería. Parte de la division de Velazquez y toda la de Mendez permanecieron de reserva en observacion: los infantes protejidos por las cuatro piezas de artillería entraron en la ciudad á las 3 de la tarde y ocuparon á la bayoneta algunas azoteas defendidas por el enemigo. Pero se aproximaba la noche y hubo de diferirse el ataque hasta el siguiente dia.

Durante la noche el enemigo hizo esfuerzos considerables para resistir el ataque: abrió nuevas zanjas, levantó nuevos parapetos, estacadas, fosos, pero todo fué inútil. Ocho fuertes rebellines cerraban otras tantas calles: todas las azoteas de la plaza, la torre del convento de la Merced, la del de Santo Domingo, la Aduana y la casa del Cabildo eran otros tantos castillos que defendian 500 hombres con sus piezas de artillería. Pero al arrojo de los sitiadores no podia oponerse dique: al dia siguiente se recibió un refuerzo de Lavalle de 200 hombres: se fraccionaron de nuevo las fuerzas en pequeños grupos de 100 y hasta de 50 hombres: apostáronse en las calles sin hacer caso del nutrido fuego de los sitiados, ocupóse el convento de la Merced, y sin otra órden que un toque general de «á la carga» se ejecutó un ataque general y simultáneo que aterró al enemigo y le obligó á refugiarse al Cabildo y la Aduana, que al fin capituló tambien.

Las armas del invicto ejército recogieron nuevos lauros, se apoderaron de la capital, pero su permanencia en ella fué fatal al vencedor: suma escasez de caballos, de ganado vacuno y lanar, aguas salobres é impotables, escasos y malos pastos: he aquí los elementos negativos de guerra que han sido en todos tiempos el sepulcro de los ejércitos

invasores. Además, los densos y dilatados bosques del Chaco, que empiezan á dos leguas de Santa Fé están poblados de la mortífera yerba llamada en el país *mío-mío*, que los caballos devoran y que los mata á las pocas horas.

Todas estas causas, pues, debian haber sido apreciadas por Lavalle, antes de elegir este punto para teatro de la guerra, porque ellas solas eran suficientes para acabar con la caballería.

Mientras tanto el tirano concentraba todas sus fuerzas en Coronda á las órdenes de Oribe y Pacheco, de quien estaba descontento por la derrota que sufrió, y se preparaba para atacar al ejército libertador, si volvia á intentar caer sobre Buenos Aires.

Pero volvamos la vista al 17 del citado setiembre, y leamos el ignominioso tratado que se celebraba en esta ciudad y que llamó tanto la atencion de la Europa, porque él fué quien aseguró de nuevo el vacilante trono del taimado tigre.

CAPITULO LV.

EL TRATADO DE MACKAU.

Aun deben derramar lágrimas los corazones generosos. El árbol de los suspiros retoña con mas fuerza que nunca y sus ramas continúan haciendo sombra á los que han oido sonar la hora de la muerte, ó á los que vienen á llorar la pérdida de un ser querido, de una alma inspirada ó de una esperanza perdida.

Buenos Aires aun se cubre con la negra mortaja, sin atreverse á bajar los ojos al suelo por no ver nuevos charcos de sangre. No pasa un solo dia sin oirse el lúgubre tañido de la campana que dobla por alguna nueva víctima, ó que esparce por los aires el ahogado latido que brota del seno de cien familias.

Amaneció para el mundo el dia 17 de setiembre de 1840, y amaneció como siempre entre llanto y risa.

La capital de la República Argentina iba á presenciar un espectáculo desgarrador. Debia conducirse al suplicio un jóven de diez y nueve

años, esbelto como una palma, con una imaginacion de fuego y dotado de un corazon de héroe.

El sol parecia cubrirse con una gasa, porque se avergonzaba de ver espirar á la virtud, y de ver rodar sobre las piedras la cabeza de aquel que ha poco habia visto pasar lleno de juventud y belleza.

Las puertas y ventanas de la ciudad permanecian cerradas. Hubo algunos momentos de silencio sepulcral. A poco rato oyóse la marcha regular y acompasada de una partida de tropa.

El cielo y la tierra se miraron. Esta daba los últimos abrazos á un hijo á quien iba á conceder su sepulcro. Aquel se sonreia porque debia recibir en su gloria el perfume de un pensamiento grande y la sávia de un porvenir que iba á ser un recuerdo.

Habia transcurrido media hora.—¡Adios, padre mio! Adios, hermana del alma.....¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡misericordia! ¡misericordia!—El viento se llevó estos suspiros salidos del labio del inocente reo.....

Sonó una descarga..... ¡todo habia concluido! el cráneo del jóven Avelino Viamont, hijo del ex-presidente de la República, habia saltado hecho pedazos, y mezclado con el plomo vino á herir el rostro de los verdugos. La sangre del justo habia quemado la sangre del criminal. El ensueño dorado del anciano Viamont habia desaparecido del mundo. La tumba del hijo se abria para recibir el cadáver del padre.

Ah! el general Viamont no pudo hacerse superior al dolor: ¡espiró en brazos de su hija Aurelia!..... ¡Bastante habian sufrido su virtud y su honor!

La República Argentina no pudo tributarle los debidos homenages. Veia la mano de su verdugo que blandia el hacha. Despues hizo lo que debe hacer una patria agradecida. Hoy llora aun y ha encomendado á la historia y á la inmortalidad el nombre del augusto, del ilustre defensor de la libertad, del malhadado general Viamont.

¡Honra y prez á la honra sin tacha! ¡Recuerdo eterno y gloria imperecedera al valor y á la inteligencia!!!

Así continuaba obrando Rosas en su política interior. La esterior era menos vergonzosa. La Francia desempeñó en esta un papel nada insignificante por cierto; pero en verdad muy poco honroso.

Por estos tiempos mandó el gobierno francés al Rio de la Plata á M. Augel René Armand de Mackau, baron de Mackau, gran oficial de la

Orden real de la Legión de Honor, vice-almirante, comandante en jefe de las fuerzas navales de Francia destinadas á surcar los mares de la América del Sud.

Los argentinos creian ver en este hombre el faro de Salvacion; pero se equivocaron. ¡Pobre Buenos Aires, ni le quedaba la esperanza de reconquistar la libertad por medio de la proteccion estrangera! debia continuar sacrificándose en aras de la hipocresía y del crímen. Sí, sacrificada fué por el mismo hombre que firmó un bochornoso tratado á bordo de la Boulounaise, tratado que le conquistó un renombre bien oscuro por su buena fama y asaz ignominioso para el pabellon de las Galias, pudiendo tan solo escudarse con la máscara de la mas negra traicion, si es que esa felonía pueda servir de velo al que la acometió. El Rio de la Plata le señala con el dedo, y la posteridad justamente irritada ha borrado los caracteres negros que tenia, convirtiéndolos en letras de sangre é ignominia.

Si no basta á la sociedad nuestro testimonio, léase lo que dice el doctor Varela sobre la convencion. «El estado oriental, los pueblos y ciudadanos argentinos, que tan principal papel representaron en el drama del Rio de la Plata, han sido innoblemente vendidos en este desenlace, que preparó la política imprévida y desleal del gabinete francés.

»Un sentimiento unánime de indignacion, de que en igual grado participan los Argentinos, los Orientales, la crecida poblacion francesa de estos paises, y,—preciso es reconocerlo,—la marina misma, cuyo jefe celebró el tratado que termina la cuestion, ha condenado severamente este acto de ignominia, como contrario al honor, á la dignidad y á los intereses materiales de la Francia como una traicion vergonzosa á sus aliados en el Plata.» Aquí se ve la imparcialidad, se descubre la malicia y se destaca la perfidia.

La alianza de hecho y de derecho ecsistia entre la Francia, la República oriental y el pueblo argentino, que representaba el general Lavalle con la emigracion de Montevideo. Esto se desprende de la nota del Ministro de Relaciones esteriores de fecha 22 de octubre de 1840 (1) y de las razones enumeradas en los capítulos 2.° y 3.° del folleto del autor mencionado.

(1) Documentos oficiales, etc. foll. de 120 pág.—Imp. del Nacional—1840.

En virtud de semejante tratado los argentinos iban á morir como corderos, víctimas de la mentira, que se hallaba en él, cuya realizacion habia de consistir en entregar á Rosas enemigos indefensos, puñados de valientes que debian morir bajo las garras de ese tigre, que para atraerles se habia mancomunado con sus viles agentes, presentándose bajo el carácter de un gobernante humano que se vale de la mágica palabra amnistía para añadir mas conviccion á la aparente fé de tan sagrados compromisos.

Por el artículo 4.º Rosas debia de seguir considerando en estado de absoluta y perfecta independencia á la República oriental sin perjuicio de sus derechos naturales, toda vez que lo reclamaban la justicia, el honor y la seguridad de la confederacion argentina. » Este reconocimiento no era mas que una paradoja, pues Rosas al intervenir en este tratado ya atacaba la soberanía de la República, desconocia sus derechos, avasallaba á los libres, y bajo el pretesto de la justicia, honor y seguridad de la confederacion argentina, queria gobernar á su capricho, hacer sentir en todas partes el peso de su cetro de hierro, mancillar, corromper y asesinar en nombre del furor popular, del bienestar general; cuyas palabras y deseos traducidos en su verdadero sentido, querian decir, el poder soy yo, mi voluntad es ley, soy un monarca omnipotente; el que no se decida en mi favor está en mi contra, el pueblo no es mas que un perro destinado á lamer los eslabones de su propia cadena.

¿Qué respondió ese insigne Mackau, ese vice-almirante, cuando ambas repúblicas le dirigieron cargos tan severos como justos? No contestó casi nada, escudándose siempre con su patria; y si obró con tanta justicia, ¿por qué escusarse presentando siempre la pantalla de su nacion? ¿por qué negar la alianza de la Francia con los argentinos y orientales? cuando esta existia real y verdaderamente, cuando la Europa lo sabia, cuando el mundo civilizado lo tildaba con el dedo de su reprobacion? y valiéndonos de las mismas palabras de los documentos oficiales,« ¿por qué relacion, por qué vínculo de los que conoce el derecho se ha obligado á la Francia á incluir á la república en el tratado que ha celebrado, si ella no era su aliada, ó si lo era, cómo se ha tratado sin su participacion? » A ese argumento nada podia contestar el almirante, y con esa arma impregnada de verdad, brillante fué la in-

terpelacion que le dirigió D. Andrés Lamas, á lo que nada supo que contestar; pues patentes estaban en ella la mentira, solapada maldad y torpeza del infame tratado. La América toda ha leido esta terrible leccion inventada por la farsa, odiada por los pueblos leales y relegada á un desprecio merecido.

Por el artículo 1.° de la convencion de 29 de octubre, Rosas reconoció las indemnizaciones debidas á los franceses, y estas garantías serian seguramente las que harian doblar la voluntad de Mackau, cubiertas con algunos puñados de oro, exaltadas por el incienso de viles adulaciones, de la devolucion de la isla de Martin García, repuesto el material de armamento que tenia cuando fué tomada, y dos buques mas con la misma cláusula,—como se convino en el artículo 2.° y como se efectuó rastreramente por aquel negociador, sobrado condescendiente y engañado á sabiendas (1).

Cuando la prensa y los gabinetes europeos han querido juzgar á Mackau, él ha contestado que no hacia mas que ejecutar las órdenes de su gobierno, como él mismo dice:—«Mon gouvernement, dont je n'ai fait, qu'exécuter les ordres.»—Pero asimismo, si ellas le prescribian hacer lo que ha hecho, el almirante jamás debió encargarse de una mision de deshonor; debió imitar la conducta del señor Baudin, porque el brillo que procuran los favores de una corte, no borra la negra mancha de una accion indecorosa (2).» Él en persona, casi se puede decir que presenció la horrible carnicería que vino á ser la consecuencia de aquel *magnífico* tratado. Él y su tripulacion podian contemplar las escenas de sangre que se representaban en las calles de Buenos Aires; podian saltar del buque é ir á recoger los cadáveres que yacian á montones cual si fuesen murallas ó lios de trapos de los que Rosas hacia á la vez de subastador y trapero. Cualquier alma esforzada y decidida hubiera entrado cuchillo en mano en la capital argentina y hubiera derribado á aquel coloso sanguinario que hollaba á la humanidad y pasaba por encima de sus juramentos, fusilando, pasando á degüello y esterminando á millares de ciudadanos honrados; muchos de ellos franceses, y entre ellos Nobrega, súbdito portugués; Gándara,

(1) Documentos oficiales sobre la convencion.

(2) Nota de Mackau á Lamas, cap. 8 y la convencion, pág. 56.

inglés; Cladellas, ahogado en un baul, Gonzalez (don Lucas), españoles; Varangot, francés... y antes Bacle, muerto por el mal trato que se le daba en la cárcel; Buchi, asesinado por la maz-horca á mediados del año 39; Dubué, fusilado en Mendoza el 21 de agosto de 1839, y los demás que cita Indarte en las tablas de sangre. ¡Qué horror! ¡qué traicion! ¡qué mancha tan fea en la vida de un hombre!.... ¡Buenos Aires bañada en su propia sangre y Mackau con los brazos cruzados á bordo de una escuadrilla francesa. Nuestra pluma lo ha juzgado con documentos incontestables. La civilizacion se ha encargado con esa baja accion de embadurnar el resto del contenido de sus brillantes hojas de servicio.

Las imprecaciones de los argentinos le siguieran por do quier; pero Mackau lo sacrificaba todo á su ambicion. Llegado por fin á París, fué colocado, «sin duda por su benemérita accion,» en el alto puesto de ministro de la Guerra, sosteniendo en las dos cámaras la validez de la convencion de 29 de octubre, ratificada por M. Guizot, y tratando de semi-salvajes á los pueblos argentinos, que segun él, merecian el despotismo de Rosas, para añadir así mayor realce al tratado celebrado y cubrirse con la capa transparente, á pesar suyo, de haber terminado una obra de mérito, y añadir una nueva prenda á su «brillante» reputacion. Pero no pudo gozar en medio de su dorado ensueño, y tuvo que enmudecer ante la protesta que los franceses residentes en Montevideo hacian de la convencion y del alto personaje á quien habia sido confiada por medio del digno caballero Bellemare; tomando aun en consideracion las anteriores interpelaciones que le habia dirigido el conde Dubouchage, que daban á entender perfectamente la reprobacion que le merecian los actos del vice-almirante plenipotenciario; á los que unieron tambien su voz Odillon Barrot, de Siéyes, Billaut y 96 diputados que forman la lista publicada en el número 1219 del Patriota Francés, el elocuente Berrier y el notable Thiers, que en plena cámara (1) declaró «salteador» (brigant) á Rosas, imprimiendo de esta manera el sello del mas feo color en la degradada convencion del 29 de octubre. ¡Dia funesto! ¡fatal presagio para los hijos de la libertad! para esos hijos que no mancillaron su tan santo nombre, sino que

(1) Sesion del 15 de mayo de 1844.

lo purificaron mas y mas con sus dolientes gritos y con los atroces pesares que les hacia sufrir la pantera del Sud!

¡Mackau! escóndete, húndete en la noche de los tiempos; busca un veneno para tu memoria, y no mires nunca á los cielos, porque su pureza te ofenderia y te ahogaria el aire que oscila en tan brillantes regiones. ¡Lavalle! ¡Lavalle! ¿Qué hacia entretánto este caudillo del ejército libertador? ¿por dónde vagaba su gigantesca sombra? ¡Ah! el bizarro general recibió en Calchines la noticia de la convencion Mackau; pero al saberla, su corazon pugnaba por reventar el pecho, sus venas se hinchaban, porque no podian contener la sangre ardiente que por ellas circulaba, y su mente bullia, porque la intrepidez de su pensamiento, siempre grande y colosal, no podia caber dentro las paredes de su calcinado cráneo.—¡Infames!—esclamaba,—¡cobardes! que se valen de la perfidia y el mayor número para vencer á mis valientes; tienen la sangre de tigre y el alma de infierno, y por esto no saben comprender ni mucho menos medir toda la estension de mis esfuerzos; ¿qué pretenden con esas indemnizaciones que deben tener efecto en Francia, y que segun ellos, por un acto de compasion, deben ponernos en buen lugar delante de ese hipócrita que hace escarnio de la religion, de su padre, de su esposa, de su hija, de sus conciudadanos, de su patria, del mundo entero? ¿creen acaso que nos ensuciamos en el lodo de sus viles inclinaciones y alzamos altares al oro, al pillaje, al vicio y á la devastacion? ¿quieren ajar á mí y á los mios? ¡ah! no me conocen bien aun; que se atrevan, que vengan uno á uno; de frente, no como á oscuros traidores, puñal en mano, blasfemando de la madre que les arrojó al mundo, y deshonrando el suelo que les vió nacer, no: que vengan sí, peleando como nobles, conquistando un lauro inmortal en los campos de batalla, ganando ó perdiendo como buenos, y escribiendo con la punta de su espada el nombre que está reservado á los corazones esforzados en el umbral de la gloria: ¿en qué hacen consistir el honor esos villanos? acaso, segun lo hacen, mandándome soldados prisioneros para que rinda las armas y quebrante el juramento prestado á mis banderas, haciendo añicos la urna santa en que está depositada la salvacion de mi patria? ¡Ah! no, esto jamás, jamás lo hará Lavalle; y furioso sale de su habitacion, se presenta á los jefes, les habla con los acentos de un padre y de un general, y todos unánimemente es-

claman:—Antes que sucumbir y rendirnos á tan bajas proposiciones, primero morirémos, sí, morirémos: podremos servir de alfombra á ese ejército de esclavos; pero jamás seremos apóstatas de nuestros principios ni prostituirémos á nuestra patria.—Bien, hijos mios, bien por los soldados de la libertad y de la independencia, bien; con un ejército de héroes como vosotros, puede emprenderse la conquista, no de la tierra americana, sino del orbe.

El tratado Mackau vino casi á frustrar la revolucion que se habia levantado por la parte de Córdoba, iniciada por el denodado Lamadrid que iba recorriendo el norte por los llanos de Rioja.

En 21 de noviembre salió Lavalle de Ascochingas, á once leguas de Santa Fé, para pelear junto con Lamadrid. Oribe lo supo, y le perseguia con numerosas tropas, que presentaban una fuerza mas imponente por haber recibido nuevos refuerzos, bien equipada, mejor montada y harto convencida de que el enemigo no podia hacerla frente por tener los caballos cansados é ir seguidos de un largo convoy de familias, que entorpecia su marcha.

Por fin, logró Oribe darles caza en el Quebracho, en ocasion que su ejército constaba de 4,000 caballos, 2,000 infantes y 10 piezas; mientras que el libertador contaba con 3,000 caballos, 300 infantes, y 4 piezas; pero de aquellos,—segun Lacasa,—mas de mil estaban con el recado (montura) al hombro, así es que entraron en línea apenas 2,300 soldados. Aquel dia fué de luto para Lavalle; pues tuvo que retirarse á Córdoba, sin que le persiguiese Oribe. No siempre la fortuna proteje á los defensores de una causa verdaderamente santa, tal como la que defendia Lavalle.

La fatalidad empezaba á perseguirle, teniendo que añadir á esta derrota la triste noticia de que el coronel Vilela habia sido sorprendido de noche, junto con su division en Sancalá, fuerza que segun el mismo Lavalle dice, «habia destinado á ocupar las provincias de Cuyo, donde á la sazon el fraile Aldao no podia oponerle sino 800 á 1,000 hombres.

Otro valiente está dando en San Juan pruebas de arrojo y heroismo de que podrá el lector enterarse mejor con la lectura del siguiente parte oficial.

«El general Acha, al mando de la legion Brizuela, escuadron Paz,

batallon Libertad y dos piezas de artillería, conducia á distancia de doce leguas la vanguardia del ejército (de Lamadrid que iba á invadir las provincias de Cuyo). . . . . .

»La vanguardia habia ocupado la capital de San Juan el 13 de agosto y se habia montado perfectamente. Empezaba á reunir lo necesario para ausiliar al ejército, cuando apareció en las inmediaciones de la «Punta del Monte» una division enemiga al mando del general Benavides.

»La legion Brizuela bajo la direccion del valeroso jóven, teniente coronel, don Crisóstomo Alvarez habia salido en proteccion del coronel Oyuela que huia en ese rumbo.

»Al llegar á aquel punto se encontró con una y otra fuerza reunida, ordenó la suya inmediatamente, las atacó y arrolló en todas direcciones. Un momento despues se descubrieron los soldados del ejército de Aldao, que en masa se acercaba á protegerlos. El general Acha entonces, que con su columna seguia los pasos de Alvarez, formó su línea y esperó á los enemigos que en número de 2,200 cercaron aquel puñado de valientes.

»En este dia tuvo lugar uno de los acontecimientos singulares en la historia. Nuestra division al empezar el combate, solo constaba de 450 hombres. Sucesos imprevistos le habian arrebatado el resto de su fuerza, y hasta sus dos piezas de artillería se habian inutilizado á los primeros tiros.

»La sangre corrió durante ocho horas, y el campo de Angaco quedó consagrado el 16 de agosto por un suceso inmortal, por milagros de un heroismo ejemplar y por la mas espléndida victoria de la libertad contra la tiranía.

»El ejército enemigo fué completamente deshecho y su infantería prisionera con todos sus bagajes y elementos de guerra...»

¡Jornada de gloria! ¡página inmortal encerrada en un monumento de mártires!

Avergonzado el enemigo volvió con nuevos refuerzos. Benavides se presentó de nuevo delante de San Juan, se sostuvo durante tres dias el malhadado Acha, y «solo capituló cuando se le acabaron las municiones.»

Este general no conocia aun bastante á fondo la hipocresía de sus

contrarios, entregóse; pero fué para perecer; pues reunidos Pacheco y Benavides, fué fusilado por su órden el 21 de setiembre en el Desagüadero, y su cabeza fué clavada en un palo «en el camino que conduce á este rio, entre la represa de la Cabra y el paso del Puente.» Aquí encontró una tumba este caudillo que pudiera servir de modelo y al mismo tiempo de bochorno para los perjuros mercenarios de Rosas.

Con semejantes acontecimientos Lavalle y Lamadrid tuvieron que mudar de plan y dirigieron su marcha hácia el interior. Aquel se fué á la Rioja; este á Tucuman. Entre tanto Aldao y Benavides hicieron cuanto se les antojó, no hallando quién se les opusiera, niaun el mismo Brizuela, que mostrándose bastante frio en las operaciones del ejército libertador, vino á caer por fin en poder de sus enemigos. En agosto Lavalle marchó á Tucuman, y Lamadrid se puso en marcha hácia Cuyo. Estaba escrito que Rosas habia de quedar vencedor por segunda vez; pues obtuvo una completa victoria, mejor diremos carnicería, en las llanuras de Famalla.

Lavalle hizo mas de lo que podia, espuso mil veces su vida, combatió con serenidad y desesperacion, pero la fortuna le habia vuelto las espaldas, y el destino es mas fuerte que el hombre que se le opone, aun cuando tenga y reuna grandes merecimientes y relevantes prendas morales. Cuando llegó á Tucuman, el traidor Ferreira encargado de tenerle en ese punto caballadas y *vaqueanos*, conspiraba secretamente con los enemigos y con el general Oribe, que iba atormentando la retaguardia del ejército libertador; lo que obligó á su general á abandonar mas que precipitadamente la ciudad, que fué ocupada por Garzon. «Dos dias, dice Lavalle, medité profundamente sobre mi situacion, y me resolví á atacar al ejército enemigo, siéndome imposible caer sobre la parte mas débil en número, que era la guarnicion de la ciudad. Las razones porque me resolví á dar esta batalla tan desigual, las espondré si algun dia se me hace cargo del resultado (1).» 2400 hombres contaba el ejército enemigo, y 1380 el mandado por Lavalle. Acaba de darse la batalla. Cae la noche sobre el mundo, y el último suspiro del ave se confunde con el postrer ay del moribundo; solo se descubre en las primeras filas un grupo de hombres que aun pelean con

(1) Carta citada al general Paz.

desesperacion; sus caballos riegan el suelo con bullidores espumarajos y los gritos de los que caen dan á entender que los golpes de sus contrarios son muy certeros y van muy bien dirigidos: entre ellos se distinguen tres sombras cubiertas de sangre, ennegrecidas por el polvo; de contínuo levantan sus brazos y hacen brillar sus aceros refulgentes como ráfagas plateadas que contrastan con la oscuridad y la turban de un modo siniestro.—Por Amalia, y es la ultima,—grita una voz de trueno que resuena por los espacios.—Por Aurelia y muerde el polvo, perro de Rosas, esclama una segunda voz.—Por Rosario... y... muero, grita una tercera. Aquel acento fué el de la agonía. Los combatientes se habian dispersado. Solo habian quedado tres hombres y algunos indios; dos de ellos sostenian á un jóven de tez morena, de largos y atezados bigotes, que respiraba apenas, efecto de la mucha sangre que manaba del balazo que habia recibido en la cabeza.—Enrique... Agaparco, esclamó, A...dios... esposa mia... viva... viva la libertad argentina... ¡Ah!...—La muerte con sus negras alas veló aquel rostro de un valiente. Los cielos se abrieron para recibir el alma del intrépido Velazquez. Enrique dió el último abrazo á aquella existencia que acababa de bajar al imperio de las sombras.—¡Pobre Rosario!—esclamó;—Agaparco, ayudadme: peguenches, formad el lecho, seguidnos y presentaremos el cadáver á Lavalle. Aquellos hombres tomaron el inanimado cuerpo de Velazquez y le condujeron al campamento: encontraron á Lavalle sentado junto á otro cadáver. El insigne general levantóse al ver el fúnebre cortejo, y se arrojó en brazos de Enrique.—¡Pobre Velazquez! esclamó; ha muerto muy jóven; pero ha muerto con gloria: envidio su suerte.

—Ya brillará el sol y hará cubrir de verde las flores de la tumba.

—Indio, yo no sé como pagaros vuestra generosidad.

—Los hombres del desierto sabemos morir por la libertad; porque por ella nos es grata la soledad; con ella nacemos, con ella vivimos y por ella, en fin, vaga nuestro espíritu entre la espuma del mar.

¡Ah! que cuadro tan magnífico, aquel que reune bajo una misma influencia á hombres de distinto carácter y á almas de diverso temple! ¡El corazon! hé aquí una palabra que es el símbolo de la concordia; hé aquí una combinacion de letras que encierra el misterio de la vida. Burlaos en buen hora, mortales metalizados; pero acordaos que el

libro de la naturaleza contiene páginas mas elocuentes que el libro del hombre. Este ser es orgulloso, y se desdeña de estudiarse á sí mismo, se ensoberbece cuando esplotando los elementos, lucra con ellos; y se desdeña de abrir el abismo que contiene su mente, de recorrer la serie de sus sensaciones y pensamientos, de hacer el análisis de sí mismo é investigar el orígen de todos los acontecimientos internos y de levantar la faz de su misterioso existir.

Tres hombres lloraban, porque en aquel momento eran verdaderos hermanos; porque la muerte les igualaba, y ante el aspecto de un cádáver no hay aristocracia ni democracia, no hay libres ni esclavos, no hay razones de estado ni categorías; porque solo existe la presencia de Dios con el libro del destino en la mano, y la mortaja del hombre que le cubre para que no se derrita al sentir el contacto de fuego del autor de la vida. ¡Ah! mas grande era aquel espectáculo iluminado por algunas teas encendidas, mas afectas eran para el Señor aquellas lágrimas que rodaban por aquellas efigies bronceadas por el sol y el sudor, que esa pompa mundana y tal vez mercenaria y preocupada que para manifestar el dolor necesita un centro de luz y un espacio poblado por un millon de almas.

Velazquez fué enterrado en aquel campo de honor; dos ramas de árboles clavadas en forma de cruz marcaban el lugar de su sepultura; mientras la fama en alas de su inspiracion encargaba al buril de la historia el grabado que debia contener el epitafio de un héroe.

Memorable jornada! Jornada digna de ocupar un recuerdo en los fastos militares, y digna tambien de ser ensalzada con las banderas de la libertad y de la independencia!

Enrique se recostó sobre la fosa de su amigo; tambien se hallaba gravemente herido.

Aquel dia fué sin duda muy grande para Agaparco. El salvaje habia presenciado la muerte del soldado cristiano; habia recordado involuntariamente la última conversacion con Amalia, y su ánimo iba preparándose para recibir quizá mas tarde el fluido de una regeneracion divina.

La suerte de las armas habia vuelto tambien las espaldas al caudillo Lamadrid; cinco dias despues fué vencido en el «Rodeo del Medio» (provincia de Mendoza).

Peleó como los capitanes de la edad media. A las doce del dia 24 de setiembre, bañaba un sol de justicia los campos en que estaban acampados los soldados de la libertad en número de 1,150, y los de la opresion, personificada por Pacheco, que contaba con 2,000 infantes, 1,300 caballos y 13 piezas de artillería. Oyóse el sonido de la trompeta que llamaba al combate. La voz de Lamadrid estremece, como el trueno que retumba en lo profundo de un torrente; espanta al enemigo, relinchan los caballos, apíñanse los escuadrones, vomitan metralla los cañones; cunde la fusion y el terror.—A ellos! gritan cien voces roncas de cansancio.—A ellos! grita Lamadrid, montado en su brioso caballo y recorriendo las filas de sus soldados que son otros tantos adalides. Aquí el invicto patriota muere hecho trizas por la pezuña del caballo enemigo: allí luchan cuerpo á cuerpo dos estaturas atléticas, roncan los pechos, brotan fuego los ojos, rechinan los dientes, quema la respiracion, se condensa el aire, silban las balas, la sangre se congela con la pólvora; ruedan las cabezas y el campo de batalla se convierte en una inmensa hoguera rodeada de arroyos de sangre, sostenida por millones de huesos y coronada por una espesa nube de humo ardiente y de polvo abrasador. Hay algunos momentos de indecision, porque no se sabe por quien se decide la victoria. Hay un estremecimiento general, el que sirve á Lamadrid para embestir de nuevo. El genio de los combates habia dirigido una sonrisa á las huestes liberales. Por espacio de dos horas la fortuna se mostraba propicia al colega de Lavalle; pero, la torpe fuga de uno de los jefes, despues de haber desobedecido todas las órdenes que se le dieron para que cargase sobre la izquierda enemiga, vino á desbaratar los halagüeños planes de Lamadrid y á coronar con el laurel de la victoria las sienes de Pacheco.

¡Loor, loor eterno á las víctimas que yacen sobre el campo! hay derrotas que son mucho mas gloriosas que las victorias; porque se vé en las primeras pintada la fé y el entusiasmo de los combatientes; mientras que en las segundas, como en la presente, hay valor, sí, pero sobra la perfidia y rebosa la vileza y servilismo que empaña el poco lustre que pueden tener.

¡Loor eterno á Lamadrid! á ese insigne héroe, que se dirigió á Mendoza á las cuatro de la tarde de ese mismo dia con 700 hombres de ca-

ballería, y atravesó con ellos la inmensa cordillera de los Andes. Aquellos desenodados restos de la batalla preferian encontrar una muerte gloriosa en aquellos precipicios, antes que sucumbir bajo el puñal de los asesinos que los perseguian sin descanso.

¡Musas americanas! inspiradme; ángel del silencio, vírgen de los pesares, venid á llorar conmigo; pero no, llorar nunca: jamás debe llorarse la muerte de los mártires, que habiendo sucumbido en defensa de la patria van á recibir un laurel inmortal en el mismo trono de la gloria: la muerte de los mártires debe envidiarse.

¡Aves que haceis resonar vuestros trinos en la esbelta copa de los centenarios pinos de los Andes! debísteis entonar un himno de fervorosa plegaria al ver caer, levantarse y rodar por los abismos aquellos hijos predilectos de la patria, libres como vosotras, que os dirigian miradas de gratitud y os recomendaban su alma para que la trasportarais al Empíreo, y rodeando sus selváticas tumbas, cantaseis el último responso, suspendidas entre la tierra y el cielo, saludando á un mismo tiempo á la criatura y al Criador.

¡Montañas tan antiguas como el mundo! os habeis inmortalizado: habeis abierto un sepulcro á los hijos que visteis nacer, y habeis enviado vuestro perfumado aire al que os regaló la última respiracion de su pecho.

¡Bardos americanos! vosotros tambien pulsásteis la lira, y uno de vosotros consagró brillantes estrofas á los vencidos en un largo canto titulado: «Cruzada Argentina.» Oigamos, sí, oigamos la voz del genio y elevemos nuestro pensamiento á Dios.....

Lamadrid . . . . . .
. . . . allí vencido
Cual centella veloz despareció,
Entre los pliegues húmedos del manto
Que flota de los Andes en la espalda,
Y corona, cual pálida guirnalda,
Las montañas que se alzan á sus piés:
Entre el mar de neblina, que á torrentes
En ondas de zafir, azul y plata,

De su nevada cumbre se desata
Y en nubes convertido cae despues.

Adelante! decian, y á este grito
La atmósfera en redor se caldeaba,
Y la sangre en sus venas circulaba,
Y volvia su pecho á palpitar.
Adelante! decian: y sublime,
Disipando la niebla aparecia
La Argentina bandera, que se via
De cima en cima, rápida ondear.

. . . . . .

Escuchemos la voz del perseguido despues de haber encontrado el asilo, y la alabanza que les tributa el bardo.

Valerosos proscritos! en los Andes,
Teñida en vuestra sangre, habeis escrito
Con vuestra espada en moles de granito,
Gigantesca una página inmortal;
Que en ígneas letras en su cumbre un dia
Mirarán vuestros nietos palpitantes,
Cual vió las tablas de su ley radiantes
El pueblo hebreo en Sinaí brillar.

Al fin, tras penas tantas, un sol puro
Rompió las densas nubes, y sereno,
Entre las fajas del pendon Chileno
Con tibio rayo vuestra sien cubrió.
America os aplaude y dice absorta:
«Modelos de constancia y fortaleza,
»Levantad con orgullo la cabeza,
»Alta, muy alta, que os bendigo yo!»

Chile, la hospitalaria Chile, abrió sus puertas para recibir á Lamadrid y á sus valientes, que no quisieron abandonarle en las horas del infortunio, siendo deudores de una gratitud eterna al gobernador de los Andes D. José Erasmo Jofré, al vecindario de Santa Rosa, al señor D. Domingo Sarmiento y á la comision argentina.

¿Qué mayor alabanza para Lamadrid que lo que le decia la comision Argentina con fecha 19 de setiembre y 2 de octubre de 1841?

«Mucho ha perdido la Republica Argentina, mas le queda V. E., le quedan sus valientes compañeros de gloria; le queda mas arraigado el odio á su bárbaro tirano, le quedan los huesos de sus hijos sembrados en los campos para recordarles, que es preciso ser libres ó morir como ellos, si se ha de llevar el nombre Argentino dignamente.

»Hombres capaces de concebir y ejecutar tales pensamientos son dignos de la admiracion que inspiran, y del lugar que desde luego les reserva la historia para recomendarlos á la prosperidad como modelos de patriotismo, de elevacion y de grandeza.»

Durante la vida, Lamadrid tiene ya consignada una página de gloria. En su muerte tiene ya grabado el epitafio, á cuyo pié yacerán sus brillantes trofeos.

Lavalle habia quedado completamente derrotado en Famalla; pero en el momento de la lucha habia jurado morir antes que abandonar el territorio Argentino, y se dirigió á Salta, donde llegó á principios de octubre. Pero la suerte del esclarecido patricio estaba decretada. Los escuadrones de Hornos y Ocampos quisieron atravesar el Chaco para unirse al general Paz en el pueblo de Corrientes, y esta resolucion desbarató los planes de Lavalle, causándole profunda tristeza, mayormente cuando habiéndoles dejado partir supo que se les habian juntado el Coronel Salas, los hermanos Camelinos y algunos otros: viéndose en ese trance fatal, y considerando que solo le quedaban poco mas de 100 hombres, se marchó á Jujuy con la cabeza abrasada por la desgracia y el corazon desgarrado por el sentimiento.

A las doce de la noche del 8 de octubre llegó á la ciudad, mandó á su fuerza que se quedase en una quinta inmediata, distante muy poco de ella, y acompañado solamente de una guardia de 8 hombres á las

órdenes del teniente Alvarez, su secretario D. Félix Trias, y su ayudante D. P. Casa, se fué al alojamiento que le tenia preparado de antemano el gobierno de Jujuy.

No ha mentido la historia, cuando nos ha pintado á Lavalle dotado de una imaginacion ardiente, de un espíritu emprendedor y de una voluntad de hierro. Nadie sino él hubiera desafiado tan de cerca el peligro; nadie sino Lavalle podia mostrar tanta serenidad, viéndose perseguido por enemigos tan encarnizados, por la astucia, por la perfidia y por todo cuanto de infernal y sanguinario podian inventar Rosas y sus esbirros.

¡Nueve octubre! cuán negro y siniestro apareciste para el magnánimo defensor de la libertad Argentina. ¡Ah! apenas los primeros rayos del sol empezaban á dorar las paredes de la casa donde estaba Lavalle, cuando esta fué cercada por una partida de 25 á 30 hombres. El ayudante, azorado vino á avisárselo.—Lavalle le preguntó que clase de enemigos eran, y replicando La-Casa que eran paisanos,

—«Entonces no hay cuidado (contestó), vaya usted, cierre la puerta y mande ensillar, que nos hemos de abrir paso (1).» Así hablaba este hombre, mientras quizá dependia su vida de la punta de algun puñal ó del cañon de un arma de fuego.

Retiróse el ayudante, apresurándose á cumplir las órdenes de su general..... Hubo algunos instantes de silencio..... Oyóse de repente el galope precipitado de algunos caballos..... Sonaron tres tiros..... apareció La-Casa y sus compañeros..... ¡Lavalle, el mártir mas esclarecido de la Republica Argentina era un cadáver!!! ¡habia muerto la esperanza de la patria! ¡la flor de la juventud americana se habia secado al contacto del mortífero plomo!

¡Adios, Lavalle, adios! descansa en paz, genio de la libertad americána! tú vivirás para siempre en la memoria de tus conciudadanos: serás el estandarte que flotará orgulloso en la cima de los pueblos libres, serás la auréola que corone á Buenos Aires, y preste inspiracion á los hijos del valor y de las musas que vendrán á saludarte despues de haberse postrado ante la urna que contendrá tus santas cenizas.

Pasada la primera impresion, determinóse trasportar el cadáver á

(1) La-Casa.—Nacional citado.

Bolivia, á cuyo fin colocóse este atravesado sobre un caballo, cubierto con un poncho. Encargóse de la fuerza el general Pedernera, y empezó la marcha.

Los perros de Rosas les seguian la pista, y para darles mejor caza se fraccionaron, tomando distintas direcciones para cortarles el paso; pero los restos que conducian eran para ellos un estímulo; hubieran perdido mil veces la vida antes que perder aquel sagrado depósito: adelantaron, precipitáronse con un arrojo admirable é hicieron rodar y desbarataron todo cuanto se les opuso. A cuatro ó cinco leguas de Jujuy el aguerrido é intrépido teniente coronel Mancilla, tomó bajo su inmediata guardia el cadáver, y como si estuviese atado á él, defendióle con inaudita bizarría, librándole como por milagro de las garras de aquella horda de caribes.

Entretanto iban pasando los dias y el cadáver de Lavalle iba corrompiéndose. En Rodero, mas allá de Humahuaca, entre dos montañas, en una quebrada, tuvieron que descarnarlo y lavar sus huesos; pedazos de carne que cayeron, fueron pedazos de corazon que les arrancaron. El coronel Dannel pudiera hablar en este momento y podria verse que cuanto se ha dicho sobre el particular, guarda completa conformidad con todo lo que han publicado las prensas de Bolivia, Chile y Montevideo. Los indios tuvieron que dar un poco de maiz crudo á aquellos infelices que, á los pesares anejos, á una larga y penosa jornada, debian añadir la carencia de alimentos, que mas de una vez les hacia dudar de su existencia y les ponia delante el cuadro desgarrador del hambre y la miseria.

La Catedral del Potosí guardó por fin en su seno los restos del cadáver de Lavalle, negados á Oribe que pedia su estradicion al general Urdimenea, jefe de la frontera Boliviana, y quien hizo retroceder á los tercios de Rosas que, con humos de victoria, se habian atrevido á hollar el derecho de gentes entrando en territorio estraño impulsados por la idea de la venganza, y ávidos de presentar á su inmundo dictador la cabeza del ínclito Lavalle.

Al hablar de este, precisamente debe recordarse el paternal cuidado de Mancilla. Modelo de abnegacion y amistad era de orígen indio, gaucho de los que en 1829 pelearon con encarnizamiento contra el ejército libertador bajo las banderas del inmundo Rosas. Luego despues pagó es-

te la deuda de gratitud, persiguiéndole y amenazándole de muerte, lo que le obligó á emigrar y lleno de despecho y de justa indignacion se puso mas tarde bajo las órdenes de Lavalle cuando salió de Montevideo, acompañándole fielmente en los dias de gloria y en las jornadas de infortunio.

En Bolivia depositó el soldado á su general, permaneció á su lado mas de un año conduciendo despues sus restos á Valparaiso, donde hizo entrega de ellos á la familia de su ilustre amigo. En Valparaiso murió tambien el denodado Mancilla; su muerte fué el último suspiro de la obediencia y la amistad que tornó á reunirse en la tumba en que descansaba la egregia víctima del plomo homicida.

¡Nobles Argentinos! vosotros debeis levantar un monumento, cuya elevada cúspide simbolice la inmortalidad.

La tierra, el mar, los cielos, los elementos todos y las criaturas se unirán para saludar al panteon inmortal que encierre el polvo de Lavalle y Mancilla; porque la muerte ha de unir precisamente esos dos seres, que fueron ejemplos raros de valor, de abnegacion y de amistad.

Otro panteon debeis edificar tambien entre el cieno, en medio de esos desiertos, azotado por el viento abrasador de vuestras playas: debeis construirlo allá á la media noche y luego de cubierto con una mortaja encarnada, debeis trazar en la superficie de sus caras un negro lema que diga.... maldicion al tratado de Mackau! ¡maldicion á los amigos del tirano! Despues de esto, vereis revolotear sobre vuestras cabezas la blanca paloma que, remontando sus alas hasta el zénit, descienda luego con ráudo vuelo hácia vosotros, coloque en vuestras sienes la corona que vela á los justos, y en los umbrales de vuestra nacion escriba con su pico el siguiente principio.—La libertad puede adormecerse, pero no puede morir: ella es la predilecta hija de Dios y el astro benéfico y reparador de la vida del hombre.....

CAPITULO LVI.

LAS TUMBAS DE LOS HÉROES.

Los restos de los ejércitos liberales andaban dispersos por una y otra parte despues de las batallas de Famalla y Rodeo del Medio. Las familias lloraban en el recogimiento del hogar doméstico las pérdidas irreparables de los hijos, de los hermanos, de los padres, de los esposos. La juventud se habia esparramado por los estados limítrofes, procurando refugiarse en la República Oriental, Chile, Boliviá y Perú.

Compárense los dos ejércitos y se verá cuan distinto es el modo de proceder de los unos y de los otros. El ejército libertador respeta todo cuanto encuentra, es altamente humanitario, perdona á los enemigos y solo derrama sangre en el ardor de la pelea, ó cuando el encono ó mala fé de los contrarios le obliga á hacerlo. Testigos son de la barbarie y generosidad de unos y otros los pueblos de Corrientes, Córdoba, Tucuman, Catamarca, San Juan, Mendoza. El ínclito Lavalle devuelve los prisioneros tomados en Santa-Fé; Acha perdona la vida de los que se rindie-

ron en Angaco. Varela, el generoso Varela, va á entregar á Garzon con bandera de parlamentario y en cambio de los prisioneros que ha de recibir en Santa Fé bajo la salvaguardia de Oribe, recibe puñaladas y cae ensangrentado, revolcándose á los piés de quien debiera respetarle, y de quien, aunque no hubiese atendido mas que al honor militar, debia esperarse las gracias á los vencedores, postrándose ante hombres que valian mucho mas que los reptiles del inmundo Dictador.

La-Casa nos da una idea relevante de lo que eran los rivales de la hiena del Sur, cuando dice, «que no se puede ver en los gefes y soldados del ejército libertador mas que un grupo de valientes, que han buscado en toda la estension que se encierra entre los Andes y el Plata, el sitio y el dia para cumplir su juramento de vencer ó morir por la libertad de su patria. Si han perdido una cuestion política en su derrota, han ganado una cuestion moral con su constancia sin par y con su muerte heróica.»

¡Ah! grande y sensible fué la pérdida que tuvo la República Argentina en esta cruzada de jefes y oficiales distinguidos. Aquí murieron los últimos veteranos de la independencia americana. Buenos Aires les saluda en el dia con todo el fervor santo que inspira la salvacion de la patria, con toda la energía que da la defensa de los buenos principios, con toda la fama que acarrean las luchas que no tienen el carácter de viles ó mezquinas. Levantad de la tumba, Maciel, hecho prisionero en la frontera de Corrientes y fusilado por órden de Oribe: Vilela, despues de Famalla: Crammer, muerto en Chascomus: Manterola en Machigasta: Rojas en Catamarca: Salvadores en Mendoza: Sardina, en Tucuman!!!..... y vosotros tambien, Alvarez inmortales, que perecisteis junto con la brava juventud que acompañaba á Lavalle, decidnos en qué encuentros derramasteis vuestra sangre é hicisteis servir de antemural á vuestro cuerpo. El nombre de Alvarez es siempre inmortal aunque pertenezca á distintas razas; así lo atestiguan Crisóstomo Alvarez muerto en San Juan: el Dr. D. Francisco Alvarez gobernador de Córdoba, muerto en Angaco, D. Zacarías Alvarez, jefe del escuadron Maza, muerto en Sauce Grande; D. Eduardo Alvarez (hijo del general D. Ignacio) muerto en esta misma batalla; D. Ignacio Alvarez, otro hijo del general, muerto en Famalla. Alvarez Teniente. uno de los mas decididos defensores del cadavér de Lavalle.

¡Lavalle! ¡Lavalle habia desaparecido! Solo Corrientes y Montevideo seguian peleando para sostener su independencia. La juventud argentina en la proscripcion obligada á ganar el pan con el sudor de su rostro, continuamente sobresaltada por los infortunios de su patria y los suyos propios, hostigada y aun injuriada por preocupaciones locales, y por el principio retrógado, sin estímulo alguno, sin esperanza de galardon, ha trabajado no obstante cuanto es dable por merecer bien de la patria y seguir la causa del progreso. Ninguna desgracia, ningun contratiempo ha entiviado su devocion, ni quebrantado su constancia; y, aunque en distinta arena, ha combatido sin cesar como los valientes patriotas con el fusil y la espada.

Tambien la pluma de los jóvenes argentinos vino preparando poco á poco el período de la regeneracion, probando á la faz del mundo que,

«No solo es fuerte el que el acero esgrime
Y sabe diestro fulminar las balas,
El que de fuego al pensamiento dá alas
Puede en la lucha descollar tambien!»

Así imitaron á los capitanes de las edades medias, siendo dignos émulos de Cervantes y Ercilla y de los que fueron á un mismo tiempo soldados y cronistas. Así por medio de ellos se ha rejuvenecido la libertad y se han unido mas y mas los pueblos orientales y argentinos dando despues con Montevideo, Brasil, Paraguay, Corrientes, Entre-Rios y Brasil el último empuje á ese monstruo, aborto fétido de la humanidad, que caido en Montecaseros, hundióse bajo el cetro supremo de la humanidad y la libertad vengadas.

Mientras los fugitivos buscan un asilo en las ciudades amigas, hay una familia en Montevideo que se entrega al dolor y á las mas tiernas espansiones. Nuestro ínclito Martin puede decirse que se multiplica; ora se sienta junto al lecho del pobre Enrique, que aun está sufriendo por la herida que recibió en los campos de Famalla, ora se levanta y corre á su despacho para firmar algunos documentos que exigen urgencia, mira y atiende á todo lo que le preguntan sus dependientes; aconseja, instruye, manda con templanza, en todo y para todo se presenta como el verdadero tipo del hombre de gobierno que por nada se

aturde y que á todo da salida, haciéndose superior á las circunstancias, y revelando en todos sus actos un genio emprendedor y una instruccion vasta y profunda.

Martin ha recogido á muchos de nuestros personajes en su casa, y cualquiera podria leer en su semblante los brillantes rayos de bondad que tanto le distinguian.

Aurelia, la desconsolada Aurelia, pasa casi todo el dia y parte de la noche al lado de la hermana de Enrique, pudiendo de este modo aliviar con los mas solícitos cuidados á su amante, que busca en las miradas y ademanes de la hija de Viamont el bálsamo que ha de curar la doble herida del cuerpo y del corazon, la herida material y la ardorosa cicatriz del alma.

Las escenas que van sucediéndose presentan todas un carácter el mas triste y desgarrador. Aurelia se desespera por el estado de Enrique: Amalia parte su corazon á pedazos entre su hermano, su amiga y el noble Agaparco. ¡Rosario! la infeliz viuda está llorando continuamente la pérdida de su enamorado é intrépido Velazquez, haciéndose superior, en cuanto puede, al dolor y manifestando gratitud síncera á su protector Martin. Éste, desde que supo la muerte de su amigo, prodigaba á aquella jóven todo género de favores, haciéndola habitar en su casa, y cuidando de que fuese mas llevadero el estado de abatimiento en que naturalmente cae la mujer apasionada, que ha dado el beso de esposa á su compañero, que no vuelve á verle, y que recibe en cambio el ósculo de soledad que acompaña á la pálida viudez.

Agaparco tercia en todos los diálogos que se suscitan, y nunca se olvida del respetuoso amor que ha jurado á Amalia.

Enrique tiene momentos en que llega á perder el conocimiento; en uno de ellos se levantó Aurelia, que permanecia sentada á los piés de la cama, y cogiendo de la mano á Amalia, la atrajo hácia sí, y sentándola en sus rodillas, la cubrió de besos y caricias, señal infalible á veces de los vivos deseos que se tienen de comunicar nuestras ideas y dar espansion á nuestras afecciones.

¡Amalia, la vida de tu hermano me inspira serios temores, y sus sufrimientos me hacen morir de dolor.

—Tienes un alma de serafin, querida; pero tu viva inteligencia se preocupa abulta todo cuanto acontece, y no puede pensar con

serenidad, porque segun parece tu corazon encierra alguna simpatía por Enrique.

—¡Ah! mi corazon, dices; ¿y por qué me hablas así? ¿no sabes acaso que siento, hace tiempo, una pasion por tu hermano?

—Sí lo sé, pero queria oirlo de tus labios; ahora tengo mas orgullo, por haberme tú confesado un amor que me ennoblece, y que eleva el generoso carácter de la persona que te ha preferido entre todas las mujeres.

—No me equivocaba, cuando hablando en otros tiempos con Enrique le decia, que su hermana si se parecia á él, seria mas que criatura, un ángel.

—Aurelia, eres muy buena.

—No, no; todo es poco cuando se trata de hacer justicia á la nobleza de sentimientos; ¡ah! anhelaba que llegase este feliz instante de decirte lo que amo á tu hermano, tengo un placer inesplicable en hablar del que es mi único consuelo, á quien debo mi vida, y hasta mi honra... sí, es mi bien, es mi dulce amor: Amalia, amo á tu hermano con toda mi alma de fuego.

—Yo tambien le amo, Aurelia, y quisiera que algun dia añadieses al título de amante el de esposo.

—¡Ah!..... quizá no se cumplirán tus deseos; mira, mira á mi Enrique que pálido y abatido está; sus ojos, que me miraban con arrobamiento, ahora apenas tienen fuerza para girar dentro sus órbitas. ¡Amalia! Amalia... si muriese Enrique, al lado de su tumba podriais abrir al instante la mia.—Las lágrimas asomaron á los ojos de la jóven, y llena de emocion estrechaba contra su seno á Amalia, que á su vez tambien lloraba.

—No tengas tan fatales presentimientos. Enrique tiene una naturaleza vigorosa: no es la primera vez que ha sido herido, aunque nunca lo habia sido con tanta gravedad. Además el médico tiene mucha confianza, y nos ha encargado que no desesperemos.

—¡Ah! tú pretendes consolarme, pero esa soñolencia de tu hermano me asusta, me estremece, y tiemblo porque creo que está en mayor peligro de perder la vida de lo que todos creemos.

—No, no, Aurelia: no te asustes; tu pasion se exalta y tu imaginacion lo aviva todo.

—Amalia, si tú quisieras á algun ser de las dotes de Enrique te sucederia otro tanto; pero debieras quererle como yo, con toda la emocion de tu alma, con toda la efusion del sentimiento.—Amalia se puso pálida y tembló á su pesar...

—¿Y tú crees que no amo á nadie?

—No tengo motivo para sospecharlo: tan solo he reparado que de vez en cuando parece que te domina una irresistible tristeza, y que sale de tu pecho un suspiro comprimido: ¿es quizá un recuerdo, Amalia?

—No debo ocultarte nada; debo pagarte fineza con fineza; tú me has abierto tu corazon, yo voy á abrirte el mio, que contiene un secreto santo é inviolable!

—¡Ah! cuenta, cuenta, Amalia; ya sabes que todo lo que te pertenece me interesa vivamente.

—Escucha pues: hay en el mundo un alma grande, incomprensible, insondable, alma que vive en el mismo recinto que yo, que vive solo para mí, que me adora, sí, que me adora; porque es un ser privilegiado á quien he encontrado en mi camino, un hombre que raya en lo sobrenatural y divino, que embellece cuanto toca, que sublima cuanto ama. ¡Ah Dios mio! tengo un orgullo en amarle, sí; merece ser correspondido, y aunque el mundo con sus preocupaciones me cerrara los labios para que no pudiera decirlo, mi corazon conservaria pura esa pasion que ha hecho brotar en él, y seguiria esa corriente en que él me ha colocado, segura de encontrarle siempre rebosando honor, pureza de intenciones y entusiasmo de fuego. Aurelia, mi amante, quizá te admires, es un salvaje; pero es mas digno para mí que todos los hombres civilizados con sus galas y su ciencia, mas generoso y rico en inteligencia, que el presumido que intenta remontarse en alas de su almibarado genio, ó que siente correr por sus venas la sangre, que se cree purifica una noble cuna ó algunos montones de oro. Tú conoces á ese hombre, está entre nosotros, es Agaparco, que me arrancó de la muerte, que defendió la joya de mi honestidad en el desierto, que se postró ante mí, devolvióme á mi padre, que mora aquí porque yo moro, respira este aire porque yo le respiro, y en lugar de besar la mano de mi bienhechor, se convierte en mi esclavo y hermosea mi existencia con el brillo de la suya, y perfuma mi frente con el ardor de su frente, y

me obliga, en fin, á olvidarme de mí misma, arrastrándome á identificarme con él y haciéndome entrever un dulce porvenir, que en mi delirio se me aparece igual al mismo cielo y á la felicidad suprema. Ahora ya sabes el secreto de mi corazon, y espero me juzgarás con indulgencia.

—La indulgencia debes usarla tú conmigo. Tu narracion por el contrario, me ha causado una sorpresa muy agradable, y me complazco en saber que amas á un hombre, cual amo yo á Enrique, habiendo de este modo entre las dos un nuevo motivo de cariño, y un lazo más estrecho que nos une.

—No dudaba que tus simpatías serian las mias, y que aunque andamos por distintos caminos, nos dirigimos sin querer á un mismo fin..... pero callemos que aquí viene Rosario, y si nos oyese, daríamos mas tortura á su corazon, recordándole los dulces momentos que pasó al lado de su esposo, y enconaríamos mas la llaga que su muerte ha abierto en su corazon.

Efectivamente, Rosario acababa de entrar á informarse de Enrique, saludando con una mirada compasiva al paciente y con un beso á cada una de las jóvenes, que á su vez le correspondieron con igual demostracion.

—Sabed, niñas, que he tomado una resolucion, que creo apoyareis con todo ahinco; pues no puedo menos de esperarlo así de dos amigas tan cariñosas y apasionadas.

—Hablad, dijeron las dos al mismo tiempo, y salgamos á la otra sala, añadió Aurelia, donde podremos conversar con mas libertad; aquí podríamos perjudicar á mi Enrique.

—Las tres jóvenes se sentaron en uno de los sofás, colocándose Rosario en medio, que volvió á anudar la conversacion.—Pues, como os decia, he formado un proyecto que es preciso llevar á cabo aunque sea á costa de los mayores sacrificios; he determinado apartarme de vosotras y volver al Brasil, mi cara patria; pero antes quisiera pasar por Famalla, á fin de recoger los restos de mi querido esposo, que sin duda estarán espuestos al insulto y befa de esos asesinos que recorren las ciudades, talan los campos y pisan lo mas sagrado y venerando de la humanidad.

—No harás tal, repuso Amalia; no creo que Martin permita

que nos abandones, despues de haber vivido juntas por tanto tiempo, y siendo aun tan reciente la muerte de Velazquez.

—No me contrarieis en esto, querida; cada dia que paso sin reunirme á la mortaja de mi Velazquez, cometo un crímen, que quisiera borrar con mi llanto; llanto que debia tener el influjo del milagro para poder resucitar el cadáver de ese hombre que encantó mi carrera y que me hechizó con su nobleza y su valor.

—Tus pretensiones son muy justas, Rosario; pero te dejas arrastrar demasiado por el sentimiento; no llores, amiga mia, no llores, da treguas al dolor. Tenemos un deber en conservar nuestra existencia. Bien veo que tus quejas son, aunque muy amargas, harto merecidas, pero hay el decreto del destino por medio, y cuando la muerte lo ha firmado, se lee en su sello un negro lema que dice «la hora del morir es irrevocable.» Ven, acércate, exhala tus suspiros en el seno de estas dos amigas, que ellas solas comprenden lo que vales, que nunca sabrán olvidar tu ausencia; al contrario, pasarian su vida mas risueña, si permanecieses á su lado y compartieses con ellas gozes y pesares, llantos y risas, esperanzas y recuerdos.

—¡Ah! así debe ser, replicó Aurelia, que tenia abrazadas á ambas.

—¡Imposible! ¡imposible! solo puedo ofreceros que mi amistad será constante y mi gratitud eterna. Sí, os lo juro por la sombra de mi esposo, y por las cenizas de mi madre.

¡Ah! esas tres mujeres se unian por sus ideas como tres claveles que impelidos por la misma brisa, confunden sus pétalos y besan sus cálices; como tres gotas de agua cristalina que cayendo la primera de la hoja de un árbol, siguen las otras, juntándose y confundiéndose sus hilos de plata y viniendo á formar un solo boton de cristal, compacto y diáfano, como un punto de la luna de verano.

Las tres no habian reparado en quien las observaba. Agaparco estaba acechándolas desde el rincon de otra sala, y gozaba estraordinariamente viendo las caricias que se prodigaban aquellas tres reinas de las flores; al menos en su mente así las habia calificado; pero al mismo tiempo no veia mas que una que en su concepto descollaba, como una Reina de Reinas, como una luna entre los astros, como la druida de los lagos. Aquel hombre era en aquel instante poeta, adivino, sacerdote, un genio que paseaba su figura por la tierra, y volaba al cielo

cuando pensaba en aquella mujer cuyo aliento respiraba, y de cuyo corazon era ya dueño absoluto.

Algunas palabras de aquella conversacion no se habian escapado á sus oidos, y ya fraguaba su imaginacion un nuevo medio para agradar á Amalia y captarse el agradecimiento de Rosario.

Agaparco ardia en deseos de prestar sus servicios á la bella brasileña, y escogió el momento en que las tres jóvenes habian guardado silencio, mudas por el dolor y tristes por el disgusto que las habia causado la resolucion de la viuda de Velazquez. Así fué que se presentó con paso mesurado ante ellas, y despues de haber doblado su cuerpo, esperó que le dirigieran la palabra. Amalia fué la primera en romper el silencio, dirigiéndole una mirada amorosa.—En buen hora habeis venido, buen Agaparco, pues estoy pensando que vuestros servicios me servirán de algo, empleándolos para con Rosario.

—¡Oh hijas del sol! hace algunos espacios que estaba oyendo vuestra conversacion; yo y los mios nos alegramos de sorprender á las mujeres sabias cuando razonan. Las hijas de las selvas no poseen vuestro arte, pues su inteligencia es tan corta como la yerba que cubre los caminos y que sirve de sábana á nuestras plantas.

—Con qué nos espiabais, continuó Amalia.

—Escuchaba las palabras que salian de vuestra encarnada concha (1), porque la rosa que se cria entre nuestros árboles, es menos espresiva en sus colores, que lo son vuestros acentos, cuando os hablais como hijas de un mismo padre, y estais heridas por el alborotado espíritu de los amores.

—Los indios comprendeis perfectamente el lenguaje del amor, añadió Aurelia.

—Los hijos del desierto hablamos con todo lo que nos rodea, y recibimos las inspiraciones de un lago, de un cedro, de una flor, de una llanura, del dia, de la noche. Desde que regamos con lágrimas la piel de nuestra madre, aprendemos á cantar al mundo tal cual es; gozamos de la libertad del espacio, y nuestras esposas así duermen sobre nuestros lechos como sobre la tierra. ¡Bendita la armonía de la soledad! Bendita mil veces, porque ella nos dá todo lo que necesitamos, aire, agua, frutas, fuego, la primera materia para sostener nuestra carne y

(1) Boca.

el último caballo que nos conduce en triunfo al acercarnos al mar, donde se confunden las almas de los peguenches con los espíritus de sus madres y con los de las mujeres que les amaron.

—Agaparco, vos que fuisteis tan generoso en abrir una tumba á mi esposo, prosiguió Rosario; vos que peleasteis como un héroe á su lado, que os lanzasteis sin deber al campo de los combates, solo porque os entusiasma la palabra libertad, y segun sospecho, porque amais á la hermana de un valiente que fué siempre amigo de mi esposo, me debierais hacer el favor que paso á pediros. Sé que teneis á vuestra disposicion algunos indios que conocen perfectamente todo el terreno americano; vos mismo sois hijo de los Andes, y sabreis perfectamente quienes son los que me pueden guiar con mas seguridad hasta los campos de Famalla, en donde sepultasteis los huesos de mi esposo, que deseo recoger para trasladarlos al Brasil.

—Ignoro, Rosario, la lisonja, y no se hablar el lenguaje de las doradas tolderías; solo he aprendido en la naturaleza salvaje, y ella me ha enseñado á conocer y sentir. He oido algunas veces que los padres enseñaban á sus hijos que hiciesen tanto bien como pudiesen á los otros hombres; yo he grabado esta máxima en mi corazon y estoy pronto á realizarla.

—No dudaba de vuestros sentimientos, y así tened dispuestos vuestros indios, para poder partir mañana.

—Mis peguenches, acostumbrados á la vida errante, siempre desean respirar en medio de los campos y acostumbrar sus miembros á la fatiga, á tostar su rostro por el sol y á limpiar su cuerpo con el sudor de sus propias carnes.

—Tan pronto es imposible que te marches, Rosario, esclamó Amalia: me parece que debes avisarlo antes á Martin, y sujetarte en un todo á sus consejos, que siempre tienen buenos resultados.

—Y la ocasion se presenta, aquí viene nuestro protector.

Efectivamente: Martin acababa de salir de su gabinete y entraba en la sala donde estaban reunidas nuestras jóvenes y el indio.

—Mucho me gusta el veros ocupadas en dulces pláticas; se conoce siempre, que en donde hay juventud, hay la animacion.

—Pues á fé mia, repuso Amalia, no tenemos ningun motivo para estar alegres.

—¡Bah! no veo tampoco que haya ninguna necesidad de estar siempre llorando...

—Pues la hay, y por doble motivo: lo primero por el estado de mi hermano, y lo segundo, porque Rosario quiere abandonarnos; nada menos que en el dia de mañana, pasando antes por Famalla á fin de recoger los restos de su desgraciado esposo, y marcharse luego con ellos al Brasil.

—Qué dices á esto, Rosario?

—No hago mas que apoyarlo, Martin; y vos mismo convendreis en que es razonada mi resolucion, mayormente cuando de ella pende el llevar á cabo un objeto tan laudable, y de que no puedo prescindir por razon de mi estado.

—Aunque siento vivamente que te separes de nosotros, sin embargo no haré oposicion á tus resoluciones; las encuentro muy justificadas por el fin que encierra, principalmente en las azarosas circunstancias que atravesamos, y que cada dia van haciendo nuestras comunicaciones mas y mas difíciles, por lo tanto, el viaje que vas á emprender, debe hacerse con la seguridad posible, no aplazándolo para tiempos quizá mas peligrosos, de cuyas consecuencias no he de ser en nada responsable por haber aconsejado un retardo infundado é inoportuno. Ahora solo falta saber cuándo y con quién has de partir.

—Mañana, y con cuatro indios de la confianza de Agaparco.

—Por mi parte concedido, Rosario; pero debo decirte, que si accedo á tus pretensiones, es tan solo con la idea de los inminentes riesgos que pudieras correr si retardases el irte á tu patria. Marcha y acuérdate siempre que hay en Montevideo un hombre que haria por tí el sacrificio de su vida, Rosario. Tu esposo ha sido un mártir de la república argentina, y haré que ese suelo, que ha regado con su sangre, se acuerde de él y le consagre una memoria imperecedera.

—Martin, no en vano os proclaman el sabio por escelencia. Vos comprendeis perfectamente cuanto estoy sufriendo; será una supersticion querer encerrar ahora en una urna las cenizas de Velazquez, pero las mujeres que en este mundo amamos con pasion, hacemos rayar en lo divino todo lo que atañe á nuestros amantes, aun aquello que seria despreciable para todos los demás.

—Conozco, hija mia, tu corazon y mido la estension de tu dolor.

Las tres mujeres lloraban, Agaparco escuchaba con avidez las autorizadas palabras que salian de los labios de aquel hombre, y Martin cortó aquella escena, á pretesto de ver á Enrique.

El dia iba adelantando y la hora de la partida se aproximaba.

Rosario quiso despedirse de todas las personas que le eran tan queridas y darlas el postrer abrazo.

Hay ciertas escenas que ni siquiera pueden indicarse, porque desgarran demasiado el corazon, y el lector sufre atrozmente en su sensibilidad, llevando como lleva en el ánimo el recuerdo de tantos infortunios.

Por fin á la mañana siguiente partió Rosario, dejando en el llanto á las que entonces eran los objetos mas caros de su corazon.

Los cuatro indios encargados de acompañarla sabian perfectamente el camino y el lugar en donde habian sepultado á Velazquez. Siguieron siempre senderos estraviados, evitando así el encuentro de las bandas de asesinos que infestaban los pueblos vecinos de Famalla.

Habian pasado algunos dias, y la luna alumbraba desde el zenit la redondez de la tierra. Los campos donde Lavalle habia perdido la flor de sus soldados, parecian asistir á sus últimos funerales; presentaban á los rayos de la luna un aspecto lúgubre y pálido, rodeado de los árboles que, al dibujar sus contornos en el suelo, se asemejaban á otras tantas fantasmas que concurrian al cortejo de los cadáveres. Solo se oia el susurrar del viento, solo se sentia el misterio de la soledad, y se veian vagar cinco espectros, uno de los cuales levantaba de vez en cuando los ojos al cielo, mientras que dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus blancas mejillas. Los cinco espectros no eran otros que Rosario y los cuatro indios, que aprovechaban la oscuridad de la noche para no ser vistos de sus enemigos.

Agaparco les habia dado la seña y no tardaron mucho en tropezar con dos pedazos de espada rotos, que puestos en forma de cruz señalaban la tumba de Velazquez.

Rosario sintió apoderarse de ella un frio de muerte y tuvo necesidad de apoyarse en el brazo de uno de los indios; mientras los otros tres, habiendo removido la tierra, sacaban con todo cuidado un

denegrido esqueleto, que abrazó la desesperada viuda imprimiendo un beso ardiente en equellos huesos helados y llenos de polvo.

—¡Velazquez! ¡Velazquez, tú has muerto... yo... aun vivo!

—¡Dios mio! sonó una carcajada, ¡indios! huyamos, huyamos; mirad en aquella cuesta, cuantos hombres hay reunidos.

—Sí, sí, esclamó uno de los indios, son los soldados de Rosas.

—Abandonemos estos sitios, y dejémosles que coman y beban con los buitres.

Los indios cargaron con el esqueleto, habiéndole envuelto en una rica manta.

Dos dias despues tomaban el camino del Brasil, donde Rosario debia abrazar á su familia y erigir un panteon al que en el mismo sitio la habia enamorado.

Tan luego como Rosario se habia alejado de aquel campo santificado por el honor, la libertad y la muerte, los reptiles del inmundo Dictador celebraban una bacanal en medio de los muertos.

El libertinaje no respetaba á los sepulcros.

En cambio millones de almas sublimes pedian venganza á los cielos y honraban la memoria de los difuntos.

Tal es el contraste del mundo; miseria y grandeza.

Solo Dios puede decir, que en el cielo todo es verdad y justicia; y en este misterio insondable reposa la esperanza del hombre bueno y el temor del corazon inícuo.

CAPITULO LVII.

LA RESBALOSA.

MARTIN continuaba prodigando los mas solícitos cuidados á Enrique, cuya vida estaba en inminente riesgo por la gravedad de la herida. Aurelia, desconsolada, no se separaba un momento del lecho del enfermo, alternando con la hermosa Amalia en las noches de vela. Agaparco, repitiendo sus frecuentes visitas, renovaba con ellas la amorosa llama que ardia ya demasiado en el sensible corazon de su antigua cautiva.

Sin embargo, la visible debilidad de Enrique se interponia entre la felicidad de aquella familia, como un fuerte dique levantado por el mas negro infortunio. ¡Oh misterios impenetrables de la vida! Vosotros regís el destino de la humanidad; en vano se fatiga el hombre por recorrer este grande espacio que le separa de la dicha: en vano busca su límite: en vano se empeña en descubriros: la felicidad real no existe sino en la mágica region de los bienaventurados, y en esta solo puede entrarse cuando hemos abandonado el mundo de la corrupcion y de los pesares.

Nuestra felicidad es aparente y momentánea: es tan efímera, tan frágil, que basta el mas ligero soplo de la adversidad para romperla y destruirla. Así sucedia en los vastos dominios de la república argentina: el luto, el dolor, la proscripcion, la muerte; no habia un solo habitante que dejase de sentir sus amarguras.

El Coloso era el único que estaba favorecido por la fortuna, si fortuna puede llamarse ser potentado y sentarse en un trono, bañado en sangre inocente y levantado sobre cabezas humanas.

Sorpresa causa ciertamente, á pesar de ser impenetrables los designios de la Providencia, que pudiera sostenerse este déspota por espacio de tantos años. Sorpresa, decimos, porque no tenia un solo amigo, no habia una sola persona de probidad y arraigo que fuese favorable á su régimen destructor; porque no habia otra ley que la arbitrariedad, ni otro gobierno que el de la anarquía; porque muerta la industria, paralizado el comercio, abandonada la propiedad al primero de sus secuaces que quisiera apoderarse de ella, hallábase exhausto el tesoro y las cargas del estado solo se cubrian por ágios y operaciones fraudulentas, que dejaron á su caida un déficit espantoso, despues de condenarlas en silencio la opinion pública, que reprobaba, amenazada por el puñal de la maz-horca, sus ocultos é inícuos manejos.

Pero, prosigamos la historia. Asegurado de nuevo el trono del tirano en 1840 con el tratado afrentoso para la nacion, que tan audaz é impunemente habia sido insultada, era necesario halágar las masas para hacer frente á la sublevacion general de todas las provincias. Espidió, pues, el decreto de 16 de setiembre confiscando los bienes (1) á todos los que directa ó indirectamente hubiesen tomado parte en la re-

(1) Como parece hasta cierto punto fabuloso el despotismo de ese malvado, en medio del siglo XIX, y cuando la Europa se afana por vencer de una vez cuantos obstáculos se oponen á su rápido y progresivo engrandecimiento, nos vemos precisados á probar con documentos auténticos é irrecusables nuestras propias ideas. — He aquí el artículo 1.º del citado decreto:

«Art. 1.º Se declararán especialmente responsables los bienes, muebles é inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase que sean, en la ciudad y campaña, pertenecientes á los traidores salvajes unitarios, á la reparacion de los quebrantos causados en las fortunas de los fieles federales por las hordas del desnaturalizado traidor Juan Lavalle, etc.

volucion, y antes de la victoria concedia recompensas, títulos y honores á costa de los que él llamaba enemigos (1).

Así logró reanimar su desmoralizado ejército, que escitado por el deseo del robo y el saqueo, invadió sediento las provincias de Córdova, Tucuman, la Rioja y Mendoza, pasó á degüello todos los que gozaban de algun prestigio ó que podian ser útiles á la prosperidad de la patria, y aseguraron de nuevo el minado y ruinoso edificio de la Tiranía con la muerte de los ejércitos libertadores en Famalla y Rodeo del Medio, donde fueron á enterrar sus orladas sienes en octubre del 41.

¡Qué contraste tan notable ofrece en todos tiempos el proceder de los déspotas con el de los defensores de la libertad! Mientras los inhumanos generales de Rosas pasaban á cuchillo los infieles soldados de la patria, el general Paz en Caaguazú, en vez de la justa represalia á que le habian provocado, proponia á Rosas por conducto del ministro británico la regularizacion de la guerra y al cange de cien oficiales que habia hecho prisioneros en esta batalla el 28 de noviembre del mismo año. La respuesta del tirano fué fusilar cuantos conservaba en su poder y que yacian mas de un año en inmundos calabozos.

Tal era el estado de cosas que habian contristado y abatido el ánimo de nuestro héroe Martin, el mas fuerte adalid de la libertad americana, el acérrimo defensor del sistema fecundo y vivificador del progreso. Pero Martin tenia la firmeza que la conviccion y la ciencia dan,

(1) A los vencedores de Pago-Largo, cuyo ejército se componia de 10000 hombres, les otorgó las recompensas que marca el siguiente artículo. Calcúlese á cuantos millones ascenderia este saqueo que por el artículo 12 se hacia estensivo á los indios *amigos* que llamaba él.

Art. 9.º «De las haciendas que fueron de los salvajes unitarios» en la confederacion, se concede al general en jefe de dicho ejército 3,000 cabezas de ganado vacuno y 3,000 lanares. A los generales, 2500 vacunas y 2500 lanares. A los coroneles, 1500 vacunas y 1500 lanares. A los tenientes coroneles, 1000 vacunas y 1000 lanares. A los mayores, 500 vacunas y 500 lanares. A los capitanes, 400 vacunas y 500 lanares. A los tenientes, 300 vacunas y 400 lanares. A los alféreces 200 vacunas y 300 lanares. A los sargentos, 100 vacunas y 200 lanares; á los cabos, 80 vacunas y 180 lanares. A los soldados, 50 vacunas y 150 lanares.

Art. 12.—Los indios amigos gozarán, segun su clase, de los mismos premios honoríficos que acuerda este decreto.

y aunque afectado profundamente por las desgracias del ejército libertador y las nuevas víctimas sacrificadas en aras de la patria, no cejaba por eso un ápice: al contrario reanudó con mas fuerza sus resoluciones, protejió á todos los que pudieron salvarse en Famalla y aumentó y socorrió con hombres y dinero el ejército del general Paz que, alentado con la victoria de Caaguazú, ocupaba con marcha triunfante la provincia de Entre-Rios.

Esto sucedia en 1842 en cuya fecha aun conservaba la causa de la libertad dos acérrimos campeones: el general Paz en Corrientes y el general Rivera en la Banda Oriental que invadió la provincia de Entre-Rios.

Departiendo estaba Martin con sus amigos Manuel y Benito, que habian salvado sus vidas milagrosamente y se habian refugiado otra vez en la ciudad invicta, cuando se presentó un desconocido, que dijo ser emigrado de la república argentina.

—¡Hola!—dijo Martin saliendo á recibirle;—¿sois otra de las víctimas del Neron argentino?—Los dos amigos se retiraron, cuando entró el emigrado, y pasaron al cuarto de Enrique.—Tomad, tomad asiento.

—¡Ah! Hablad bajo por Dios, que podrian oirnos y nos fusilaria la maz-horca.

—Nada temais: afortunadamente aquí no existe esa cohorte de asesinos, porque donde la libertad impera no hay, ni puede haber verdugos.

—Os digo que no hableis fuerte, porque yo acabo de verlos y seria muy sensible que por falta de precaucion ó prudencia nos sucediera alguna desgracia.

—Vamos, comprendo vuestro trastorno: habeis presenciado alguna catástrofe: tal vez habrá sucedido en vuestra propia casa y os parece que teneis ante la vista el horrible espectáculo. Nada, nada: tranquilizaos: estais en tierra amiga y hospitalaria: por grande que sea vuestra afliccion, procurad distraeros y no penseis en nada mas que en recobrar vuestra salud, que la palidez del semblante indica hallarse decaida.

—Dispensad, Martin, no estrañeis que mi salud se halle algun tanto trastornada, porque el terrible sacrilegio que he presenciado, es

suficiente para aterrar al hombre mas cruel; pero no quiero que participeis tambien de mi dolor: mi venida no tiene otro objeto que ofrecer mis pobres recursos, ya que mi decaida salud no me permite ofrecer mi persona.

—Lo agradezco en estremo y os doy las gracias en nombre de la patria, cuya santa causa defendemos y por la que todos tenemos el deber de hacer tambien todo género de sacrificios. Ahora espero que tengais á bien enterarme del estado de la capital de los argentinos, porque nos es indispensable conocerle para nuestra propia empresa.

—¡Ah! No pretendais renovarme los recuerdos, que me han trastornado la razon, y que, por mas esfuerzos que hago, me es imposible desechar: estos son la causa de mi malestar, de esta melancolía que me aniquila. Además, ¿no habeis seguido como yo la historia de los crímenes que sin interrupcion se han sucedido desde la elevacion de ese tigre fenomenal?

—Así es, en efecto; por eso mismo debo estar siempre, y procuro estarlo, al corriente de los sucesos, porque es preciso ponerlos en evidencia para destruir los sortilegios y paralogismos de sus paniaguados defensores y que enmudezcan ante la elocuencia de los hechos.

—Tormento grande es el que me imponeis, pero si así lo exige el bien comun, haré otro nuevo sacrificio, aunque sea á costa de mi salud.

Muy lejos estaba Martin de adivinar los asombrosos sucesos de abril en Buenos Aires.—¡Bah! decia para sí, algun asesinato horroroso, alguna nueva víctima. Pasó un momento de silencio, y el recien llegado hizo, despues de un grande esfuerzo, la relacion siguiente:

—En uno de los primeros dias de abril, despues que la gaceta y algunos periódicos ministeriales habian elogiado las crueles disposiciones de los intrusos gobernadores de las provincias sometidas, circuló la noticia de que el ejército del general Paz, se estendia victorioso por toda la provincia del Entre-Rios, y que en la parte del sud volvia á notarse movimiento. No sé si seria esta la causa, ello es, que aparecieron vestidas todas las esquinas de grandes cartelones impresos, con un anuncio que decia: *Se admiten propuestas para la matanza de perros*. Nadie podia comprender aquel enigma; pero bien pronto se derramó por las calles la maz-horca y la policía en diferentes grupos,

como si hubieran visto en los anuncios una órden ó señal convenida de antemano para dar principio á un degüello general, mas cruel, mas feroz, que el de 1840. Así fué: no recuerdo haber leido ejemplos de mayor impiedad: ya no se sacrificaba solo á los unitarios, á los ricos ó á los designados por la delacion, por la venganza ó por la envidia; se asesinaba por capricho y al azar. A veces se introducian los verdugos en una casa cualquiera, y á pretesto de ver si habia objetos pintados de color verde ó celeste, robaban y destruian cuanto les parecia, y si por desgracia habia algun cuadro adornado con los indicados colores, telas ú otros objetos, la casa era saqueada inmediatamente, los objetos destruidos y las personas, si les parecia á los agresores, eran conducidas á un arrabal de la ciudad donde sucumbian á los mas atroces tormentos.

Esto duró los cuatro primeros dias, pero despues de ellos se aumentaron los tormentos y la carnicería; los mas honrados é inocentes ciudadanos que no podian prescindir de salir á sus negocios, eran acometidos en medio de la calle, y ya no se les taladraba el corazon con la homicida daga, sino que se les sujetaba fuertemente por los brazos, desnudábaseles de medio cuerpo arriba, les aplicaban al cuello una sierra de carpintero, despues de limado el filo, y formando círculo los verdugos, separaban la cabeza del tronco lentamente siguiendo los compases de la brutal y obscena cancion del *violin y violon*, inventada por el infame Mariano Maza, la cual era repartida con profusion por aquellos monstruos del averno para que el populacho y los chiquillos la cantasen á los unitarios: como naturalmente no habrá llegado á vuestros oidos, voy á recitarla si no me es infiel la memoria:—decia así:

«El que con *salvajes*
Tenga relacion,
La *verga* y *degüello*
Por esta traicion:
Que el santo sistema
De Federacion,
Le dá á los salvajes
Violin y *Violon*.»

¡Calculad, si es posible, cuan atroz seria la agonía de aquellos desgraciados!

Martin quedó horrorizado al oir tan aterrador relato. Una lágrima de compasion y de ira al propio tiempo rodaba por su encendida mejilla, y el relacionante tuvo que suspender tambien unos segundos, porque los recuerdos le habian embargado y conmovido profundamente. Esta escena muda, pero elocuente del sentimiento, era el vivo retrato de la sensibilidad de aquellas dos almas y de la mútua reprobacion que lanzaban sus corazones.—Martin fué el primero en interrumpir el sagrado tributo que mentalmente rendirian á las víctimas, y le dijo:—proseguid, proseguid.

—Este fué el angustioso suplicio que estuvo diezmando por espacio de quince dias á los pacíficos habitantes de la culta Buenos Aires; suplicio que el bárbaro esterminador bautizó con el simbólico nombre de «La Resbalosa,» y que anunció con el bestial y sacrílego enigma de la *matanza de perros*. Mas de seiscientas víctimas sucumbieron en esta orgía de sangre; pero no creais que estos crímenes se cometian con la precipitacion y el silencio que ordinariamente se cometen, nada de eso: en primer lugar se hacian hasta con la misma indiferencia que el carnicero que funciona en el matadero público: en segundo, estas escenas se repetian en medio de la mayor algazara, y cuando las víctimas no eran de las designadas por Rosas, en cuyo caso se ejecutaban en el punto destinado en el arrabal, servian de brutal diversion en medio de una plazuela ó de la calle mas concurrida, á fin de que fuera mayor el número de espectadores. Cuando el número de cadáveres llegaba á diez, que eran los que podia conducir un carro destinado al efecto, disparaban un cohete, señal convenida con la policía, y esta mandaba el carro: una vez cargado, los asesinos le seguian tocando cuernos y violines destemplados, con los cuales formaban una orquesta sacrílega y burlesca, y luego en cada boca-calle gritaban descompasadamente: *quien compra duraznos!* (melocotones) *quien compra melones!*—¡Ah! no puedo continuar: esta bárbara parodia fué la causa de mi enfermedad y será probablemente la que me conducirá al sepulcro: casi no puedo hablar, pero voy á hacer un esfuerzo para que conozcais la eterna llaga que ha abierto en mi corazon.—Hallábame por casualidad conversando con un amigo á la puerta de mi casa y al oir pregonar los *duraznos*, creí realmente que lo eran: me aproximé entonces, y les dije á dos que iban delante con el carro tapado:

—¿Son buenos?—Muy ricos, me contestaron: venid. Y al acercarme me pusieron entre las manos una cabeza toda ensangrentada!!!...

—¡Qué horror!—contestó Martin levantando los ojos al cielo, como si quisiera implorar el justo castigo para aquellos crimenes desconocidos por su alevosía y su impiedad.

Sí, no me estraña vuestra dolencia: la impresion no pudo ser mas terrible, pero calmaos: afortunadamente estais en la heroica y liberal Montevideo: ella es hace muchos años el único refugio de los infortunados argentinos, el paño de lágrimas de los pobres y desvalidos que llaman á sus puertas, y en ella hallareis consuelo, hospitalidad y proteccion: todos los que aquí veis, componemos una sola familia, defendemos una misma causa y tenemos un mismo pensamiento: todos somos hermanos. Patria, amistad, recursos, todo lo hallareis aquí espontánea y gratuitamente.—No abrigueis, pues, recelo alguno: pensad solo en vuestra salud.

—Gracias, gracias, noble Martin:—no en vano me ponderó mi amigo Mateo vuestra amabilidad suma y vuestro escelente corazon.

—Nada, nada: fuera cumplidos: restableceos: si careceis de recursos, aun me quedan algunos, de los que podeis disponer.

—Agradezco en el alma vuestra oferta: como os he dicho antes, tambien yo os ofrezco los que he podido realizar en Buenos Aires, porque segun me ha informado mi amigo todos han contribuido con su pequeño óbolo á sostener nuestro malhadado ejército; y este y el honor de conoceros han sido el principal objeto de mi visita.

—¿Vuestro nombre?

—Juan Benito Blanco.

Martin lo apuntó en su memorandum y le acompañó hasta la puerta, despues de reiteradas muestras de amistad é interés por el restablecimiento de su salud.

—¡Infame!—esclamó despues de quedarse solo:—¡no le han satisfecho todavía las horribles escenas del año 40, firmadas con la misma pluma con que acababa de rubricar el ignominioso fruto del sórdido interés, á bordo de la Boulonnaise! ¡No le ha bastado imitar al bárbaro Luís XI, cuando mandaba arrojar al Sena, despues del tratado de Conflans, á infelices parisienses, solo por sospechas de ser enemigos! ¡No le ha bastado ordenar, como el déspota francés á sus generales, que

lo llevasen todo á sangre y fuego, ni sostener una guerra continua de esterminio y de muerte, que deshonraria á los mismos estados berberiscos, como acertadamente ha dicho el noble comodoro Puvis! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esto no puede ser. Esos preciosos monumentos que el mundo admira, esas ricas y vírgenes comarcas, cuya lujosa vejetacion deslumbra al europeo, no han sido construidas por vuestra omnipotente mano, para abrigar en su seno todas las malas pasiones, para convertirse en lodazales de sangre, en palenque de tantos crímenes, en fúnebres depósitos que han de servir de tumba al progreso, á la civilizacion, al cristianismo.—No, no: este estado de enbrutecimiento, de depresion, de barbarismo, no puede prolongarse. Es cierto que el tirano ha asegurado de nuevo su trono de sangre, pero el Supremo Hacedor no ha fijado en balde su vista sobre este suntuoso modelo de sus maravillas inmensas: el humilde artesano de la Judea no ha derramado su sangre para condenar la humanidad al estado salvaje de las errantes tribus del Asia ó del Africa: el continente americano está llamado á formar parte de la gran familia europea: la cuna de la libertad, que es la égida de la civilizacion y del progeso, ha de triunfar necesariamente de la destruccion y la barbarie.

La presencia de Amalia, vino á interrumpir este interesante monólogo, que mas bien podríamos llamar un desahogo del corazon comprimido por el sentimiento de tan desagradables sucesos.

—¿Estais ocupado? le dijo la jóven con la mayor dulzura.

—No, hija mia, nunca estoy ocupado para tí.

—Necesito hablaros, Martin; necesito consultaros mi porvenir y un deber sagrado me obliga á ello; la respetable voluntad de mi padre al exhalar el último suspiro, revistiéndoos de su propia autoridad.

—No es difícil adivinarlo, Amalia: amais á vuestra fiel salvador.

—Ya os he dicho otras veces, que no sé si le amo; pero confieso ingénuamente que su ausencia me atormenta y su vista produce en mi corazon un bien indefinible.

—Llámale tú como quieras, hija mia, pero yo entiendo por eso un amor puro; amor, justo por otra parte, porque el generoso comportamiento de Agaparco en tu cautiverio no puede compensarse de otro modo que con una gratitud sincera, constante, eterna, con amor puro y sin mancha, que Dios protege y bendice.

—Así lo he creido, al menos así lo siente mi corazon; pero al propio tiempo está luchando continuamente...

—No prosigas: comprendo tu situacion especial, llena de obstáculos que á primera vista parecen insuperables, pero que se vencen fácilmente.

—Reconozco vuestro talento, pero por mas que he pensado en mi porvenir, solo le hallo por un camino escabroso, sembrado de precipicios y malezas, en cuyo tránsito es muy fácil perecer.

—¿Y quién no halla escollos en el camino de la vida? ¡Ay Amalia! La vida del hombre es una continuada serie de precipicios, á cuyo borde se desliza ciego en busca de esa felicidad aparente, que está viendo cada dia, pero que su término es como aquel punto visible del horizonte, que cuanto mas se acerca uno hácia él, mas se aleja.

—¿Pues en qué fundais, entonces, esa felicidad en vencer los obstáculos que á la mia se oponen?

—Atiende: lo que tú llamas felicidad, ó porvenir, aunque estas dos palabras no son por cierto sinónimas, es una quimera, es decir, que en su sentido lato no existe: la prueba mas patente es la variedad de opiniones entre los sabios al definirla: unos dicen, que consiste en el placer continuado, entendiéndose por el placer honesto y provechoso; otros, que es un estado constante é inalterable, que no se puede hallar en lo que nos falta, sino en lo que se posee. Marco Aurelio dice: «no son ni la elocuencia, ni las riquezas, ni los placeres, ni la gloria, las que hacen feliz al hombre, sino sus acciones.... Ser feliz es formarse uno á sí mismo una suerte agradable, que consiste en las buenas disposiciones del alma, en la práctica del bien, en el amor á la virtud.» Y esta opinion, que para mí es la mas aceptable, se halla apoyada por Aristóteles cuando dice: «ser feliz, bien obrar y vivir bien, son una sola y misma cosa... que lo bueno, lo honesto y lo agradable están tan intimamente unidos, que jamás pueden separarse.»—Pues bien, aun siguiendo estos mismos preceptos, yo diria que la felicidad en la vida humana tiene tantos períodos como las épocas y las situaciones que la forman; variando empero, en cada uno de ellos segun el estado del individuo: por ejemplo, en los primeros años de la adolescencia, generalmente se encuentra la felicidad en el amor, es decir, en la posesion del objeto amado; mas esto se pierde algun tan-

to en la edad consistente, que es cuando el hombre ha recorrido la mitad del camino de la vida, y solo le seduce el deseo de adquirir, de ser algo, de asegurar la suerte de la familia: en la senectud, amortiguadas ya las pasiones que engendran el amor, naturalmente no puede ser él la dulce aspiracion que el corazon anhela y aquí solo la virtud y las buenas acciones pueden formar su mas sólida base.

Segun esta clasificacion, tu época es precisamente la mas halagüeña, la del amor: ¡ah! es tan dulce el amar, Amalia! Nadie ha pasado por ese paraiso de la vida sin haber sentido su mágico eco, que embriaga los sentidos y adormece ó aviva los pesares. El amor es el único encanto de la vida: es como el dulce trino de la juguetona avecilla que hechiza los jardines con sus melodías, como la suave y perfumada brisa de las flores que hasta produce languidez, como la ténue ráfaga de la noche en el estío, ó como la encantadora sonrisa de un niño, cuando los solícitos ojos de la madre contemplan mientras duerme su hermosura.

Por eso se apetece tanto, por eso escita esa vária transicion de sentimientos: cuando se ama, la vida es un contínuo vaiven de sensaciones, ya dulces ya amargas, á medida que se acerca ó huye ese bello ideal que nos fascina; y ese vaiven, esa oscilacion del corazon entre la dicha y la desgracia es la que produce en tí eso que llamas lucha: ¿Por qué? porque cuando rindes un justo tributo á la virtud, á la nobleza de sentimientos, á las escelentes prendas que adornan la belleza del ser amado, ese vacío que siente el corazon se llena, este bello ideal á que aspiras, se realiza, ese hondo abismo que separa tu bienestar, se ciega, se allana, desaparece. Pero cuando por el contrario, te apartas de este camino seguro que es el de la verdad, y en vez de buscar el apoyo en ese amor puro, como la angelical sonrisa de un niño, en ese amor, que ocupa el corazon y halaga el alma, pero cuyo elemento es la virtud; cuando en vez de eso, digo, recorres el cenagoso campo que llaman sociedad y solicitas su apoyo, se ofrece á tu vida un negro cuadro que representa el ridículo, ó donde se ha impreso el repugnante sello de la malidicencia.—He aquí la lucha, he aquí el engañoso prisma por el cual miras tu dicha; he aquí el falaz obstáculo que á ella se opone.

Por lo demás, ese envidiable Eliseo, que tan felizmente ha sabido

pintar Fenelon, cuando hace trasportar á Telémaco á la mansion de los Manes, no existe, como he dicho ya, sino en la mansion de los justos, que solo se vé en vida en alas del genio. En la tierra no hay otro paraiso que el de la soledad: allí todo es puro, como la alegre naturaleza que sonrie á sus esploradores, como las blandas brisas que recorren los tortuosos senderos á través de los bosquecillos de mirto y de nubes, de nardo é incienso; allí todo es hermoso, como las obras del genio, todo es afectuoso y tierno, como la poética aparicion de Vénus, del cisne de Mantua, en los bosques de Cartago, como la llegada de Rafael al paraiso del inimitable cantor del Eden, del sublime Milton.

Fuera de aquí no hay felicidad posible, porque no hay mas que orgullo, ambicion, soberbia. El enamorado se cree dichoso, cuando ha realizado el plazo de sus deseos; el ambicioso, cuando ha creido llenar su medida, sus riquezas, sus honores, su gloria; el libertino, cuando ha saciado sus pasiones. Pero ¡oh fatalidad humana! las pasiones ciegan los ojos del alma y conducen los del cuerpo al borde del precipicio, donde han de caer infaliblemente: es un ciego que guia á otro ciego y ambos caen en el abismo.

Aparta, pues, aparta tu vista de ese resbaladizo camino por donde marcha el mundo de la ficcion y del engaño, mártir siempre de la murmuracion y juguete constante del capricho, de la malidicencia, de lo que ha dado en llamarse «los grandes salones,» como si dijéramos, de la inmoralidad, de la perversion, del cinismo. Agaparco es un hijo de las selvas, pero es un ser distinguido por su hidalguía, por su nobleza de sentimientos, el mas rico blason que puede ostentar el hombre con orgullo. Tú correspondes al virtuoso amor que te profesa, y nada mas justo. ¿Podrias acaso hallar en esa corrompida sociedad un tipo mas perfecto? Sus pensamientos, su corazon, sus acciones, sus cualidades físicas y morales, como has presenciado tú misma, ¿no son acaso dignas de la criatura mas civilizada y mas bella? Además, el Juez Supremo no nos ha de pedir cuenta de los elementos de nuestro cuerpo, sino de las virtudes del alma, y estas no se hallan seguramente en esos entes corrompidos de la sociedad, cuya censura temes tanto; estas se hallan solo en los corazones puros, como el suyo.

Por último, esa valla insuperable para tí, ese obstáculo, que tú crees, no existe en realidad. Bastan á separarle las regeneradoras aguas,

y Agaparco siente bastante para que pueda ser insensible á los primeros encantos de nuestra religion sublime.

—¡Ah! Basta, basta, Martin: vuestras ideas seducen como el perfume de las flores, son benéficas y reparadoras, como el suave rocío que devuelve su lozanía á las marchitas plantas por los ardores del sol: sí, sí; mi corazon salta de gozo; siente un placer indefinible: vuestras palabras han dispertado mis sentimientos, han producido aquella confusion agradable que solo se siente cuando el alma se eleva á las regiones de la inspiracion: bien os conocia mi difunto padre al calificaros de hombre estraordinario. Dios recompensará vuestras virtudes.—Teneis razon: Agaparco es un indio, pero es tan noble como el mas noble europeo: su conversacion es dulce tambien, y sobre todo su generoso corazon raya en lo sublime. Yo no puedo ser insensible á los sagrados vínculos de gratitud que á él me unen: disponed, pues; en vos confio, Martin: ya que os debo tanto, ya que correspondeis tan dignamente á la confianza que ha depositado en vos el mas bueno de los padres, escogitad un medio para que el salvador de mi vida y de mi honra abrace esa religion que profesamos y reciba su justa recompensa.

—Bien, hija mia: en nada desmientes el lustre de los Mendez: tu claro talento te hace ocupar un lugar preferente en mi corazon y me obliga á tomar un doble interés.—Hoy mismo mandaré un recado de atencion al venerable padre Ventura, uno de los individuos mas notables de la compañía de Jesus, y pronto quedará orillado este asunto.

—¡Gracias, Martin, gracias! ¡Con qué he de recompensaros!.....

—Nada, nada: ¿no eres mi hija adoptiva por la última voluntad de tu padre? no merezco, pues, que califiques de méritos lo que es una obligacion sagrada.

—¡Ah! sois el mas bueno de los hombres: no se pueden oir vuestras palabras sin sentir hácia vos un amor profundo, filial. Aceptadle, pues, ya que otra cosa no puede ofreceros esta pobre huérfana.

Amalia se retiró al cuarto de Enrique. Martin continuó el despacho de sus asuntos pendientes y salió despues á adquirir noticias de los sucesos de la República.

Tristes eran estos por cierto y desgarradores: la capital y los pueblos de la confederacion Argentina eran víctimas del furor de los verdu-

gos. No se atentaba solo contra los hombres: los asesinatos se habian estendido tambien á las señoras: estas tenian que llevar al lado izquierdo de la cabeza un adorno, que le constituia un gran moño de cinta encarnada, con entera prohibicion de usar el color verde ó celeste en las telas de sus vestidos. Y para que esta órden tuviera complido efecto, los maz-horqueros estaban ocultos en las iglesias ó apostados á las puertas para vigilar las que la infringiesen; y las que por casualidad se habian olvidado de llevar el distintivo eran víctimas de la ferocidad mas ináudita: arrojábanse sobre ellas, desgarraban sus vestidos, como leones hambrientos; azotábanlas con vergas en medio de la calle, y luego les pegaban con brea hirviendo unos grandes y ridículos moños que hacian al efecto.

Este esceso se cometió en la iglesia de los jesuitas, estándose celebrando el oficio divino, y que habiéndose esparcido la noticia de lo que habia sucedido á la puerta, salieron los mismos padres á comprar piezas de cinta y pasaron en una bandeja los moños que hilvanaron en un momento para que no se vieran en la vergüenza.

En los anales de la historia no hay ejemplos de mayor barbarie que la que desplegó el despotismo de Rosas. El terror que causaron los sucesos de este año, de negra memoria, es indefinible. Las escenas sangrientas fueron espantosas; los degüellos, los tormentos, las trucidaciones, los robos, los crímenes, no pueden describirse. Baste decir, que algunos carniceros, que pertenecian á las maz-horca adornaban sus puestos colgando entre la carne de las reses y las cabezas de carnero cabezas humanas adornadas con cintas, cuya venta proponian á los compradores. Semanas enteras duraron estos escesos, como tambien los atroces suplicios de la «resbalosa.»

«Nunca se borrará de la memoria de los infelices habitantes de Buenos Aires, dice Rivera Indarte, aquellos lastimosos ayes que lanzaban las víctimas al sentir la atroz sierra de carpintero, que los verdugos rozaban lentamente por el cuello, en medio de las carcajadas y burlas mas espantosas, pudiendo decirse con Byron:

«Que resonó aquel ¡ay! tan lastimero,
Que todo el que suspenso le escuchaba
Deseó por piedad fuese el postrero
De la boca mortal que le lanzaba.»

¡He aquí la *sabia* política de los déspotas! ¡He aquí los adelantos y la prosperidad de la tiranía! En verdad que no sorprende tanto el que haya habido déspotas inhumanos, como el que en la actualidad, despues de tantos ejemplos, despues de tan terribles lecciones, haya aun hombres bastante infames, bastante venales para defenderles.

Increible parece ciertamente que á mediados del siglo XIX, cuando la electricidad y el vapor tienden á reunir las naciones en una sola familia, haya hombres titulados *sabios* y eminentes, que sueñen en la monarquía de orígen *divino*, á cuya fatídica sombra solo se abriga la destrucion y la muerte.

¡Insensatos! La causa de la libertad es la causa de la humanidad entera; su triunfo es infalible porque es el triunfo de la razon y de la justicia; es el triunfo del mismo Dios que derramó su sangre por ella. ¿Qué importa que el oro, las intrigas ó la perfidia os hayan deparado alguna vez su trono de sangre? ¿Qué importa que vuestras hipócritas seducciones fascinen á los ilusos? ¿Qué importa, que vuestro reinado se sostenga al estruendo del cañon ó bajo el puñal de los esbirros? Vuestro brillo es como el del insecto, que basta el mas pequeño destello de luz para apagarlo; vuestras cadenas son tan débiles, que un pequeño esperezo del pueblo, de ese formidable gigante de mil cabezas y mil brazos, es bastante para romperlas, para esparcir al aire sus añicos, que arrojados luego sobre vuestras frentes impriman en ellas para siempre el indeleble sello de la deshonra, de la reprobacion, del crímen.

Buenos Aires ha dado el ejemplo á todos los pueblos. Atado mas fuertemente que ningun otro á la carroza del vandalismo, que conducia en triunfo á su ensangrentado dueño, hizo trizas sus ligaduras, que aprisionaron luego al tirano en la lóbrega mazmorra de la espatriacion y del remordimiento.

Pero veamos las medidas *salvadoras* de su gobierno y las famosas hazañas de sus sayones, segun sus propios documentos.

CAPITULO LVIII.

MARTIN MINISTRO.

Las infames tropelías que sin interrupcion se sucedieron durante todo el mes de abril de 1842, dejaron desierta la ciudad. La emigracion fué espantosa; tal era el terror que naturalmente debian producir aquellos tormentos, mas impíos mil veces que los que ennegrecen las tristes historias de la Inquisicion: estos se cometian en la oscuridad de los subterráneos, mientras aquellos se celebraban en medio del dia, en la plaza pública y á presencia de los mismos que tal vez al dia siguiente habian de sufrir la misma suerte.

La obra se trabajó tan espantosamente bien (1), que, horrorizado su mismo autor, mandó suspenderla, encargándose luego el *Britisch Packet* (2) de tranquilizar á la poblacion estranjera, manifestando, que «todos los que habian caido eran hijos del

(1) Rosas y sus opositores, cap. 15, pág. 40.

(2) Periódico publicado bajo los apuntes del Tirano.

pais, » que por lo tanto no se inquietaran. ¡Grosero insulto! que arrojaba de nuevo sobre la tumba de los muchos estranjeros que habian perecido y en particular españoles, como el desgraciado Martinez Eguilar, «que medio degollado fué quemado vivo sobre una barrica de alquitran á las pocas varas de la casa de la Josefa Ezcurra, cuñada y favorita de Rosas. »

Y hablando mas adelante de estos sucesos el mismo Rivera Indarte, añade: «Para completar este cuadro de sangre, Rosas mandó fusilar por Mariño á uno de los asesinos llamado Moreira, que se habia atrevido á degollar á un barbero muy partidario del tirano y compadre de Maestre, para vengarse de una injuria particular que le habia hecho. En el registro que hizo Mariño de la casa de Moreira para secuestrarle los muebles, encontró en un pozo *veinte* cadáveres degollados. Rosas, despues de la ejecucion de este asesino, anunció pomposamente, que los perpetradores de los escesos del mes de abril habian sido castigados: como si en Buenos Aires no fuese pública la causa del suplicio de Moreira y como si Moreira hubiera podido hacerlo solo, como si él solo hubiese podido estar degollando en la ciudad, en los partidos de la campaña, en las provincias del interior en 1840, y despues en 1842, por semanas enteras. »

Fácil es inferir por este párrafo el lamentable estado en que se hallaban los pueblos todos á donde se estendia el esterminador dominio de aquel déspota sin rival. Y decimos los pueblos todos, porque despues de las victorias del año 41, que deshicieron el ejército libertador, los escesos se multiplicaron en términos, que por fin consiguió su objeto: reducir las poblaciones á la miseria y alejar de ellas á los que no podian rendirle homenaje, que eran todos los que tenian conciencia y bastante valor para no arrojar un borron de infamia sobre la acrisolada reputacion de sus antepasados.

Sí: Rosas consiguió su intento, porque no le rodeaban mas que los asesinos y las tumbas de las víctimas sacrificadas por ellos. La emigracion sirvió al mismo tiempo de cebo á los sicarios, porque además de los robos que diariamente cometian, se autorizó el despojo en todas las provincias por medio de decretos que publicaron todos los periódicos, viéndose con frecuencia en la misma Gaceta relaciones de los bienes sacados á pública subasta, precedidos de un aviso concebido en es-

los términos:—«Remate por J. J. Arriota. En la calle de Lujan número 10. Hoy jueves 31 del corriente, á las diez de la mañana, de órden del señor juez de primera instancia se rematarán á la mayor postura las existencias de dicho cuarto, que pertenecieron al salvaje unitario Pedro Echenagusia (1). Sigue la relacion de ropas, etc. (2).

Por último, para poner el sello á ese cúmulo de horrores, trasladamos á continuacion algunos artículos de los bárbaros decretos de los nuevos gobernadores de Tucuman, Catamarca y Corrientes.

He aquí el artículo quinto del decreto que espidió el primero al tomar posesion de su puesto:

«Todos los argentinos están autorizados á quitar la vida á los comprendidos en el anterior artículo, (los unitarios) en cualquier lugar del territorio de la República etc.»

El artículo tercero del de Corrientes, añade:

«Todo el que mantuviese correspondencia con los antedichos unitarios, ó á favor de estos implorase la clemencia del gobierno, ó por algun medio se le probase adhesion á ellos, son incursos en la misma pena.»

El de Catamarca es mas esplícito: es decir, mas bárbaro, mas atroz.

«Considerando que es un crímen el mirar á los malvados y fascinerosos con clemencia...

Art. 1.° Quedan proscritos para siempre y fuera de la ley, todos los individuos de uno y otro sexo que se hallen alistados en las filas de las dos divisiones de bandidos y salvajes inmundos unitarios.

Art. 2.° Son comprendidos en el artículo anterior todas las personas de uno y otro sexo que hubiesen cooperado y prestado su influencia á los perversos asestadores del órden actual.

Art. 3.° Será igualmente comprendido en el artículo 1.° todo aquel que ausiliase, protegiese ó escondiese á alguno de los dispersos, etc. debiendo necesariamente dar parte en el acto que llegase á su noticia al juez ú oficial de su departamento (3).

«Es preciso remontarse á la época mas ominosa del terror en Fran-

(1) Degollado por la maz-horca en las calles de Buenos Aires el 9 de octubre de 1840.

(2) Gaceta del 31 de diciembre de 1840.

(3) Gaceta del 29 de enero, 20 de setiembre de 1842 y 20 de abril de 1843.

cia,—decia en 1851 *La Ilustracion* de Madrid, en un brillante artículo titulado: «Rosas juzgado segun sus propios documentos,»—para encontrar ejemplos de un encono tan profundo y refinada crueldad, y dudamos que en los anales de pueblo alguno se encuentren aberraciones tan tristes como las que hemos presenciado en esos dias de dolorosa prueba á que el Altísimo en sus juicios impenetrables á querido sujetarnos, sin duda para expiacion nuestra y escarmiento de las generaciones venideras.

»Entre esas aberraciones hay algunas que nos sofocarian de risa, si no nos ahogase la indignacion al considerar la perversa intencion que envuelven: inhabilitar al vencido para enagenar sus propiedades ó traspasarlas con falsas escrituras á manos estranjeras.

»Tal es la índole del decreto que á continuacion insertamos; decreto redactado por el mismo Rosas, segun pública voz y fama, y puesto en ejercicio por el apóstata fraile Aldao, de negra memoria, en la provincia de Mendoza. Su estravagante originalidad nos incita á copiarlo casi íntegro. Necesitamos probar que el sistema de Rosas es lo mas absurdo, lo mas inícuo é inmoral que se conoce. Dice así el documento *sui generis* y clásico del Patriarca de la maz-horca.

Mendoza, mayo 31 de 1842.

«El poder ejecutivo de la provincia de Mendoza:

Considerando que desde el principio de la lucha de los federales contra el bando salvaje de los unitarios, han manifestado estos últimos un desquicio completo de su cabeza, etc. En uso de las facultades ordinarias y estraordinarias que inviste ha acordado y decreta:

Art. 1.° Es encargado el jefe de policía de disponer una casa de las del estado, para asegurar á los salvajes unitarios, que á su juicio se consideren mas frenéticos.

Art. 2.° Ningun salvaje unitario podrá disponer de mas del valor de diez pesos, sin previo conocimiento de la policía, á cuya autoridad se les nombra como tutor y curador.

Art. 3.° Será de ningun valor todo contrato de compra y venta, donacion y cesion, habilitacion mútua, préstamo, arriendo de bienes, sean muebles, semovientes ó raices, que esceda del valor espresado, sin previo conocimiento del jefe de policía.

Art. 4.° El escribano que procediese á autorizar algun contrato

de la calidad referida, sin una constancia de haber sido visado por el jefe de policía.

Art. 6.° Ninguna persona, sea estranjera ó de la República, tendrá obcion á reclamar contra cualquiera contrata que tenga con los comprendidos en el artículo anterior, sin que antes haya procedido el consentimiento de la policía.

Art. 7.° No podrán servir de testigos en ningun instrumento público ni privado, asunto ni causa civil ó criminal, escepto en los casos de grave urgencia en que no se encuentre otra persona hábil, y despues que el jefe de policía sea certificado por un facultativo de confianza de hallarse en disposicion de que su juicio se haya restablecido algun tanto.

Art. 8.° Sus esposiciones no harán fé en juicio, sino despues de obtenido el consenso del jefe de policía, á virtud del reconocimiento respectivo que mandará practicar de su estado y capacidad, etc.»

«Rosas á pesar de ser su autor, y á consecuencia de los graves cargos que le dirigió con este motivo la prensa de Montevideo y Chile, no se ha atrevido á reproducir en la Gaceta este abominable escrito, firmado por el fraile Aldao, como gobernador de Mendoza, é inserto en el Boletin oficial de la misma provincia.

»Así por medios indirectos ó directos ha establecido la confiscacion, esa ley de los tiempos bárbaros, donde quiera que alcanza su poder. Cuando ha tenido el mas ligero pretesto, ni siquiera se ha tomado la molestia de disfrazar su pensamiento. Con estas depredaciones ha enriquecido á sus tenientes y se ha atraido las simpatías de la parte inculta, viciosa y corrompida de sus tropas y parciales.»

Este era el verdadero estado de las provincias del Rio de la Plata desde el infame tratado de Mackau,—que impidió la caida del tirano, —á pesar de las salvadoras medidas que en él se estipulaban (1).

(1) Escritores imparciales, enemigos de herir susceptibilidades ni reputaciones, sin otro género de afecciones que las del bien y prosperidad de aquellos vastos dominios, no tenemos otro objeto al anatematizar los nefandos crímenes de aquellos bandidos apoyados por el tirano, y presentarlos á la execracion pública, que combatir con todas nuestras fuerzas la tiranía en general y las funestas consecuencias de todo gobierno déspota y opresor en particular,—en justa consonancia con nuestras ideas liberales, segun hemos probado mas de una vez por medio de la prensa.

Pero ya que de las provincias del interior hemos hablado, no podemos pasar en silencio la horrorosa catástrofe que en la ciudad de Catamarca tuvo lugar en 1841, cuando el ejército de Rosas triunfó y sometió á las provincias sublevadas.

Ya hemos dicho en otra ocasion, que Mariano Maza era otro de los furibundos verdugos de Rosas, muy apreciado por los innumerables crímenes que cometió, méritos suficientes para que el tirano le colmase de honores y le hiciera ocupar un alto puesto en las filas de su ejército.

Mandaba, pues, una pequeña division del ejército espedicionario á las órdenes de Oribe, con la cual se le mandó atacar á Catamarca.

Ochocientos valientes defendian esta capital; pero desanimados por las pérdidas de los ejércitos de Lamadrid y Lavalle, sin esperar otra suerte que la de sus hermanos, sin poder recibir ausilios de ningun género, pero siempre fieles al juramento de morir ó libertar la patria de aquella tiranía sin igual, aunque no podian menos de sucumbir á la superioridad de las fuerzas enemigas, no por eso dejaron de presentar sus pechos al plomo homicida.

El heroismo de ese puñado de mártires, merecia consignarse en letras de oro. Dos horas de obstinada resistencia, que diezmaron las filas de aquellos fariseos, dos horas de una lucha desesperada, de un fuego horroroso, pudieron oponer aun al ataque de sus numerosos enemigos. Sucumben al fin, entran los sicarios á la ciudad, huyen los que pueden abrirse paso por entre un fuego graneado, y tiene lugar la carnicería mas espantosa de cuantas formaron época sangrienta en aquella república.

Colócase en medio de la plaza Mariano Maza, acompañado de su segundo Juan Balboa y otro jefe: manda traer á ella á los principales funcionarios de la provincia y los representantes, al comandante general Espeche, á los ministros don Gorgonio Dulce y don Gregorio Gonzalez: hace que formen el cuadro todos los prisioneros, y empieza un degüello general por todos los principales personajes de la provincia, que ocupaban el centro de la plaza, y que en vano imploraban perdon de aquel monstruo. Dió la señal á sus degolladores;—en todas las divisiones habia un pequeño número de carniceros humanos para cuando se ofreciese emplear su habilidad;—lánzanse como perros de presa sobre las víctimas y se emprende una lucha horrorosa. Hubo momentos

de confusion tal y de horror, que podria muy bien llamarse aquella escena, una pequeña parodia del espantoso drama del juicio final.—Unos luchaban cuerpo á cuerpo con los asesinos, sucumbiendo despues de centenares de heridas; otros eran degollados por la espalda mientras asian el puñal de los verdugos: aquellos corrian aturdidos para caer á los piés de los mismos soldados que iban á sufrir igual suerte; estos eran alcanzados al estremo de la plaza á donde habian llegado haciendo un reguero de sangre: en fin, este fué el cuadro mas desgarrador de la historia que escribimos. Las cabezas de los ministros y del gobernador clavadas en tres estacas en la plaza y al pié de ellas una pirámide de seiscientas cabezas, total de todos los prisioneros, que fueron degollados.

—¡Aprisa, muchachos! que son mas de seiscientos..... gritaba el tigre al entregarle Balboa el estado que habia pedido de las víctimas que debian inmolarse:—¡aprisa!—que ha de acabarse hoy mismo;—y mientras decia estas palabras registraba con sus propias manos los bolsillos de los prisioneros, que al efecto hacia desfilar por delante de él, y formaba un monton en el suelo del dinero, relojes y demás objetos de valor, que llevaban los infelices.—«Todo Buenos Aires,—dice Rivera Indarte al esplicar este hecho,—ha sido testigo de la gran cantidad de alhajas y oro que trajo Maza á su regreso.»

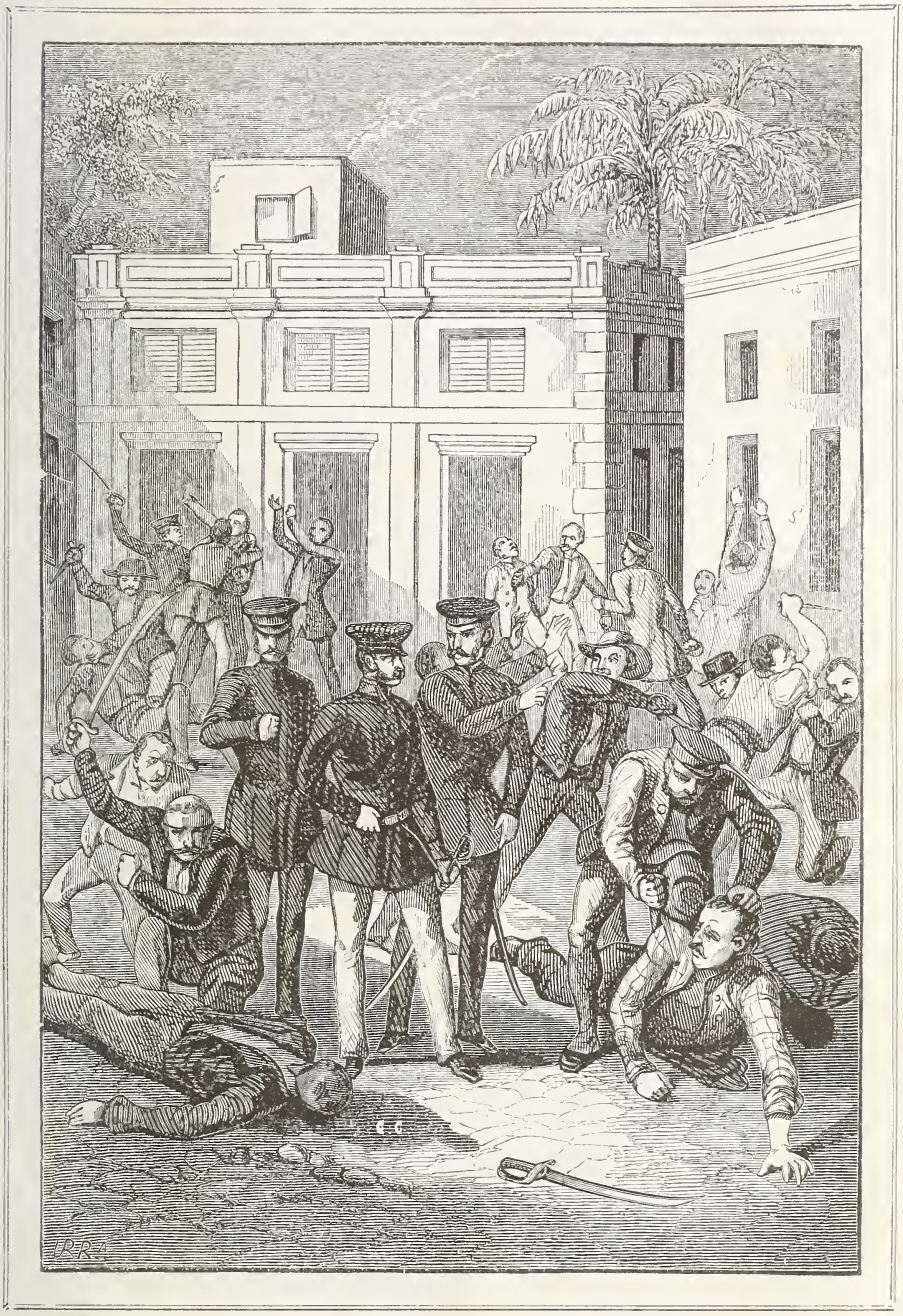
Aquí nos vemos tambien precisados á copiar el mismo parte de Maza á Arredondo en que da cuenta de estos sucesos, porque no queremos se tome por exageracion, la pirámide de las seiscientas cabezas, ni cuanto acabamos de citar.

Helo aquí.

Catamarca 29 del mes de Rosas (octubre) de 1841.

«Despues de mas de dos horas de fuego, y pasando á cuchillo toda la infantería, ha sido derrotada toda la caballería y el cabecilla solo huye por el cerro de Ambaste; se le persigue, y pronto estará su cabeza en la plaza, así como ya lo están las de los titulados ministros Gonzalez y Dulce y tambien la de Espeche, gobernador que puso el Pilon...(1). En fin, mi amigo, la fuerza de este salvaje unitario tenaz pasaba de

(1) Con este mote se conocia el denodado general Lamadrid, puesto por el mismo Rosas, como lo puso á todos los generales que se sublevaron contra él, con órden espresa que nadie les diese otro nombre que el apodo que él les habia dado.



¡Aprisa, muchachos! que son mas de seiscientos.

seiscientos hombres, y todos han concluido, pues así les prometí pasarles á cuchillo.—*Mariano Maza* (1).»

La pluma se resiste á trazar estas líneas; pero hemos contraido el sagrado compromiso de formar la verídica historia de los *veinte años* y faltaríamos á él, si dejáramos de pintar esos cuadros, por repugnantes y horrorosos que sean.

Ya han visto nuestros lectores en otro capítulo, que los gobernadores de las provincias, segun ley de la República, no podian ser juzgados sino por un consejo de todas ellas, y sin embargo, por el anterior parte vemos fusilado, ó mas bien, asesinado, al gobernador de Catamarca, como lo fué el de Tucuman, segun espresa mas adelante la Gaceta del citado dia:

Santiago 8 octubre de 1841.

«....Así como la cabeza del salvaje Acha, está puesta sobre un palo en el camino de Mendoza, de igual modo la de los salvajes Avellaneda, «gobernador de Tucuman,» y Casas, están en la plaza de Tucuman. —*Adeodato Gondra.*»

Y el parte que dió Oribe desde Metan sobre estos sucesos; decia entre otras cosas:—«Marcos M. Avellaneda, titulado gobernador general de Tucuman, coronel José M. Videla, comandante Lucio Casas, capitan José Espejo y teniente Leonardo Souza... han sido ejecutados en la forma ordinaria... á escepcion de Avellaneda, á quien le mandé cortar la cabeza, que será colgada á la espectacion de los habitantes en la plaza pública de Tucuman.»

¡Terrible leccion, por cierto, para las naciones, que nos ha legado en todos tiempos la historia del despotismo! ¡Sangre y mas sangre, crímenes, destruccion, anarquía! He aquí el bello ideal, las reparadoras medidas que han emanado siempre de su fatal gobierno.

Los derechos mas inviolables del hombre, los principios mas inconcusos, los mas solemnes tratados, el honor, la dignidad, la justicia, todo perece ante la enrojecida cuchilla del Tirano. Solo el esterminio vive, porque su lema es destruir, porque su imperio se parece al del huracan, que por do quiera que pasa siembra la ruina y la muerte.

(1) Gaceta Mercantil del 6 de diciembre de 1841.

Así sucedió con el triunfo de nuestro tirano. Las personas de los gobernadores de las provincias confederadas eran inviolables segun la ley fundamental de la República, y á medida que caian bajo la fuerza del ejército destructor, eran ejecutados como perversos criminales, esponiéndose sus cabezas á la execracion pública, para escarmiento de los malvados, segun ellos decian, y espiacion de sus propios crímenes.

La misma suerte sufrian todas las personas notables, que querian sostener su dignidad, reprobando aquellos desmanes: perseguidas por todas partes, ó eran asesinadas por los verdugos donde eran habidas, ó sufrian los tormentos á presencia del Tirano, donde eran conducidas de su órden.

Inútil es repetir que no habia exencion alguna: ni edad, ni sexo, ni categoría, nada libraba de la muerte á los designados por el inflexible dedo. Los venerables y ancianos eclesiásticos D. Francisco Solano de Córdova, don Manuel Frias, de 61 años, y 24 de continuo ejercicio en el vicariato de la provincia de Santiago; su hermano D. Felipe, de 51, y D. Gregorio Villafañé, de 75, con quince ciudadanos respetables de las provincias del interior, fueron fusilados en los Santos Lugares el 10 de mayo de 1842; es decir, un mes despues de haberse inaugurado la famosa propuesta para «la matanza de perros.»—Mas aun:—la pluma se resiste á trasladarlo,—«estos eclesiásticos, antes de morir, fueron desollados en la corona y en las manos por los verdugos, á pretesto de degradarlos de su carácter sacerdotal (1).»

En fin, el furor del huracan se estendió por todas las provincias del Rio de la Plata. El *sistema rojo* imperó en todos sus dominios: las huestes del tirano volaban en alas del triunfo, sin hallar valla que se opusiera á su colosal empuje. Solo se mantenia en pié la heróica Montevideo, ese dique invencible donde hizo hincapié la libertad, ese foco radiante de civilizacion, donde se eclipsó para siempre la pálida estrella de la barbarie.

Los esfuerzos de Martin eran cada vez mas estraordinarios á medida que se hacia mas peligrosa la apurada situacion de los defensores de su causa.

El general Rivera, único caudillo de la libertad, que defendia la

(1) Rivera Indarte: *Rosas y sus opositores*, cap. 15, pág 247.

República del Uruguay y que arrojó á Oribe del poder, fué completamente vencido por éste en el Arroyo-Grande el 16 de noviembre de este mismo año. Infantería, artillería, hasta los bagajes, todo quedó en poder del enemigo. Otra nueva carnicería que duró tres dias. Todos los prisioneros, desde cabo para arriba, fueron degollados.

Al saberse en Montevideo tan fatal nueva, hubo algunos dias de general estupor. El comercio cerraba sus arcas y abandonaba sus negocios: los emigrados se agrupaban en derredor de su reconocido y consecuente protector, y los estranjeros reclamaban de sus representantes respectivos la proteccion y seguridad individual y su respetable derecho de estranjería, por si el engreido Oribe, con sus 14,000 sicarios, lograba romper la última trinchera, donde se guarecian los entusiastas restos de la causa de la libertad.

Aquí empieza el heroismo de los que han peleado siempre por esta noble causa, que cuenta tantos mártires, pero que la posteridad hace vivir eternamente en las gloriosas regiones de la inmortalidad.

Aun no habian trascurrido dos meses, y el menguado teniente de Rosas habia hecho su salva triunfal en el *Cerrito* (1), hasta donde marchó tambor batiente y á bandera desplegada, como seguro de penetrar sin obstáculo en el mas fuerte baluarte de la libertad. ¡Insensato! cuanto se engañaba. No sabia él que habia tomado su defensa el mas valiente é ilustre general de la República Argentina.

Sí, nuestro simpático é incomparable Martin, que tantos sacrificios habia hecho para salvar la patria del asombroso cataclismo que la amenazaba, olvidó su incógnito y corrió á la campaña á dar el grito de *¡á las armas!* y ponerse al frente de los invictos defensores de la ciudad heróica por escelencia.

Sí: nuestro infatigable Martin, secundado por el no menos esclarecido y denodado general Paz, que se mantenia firme en las provincias de Corrientes y Entre-Rios, fué el alma heroica de esa resistencia admirable que duró ocho años, de esa encarnizada lucha, que en vano estuvo llamando la atencion de Europa, que en vano reclamaba su justa proteccion. Partió, pues, á la campaña, atravesó, como una chispa eléctrica el Uruguay, reanimó á todos los esforzados patriotas que allí habia, declaró libres á los negros-esclavos, organizó una fuer-

(1) Pequeña altura á dos leguas de Montevideo.

za de casi dos mil hombres y reforzó con ellos toda la ciudad, al mismo tiempo que el segundo tiranuelo sentaba orgulloso sus reales en la eminencia citada.—Despues de esto, su primer paso fué reunir á todos los buenos patricios para formar un nuevo gobierno que hiciese frente á tan apurada situacion, y en vista de sus especiales conocimientos le obligaron á formar parte del mismo, en union con el eminente orador don Melchor Pacheco y Obes, que á la sazon reunia el doble carácter de coronel.

Grandes eran los obstáculos con que forzosamente debian tropezar, sitiados por numerosas y cuadruplicadas fuerzas, sin recursos, sin tropas, sin aliados, sin crédito interior ni esterior; pero la Providencia velaba por su santa causa y multiplicó recursos y centuplicó fuerzas, y cuando los sitiadores hicieron su primera tentativa, tuvieron que retroceder horrorizados al encontrarse con una formidable línea de fortificacion, que cerraba la ciudad de mar á mar, coronada por cien leguas de fuego y custodiada por seis mil héroes.

A la vista de tan imponente perspectiva, retrocedió como no podia menos de suceder el enemigo, y herido con tan vergonzoso golpe el orgullo del nuevo pretendiente, trató de seguir estrictamente las mismas huellas de su depravado y envilecido maestro. Hizo circular millares de proclamas con su firma, amenazando pasar á cuchillo á todos los unitarios y los que les protegieran; puso los fusilamientos y degüellos á la órden del dia; se entregó á todo género de escesos y violencias, y los departamentos y ciudades por donde se estendieron sus tropas, convirtiéronse tambien en un contínuo matadero de seres humanos. En una palabra, puso en planta el mismo sistema de Rosas, estableciendo, como él, las comisiones clasificadoras, la confiscacion de bienes y declarando fuera de la ley á los estranjeros que se asociasen á los defensores de la libertad.

Grande fué el entusiasmo que los defensores de la heróica ciudad cobraron con su primer triunfo; pero al recibir el gobierno por conducto del cuerpo consular la despótica circular de Oribe, poniendo fuera de la ley á los estranjeros (1), no pudo contener su indignacion y tra-

(1) He aquí el documento a que nos referimos:

«El Presidente legal de la república.

«Cuartel general del Cerrito, abril 1.º de 1843.

«Al señor Cónsul de...

«El que firma ha sido informado con disgusto, que varios estranjeros de los resi-

tó de organizar de nuevo la defensa y amontonar trinchera sobre trinchera para quemar tras ellas hasta el último cartucho y derramar hasta la última gota de sangre, antes que sucumbir al nuevo verdugo.

Muy lejos estuvo la desautorizada é insultante circular de producir el efecto que su incompetente autor se propuso. Los déspotas han muerto siempre del mismo mal: ellos creen que los efectos de sus primeras medidas de terror producirán mayores resultados, á medida que aquel tome mas desarrollo, y no saben los menguados verdugos de la humanidad, que cuando el despotismo aumenta sus estragos, la sublevacion se hace general y el cetro de hierro se rompe, como dice el comendador Pinheiro, entre espantosas oleadas de sangre.

He aquí la forzosa consecuencia de los escesos y violencias cometidas por el nuevo déspota. Las comisiones clasificadoras, la confiscacion de bienes, la introduccion, y aceptacion bajo pena de la vida, del papel moneda de Buenos Aires, los fusilamientos, la circular, todo promovió una sublevacion general. Un solo grito se oia por todas partes. ¡A las armas! gritaban los estranjeros que, aunque alarmados, habian permanecido neutrales: ¡A las armas! repetian en la ciudad y en el campo al huir horrorizados ante los sangrientos espectáculos: ¡A las armas! clamaban todos á la vez, porque naturales y estranjeros, débiles

dentes en Montevideo emplean, unos su influencia para atraer partidarios á los rebeldes salvajes unitarios, y otros toman las armas en favor de los mismos rebeldes.

»Notorio es el respeto que el que firma ha dispensado á las propiedades y personas de los súbditos de las otras naciones, porque así se lo han aconsejado la civilizacion, la justicia y sus propios sentimientos, mientras aquellos se conservasen en la esfera que les corresponde; «pero estos y aquellos le aconsejan obrar en un sentido enteramente contrario y vigoroso» contra los que olvidando su posicion, la pierden tomando parte en negocios que no les pertenecen, ya sea llevados del interés ó de cualquier otro estímulo.

»Por consiguiente, el que firma se ve obligado á declarar, «que no respetará la calidad de estranjero» ni en los bienes ni en las personas de los súbditos de otras naciones que tomasen partido con los infames, rebeldes salvajes unitarios, contra la causa de las leyes que el infrascrito y las fuerzas qne le obedecen sostienen, sino que «serán considerados tambien como rebeldes salvajes unitarios, y tratados sin ninguna consideracion.

»Con este motivo el que firma se complace en saludar á... con estima y consideracion.—*Manuel Oribe.*—Por órden de S. E. *Carlos G. de Villamoros.*»

y fuertes, viejos y niños, habian sido declarados salvajes unitarios, enemigos, fuera de la ley, y demasiado sabian por esperiencia lo que estos calificativos significaban en boca de los verdugos.

Bien pronto el digno representante de Inglaterra en el Plata, el noble comodoro Purvis, humilló el orgullo del insolente procónsul. Pasóle un enérgico escrito, para que en el término de veinticuatro horas se retractase y retirase su circular, y habiendo contestado, «que primero se cortaria la mano derecha,» el representante británico capturó la escuadra argentina que bloqueaba á Montevideo, y no tuvo otro recurso que cantar la palinodia, retirar la nota, y prometer que respetaria á los estranjeros, despues de haber sido severamente amonestado por su amo. Pero los estranjeros conocian demasiado que cumpliria su promesa, del mismo modo que Rosas cumplió con las consignadas en el tratado de Mackau, y todos permanecieron en sus puestos; ninguno depuso las armas.

Y aquí empieza el triunfo de nuestro héroe Martin (1); aquí empieza esa justa recompensa que, tarde ó temprano, está reservada á la virtud, al patriotismo y al saber. El ilustre Martin, ese genio disfrazado con el rústico y modesto trage de estanciero, acababa de ser elevado, como hemos dicho, al mas alto puesto de la república: en vano le rehusó mil veces, porque otras tantas fué reelegido por unanimidad, sin poder resistir á la aclamacion general ni á las reiteradas instancias de sus amigos, personas todas las mas notables y distinguidas, que apreciaban su valor, sus escelentes cualidades y hacian justicia á sus conocimientos no comunes.

Colocado en este puesto, preciso era redoblar sus esfuerzos para salvar los escollos en que debia tropezar el gobierno, cuyo dominio se reducia á la ciudad, que sitiaban por tierra catorce mil bayonetas, y por mar la escuadra que el tirano habia arrojado á sus playas. En este estado, fué preciso arbitrar recursos para sostener el armamento y

(1) Por altas consideraciones debidas á la dignidad de la persona, que ha formamado el tipo mas interesante de nuestra novela, á la brillante posicion que ha tenido desde esta época en los destinos de aquella república y al puesto diplomático que aun en el dia ocupa, no podemos revelar su nombre: así que nos vemos precisados á conservarle el incógnito, á pesar de haber sido efectivamente uno de los miembros de aquel gabinete despues de los sucesos de Arroyo Grande.

defensa, y provocó una reunion de los primeros capitalistas y hacendados para hacer frente á las necesidades comunes y á las estraordinarias, que producia el estado escepcional. El ilustre coronel don Melchor Pacheco y Obes, coautor de la rápida organizacion de la defensa y del pequeño ejército que coronaba sus inespugnables muros, le secundaba con el mejor acierto en la difícil posicion á que habian sido elevados por sus talentos y sus virtudes; y bien pronto se trabó entre ellos una fraternal amistad y una confianza mútuamente noble y sincera. Martin no se separaba de su leal amigo y digno compañero, mas que para enterarse del fatal estado del hijo de Mendez, cuyos padecimientos desde la herida eran horribles, porque á pesar de habérsele cicatrizado, los facultativos habian apurado en vano todos los recursos de la ciencia para operar la estraccion de la bala que conservaba aun en el cráneo.

Llegó al fin la noche en que debia verificarse la reunion, y Martin se dirigió presuroso á casa de su compañero, henchido al propio tiempo su corazon por ese fuego patriótico, que solo enciende el entusiasmo en el valeroso corazon de los defensores de la libertad. Levantáronse todos al verle entrar, y el coronel Obes, despues de haberle cedido su asiento de preferencia, esplicó en breves palabras á instancias de Martin, el objeto de aquella junta, que no tenia carácter ninguno oficial, usando éste acto contínuo de la palabra, con el tino y la elocuencia que le eran familiares.

—Señores, dijo: la tiranía acaba de estender su negro y mortífero vuelo hasta nuestra floreciente República: el déspota del Plata ha enviado su procónsul para convertir en lagos de sangre las deliciosas márgenes del Uruguay: la patria ha hecho su llamamiento ¡á las armas! y á las armas han acudido, sin faltar uno, todos sus valientes hijos. Ellos han cumplido con el sagrado deber de buenos ciudadanos; á nosotros toca á la vez cumplir tambien con el de buenos patricios.

La completa derrota de nuestro ejército en el Arroyo-Grande, ha franqueado el paso á nuestros enemigos por todas las ciudades y departamentos, ha puesto nuestros recursos interiores en sus manos, y ha arrojado á nuestros mares una escuadra que nos tiene privados de los esteriores.

No importa: la capital de la República Oriental del Uruguay, de-

mostrará á la Europa cuanto pueden la fé y el patriotismo de los que combatimos por una causa santa. Pero es preciso para ello que cooperémos todos, que aunemos todos nuestros esfuerzos, que nos agrupemos, en fin, en derredor de esa inmortal bandera, que tremola victoriosa en la cima de nuestros imponentes baluartes. Es necesario además, salvar los apuros del erario, en que tales circunstancias, como demasiado conoceis, han debido colocarle; y aquí es cuando yo reclamo muy singularmente vuestra atencion: reducidos, como estamos, á la ciudad, sitiados por mar y tierra, no podríamos sostener esos héroes que han abandonado sus negocios, que lo han sacrificado todo á la defensa de la patria, de vuestros intereses, de vosotros mismos: de vosotros mismos,sí, y vuestros intereses, porque el triunfo de esos déspotas es el de la anarquía, y con la anarquía no son ciertamente los ricos los que menos padecen. No lo digo yo: hablan los hechos, que son los únicos elocuentes: volved la vista hácia la ensangrentada Buenos Aires, y no hallareis ni propiedad, ni familia, ni leyes: ni un esqueleto es ya de su antiguo esplendor y belleza.

¡Así prosperan las naciones bajo el poder de los tiranos! ¿Pero esto es nuevo? ¿No ha sucedido, por ventura, en todos los pueblos y en todas las naciones, sometidas á la barbarie,—pues otro nombre no puede darse al despotismo,—á través de las edades y de los siglos? ¡Ah! ¡qué lecciones tan terribles nos está dando la historia acerca de ello!...

Dejad, que vuele nuestra imaginacion, desde los paises tropicales, donde el fuego tiende á separar las moléculas combinadas de la materia, hasta las regiones polares donde todo parece dormido por la ausencia del calor. Dejad, que vea, á través de los siglos, aquellas primitivas tribus que poblaron las orillas del Eufrates y el Tigris, para recorrer despues las del grandioso Nilo, el Tíber ó el Borístenes, el Eurotas, el Amazonas; y os dirá despues, que el terrible azote de la barbarie acabó con tantas generaciones como allí han vivido, con tantas preciosidades que las han perpetuado. Dejad, que vea en la antigüedad aquellas miserables cabañas, cuna y orígen de ciudades tan opulentas y colosales como Babilonia, Menfis, Palmira, Jerusalen, Atenas y Roma; y os contestará despues, que cuando el azote de la barbarie se arrojó sobre ellas, ni polvo dejó de las miserables cabañas

que las formaron; añadiendo respecto de la última: «yo he visto un par de búfalos uncidos arrastrar el arado sobre las ruinas del palacio de los césares:» ¿quién sabe si mañana le arrastrarán tambien sobre las derruidas catedrales de San Pedro y San Pablo, centros del cristianismo y de la civilizacion?

Es verdad que los egipcios decian: ¿poneis en duda el mayor progreso entre nosotros de los conocimientos humanos? ahí teneis nuestros sacerdotes, modelos de ciencia; nuestras pirámides, símbolo del arte; nuestras Menfis y Tebas, con sus cien puertas, nuestros obeliscos y canales; y nuestro Necao y Sesostris, inmortalizados por el genio de nuestros artistas. Pero los griegos les contestaban mas tarde: vuestras ideas, vuestras artes y vuestras ciencias no han vivido sino en la infancia; entre nosotros han llegado á su mayor apogeo: ¿pueden acaso competir vuestros sabios con nuestros Sócrates, Aristóteles ó Platones? ¿Dónde están vuestros genios, que puedan igualar á un Apeles? ¿Son vuestros héroes como Milciades, Temístates ó Epaminondas? ¿Habeis tenido un Homero que por inmortalizar á los campeones de Troya, se hubiera inmortalizado á sí mismo? Anacreon, Safo, Simónide, Tirteo, ¿no os entusiasman y enternecen? ¿Quereis aun mas belleza, mas grandiosidad, mas ciencia? mirad el Partenon, el Diana de Efeso, los campos de la Morea, y no olvideis las Sívilas de Delfos, que os dirán el porvenir.

Todo esto decian los griegos y los egipcios, con razon enorgullecidos; pero ¿qué ha dejado la barbarie de todo esto? Entre los unos apenas quedan unas olvidadas ruinas de Menfis y Tebas la esplendorosa: entre los otros, ni vestigios quedan siquiera de los lugares donde floreció Esparta y los otros pueblos célebres de la Morea.

Las últimas palabras produjeron tal entusiasmo entre los concurrentes, que se vió interrumpido el orador por algunos momentos; pero bien pronto volvió á reinar el mas profundo silencio y el orador continuó:

—No he concluido aun: Montesquieu nos aconseja esplicar las leyes y las teorías por la historia; y siguiendo yo esta vez su consejo, probaré con la historia tambien, que la causa de la libertad y del progreso es la causa de Dios, que dijo á sus criaturas, «creced y multiplicaos;» y que sin ella no hay mas que barbarie, que es el huracan de la hu-

manidad que la aniquila y destruye. No fatigaré demasiado vuestra atencion: volved la vista á Roma, á ese inagotable arsenal de provechosas lecciones para los reyes; á esa reina del mundo, que estendió sus dominios por las estremidades todas de la tierra: vedla, regida por el cetro de hierro de Rómulo, convertirse en República despues, y por último ser víctima de sus tiranos, disfrazados con el pomposo nombre de emperadores. Es decir, señores, hasta la poderosa, la sabia, la invicta Roma, fué invadida tambien por la barbarie, y aquellas mismas manos que la habian conquistado el cetro de reina del universo, que la habian entregado la espada de las victorias, y la corona de las ciencias y de las artes, viéronse amarrados por las cadenas de la esclavitud, de la degradacion, del sivaritismo. Por una puerta eran arrojados los Tarquinos para corregir sus abusos, por la otra daban entrada á los bárbaros que iban á formar á su placer la estátua del despotismo. En una plaza se derruia el templo de Themis, y con sus escombros se levantaba en la otra el de la ignominia, de la corrupcion y de la servidumbre. En vez de las justas leyes, que garantian los mas sagrados derechos del ciudadano, se oian los dolorosos decentos de los gladiadores: el «morituri te salutant» que dirigian á los Césares. Augusto despues de César, y tras de aquel los Tiberios, los Calígulas, los Claudios, los Nerones, no solo fueron la afrenta de los imperios sino de la humanidad entera.

Ahora bien, señores: ¿no hallais una analogía completa entre la visible decadencia de los dominios todos del déspota del Plata, y la que produjeron en la ciudad eterna las continuas guerras de Syla, de los gladiadores, de Catilina y de los triunviratos? ¿No la hallais tambien entre las fatales consecuencias de su dominio y las que han sucedido al de todos los déspotas del mundo? Si pues esto sucedió con el mas poderoso imperio del universo ¿quién sabe, si el despotismo reducirá mañana á pavesas las inapreciables bibliotecas de París y Londres? ¿quién sabe si esos poderosos centros de civilizacion, donde tanto brillan hoy las ciencias y las artes, vendrán á convertirse mañana en unos solitarios bosques?

Pero no, señores: esto seria la inversion de las leyes de la naturaleza y esta facultad solo reside en Dios.

El déspota que nos oprime, que quisiera someter á su cetro todo

el mundo, ha de caer forzosamente por sus mismos escesos, por su misma ambicion. Nosotros hemos arrojado dos veces nuestras armas victoriosas hasta sus mismas puertas; y si ahora nos secundais en la empresa, acabarán para siempre con su poderoso despotismo. No os arredre el número: la fuerza ha sucumbido siempre al arte, como la barbarie á la razon; afortunadamente tenemos espedito y libre el don de la palabra, y este es un fantasma invisible, una chispa eléctrica, que romperá las trincheras, cruzará los espacios y se esparcirá por el mundo para implorar nuestro auxilio: las naciones, entonces, al ver la justicia de nuestra causa, que es la de la humanidad, acudirán presurosas á nuestra súplica, apoyarán nuestras armas, y se levantará una tercera cruzada, que será la cruzada de salvacion.

Para ello, repito, se necesita indispensablemente vuestro patriotismo: el sacrificio de vuestros intereses salvan la precaria situacion en que nos hallamos; y no dudo yo un momento que os prestareis á ello, porque con ello se han de construir los cimientos del ruinoso templo de la razon y la libertad, para que pueda elevar algun dia su preciosa cúpula bajo el puro cielo de nuestra patria.

Así concluyó el ilustre Martin su elocuente discurso, que inútil es decir que arrancó indecibles muestras de entusiasmo. Todos los concurrentes, que como hemos dicho, pertenecian á la clase de primeros hacendados, pusieron á disposicion del gobierno sus fondos y ofrecieron secundarle en cuanto dependiese de sus fuerzas. Tomáronse allí mismo algunas medidas para proteger al considerable número de emigrados, que habian afluido de nuevo y llegaban cada dia por los desmanes de los invasores, y se retiraron luego todos sumamente complacidos por las preciosas ideas que el nuevo ministro habia vertido, y que hacian presagiar una nueva era para la república, en cuyos destinos iba á influir poderosamente.

CAPITULO LIX.

EL CATECÚMENO.

La generosidad siempre ha sido patrimonio de las almas nobles; y esa cualidad que muy bien pudiera tenerse por virtud llegaba á elevarse en Amalia hasta el heroismo. Amalia amaba apasionadamente á Agaparco y habia hecho todos los esfuerzos imaginables para poder atraer su alma al seno de la religion.

—He de salvarle, se decia á sí misma; el que tiene un corazon tan grande, que posee una inteligencia tan clara, que sin haber nacido caballero conoce tan bien las leyes del honor, es imposible que deje de reconocer la sublimidad del cristianismo y que el Omnipotente no sorprenda agradablemente sus oidos con los dulces sones de una celestial armonía. Algunas veces he oido decir á ese anciano venerable, á ese P. Ventura, que cuando queria convertir á los salvajes se valia de la pintura del espectáculo de la naturaleza, hacia verles sus maravillas, les impulsaba á contemplar al contínuo milagro de la creacion, haciéndoles de este modo elevar hasta el supremo Criador. Así

por medio de la escala gradual de los seres, les obligaba á admirar las bellezas de cada uno, á estasiarse en su conjunto, á recorrer el camino del cielo y de la tierra, y evitando las interpretaciones funestas, les enseñaba á conocer, lo que mas debe saber el hombre: las obligaciones que le unen á Dios, las que consigo mismo y las que le hacen hermano de los hombres. Agaparco remontándose en alas de su genio colosal no podrá menos de confesar que mi religion vale mucho mas que la suya: verá claramente que Amalia no le engaña, y si el amor patrio, ó el orgullo de raza le hiciera vacilar, yo con mi corazon le esforzaré, aguijonearé el suyo y de rodillas ante la cruz añadirá la santidad á nuestros juramentos, imprimiéndoles un sello indeleble que solo la tumba podrá romper; pero que la inmortalidad volverá á unir. Pero ¡oh Dios mio! estoy soñando, no, no seré tan feliz, quizá desaparecerá viendo mi constancia llegar al colmo de la tenacidad, y entonces veré deshojadas una por una todas las flores del alma, flores que cogí en el desierto, flores encantadas que él me regaló, mezcladas con el olor de su alma y perfumadas por el aliento virginal de las selvas. Podré oir su voz qne aun será mas dulce y tierna porque habrá bebido la savia de esta religion que es todo amor y dulzura. ¡Agaparco cristiano! ¡ah que felicidad! el mundo quizás podrá ridiculizarme; pero tú serás mio, sí, lo serás porque Dios lo quiere, y la Divinidad está sobre el mundo, ¿y qué puede este pigmeo llamado orbe contra la majestad divina? en vano vomitan los volcanes fuego, azufre, torrentes de lava: en vano el mar levanta sus montañas de espuma y viene á ahogar su bulliciosa respiracion en el círculo de playas que lame; en vano despiden rayos y centellas los enlutados nubarrones, y tiembla la tierra y se estremece el mundo y aullan las fieras; ¿qué es esto ante la palabra de Dios? y qué es la nada ante el autor de la nada y que es el vacío ante el autor de la capacidad, y que es el orgullo mundano ante el Señor de los humildes? polvo, y nada mas que polvo que ensucia cuanto toca, hoy adorado en un palacio, y mañana oprimido en cuatro tablas, confundido entre el polvo del pobre, entre el del villano, sosteniendo el fúnebre monumento de la muerte, en cuyo dintel se lee «umbral de la eternidad; vicio y virtud confundidos; igualdad ante la ley.» Y en aquel trance solo el que hizo el bien, puede levantar con orgullo la cabeza y arrostrar con serenidad el escarnio de esa sociedad mas preo-

cupada que sabia, mas erudita que profunda, mas hipócrita que verdadera. Entonces unida con mi salvador Agaparco, abrazada con él, postrada ante la presencia divina, el mundo me hará justicia, y el cielo me pondrá la corona destinada á la grandeza y á la sensibilidad.

Amalia como cansada de pensar tanto se inclinó en la pared y paseó la mirada por su alrededor y vió las armas de Agaparco encima de una silla, y brilló en su mente un destello de esperanza.—Sí, repitió, el guerrero ha defendido con su hacha y sus flechas las huestes de la libertad; ahora, de aquí en adelante, acaudillará la cruzada del Dios de los ejércitos. ¡Qué contraste entre sus doctrinas y las nuestras! Su ley es la fuerza, y la nuestra la razon y la mansedumbre.—Pero retirémonos; el P. Ventura ha prometido que vendria, y Agaparco tampoco tardará mucho. Está próximo el crepúsculo de la tarde, y el sacerdote debe aprovechar la inspiracion de la noche, para derramar la melancolía cristiana en el corazon del salvaje... ¡Dios mio, protejedle! y seré siempre vuestra esclava...Dijo y desapareció suspirando: aquel suspiro era el efecto de la jovialidad amorosa en pugna con el sentimiento religioso.

Apenas habia transcurrido una hora, cuando llamaba á la puerta, entraba en la casa, y bajaba al jardin un anciano que á contar por la neveva de su cabello, por los surcos de su cara y por un porte solemne y majestuoso, contaria la edad de 70 años. En aquella frente se veian hermanadas la sabiduría y la caridad evangélicas, en todos sus ademanes aun en los mas sencillos se revelaban el apóstol de Jesucristo, el misionero católico y el ungido del Señor.

—La paz de Dios esté en esta casa, dijo al entrar.

—Adelante contestó una voz que no era otra que la de Martin;—aprovechad estos instantes; Agaparco está en el jardin y la sombra de tristeza que vela su rostro, es un preludio favorable para nuestras creencias.

—El cielo me dará gracia; puedo decir que nunca me ha abandonado. Estas fueron los únicas palabras que se cruzaron entre el sabio del Mundo y el hombre de Jesucristo.

Agaparco estaba realmente como ensimismado, bullian en su mente mil ideas confusas y necesitaba refrescar su cabeza con la brisa de la

noche. El hombre de corazon quiere contemplar al suelo tan vasto como es y al cielo que le sirve de techumbre verle perderse en lontananza al compás de su imaginacion. El hijo de los Andes habia aspirado el aire libre y su cabellera habia flotado suelta á merced de los huracanes y al fulgor de los rayos. Queria contemplar las sombras de la noche y hablar con el Gran Espíritu.

Los seres frios, y los incrédulos á la moda han tachado al Romanticismo; pero aunque han tenido bastante valor para reirse, no han sabido lo bastante para distinguir el Romanticismo de buen género del sentimentalismo hipócrita y nefando. Agaparco, el hombre de la naturaleza, no sabia lo qué era, ni en qué consistia esa escuela llamada romántica; pero sentia las armonías de la tierra y conocia perfectamente el lenguaje misterioso inventado por las místicas é incomprensibles relaciones del Mundo y de Dios, y así en medio de su arrobamiento esclamaba. ¡Lagos de los Andes que habeis murmurado mis amores, decid á los Peguenches que el intrépido Agaparco está mustio como una caña que no la riega el agua: decidles, que enciendan la luz de mi cabaña y consulten á mi sombra que estará vagando en ella. Moradores de las mas altas montañas del mundo! si cavais la tierra, clavad la punta de vuestra flecha en el corazon de una mujer á quien sepultamos ha mucho tiempo. Esta mujer me amaba, queria partir su lecho conmigo, me habia jurado un amor mas grande que el mar; mientras yo no le habia dado ni un solo grano de mi collar, ni habia puesto en su oreja ninguna flor encarnada, ni enredado su cabello con verde hiedra. Pobre Zafra: murió, y murió por mí. Ella sin duda será la que se complace en atormentarme, y hacerme latir la cabeza despegando los huesos de mi cráneo, y clavando mis pensamientos de amor en su cráneo roido por la tierra, levantando su seco tronco, para arrastrar al fondo de las aguas á mi encantadora Amalia.—¡Ah! ya me acuerdo; ella me decia: ama á las dos; pero yo le contestaba que mientras hubiese aquella mujer en el mundo, el sol dejaria de ser sol; esa roca de plata (1) dejaria de alumbrarme antes, que dejar de amar á la hija de Mendez, hermana de ese guerrero americano que peleó á mi lado como el gefe de una tribu. Necesito atar mis ideas, porque se pierden debajo mis cabellos como las hormigas debajo los árboles. Re-

(1) Luna.

cuerdo, sí, recuerdo, que Amalia me habló de su Dios, de una agua que da la vida, de una religion que nos iguala.

—Sí, hermano sí, lo que acabas de decir es una verdad.

—Agaparco se levantó, irguióse al oir aquella voz dulce y sonora que resonaba á sus oidos por vez primera, y que no era otra que la del P. Ventura que acababa de oir aquellas últimas palabras.

—¿Quién eres, hombre de cabeza plateada? no te conozco, y sin embargo tu presencia me admira.

—Indio, yo he conocido á muchos de los tuyos y he hablado con gentes que llevan tu mismo traje. Todos los hombres son mis hermanos, y soy el enviado de Dios para aliviarles, si alivio necesitan, para consolarles si consuelo quieren, para darles amor, si quieren ser amados.

—Pero tu trage no es como el mio, tú perteneces á otro pueblo, y nosotros tenemos por enemigos á los que no viven con nosotros.

—Indio! mi patria es el mundo, y los hombres son mis hijos de espirítu, mira, lee en el libro del Universo, y por todas partes do tiendas tu vista, verás esa relacion de la criatura con el Criador. La violeta no crece, porque su endeble tallo no permite que se levante librándola así de la furia del viento que pudiera troncharla. El lirio vence algo mas; porque su mismo cáliz le equilibra y su tronco mas fuerte le permite balancear la urna de sus pétalos. El ave se cubre y defiende con su pluma; las fieras con sus garras, la tierra con su inercia, el aire con su inmovilidad, el insecto con su pequeñez, y el hombre, ese conjunto del bien y del mal, se escuda con la idea de Dios que le engrandece, y con la faz de la razon que le hace rey de la tierra.

—Tú sin duda habrás leido el libro de nuestros abuelos, y de él habrás recibido las máximas que pregonas. Nosotros estudiamos tambien á la naturaleza tal como la vemos, apuntamos sus impresiones en la corteza de los árboles, abrazamos las ramas creyendo que el Gran Espirítu nos infundirá fuerza por medio de ellos y llevará nuestras súplicas sobre la superficie de las aguas, deportándolas á un lugar privilegiado.

—Tu religion, como la de todo hombre en su estado primitivo, está llena de supersticion; pero tiene como todas la idea de un ser superior á todo lo creado, que todo lo preside, que sabe el número, peso y

medida de cuanto existe y que dá la vida y muerte á cuanto quiere y como quiere.

—Tu Dios es un gran Dios; pero no es como el mio.

—En tus labios no me hacen mella semejantes espresiones; pues tu instruccion no te permite alcanzar que este Dios que tú adoras es mi Dios, el Dios de todos, que la ignorancia de los míseros mortales representa bajo diversas formas y mira bajo distintas fases. El hijo divino de ese Dios bajó al mundo y confundió las razas, y para confundirlas las inundó con su sangre. Plantó las primeras semillas del mundo moderno, derribó los ídolos que inventara la estupidez de pueblos, que adorára la hipocresía de algunos y que sostuviera la tiranía de los poderosos de la tierra. Mi Dios, que es tu Dios, sobrepujó la fuerza diciendo: el humilde será enzalzado y el soberbio abatido. Los hombres adoraban á otros hombres; los unos eran esclavos de los otros, y Dios les igualó en sus corazones dejándoles tan solo la supremacia en la tierra, no para que oscureciesen á sus hermanos, sino para que se sirviesen de su esplendor para defender á los que no habian llegado á su nivel, y para proteger á los que por su natural timidez, gemian bajo la opresion, morian bajo la cuchilla de los verdugos de la humanidad, y espiraban bajo la influencia del tiempo.

—Tu Dios, anciano, tiene mucho poder; pero mi Gran Espirítu tambien iguala á los hombres, pues les dijo sed iguales, y sabed que yo lo soy todo. Tambien les dijo: «amad á la virtud por sí misma, y renunciad el fruto de vuestras obras. Mortal sé prudente y serás tan fuerte como diez mil elefantes. El alma es dios. Confia las faltas de tus hijos á Dios y á los hombres, y purifica tu alma en las aguas del Ganges.»

—Voy á hacerte ver como los principios de tu religion son un pequeño vislumbre de la nuestra. Yo lo soy todo: efectivamente, Dios es omnipotente, el que sacó el polvo de la nada es mi Dios. Dios es la virtud por esencia y quiere que los hombres amen tan solo por puro amor; no quiere esta virtud en apariencia, ni exige su práctica por temor ó comodidad. No quiere el lujo de esa virtud, qne se eleva hasta la aristocracia, que crea prerogativas y que se deja quemar el incienso de la adulacion. La virtud, dice Jesucristo, debe practicarse; pero no hacer alarde de quien la realiza. ¡Agaparco! La civilizacion americana debe mucho al cristianismo, y con todo esta Institucion divina cumple con uno

de los preceptos de la vuestra, que consiste en renunciar al fruto de sus obras en lo temporal. El religioso que busca la verdad en el evangelio, lo mismo que el alma que quiere purificarse, no va en busca de los bienes terrenales, busca solo la gracia del cielo, porque sabe que su alma es inmortal y que Dios dijo que el que ha de presentarse ante él debe hacerlo despojado de todo apego á las riquezas mundanas, debiéndole bastar tan solo lo mas apremiante para su conservacion. Renuncia el fruto de tus obras; esto es, dá al pobre para que pueda alimentarse, porque los bienes que el Señor te ha dado, no son para que tú solo te aproveches de ellos, sino que tú debes ser como un administrador que, despues de haberte quedado lo suficiente para tu subsistencia, debes invertir lo restante en bien de la humanidad; y sino, Agaparco, no hay mas, que mirar al mundo como está tan sabiamente dividido; ricos y pobres hay en verdad, pero de esta misma desigualdad resulta la armonía. El hombre que nació en la opulencia, no tiene quizá la inteligencia bastante capaz para poder penetrar en los arcanos de la ciencia, para remontarse á las primeras causas, para ilusionarse entre las bellas artes, en cambio el que se meció en humilde cuna, poseedor quizá de un talento precoz, está destinado á llegar á los mas altos puestos de la nacion, á adquirir un renombre inmortal, á vivir en el mundo como una naturaleza privilegiada, á gozar en medio de la misma pobreza, y saber encontrar bellas ilusiones en donde otros hombres no han sabido encontrar mas que pequeñez y ludibrio. ¡Sí, pequeñez y ludibrio llama el mundo á lo que quizá es grandeza y divinidad! Mortal, sé prudente, y serás mas fuerte que diez mil elefantes! Sí, hermano: Dios vino á establecer el imperio de la razon, el imperio de la fraternidad; vino á deslindar de un modo inmemorable los grandes principios de libertad, emancipó al hombre, alzó á la mujer caida y humillada desde las primeros dias del mundo, y llamándola compañera del hombre, pisó las cadenas que la sujetaban, elevándola hasta el rango del mismo hombre. ¡Ah! Esta transformacion es divina; no hay ejemplo en el mundo de otra generacion igual.

Si el alma es Dios,—continuó diciendo el sacerdote jesuita,—tiene razon. Dios crió al hombre á su imágen y semejanza, de modo que en la tierra viene á ser el hombre como un pequeño Dios, y si no hay

mas que mirar todo lo que nos rodea. Tú mismo, Agaparco, en las soledades de los Andes, en medio del estado salvaje has encontrado un lecho en que descansar, frutos que comer, plumas y pieles para cubrir tu desnudez, mujeres para amarte y servirte, límpidos manantiales donde poder apagar tu sed, aves que en sus aéreos conciertos han proclamado la gloria de Dios, caballos que han servido para transportarte de uno á otro punto y cabañas que te han librado de la intemperie y que de generacion en generacion han venido formando tribus errantes, pequeños pueblos, grandes ciudades, naciones respetables, colosales imperios..... en fin, el mundo entero, tal cual hoy lo ves, es el inmenso palacio del hombre, es el conjunto de varias nacionalidades que algun dia vendrian á formar un pueblo universal, si una sola y única religion les uniese.

«Confiesa las faltas de tus hijos á Dios y á los hombres, y purifica tu alma en las aguas del Ganges.» La naturaleza humana, querido Agaparco, salió perfecta de las manos del divino Hacedor, pero habiendo visto éste que los hombres se habian contaminado, determinó levantarles del lodo en que se revolcaban: aquí está esa bella página del Bautismo cristiano, y atiende, Agaparco, que el Dios del Gólgota no quiere crueles sacrificios, no derrama la sangre de cien víctimas como los pueblos del Paganismo: lo que quiere es el sacrificio de nuestros malos instintos, quiere que le demos el corazon y no el cuerpo. El hombre puede adorarle en medio de un gran mundo y en medio de un gran desierto. Mi Dios, que es el tuyo, pues solo hay uno, y solo puede haber uno, mas bien atiende á las súplicas del alma oscura, pero brillante por la caridad y el desprendimiento, que al que se le ofrece con la apariencia del bien, mientras su corazon y su pensamiento se fijan en la inmundicie del crímen, que algunas veces dá honra aparente y despide cierto brillo, que atrae y fascina por algunos momentos, pero que luego espanta; semejante á un pedazo de seda que, estando cubierto de flores, ofrece al levantarlo el repugnante espectáculo de algun cuerpo hediondo, que exhala un olor pestífero y comunica un horror invencible: tal es, Agaparco, la interpretacion de tus ideas. Si quieres que te enseñe nuestra religion, no tendré que trabajar mucho para verificarlo, ni tendrás que hacer grandes esfuerzos para aprenderla.

—Padre, yo juré cuando niño, que seguiria hasta el sepulcro la religion de mis antepasados; si adoptase tu religion, el gran espíritu me haria daño y mis padres me maldecirian.

—Agaparco, no serás tú el único de tu raza que habré convertido: seres menos ilustrados que tú se han postrado ante mí y han besado esta cruz que ves sobre mi pecho; cruz que es el símbolo de nuestra religion, cruz formada del tronco de un árbol que sirvió para lavar con un baño de inocencia al linage humano. No creas que te fuerce, mi religion me lo prohibe; mis creencias, que son las del mas puro Cristianismo, me inclinan solo á amar á todos los hombres: mi religion es religion de paz, de caridad, de fraternidad y de uncion. Nunca, nunca el mundo ha poseido un libro tan precioso como la sagrada Biblia, nunca los mortales han leido unas páginas que contengan tanta sabiduría y tanta razon al mismo tiempo. Agaparco mira esa bóveda azul que nos cubre, contempla los astros; corre en tu imaginacion ese velo azul que nos oculta otros cielos, traspasa los espacios, y llega en alas del genio á los desiertos divinos. Hay tambien en el cielo un premio reservado al hombre arrepentido y tambien tienen en él un trono los amantes que como tú saben sentir, honrar y combatir.

—Ah! con que tu religion premia ó los que aman?

—Sí, Agaparco, sí: mi religion es el sublime del amor, es la que consigue el bello ideal de la pasion santificada por el indisoluble lazo del hombre y la mujer.

—¡Indisoluble lazo! Padre mio, indisoluble lazo!

—Sí, hijo mio: si algun dia llegas á conocer esa religion, que ahora sin pensar ultrajas, verás que hay un precepto que dice: la mujer debe seguir á su esposo, aunque sea al fin del mundo, aunque tenga que abandonar para ello el hogar paterno y romper todos los lazos de la sangre.

—¡Padre mio, vuelve, vuelve á repetir esas palabras! Hay tanta dulzura en ellas, que veo á su fin una mujer á quien amo, como amaria la rosa al clavel, como ama la oruga á la hoja de la flor en que reposa y vive.

—Hijo mio, tú sin pensar has amado como debe amarse segun nuestra religion; con ese amor puro, casto, inmaculado; con esa ter-

nura santa, celestial, divina, que tiene su orígen en el cielo, besa la tierra por algunos momentos, y se vuelve á la region de la luz por temor de ser profanada.

—Dí, buen anciano, tú sin duda sabrás mis amores, sabrás que hay una mujer por quien suspiro, una hija del hombre á quien salvé, á quien respeté, y que dudo si me quiere aun.

—¡Ah! no lo dudes, sí, ella te ama; pero nunca podrá ser tuya si tú antes no eres cristiano.

—¡Ah! si ella amára como yo, no quisiera que abjurase la religion de los Peguenches.

—Pues ella te ama tanto, tanto, que quiere que ganes la eternidad, á fin de que tu amor dure como el alma, que es inmortal.

—¡Ah! pues entonces creo.... pero.... no, no puedo; que se quede ella con esa religion, que yo no me quedaré con la que me enseñaron en los Andes. Sí, tendré bastante valor para dejarla.... ¡ah! no, no, parece que he bebido el veneno de los bosques, y tengo el humo de las plantas en la cabeza..... ¡dejarla! ¡ah! no, no. Padre, no sé lo que me digo; perdona, perdona á un salvaje enamorado.

Agaparco se habia postrado, porque creia que al querer abandonar á Amalia habia cometido un crímen.

Hubo algunos instantes de silencio, y la luna seguia iluminando aquella escena de amor y arrepentimiento, aquel espectáculo de dudas y de creencias.

¡Ah! el amor y la religion debian triunfar del corazon del Peguenche; y ¿cómo no ha de conmoverse el hombre mas rudo al leer en el libro del cristianismo esa máxima de verdad eterna, aunque postergada con escarnio? «Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo.» ¡Ah! ese principio es muy grande, muy santo, muy sublime; es encantador!!!

El cielo se mostraba propicio, y en sus grandes designios iba á valerse de una casualidad para convertir á Agaparco.

Una luz trémula, que de vez en cuando desaparecia, brillaba en este momento solemne en una de las ventanas que daba al jardin. El P. Ventura y Agaparco conocian muy bien á quién pertenecia aquel aposento.

¡Ah! el indio tenia abrazado al P. Jesuita, y le decia, señalando la ventana:—¿Quién estará allí?

—Hermano mio, allí está Amalia que está orando por tí: imítala, imita su ejemplo.

—¿Y á quién ora?

—A ese Dios de los cristianos, de quien ha poco te estaba hablando.

—¡Ah padre! si ella es cristiana, siendo un ángel como es, su Dios es el verdadero, y yo quiero ser cristiano para adorar con ella al Dios de los santos amores.

El indio volvió á caer de rodillas, y el sacerdote, inspirado cual otro Mesías, bendijo la cabeza del salvaje, empezando así el prólogo del nuevo catecúmeno.

—Hijo de mi alma, esclamó, de aquí en adelante empezarás á ser una oveja del rebaño de Jesucristo; yo te instruiré en los preceptos divinos, y no dudo que dentro de pocos dias podrás recibir las regeneradoras aguas del bautismo. Ahora retirémonos, porque los hombres de mi clase no podemos vagar por las calles en horas avanzadas. Adios, mi nuevo fiel, no te arrepentirás nunca de tu última resolucion; el dedo de Dios jamás se venga; avisa y perdona. Adios.

Desapareció el sacerdote, y al pasar por delante del cuarto de Amalia, esclamó: «Hemos vencido.» Amalia comprendió aquella palabra, y volvió á su plegaria con mas fervor: aquella espresion acababa de abrirle un sendero de felicidad y un porvenir rico en ensueños de abnegacion y amor.

El noble Agaparco habia tambien salido, en direccion á la plaza para dar espansion á sus ideas, y mezclar los primeros acentos de la religion con los sublimes suspiros del Atlántico... Así el hombre pequeño en contacto con las cosas grandes podia contemplar mas de cerca la grandeza del mismo Dios, y comunicarse con aquel ser inmortal, que dijo á las embrabecidas olas: «¡Mares, de aquí no pasareis!....»

CAPITULO LX.

AMOR PREMIADO.

La casa de Martin continuaba siendo el lugar de asilo. Enrique sufria mas y mas cada dia, sufrimiento que no pasaba desapercibido á los ojos de nadie y mucho menos á los de nuestra Aurelia, que no separaba un momento su vista del desfigurado semblante del enfermo.

El P. Ventura alcanzaba cada dia nuevos triunfos en su importante cargo, veia con placer los progresos que hacia la religion en aquel corazon salvaje.

Amalia no respiraba mas que amor, impulsando con él hácia su fin las nuevas creencias de su amante.

Montevideo estaba cercado por todas partes, y su juventud animosa se disponia á defender el último baluarte de la libertad argentina.

Martin estaba fraguando contínuos medios de defensa, y aunque hubiese deseado conservar siempre á su lado las personas mas amigas, sin embargo el recelo de desgraciados acontecimientos le hacia estremecer por la vida de aquellos mismos, que se habian cobijado ba-

jo su proteccion. Determinaron por fin hablar seriamente á Enrique acerca del partido que debian tomar con su hermana Amalia.

—Los acontecimientos van cada dia tomando un giro mas grave, querido Enrique; dijo Martin á este, que recostado en una silla de brazos ojeaba un periódico, cuyo artículo de fondo parecia llamarle muy particularmente la atencion.

—Efectivamente, segun veo, la prensa se encuentra muy solícita y da el alerta á todos los ciudadanos para que conserven siempre algun resto de amor á la patria.

—En ninguna ocasion necesita tanto entusiasmo como ahora; y á fé de amigo, que el ardor bélico se pinta en todos los semblantes: quizás no habrá ninguno que deje de empuñar las armas.

—¡Ah! ¡Martin! cuanto siento no poder ponerme al frente de un puñado de esos valientes, que van á morir cada dia en defensa de la mas santa de las causas. Pero no; no volveré á empuñar la espada; me siento débil y mi cabeza parece que está suspendida de un clavo: ¡Martin, Martin! mi vida es muy corta.

—Enrique, te creia mas animoso: tú, tan jóven y estás temiendo? tú, que debes vivir para alcanzar la corona que la patria reserva á los soldados de la libertad? No comprendo tu poca confianza: y además, aunque tu esterior revela cierta languidez y un abatimiento profundo; sin embargo, yo creo que mas bien te duele la herida del alma, que la del cuerpo.

—Las dos me duelen bastante, amigo mio; y si la del cuerpo no me hace algunas veces sufrir tanto es porque se galvaniza con el amoroso cuidado que le presta el ser hermoso que abrió la del alma: ¡oh! Aurelia Aurelia! cuanto te debo, y cuanto anhelo el poderte compensar tanto desvelo!

—No te entristezcas. La agitacion mas leve puede serte fatal y acarrearnos un disgusto que quisiera evitar, aunque fuese á costa de mi propia vida.

—¡Ah! gracias, Martin, gracias. Sois demasiado generoso para conmigo y para con todos. Os debemos la vida; y aun cuando no tuvierais otro título que el de íntimo amigo de mi padre, seria bastante eficaz para ocupar en mi corazon el lugar mas preferente.

—Entre los dos solo debe reinar la mas sincera cordialidad, queri-

do Enrique: ya sabes que mi máxima constante, es hacer tanto bien como puedo, y cuando lo hago con todo el mundo, con mayor razon debo hacerlo con quien es un hijo adoptivo.

Los ojos de Enrique chispaban, y manifestó el cariño que sentia por aquel hombre dándole un fuerte abrazo.

Despues de algunos instantes de silencio Martin volvió á reanudar la conversacion, y cogiendo á Enrique por la mano, le empujó suavemente para que volviese á sentarse.—Sabes, le dijo, que tengo un pensamiento que comunicarte?

—Cuando querais: siempre estoy pronto á escucharos con placer.

—Tú no dejas de ver tambien, como yo, el sesgo que vá tomando la marcha de la política. Puede ser que de un momento á otro se acerque el enemigo, estreche mas y mas el bloqueo, y por una triste fatalidad, nos veamos rodeados de asesinos, que ni merecen el nombre de soldados, ni de ejército; puesto que ni siquiera respetan el derecho de propiedad. Sentiria que tal sucediera, aunque no es probable; pero bueno es prevenirnos de antemano para no tener despues que arrepentirse. Amalia, segun conoces muy bien, ama al indio Agaparco: creo, que tú como hermano, como protector inmediato y hombre de mundo, no te opondrás á que este amor reciba su complemento; ni creo tampoco, que seas tan preocupado, que te desdeñes de que tu sangre se mezcle con la de un Peguenche, que si bien nació entre las selvas, es sin embargo digno de un porvenir brillante, por las altas prendas que le adornan, y sobre todo, por el raro ingenio que le distingue y debe dar mas tarde beneficios sin cuento. Acabo de recibir carta de Rosario en que me participa ser feliz, pone á nuestra disposicion su morada, y espera que alguno de nosotros vayamos á consolarla en su soledad. Nadie mejor que Amalia, Agaparco y el P. Ventura pueden servir de lenitino á la pobre viuda, acreedora por cierto á nuestra consideracion. Además, la sensibilidad de una jóven tan impresionable como Amalia, sufre demasiado en medio del infortunio, oyendo cada dia la narracion de escenas de sangre, y recordando historias de dolor y de muerte. Mi intencion, qne será tambien la tuya, es de hacer que marchen á Villa Rica á reunirse con Rosario, separándose así por algun tiempo del centro de nuestras operaciones; que podríamos con mayor propiedad

llamar de peligros. ¡Dejemos que nuestros semejantes gocen, mienras la tristeza y la turbacion anubla nuestras cabezas!

—Por mi parte, Martin, no tengo otra voluntad que la vuestra: dad un adios á mi hermana: mi cabeza no puede ya sostenerse: necesito descansar... ¡ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio!...

—Bien, Enrique, partirán esta misma noche, á fin de burlar la vigilancia del enemigo. Entretanto descansa, no pienses en nada; todo corre á mi cargo: yo te respondo de la seguridad de tu hermana.

Efectivamente: Enrique se encontraba postrado, porque le habia repetido el fuerte dolor de cabeza, que solo le dejaba algunos ratos. Martin con un lenguaje lleno de dulzura y de persuasion se encargó de convencer á Amalia y logró su objeto: la hizo ver la realizacion de sus justos deseos, y sobre todo la importancia que llevaba en sí la conversion al cristianismo del denodado Agaparco.

Amalia pasó el resto del dia, ora llorando, ora razonando con Aurelia, ora deteniéndose delante de su hermano, que ya no era mas que un esqueleto animado por el resto de algunos soplos de vida.

El P. Ventura se aparecia de vez en cuando como el símbolo de la conciliacion, y con sus razonamientos llenos de verdadera caridad evangélica llevaba la paz y el consuelo al seno de aquella familia y curaba las llagas qne la doble mano del tiempo y del infortunio habian abierto.

El sol empezaba á trasponerse, y Amalia habia aprovechado aquella despedida del cielo y de la tierra, para dirigir quizá el último adios á su hermano.

Aquella escena arrebataba; ¡ah! aquel tierno beso que imprimió Amalia en la abatida y pálida frente de su hermano, fué como el de un ángel á otro ángel, porque Enrique era algo mas que un ser espirituoso y bueno; era un mártir del valor y de la libertad, y los mártires deben alcanzar alguna gloria, aunque no sea mas que la de la inmortalidad, que les conduce á las etéreas regiones de la paz y de la bienaventuranza.

Las lágrimas que cayeron sobre los párpados de Enrique le dispertaron del letargo en que parecia sumido: abrió los ojos y clavó su mirada lánguida ya é inmóvil en la tierna mirada de su hermana. El dolor y la enfermedad habian ahogado su voz: ¡pobre Enrique! ¡Adios! es-

clamó Amalia y tomando el brazo de Agaparco, le dijo en voz baja: Ahora solo tú me restas en el mundo.—La contestacion fué envuelta en una reticencia del sentimiento, efecto elocuente del inesplicable amor que hizo ruborizar á la hija de Mendez.

El P. Ventura fué siguiendo contemplativamente aquella escena tierna de la amistad y el amor.

La luna rielaba en las aguas del Atlántico, en el momento que la hermosa pareja y el venerable sacerdote llegaron al buque que debia conducirlos á Rio-Janeiro. Martin les aguardaba; su semblante algo abatido, aunque muy disimuladamente, revelaba á su pesar la afliccion que le causaba el separarse de aquellos seres que habian llegado á serle tan familiares.—Partid, les dijo en el momento que entraban en el buque: partid, y acordaos siempre de mí; y tú, Agaparco, sigue las inspiraciones de ese ilustre y venerable anciano, que ha empezado á hacerte gozar de las delicias de esa religion que comenzó por el desierto, tu patria, y que encierra elementos de grandeza y de conquista tales, que se ha enseñoreado del mundo.

Agaparco quiso arrodillarse ante Martin para besarle la mano,—para demostrarle cuanto agradecia su proteccion; pues el Cristianismo le habia enseñado, que debemos agradecer los beneficios que nuestros hermanos nos dispensan; pero el humilde sabio no lo permitió, como es de suponer, y le tomó al momento de la mano, diciéndole: levanta, Agaparco: los hombres deben postrarse solamente ante Dios, ó ante los venerables sacerdotes, que se han hecho sus dignos ministros.

Un cañonazo que repitieron los ecos del mar, fué la señal de la fatal separacion. Amalia besó la mano del que le habia servido de segundo padre, y entrególe un pañuelo en el que habia bordado un pensamiento de oro para que lo regalara á Aurelia. Los tres viajeros se colocaron sobre cubierta, como para rendir el último homenaje á su bienhechor. Empezó el buque á balancearse en el Océano mientras que Martin con los brazos cruzados contemplaba como iba desapareciendo y no perdia de vista el pañuelo blanco que agitaba Amalia en el aire.

Las velas aparecian ya como un punto imperceptible en el horizonte, cuando Martin regresó á su casa, á quien dejarémos atareado entre los cuidados de un enfermo, y los graves negocios del gobierno.

¡Ah! que bello es contemplar el firmamento desde un buque, y en

las calladas horas de la noche verle deslizar suave por la superficie de las aguas! El espíritu de Dios puede decirse que está en ellas. Amalia, Agaparco y el director espiritual contemplaban aquel sublime espectáculo bajo la influencia de diversas sensaciones. El sacerdote aspiraba la brisa del cielo; es decir se remontaba hasta la existencia de Dios, que creó los mares, y les señaló un límite, diciéndoles; *de aquí no pasareis*. Agaparco se conmovia involuntariamente en medio de tanta inmensidad; y le parecia que venian á refrescar su frente las gratas brisas de los Andes. Amalia se apoyaba en Agaparco y miraba distraida las lucecitas que saltaban en el agua al compás de las pequeñas oleadas. Alguno que otro marinero cabalgando en la baranda del buque entonaba canciones, cuyos últimos acentos se confundian con el murmullo de las aguas.

Semejante escena se presentaba muy propicia al P. Ventura que tenia la habilidad de escojer el mas leve objeto para enternecer á Agaparco y afirmarle mas y mas en el triunfo de las nuevas creencias.

Lo que mas admiraba á nuestro indio era el Credo, que viene á ser el resúmen del cristianismo: se complacia en recitarlo, porque encontraba alguna analogía con los principios de la religion de sus padres. Las palabras «resurreccion de la carne» le parecian la significacion que tenian los espíritus de sus antepasados que se reunian allende los mares para inspirar juntamente á los que aun quedaban vivos en el desierto. El «Padre Omnipotente» parecia tambien á su gran espíritu. La palabra «perdon» le causaba una impresion agradable y enérgica al mismo tiempo, pues contrastaba notablemente con la idea de la fuerza bruta, que era la suprema ley del hombre salvaje. La magnífica idea que encierra la frase de haber nacido el hijo de Dios de una madre pura y sin mancilla se avenia perfectamente con el estado de su ánimo, que tan pura y bella concebia á la mujer en sus ensueños de amor. Aquella palabra Vírgen, le hacia volver los ojos hácia Amalia, y lleno de fervor cristiano, la abrazaba diciéndola:—Procura imitar á esa mujer de los cristianos; porque sus encantos y santidad me tienen lleno de admiracion.—Amalia recogia aquellas palabras, como una flor nacida en el mes de agosto abre su cáliz para recibir las que se desprenden del rocío matinal. Agaparco era ya para ella un amante cristiano, no era el idólatra de los Andes, era el catecúmeno que iba á

recibir el bautismo en las santas aguas de Villa Rica. Amalia se estasiaba contemplando á Agaparco, y si el buque hubiese podido correr tan veloz como su pensamiento, seguramente que Rosario hubiese dado un abrazo á su amiga mas pronto de lo que ella creia.

—¡Amalia! decia Agaparco al dispertar. ¿Los cristianos debeis ser muy felices, puesto que vuestra religion es de flores y armonía?

—De todo hay, Agaparco, contestaba Amalia, cogiéndole las manos y atrayéndole inocentemente hácia sí. A muchos les parece muy pesado el yugo de nuestra religion; pero otros saborean sus goces, como los niños el dulce mas riquísimo.

—Lo mas grande de ella para mí es esa union entre el hombre y la hija del hombre. Tu religion, parece se ha hecho para los dos; porque contiene el credo del amor y las delicias de las almas unidas.

—Tan cierto es lo que dices, como el mismo Jesucristo está intimamente unido á su Iglesia como lo pudiera estar un esposo con su esposa.

—¡Ah! como lo estarémos nosotros, idolatrada Amalia; por mi parte te juro ante la luna, amiga de los amantes, y ante ese Dios cristiano, que te amaré hasta la muerte: jura tú tambien que serás mia, que no me dejarás por otro hombre blanco, por otro ser civilizado.

—No necesito hacerlo, Agaparco: lo ha hecho ya mi corazon. Prefiero tus plumas á los ricos brillantes del pontentado. Tu cabaña á los palacios, los Andes al resto del mundo, tu corteza salvaje á la finura social y tu razon á la de los demás hombres.

—¡Ah! Amalia, qué bien me haces! Al oir tus palabras me siento menos salvaje, y me parece que pienso como ese sabio, ese Martin, á quien tanto debemos; á ese espíritu de la libertad argentina en cuya mente bulle la igualdad del hombre y la abolicion de la esclavitud.

—Bendígalos Dios desde el cielo, esclamó el P. Ventura apareciendo.

—Dadnos la bendicion, esclamaron los dos arrodillándose ante el docto anciano. Y el sacerdote bendijo anticipadamente á aquellas dos almas llenas de fé cristiana y consumidas por una llama de amor sin límites.

Dios tambien les bendijo desde lo alto, y fijó su destino en el gran libro de oro.

La navegacion aunque corta, pareció eterna á los amantes; esperaban con vivas ansias llegar á Rio Janeiro, que era el punto en donde habian de desembarcar.

La fantasía puede pasearse si le place por aquellos mares encantados, en que la imaginacion se pierde á cada paso, y contemplar, al son del murmullo de las aguas, á aquellos dos amantes que no se sacian de mirarse, y que embebidos el uno en el otro, acercan todas las distancias sociales que les separan, y solo divisan el punto final de sus esperanzas, en la bella union que debe enlazarles eternamente.

—¡Rio Janeiro! Rio Janeiro! esclamaron al pisar esa perla de las playas brasileñas, y el sacerdote cayó de rodillas sobre la arena, besóla, y levantando los ojos al cielo, dió gracias al Señor por el feliz viaje que les habia favorecido.

—Vamos, hijos mios, les decia dirigiéndose á Amalia y Agaparco; hé aquí lo que es la vida, un corto viaje, pero aun no libre de tempestades. Vosotros os acercais á ese deseo que hace hervir dentro del pecho vuestros corazones. Continuad por esa senda que os parece cubierta de flores; pero guardaos al mismo tiempo de enamorarlas, porque muy pronto se caerian por su mismo peso, y al levantarlas, os convenceriais de que ya no tienen vida por hallarse ya marchitas, secas, casi muertas.

—En todo hallais, padre mio, una escelente máxima de moral, contestóle Amalia.

—¡Ah! hija mia, esta es la ciencia, aunque escasa, que me ha enseñado el tiempo despues de tantos azares, despues de haber estudiado profundamente el corazon humano, y despues de haber pisado casi toda la redondez de la tierra.

—Mucho habreis visto, pero quizá nada os habrá causado tanta estrañeza como el amor que profeso á ese indio.

—Ninguna me causa; pues lo que no podria comprender en tu corazon, fuera una pasion ilegítima; pero nunca un amor tan desinteresado como el suyo. Y sino, ¿qué importa que el hombre y la mujer hayan nacido en diversos climas? ¿acaso porque la preocupacion de mundo ha creado categorías en la escala de la naturaleza, deben la inteligencia y la virtud esclavizarse por ellas? No, nunca; jamás debe el sol morir por las tinieblas, jamás el zenit debe ennegrecer sus galas

al rozarse con las sombras de la noche; nunca.... pero callemos, pues todo lo que podria decirte, está contestado diciendo: que en vuestra pasion ha habido el dedo de Dios.

Calló el hombre del Evangelio, y Agaparco absorvió todo el jugo de aquellas palabras henchidas de sublimidad y ternura.

Pasaron algunos dias y Villa-Rica apareció ante nuestros viajeros como una dama en el momento de ponerse el collar; saludaron sus montañas y el sol habia corrido la mitad del dia cuando Rosario recibia con los brazos abiertos á su querida amiga, con una sonrisa en los labios á las dos interesantes figuras del indio y el sacerdote, y con una cortesía entre benévola y melancólica á todo aquel grupo que para ella era un recuerdo acerbo y una amistad ilimitada.

A las primeras efusiones del corazon, sucedió el arreglo de los viajeros, y pasadas las horas de descanso, el P. Ventura se encargó de informar á Rosario de la mision que tenia que desempeñar con Agaparco, y de las ceremonias que debian preceder á su enlace con Amalia.

El hombre de la oracion creia muy bien que no podia aplazar por mas tiempo el bautismo del salvaje: conocia perfectamente el genio indio, y sabia que su carácter variaba tanto como los pintados bosques en que viven. Tampoco le pasaban desapercibidas las muchas creces que tomaba en el corazon de Amalia el amor del peguenche, y de las mismas ceremonias sacrosantas del cristianismo, esperaba el escelente testimonio y la última prueba de conviccion que habian de fijar mas y mas las creencias del catecúmeno.

Cierta noche, despues de algunas que habian transcurrido desde que nuestros personajes se habian instalado en casa de Rosario, el P. Ventura anunciaba á Agaparco que el dia siguiente era el señalado para recibir el sacramento del Bautismo, y que al sucesivo el cielo iba á regalarle la azucena de los Andes, Amalia por esposa. Los transportes de gozo que sobresaltaron al indio, son inesplicables, y en medio de su entusiasmo y de su ardiente fé, se arrodillaba ante el P. Ventura, le abrazaba, le besaba y repetia con fervor las oraciones que habia recibido de aquel nuevo apóstol, de aquel cenovita errante.

—¡Mañana! esclamaba Agaparco al encontrarse con Amalia. ¡Mañana! le contestaba ella rebosando candor, y una pasion que habia llegado ya á su colmo.

¡Musas cristianas y potestades de lo alto! ¡quién pudiera tener vuestras voces de armonía para cantar la inspiracion cristiana y derramar sobre los altares del hijo de Dios una ardorosa plegaria! Vosotras, que sois las colocadas alrededor del templo, que hablais la lengua del misterio y os cubrís entre el silencio de las encumbradas bóvedas, decidme: ¿cuál es ángel de la fé, encargado de vendar la vista del hombre? ¿Hay acaso desde el primer soplo de la creacion algun espíritu angélico, destinado á abrir las puertas del cristalino alcázar, trono celestial y eterno de la pureza y la virtud? ¿ó hay tal vez alguna senda mágica que solo aparece al pasar por ella los mensageros del Señor, que van á murmurar al oido del hombre las palabras del consuelo y de la inmortalidad? ¿qué ideal envuelve esa religion sublime, que tuvo un prólogo de sangre en el Gólgota? ¿qué luz es la que se ve brillar perpetuamente en el fondo de esa region encantadora, parecida á una emanacion caida del Empíreo y que ha dejado al pasar una esbelta coluna de incienso? ¡Oh! amor inmenso, amor indescriptible, que el hombre siente, pero que no comprende! En tí se oculta la magia del cristianismo: en tu fraternal enlace con el hombre se encierra la urna del *no se qué divino*, que imprime ese carácter indefinible al imperecedero código del crucificado!!!

Eran las doce del dia señalado para el bautismo, y las campanas de la Iglesia de Villa Rica anunciaban el gozo de la madre al recibir en su seno á un hijo. Agaparco, casi trémulo de emocion y apoyado en el brazo de su maestro, acababa de entrar en el templo; y rodeado de una sociedad brillante, hermoso como un sueño de amor, su figura descollaba entre todas las demás, y su rostro parecia radiante, no tan solo por su belleza natural, sino por el recogimiento religioso que contrastaba admirablemente con lo varonil de sus facciones y con lo atrevido de su mirada, noble y penetrante á la vez.

La multitud seguia agrupándose, mientras que el sacerdote proferia las palabras de la salvacion. Agaparco permanecia mudo: sí, mudo al principio de la ceremonia, mudo, cuando el agua de la regeneracion corria por su cabeza, y mudo hasta que la última palabra del divino rito hirió sus oidos. ¡Ah! pero desde el instante que la religion acabó de esparcir sus últimos acentos, el salvaje ya cristiano hizo gala de sus naturales dotes: su lengua parecia como la de los profetas; y se convertia en preconizadora de la revelacion.

Lució por fin el dia ansiado y la religion completó su obra. Agaparco y Amalia al rayar la aurora habian purificado sus almas y al caer de la tarde estaban otra vez en el templo. La mujer civilizada ardia en deseos de poseer al hombre que no era ya salvaje, sino que afectaba el aire de un apuesto galan. Ella se cubria con el trage blanco, símbolo de virginidad: él lucia con gallardía el airoso trage de capitan argentino. Allí arrodillados, ante los altares, profirieron el trémulo *Sí padre* que el Cristianismo ha impuesto para que sea la espresion genuina de nuestra voluntad y el símbolo de una alianza eterna.

El cielo acababa de unir aquellas dos almas nacidas la una para la otra. Rosario acababa de rendir un tributo á la gratitud y el enviado de Dios habia cumplido su mision.

¡Bendito, mil veces bendito el Credo, que elevándose sobre la tierra sabe igualar á los seres, trasportándolos á regiones en donde la ley es mas justa, por ser inalterable, como desprendida de los mismos labios de Dios!...

Amalia habia pisado al mundo, habíase hecho superior á él: Agaparco, ébrio de dicha, empezaba á tocar la realidad de un ensueño divino.

¡Loor y prez al alma grande! baldon y muerte al corazon mezquino.

CAPITULO LXI.

LAS DECLARACIONES.

La ciudad heroica, ese poderoso é inespugnable asilo, que la libertad habia levantado en la ribera izquierda del Plata contra el despotismo de Rosas, continuaba ofreciendo un envidiable contraste, que hacia resaltar mas la miseria de todas las provincias sometidas: tal era el notable acrecentamiento que los continuos escesos de los invasores habian producido, y el fecundo y protector sistema de gobierno que, merced á las sabias disposiciones del nuevo ministro, se hallaba establecido.

Como todo gobierno, cuya sólida base es la legalidad, cuyo único deseo es el bien y prosperidad del país, cuyo único problema es el consorcio del órden con la libertad, mereció bien pronto el unánime apoyo de la opinion pública, y pudo orillar sin dificultad los grandes obstáculos que al principio se oponian á su rápido y progresivo desarrollo. El elocuente discurso de Martin escitó el patriotismo de los principales contribuyentes y capitalistas y todos abrieron sus arcas para desvanecer la penuria: entabláronse re-

laciones con todas las provincias y estados limítrofes, con todos sus representantes, con los hombres mas importantes de ellas y con los que se oponian al régimen destructor. El poderoso imperio del Brasil, el Paraguay, Chile, en el esterior; Corrientes, Entre Rios y todas las demás del interior, que en ocasiones diversas se habian alzado contra Rosas, correspondieron dignamente al patriótico llamamiento del gobierno, que no en balde habia invocado su ausilio, por la integridad de su territorio invadido á fuerza armada, por la conservacion de su independencia amenazada y por la justa represion de los crímenes, que impunemente se cometian. En una palabra, para trazar de un solo rasgo el genio emprendedor de este hombre estraordinario, hasta habia entablado negociaciones con uno de los mejores generales del dictador logrando interesarle con su elocuencia y hacerle un digno hijo de la patria y un campeon acérrimo de la libertad.

Montevideo era ya un temible arriete, que habia de derribar con el tiempo el ruinoso edificio de la tiranía.

Martin era el lábaro reparador destinado por la providencia para restañar las heridas de la república argentina.

Pero un fatal accidente iba á eclipsar muy en breve la dicha de nuestro héroe. El valiente y enamorado Enrique iba á entrar en el último período de una inflamacion cerebral. La patria iba á perder uno de sus mejores hijos, la sociedad argentina el mas bueno de sus individuos y Martin la persona mas querida de su corazon.

Al principio, la falta de síntomas habia hecho concebir á los facultativos esperanzas lisonjeras; pero la sucesiva languidez de las fuerzas, el abatimiento moral, la alteracion de las funciones del cerebro, los fuertes dolores, todo hacia pronosticar una muerte inevitable. Engastada sin duda la bala en el espesor de la parte huesosa del cráneo, no podia naturalmente notarse su presencia, y por lo tanto hacerse la estraccion. Los facultativos mas acreditados del país, y estranjeros fueron convocados por Martin para apurar toda la ciencia, mas todo fué inútil. La postracion del enfermo por el dolor le hacia estraño á todas las sensaciones esteriores: hasta el amor, que poco antes rayaba en idolatría se habia apagado: la esbelta y hermosa figura de Aurelia le era ya indiferente. El valeroso Enrique, aquel ser, que Martin amaba como á un hijo propio, iba á desaparecer muy en breve de la es-

cena del mundo. La contínua agitacion, la contraccion de la pupila, las deyecciones frecuentes é involuntarias, el delirio, las convulsiones; he aquí los fenómenos que habian arrancado á los facultativos en la última junta el fundado pronóstico de su proximidad al tercer período en que la compresion del cuerpo estraño produce la supuracion ya del cerebro, de las *meninges*, ó de los mismos huesos y con ella tambien la muerte.

Apurada era en estremo la situacion de Martin, que tenia no solo que ocultar, sino hasta disfrazar el triste estado del enfermo, aun ante ojos tan perspicaces como los de una apasionada amante.

Sin embargo, su estraordinario talento le prestaba en todas ocasiones eficaces medios para salvar los trances mas penosos. Sin apartar un momento su vista de los graves y urgentes negocios que pesaban sobre el gobierno, dedicábase con paternal solicitud á labrar la dicha de los hijos de su mayor amigo, cuya sensible muerte habia puesto bajo su tutela.

Al paso que habia visto con placer los rápidos progresos del catecúmeno, los mágicos efectos de nuestra religion sublime, deploraba con amargo dolor la precipitada decadencia del enfermo; y su corazon oscilaba entre dos afecciones opuestas. Pero la muerte de Enrique era ya inevitable, y era preciso librar de su terrible impresion á la única persona, que aun quedaba unida á él por los sagrados vínculos del amor y del deber.

La causa de la libertad iba entre tanto ganando terreno, y gracias á los eminentes servicios prestados por nuestro ilustre general y orador eminente, consiguió un completo triunfo.

Hemos dicho ya, que el gobierno se hallaba en relaciones favorables con las provincias y Estados limítrofes; pero para robustecer mas la justicia de su causa, para interesar mas vivamente á los que habian prometido su cooperacion, mandó instalar una comision que dió principio á sus trabajos en julio de 1843, compuesta de las personas de mayor probidad, y agenas al gobierno, para que recibieran una indagatoria general acerca de los crímenes de Rosas y su procónsul Oribe en la república oriental: en la inteligencia, que los deponentes habian de reunir la circunstancia de ser testigos oculares de los hechos respectivamente consignados, autorizándolos des-

pues con su firma, que habia de salir garante de su exactitud y veracidad.

Efectivamente; al presentarse los emigrados al gobierno se les interrogaba la causa, y cuando ésta era alguna violencia ó algun crímen cometido en sus personas, en las de su familia ó á su presencia, pasaban á la comision para suscribir la relacion hecha al gobierno; medio ingenioso, por el cual se obtuvo, como verán nuestros lectores, una prueba evidente é irrecusable, del lastimoso estado en que se hallaban todas las provincias sometidas á la monstruosa dictadura de aquel hombre funesto.

Mas adelante veremos los efectos de ese espediente, que debidamente autorizado se pasó por conducto de los representantes del Brasil, Paraguay y Chile á sus gobiernos.

He aquí las principales declaraciones (1) que contenia, y que prueban cuanto hemos dicho acerca de la ferocidad de aquellos bárbaros.

Don Ramon Almiron, natural de Córdova, declaró el 14 de julio, «que vió matar por órden de Oribe en la batalla de Quebrachito al parlamentario Don Rufino Varela, quebrantando con ello el derecho de gentes y de la guerra: que pocos dias despues vió degollar al teniente coronel Mons, porque no podia caminar: que en Córdoba fueron degollados otros dos hombres, porque habian representado una comedia patriótica: que en el parage llamado Macha, á veinticinco leguas de esta ciudad lo fueron igualmente cien prisioneros tomados á las tropas del general La Madrid, quedando sus cadáveres insepultos por órden terminante de Oribe, que impuso pena de muerte al que la infringiera: que igual suerte sufrieron en la pampa del Gato el teniente coronel Jigena y veintiun oficiales tomados á la division del coronel Vilela: que en el camino de Mendoza á orillas del rio Desaguadero hallaron la cabeza del general Acha clavada en un palo y el cuerpo tirado á corta distancia: que al dia siguiente vió en las calles de la ciudad de Mendoza siete cadáveres; que á los dos dias un oficial del cuerpo de Granada saqueó al frente de sus soldados una casa y mandó asesinar al dueño, su mujer y una niña pequeña: que todos los dispersos

(1) Todas ellas se hallan comprobadas en las *Tablas de sangre* publicadas por Rivera Indarte en su obra Rosas y sus Opositores, pag. 277 á 317.

de Rodeo del Medio que eran alcanzados por la division de Pacheco fueron degollados: que en la Bajada se perpetraron dos degüellos, un comandante y un oficial prisioneros del ejército de Rivera: que, despues de la accion del Arroyo Grande, fueron degollados todos los oficiales y casi la totalidad de sargentos y cabos; y que igual suplicio sufrieron en el Cerrito tres individuos: que todas estas víctimas habian sucumbido á su presencia por ser un oficial que se habia hallado en todos los puntos referidos; que las víctimas antes de ser degolladas suelen sufrir los mas horribles tormentos, como desolladas etc., y que sus cadáveres no reciben sepultura.»

Don Pedro Allan declaró el 15 de julio: «que vió el degüello de cuatro prisioneros con las siguientes crueldades: una vez asegurada la persona que debe morir, los asesinos van por detrás atormentándola clavando sus cuchillos indistintamente en todo el cuerpo y ultrajándola con las palabras mas obscenas: que cuando llegan al lugar del suplicio sufren mutilaciones que la pluma se resiste á trazar, pero que el declarante ha visto en dos franceses cogidos al pasar á esta plaza (Montevideo); y que despues de esto los degüellan separando paulatinamente las carnes de su cuerpo, repitiéndose este tormento con bastante frecuencia en el campamento de Oribe en el Cerrito: que los ejecutores de estas maldades son tan cínicos é impíos, que hacen ostentacion de la animosidad y furor con que cometen estos crímenes, habiendo visto lamer el cuchillo ensangrentado con que han herido la víctima y tomar sangre en la palma de las manos y beberla, sacando además lonjas del costado de los desgraciados y regalárselas unos á otros: que los hombres que Oribe tiene asalariados para esos degüellos son dos venidos del otro lado, (maz-horqueros) acostumbrados ya á estos escesos; y que cada jefe tiene sus degolladores de oficio: así que unos se llaman los degolladores de Maza, de Rincon, de Barcena, de Oribe y de otros.»

Don Higinio Ayala declaró el 19 de julio: «que confirmaba la deposicion de los anteriores testigos sobre el trucidamiento, mutilaciones y degüellos de nueve franceses prisioneros, y que además habia visto en el Cerrito muchos cadáveres degollados y mutilados horriblemente: que en las Conchitas fueron degollados el ayudante Vergara, el alférez Martinez y dos soldados correntinos: que despues de

la carnicería del Arroyo Grande lo fueron tambien seis soldados prisioneros de la division del general Lopez; que el cabo Rojas degolló á una mujer de órden del coronel Rincon, tirando al campo su cadáver desnudo; y que en el Cerrito fué fusilado el mayor don Manuel Andrade con tres mas sacados de un buque, en que navegaban bajo la salvaguardia del derecho de gentes.»

Don José Dámaso Arellano declaró el 17 del mismo mes: «que ratificaba la declaracion de D. Ramon Almiron sobre las matanzas de la Pampa del Gato, Mendoza, Bajada, Arroyo del Medio, y los franceses prisioneros, añadiendo lo siguiente: que el coronel D. Manuel Rico, hecho prisionero en San-Calá, fué muerto á bayonetazos por órden de Pacheco, siendo desollado su cadáver para hacer manéas y cortadas las orejas: que D. Juan Campi, vecino de la Bajada del Paraná, á quien se le tuvo preso algun tiempo, fué obligado á dar aullidos como un perro, siendo atormentado cuando se resistia á ello, hasta que al fin la víspera de embarcarse el declarante halló su cadáver tirado en la isla: que en el campo que tenia Oribe en las Conchitas fueron degollados dos oficiales y un soldado, y un jóven cuyo cadáver yacia á pocos pasos de la tienda de Oribe; y que frente á la tienda de donAngel Pacheco vió tambien el cadáver de una mujer desnuda.»

Don Timoteo Ballesteros declaró el mismo dia: «que los degüellos se multiplican y aumentan cada dia: que degüellan á todo el que no se une á los sicarios: que en Buenos Aires fué fusilado D. Valentin Balbastro, jóven de 23 años y sobrino del general Alvear, solo porque dijeron á Rosas que dentro de la cartuchera que tenia, como individuo de la guardia cívica, se habia encontrado la inscripcion de «viva Lavalle»; pero despues de la ejecucion se observó que en el parque habia muchas cartucheras que la tenian tambien, porque eran efectivamente de las tomadas á los prisioneros de Lavalle en el Quebrohito, y cuando Rosas lo supo soltó una carcajada, diciendo «ya se *fastidió* Balbastro:» que al coronel don Facundo Borda, fusilado en Monte Grande (Tucuman) se le cortaron las orejas por órden de Oribe y fueron remitidas como regalo á la Manuelita Rosas, hija del dictador, la cual se complacia en enseñarlas á las damas y caballeros de su tertulia; que al presenciar este espectáculo el capitan de la fragata inglesa *Perla*, se-

ñor Franklan, se levantó altamente indignado, tomó su sombrero y contestó á la Manuelita: «Señora, los capitanes de la marina de S. M. B. no están acostumbrados á escenas tan repugnantes:» que todo esto lo afirmaba el declarante por haberlo oido decir á personas respetables que habian presenciado el hecho.»

Don José Castañares declaró el 19 «que en la Pampa vió fusilar 22 oficiales, en San-Calá degollar al prisionero Manuel, en Piedra Blanca degollar y descuartizar á otro, en Catamarca fusilar al teniente coronel D. Luis Manterola y cuatro oficiales mas, en Tucuman á 50 soldados y 14 oficiales, entre ellos el coronel don Facundo Bordas, á quien le cortaron las orejas para remitirlas á la hija de Rosas; en Metan despues de fusilado el gobernador D. Marcos Avellaneda, juntamente con Casas, Vilela y otros muchos oficiales entregados por el infame Sandoval, le abrieron el pecho, le arrancaron el corazon y lo colgaron de un árbol, y la cabeza fué clavada en un palo en medio de la plaza: que en los tres meses que el declarante residió en Tucuman, despues del combate del Monte Grande, fué muy raro el dia en que no vió, ú oyó decir, que se habian cometido asesinatos con mas ó menos barbarie, ya en los prisioneros, ya en las personas pacíficas, que no eran adictas á la federacion; que las mujeres que descuidaban el moño de costumbre eran azotadas con vergas sin valerles el sagrado asilo de los templos: que en los dos meses que permaneció en Catamarcase cometieron las mismas atrocidades, en particular con su gobernador Cubas, que habiéndole exigido diez mil pesos para salvarle la vida lo degollaron despues de entregados: que despues de la accion del Arroyo Grande, son innumerables los degüellos que se hicieron por espacio de tres dias, llevando las víctimas de diez en diez; y por último que de los infinitos asesinatos del Cerrito no puede citar otras personas por no conocerlas, que los siete franceses prisioneros, cuyas cabezas fueron clavadas en estacas en el camino, donde permanecieron por mucho tiempo.»

Don Felipe Caepon declaró el 17 de agosto, «que ha visto degolladas por las tropas de Oribe una mujer con su hija en una zanja á corta distancia del pueblo de las Piedras: que es público que se cometen y repiten con frecuencia estos escesos, sin distincion de personas, y que dos amigos suyos presenciaron el trucidamiento de dos franceses, que

antes de ser degollados les cortaron lonjas de carne y las pusieron al fuego para comérselas.»

Don Crisóstomo Acosta declaró el 22 de agosto: «que presenció el degüello de todos los prisioneros de cabo arriba cogidos en la batalla del Rodeo del Medio: el de un juez de paz en la jurisdiccion de Santa Fé por órden de Oribe: el de cuatro soldados y un oficial tomados al comandante Oroño; el fusilamiento del comandante Canango y doce soldados suyos que se presentaron bajo la fé de un indulto: el de los prisioneros desde cabo arriba hechos en el Arroyo Grande, de dos prisioneros degollados en las Conchitas por órden de Oribe y colgados en los árboles, de otro francés degollado por órden del mismo Oribe cerca del Paso de Paloma, y de tres prisioneros hechos en la fortaleza del Cerro, los cuales degollados por el soldado Cipriano Casas, dijo este, despues de empaparse la cara y las manos con la sangre de las víctimas, «que tenia hambre y sed de esta clase de alimento.»

Don Cesareo Hermosilla, declaró el 30 de agosto: «que habiendo residido en Buenos Aires desde el año 35 hasta abril del 42, presenció todos los crímenes del año 40 y de este mes, como tambien los de 1.° al 20 de enero del último año en que por órden de Rosas fueron pasados á cuchillo en la cárcel, cuarteles y campamentos de Buenos Aires 282 prisioneros que tenian encerrados mas de un año: que el 8 de febrero fué fusilado tambien en la cárcel el propietario de Tucuman don Antonio Elguero; pero que habiendo gritado antes de la ejecucion ¡«muera el tirano Rosas!» mandó que no lo hicieran hasta media hora despues de haberle cortado la lengua, cuya órden se cumplió: que antes de la convencion Mackau fué hecho prisionero en la bajada de Santa Fé don Rafael Cabanillas con cinco compañeros mas: concluido el tratado, fueron conducidos á Buenos Aires y el 10 de julio del año 41 los mandó al campamento donde fueron muertos á balazos al bajar de la carreta, sin recibir los ausilios espirituales ni sin haberles dicho una palabra. Cabanillas era el único testigo de la causa de los Reynafés, que conocia al principal autor (Rosas) de la muerte de Quiroga; por eso no le alcanzó la aministía de la concecion Mackau: que el 30 de de abril del 42 fué azotada por la maz-horca en Buenos Aires doña Rosalia Fagiani, esposa del teniente coronel Damuel, y murió á los pocos

dias del susto y la vergüenza: que el 19 de setiembre del 41 fué fusilado en el cuartel de serenos por su jefe Nicolás Mariño el capitalista español don Lucas Gonzalez: no tenia otro delito que ser muy rico; así que sus bienes se repartieron entre la maz-horca, la cual entregó á Rosas un hermoso tintero de plata robado á la víctima y dos fuentes cinceladas del mismo metal que saquearon en casa del general don Eustaquio Diaz, cuyas alhajas regaló Rosas, segun voz pública, al almirante Mackau.»

Don José Ramos declaró en la misma fecha: «que las tropas de Rosas en el Estado Oriental degüellan todos los prisioneros, despues de cometer con ellos los mayores sacrilegios: que ha visto quemar cadáveres, comer carne asada de ellos, degollar á un inglés llamado Guillermo, una mujer y un niño de siete años; y que cerca de Montevideo en el punto llamado Maroña ha visto una grande zanja que estaba llena de cadáveres degollados por las fuerzas de Oribe.»

Doña Tomasa Santana declaró: «que las tropas de Rosas no permiten dar sepultura á los cadáveres, como sucede con el de D. Félix Artigas, degollado por órden de Oribe, que está insepulto en una zanja de la casa de la declarante: que del mismo modo apareció junto á una propiedad de la misma, degollado, quemado y trucidado el cadáver que resultó ser del súbdito sardo Bautista Tirpo el 11 de junio del año de la fecha; y por último, que es innegable, el que en el campamento de Oribe se cometen crímenes diariamente y asesinatos de personas inocentes é indefensas, entre ellas mujeres y niños.»

El fiel resúmen de las degradantes infamias cometidas por los sicarios, que contenia este documento, produjo, como no podia menos de suceder, los efectos que Martin se habia propuesto. Por una parte bosquejaba con la exactitud de la evidencia el tristísimo estado del país y el anárquico sistema que le regia: por otra, daba un solemne *mentis* á los aduladores del déspota que se valian de todos los recursos que suministran el servilismo y la adulacion, para desfigurar los hechos mas públicos y fulminantes de su tiranía horrenda é insoportable.

Ante las declaraciones transcritas, autorizadas todas por testigos oculares de diferentes provincias y naciones; ante esa multitud de crímenes, repetidos cada dia, cada hora, con mayor crueldad, con mayor cinismo; ante escenas tan nefandas, que la pluma se resiste á trazar, no podian ser insensibles ni las naciones, ni los hombres: era

pues, imprescindible, el que unos y otras se agruparan en derredor de la victoriosa bandera que en la invicta ciudad tremolaba: era necesario que los pueblos todos del mundo civilizado se levantaran en masa como un solo hombre, y tendieran su protectora mano á los heróicos defensores de la libertad y del progreso; de ese movimiento fecundo, civilizador, constante, eterno, impreso por la mano de Dios al mundo desde el dia primero de su creacion; de esa ley evangélica, universal, predicada primero por el divino maestro en la desnuda cima del Gólgotha, y difundida despues por sus dicípulos en los ámbitos todos del universo.

El Paraguay, verdadero eden de felicidad y de progreso desde la muerte de su cruel tirano el doctor Francia, fué la primera república que acudió á su llamamiento. Doce mil de sus mas valientes hijos echaban arma al hombro para hacer respetar los fueros inviolables de la razon, de la justicia y de la legalidad. Solo esperaban la señal de ¡adelante! para pasar la frontera y pasear victorioso por todas las provincias el pendon de la libertad.

El Brasil tenia un interés mas directo aun en conservar la libertad é independencia de Montevideo, que el tirano trataba de matar; interés, que emanaba de un deber sagrado, de un compromiso moral, firmado por mediacion de la Gran Bretaña el 27 de agosto de 1828, como se desprende terminantemente del tercer artículo de la convencion preliminar, que dice así:

«Ambas partes contratantes (*el Brasil y Buenos Aires*) se obligan á *defender* la independencia é integridad de la provincia de Montevideo, por el tiempo que se ajustare en el tratado definitivo de paz.»

Y este tratado y este compromiso fué ratificado y respetado hasta la elevacion de Rosas, para quien, como hemos dicho otras veces, no habia pactos, ni compromisos, por sagrados y solemnes que fueran, porque no habia justicia, ni ley. La violacion de los tratados era una consecuencia lógica de su sistema, si es que puede darse el nombre de tal á la anarquía que imperaba.

¿Cómo, pues, habia de obrar de otro modo el poderoso imperio, al enterarse por este documento de los abominables sucesos, que á la sombra del Tirano y por la fuerza bruta se cometian? Demasiado notorias eran las intenciones del déspota al violar este solemne tratado.

Desafiar al gobierno del vecino imperio y promover sediciones en sus provincias del Norte, fronterizas con las del Uruguay. Y si alguna duda quedára de ello, bastaria leer su Gaceta para desvanecerla. En ella ha declarado varias veces: (hablando del Brasil): «que la monarquía es una planta exótica y un escándalo en América, y que es tiempo ya que ese emperador *Banana* (1) deponga una corona y un cetro carcomidos.»

Además, Rosas conocia perfectamente el carácter republicano de las provincias limítrofes: en el interior, la gente de color es mucho mas numerosa que la blanca; quizás hay una proporcion de veinte por uno: la Banda Oriental es un puente colocado por la naturaleza entre las provincias del Plata y del Brasil; y si el argentino Atila hubiese estendido sus dominios hasta la frontera, si hubiese incorporado, como pretendia con grande empeño, á sus Estados la pequeña provincia cisplatina, su triunfo y su conquista hubieran sido inevitables. Con proclamar la libertad de los esclavos, la igualdad de derechos, el comunismo en accion, es decir, el sistema que imperaba en sus provincias, —el despojo y esterminio de la clase ilustrada y opulenta por la hez del pueblo;—con levantar esta bandera, decimos, quedaba hecho todo: el *sistema rojo* hubiera reemplazado sin duda á las instituciones eminentemente liberales que rigen en este vasto imperio de la América del Sud, donde se goza, sin disputa, la mayor suma de libertad.

Pero, no: el gobierno de Rio-Jainero no podia mirar con indiferencia ni los atropellos de que eran víctimas sus súbditos en el territorio uruguayo, ni las intentonas del dictador en varias provincias del imperio ni la violacion escandalosa del solemne pacto. Recogió el guante que con tales escesos le arrojaba el cínico gaucho, y contestó al gobierno de Montevideo poniendo á sus órdenes veinte mil bayonetas, que mandó mas tarde á la frontera de Rio Grande.

Con tales resultados recogió Martin una nueva aureola de popularidad: todos estaban admirados al tocar los sorprendentes efectos de su tacto diplomático, de sus medidas, de su política, que tantos triunfos habia conquistado. No hubo un solo estado, una provincia, un hombre, á quien él se dirigiera, que le negára la proteccion. Hasta el mismo

(1) Apodo puesto por Rosas al emperador del Brasil, cuyo sentido en el país no solo era ridículo, sino altamente injurioso.

general Urquiza, uno de los mas bizarros generales del dictador, no pudo ser insensible á sus instancias, á sus escritos, á sus palabras llenas de patriotismo y de fuego, que inflamaron su pecho, al recordarle el sagrado deber de la salvacion de la patria.

Martin rebosaba de júbilo; no era alegría, era un vértigo de gozo que embriagaba sus sentidos: ni comia, ni dormia; su espíritu estaba saturado por ese placer inefable que sienten las almas elevadas, los nobles corazones, cuando han proporcionado á sus semejantes un bien inapreciable. Al considerar que la causa de la libertad y de la justicia habia triunfado ya moralmente; al ver que las huestes del tirano iban muy pronto á rebelarse contra el mismo, á ligarle con las mismas cadenas, que en otro tiempo les entregára; al recordar, en fin, que la patria iba á sacudir en breve el ominoso yugo que tantos años la esclavizaba y oprimia, su imaginacion se trastornaba, sus sentidos quedaban comprimidos por el sopor fascinante de la inspiracion, y el genio le lanzaba en sus invisibles alas á la fantástica region de los querubes.

—Sí,—se decia á sí mismo en aquella especie de éxtasis,—los partidarios de la razon y de la verdad han triunfado siempre: esta es la luz del alma, como dice Saint-Pierre; y lo mismo que toda luz debe en el principio su orígen al sol, así toda verdad emana de la divina esencia, de la cual el luminoso astro es la imágen sensible. ¿Qué importa que los enemigos de la humanidad, los déspotas, los malvados, les motejen de sediciosos? Esto sucede al principio de la lucha; pero al fin todo el mundo reconoce con Benjamin Constant que sus contrarios son los «sediciosos y rebeldes.»—«El poder sin límites es un frenesí que arruina su propia autoridad,» ha dicho un grande hombre; y este frenesí en el déspota argentino, ha llegado al máximum de su elasticidad: le ha sucedido lo que á la goma, cuando ha sufrido una dilatacion superior á su propiedad inherente: no pudiendo estirar mas, cede, se despedaza, se rompe.—He aquí el término de la tiranía.

Un recuerdo fatal vino á sacar á nuestro héroe de su feliz arrobamiento. Enrique estaba cada dia peor y los síntomas se presentaban mas alarmantes. La agitacion se habia calmado, el delirio fué reemplazado por el sopor: los escalofrios habian sustituido al calor lento que le aniquilaba: un sudor frio y biscoso bañaba de contínuo su pálida frente: la respiracion, antes penosa y ardiente, era ya entrecortada

y estertorosa: sus miembros, ordinariamente paralizados, ora eran atacados de fuertes convulsiones, ora sufrian una contraccion completa. En fin, el facultativo de cabecera habia anunciado la compresion: la ciencia enseñaba que estos fenómenos eran efecto de la supuracion, y por consiguiente del tercer período de una *encefalitis*, en que la compresion la ocasiona, y con ella la muerte.

Trance fatal, por el que iba á cruzar Martin: por grande que fuera su talento, no podia ser insensible á la pérdida de su mejor amigo, del noble y esforzado héroe, que iba á rendir ese terrible tributo tan natural, tan necesario, tan universal; pero que el hombre considera como un gran mal, á pesar de haber reconocido en él una combinacion sublime del inalterable plan de la Providencia.

Pero Martin tenia una alma grande y sabia luchar con el infortunio; sabia hacerse superior á los reveses del destino y queria sufrir solo la profunda herida que la aterradora guadaña iba á abrir en su corazon.

Ya hemos dicho antes, que el P. Ventura habia realizado la primera parte de su proyecto, pero que faltaba la mas difícil: la separacion de Aurelia exigia un tacto especial; tanto mas, cuanto que le habia costado un gran esfuerzo conseguir los preparativos, esto es, que Aurelia dejase de pasar la mayor parte del dia al lado de su idolatrado Enrique, á quien habia jurado no abandonar nunca, ni aun en la tumba.

Mas el tiempo habia decidido ya la hora, y temiendo Martin que sus recursos no bastaran á conseguir su fin, procuró utilizar los del sabio doctor para salir victorioso.

En efecto, hallábanse los dos conversando á la hora convenida en que Aurelia solia enterarse diariamente del estado de su Enrique, cuando uno de los criados, segun instrucciones, anunciaba á la contristada jóven que su amo deseaba verla.

—Adios, Aurelia;—la dijo Martin con su habitual dulzura al verla entrar en el despacho:—os he llamado...

—¡Qué! ¿Hay alguna novedad?—repuso la jóven con viveza y sin dejarle concluir la frase.

—No, hija: nada de eso;—contestó Martin con aplomo para desvanecer su alarma.—Os he llamado para comunicaros la resolucion del doctor, que deseo oigais de sus propios labios.

—¡Ah! ¡Enrique del alma! no morirás solo, no: tu Aurelia te acom-

pañará hasta en la tumba!...—Y enjugó una dolorosa lágrima que iba á rodar por su encendida mejilla.

—No hay para que alarmarse, Aurelia,—contestó el doctor:—hacedme el obsequio de tomar asiento: tranquilizaos: ninguna alteracion hay en el enfermo; pero sí hay una necesidad imperiosa de que observe un método nuevo, especial, que la ciencia aconseja y que yo no puedo menos de hacer cumplir en conciencia. Enrique tiene un temperamento nervioso, y de consiguiente impresionable. Vuestra presencia indudablemente frustra los efectos de la ciencia, y es indispensable alejarla. El enfermo debe en lo sucesivo sujetarse á un método restrictivo y enérgico, que consiste en permanecer solo absolutamente, en estar privado de todo objeto que, no solo pueda causarle sensacion, sino hasta una pasagera impresion. Cuando las funciones del cerebro están alteradas, como en él sucede, es preciso que se observe una quietud religiosa; y hé aquí la causa de haberos llamado. Ni hablar, ni leer siquiera; ha de permanecer solo , en completo silencio y alejado de cualquier objeto que pueda llamarle la atencion.

—Perded cuidado, doctor: si su salud lo exige, por grande que sea el sacrificio, todo lo haré gustosa por su pronto restablecimiento.

—Ya veis Aurelia,—interpuso Martin para aprovechar la oportunidad,—que era infundada vuestra alarma; y por lo mismo que siento tanto como vos hacer el sacrificio que el doctor nos impone, he querido que me relevára de cargo tan penoso, porque mi corazon tal vez no hubiera podido ser tan duro.

—Gracias, Martin: sois demasiado bueno.

—No, hija mia: nos hallamos en igual caso, porque no dudais cuan grato me es pasar las horas á la cabecera de su cama ; y sin embargo el doctor no es menos duro conmigo que ha sido con vos.

—Nada, nada; la ciencia lo ordena, no soy yo: mis facultades no alcanzan á modificar sus severas prescripciones: á mi vez tambien he de ser su esclavo.

El doctor Gerónimo,—que así se llamaba, se retiró despues de haber desempeñado hábilmente su papel: la enamorada Aurelia creyó de buena fé que el restablecimiento de Enrique exigia la severa órden de aquel, y se hallaba resignada enteramente á cumplirla. Martin entonces emprendió su obra y la dijo.

—Bien, Aurelia, conozco que es cruel el tormento á que desgraciadamente hemos sido condenados ambos: el corazon no puede graduar las fuerzas que se necesitan para soportar el infortunio; solo en el momento de prueba es cuando llegan á medirse: mi cariño hácia Enrique os es bastante notorio, para tener que recordarle ahora en apoyo de mis consejos. Es necesario que tomemos una resolucion para hacer mas llevadera la órden del doctor.

—¿Cual?

—La de dejar la ciudad hasta que Enrique haya mejorado.

—Y abandonarle? ¡Ah! imposible, imposible.

—Preciso, Aurelia. Suspirar por el objeto amado, es un bien, en comparacion de vivir con lo que se aborrece. ¿Podríais acaso tener reposo en estar aquí, oir sus gemidos, sus pisadas, su voz, y no poderle dirigir siquiera una mirada de ternura? ¡Ah! esto seria mas cruel mil veces que la separacion eterna. Por mí juzgo, Aurelia; y si sensible me es daros el consejo, no dejará de serlo mucho mas el adoptarlo. Entre dos males, debe seguirse siempre el menor,: además, ¿cómo era posible evitar, estando á su lado, que el mismo Enrique nos llamára, ávido de distraccion, desvirtuando de este modo el plan del facultativo? ¿No habeis oido, como yo, que el estado especial de Enrique lo exige y que la ciencia le obliga á obrar con severidad?

—¡Dios mio! Esto es terrible!

—No hay duda; pero ¿no seria mas terrible aun, que por no sufrir un poco nosotros, que estamos buenos, causáramos el malestar del que padece?

—¡Ah! Nunca, Martin, nunca. Por su salud daria mi vida, como él espuso la suya por salvar á mi difunto padre.

—Lo creo así; por eso me atrevo á imponeros este nuevo pesar, pero ya veis mi objeto: Enrique está muy decaido, y bien merece su corazon, que tanto nos ama, el que nosotros hagamos tambien algun sacrificio por su amistad. Siento que los graves negocios que sobre mí pesan, no me permitan acompañaros; pero aun debeis agradecerlo, porque en cambio, siempre os tendré al corriente del estado de sus dolencias.

—Al meditarlo solo, desfallezco: me faltan las fuerzas, Martin. Separarme de mi Enrique, es separarme de mi corazon. ¡Ah! no, no: ¿qué me importa no hablarle si le ven mis ojos?

—No tal: no se trata de eso: es preciso que lo mireis por el prisma de su realidad, de su magnitud: no se trata de una separacion duradera, ni eterna.

—¡Ah Martin! me parece que no he de volverle á ver: Enrique está muy decaido.

—Es cierto, pero nada mas natural atendido el tiempo que dura su enfermedad. En fin, no debeis pensar en eso: yo tambien saldré algunos dias, para que se acostumbre á estar solo. Esto debemos hacerlo como un remedio que ha de aliviarle: os suplico, que lo tomeis en este sentido, que no deis tormento á vuestra imaginacion, y no dudo que me concedereis el acierto de haber obrado así.

CAPITULO LXII.

TERCERA CRUZADA.

Por fin, despues de grandes esfuerzos, logró Martin al siguiente dia convencer á Aurelia, y partió para Buenos Aires á reunirse con el resto de su familia. Enrique cada vez peor, sucumbió tambien al poco tiempo segun el pronóstico del doctor. El cañon homicida abria cada dia nuevas brechas, que cubrian los palpitantes miembros de los valientes defensores de la ciudad invicta. Un nuevo rasgo do heroicidad sublime ó un nuevo sacrificio dispertaba diariamente á los hidalgos habitantes de la floreciente Montevideo, que cobijados bajo la bandera de la civilizacion y de la libertad, esperaban el justo socorro de la Europa ó de sus hermanas del continente.

¡Muera Rosas!—gritaban los esforzados héroes que sucumbian al plomo mortífero, dentro del inespugnable recinto.—¡Muera Rosas!—gritaban tambien á tiro de fusil venerables ancianos, débiles mujeres, inocentes niños, víctimas de la miseria, del dolor ó del puñal de los verdugos; y héroes y víctimas al caer des-

fallecientes se abrazaban á la tierra,—como ha dicho un entusiasta bardo:—

Cual si al morir peleando,
la tierra así abrazando
quisieran defender.

¡Ah! con sobrada razon esclama el célebre autor de la Henriada al hablar de los tiranos: «¿bajo que tiranía desearias vivir? Bajo ninguna; pero si fuera preciso escoger, detestaria menos la de uno solo que la de muchos: un déspota tiene siempre algunos momentos buenos: una asamblea de déspotas no los tiene jamás.» Efectivamente el *sistema americano* del dictador, que no era otra cosa que una asamblea de déspotas, habia hecho un horrible consumo de carne humana: ahí están los mismos documentos oficiales, que hasta cometian la imprudencia de exagerar el número de las víctimas, con objeto sin duda de aterrorizar mas á los pueblos: oigamos al eminente y malogrado patricio Rivera Indarte al formar esas tablas de sangre, que hacian rugir de cólera al tigre cuando las leyó por primera vez en su lujoso gabinete de *Palermo* (1). Estas tablas, dice, solo comprenden las víctimas muertas á hierro ó á fuego, constando así de los documentos oficiales del mismo dictador, ó de las relaciones dadas por testigos dignos de fé. «No comprendemos, añade, los muertos por miseria, destierros, cárceles, sufrimientos morales, etc.: esto es inmenso é inaveriguable. Inscribimos en ellas los nombres de los que han muerto por opiniones políticas ó inicuamente, que á la faz de Dios y de los hombres son inocentes: Si lo hubiésemos hecho solo por los partes oficiales, *casi siempre exagerados*, los guarismos, serian triplemente mayores.»

Y despues de hacer una estensa relacion de las víctimas por su nombre y apellido, con espresion del dia mes y año, punto donde fueron ejecutadas y demás historias, coloca al fin de ellas el espantoso resúmen, que hace estremecer, al considerar la escasa poblacion del Rio de la Plata:—helo aquí.

Envenenados.	5
Degollados.	3.765

(1) Queriendo este déspota rivalizar en todo con los mas poderosos emperadores se hizo consignar una fabulosa estension de terreno, que ningun otro potentado ha poseido jamás; y entre otros, el magnífico palacio que se habia hecho construir á corta distancia de Buenos Aires le bautizó con el pomposo nombre de Palermo.

Fusilados.	1.393
Asesinados.	722
Muertos en acciones de armas.	14.920
Muertos en escaramuzas, fusilados y lanceados por desercion en formacion de los diversos ejércitos que han combatido desde 1829 hasta 1843 (época que comprenden las tablas) debiéndose advertir que Rosas ha establecido una táctica militar, bárbara entre las mas bárbaras. . . .	1600

Estas diversas partidas dan el total verdaderamente espantoso, como ya hemos dicho, de *veinte y dos mil cuatrocientas cinco* personas, las mas activas é inteligentes de la poblacion muertas á veneno, lanza, fuego y cuchillo, sin formacion de causa, y casi todas privadas de los consuelos temporales y religiosos con que la civilizacion rodea el lado del moribundo.

No queremos hablar de la emigracion de familias enteras que, huyendo de los gobiernos del ilustre restaurador y sus procónsules, se han refugiado en la Banda Oriental, Bolivia, Perú, Chile y Brasil:—*pasan de Diez mil hombres.*

Fácil es deducir por tan grosero insulto, arrojado audazmente á las naciones cultas, que ese malvado no podia sostenerse mucho tiempo. Pero si denigrante era para la civilizada Europa, que mirase impasible tales atentados, ¿qué responsabilidad tan grave no recaeria sobre esas dos grandes naciones, modelos de ilustracion y patriotismo, cuyos representantes las autorizaban con su silencio? Al fin reconocieron su error la Inglaterra y la Francia, y anatematizando esta política anárquica se hallaban prontas á secundar cualquiera tentativa, que tuviese por objeto derribar á aquel monstruo.

Las provincias argentinas, aunque aterrorizadas por los lagos de sangre que á sus piés corrieron por tantos años, aguardaban tambien con ansia vengar los pasados ultrajes, y anhelaban vivamente recobrar el rango que las pertenecia y la independencia que á tan caro precio habian conquistado.

Los intrusos gobernadores puestos por el dictador no eran mas que unos meros caciques, que obedecian ciegamente la voz de su amo; y no es difícil comprender, que con tales verdugos solo podian reinar en ellas el robo y el saqueo, empleando para lograr su fin los escesos y violencias mas abominables y anulando las primitivas leyes

por las cuales tenian igual consideracion y categoría que Buenos Aires, capital de la Confederacion, de la cual eran sin embargo independientes.

Pero no era solo su insoportable tiranía la que habia aniquilado completamente aquellos ricos países: el sistema destructor, que habia establecido en su administracion, arruinó enteramente los pueblos.

En la capital todos los edificios públicos estaban en completa ruina, porque los fondos no alcanzaban á saciar la hidrópica sed de sus procónsules: ni habia colegios, ni hospitales, ni casas de beneficencia, ni escuelas: lo que á su caida quedaba de estos establecimientos, ó eran los sostenidos por la caridad pública ó no merecian el nombre de tales. El hospital estaba caido, el puente de Galvez hecho pedazos, el edificio de Temporalidades y la Biblioteca, en estado ruinoso por las muchas goteras que habian podrido sus pavimentos y maderámen; el Cabildo, la cárcel, el fuerte, varios cuarteles y otros edificios se hallaban en igual caso: los empedrados de las calles, inútiles todos é intransitables, y no hablemos de las casas particulares, porque desde que la confiscacion de bienes habia puesto la propiedad en manos de cualquier ambicioso, sus dueños las abandonaban y no se reparaba en su ruina.

Esto sucedia en la Capital, como hemos dicho; pero en la campaña era mas desastroso aun el deterioro de los edificios públicos y privados, porque aquí la arbitrariedad y el robo no tenian límites. La mayor parte de los corrales de las estancias, que constituye el ramo mas importante de riqueza en aquel país, fueron destruidos, pero esto no ha privado al tirano y á los que formaban su comitiva el que se repartieran la fortuna pública y se improvisáran fortunas fabulosas, capaces de igualar á las de los mas grandes potentados del mundo.

Estamos terminando el repugnante cuadro de este déspota, pero quedaria incompleto y pálido, si antes no consignáramos el espolio general que hizo este malvado para convertirse en señor absoluto de vidas y haciendas.

El malogrado Rivera Indarte, con un celo digno del mas alto aprecio, hace un sucinto resúmen de los robos y dilapidaciones del Tirano y sus cómplices desde su elevacion al poder; y merece, sin duda alguna, que ocupe un lugar en nuestro libro, para completar, como he-

mos dicho ya, el horroroso cuadro que nos hemos propuesto trazar.— Oigámosle:

«Rosas, que acusa al general Rivera de lo que llama él 95 robos, comete y ha cometido tantos cuantas son las horas del dia. Para dilapidar y robar, ha convertido su casa en tesorería, y el dinero de las emisiones del banco no pasa al tesoro por órden del gobierno y su ministro, sino que de las prensas donde se sellan los billetes, pasan directamente á manos de Rosas, en virtud de una órden que lleva uno de sus edecanes. Despues que ha malversado el dinero, se le da entrada en tesorería, precediendo las operaciones de intervencion etc., en que se supone invertido. A este fin, se imprimen estados mensuales de entradas y salidas que engañan al público, porque en ellos se estampan las partidas con una minuciosidad admirable, llenándose el «haber» con esas cómodas y gruesas denominaciones: «Negocio pacífico; servicio público; gastos eventuales; gastos no previstos; gastos discrecionales; servicios estraordinarios; al edecan D. N. N., ó al administrador de tal para el objeto secreto que le encomendó S. E.; para gratificar partidas; por importes de ganados; por id. de caballos y yeguas etc.» Estas partidas misteriosas, vestidas con el negro manto de la mala fé, absorven la mayor parte de las salidas. Si la tesorería fuese depositaria del dinero, podria conocerse al menos por los libramientos, su distribucion ó las manos á que habia pasado; pero haciéndose todo en casa de Rosas, es imposible.

»El vestuario de la tropa ha sido una fuente inagotable de robos é inmoralidad. Nadie sabe cuánto cuesta el vestido del soldado, cuánto vestuario consume el ejército, á quiénes viste el Estado. Antes se hacia esta provision por remate público. Hoy se hace por monopolio de D. Simon Pereira, pariente de Rosas. Cuando éste entró al gobierno, era aquel un pobre ropero: hoy es millonario. Su prosperidad repentina, mágica, inmensa, acusa al gobierno de complicidad en su monopolio. Los treinta y cinco millones de fondos del 6 por 100 que Rosas ha emitido, á escepcion de una pequeña parte, han pasado todos á manos del contratista, quien tiene siempre en su cartera una inscripcion que nunca baja de diez millones de pesos. D. Simon Pereira posee además cincuenta casas en la ciudad, vastos establecimientos rurales y negocios valiosos en todos los puntos de la campaña. Este hombre es

rico, pero toda esta fortuna no se la habrá dado Rosas sin reserva: así no falta quien asegura que reparte con él tan inmensos productos y que es el depositario de sus cuantiosos y mal adquiridos bienes.

»Desde que existe gobierno independiente, á ninguno de los hombres distinguidos, que han presidido el estado, se han acordado premios estraordinarios para ello: pero Rosas se hizo dar, acabada la guerra con Lavalle, 325,000 pesos papel, que reducidos á plata importaron 130,000 patacones «por los perjuicios que habia recibido en la guerra.» ¿Cuáles eran estos perjuicios? Tres á cuatro mil cabezas de ganado que de su estancia sacó el general Lavalle para abastecer el pueblo de Buenos Aires, y que se vendieron por una comision al mas alto postor depositando el producto en el banco, donde lo encontró Rosas.

»Cuando hemos tratado de la vergonzosa espedicion al desierto en 1833, demostramos los robos de Rosas en ganado, efectos y millones que arrancó al tesoro y de que nunca ha dado cuenta. Pero su rapaz ambicion no se satisfizo. Por mociones sucesivas de su rufian Garrigós, se hizo adjudicar «setenta y seis» leguas, que se dice tenia de superficie la isla de Choelechel, que tuvo la impavidez, como probamos á su tiempo, de pretender haber ganado á la provincia, cuando habia medio siglo que habia sido descubierta, esplorada y habitada. Rosas mandó rubricar este modesto regalo republicano, abrazando en la Guardia del Monte un territorio inmenso, que en el mapa de la provincia está marcado con un grande cuadro que dice en el centro «Rosas.» —El Cincinato de la maz-horca no tuvo empacho en ser el primer violador de la ley que prohibe la enagenacion de tierras del estado, hipoteca de la deuda pública, y la violó en su favor.

»Pero esto no bastaba á la codicia de Rosas. Trató de completar esta hacienda con la hermosa estancia del señor Dorna, que pertenecia á los nietos de este señor, hijo de doña Sandalia Dorna; su esposo don Zenon Videla la administraba y Rosas la tuvo ocupada con pólvora hasta el año 37 en que consiguió que se la vendiera Videla por la tercera parte de su valor. Pero Videla no era su dueño, ni los bienes raices de los menores pueden enagenarse; y á pesar de saberlo bien el defensor Gaete, no hizo oposicion á este saqueo público de la herencia de infelices é inocentes huérfanos.

»En la confiscacion ha recogido tambien cosecha no pequeña. Lo

mejor de las halajas de oro y plata que se robaron, iban á parar á su casa; y de las fincas confiscadas mas importantes, se las conseguia en remate su corredor Santillana, que presentaba á los concurrentes (los maz-horqueros) la postura en estos términos: «cuidado, señores, que esta tierra ó finca la desea nuestro ilustre Restaurador: nadie le perjudique;» y al instante se alejaban todos, como heridos por el rayo, y Santillana adjudicaba la finca al precio que Rosas habia fijado...

»Así como en la ciudad tiene compañía con D. Simon Pereira para la provision de vestuarios, la tiene con D. Roque Baudriz en la campaña para la provision de las guardias. Baudriz, que en cuatro años de compañía con Rosas ha hecho una fortuna inmensa, es el famoso cuereador que tiene el tirano empleado para destruir las estancias de los que llama unitarios, y recibe los productos de su trabajo de otro agente de Rosas que tambien se ha hecho muy rico.

»Mientras Rosas comercia en grande con sus capataces y comisionados, la Manuela, su hija favorita, su cuñada la María Josefa y demás familia, mantienen otro negocio no menos fácil y lucrativo: el de empeñarse con el Atila para sacar «unitarios» de la cárcel; operacion que produce joyas, cadenas, trages de gran precio; tambien se empeñan para desembargar las propiedades secuestradas, lo que hace llover cartuchos de onzas, carteras atestadas de billetes de Banco, de cuyos regalos pasa la mitad á la caja de la familia....

»A pesar de que los tres años que duró el bloqueo francés arruinaron á casi todos los estancieros; resulta, que tiene en el dia la casa que habita y todas las contiguas en las que ha hecho edificios tan estravagantes como costosos, con grandes subterráneos, escaleras y puertas ocultas para escapar á la justicia del pueblo; quintas magníficas y chacaras valiosas, que pasan de sesenta, multitud de estancias, menaje de príncipe, coches, trages, joyas de inmenso valor: sumas de consideracion en los bancos de Europa, un gasto de familia que no baja diariamente de «trescientos duros,» despilfarro y prostitucion, en fin, que absorven sumas cuantiosas.—Por cierto, que se convendrá con nosotros que la América nunca ha sido manchada por un tan gran ladron como Rosas.

Los siervos de Rosas han imitado á su desvergonzado amo en vicios y rapacidad. Su ministro de relaciones esteriores era Arana, un pobre

cuando entró al ministerio. La fortuna, que lo habia mirado con esquivez una gran parte de su vida, le regaló despues de entrar en el ministerio una suntuosa casa con espléndidos muebles y una estancia pingüe que entró á poblar con doce mil cabezas de ganado. ¡Modesto premio de cinco años de ministerio!

»El general Pacheco vivia en suma escasez: sus complacencias con Rosas le han valido su palacio en la ciudad de Buenos Aires, su opulento establecimiento en el Salto con mas de diez mil cabezas de ganado y grandes terrenos en las Conchas y el Pilar. Por haber votado como representante la ley premiando con terrenos á los que han permanecido fieles á la tiranía é ingratos á la patria, se apropió el terreno que formaba la estancia de D. Javier Fuentes, en el partido de Arrecifes, y de que éste fué desposeido por haberse descuidado de pagar el cánon. Fuentes siguió al general Lavalle y cayó prisionero en el Quebrahito; Pacheco lo hizo fusilar en el acto y se desembarazó del opositor que podia incomodarle en su posesion de las tierras de Uncalizo.

»El coronel Ramirez celebró un contrato vergonzoso con algunos jueces de Buenos Aires, y se hizo dueño de los valiosos terrenos del Puente de Marquez, y amontonó bajo el patrocinio de Rosas una gran fortuna con el robo mas escandaloso.

»Garreton en San Nicolás se hizo rico confiscando los bienes de los patriotas y llevándose á su casa cuanto habia de valor en las casas de las familias de los secuestrados.

»El doctor Laitte, pobrísimo abogado, en cinco años de favor es tan rico, que ha gastado cincuenta mil duros en alhajar su casa.

»Mariño, jefe de los serenos, que en 1832 era poco menos que mendigo, es propietario de la casa de la Señora Regulez, proscrita por Rosas; y se ha creado una renta segura y fácil, dirigiendo cartas en demanda de dinero á los llamados unitarios, que para no ser degollados daban cuanto se les pedia.

»El general Corvalan, edecan de Rosas, vivia hace pocos años de préstamos: hoy está rico y posee por regalo de su señor la quinta confiscada á doña Mercedes Marcó.

»El doctor Lepper por sus honorarios de médico de Rosas ha recibido la casa del Estado cerca de Monserrat, que el filantrópico doctor Gonzalez dejó á su muerte para la subsistencia del colegio de huérfanas.

»Garrigos, mísero oficinista, ostenta una fortuna escandalosa. Sus fincas son muchas y de crecido valor. La casa en que vive, ricamente amueblada, con parte de los efectos robados al doctor Montesdeoca, está acusando sus infames latrocinios y la corrupcion del tirano que los tolera.

»El hermano del dictador, Prudencio Rosas, se ocupaba en 1828 en cultivar, como su único medio de snbsistencia, una pequeña quinta en los Santos Lugares. En el dia es general y poseedor de cincuenta leguas de terreno, de cuarenta mil cabezas de ganado, que tienen sus estancias en el Azul y Chascomús, y que dominan valiosos edificios.»

Este sucinto estracto de las dilapidaciones cometidas por ese déspota demuestran á la saciedad la perturbacion social, la desmedida anarquía, en que debian hallarse aquellas vastas provincias sometidas á su imperio; anarquía y perturbacion, que en los últimos años de su tiranía no pudieron ocultar á los estados vecinos, ni las ridículas declaraciones de su Gaceta, ni los débiles sofismas de sus panegiristas, porque las infames tropelías, que sin cesar se reproducian é iban cada vez en aumento, habian arrojado de su patria á mas de cincuenta mil proscritos, que precisados á ganar el amargo pan del destierro, ó á vivir de la caridad pública, se habian esparcido por los ámbitos todos del Continente: y esta emigracion espantosa era un hecho demasiado palpable, para poder oscurecerse, y que llevaba en sí la prueba mas solemne é irrecusable del sistema destructor que regia la república.

Nuestro ilustre Martin, que desde la muerte de Enrique habia desempeñado en el estrangero cargos importantes, para distraer el profundo pesar que le habia causado, removió de nuevo los elementos combinados, y volvió á izar la bandera que debia cobijar en sus anchurosos pliegues las victoriosas armas de la tercera cruzada, y dejar en su pos la nueva era de paz por qué todos suspiraban.

Dispuestas, como estaban ya, las provincias y estados limítrofes, á romper el inícuo cerco de ocho años, que habia marchitado su antiguo brillo y prosperidad, remitió Martin al insigne general Urquiza el programa de los principios que debian proclamarse y conquistar las simpatías de las demás provincias: he aquí el sentido concreto de sus palabras.

«Independencia de las provincias confederadas: igualdad de derechos con Buenos Aires: congreso general compuesto de diputados de

todas ellas, para arreglar los asuntos interiores y esteriores: destruccion completa del sistema sangriento é irresponsable de Rosas: anulacion de sus actos arbitrarios que han hecho á todas las provincias tributarias y esclavas de la capital; y la residencia severa de su conducta, tanto en el gobierno, como en la cooperacion de los crímenes que se le imputaban. »

Salir á luz este programa y encender con la velocidad del rayo los elementos combinados, que preparaban la tercera cruzada, fué una misma cosa. Fué la culebrina eléctrica que arrojaba la tormenta de sus maldades sobre el dormido cráter, que ardia ya lentamente bajo el edificio de su tiranía: fué el rayo de la justicia, que iba á abrir en su corazon la incurable úlcera del remordimiento: fué la mano providencial, que iba á hacer la señal de ¡alto! á tantos crímenes y maldades. La imperturbable mano del tiempo habia señalado la hora en su infalible reloj.

Ya el general Urquiza al frente de diez mil guerreros se hallaba en Entre-Rios dispuesto para el combate: ya millares de proscritos, de los cincuenta mil errantes por las vecinas repúblicas, bullian entusiastas en las cimas de sus fronteras: ya los libres paraguayos corrian anhelosos de sellar el acta de su independencia con la sangre de los sicarios: ya, en fin, los veinte mil brasileros marchaban arma al hombro en columna cerrada.

La espada de Damócles pendia amenazante sobre la cabeza del tirano: la balanza de la justicia habia inclinado el peso del castigo sobre la frente del malvado: el sol de la libertad iba á bañar las orladas sienes de sus valientes caudillos con el inmarcesible lauro de la victoria: la suspirada aurora de la paz habia amanecido.

¡Victoria! repite el lejano eco de las salvas triunfales del Paraguay por los serpentinos bosques del Daiman, del Negro y del Uruguay. ¡Victoria! los centenares de guerreros que, ocultos allí, encerraban, entre la sociedad de las fieras y los tigres, entre las serpientes y los jaguares, por huir del yugo del tirano. ¡Victoria! los árboles centenarios que, cual brillantes antorchas, ardian en las cúspides de las montañas, encendidos por el genio de la libertad, para anunciar á los guerreros la hora del combate. ¡Victoria! las inumerables guerrillas, que á su luciente fulgor se organizaban, y disputaban ya palmo á palmo el terreno, á sus invasores.

¡Victoria! anunciaba tambien la siempre fiel y leal Montevideo con la gigantesca voz de sus cien cañones, cubierta de palmas y laureles: victoria simbolizaba, en fin, la triunfante bandera que en lo alto de sus muros tremolaba, y que la América y el mundo saludaban con asombro.

La victoria cundia por todas partes.

El valiente general Urquiza pasó el Uruguay, y las innumerables cohortes del orgulloso Oribe, nueve años acampadas en la falda del Cerrito, se disiparon como el humo. Pero aun rugia el tigre en su erizada guarida de cañones: avanzan las denodadas huestes por la márgen Occidental del Paraná, conquistan en mil victoriasotras tantas guirnaldas de laureles y, colocándolas en el asta de su inmortal bandera, atacan en los Santos Lugares al osado Caiman, refugiado allí con los restos de su formidable poder.

Cuatro horas de una encarnizada lucha desvanecieron la duda del caido déspota, que aun confiaba en su propicia suerte; pero estaba decretado por el que rige los destinos del mundo su caida, y sus decretos son irrevocables.

La bizarra infantería de Montevideo da una fuerte é irresistible carga á la bayoneta, y decide la victoria á favor de los libres. Las tropas del tirano habian arrojado ya las armas y huian sin pelear: los batallones de negros que, como los suizos de Luis XI, le permanecieron fieles hasta el último momento, se hallaban desalentados y solo procuraban huir: el tirano iba á esconder su ignominia en un oscuro rincon de Europa, porque la América le arrojaba de su seno con el indeleble sello de la degradacion y de la infamia.

Esta fortaleza tenia comunicacion con la rada, segun hemos dicho en otra ocasion, y cuando el tirano se convenció por sí mismo que ya no habia remedio, que era impotente, que estaba vencido, procuró recojer las talegas de oro que habia robado en veinte años de cruel despotismo y dió órden á uno de sus verdugos, que empleara todos los negros necesarios para trasladar al buque inglés, donde iba á esconderse, las alhajas, dinero y equipage.

Cumplióse la órden puntualmente: dos barquillas dispuestas al efecto recibieron las cargas de los fagines, que, cual un reguero de hormigas, bullian por el camino cubierto, con baules, con fardos, con ri-

—¡Hay del dia, que volvais á verme!

quezas: el buque inglés hacia su maniobra para tirar la escala de salvacion al humillado tirano: los criados le preparaban el bote del destierro que iba á pisar para siempre con su hija Manuelita: el sol de la libertad tendió su benéfico manto sobre las sombrías azoteas de la ensangrentada Buenos Aires, y su propagacion instantánea arrancó la corona de espinas, que el despotismo habia clavado en la contristada frente de argentinos y orientales.

Pero el tigre no habia perdido aun su furia: aun no habia sufrido los efectos del providencial castigo, que la inmutable justicia tiene reservado á los perversos: acordábase de su incontrastable poder, de sus numerosas legiones de verdugos, y le parecia imposible que le abandonáran para siempre. Volvióse entonces hácia la ciudad: echó una rápida ojeada sobre su crapuloso palacio, agrupó de una vez en su turbada mente sus innumerables crímenes, y en un arranque de corage tendiendo el brazo derecho en ademan amenazador, esclama:

—¡Ay del dia! que volvais á verme!!!

Era á últimos de enero de 1852: el sol tenia velado la mitad de su disco por una espesa capa de negros nubarrones, que anunciaban sin duda al déspota el camino de las tinieblas: la otra mitad derramaba sobre la capital Argentina fulgurantes y vivificadores rayos de luz, símbolo palpable de la nueva era de prosperidad que inauguraba.

¡Loor eterno! á ese último baluarte de la libertad, la muy leal, la novilísima, la heróica Montevideo cubierta de honrosas cicatrices, dique incontrastable, donde se estrelló para siempre el poder de los tiranos. ¡Loor eterno! á la incomparable abnegacion de sus eminentes patricios, al indomable esfuerzo de sus valientes defensores. ¡Loor eterno! á vosotros todos, insignes adalides de la libertad, que al son de las cadenas que os preparaba el Neron americano, supisteis fulmimar el rayo que debia hundir en el polvo su maldecida frente.

¡Cantad, bardos americanos: cantad la inmortal defensa de ese pueblo, que se ha conquistado las simpatías del mundo, de ese pueblo patriótico, condenado nueve años al martirio, á la miseria, al infortunio, pero noble siempre, siempre heróico, fecundizando con su sangre generosa las palmas de la victoria.

Y vosotras, blancas y hermosas hijas del Paraná: teged floridas guirnaldas á vuestros hermanos queridos, qne van á depositar en su

templo el estandarte glorioso de la reconquistada libertad: entonad el Hosanna de los celestes querubes, para que el perdido eco de las armonías se remonte al infinito, y derrame desde las esferas ondas de de eterna luz y bienaventuranza sobre las silenciosas tumbas de los héroes.

Pero no: no necesitais nuestros tristes acentos para subir á la mágica region de la inmortalidad, venerables MARTIRES: bardos teneis en vuestro suelo, que han pulsado ya sobre vuestras tumbas sus armoniosas liras, y nosotros hemos apuntado tambien sus melodiosos acentos al narrar una á una vuestras envidiables muertes.

Tambien bajo ese puro horizonte, que sonrie como un ángel, bajo esa límpida bóveda, que sostiene un sol radiante, al dulce perfume de sus alegres florestas, cuando la fresca brisa del crepúsculo las acaricia con su frescura, se inspiró el trovador entusiasta que llevó su poética ofrenda á la ciudad invicta: oidle, y vereis un raudal del génio americano, á cuyo fulgor se destaca el heroismo de cien años.

¡Montevideo!.. Codiciada joya
Que tres coronas devoraste ardiente,
Siempre en tu seno con amor se apoya
La libertad que cae desfalleciente:
Por una causa generosa y noble;
Por eso luchas hoy con un tirano,
Y tu heroismo, en la desgracia, doble,
Antes la muerte clama
Que el yugo de ese déspota inhumano!
Y su poder y fama
Rómpense al choque de tu hercúlea mano!

¡Que rasgos tan sublimes para trazar el heroismo de la ciudad invicta!

A todo el que conozca la historia del Nuevo Mundo, no podrá menos de entusiasmarle la grande idea del segundo verso: las «tres coronas» representan efectivamente las tres naciones, que se habian disputado con las armas, en diferentes épocas, el esclusivo dominio de la Banda Oriental, y de todas salió victoriosa esa pequeña provincia «cisplatina» como la denominaron los brasileños, al incorporarla al imperio en 1823. Con los portugueses ha sostenido una contínua lucha desde 1678 en que fundaron la colonia del Sacramento: siempre ha triunfado ese

puñado de valientes. El 12 de agosto de 1806, 1,000 orientales á las órdenes de Liniers, arrojaron de las calles de Buenos Aires á las tropas inglesas, que á las órdenes de Berresford se habian apoderado de ella y la defendian con diez y ocho piezas de artillería. Nuestro gobierno concedió, por la gloriosa parte que los hijos del Uruguay tuvieron en esta victoria, el título de «reconquistadora» á la ciudad de Montevideo, permitiéndola además añadir una cadena trozada al escudo de sus armas. El 7 de julio de 1807, el teniente general de Whitelock, protegido por 60 buques y 12,000 veteranos, fué obligado á firmar la evacuacion de todo el territorio hispano-americano, y á entregar la plaza de Montevideo en el mismo estado en que se hallaba el 3 de febrero del mismo año, en que el general Samuel Acmuty la habia tomado por asalto, despues de catorce dias de heroica resistencia al riguroso bombardeo, y que habia dado el triunfo á las armas británicas en toda la Banda Oriental (1). Es decir, el altivo leopardo de Albion fué vencido segunda vez por el leon castellano; pues el capitan de navío D. Santiago de Liniers, virey despues de Buenos Aires en 1808, mandaba en las dos épocas citadas los valientes Uruguayos que ayudaron á los hijos de Castilla á lanzar de sus conquistados dominios al pirata usurpador. Y por último, el 20 de febrero de 1827, los orientales, ausiliados por algunas tropas argentinas á las órdenes del general Alvear, batieron en Ituzaingó al grande ejército del Brasil, que mandaba el marqués de Barbacena, dando lugar al tratado de que ya hemos hablado.

Venció, pues, al Portugal, á la Inglaterra y al Brasil.

Véase por ese ligero resúmen histórico, si tenemos razon sobrada para ensalzar la idea del poeta en el segundo verso y el heroismo sin igual de los emancipados descendientes de los españoles. Pero ¿á qué mas?

Y su poder y fama
Rómpense al choque de tu hercúlea mano!

¿No caracteriza este valiente rasgo los *nueve años* de incomparable

(1) Torrente. Historia de la revolucion hispano-americana, t. I, p. 14.
Glorias militares de los españoles desde la mas remota antigüedad hasta el presente, t. II, p. 197.

esfuerzo, de lucha contínua, de sin igual resistencia, que eclipsó para siempre delante de sus muros la estrella de Rosas, y, merced á la cual, se reconquistó despues la libertad perdida en las demás provincias del Rio de la Plata?

¡Ah! el nombre de ese puñado de valientes merecia inscribirse con letras de oro en el imperecedero libro de los mártires de la libertad.

¡Loor mil veces á la ciudad invicta! La Europa y el mundo te saludan con respeto: nosotros te enviamos tambien desde este oscuro rincon nuestros humildes, pero entusiastas parabienes, y nuestra débil voz se alzará siempre gustosa contra cualquier usurpador que quiera esclavizaros.

Sí: vuestra causa era justa, nobles hijos del Uruguay y del Plata, era santa: era la causa de la libertad y de la justicia, y esta no es esclusiva de ninguna nacion, ni de ningun pueblo: es la causa de todos los pueblos, de todas las naciones, de la humanidad entera, de Dios.

Por eso nos ha entusiasmado tanto vuestro heroismo y nos ha interesado vuestra causa: acérrimos defensores de la libertad en el terreno legal de la discusion, hemos escrito nuestro libro para recordaros vuestros antiguos sufrimientos, el anárquico sistema que un hombre, sin corazon y sin fé, cimentó inícuamente por espacio de veinte años, y la leccion que ha recibido el despotismo con vuestra abnegacion y vuestra constancia. Conservadla, pues: el malvado que tanta sangre inocente ha derramado, vive aun: acordaos de sus últimas palabras: «¡ay del dia! que volvais á verme!»

Grabadlas bien en vuestra memoria, permaneced unidos como hasta aquí, que si conservais el patriotismo y la union, vuestra prosperidad será creciente y envidiable, y vuestro reposo y bienestar eternos.

No olvideis que los usurpadores del derecho del hombre «se cubren siempre con la máscara de la hipocresía; ora al escalar el poder, ora despues de haber subido, mientras no se creen bastante fuertes para arrojarla: cuando cuentan con esta ventaja, la arrojan, y entonces se presentan tales como son, en toda su deformidad.»

CONCLUSION.

Ocho años habian pasado desde la muerte de Enrique: Martin estuvo durante ellos sosteniendo una continua correspondencia, ya reanimando con sus exhortaciones y consejos al inseperable grupo de Villa-Rica, que vivia en un eden de felicidad, ya llevando la resignacion y el consuelo á la infortunada Aurelia, que se hallaba con el resto de su familia.

En este período, representó tambien el noble descendiente de los Liniers la República Oriental en los gabinetes de San James, las Tullerías y el Brasil, condenó ardientemente en la prensa la usurpacion y el ataque inmotivado del tirano á la integridad del territorio uruguayo, defendió y promovió la intervencion anglo-francesa, que tanto anatematizaba la Gaceta de Buenos Aires, y logró interesar á sus gobiernos en favor de las oprimidas provincias.

El dictador fué á esconder su ignominia en Europa, á arrastrar una existencia envilecida y despreciable y á sufrir para siempre el horroroso cáncer del remordimiento.

El que por veinte años fué el terrible azote del suelo que le vió nacer, el que derramó la sangre inocente de millares de sus compatriotas, el que cometió tantos crímenes en ese territorio inmenso, donde

imperó como amo absoluto, fué arrojado para siempre del altar que le habia deificado, escarnecido por los mismos que le habian encumbrado y condenado como el réprobo á presenciar la dicha de sus hermanos.

El dignísimo general Urquiza, el mas eminente y esclarecido patricio, el mas bizarro caudillo de la América del Sud, fué elevado al poco tiempo al puesto del Tirano. ¡Justa recompensa, que la Providencia tiene reservada al mérito, al patriotismo y á la virtud.

¡Qué contraste tan notable! El malvado, en el tenebroso abismo, encadenado por sus crímenes: el justo, en la elevada region de la libertad, de la luz, y de la prosperidad.

¡Hombres que pretendeis tiranizar los pueblos! aprovechad esta terrible y á la vez saludable leccion, que á la mitad del siglo XIX os ofrece, en su ignominia, el VERDUGO DE BUENOS AIRES!

FIN.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA

Pág.

Prólogo. 5
Introduccion.—Buenos Aires desde 1810. 7
I.—La emigracion. 15
II.—La sorpresa. 23
III.—Incendio de las naves. 35
IV.—Los homicidas. 44
V.—El herido. 55
VI.—La estancia del bosque. 64
VII.—La carta. 74
VIII.—El nuevo Presidente. 82
IX.—Enrique y Aurelia. 90
X.—La cita fatal. 99
XI.—La junta secreta. 109
XII.—El cautiverio de amor. 117
XIII.—La oposicion. 125
XIV.—Las dos rivales. 133
XV.—La renuncia. 141
XVI.—Juramento de un Peguenche. 147
XVII.—La separacion. 153
XVIII.—Marcas ajenas: Espolio general: Historia. 163
XIX.—Revolucion. 175
XX.—Los funerales. 182
XXI.—El precipicio. 193
XXII.—Las Maz-Horca. 200
XXIII.—La aurora de felicidad. 208
XXIV.—El Alto Redondo. 215
XXV.—La hermosa Rayghen. 227
XXVI.—La luna del poder. 233
XXVII.—Prólogo del Tirano. 241
XXVIII.—La revelacion. 247

Pág.

XXIX.—El asilo 252
XXX.—Las bacanales 259
XXXI.—El hallazgo. 265
XXXII.—Pactos de sangre 273
XXXIII.—El tumulto 283
XXXIV.—Partida y encuentro. 289
XXXV.—Horas de amistad. 296
XXXVI.—Sangre y terror. 304
XXXVII.—Degüello de los inocentes. 311
XXXVIII.—El abrazo paternal 318
XXXIX.—Martin en Montevideo 324
XL.—El Mensage 329
XLI.—El proceso. 336
XLII.—El bloqueo francés. 342
XLIII.—El centro patriota. 350
XLVI.—Los dos generales 358
XLV.—La enfermedad 365
XLVI.—Una esperanza de amor. 371
XLVII.—La cabeza de un héroe. 377
XLVIII.—Rosas en el hogar doméstico. 383
XLIX.—El retrato. 389
L.—Primera cruzada. 393
LI.—Amor y deber. 400
LII.—El hijo réprobo. 408
LIII.—El segundo padre.. 420
LIV.—Segunda cruzada. 431
LV.—El tratado de Mackau. 449
LVI.—Las tumbas de los héroes. 468
LVII.—La resbalosa. 481
LVIII.—Martin ministro. 496
LIX.—El catecúmeno. 514
LX.—Amor premiado. 525
LXI.—Las declaraciones. 536
LXII.—Tercera cruzada 552
Conclusion. 567

FIN DEL ÍNDICE.

C 74

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Pág

I.—¡Fuego muchachos!—gritó el coronel impetuosamente.. 28
II.—¡Socorro á las naves! ¡Socorro á las naves! 36
III.—El que no quiera morir, que salga inmediatamente. . 53
IV.—Hija de las flores, le dijo: no temas que tu hermosura se marchite por habitar el gran pais de los Peguenches. 118
V.—Ahora sí, que puedo decir, estais salvados. . . . 156
VI.—¡Salvadla, Dios mio! ¡Salvadla! 199
VII.—¡Padre mio! 214
VIII.—¡Mueran los unitarios!—gritaban los verdugos. . . . 314
IX.—Para los unitarios... esto... y mandó á su hija que presentára la bandeja.. 381
X.—Vamos, vamos, que á Martin le gusta la puntualidad. . 406
XI.—¡Aprisa, muchachos! que son mas de seiscientos. . . 502
XII.—¡Hay del dia! ¡que volvais á verme! 563

Deacidified using the Bookkeeper pro
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: August 2008

PreservationTechnolog
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERV
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

WERT
BOOKBINDING
Granville, Pa.
Mar. - April 1987
We're Quality Bound

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 830 664 4